

Antologías



Luis González y González  
Independencia y Revolución

Selección y prólogo  
Álvaro Ochoa Serrano

EL COLEGIO DE MÉXICO



LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ:  
INDEPENDENCIA Y REVOLUCIÓN



LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ:  
INDEPENDENCIA Y REVOLUCIÓN

Selección y prólogo de  
*Álvaro Ochoa Serrano*



EL COLEGIO DE MÉXICO

972.03  
G6439I

González y González, Luis, 1925-2003

Luis González y González : Independencia y Revolución / Selección y prólogo de Álvaro Ochoa Serrano. -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2013.

484 p ; 22 cm

ISBN 978-607-462-134-1 (Obra completa)

ISBN 978-607-462-535-6

1. González y González, Luis, 1925-2003 -- Crítica e interpretación.  
2. México -- Historia -- Guerra de independencia, 1810-1921. 3. México -- Historia -- Revolución, 1910-1920. I. Ochoa Serrano, Álvaro, ed.

Primera edición, 2013

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D.F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-462-134-1 (Obra completa)

ISBN 978-607-462-535-6

Impreso en México

## ÍNDICE

Prólogo	9
<i>Álvaro Ochoa Serrano</i>	

### PRIMERA PARTE INDEPENDENCIA

1. Santiago contra España	21
2. [Mesa en vilo, entrada a la Independencia]	45
3. Tiempo de fusiles	51
4. Michoacán en la Independencia de México	59
5. Humboldt y la revolución de Independencia	79
6. La revolución de Independencia	91
7. Once ensayos de tema insurgente	99

### SEGUNDA PARTE REVOLUCIÓN

8. Quinteto revolucionario	199
9. Tiempo de sotanas	225
10. La Revolución mexicana (1910-1924)	243
11. La revolución cristera (1925-1932)	271
12. Michoacán en la Revolución	303
13. Daniel Cosío Villegas, caballero águila de la Revolución	315
14. Vasconcelos en el triunfo y el desastre	331
15. La Revolución mexicana desde el punto de vista de los revolucionados	347
16. Revolucionarios de entonces	359
17. Revolucionarios de ahora	375

18. Los epígonos de la Revolución mexicana	395
19. Cárdenas	411
20. El <i>match</i> Cárdenas-Calles, o la afirmación del presidencialismo mexicano	425
21. Los balances periódicos de la Revolución mexicana	447

## PRÓLOGO

*Déjenme que les cuente,*

a la libre, ahora que aún perdura el recuerdo, y traer a colación la personal circunstancia y vivencia con Luis González. Ésta empezó una tarde de 1967 en Morelia, cuando el tutor de un estudiante normalista, Rafael C. Haro, el primer profesor oficial de San José de Gracia, le pidió al muchacho aludido que avisara a Luis González, una persona robusta y con lentes, que se reunirían en equis lugar de la capital michoacana canteada en rosa. Ambos unían esfuerzos e intentaban, en aquel lapso y ante instancias de gobierno, que se estableciera una escuela secundaria en el pueblo josefino cuyos adolescentes, por falta de ella, tenían que acudir a Mazamitla, el pueblo vecino, a continuar sus estudios.

Más tarde el discípulo sabría, según el panegírico expresado en una clase por otro de sus maestros, que Luis González era considerado una gloria de la tierra de Juan Colorado ya en ese tiempo y entre los ilustrados. Y, más que nada, se enteraría luego de que el sanjosefino González a la sazón terminaba el manuscrito de *Pueblo en vilo*, la historia universal de San José de Gracia, su “matria”, para la cual buscaba lograr, sobre todo, independencia política y autonomía municipal. Supo después que, tras peripecias del manuscrito en el viaje a la capital mexicana, con un “¡Pero, Luis, qué fuiste a hacer!”, algunos de sus colegas del Centro de Estudios Históricos (CEH) de El Colegio de México lamentaban la considerada pérdida de tiempo en historiar un pueblito que ni en los mapas aparecía.

*Pueblo en vilo*, escrito en la comarca occidental de Jal-Mich, entre otros fines a los que tuvo lugar, sirvió de alegato para sustentar la independencia municipal de la antigua tenencia de Ornelas, lograda precisamente en 1968, sin liberarse en tal suceso del Leonardo Ornelas, nombre oficial

en honor del republicano, quien al frente de 4 000 mexicanos fuera derrotado y muerto por 200 franceses en la batalla de la Trasquila, una loma al poniente de Jiquilpan. Por encargo de sus paisanos, Luis González gestionó la creación y el registro del municipio, inquietud que dejaría en claro:

No se ha escrito ninguna cosa acerca del terrible imperialismo de las cabeceras municipales en perjuicio de las poblaciones de su jurisdicción que no son de la misma pasta de la gente cabeceril. La explotación de los sujetos por la cabecera es brusca e inmisericorde, no sutil como la de los grandes imperios.

El reclamo iba a Jiquilpan, cuna de Lázaro Cárdenas del Río y que debe el nombre al rulfiano de la Provincia de Amula, en la madrugada, por *El Llano en llamas*. Nada personal, pero están ustedes para saberlo y yo para seguir contando. Consta en un ejemplar de *Pueblo en vilo* la nota y el autógrafo del autor “al compañero de aficiones pueblerinas a quien se le puede perdonar su oriundez de un pueblo imperialista por la cuatezonería que nos une desde hace años”.

El caso fue que el suelo del Pueblo en Vilo disfrutó de libertad y emancipación bajo el amparo y la gracia del comandante Marcos, personaje desconocido para los forasteros. Por eso, los diputados del Congreso michoacano (no brillantes por sus luces) preguntaron a don Rafael C. Haro, el ya referido profesor del pueblo, acerca del mentado epónimo; por la fama cristera de San José de Gracia, no fuera a aparecer un jefe de Cristo rey del rumbo. Y resultó ser Marcos Castellanos, el ensotonado insurrecto isleño de Mezcala bajo cuyo mando pelearon varios González y Chávez, antepasados sanjosenses en las riberas del Mar Chapálico durante la guerra independenciera.

Adelante, tras breve ejercicio elemental en una escuela rural de la ciénega de Chapala, el recién desempleado normalista remontó sus pasos a San José de Gracia, para trabajar en la ETA hacia 1971. Es decir, en la Escuela Técnica Agropecuaria a la que el serrano de apellido vasco dedicó casi un lustro de aprendizaje enseñando el bronce y otras asignaturas en la secundaria. Ahí, el permanente aprendiz pasó de la ETA a otra, al CETA, Centro de Estudios Técnicos Agropecuarios, la prepa. En esas tierras flacas de vocación ganadera, hubo más trato personal con el autor de *Pueblo en vilo*, hijo único quien con cierta frecuencia aparecía en los matrios lares para visitar a sus padres.

Singular criatura, había nacido en octubre de 1925 en hogar ranchero que tiraba a pueblerino, en una congregación de ganaderos con 1 300 ha-

bitantes. Retoño de Luis González Cárdenas y de la metódica Josefina González Cárdenas. No tuvo problemas de reparto a la hora del cariño, en donde el promedio de hijos rebasaba la decena por pareja. Por eso el padrino y tío materno, el presbítero Federico, sugirió mejor a los padres del impar crío que tan pronto adquiriera éste las primeras letras se le enviara a otra parte para alejarle de apapachos sobreprotectores, pues no ayudarían a forjarle un buen temple a temprana edad.

Aprendió con la señorita Josefina Barragán lengua nacional, aritmética y principios de urbanidad. Creció igual que los demás niños, siguiendo las costumbres de su pueblo. En sus propias palabras, recuerda:

Los niños, además de no decir nunca mentiras, debían saber andar a caballo, contribuir en los diversos quehaceres de la ordeña, alzar las matas de maíz abatidas por el arado en escarda y asegunda. Yo nunca fui acólito ni alizador, sí jinete en caballo, mula, burro y becerro. Nunca me atreví a enfrentarme a un toro con capote en mano; nunca me sentí necesitado de ejercer la caza ni otras diversiones rancheras.

Destinado a la vida escolar, el sanjosefino salió a la Perla Tapatía, a machetear libros en el Instituto de Ciencias de 1938 a 1943. Ahí el sistemático José Bravo Ugarte dejaría histórica huella en el pupilo. Ya en carrera universitaria, incursionó en estudios de derecho. Mas desviado al frente por el obligatorio servicio militar nacional, tuvo que vivir el año 1944 acuartelado en Lomas de Sotelo, Distrito Federal. Allá impartió Historia militar de México al Segundo Regimiento de Artillería, 3ª División, en el Campo Militar Número Uno.

Al regreso, encontró otra novedad en la conversión a la izquierda: la Universidad Autónoma de Guadalajara no miró con buenos ojos al hijo pródigo, quien ahora retornaba más crítico y cuestionador. Expulsado, en media vuelta encaminó sus pasos a la ojerosa y pintada capital del país para estudiar historia en la otrora Casa de España en México, El Colegio de México, bajo la tutela y guía de maestros trasterrados de la península ibérica, de mentores de Francia, Estados Unidos y nacionales. El mismo estudiante vocado y becado de tiempo completo detalla la carrera de maestro en historia, del 1 de abril de 1946 al 15 de diciembre de 1949. Cursó 32 materias con los maestros citados a continuación:

Manuel Alcalá (Francés), Rafael Altamira (Orientaciones para el estudio de la historia), Arturo Arnaiz y Freg (Historia de México independiente), Robert Barlow (Culturas prehispánicas de América), Francisco Barnés (Historia moderna de España), Amancio Bolaño e Isla (Español superior), Daniel Cosío Villegas (Historia moderna de México), Anne Chapman (Inglés), François Chevalier (Historiografía francesa, Historia de la tenencia de la tierra en México), Edward J. Foulkes (Inglés), José Gaos (Historia del pensamiento de los países de América, Pensamiento mexicano del siglo XVIII), Eleazar Halpern (Historia moderna de Europa), Javier Malagón (Historia contemporánea de España), Agustín Millares Carlo (Latín), José Miranda (Instituciones de América en el siglo XVIII, Historia colonial de América), Rafael Moreno (Latín), Concepción Muedra (Historia medieval de España, Paleografía), Mariano Picón Salas (El pensamiento moderno), Eden C. Quainton (Historia de la civilización occidental), José Rojas Garcidueñas (Literatura colonial mexicana), Adolfo Salazar (Historia de la música, Vida y obra de Beethoven), Manuel Toussaint (Historia del arte mexicano en la época colonial), Silvio Zavala (Introducción a la historia, Historiografía colonial de América, Instituciones de América en el siglo XVI).

Quizá haya que resaltar en la ocasión “El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México”, su primer artículo académico publicado en 1948 en *Estudios de historiografía americana* de El Colegio de México, animado por historiadores de las ideas. La utilización de fuentes, la práctica de la heurística y la hermenéutica en el escrito llamaron la atención de Edmundo O’Gorman, catedrático del oyente Luis González en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1950. El de San Papesburgo, Michoacán, disfrutó de una estancia académica en el país gallo en 1951 y 1952. Inscrito en la Sorbona escuchó las cátedras de Maurice Merleau-Ponty y de Henri-Irénée Marrou; a Marcel Bataillon y a Ferdinand Braudel, en el Colegio de Francia.

Vuelto al suelo patrio, se integró al seminario-taller comandado por Daniel Cosío Villegas. Presentó y defendió la tesis “La tierra y el indio en la República restaurada” en 1956, recibiendo mención *magna cum laude*. El Instituto Nacional de Antropología e Historia le otorgó el grado de maestro en ciencias históricas. La tesis sería un capítulo de la *Historia moderna de México*. Asimismo, aportó *Fuentes de la historia contemporánea de México*, durante el bienio 1961-1962, en tres volúmenes, e ilustró al Senado mexicano con *El Congreso de Anáhuac* en 1963.

Impartió las cátedras Historia de la cultura, Historia moderna de México, Historia mundial, 1900-1950, Técnica de investigación documental e Historia del Estado y la sociedad en México en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, entre 1953 y 1964; Introducción a la historia (1969) y ¿Qué es la historia? (1970) en la Facultad de Filosofía y Letras de la señalada UNAM. A los alumnos etnohistoriadores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia les impartió México en el siglo XIX, Teoría y práctica de la historia y Teoría y método de la historia, de 1963 a 1968. Alcanzó a dar Lecciones preliminares de teoría y método de la historia en la Universidad Iberoamericana, de octubre de 1970 a marzo de 1971.

Como docente en el nido de la casa, por semestres, insistió para el programa de maestría en la Teoría y método de la historia (1962) y en la Introducción a los estudios históricos (1964). Dio Historia de México independiente a licenciados diplomáticos en el Centro de Estudios Internacionales de la misma morada (1966). En el CEH, Las culturas prehispánicas de México (1967), Descubrimiento y conquista de México (1968) y La Nueva España (noviembre de 1968 a marzo de 1969). La revolución de independencia en la Nueva España (1969), Filosofía crítica de la historia (octubre de 1969 a febrero de 1970) y Teoría de la historia (1970), ya para doctorandos en el CEH.

Disfrutando el goce de una beca internacional, le había dado la vuelta al globo terrestre en 1964. Así comprobó por lo redondo que la microhistoria no tendría por qué ser plana. Captó la universalidad de la vida en Manila, Yakarta, Bombay, Belén, Roma y otras urbes. Tranquilamente pudo haber adaptado cualquier teoría de moda al *Pueblo en vilo*; por ejemplo, la corriente de los *Annales* o dejarse llevar por la historia cuantitativa y sus matrices entonces en boga. Mejor adoptó el camino del eclecticismo teórico y la interdisciplina aplicada; echó mano de conceptos y categorías propios para caracterizar y entender la sociedad ranchera en generaciones. Por encima de primicias y primores, escogió mirar el mundo desde un pequeño punto terrenal, como referencia. Aportó particularidades y novedades del género ranchero sobre el general y muy socorrido de campesinos.

Andrés Lira advierte que al maestro Luis González, investigador y docente en el CEH de El Colegio de México, ese trato se le daba, de maestro, hasta la aparición de *Pueblo en vilo* en el emblemático 1968, luego del goce sabático en la segunda mitad de 1966 y la primera del siguiente año, cuando por obra y gracia se convirtió en Luis González a secas, un hombre pleno de saberes históricos y de letras.

Como ustedes saben, *Pueblo en vilo* se codea entre los que saben disfrutar en realidad la mágica sopa de letras. Quien abriere la página 174 de la primera edición encontrará en ella un evento al vuelo con alas de petate, tan liviano como para contárselo a Aureliano Buendía en *Cien años de soledad*. Más allá de los sucesos revoloteando en el mundo exterior al filo del primer decenio del siglo xx, “en San José y sus alrededores no pasaba nada, fuera de la tentativa de Elías Martínez para volverse pájaro” y tratar de elevarse por los aires cual Ícaro de Petatlán o Petatiux.

Es más, asegura el autor, la vida del pueblo historiado “coincide en muchos aspectos a la descrita por Agustín Yáñez en *Al filo del agua*”. Igualmente, como en *La feria*, casi oímos en ella al fantástico Juan José Arreola leer en voz alta en los treinta: “Mientras unos mataban otros fornicaban... El pueblo y las rancherías se llenaron de rumores y anónimos no siempre infundados... Se desató una cadena de chismes... Que se vio a fulano saltar la barda o la cerca de la casa de zutana”.

Su lectura nos recuerda también la callada presencia de Juan Rulfo, ciertamente citado en la bibliografía, y quien muy quedo ronda por ahí, entre líneas, a lo largo del libro. Y es que si Rulfo nos puso en sus manos a escuchar los profundos silencios, Luis González nos trae a los ojos los sonidos del ambiente:

Los solaces musicales de cada día estaban a cargo del coro formado por las aves del amanecer, los quiquiriquíes madrugadores, el interminable afinamiento de los violines por parte de los grillos y todos los relinchos, bramas, rebufes, ladraduras, gruñimientos, miaus, ronroneos, rebuznos, aullidos, cacareos, píos, roncadas y cucúes.

Nos acerca, sobre todo para oír la entonación de la violencia rebelde de Inés G. Chávez a la hora del ángelus un día siguiente a la Santa Cruz de 1918: “La guarnición rompió el tiroteo. Los ochocientos de Chávez se abrieron para disponerse en forma de tenaza. El tiroteo arreció... Los atacantes habían rodeado el pueblo y empezaban a prender fuego a las fincas. El taca taca y el pum pum no cesó hasta las cuatro de la tarde, hasta que casi se acabaron los de la defensa”.

Rulfo, como Luis González en el nombrado libro, proporcionaría un golpe en seco a la versión idílica y oficial de la *revolufia* que vino de las afueras. Víctimas de ella, “el afecto de los josefinos a la revolución se enfrió,

y con las entradas subsiguientes [de fuereños armados] se volvió desafecto”. En cambio, respondiendo al ataque de creencias por parte del régimen callista, aunque del mismo signo violento, la participación cristera local en contra del gobierno sería a la postre otro episodio que dejaría honda huella en la remembranza patria.

A propósito de recuerdos, saberes y quehaceres, en el escenario de *Pueblo en vilo*, es decir, en San José de Gracia, en algún día de 1970 una mujer preguntó a doña Tere, la tía de Luis González, qué era él, a qué se dedicaba Luisito porque no se le veía salir a la ordeña, a agostar ganado, a elaborar queso (sin gusanos), a ocuparse en alguna otra actividad ranchera o algo así por el estilo.

—Es historiador —le respondió la tía.

—Ah, es *toriaador*, torea toros; mira, pobrecito —dijo la señora inmersa en su muy particular visión del mundo y de la vida.

Válganos aclarar que a ese Luisito, ya cuarentón para entonces, se le endilgaba el diminutivo por la familiaridad de los veteranos en un pueblo pequeño en donde la gente comparte el mismo universo, en donde todos se conocen; y, además, porque todavía vivía su padre, el memorioso, reflexivo y longevo don Luis el Viejo, apodo adquirido en el seminario de Zamora por ser el mayor del grupo, incluido el después constituyente anticlerical Francisco J. Múgica.

Continúo. Meciendo el ensueño en la memoria, el referido profe de la prepa agropecuaria recuerda la presencia de varios colegas colmexianos de Luis González en la Mesa de Juruneo, la media luna geográfica de San José. Colaboradores de la serie *Historia de la Revolución mexicana* y simpatizantes del movimiento gonzaleano desfilaron por Ojo de Agua, casa de encuentro y convivencia del tío Bernardo, derramando lecturas históricas y comentarios del momento mexicano. Luis González, coordinador de la obra seriada, autor él mismo de *Los artífices del cardenismo* y *Los días del presidente Cárdenas*, entregó en propia mano al concurrente una “Invitación a la microhistoria”. Además, la invitación iba acompañada de bibliografía y extendía al convidado la consulta de archivos y bibliotecas capitalinas, gracias a los buenos oficios del invitador.

El aspirante a docente en historia y suspirante a historiador juntó un manojo de fichas y notas, alternando cursos de verano en la Escuela Normal Superable de México, jornadas archivísticas en la antigua ciudad de los palacios y en Morelia, más tareas de enseñanza-aprendizaje en San José. Loco de contento con su cargamento, compartió con Luis González y González

el arranque del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, en Jiquilpan, en noviembre de 1976. Puesto que el director oficial no ejerció el cargo, delegó la carga del volante en el jibarito practicante.

Luis González impartió el curso La Revolución mexicana para doctordos en el Departamento de Historia de la Universidad de Texas en Austin, de enero a mayo de 1974. Dedicó tiempo a la cátedra y a la escritura en el Colmex. Impartió Los métodos de la historia para los estudiantes del doctorado en el CEH, desde septiembre de 1975 hasta enero de 1976. En el ínterin, recibió el Premio Nacional de Historia en 1973 y tendría asiento en la Academia Mexicana de la Historia.

Para ese entonces ya había aparecido *La tierra donde estamos*, en 1971, alcance al espacio y tiempo del Banco de Zamora, una refacción financiera girada en 1940. Y a instancias del gobernador michoacano inició el proyecto de monografías municipales en 1978, participando él mismo en la hechura de *Zamora y Sahuayo*, esta última sobre una población rival de Jiquilpan, emprendedora e igualada.

En aquel tiempo, el maestro del oficio había lanzado sus teorías de microhistoria en congresos y otros festines académicos. Familiarizado y embebido en lecturas extranjeras, insta, para una mejor comprensión de lo propio, al manejo de conceptos y categorías autóctonas. Y para el remate, ya ingresado a El Colegio Nacional en 1978, excéntrico, fuera de las grandes concentraciones, dentro del optimismo centrífugo como factor de creación, el año siguiente recreó en Zamora una institución a imagen y semejanza de la microhistoria pregonada por él, El Colegio de Michoacán (Colmich).

La institución despegó con un par de centros, Historia y Antropología, agregándole sendos programas de maestría. La interdisciplinariedad sería el sello distintivo, la marca de la casa; puesto el menudo pie en seguir las rutas clásicas y las innovadoras, pero sin caer en la tentación de “no hay más ruta que la nuestra”. En un principio, los historiadores aprendían de los antropólogos y éstos recíprocamente de los primeros. Quedaba entendido que la historia patria, la reiterada microhistoria, se encuentra más en la lejana ranchería, el apartado pueblo, la apretujada metrópoli, en la torre de un castillo totalmente palacio, que en el quinto patio de una humilde vecindad.

Don Luis contribuyó a fortalecer el Colmich de diferentes maneras, a partir del ejemplo, sobre todo, en su calidad de investigador y docente. En este punto, los alumnos tuvieron ocasión de escucharle disertar en

torno a Teoría de la historia, Métodos de la historia, Técnicas de investigación documental e Historiografía de México. En 1988 publicó *El oficio de historiar*, trincado manajo de su experiencia en el ramo. El historiador Napoleón Guzmán resalta que la intención del manual es orientar a los principiantes en la búsqueda de temas de tesis, a la vez de ayudar a superar problemas metodológicos y técnicos, a manejar las artes de la historia; breviario para quienes en la vida diaria se internan por los senderos y quehaceres de la historia.

Quien se embarque a redactar escritos de investigación debe tomar muy en cuenta el humano consejo gonzaleano de primero dormir para estar despierto. Él escribía sobre sábanas panorámicas de papel a cuadros al despertar, no antes de cabecear en la almohada o de colgar unos minutos el pico. Debido a eso, de tal hábito ranchero, resultaron textos mañaneros, vitales, exponiendo en ellos una manera constructiva de ver las cosas. Insistía en que el problema de México era de actitud, no de aptitud, no de capacidad.

Al mismo tiempo practicó la prédica de su mentor Daniel Cosío Villegas: usar el lenguaje directo en los textos, palabras de comunicación sin intermediarios, aderezado por la irreverencia lugareña, uso en la tradición de aquellos mexicanos decimonónicos pintados por sí mismos. Sugería escribir para la gente y no sólo para el presidente, no solamente para los lectores del poder. Debido al talante contento fue ante todo, y aun en las peores crisis, un indestructible optimista.

Pero insistimos en quien apuntó: “La historiografía local, como la biografía, parece estar más cerca de la literatura que los otros géneros históricos”. Para dar muestra, pisó terrenos en donde al andar se requiere cumplir la receta recomendada por H.P.R. Finberg al pie de la letra: madurez, lecturas amplias, mucha simpatía por el tema y piernas robustas. *Pueblo en vilo* es ante todo un indiscutible ejemplo de profunda onda historiográfica. El autor puso memoria, entendimiento y voluntad en la ágil pluma, la planta en diversos campos y recurrió a múltiples disciplinas. No faltará quien asegure que, entre la variedad, *Pueblo en vilo* es una obra de antropología, o quien jure y perjure que parece una novela verídica.

La mera verdad, han de dispensar, lectoras, lectores, este relato mal acompañado. Es obra de un atrevido asistente a la ronda académica para platicar del fundador del Colmich. Como cualquier compa entusiasta lo haría, el persistente colegial agradece la oportunidad brindada por el hermano Colegio de México para hablar de don Luis González y González,

el sabio de la tribu que partió al poniente en diciembre de 2003. El brujo de la historia, le llamó su amigo Germán Posada.

*En dos partes*

presentamos la antología, en dos. La selección, tomada en orden de lo pequeño a lo general, responde a que estudioso, sujeto y objeto de estudio van muy de la mano. La guerra de independencia la retomó Luis González, entre otros motivos, por simpatía por el tema. Cabe la participación de sus antepasados en ella, en la ribera sur jalMichiana del Mar Chapálico; y, desde el preinsurgente Martín Toscano González (1754-1803), movida más en torno a la resistencia de los insurrectos de Mezcala, en la isla del centro norte. La guerra continuó ampliándose en lecturas, a ciencia y paciencia, ya en la escuela. La investigó el historiador con mirada lugareña a partir de la región, palpable en la teórica ronda de participantes por generación, emparentada con otras partes del país; y quedó expuesta en antecedentes y consecuentes al ensayar tratados sobre la vida de la nación independiente a partir del optimismo como hechura.

La revolución la vivió su localidad auténticamente en vilo. Escribió que hacia 1911 en San José de Gracia esperaron “la entrada de los maderistas, pero no llegaron. Corrió el rumor de que iban a pasar cerca del pueblo. La gente joven salió a verlos. De vuelta en su casa, se regocijó con la noticia de la caída de don Porfirio, supo de la entrada de Madero a la capital”. Mas la cara violenta de la bola, la fase antihuertista, fue vista por primera vez en la congregación ranchera, en el asalto a la agencia de correos. Su padre, entonces de 32 años en 1913, comerciante, presenció los hechos; no conoció sino a los cabecillas, siendo como 18 los demás rebeldes. Sin embargo, participaron los parroquianos sanjosefinos en el conflicto Iglesia-Estado y sus secuelas. Mas llegaría el nuevo régimen de la Revolución mexicana en la asistencia de Lázaro Cárdenas.

Búsqueda de independencia académica y una revolución en la manera de abordar los temas históricos resumen la tarea de Luis González. La historia patria a partir de un lugareño punto para ver el mundo; la universalidad de ésa en la historia patria. Van los selectos textos del propio autor en botón para muestra.

ÁLVARO OCHOA SERRANO  
*El Colegio de Michoacán*

PRIMERA PARTE:  
INDEPENDENCIA



1  
SANTIAGO CONTRA ESPAÑA\*

*El padrón de 1809*

de las personas en edad de confesión y comunión que vivían en la cabecera y los sujetos de la parroquia de Sahuayo obedece, en términos generales, a la manía empadronadora del siglo de las luces, y en lo particular, a la costumbre dieciochesca de la diócesis de Michoacán de saber quiénes cumplían con el precepto eclesiástico de confesar y comulgar una vez al año por la cuaresma. Este padrón, quizá el más minucioso de los relativos a Sahuayo aunque no el más completo, registra 619 hogares y 2 160 individuos; es decir, 90% del total de familias de aquella parroquia y alrededor de 60% de los habitantes, excluidos los guaracheños. Excluye las familias de los ranchos de escasa población y a los niños menores de siete años.<sup>1</sup> Si se toman en cuenta ambas limitantes, se puede calcular la población del curato sin la hacienda de Guaracha en 680 familias y 3 518 habitantes; en la cabecera, 330 familias y 1 996 personas; en Orilla del Río, 23 y 132; en la hacienda de La Palma, 47 y 246; en Cojumatlán, 103 y 398; en Caro, 40 y 158; en Pandito, cuatro y 17; en Palo Blanco, seis y 29; en Tomines, 12 y 40; en El Salate, cinco y 23; en Rincón de María, 18 y 91; en Rincón de San Andrés, 17 y 80; en La Calera, 30 y 128; en Cerrito Pelón, cuatro y 16; en Palo Alto, seis y 16; en Ixcluintla y otras, 45 familias.

La nómina de la cabecera está encabezada por tres familias de sendos

\* En *Sahuayo*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán (Monografías municipales), 1979, pp. 81-103.

<sup>1</sup> No registra las casas de la parte alta y occidental de la parroquia, las casas de las rancherías de Los Corrales, Güirio, Estancia del Monte, Pastor, Jarrero, Llano de la Cruz, Sabino y otros donde el número de familias no podía ser menor de 40. También se olvida de algunos ranchos del plan. Puede considerarse conservadoramente que falta el padrón de 10% de los hogares. Tampoco nos parece descabellado afirmar que los menores de siete años, siendo que se morían tantos niños, no podían ser menos de 30 por ciento.

sacerdotes, la del cura don Manuel Osio, formada por él, una sirvienta y un criado; la del teniente de cura don Pedro Ramírez, con dos sobrinas, una criada y un sirviente, y la del bachiller don Vicente Arregui, constituida por cinco personas. Viene a continuación la casa del teniente de Justicia del pueblo de Sahuayo, donde viven él, su esposa, una criada y un sirviente.<sup>2</sup> Enseguida aparecen entreveradas familias de dones y doñas con las que no tienen D. o Da. antepuesto al apelativo del jefe del hogar. A las primeras pertenecen las de don Francisco Anaya, seis dones Arceo (Antonio, José Miguel, Marcos, María Dolores, Rosa y Vicente), don José Argüello, doña Josefa Arias, don José María Arteaga, doña Mariana Barragán (viuda que vivía con dos de sus hijos: José Antonio y Diego, éste marqués de la Mora; con ocho recogidos y una esclava), dos dones Cárdenas (Cayetano y Narciso), don José Antonio Carro, tres dones Castellanos (Antonio, José y León), don Francisco Cifuentes, don José Antonio Contreras, doña Lucía Figueroa, doña Francisca Gálvez, dones Garibay (Vicente y Rafael), dones Gil (Francisco y Francisco), un par de Gómez (Dolores y Vicente), don Dionisio Gracián, tres dones Gudiño (Catalina, Juan y Rafael), un par de Hernández (José y Manuel), dones Horta (José y Gregorio), doña Francisca López de Ortega, doña Rosa Macías, don Vicente Marín, dones Martínez (Felipe y Josefa), doña Mariana Josefa Mercado, doña María Francisca Morfín, dones Navarro (Dolores y Gertrudis), don Antonio Negrete, dones Ochoa (Gervasio, José María y Ricardo), don Miguel Ocaranza, don José Antonio Olmedo, tres dones Orozco (Benito, Mariano y Vicente), don Francisco Oseguera, don Mateo Padilla, tres dones Del Río (Feliciano, Miguel y Vicente), quince dones Sánchez (Benito, dos Dolores, dos Franciscos, dos Ignacio, José Ricardo, Lorenzo, Lugarda, Miguel, Nicolás, Pedro, Rosalío y Vicente), don Ignacio Valencia, don Manuel Vallejo (quizá el más rico de la comunidad, pues aparte de la esposa y tres de los hijos, formaban su familia un cajero, cuatro sirvientes, una criada y una esclava), don Vicente Victoria, don Ignacio Villamar y los dones Zepeda (Francisca, Lugarda, Magdalena y Prudencio).<sup>3</sup>

Otros 150 hogares de Sahuayo no tenían como jefe a un don o a una doña ni tampoco a un indio de arancel.<sup>4</sup> Tal es el caso de la familia Aceve-

<sup>2</sup> El teniente de Justicia se llamaba don José Antonio Arias.

<sup>3</sup> Agréguese a don Pedro Vallejo.

<sup>4</sup> Indios que pagaban tributo. No lo pagaban los principales.

do, cuatro familias Amezcua, una Argüello, la Bravo, la Berrospe, la Campos, la Castro, las Ceja, la Coy, las Cuevas, las numerosas Chávez, las Espinosa, las García, las Granados, las Guerra, las Guerrero, las Gutiérrez, una Gudiño, una Higareda, varias López, la Matos, las Manzo, algunas de las Navarro, las Navarrete, las Neri, las más de las Ochoa, la Oliveros, la Onofre, las Ortiz, las Ordaz, las Pérez, la Preciado, la Patiño, las Ramos, las Ramírez, las Reyes, una Rodríguez, las Rosas, las Salcedo, varias de las muchas Sánchez, la Sandoval, las Serratos, las Cisneros, la Valdovinos, la Valencia y la Vázquez. Otras 80 familias indígenas pagaban tributo. Aquí abundaban los apellidos confundibles con nombres de pila: Ágata, Encarnación, Felipe, Guadalupe, Lucas, Matías, Rosalío, Santos, Toribio, Trinidad y sobre todos, Santiago. También abundaban los patronímicos: Álvarez, Hernández, López, Martínez, Méndez, Pérez, Ramírez y Rodríguez.

Según el padrón de 1809, los principales vecinos de La Palma eran el capellán don Pablo Victoria, un cuarteto de dones (Antonio y Fernando Macías e Ignacio y Vicente Ochoa) y un señorón: Luis Macías, soltero, padre de dos hijos y dueño de tres esclavas. Los jefes de familia restantes respondían a alguno de los siguientes apellidos: Cárdenas, Castillo, Ceja, Cervantes, González, Magallón, Manrique, Mendoza, Montes, Pérez, Reyes, Sapién y Santiago. En el Rincón de María habitaban muchos criollos pero pocos “dones”. Entre éstos: don Ignacio y don Vicente Zepeda, don Luis Antonio del Toro y don Salvador Buenrostro. Entre los no distinguidos por el don me complace mencionar a un antepasado del autor (Juan Antonio González) y a un hermano del mismo (Santiago González). La Calera estaba habitada por Prado, Magallón, Villalpando, Gálvez (don José, don Juan, don Luis, don Pedro, don Rafael y don Salvador) y Villaseñor (Juan y Vicente). En Orilla del Río rebosaban los Amezcua y los Chávez y eran dones don Vicente García y don Francisco Rafael Macías. A los importantes de Cojumatlán los encabezaba el padre Marcos Castellanos y eran don Vicente Acuña, don Ignacio Bargavillachuca, don Vicente Ávalos, don Joaquín García, don Francisco y don Marcos González, doña Guadalupe Orozco, don Juan Antonio Tejeda y don José del Toro, este último padre de muchos hijos y amo de una esclava. Los demás cojumatlecos formaban la comunidad indígena y respondían a los nombres de Pedro Pío, Juan Matías, Francisco Xavier, María Guadalupe, José Leandro, Juan Cruz, Domingo Justo, Francisco Tomás, José Cástulo, Antonia

Trinidad, Nicolás Román, Nicolás Albino, Francisco Damián y José Santiago.<sup>5</sup>

De las largas listas del padrón de 1809 se infiere la existencia de cinco grupos en la sociedad sahuayense: el sometido a la esclavitud, el adscrito a la servidumbre doméstica, el constituyente de la comunidad indígena, el de los pobres libres y el de los riquillos. El grupo esclavo era el más miserable, el más corto, el más oscuro de color y el peor visto. Con todo, su infelicidad tenía matices. En la hacienda de Guaracha, los esclavos eran peones que trabajaban de sol a sol, pero en los pueblos de la parroquia de Sahuayo desempeñaban el papel de sirvientes domésticos con sólo nombre de pila, sin apellido familiar, pues no tenían parientes. En Guaracha un alto porcentaje de la población era esclava; en la jurisdicción sahuayense, sólo el 1% a lo sumo.<sup>6</sup> Para 1809 ya quedaban muy pocos negros; la mayoría de los esclavos eran hijos de negra o india o mulata; es decir cambujos y otras denominaciones no menos oscuras.<sup>7</sup> Si los esclavos se podían comprar, vender o manumitir no es porque fueran tenidos en mucho como seres humanos, aunque con frecuencia se les trataba con el mismo cariño con que hoy tratamos a los perros y los gatos de casa. La esclavitud casera le salía costosa al esclavizador y por lo mismo sólo los presuntuosos que podían pagar 500 pesos, que era el valor de un esclavo o esclava, podían tenerlos;<sup>8</sup> la mayoría de los señores se contentaban con el alquiler de sirvientes y criados.<sup>9</sup> En la jurisdicción sahuayense se ocupaban en la servidumbre doméstica 50 individuos que aunque libres de contratarse con quien les viniera en gana, solían adscribirse de por vida a un hogar y recibir de sus señores mimos y malos modos igual que los esclavos. La servidumbre iba de oscura a blanca mientras los de la comunidad indígena todos eran del color del bronce. La gente india del común sumaba 732 personas (30%) sin contar niños; obtenía su alimento de la pesca y de los ecuaros, y su ropa, de la hechura y venta de muebles de tule o de hacer

<sup>5</sup> También acostumbraban apellidos patronímicos y aun algunos tan exclusivos como Villaseñor y Alvarado.

<sup>6</sup> En Sahuayo 10, en La Palma 10, en Cojumatlán cuatro y en otros, tres.

<sup>7</sup> José Pérez de Barradas, *Los mestizos de América*, Madrid, Espasa Calpe, 1976, pp. 227-238.

<sup>8</sup> Wigberto Jiménez Moreno, José Miranda y María Teresa Fernández, *Historia de México*, ECLALSA, 1969, pp. 264-266.

<sup>9</sup> Aquí se toman como sinónimos sirviente y criado.

canastas y cosas por el estilo. La comunidad vivía pobre y en vivo pleito con la hacienda de Guaracha. En cambio, los pobres libres, casi todos cambujos y mestizos, vivían de servir y servirse de la hacienda como peones, medieros, artesanos, arrieros y vaqueros. Los señores “dones”, aunque en su gran mayoría se sustentaban de las tierras del latifundio que tenían en arriendo, pues muy pocos poseían propiedades, y éstos en tierras que temporalmente dejaba al descubierto la Laguna, los “dones”, en su gran mayoría criollos, miraban con rencor a la hacienda, con tanto rencor como los indios. Los antiguos polos se juntaron;

*comuneros, padres y patronos*

chicos se hicieron una contra la hacienda de Guaracha y su apoyo: la dominación española. Sería inútil querer averiguar cómo se gestó la tirria, qué expresiones tuvo, por qué avatares pasó, pues no hay documentos que puedan responder. Se sabe, por obras que no buenas razones, algo de lo que eran, pensaban y sentían algunos sahuayenses de los días de la guerra contra España. Se sabe de líderes de comunidades indias, de parvifundistas y de arrendatarios y de sacerdotes criollos que ya soñaban con la independencia desde los últimos años del siglo XVIII; según unas opiniones, movidos por el ejemplo de la Revolución francesa; según otras, en vista de lo hecho con Inglaterra por los Estados Unidos; según el maestro José Miranda por la desigualdad reinante, el sacrificio económico de la colonia a los intereses de España, el gobierno despótico del rey, del virrey, de los intendentes y de los subdelegados, el desprecio con que se veía ya a la madre patria y el aprecio de los novohispanos por su patria nueva.<sup>10</sup>

En el rumbo del bajo Lerma, en la porción occidental del Bajío guanajuatense, en todo el Bajío zamorano, en las tierras contiguas a Chapala, los exhortadores a la lucha contra los gachupines y los latifundistas brotaron como hongos. Varios se convertirían en caudillos de renombre: Pedro Alcántara, Mateo Alcaraz, el Cojo Andrade, Juan Vicente Barajas, Eugenio Bravo, José Vicente Cárdenas, Marcos Castellanos, José María Contreras, Marcelo Antonio Cortés, Juan Chango, Antonio Chávez, Luciano Farías, José María Flores, Francisco Gil, Bernardo Gómez de Lara, Rafael

<sup>10</sup> Jiménez Moreno, Miranda y Fernández, *op. cit.*, pp. 335-340.

Gudiño, Canuto Gutiérrez, Gordiano Guzmán, Toribio Huidobro, Antonio Jacinto, Antonio Macías, Luis Macías, Ruperto Mier, Juan Antonio Montenegro, Luciano Navarrete, Vicente Ochoa, Pedro Regalado, Mariano Ricocochea, Miguel del Río, Tomás Rodríguez, Encarnación Rosas, José Trinidad Salgado, José Santa Ana, José Antonio Torres, Martín Toscano, José María Vargas, José Sixto Verduzco y otros de los que sólo quedó el apellido (Chávez, Godínez, Navarro, etcétera).

De esa pléyade de paladines de la insurgencia tres cayeron antes de la revolución grande de 1810: el padre Montenegro y los señores Francisco Gil y Martín Toscano. Montenegro era natural de Sayula, había estudiado en Guadalajara y en México y regía las academias del colegio tapatío de San Juan Bautista cuando lo puso preso la Inquisición por estar comprometido en una vasta conjura antiespañola y por decir que sería éste “el reino más feliz”, dadas sus proporciones, la fertilidad de su tierra y lo habilidoso de sus habitantes, si se hacía independiente de España.<sup>11</sup> También se acusó en 1793 al doctor Montenegro de creer en las bondades del sistema republicano y de vislumbrar un México convertido en República con más fábricas que torres y donde florecerían las ciencias y las artes.<sup>12</sup> Con tan terribles tachas, don Juan Antonio quedó imposibilitado para promover sus sueños. Serían otros los que tratarían de sacar adelante las predicciones montenegrinas, entre ellos dos de la parroquia de Sahuayo, el oscuro Francisco Gil y el todavía célebre Martín Toscano. Los dos, hacia 1800, según recuerda don Ramón Sánchez, asaltaban, con su cuadrilla de bandidos, en los aledaños de la hacienda de Guaracha.<sup>13</sup> Los dos, según recuerdos recabados por don Primitivo Carranza, eran buenos jinetes, hábiles manejadores de la reata y el machete, y la pluma de vomitar de arrieros y de latifundistas.<sup>14</sup> Martín Toscano, según la tradición oral de los humildes, sólo robaba las conductas de dinero del rey y de los ricos para impedir que las sacaran de

<sup>11</sup> Luis González, “El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México”, en *Estudios de historiografía americana*, México, El Colegio de México, 1948, pp. 188-189.

<sup>12</sup> Nicolás Rangel, *Los precursores ideológicos de la guerra de independencia*, México, Archivo General de la Nación, 1929-1932, vol. 1, p. 38.

<sup>13</sup> Ramón Sánchez, *Bosquejo estadístico e histórico del distrito de Jiquilpan de Juárez*, Morelia, 1896, p. 69.

<sup>14</sup> José Romero Vargas, *Cotija, cuna de trotamundos*, México, Progreso, 1973, p. 83.

México. Al grito de ¡Aquí está Martín Toscano! cayó sobre los saqueadores de la patria muchas veces hasta el día en que lo aprehendió la servidumbre de la hacienda, y el amo lo puso a disposición del Tribunal de la Acordada en 1803.<sup>15</sup>

Algunos años más tarde otros rancheros vendrían a pedirle cuentas al patrono, José Antonio Torres, no porque tuviera tierra personal contra Victorino Jasso, simplemente porque la tenía contra la especie española. Había nacido en San Pedro Piedragorda. En su juventud, fue mayordomo de haciendas. Por 1810, en vísperas de la revolución de independencia,

Érase don José Antonio  
 Labrador recto y honrado,  
 Con una alma muy más limpia  
 Que la nieve copo blanco;  
 Tan noble como valiente,  
 Tan fino como esforzado,  
 Dulce con los infelices,  
 Con los vencidos humano.<sup>16</sup>

También eran rancheros acomodados, y éstos sí enemigos personales de la hacienda de Guaracha, el cotijense don José María Vargas, hasta entonces conocido como arriero; los sahuayenses don Rafael Gudiño, aún soltero en 1809 y don Miguel del Río, viudo con cuatro hijas y dos hijos; Luis Macías, el poderoso de La Palma, no casado, con dos hijas y una esclava;<sup>17</sup> un Arias, seguidor de Miguel del Río que hizo famoso su sobrenombre de Cojo Andrade;<sup>18</sup> Antonio Chávez, arrendatario de Guaracha y vecino de la parte alta y occidental de la hacienda; Pedro Rosas, “El Arrierote”, y don José Trinidad Salgado, oriundo y vecino de algún pueblo de la Laguna.<sup>19</sup>

<sup>15</sup> Luis González, *Pueblo en vilo*, edición de 1968, p. 69.

<sup>16</sup> Guillermo Prieto, *Romancero nacional*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1885.

<sup>17</sup> “Padrón general de las personas al cumplimiento de la Iglesia de este curato de Sahuayo”, en AOM (Archivo del Antiguo Obispado de Michoacán), Padrones.

<sup>18</sup> *Gaceta de México*, 11 de octubre de 1812.

<sup>19</sup> José María Miquel i Vergés, *Diccionario de insurgentes*, México, Editorial Porrúa, 1969, p. 46.

La idea de la independencia encontró tan buena acogida en la gente de medio pelo del campo, como en caciques y principales de las repúblicas de indios. Varios jefes de éstas lo serán también de grupos insurrectos.<sup>20</sup> Así el gobernador de los indios de Sayula, Marcelo Antonio Cortés; Bernardo Gómez de Lara, el tristemente célebre Huacal; Canuto Gutiérrez, indio de la Sierra del Tigre; Antonio Jacinto, principal de Zacoalco; el gobernador indígena Juan Chango; el cacique Pedro Rosas, y sobre todos, José Santa Ana, “indio de raza pura... nativo del pueblo de Mexcala, a orillas de la gran laguna, en el límite de las provincias de Michoacán y Nueva Galicia”.<sup>21</sup> Don José vivía de la pesca; gobernaba a los indios de su pueblo; tenía muchos amigos en la parroquia de Sahuayo y compartía con los propietarios menores de la región el aborrecimiento contra los grandes propietarios y contra los españoles de la península, tan fácilmente identificables por el uso de la voz alta y sentenciosa.

Por diferentes razones, varios funcionarios y milites del gobierno colonial se prestarían para dirigir el levantamiento contra la dominación ibérica. Son muy conocidos los casos de Allende, oficial del regimiento de Dragones de la Reina, de los capitanes Abasolo y Aldama y del teniente Michelena, pero casi se ignora la cooperación del zamorano Pedro Alcántara, al servicio de la Audiencia de Nueva Galicia;<sup>22</sup> de Ruperto Mier, capitán del regimiento de infantería de Valladolid, quien hizo suya la conspiración vallisoletana de 1809 y se comprometió, con los demás conjurados, a tomar las armas el 21 de diciembre de aquel año;<sup>23</sup> de Mariano Ricocochea, administrador de tabacos de la villa de Zamora; de Anastasio Bustamante, nacido en Jiquilpan en 1780, miembro de los reales ejércitos y, al último, proclamador de “nuestra feliz y suspirada independencia”,<sup>24</sup> y de otros con tendencias belicosas. Fueron precisamente funcionarios reales los caudillos de la fallida intentona de independencia de 1808.

Como quiera, los mayores y más entusiastas adalides en la lucha in-

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 151, 236, 259, 308, 315, 516 y 539.

<sup>21</sup> Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Biografías de los héroes y caudillos de la independencia*, México, Editorial Jus, 1962, vol. II, p. 245.

<sup>22</sup> Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Editorial Jus, 1968-1975, vol. II, apéndice documental núm. 7; Carlos María Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución de la América Mexicana*, México, Mariano Lara, 1843-1946, vol. I, p. 157.

<sup>23</sup> Villaseñor y Villaseñor, *op. cit.*, vol. I, p. 124.

<sup>24</sup> Alamán, *op. cit.*, vol. II, p. 32.

surgente fueron curas. Miguel Hidalgo, el párroco de Dolores, no fue la excepción sino la regla. Quizá ninguno aventajará como caudillo a José María Morelos, cura de Carácuaro y Nocupétaro, pero no harán mal papel como líderes otros muchos sacerdotes salidos del seminario de Valladolid: Eugenio Bravo, párroco de Tamazula; Luciano Farías, nacido en Cotija en 1778, estudiante en Valladolid, quizá discípulo del padre Hidalgo;<sup>25</sup> Luciano Navarrete, oriundo de Zacapu y fraile de la Merced que revolucionará en el occidente de Michoacán;<sup>26</sup> José Sixto Verduzco, de allí nomás de Zamora, alumno del seminario de Valladolid y cura de varias parroquias antes de meterse con decisión e ineptitud a la lucha,<sup>27</sup> y el cura de La Piedad por 13 años, don José Antonio Macías, quien tuvo mucho que ver con el desfalco económico de la vicaría de Yurécuaro al invertir en la hacienda de Santa Eduwiges, propiedad suya, 2 000 pesos de los fondos de aquella vicaría. Descubierta la maniobra, el cura prefirió la guerra a la cárcel.<sup>28</sup>

Las motivaciones que condujeron al cura Macías a la revolufia emancipadora son muy distintas a las de don Marcos Castellanos. Éste era nativo de la parroquia de Sahuayo; se crió en un hogar de medio pelo, a orillas de la Laguna; hizo sus estudios eclesiásticos en Valladolid; poco después de haber recibido las órdenes vino de cura al curato sahuayense, donde estuvo hasta que el obispo fray Juan de San Miguel ordenó en 1797 que se trasladara a Cojumatlán a conducir la hechura de un templo. Castellanos repuso: “será de mi mayor complacencia (por) ser yo afecto a tal iglesia inmediata a la hacienda de La Palma en donde tengo mis capellanías, y hallarme con veinte y más años de administración”.<sup>29</sup> El ex cura de Sahuayo era de los que pensaban que América Septentrional, o sea México, vivía “cruelmente sacrificada a la política y a la avaricia” españolas; era devoto del refrán que dice: “como México no hay dos”; concordaba con la mayoría criolla en la idea de ser México “la más bella obra de las manos de Dios”, la verdaderamente modelada a “imagen y semejanza de Él”.<sup>30</sup> El padre de

<sup>25</sup> Romero Vargas, *op. cit.*, pp. 171-173.

<sup>26</sup> Villaseñor y Villaseñor, *op. cit.*, vol. II, pp. 119-120.

<sup>27</sup> Luis González, *El Congreso de Anáhuac*, México, Cámara de Senadores, 1963, p. 9.

<sup>28</sup> Francisco Miranda, *Yurécuaro*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán (Monografías municipales), 1978, p. 95.

<sup>29</sup> AOM, Negocios diversos, leg. 716.

<sup>30</sup> Luis Pérez Verdía, *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco*, Guadalajara, Ediciones I.T.G., 1953, pp. 127-128.

Sahuayo creía en los epítetos que se acostumbraba colgarle a México: “rico país”, “preciosa perla de la corona española”, “opulento reino”, “niña bonita de España”, “ricos, dilatados y fértiles dominios” y “el mejor país de todos cuantos circunda el sol”.<sup>31</sup> Es creíble que el cura Castellanos pensaba como el cura Hidalgo: por medio de la independencia, los mexicanos “haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestro país, y a vuelta de pocos años disfrutarán los habitantes de México de todas las delicias de este vasto continente”.<sup>32</sup> Por todas las razones dichas, el padre Marcos no tuvo inconveniente en convertirse en una de las piezas esenciales de

### *la rebelión de los curas*

contra España que puso en ejecución el cura de Dolores el 16 de septiembre de 1810. En el templo de su curato, durante la misa dominical, como lo saben los mexicanos desde la primaria, invitó a sus feligreses a una matachina de gachupines, pues según él, sólo deshaciéndose de tales tipos, podríamos “mostrar a todas las naciones las admirables cualidades que nos adornan y la cultura de que somos susceptibles”.<sup>33</sup> Seguido de sus feligreses, salió de Dolores rumbo a San Miguel. A su paso por Atotonilco, mezcló a la Virgen de Guadalupe en sus planes, haciéndola bandera. Con la bandera guadalupana y rodeado de una creciente multitud provista de palos, hondas y reatas, armó un borlote relámpago que lo condujo en menos de mes y medio a las puertas de la capital.<sup>34</sup> Durante su recorrido desde Dolores hasta Las Cruces, en San Miguel, en Celaya, en Guanajuato, en Valladolid, en todos los lugares visitados, desató hondas divisiones, obtuvo la adhesión incondicional de los curas pueblerinos, de los pequeños propietarios, de las comunidades indígenas y de algunos milites, así como la repulsa violenta de otros militares, de los hacendados y sus siervos y de las altas jerarquías eclesiásticas.<sup>35</sup>

<sup>31</sup> González, “El optimismo nacionalista ...”, pp. 176-177.

<sup>32</sup> Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México, de 1808 a 1821*, México, Imp. de José María Sandoval, 1877-1882, vol. II, p. 63.

<sup>33</sup> *Ibid.*, vol. II, p. 88.

<sup>34</sup> Luis Castillo Ledón, *Hidalgo, la vida del héroe*, México, Talleres Gráficos de La Nación, 1949, vol. I, pp. 9-58.

<sup>35</sup> José Bravo Ugarte, *México independiente*, Barcelona, Salvat, 1959, pp. 49-91.

Una de las primeras adhesiones recibidas por el cura Hidalgo provino de don Toribio Huidobro que soliviantó, desde La Piedad hasta la Laguna, los pueblos de la margen nórdica del río Lerma.<sup>36</sup> Uno de los primeros repudios padecidos por Hidalgo fue de don Félix María Calleja quien lo derrotó en San Jerónimo Aculco, ya cerca de México, y lo hizo volverse casi por donde había venido.<sup>37</sup> Otro de los apesos iniciales a la causa de la independencia abanderada por Hidalgo vino de parte de don José Antonio Torres que soliviantó, desde La Piedad hasta Sahuayo, los pueblos de la margen del sur del río Lerma y de la laguna de Chapala.<sup>38</sup> Otra de las primeras enemigas que se ganó la insurgencia fue la de patronos y empleados de Guaracha, los comandantes neogallegos José de la Cruz, Pedro Celestino Negrete, Manuel del Río, Correa, Quintanar, Cuéllar, Arango, Arteaga, Recacho, Pastor, Vallano, Mora, Sarabia y Villaseñor, y los obispos y los intendentes de Valladolid y de Guadalajara, y otros matadores de héroes.<sup>39</sup>

El Amo Torres se hizo de multitudes en los pueblos aledaños a Guaracha y en algunas rancherías de ésta. Con la gente reclutada aquí y con la que ya traía puso en obra la misión que le confiara Hidalgo: poner en ascuas a la Nueva Galicia hasta conseguir su independencia. En las intermediaciones de Zacoalco le salió al encuentro “la flor de la juventud de Guadalajara”, dirigida por Tomás Ignacio Villaseñor. Al grito de ¡Viva la Virgen de Guadalupe! los de Torres, armados de hondas y piedras, se fueron encima de los tapatíos que traían armas de fuego. Del combate tan desigual del 4 de noviembre de 1810 resultó lo inesperado. La gente rústica e inerme del “Amo” produjo sobre los aristócratas de Guadalajara tan fuerte pedrea que dejó a 258 sin resuello y puso en fuga a los restantes:<sup>40</sup>

El día cuatro de noviembre,  
poco antes del mediodía,  
del humo y la polvareda  
la playa no se veía.

<sup>36</sup> Miquel i Vergés, *Diccionario de insurgentes*, p. 290.

<sup>37</sup> Castillo Ledón, *op. cit.*

<sup>38</sup> Luis González, *Zamora*, México, El Colegio de Michoacán-Conacyt, 1984, pp. 84-85.

<sup>39</sup> Sánchez, *op. cit.*, pp. 107-119.

<sup>40</sup> González, *Pueblo en vilo*, p. 71.

Los gachupines soldados  
 en el furor de la guerra,  
 cayeron todos en tierra  
 en su sangre revolcados...  
 Unos salen escapados  
 por milagros de sus santos,  
 otros van por los barrancos  
 y otros degollados fueron,  
 y hacen cuentas que murieron  
 doscientos cincuenta y tantos.<sup>41</sup>

Las virtudes de imán perdidas por el cura Hidalgo en el Monte de las Cruces y en San Jerónimo Aculco le cayeron al Amo Torres desde su entrada triunfal en Guadalajara. Aquí vienen a ofrecerle amistades el arriero de Cotija don José María Vargas; el milite Ruperto Mier; el cura de La Piedad, Antonio Macías; el oidor de origen zamorano, Pedro Alcántara; el sacerdote cotijense, don Luciano Farías, y el mismísimo cura de Dolores.<sup>42</sup> Don José Antonio recibió al señor cura Hidalgo como a jefe y don Miguel asumió la jefatura con fervor infantil. Se hizo llamar Generalísimo de América, engoló la voz, ordenó el degüello nocturno de los gachupines tapatíos, expidió decretos sobre el uso exclusivamente indígena de las tierras de comunidad, la abolición de la esclavitud, la extinción de los monopolios estatales del tabaco, la pólvora y los naipes, y la supresión de los tributos que pagaban los indios. También quiso organizar un gobierno, un ejército y un periódico. Éste se denominó *El Despertador Americano*. El ejército se compuso de más de 30 000 hombres, y se enfrentó al de Calleja en el Puente de Calderón.<sup>43</sup> La catástrofe de las tropas de Hidalgo se produjo el 17 de enero de 1811, y a resultas de ella, cada caudillo insurgente se desbandó. Pese a los buenos deseos de don Ignacio López Rayón, durante meses no hubo autoridad suprema en la lucha contra España.

Un fraile juanino que se decía príncipe y que comandaba una fuerza de 3 000 hombres, fray Juan Gallaga, se hizo de Zapotlán, pero por corto

<sup>41</sup> Cf. José Ramírez Flores, *El gobierno insurgente en Guadalajara*, Guadalajara, Ayuntamiento, 1969, p. 38.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 55 y 58.

<sup>43</sup> Luis González, "El periodo formativo", en *Historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 1973, pp. 85-86.

tiempo. Pedro Celestino Negrete se lo quitó a golpe limpio el 6 de mayo de 1811.<sup>44</sup> En muy buen corcel, pero como alma que se lleva el diablo, el fraile corrió a unirse con los insurrectos de las orillas de la Laguna: Sandoval, Ochoa, y Cárdenas de Sahuayo y el cura Ramos de La Barca. Entre todos reunieron “una chusma” según sus enemigos y un ejército según ellos, de 5 000 hombres. El cuerpo de acordada comandado por Manuel del Río batió la chusma o ejército de fray Juan, y no contento con la derrota que le impuso cerca de Sahuayo, dispuso la persecución de los fugitivos. A unos les dieron alcance en el Pastor y a otros en Guaracha.<sup>45</sup> Únicamente el fraile, gracias a su buen caballo, logró escapárseles a los realistas.

Don Luis Macías y sus huestes reclutadas en la parroquia de Sahuayo dieron en perseguir al señor de Guaracha y a sus allegados y seguidores. “Tras de incendiarle sus casas de Tangancicuaro, le cayeron a Guaracha, lo golpearon con enojo, mataron a su hijo que pretendió quitárselos y a él lo dejaron por muerto. Moribundo fue conducido a Zamora y antes de llegar a su casa, se le cortó el resuello. A otro Jasso, al presbítero don José Benito, lo aprehendieron, lo soltaron moribundo y también murió en camino”.<sup>46</sup> De allí en adelante Macías no volvió a hacer de las suyas. A principios de 1812 fue derrotado en Platanal por los jefes realistas José Celestino Negrete y Luis Quintanar.<sup>47</sup> Tres meses después fueron dispersados “500 rebeldes de Macías que asolaban las inmediaciones de Xiquilpan”.<sup>48</sup>

Casi simultáneamente padecieron derrota los 100 hombres de Miguel del Río, el sahuayense compañero de Macías. Y como si todo esto fuera poco, en junio, Diego Moreno Jasso, nieto del difunto don Victorino, el gran señor de Guaracha, acometió con éxito a Miguel del Río, que ya traía nueva gente, en la ciénega de Cumuato.<sup>49</sup>

El año de 1812 no fue nada afortunado para los patriotas de la región de Sahuayo. Entonces reapareció en la comarca el valiente y probo José Antonio

<sup>44</sup> Gallaga era más conocido con el nombre de El Lego.

<sup>45</sup> Hernández y Dávalos, *op. cit.*, vol. III, p. 295.

<sup>46</sup> González, *Zamora*, pp. 85-86.

<sup>47</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 107.

<sup>48</sup> Hernández y Dávalos, *op. cit.*, vol. IV, pp. 11-12, cit. por Ochoa, *Jiquilpan*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán (Monografías municipales), 1978, p. 78.

<sup>49</sup> Hernández y Dávalos, *op. cit.*, vol. IV, pp. 432-433.

Torres. Desde la derrota de Calderón había andado como judío errante en Zacatecas, Santa Ana Pacueco, La Piedad, Tacámbaro, Valladolid, Uruapan, etc.<sup>50</sup> A comienzos de 1812 volvió a las tierras sahuayenses, de donde eran muchos de sus soldados. En abril, circuló el parte de un tal Merino: “Mi satisfacción es completa... sorprendí al viejo Torres que reunía nueva gavilla; lo hice prisionero... De toda su chusma que se componía de cuatrocientos, los que no murieron a los filos de las bayonetas, murieron asados por haber quemado yo las trojes donde se metieron... Palo Alto, 4 de abril de 1812”.<sup>51</sup> Torres fue conducido a Guadalajara donde la Junta de Seguridad tuvo a bien declararlo convicto de insurgencia, “traidor al rey y a la patria” y lo condenó “a ser arrastrado, ahorcado, y descuartizado, con confiscación de todos sus bienes, y manteniéndose el cadáver en el patíbulo hasta las cinco de la tarde: se baje a esta hora, y conducido a la plaza de Venegas, se le corte la cabeza y se fije en el centro de la plaza sobre un palo alto, descuartizándose allí mismo su cuerpo y remitiéndose el brazo derecho al pueblo de Zacoalco... otro trozo a la garita de esta ciudad por donde entró... otro en la del Carmen, salida rumbo a Tepic... y otro en la del bajío de San Pedro... Que en cada uno de dichos pasajes se fije en unas tablas el siguiente rótulo: José Antonio Torres, traidor al rey y a la patria, cabecilla rebelde e invasor de esta capital... Pasados 40 días se bajen los restos y... se quemen en llamas vivas de fuego, esparciéndose sus cenizas por el aire”.<sup>52</sup>

A medida que se opacaba la insurgencia en el oeste de Michoacán, en el este y en el sur del mismo resplandecía como sol gracias al cura Morelos, al oscuro párroco del paliacate en la cabeza que “se inició en una carpintería de Valladolid; contrajo una cicatriz nasal en su adolescencia de vaquero; obtuvo un bachillerato en artes en su juventud de seminarista; rigió modestas parroquias a los inicios de su edad adulta”, y en octubre de 1810 fue comisionado por el cura de Dolores para poner en pie de lucha los pueblos del sur.<sup>53</sup> “Ignorado y despreciado en un principio fue creciendo en poder e importancia, levantándose como aquellas nubes tempestuosas, que naciendo en la parte del sur, cubren en breve una inmensa extensión de terreno”.<sup>54</sup> A finales de 1812 ya era el jefe unánimemente acatado por

<sup>50</sup> Miquel i Vergés, *Diccionario de insurgentes*, p. 569; Villaseñor y Villaseñor, *op. cit.*, vol. 1, pp. 108-109; *El Ilustrador Americano*, núm. 33, 28 de noviembre de 1812.

<sup>51</sup> Pérez Verdía, *op. cit.*, pp. 33-34.

<sup>52</sup> Miquel i Vergés, *Diccionario de insurgentes*, pp. 569-570.

<sup>53</sup> González, *El Congreso de Anáhuac*, p. 9.

<sup>54</sup> Alamán, *op. cit.*

todos los cabecillas del movimiento insurgente, incluso los de la región de la Ciénega. A principios de 1813 convocó al Congreso de Chilpancingo que debería hacer la declaratoria de independencia y la Constitución príncipe del México independiente.<sup>55</sup> A esa reunión no pudo asistir el héroe mayor de la guerra emancipadora en el oeste porque se hallaba ocupado en unos

### *ejercicios de encierro en Mezcala*

cuyos inicios se pueden leer en el relato de uno de los protagonistas. “Instruidos —escribe José Santa Anna— de que los comandantes don Pedro Celestino Negrete y don Manuel Pastor los iban a atacar en combinación por distintos puntos y con fuerzas del todo superiores”, Luis Macías y Marcos Castellanos decidieron encerrarse con sus huestes de indios y criollos en el islote de Mezcala.<sup>56</sup> Los jefes dijeron conocer la isla, así como los soldados, en su gran mayoría pescadores. Todos estuvieron concordes en que Mezcala era inexpugnable por su posición y por lo pedregoso de su piso. Distaba dos leguas (alrededor de 10 kilómetros) de la orilla más próxima. Sus bordes escarpados no eran fácilmente accesibles. Sus riscos podían servir de parapetos y sus piedras menudas de armas arrojadizas.

Como si no bastara, el padre Castellanos hizo construir muros de piedra en los sitios débiles; dispuso clavar estacas en medio de la laguna; ordenó la hechura de los jacales que servirían de habitación; mandó hacer bodegas donde se guardarían los víveres y una fábrica de municiones.<sup>57</sup> Don José María Vargas, el caudillo insurgente de Cotija, contribuyó al fortalecimiento de la isla con ocho cañones.<sup>58</sup> Don Luis Macías se quedó fuera, por el corto tiempo que todavía vivió, con el encargo de surtir de víveres a los aislados.<sup>59</sup> El padre puso en 200 canoas a sus 1 000 hombres, más sus mujeres y niños, y se hizo a la laguna.<sup>60</sup> En noviembre de 1812, el

<sup>55</sup> González, *El Congreso de Anáhuac*, pp. 11-23.

<sup>56</sup> José Santana y Pedro Nicolás Padilla, *Relación de la isla de Mexcala*, Guadalajara, Ediciones del Gobierno del Estado de Jalisco, 1959, pp. 34-35.

<sup>57</sup> Antonio Alba, *Chapala*, Guadalajara, Banco Industrial de Jalisco, 1954, p. 89.

<sup>58</sup> Romero Vargas, *op. cit.*, p. 174.

<sup>59</sup> Alba, *op. cit.*, p. 89.

<sup>60</sup> Santana y Padilla, *op. cit.*, p. 35.

pedregal de Mezcala se convirtió en pueblo con los pocos servicios de las poblaciones chicas de la época.<sup>61</sup>

El 27 de febrero de 1813 el general don José de la Cruz atacó por primera vez la fortaleza insular; se trabó en combate acuático con los defensores, pero el combate no tuvo más consecuencia que el berrinche del agresor y la muerte de uno de los coroneles adictos a España.<sup>62</sup> Al poco tiempo el brigadier Negrete, con un número de soldados superior al de Cruz, quiso tomar a viva fuerza la isla, pero lo único que consiguió fue el viaje al más allá de mucha de su gente y la supresión de dos de sus dedos a causa de una pedrada.<sup>63</sup> Y como si tal humillación no hubiera hecho arder de coraje a un jefe tan iracundo como don Pedro Celestino, los del encierro le clavaron otras.<sup>64</sup> Empezaron a salir del islote y a meterse, en pequeños grupos, y delante de las narices de los destacamentos del rey, en los pueblecitos de la orilla del lago donde dejaban notorias huellas de su estancia. En 1813 el pelear fue una fiesta para los hombres de Mezcala.<sup>65</sup>

En 1814 la guerra deja de ser broma. Don José de la Cruz ideó entonces una nueva estratagema para hacerlos papilla; dispuso que don José Navarro bloquease a los mezcaleños con una flota bien pertrechada.<sup>66</sup> Pero esto también falló. Los barquitos de Navarro sufrieron las embestidas de las canoas de los insurgentes.<sup>67</sup> Además, pese a la vigorosa escuadra de los realistas, casi no hubo día en que algunos de los sitiados no salieran a darse un paseo por la costa firme.<sup>68</sup> El 1 de mayo de 1814, una de esas partidas que andaba fuera del fortín, a las órdenes de don José María Vargas, tuvo que hacerle frente, en los Corrales de Toluquilla, a un ejército enemigo con 800 de tropa y cuatro cañones. Como principio de combate, Vargas dispuso la media vuelta; se hizo perseguir por los del rey, y cuando ya los sintió exánimes de tanta carrera, se volvió sobre ellos; aprehendió a 337 y fusiló a un coronel realista.<sup>69</sup>

<sup>61</sup> Villaseñor y Villaseñor, *op. cit.*, vol. II, p. 246.

<sup>62</sup> Santana y Padilla, *op. cit.*, p. 36.

<sup>63</sup> Miquel i Vergés, *Diccionario de insurgentes*, p. 130.

<sup>64</sup> Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 18.

<sup>65</sup> Santana y Padilla, *op. cit.*, p. 36.

<sup>66</sup> Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 116-117.

<sup>67</sup> Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 19.

<sup>68</sup> Alba, *op. cit.*, pp. 93-94.

<sup>69</sup> Hernández y Dávalos, *op. cit.*, pp. 330-331.

Entretanto, la estrella del generalísimo José María Morelos comenzaba a palidecer. La demora del Rayo del Sur en actividades relacionadas con el Congreso de Chilpancingo y la hechura de la Constitución, permitió a Calleja organizar, disciplinar y equipar las tropas del rey, las cuales derrotaron repetidas veces a las desentrenadas tropas del Siervo de la Nación. Al desastre de Valladolid siguió el de Puruarán, y a éste otros muchos. A las carreras se tuvo que hacer la Constitución jurada en Apatzingán el 22 de octubre de 1814. Con mucho trabajo se consiguió integrar el poder ejecutivo del México independiente con los señores Cos, Morelos y Liceaga. De ningún modo ese primer triunvirato ejecutivo pudo ejecutar alguna cosa más allá de un estrechísimo territorio. Por ejemplo, sus decisiones no alcanzaron a ser sentidas por los insurgentes de Chapala.<sup>70</sup> Mientras éstos hacían de las suyas, mientras en varias ocasiones burlaban el cerco realista, y en una, tres canoas rebeldes le impusieron un buen castigo a 14 embarcaciones virreinales, las tropas de Morelos sufrían la derrota de Texmalaca y perdían a su jefe, allí aprehendido, juzgado en la capital y borrado por una descarga de fusilería en San Cristóbal Ecatepec.<sup>71</sup>

Hubo un momento en que el virrey Calleja se ufano de haber acabado con los brotes insurgentes, de no quedarle por deshacer “otro punto militar que el de la Laguna de Chapala” que no tardaría, según él, en ser sepulcro de los insurrectos.<sup>72</sup> En 1816 los de Chapala empezaron a sufrir reveses al por mayor. El general Cruz dispuso que fueran entregados a las llamas los pueblos y los sembradíos de las riberas de la Laguna. La gente salió despavorida de sus chozas en busca de refugio. Los más pobres se treparon a los Altos de Jalisco, si eran de la ribera norte, y a los Altos de Jalmich, si vivían en la ribera sur. Algunos de los más pudientes, sobre todo los de Cojumatlán, Rincón de María y La Palma, se hicieron roncha en Sahuayo porque este pueblo quedó fuera de la orden de incineración de Cruz.<sup>73</sup> Sahuayo, casi despoblada por la mucha gente vecina de allí que moría en los ejércitos contendientes, en un santiamén se retacó de prófugos. Entre 1810 y 1815 perdió lo más de su fuerza india, metida a insurgente, y de su población mulata, hecha una con los realistas, pero en 1816

<sup>70</sup> González, *El Congreso de Anáhuac*, pp. 17-22.

<sup>71</sup> Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 122.

<sup>72</sup> Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de Independencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953.

<sup>73</sup> Pérez Verdía, *op. cit.*, pp. 122-123.

recogió a la gente güera de los pueblos del sur de la Laguna.<sup>74</sup> Sahuayo, hasta entonces mayoritariamente indio y cambujo, desde entonces se hizo bastante criollo.

Mientras tanto se desató una epidemia entre los metidos en el islote que “casi contagió a todos... Y como no había en disposición toda la gente necesaria para conducir víveres, también les cargó l’hambre, de suerte que se vieron en los mayores conflictos, sin dejar de resistir las acometidas inútiles de los contrarios”.<sup>75</sup> Como si todo lo anterior fuera poco, la batalla del Divisadero, dentro de la parroquia de Sahuayo, tuvo un desenlace terrible. El 17 de agosto de 1816 el realista José Vallano, al frente de muchos, se lanza como catapulta contra una partida de insurrectos desprendidos de Mezcala. Los insurgentes resisten con éxito y dejan tendidos a numerosos realistas, incluso a Vallano; pero como celebraran la victoria poniéndose a dormir, dormidos los sorprendió la gente del comandante Correa que se dio el gusto de matar a 300 durmientes.<sup>76</sup> Todavía hoy hay un sitio que se nombra el Potrero de los Muertos en testimonio de aquella hecatombe.<sup>77</sup>

En vista de los rumbos que tomaban la guerra y la peste, el padre Castellanos decidió negociar la entrega de Mezcala. Don Marcos entró en conversaciones con don Pedro Celestino y obtuvo, a cambio de devolver el islote, la promesa del comandante español de no perseguir a los vencidos, reintegrarles sus pueblos reedificados, suprimir el tributo per cápita y los derechos parroquiales que se exigían a los aborígenes, repartir tierras, bueyes y semillas a los campesinos del entorno, y en general poner a los sitiados en situación de incorporarse a una vida apacible. Firmado el convenio el 25 de noviembre de 1816, se procedió a la ceremonia de rendición, en la que depusieron las armas 800 combatientes con la entrega de multitud de hondas, 17 cañones, 10 cargas de parque y algunas docenas de carabinas.<sup>78</sup>

<sup>74</sup> Lo anterior se infiere de un análisis superficial de los libros bautismales de la parroquia de Sahuayo del periodo de las guerras de independencia, libros, por otra parte, incompletos para esos años.

<sup>75</sup> Santana y Padilla, *op. cit.*, pp. 37-38.

<sup>76</sup> Niceto de Zamacois, *Historia de México*, Barcelona-México, J. Parrés y Cía., 1876-1882, vol. VII, pp. 236-237.

<sup>77</sup> González, *Pueblo en vilo*, p. 74.

<sup>78</sup> Pérez Verdía, *op. cit.*, pp. 122-123.

Los rendidos más parecían cadáveres que hombres de carne y hueso. Según contaban, los últimos días en el islote sólo pudieron comer ratas y lagartijas, y eso en pequeñas cantidades. A tal punto los vio extenuados el general Cruz que “a toda prisa les mandó tres mil cargas de maíz”.<sup>79</sup> Como si fueran fantasmas fueron llegando a las ruinas en que se habían convertido sus pueblos. Casi todos, al toparse con sus casas hechas ceniza, siguieron adelante, quizá hasta Sahuayo porque allí se habían metido, huyendo de la quema, sus mujeres. Desde allí contemplaron la desolación general de los pueblos y de la hacienda. Así como los realistas con el apoyo de Guaracha deshicieron poblaciones, los insurgentes “saquearon cuanto había en la casa de Guaracha... robaron a su arbitrio los muebles de la finca... La hacienda quedó con cosa de 400 reses en toda su extensión...”.<sup>80</sup> Como quiera, la actividad destructiva casi desapareció desde 1817. Sólo por si acaso, la secta realista, en la fecha en que comenzó la paz, “dispuso poner guarnición en Guaracha y en San Simón”.<sup>81</sup> Sólo una vez en 1820 volvió a ser noticia la guerra emancipadora a propósito de un merodeo de los que acostumbraba don Gordiano Guzmán. Aunque de manera oficial la

### *nueva vida independiente*

empezó en 1821, con el Plan de Iguala, con los Tratados de Córdoba, con la entrada a México del ejército trigarante y con declaraciones tan optimistas como ésta: “El nuevo país, por su ubicación, riqueza y ferocidad denota haber sido creado para dar la ley al mundo todo... y va a ser el centro de la libertad”, en Sahuayo ya se respiraban nuevos aires desde hacía un lustro, aunque no los aires por los que habían combatido los insurgentes. Desde la rendición de Mezcala dejó de haber disturbios y efusiones de sangre, pero aumentó la miseria y quizá también la injusticia.<sup>82</sup>

No sólo en la región de Sahuayo resultó cara la guerra insurgente. En el conjunto del país, el costo de la independencia fue muy alto. La pro-

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>80</sup> Arturo Rodríguez Zetina, *Zamora: ensayo histórico y repertorio documental*, México, Editorial Jus, 1952, p. 687.

<sup>81</sup> *Cf.* Ochoa, *op. cit.*, p. 82.

<sup>82</sup> González, “El optimismo nacionalista...”, p. 198.

ducción minera se redujo a un quinto, bajó de 30 millones en 1810 a seis millones en 1822. El valor del producto agrícola se contrajo a la mitad y el industrial a un tercio. La declaración de igualdad jurídica dejó a los indios, que estaban acostumbrados a un régimen de tutela, sin algunas de sus mejores armas. La igualdad de derechos agudizó la desigualdad de fortunas. La inexperiencia política de los criollos metió al país recién independizado en un periodo de tanteos y de guerra civil. La guerra de desahije fue seguida por la guerra entre hermanos.<sup>83</sup> La esperanza se mudó en decepción.

No dondequiera el desastre fue de las mismas proporciones. La parroquia de Sahuayo perdió mucha gente, sobre todo de los sectores indio y mulato, pero al final de la contienda su población se había duplicado, ascendía a 9 000 almas, y la población de la cabeza, del mero Sahuayo, se cuadruplicó “por la muchedumbre de familias [principalmente criollas y mestizas] que emigraron de sus pueblos [los más de la circunvecindad] y se avecindaron en éste”.<sup>84</sup> Ciertamente, una vez concluida la lucha, varias familias refugiadas en Sahuayo se restituyeron a sus terruños, que no todas. Según Martínez de Lejarza, en 1822, en la parroquia de Sahuayo vivían 8 425 habitantes: 6 316 solteros, 1 346 casados, 181 viudos y 582 viudas.<sup>85</sup> Pese a la mortandad de sahuayenses durante los años duros, la gente de la cabecera se triplicó aunque luego volvió a reducirse y quedar en unos 3 000 habitantes, ya con humos urbanos, aunque con pobreza rural más acentuada que la de vísperas de la lucha.

También en el orden político Sahuayo salió ganancioso con la independencia, pues superó su categoría. Como es bien sabido, pasado el breve imperio de don Agustín de Iturbide, México se hizo República federal, regida por la carta magna de 1824. A su vez cada uno de los estados libres se dio su propia constitución. Michoacán tuvo la suya desde 1825.<sup>86</sup> De acuerdo con ella, la nueva entidad federativa, con capital en Valladolid, se dividió en cuatro departamentos: Norte o de la capital; Poniente o de Zamora; Sur o de Uruapan, y Oriente o de Zitácuaro. Cada uno de los departamentos se subdividió en partidos. Del departamento de Zamora

<sup>83</sup> González, “El periodo formativo”, pp. 93-95.

<sup>84</sup> AOM, Estadísticas parroquiales, leg. 5.

<sup>85</sup> Juan José Martínez de Lejarza, *Análisis estadístico de la provincia de Michoacán en 1822*, Morelia, Fímax, 1974, pp. 161-162.

<sup>86</sup> José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Editorial Jus, 1964, p. 70.

salieron cinco partidos: el de la cabecera y los de Tlazazalca, Jiquilpan, Puruándiro y La Piedad.<sup>87</sup> Poco después, los partidos se fraccionaron en municipios. Jiquilpan se fraccionó en cuatro: el de la cabecera y los de Cotija, Guarachita y Sahuayo. Algunos municipios se subdividieron a su vez en cabecera municipal y en tenencias. Sahuayo tuvo dos tenencias: Cojumatlán y San Pedro.<sup>88</sup> En lugar de los antiguos cabildos indígenas se formaron ayuntamientos y jefaturas de tenencia. En Sahuayo hubo ayuntamiento. En los otros dos pueblos, jefatura.

Al revés de lo acontecido en el conjunto de la República, la discordia civil apenas se sintió en el entorno Sahuayo-Guaracha. En 1833, en Jiquilpan, “algunas autoridades y muchos vecinos secundaron el plan de religión y fueros de don Ignacio Escalada” pero no tuvieron oportunidad ni siquiera de matar moscas, pues un coronel del ejército leal, que comandaba una vigorosa fuerza de caballería, los disuadió de sus propósitos y los puso en fuga.<sup>89</sup> Apenas pasó de susto el suceso de 1838, o sea la entrada en Jiquilpan de dos viejos héroes (Gordiano Guzmán y Eustaquio Arias) y sus muchachos, cuya generosidad se manifestó en la apertura de las puertas de la cárcel y su amor vehemente por la riqueza no ganada, en el modo de vaciar changarros.<sup>90</sup> Tampoco se peleó en las guerras internacionales. En 1842 se hizo una Junta Patriótica Sahuayense “con objeto de arbitrar recursos para la guerra de Tejas”, junta presidida por don Francisco Orozco que reunió monedas pero no hombres dispuestos a recuperar el distante territorio.<sup>91</sup> Los sentimientos nacionalistas eran todavía muy débiles. En el rumbo, la pérdida de medio territorio nacional afectó poco. Afectó más la pérdida de unos terrenos a causa del levantamiento en armas de los indios de Mazamitla. Desde 1835, 17 naturales de Mazamitla habían otorgado poder a Guadalupe Estrada “porque hallándose despojados de sus tierras que como hijos de los primitivos gozaban, por varios vecinos que en el pueblo de su residencia se titulan colonos”, querían “rehacerse de sus terrenos”. Veinte años después, los aborígenes de Mazamitla, cansados de

<sup>87</sup> Amador Coromina, *Recopilación de leyes, decretos, reglamentos y circulares expedidos en el estado de Michoacán*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar, 1886-1913, vol. 1, p. 75.

<sup>88</sup> *Ibid.*, vol. v, pp. 8-9.

<sup>89</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 121.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>91</sup> *La Voz de Michoacán*, 8 de diciembre de 1842.

pedir sin fruto la restitución de las tierras usurpadas por los colonos, algunos de los cuales eran del municipio de Sahuayo, con lujo de fuerza, a empujones, a pedradas, a como pudieron, sacaron a los metiches.<sup>92</sup>

Los máximos acaeceres de interés local no son de orden bélico. En 1828 se esparció la noticia de la apertura de un par de escuelas en el ámbito del municipio: una en la cabecera y la otra en Cojumatlán.<sup>93</sup> En 1830, una peste de viruelas mató a muchos y dejó cacarizos a otros.<sup>94</sup> En 1832 se sustituyó al cura don Manuel Osio que lo fue por 33 años por el cura don Luciano Farías, el insurgente.<sup>95</sup> En 1833 fueron a ventilar cuentas con San Pedro un millar de sahuayenses a resultas de una epidemia semestral del cólera morbo.<sup>96</sup> En 1836, don Diego Moreno, patrono de Guaracha, dio en arriendo la parte occidental y alta de su latifundio a don Luis Arceo, vecino de Sahuayo, por la cantidad de 4 700 pesos anuales.<sup>97</sup> En 1840, don José Dolores Acuña, del vecindario de Jiquilpan, sucedió a don Luis como arrendatario.<sup>98</sup> En 1847 vino el nuevo cura don Rafael Galván sólo por unos meses, pues en 1848 lo sustituyó don Antonio Escoto.<sup>99</sup> En 1850 reapareció el cólera morbo que únicamente produjo la mitad de las víctimas de la vez anterior, y por ende, sólo mereció el nombre de cólera chico.<sup>100</sup> En 1854, la sahuayanía tuvo un gran susto y un gran gusto, provocado aquél por la visita militar de los generales Rocha y Suro, y éste por la visita pastoral del obispo don Clemente de Jesús Munguía.<sup>101</sup>

La relativa quietud bélica en la parroquia de Sahuayo a partir de 1817 no produjo mudanzas sensacionales en otros órdenes. Un informe de 1841 nos permite asomarnos a un pueblo poco diferente al visto en 1822 por Martínez de Lejarza, a un pueblo que todavía ofrece el espectáculo de tierras anegadizas, de charcos crapulosos, de disenterías endémicas, de mugre y de chinches. Entonces Sahuayo tenía una población de 3 084

<sup>92</sup> Archivo de Notarías de Jiquilpan (en adelante ANJ), Protocolo del Lic. Alejandro Abarca.

<sup>93</sup> AOM, Estadísticas parroquiales, leg. 5.

<sup>94</sup> Ochoa, *op. cit.*, p. 90.

<sup>95</sup> Romero Vargas, *op. cit.*, p. 173.

<sup>96</sup> Archivos parroquiales de Sahuayo y Cojumatlán, Libros de defunciones.

<sup>97</sup> ANJ, Protocolo del Lic. Alejandro Abarca.

<sup>98</sup> González, *Pueblo en vilo*, p. 95.

<sup>99</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 160.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>101</sup> Sánchez, *op. cit.*, pp. 125-164.

habitantes. Las muchas chozas de la parte en declive, “aunque distribuidas con poco orden” e intercaladas entre magueyes, “ofrecían una presencia agradable y sorprendente”. La porción llana del pueblo lucía “calles amplias y rectas... edificios proporcionados y plaza hermosa” aunque “sin más adorno que los portales de madera que la circundan”. Contrastaba con el resto del caserío el templo parroquial, de “muy mala construcción” y en ruinas. La casa de Dios y de Santiago correspondía a la pobreza ambiental que no a ninguna abulia religiosa. Los maizales, las vacas, las ovejas y los cerdos daban apenas para mal vivir que no para participarle a Santiago.<sup>102</sup>

Los otros dos pueblos de la parroquia estaban en peor situación que la cabecera. Cojumatlán, plantado en área “incómoda, pedregosa y reducida”, sólo poseía calles tortuosas y sin orden. Las “casas o chozas pequeñas y de paja eran de aspecto desagradable”. Para colmo, la gente del lugar carecía de “elementos agrícolas, industria y comercio”. Por dondequiera que se mirase parecía un “pueblo verdaderamente infeliz y miserable”.<sup>103</sup> Si no resultaba el peor del país era porque al lado había otro con más lodo, más vil, más atroz que Cojumatlán. San Pedro Caro no pasaba de ser un hacinamiento de 100 míseros jacales con 494 moradores. Si en las secas el pueblecillo era difícil de digerir y habitar, “en la estación de aguas se volvía inhabitable por la multitud de mosquitos”.<sup>104</sup>

Es de suponer que lo más boyante del complejo Sahuayo-Guaracha era la hacienda de Guaracha. Pero aun ésta, que vio a su dueño elevado a la gubernatura de Michoacán, no recobró la actividad tenida a fines del siglo XVIII y principios del XIX. En el casco, la población se mantuvo en 1 000 habitantes; la producción de trigo y de maíz ni en los momentos más bonancibles alcanzó las cifras promedias del primer decenio del siglo. Casi se retrajo hasta el autoabastecimiento.<sup>105</sup> La situación local de la agricultura fue muy semejante a la estatal que describe el gobernador Ocampo en 1848: “Cuando se considera que no hay ni la grande población que pudiera aumentar los precios y compensar debidamente los costos y riesgos de la producción, ni el mejoramiento y simplificación de los medios de ella para que sus efectos resultasen más baratos, cualquiera comprende que

<sup>102</sup> AOM, Estadísticas parroquiales, leg. 5.

<sup>103</sup> *Loc. cit.*

<sup>104</sup> *Loc. cit.*

<sup>105</sup> José Guadalupe Romero, *Michoacán y Guanajuato en 1860*, Morelia, Fímax, 1972, p. 104.

nuestra agricultura ha de arrastrarse todavía, y durante muchos años, en la decadencia y miseria que hoy presenta”. En peor estado que la agricultura sólo se hallaba el comercio “por falta de objetos en qué intervenir entre el productor y el consumidor”.<sup>106</sup>

Durante la guerra contra España, la población de Sahuayo rompió la barrera de la rusticidad, sobrepasó la cifra de los 2 500 habitantes y se mantuvo con alrededor de 3 000 desde la independencia hasta la reforma. Un poco antes de la lucha emancipadora había roto las barreras del autoconsumo, pero la discordia civil iniciada en 1810 la separó de la economía de mercado. Un poco después de conseguida la ruptura con España, Sahuayo se propuso romper la barrera del analfabetismo: abrió escuela, pero no logró prolongarle la vida. Desde 1830, Sahuayo, al convertirse en cabecera municipal, fue menos dependiente de Zamora en el orden político. Durante la guerra de independencia se hizo de una gloriosa tradición salpicada de sangre y de heroísmo. A mitad de centuria, nos encontramos con sahuayenses atentos a las mudanzas de las nubes como sus antepasados, pero además en constante recordación del reciente pasado heroico, de la lucha contra los gachupines, sin mengua de la voluntad para nuevas empresas económicas y sociales.

<sup>106</sup> Cf. Jesús Romero Flores, *Historia de Michoacán*, México, Costa-Amic, 1976, vol. II, pp. 213-214.

[MESA EN VILO,  
ENTRADA A LA INDEPENDENCIA]\*

A LAS SEIS ÚNICAS FAMILIAS que habitaban el latifundio [de Guaracha] de 500 kilómetros cuadrados, vienen a sumarse 30, en su gran mayoría criollas, pero sin faltar las mestizas y mulatas poco cargadas. Tres se establecen en Los Corrales, donde ya vivían los Cárdenas. José de Cárdenas funda El Sabinero en la tierra más húmeda y llana de la meseta. En tierra agreste, espino-sa, en declive, pero junto a un manantial hace su choza el pastor Antonio Eulloque. Junto al Ojo de Agua del Pastor, en sitio igualmente montaraz, en el halda norte del cerro de Larios se formó la ranchería del Jarrero con 13 familias. Dos familias de Sahuayo fundan La Rosa, y tres del mero pueblo de Cojumatlán repueblan la antiquísima Estancia del Monte. En el principio aparecen en la ranchería del Llano de la Cruz dos varones de Tangancicuaro (Juan Francisco Chávez y Antonio Valencia) y una mujercita hija de éste y esposa de aquél, llamada Simona.<sup>1</sup> El nombre de Llano de la Cruz lo impone el pasto. En uno de los escalones del halda poniente del cerro de Larios sucedió el prodigio. Pasado el temporal de lluvias, el pasto se pone amarillento, pero hubo uno que permaneció verde. Sobre el fondo amarillo gris, verde oscuro en forma de cruz. En un lugar previamente desmontado, en una angosta explanada, más arriba del arroyo del Aire, a media legua del Durazno, a una legua de la Venta y a una también del Jarrero. Un brazo de la cruz se estira hacia la casa del Durazno, el otro rumbo al caserío del Jarrero. En el travesaño de la cruz, en el extremo izquierdo, el jacal de Juan Francisco; en el derecho, el jacal de Antonio; por todo el travesaño, Simona.<sup>2</sup>

Estos y aquellos vecinos tenían que desbarbarizar la vieja hacienda del Monte a cambio del usufructo de todo el ganado que rescataran de la vida

\* Fragmento de *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 2a. ed., 1972, pp. 23-27.

<sup>1</sup> Archivo Parroquial de Sahuayo (en adelante APS), Libros de bautismos e informaciones matrimoniales.

<sup>2</sup> Conversaciones con Luis González Cárdenas.

salvaje, del permiso de sembrar y cosechar toda la tierra que desmontasen, poner vinatas y recoger panales. Otra de sus obligaciones para don Victorino Jasso fue la de cuidar sus reses, los rebaños de reses que llegaban por el día de San Juan y se iban el día de Todos Santos, las reses que había que proteger de los lobos y de los ladrones y de las que se aprovechaba la piel y el sebo y sólo esporádicamente la leche y la carne.<sup>3</sup>

Por lo demás, era gente bronca, de honda y machete. Los hombres, hechos una sola persona con su caballo, vestían calzones de piel de oveja o de venado y camisa de manta, y al poco tiempo de haberse establecido allí, algunos se volvieron ladrones de los caminos de la sal y el salitre. Los encabezó Martín Toscano, un nieto de Cristóbal de Cárdenas. Don Ramón Sánchez, el cronista clásico de Jiquilpan, escribe: “Asaltaba [allá por 1800] una famosa cuadrilla de bandidos capitaneados por Martín Toscano y Francisco Gil que según tradiciones llegaron a robar cantidades de dinero de mucha consideración... Por los años de 1803 a 1805 fueron capturados, de una manera inesperada, por el caporal de las haciendas de Guaracha, don Serafín Ceja, y fusilados, Toscano en México y Gil en Guadalajara”.<sup>4</sup> Los viejos de ahora despojan a Martín de la gloria de bandido y le adjudican la de primer héroe y protomártir de las guerras de independencia.

El segundo fue José Antonio Torres que administraba una hacienda en el Bajío cuando decidió secundar al cura Hidalgo. A finales del temporal de lluvias llegó a las haciendas de don Victorino y la gente se arremolinó a su alrededor. En Guadalajara se hizo correr la especie de que Torres era un hombre rústico e inepto y su ejército una chusma. La “flor de la juventud de Guadalajara” lo creyó y salió a batir al rebelde. La batalla tuvo como escenario las inmediaciones de Zacoalco.

Los de Torres produjeron sobre los catrines tapatíos tal lluvia de piedras, arrojadas con hondas, que dejaron a 257 tendidos.<sup>5</sup> Siete días después fue la entrada a Guadalajara; luego la derrota en Puente de Calderón; luego muchos reveses y la vuelta de Torres a la hacienda de Cojumatlán, y en un punto de ella, en Palo Alto, a la orilla de la laguna de Chapala, el

<sup>3</sup> Archivo de Notarías del Distrito de Jiquilpan (en adelante ANJ). El desorden en que están los papeles no permite un señalamiento preciso.

<sup>4</sup> Ramón Sánchez, *Bosquejo estadístico e histórico del distrito de Jiquilpan de Juárez*, Morelia, 1896, p. 106.

<sup>5</sup> Luis Pérez Verdía, *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco*, Guadalajara, Ediciones I.T.G., 1953, pp. 18-22.

desenlace. Un tal Merino, de las tropas del rey, informó el 4 de abril de 1812: “Mi satisfacción es completa... Sorprendí al viejo Torres que reunía nueva gavilla; lo hice prisionero... De toda su chusma que se componía de cuatrocientos, los que no murieron a los filos de las bayonetas, murieron asados por haber quemado yo las trojes donde se metieron”. Torres, conducido a Guadalajara, fue descuartizado.<sup>6</sup>

Para entonces ya habían aparecido otros jefes regionales. Don Luis Macías, dueño de la hacienda de La Palma, colindante de la de Cojumatlán, y el padre Marcos Castellanos, ex cura de Sahuayo, con 600 hombres de los pueblos ribereños de la laguna de Chapala, se metieron en un islote para defenderse y atacar. Desde allí irradiaron combates, los más a la hacienda de Cojumatlán. Muy sangrienta fue la batalla del Divisadero. Dos lugartenientes del padre Castellanos, Santa Ana y Chávez, con medio millar de hombres, se enfrentan a don José Vallano y su numerosa gente. Los insurgentes matan a muchos de sus enemigos, incluso al capitán, pero entusiasmados por la victoria, Santa Ana y Chávez van a comunicársela al padre Castellanos, mientras los soldados victoriosos se echan a dormir. Dormidos los sorprende el general Correa que se da el gusto de matar a tres centenares en lo que se llamaría después Potrero de los Muertos.<sup>7</sup>

La treintena de vecinos que Jasso había puesto en su hacienda de Cojumatlán los arrastró la borrasca de la revolución, y pocos de los alzados en Los Corrales, Jarrero, Llano de la Cruz y Estancia del Monte salieron con vida de la trifulca. Los animales domésticos que no fueron muertos o robados, volvieron a la vida cerril. Las chozas quedaron reducidas a cenizas. El cura Castellanos ya no pudo sostenerse en el islote de Mezcala porque la enfermedad cundió entre su tropa, y hubo de rendirse el 25 de noviembre de 1816.<sup>8</sup>

Ese mismo año se inició el tercer poblamiento. Aterrorizados por la orden realista que dispuso asolar las riberas de Chapala y quemar pueblos y sembradíos, muchos se treparon a la meseta contigua, a las tierras altas de las haciendas de Cojumatlán y Toluquilla. También algunos de los defensores de Mezcala vinieron a parar acá. Unos y otros fundan nuevas rancherías: Auchen, Cerrito de la Leña, Palo Dulce, San Miguel, Ojo de Rana, en torno a la barranca de La Leona; San Pedro sobre uno de los promontorios

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 33-34.

<sup>7</sup> Niceto de Zamacois, *Historia de México*, Barcelona-México, J. Parrés y Cía., 1876-1882, t. VII, pp. 236-237.

<sup>8</sup> Pérez Verdía, *op. cit.*, pp. 123-125.

que arremeten contra el lago de Chapala; Colongo y la Tinaja en términos del cerrito donde una hombruna española resistió a los insurgentes y le dio su patronímico al lugar; La Breña, en la honda barranca del río de la Pasión. Se fundan nuevas rancherías y reviven las viejas. Lino Partida viene a Los Corrales. Tres parejas refundan El Sabino; siete, el Jarrero, y dos el Ojo de Agua del Pastor. La Venta y El Durazno se rehacen con unas chozas puestas en Jalisco y las demás en Michoacán. El Llano de la Cruz resurge vigorosamente. Allí se plantan Mariano y María Guadalupe Arteaga, José María Barajas y Juana Arteaga (las Arteaga fueron famosas por mulatas y bien hechas); Basilio Cárdenas y María Toscano, Antonio González Horta y Lugarda Toscano (según la tradición, las Toscano eran rubias y relucientes); Julián Barajas y Marcela Chávez, Teodoro Valencia y Juana Chávez, José Vicente Pulido el Nuevo y María Eduarda Chávez.

Antonio González Horta y José Vicente Pulido eran típicos entre los ex combatientes avecindados en las rancherías altas de Cojumatlán. Antonio fue hijo de Juan Antonio y Salomé Horta, quienes antes de las guerras de independencia arrendaban tierras de labor en el Rincón de María, jurisdicción de La Palma. Juan Antonio nació de Toribio y María Díaz, oriundos de Cotija, de ascendencia sefardí. Los dos Antonios, padre e hijo, estaban predestinados a ser insurgentes por ser deudos del cura Marcos Castellanos y súbditos de Luis Miguel Macías, uno y otro capitanes de la insurgencia. Antonio el joven nació en 1799 y hacia 1818 hizo choza en el Llano de la Cruz. Ya era padre de un niño antes de casarse con Lugarda Toscano, madre soltera de Ignacio Buenrostro. Antonio y Lugarda procrearon a José Guadalupe, Vicente, Luis, José María y Jesús. Antonio sembró todos los años su milpa; algunas veces puso vinata e hizo mezcal, pero nunca tuvo un centavo. Fue pobre, alegre, casi ebrio; alcanzaba a pie un becerro encarrerado; su fortaleza en punto a fandangos no conocía término; bailaba estupendamente la danza de los cuchillos o “morisca”.

Menos desordenada que no edificante fue la vida de José Vicente Pulido. En 1778 su padre vivía en Cotija. Concluida la independencia, padre e hijo se avecindaron en la hacienda de Cojumatlán, muy cerca del Llano de la Cruz, donde José Vicente padre plantó el fresno que todavía subsiste. Los Pulido eran dueños de vacas; las ordeñaban de San Juan a Todos Santos; hacían entonces queso, y como la gran mayoría de los que tenían ganado, despellejaban reses. En el largo temporal de secas José Vicente Pulido capaba colmenas, extraía cera y miel. La cera blanqueada y

los cueros le llegaron a proporcionar una modesta fortuna. Casó con una hija de Antonio Chávez, el héroe y villano de la batalla del Divisadero. Tuvo con María Eduarda Chávez numerosa prole. Fue buen jinete en su juventud y buen bebedor de mezcal toda su vida.<sup>9</sup>

Como Antonio González Horta y José Vicente Pulido Arteaga, otros 100 jefes de familia vivían en los altos de la hacienda de Cojumatlán al consumarse la independencia. En el paréntesis de paz de 1821 a 1832, la población aumenta poco. En 1833 disminuye a causa del cólera. Entre septiembre y diciembre se les va la vida en un santiamén a cosa de 100 cristianos.<sup>10</sup> Desde 1834, la guerra civil que se desató en las zonas pobladas de la República, empuja gente hacia las partes ralmente habitadas. La meseta de las haciendas de Cojumatlán y Toluquilla recibe algunos prófugos de la patria en llamas. Unos se establecen en las haciendas; otros en los dominios del pueblo de Mazamitla. En el Durazno se plantan siete familias criollas que hacen una casa grande techada con teja y consiguen buenos ranchos. Un grupo de indios mazamitlecos, cosa de 177, se quejan en 1835 de haber sido despojados de las tierras “que como hijos de los primitivos gozaban”.<sup>11</sup> Como no les hicieron caso, en 1857, a pedradas, palos y machetes la emprenden contra los colonos despojadores. Pablo y Jesús Rojas, Rafael y Dolores Reyes, Miguel, Manuel y Juan Martínez, Manuel Calleja y Vicente Chávez se quejan de haber sido echados por los indios “a mano armada” de las propiedades poseídas por ellos en El Carrizo, Pie de Puerto, Zapatero, Milpillas y otros puntos.<sup>12</sup>

Con todo, el levantamiento de indios en Mazamitla no para el aflujo de familias a la meseta, ni tampoco logran detenerlo algunos bandidos locales como aquel que se cubría el rostro de tizne para no ser reconocido, el ladrón de la loma que se llamaría El Tiznado. En menos de 30 años la población de la meseta se triplica. Tan sólo en la quinta parte de ella, en lo que será con el tiempo parroquia de San José de Gracia y municipio de Marcos Castellanos, los habitantes pasan de 400 a 1 000.<sup>13</sup>

<sup>9</sup> APS, ANJ y conversaciones con Luis González Cárdenas.

<sup>10</sup> Archivos parroquiales de Cojumatlán y Mazamitla.

<sup>11</sup> ANJ, Libro de la Alcaldía de Jiquilpan, 1835.

<sup>12</sup> ANJ, Protocolo del Lic. Alejandro Abarca, 1866.

<sup>13</sup> Las cifras han sido calculadas tomando como base el número de nacimientos registrados en los libros de la entonces vicaría de Cojumatlán. Por 50 bautizados se calcularon 1 000 habitantes.



3  
TIEMPO DE FUSILES\*

*Los actores del drama bélico*

que ocupa casi 60 años de la vida mexicana, pues corre de 1810 a 1867, son fruto de las luces del siglo de las tales. Los papeles más lucidos del episodio de la revolución de Independencia estuvieron a cargo de personas nacidas entre 1765 y 1780. Los villanos del acto del desgarrate nacional, conocido con el nombre de “las revoluciones de Santa Anna”, nacieron generalmente de 1780 a 1795. Los que les tocó hacer el rol de vencidos en las guerras de Reforma, los “perversos” conservadores, fueron oriundos de la franja temporal 1795-1810, y los gananciosos en esas mismas luchas, los “santos” liberales, nativos del quindenio siguiente: 1810-1825. En cada uno de los actos de aquel drama hubo una jefatura o directorio nacional nunca mayor de 100 egregios y un coro que a comienzos del drama era de más de seis millones, y a finales, de menos de ocho. La gente de México creció con excesiva lentitud en los dos primeros tercios del siglo XIX dizque por la cólera intestinal, los dos golpes del “cólera morbus”, la fiebre amarilla y mil calamidades.<sup>1</sup>

El ritmo demográfico de Zamora no se apartó mucho del nacional. Las luchas de emancipación hicieron caer la demos zamorana en un 50%. Al sobrevenir el cura Hidalgo, la villa del Duero hospedaba unas 10 000 personas; 12 años más tarde, 6 256: 1 612 solteros, 1 190 casados, 124 viudos, 1 763 solteras, 1 190 casadas y un número anormal de viudas: 377.<sup>2</sup> En

\* Fragmento de *Zamora*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 3a. ed., 1994, pp. 89-96.

<sup>1</sup> Sobre el proceso demográfico de México en el siglo XIX no hay estudios abundantes. Uno reciente, el de V. Brachet, *La población de los Estados Unidos Mexicanos en el siglo XIX (1824-1895)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976. Sobre las generaciones, Wigberto Jiménez Moreno, *El enfoque generacional en la historia de México*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1974, pp. 14-16.

<sup>2</sup> Juan José Martínez, de Lejarza, *Análisis estadístico de la provincia de Michoacán en 1822*, Morelia, Fimax, 1974, pp. 157-158.

la etapa siguiente, no obstante el tropiezo del cólera de 1833, la población se recuperó. En el quindenio 1838-1853 hubo dos maneras de conducta demográfica: una de crecimiento desenfrenado y otra frenada por la epidemia de 1850. Si nos ponemos a creerle al canónigo José Guadalupe Romero, Zamora, en los años sesenta del siglo XIX, alcanzó las 14 000 almas.<sup>3</sup> Si es así, entre 1810 y 1870 la población de la ciudad de Zamora creció un tercio.

Como en el siglo de las luces, en éste de las balas, Zamora no se limitará a ser coro, pues tuvo participación en el presidium. A la hora de la independencia, uno de los grandes fue el zamorano don José Sixto Verduzco, nacido en 1773, doctorado en teología por la Universidad de México, rector del colegio vallisoletano de San Nicolás, cura de Tuzantla, cofundador de la suprema Junta Gubernativa de América que se reunió en Zitácuaro en 1811, presidente por aclamación de la más solemne asamblea del Congreso de Anáhuac reunido en Chilpancingo en 1813 y coautor de la Carta Magna de Apatzingán. De él escribió don Carlos María de Bustamante: “Era de suyo empeñoso, áspero de genio y muy propio para activar... cuadrillas de albañiles negligentes... No sabía palabra de milicia”.<sup>4</sup> Don Lucas Alamán añadió: “Aunque doctor era uno de los hombres más ignorantes y preocupados que yo he conocido”.<sup>5</sup> Por lo visto, no fue simpático, que sí importante.

En la rectoría de la era de Santa Anna, Zamora tuvo como representante a Diego Moreno Jasso, nieto de don Victorino, latifundista de fuste, gobernador de Michoacán de 1830 a 1833 y hombre silencioso que ha quedado en la sombra por culpa del brillante cuarteto de zamoranos que actuó en el directorio nacional, en el grupo de los conservadores, en el quindenio de la Reforma. El que menos, don José María Cabadas y Dávalos, venido al mundo en 1795, fue estudiante en Valladolid, cura de La Piedad, donde construyó un soberbio puente de mampostería en 1832, artífice de los parrayos de la catedral de Guadalajara, constructor del templo grande de

<sup>3</sup> José Guadalupe Romero, *Michoacán y Guanajuato en 1860. Noticia para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán*, Morelia, Fimax, 1972, p. 108.

<sup>4</sup> Carlos María de Bustamante, cit. en Luis González, *El Congreso de Anáhuac*, México, Cámara de Senadores, 1963, p. 9. Véase también, *José Sixto Verduzco*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1973.

<sup>5</sup> Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Editorial Jus, 1968-1969, vol. 1.

su terruño y muerto prematuramente en 1844.<sup>6</sup> Don José Antonio de la Peña brotó en Zamora en 1799, y allí mismo, de los franciscanos, aprendió los rudimentos de las gramáticas española y latina. Antes de ingresar al seminario de Valladolid fue tenedor de libros en una casa de ventas. Ordenado sacerdote, enseñó latín, filosofía y teología. Fue cura de Angamacutiro y diputado electo a la diputación provincial michoacana. Después estuvo de párroco en Jacona hasta 1840 y en Dolores hasta 1847. Nombrodo canónigo, fungió como gobernador de la mitra hasta que fue desterrado a una isla del Pacífico. De regreso, lo tuvo de obispo auxiliar don Clemente de Jesús Munguía. Pío IX lo nombró primer pastor de la nueva diócesis de Zamora en 1864, y allí, pese a sus dolencias, fue el mandamás hasta su defunción en 1877. Antes de la llegada del obispo De la Peña, el padre Jerónimo Villavicencio, nacido en 1804 en el hogar de una familia pobre, egresado de Valladolid, de vuelta en su terruño en 1837, llegó a ser el espíritu de Zamora, pues estaba dotado de gracia para resolver los negocios difíciles y aquietar conciencias. Sin embargo, nunca pudo adormecer la suya. Durante la celebración de la misa sudaba frío y se estremecía de pies a cabeza. Las Leyes de Reforma dieron al traste con el monasterio de las nazarenas que acababa de fundar y quizá propiciaron su propio fin acaecido en 1860.<sup>7</sup>

Otro nombre de la “generación de la conserva”, especialmente decisivo en Zamora en la época de Juárez y Maximiliano, fue el increíble don Francisco de Velarde, nacido a principios del siglo XIX en Guadalajara, en señorial mansión de hermosa catadura neoclásica. Vino al mundo extraordinariamente opulento. Vivió en distintos palacetes próximos a Zamora, acrecentó su fortuna y se hizo de un copioso harem. “Fue un catador insaciable de mestizas y doncellas indias, muchas de ellas arrebatadas a la fuerza”. La fantasía popular le achacaba 365 amantes, una para cada día del año. Otras de sus aficiones fueron la pintura (muchas de sus mujeres aún

<sup>6</sup> Jesús Romero Flores, *La Piedad Cabadas. Apuntes para su historia*, México, Costa Amic, 1974, pp. 102-108.

<sup>7</sup> Arturo Rodríguez Zetina, *Zamora: ensayo histórico y repertorio documental*, México, Editorial Jus, 1952, pp. 211-213, 569-573 y 703. *Vide* también para don Antonio de la Peña, José Romero Vargas, *Cotija, cuna de trotamundos*, México, Progreso, 1973, pp. 263-266; Jesús Romero Flores, *Diccionario michoacano de historia y geografía*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1960, p. 343, y José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Editorial Jus, 1964, vol. III, pp. 129, 179-180.

pueden admirarse en los murales de sus residencias), los juegos de azar, las vastas labores, los miles de mulas, las peleas de gallos, el señorío, el bueno y el mal trato a sus filas de peones, la generosidad con sus amigos, los entorchados militares, la hacienda de Buenavista y la ciudad de Zamora.<sup>8</sup> Aquí selló con su sangre una temporada sangrienta que comenzó con

*guerra contra España*

en 1810 y terminó con guerra contra Francia en 1867. ¿Quién no sabe que desde fines del siglo XVIII la obsesión de hacer vida aparte de España se apoderó de muchos criollos? La tesis de que la metrópoli impedía el desarrollo de la colonia, aunada al sentimiento de que ésta tenía “dentro de sí misma todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes” hizo concebir la idea de la autodeterminación en los grupos criollos de la Nueva España. “Una sociedad —decía fray Melchor Talamantes—, capaz por sí misma de no depender de otra, está autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli”, máxime “cuando el gobierno metropolitano es incompatible con el bien general de la nación y cuando las metrópolis son opresoras de sus colonias”.<sup>9</sup>

Decidido el negocio de la independencia, sólo faltaba el momento oportuno para ponerlo en marcha con la menor inversión posible. La oportunidad la adujo Napoleón al invadir la península ibérica en 1808. Los criollos se encontraron ante un hecho sin precedente: no tenían autoridad legítima. Entonces los munícipes de la ciudad de México, que eran criollos, declararon que por ausencia del monarca legítimo, la autoridad recaía en el pueblo y procedieron a reunir una junta representativa del pueblo de la Nueva España. Esto equivalía a sacar adelante, casi sin costo, la obsesión criolla de un país independiente que llegaría “a ser la nación más poderosa del orbe”. Pero los gachupines residentes en la Nueva España frustraron la intentona de los criollos quienes, como es bien sabido, se dieron a conspirar en diversas ciudades. Los conspiradores de Querétaro, sabiéndose denunciados, se pusieron en pie de lucha a las órdenes del padre Miguel

<sup>8</sup> Bertha G. Cerda Hernández, *Francisco de Velarde. El Burro de Oro*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1975, pp. 8, 12, 35-60, 69-86.

<sup>9</sup> González, *El Congreso de Anáhuac*, p. 6.

Hidalgo y Costilla. En la madrugada dominical del 16 de septiembre de 1810, el susodicho cura puso en la calle a los presos y tras los barrotes a las autoridades españolas de su curato, y convenció a sus feligreses de las ventajas de unírsele en una lucha que abatiría en un santiamén al mal gobierno. Como principio de cuentas, el encorvado y canoso cura de Dolores salió de su parroquia con 600 decididos a matar gachupines, y a la vuelta de dos semanas, se hizo de 100 000 portadores de palos y hondas. Con tal muchedumbre, llamada Ejército Grande de América, se apoderó de Guanajuato, la urbe de la minería, y de Valladolid, y llegó a la vista de México, en cuyas proximidades ganó la batalla del Monte de las Cruces y perdió la de San Jerónimo Aculco.

Antes de que se cumpliera el mes del Grito de Dolores, se prendió la mecha de la insurrección en el Bajío zamorano por obra de algunos curas, rancheros y milites. Los párrocos de La Piedad (Antonio Macías), de La Palma (Marcos Castellanos) y de Cotija (Luciano Farías) soliviantaron a sus feligreses. Cosa semejante hicieron con su peonada o con su tropa, según el caso, don Toribio Huidobro, don Luis Macías y el capitán Ruperto Mier. Huidobro se apoderó de Zamora en el mismo mes de octubre, por la fecha en que se enteraron los vecinos de la villa, por oficio procedente de Valladolid, “de que en la junta de oficiales del Ejército Grande de América se habían organizado los contingentes de armas para el mejor éxito de los insurgentes y la conducta arreglada de las tropas, y que por lo mismo había sido designado el señor cura don Miguel Hidalgo y Costilla Generalísimo de las Américas”.<sup>10</sup> Huidobro aligeró el cofre de la administración de alcabalas con la sustracción de poco más de 1 000 pesos, y don Rafael Guzmán, subdelegado de Zamora por los insurgentes, con 800 pesos. La guerra necesitaba duros.<sup>11</sup>

Huidobro tomó las de Villadiego a mediados de octubre con la seguridad de que el vecindario de allí era insurgente, creencia que se confirmó al arribo del cura Hidalgo, después de la derrota de Aculco. El Generalísimo de las Américas, con pocos ayudantes, hizo su entrada a Zamora el 21 de noviembre. “Los vecinos y todas las corporaciones se esmeraron en el recibimiento, adornaron las calles y echaron a vuelo las campanas”.<sup>12</sup> El

<sup>10</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 678-679.

<sup>11</sup> *Loc. cit.*

<sup>12</sup> Luis Castillo Ledón, *Hidalgo, la vida del héroe*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1949, p. 136.

señor cura, según el testimonio de don José Antonio Garibay, fue conducido en procesión al templo “donde se cantó el *tedeum*”. De allí fue al caserón “del licenciado Pedro Alcántara, donde se le sirvió al caudillo y demás jefes que lo acompañaban un magnífico refresco”. Durante el acto alguien gritó: ¡Viva la villa de Zamora! Entonces el señor cura, “con una copa en la mano”, dijo a voz en cuello: ¡Viva la ilustre ciudad de Zamora! El grito fue coreado por la concurrencia y desde ese día “Zamora ostentó el título de ciudad”. La gente de pro, agradecida, puso a disposición del señor cura la cantidad de 8 000 pesos como ayuda a la causa de nuestra independencia.<sup>13</sup> Hidalgo ocupó el resto del día 21 “en contestar multitud de cartas recibidas de muchas partes del Reino, en que lo felicitaban y reconocían por su libertador”. A la mañana siguiente “oyó una misa de gracias”, y se fue, por Ixtlán, rumbo a Guadalajara, ya en poder del insurgente José Antonio Torres.<sup>14</sup>

Mientras en Guadalajara el Generalísimo de las Américas expedía decretos y bandos, organizaba el gobierno insurgente, se permitía el pasatiempo de matar gachupines y pasaba revista a su ejército, los vecinos de Zamora empezaron a padecer su hidalgomanía. El conde de Sierra Gorda hizo del conocimiento de los zamoranos la excomunión que pesaba sobre el cura de Dolores y sus secuaces.<sup>15</sup> El 15 de enero les cayó hecho una fiera el brigadier realista don José de la Cruz, después de la batalla del puerto de Urepetiro, a cuatro leguas de Zamora. Cruz, que venía de Valladolid, se topó en dicho puerto con don Ruperto Mier, jefe de 12 000 milites y 27 cañones. En la primera hora del agarre, Mier hizo recular a la vanguardia realista, avanzó sus fuerzas por la izquierda y empezó a batir al enemigo con su artillería. “Cruz ordenó entonces atacar simultáneamente ya que su estado era en extremo desfavorable”. El golpe por la izquierda, obra de Pedro Celestino Negrete, produjo lo inesperado. La acción duró hora y media, y en la última media hora, los realistas pusieron en fuga a los insurgentes y se hicieron de mucho material de guerra. Los derrotados se metieron despavoridos a Zamora donde no hubo lugar para reponerse.<sup>16</sup> Mier se fue hecho la mocha a Guadalajara donde Hidalgo le reprochó con

<sup>13</sup> José Antonio Garibay, citado por Rodríguez Zetina, *loc. cit.*

<sup>14</sup> Castillo Ledón, *loc. cit.*

<sup>15</sup> *Cfr.* Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 680-681.

<sup>16</sup> José María Miquel i Vergés, *Diccionario de insurgentes*, México, Editorial Porrúa, 1969, p. 381.

mucha dureza el desastre de Urepetiro. Eso fue en vísperas de la derrota absoluta sufrida por el jefe supremo en el Puente de Calderón.<sup>17</sup>

Desde los desastres de Urepetiro y de Calderón los realistas sentaron sus reales en Zamora con don Pedro Celestino Negrete a la cabeza, con la satisfacción de más de algún vecino y la condescendencia de los demás. Don Ruperto Mier se pasó al enemigo. Don José Antonio Torres, el famoso Amo Torres, quiso desalojar a Negrete de Zamora, pero no pudo. En cambio, otros grupos insurgentes acabaron con el opulento señor don Victorino Jasso que andaba hecho uno con los realistas. Tras de incendiarle sus casas de Tangancícuaro, le cayeron a Guaracha, lo golpearon con enojo, mataron al hijo que pretendió quitárselos y a él lo dejaron por muerto. Moribundo fue conducido a Zamora y antes de llegar a su morada, se le cortó el resuello. Al otro Jasso, al presbítero don José Benito, lo aprehendieron, lo soltaron y también murió en camino. Como los rebeldes daban la impresión de que querían acabar de raíz con los Jasso, el alférez Morales, yerno de don Victorino, mientras Ignacio López Rayón entraba por una punta de Zamora, él salía por la opuesta con rumbo a Valladolid.<sup>18</sup>

En los primeros días de junio de 1811 estuvo en Zamora el nuevo y flamante jefe de la insurgencia. Allí “organizó una tropa de 400 hombres” que puso en poder del Amo Torres. De allí salió hacia Zitácuaro, donde hizo la Junta Nacional Americana de la que él fue presidente, don José María Liceaga uno de los vocales, y el otro, el zamorano don José Sixto Verduzco.<sup>19</sup> Desde la estadía de don Ignacio López Rayón, los zamoranos tuvieron que abstenerse de su amistad con los organizadores de la Junta de Zitácuaro y del Congreso de Anáhuac; quizá ni se enteraron de la brillante campaña del señor cura Morelos; tal vez sí se les restregó en la cara la desventura militar de su paisano Verduzco en Uruapan, Araparícuaro y Valladolid. Don Pedro Celestino Negrete no se permitió ningún celestinaje con los zamoranos. A los tecos los utilizó de correos y los puso en retenes nocturnos.<sup>20</sup> Reclutó a mestizos y mulatos, y enfundados en botes, los lanzó contra la fortaleza del padre Marcos Castellanos en la isla de Mezcala en el Mar Chapálico. Fracasada la captura del padre y su gente,

<sup>17</sup> Jesús Romero Flores, *Historia de Michoacán*, México, Costa-Amic, 1976, vol. 1, p. 442.

<sup>18</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 682-683.

<sup>19</sup> Romero Flores, *Historia de Michoacán*, vol. 1, pp. 465-466.

<sup>20</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 71.

tendió un cordón humano en torno a la laguna, cordón que mantuvo irrompible hasta el día de 1818 en que los mezcaleños, carcomidos por el hambre y la peste, gritaron: “¡Nos rendimos!”<sup>21</sup>

La guarnición realista en Zamora acabó por merecer el respeto de los criollos zamoranos. Le dio toda clase de garantías a don Manuel Ochoa en su campaña pro “mayor veneración de Nuestro Señor de la Salud”. Permitted que una junta de caridad, en aquel año del hambre que fue el de 1818, diera ayuda a los menesterosos. Protegió al vecindario de los latrocinios y los malos modos de las partidas de bandoleros que actuaban a la sombra de la insurgencia. Dejó que el señor cura Verduzco, después de indultado, regresase a su tierra.<sup>22</sup> Y en 1821, tras aquellos abrazos con derramamiento de lágrimas que hubo entre Negrete, Iturbide y Cruz en la hacienda de San Antonio, próxima a La Barca, la guarnición realista y el vecindario insurgente se juntaron para celebrar la independencia que proponía don Agustín de Iturbide. Al año siguiente hubo sonadas festividades en Zamora para conmemorar el cumpleaños de don Agustín emperador.<sup>23</sup> Al otro año, el joven brigadier Antonio López de Santa Anna ofreció una primera demostración de lo que serían, por tres decenios, las guerras de Santa Anna.

<sup>21</sup> Luis Pérez Verdía, *Apuntes históricos sobre la guerra de independencia en Jalisco*, Guadalajara, Ediciones I.T.G., 1953, pp. 123-125.

<sup>22</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 686-689.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 690-691.

## MICHOACÁN EN LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO\*

## GAMARRA Y LOS ERRORES DEL ENTENDIMIENTO

Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, el primer hombre de estatura nacional oriundo del Bajío zamorano, nació en la villa de Zamora en 1745. Su padre, hombre de posibilidades, lo mandó a estudiar a San Ildefonso de México, donde los jesuitas les proponían a sus alumnos investigar minuciosamente todas las cosas, descifrar los enigmas, distinguir lo cierto de lo dudoso y despreciar los inveterados prejuicios de los hombres.

El mismo año de la expulsión de los jesuitas, Gamarra partió a Madrid y a Roma con el propósito de obtener documentos reales y pontificios para diversas fundaciones de los felipenses o Congregación del Oratorio, a la que se había incorporado un poco antes. El felipense también aprovechó el viaje a Europa para conocer a los líderes del modernismo o Ilustración, escudriñar en las más surtidas bibliotecas del Viejo Mundo, inquirir sobre las últimas invenciones técnicas, ponerse al día en las ramas más útiles de las ciencias, obtener un doctorado en cánones por la Universidad de Pisa, saturar su mente de proyectos de renovación para la Nueva España y sobre todo para su provincia mayor de Michoacán, y traer de Europa libros novedosos e instrumental científico de inmediata aplicación a las necesidades de su patria.

A su regreso de los países latinos de Europa se dedicó por entero a la instrucción de la juventud y a la composición de sus obras en el colegio de San Miguel Grande, en una villa entonces de Michoacán y hoy de Guanajuato. Todavía más, apenas de regreso de un Viejo Mundo que se remozaba rápidamente, se le hizo catedrático y rector del colegio de San Francisco de Sales, donde, según cuenta Germán Cardozo, las enseñanzas y actitudes

\* En *Michoacán, lagos azules y fuertes montañas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1981, pp. 106-136.

del novel maestro sacudieron de raíz las mentes de los jóvenes estudiantes; pero despertaron, también, el recelo y la envidia entre los miembros antiguos del Oratorio. Comoquiera, obtuvo la ayuda del obispo de Michoacán y una recomendación del mismo para su obra: *Elementos de filosofía moderna*, escrita para la juventud que se acercaba por primera vez al estudio de la filosofía. Los *Elementos* fueron escritos para difundir una corriente de pensamiento en la que buscamos la sabiduría sólo con la razón y dirigimos la razón con los experimentos y observaciones de los sentidos, la conciencia íntima, el raciocinio y con la autoridad acerca de aquellas cosas que no pueden saberse por otro camino. Gamarra, con su libro, sembró una fecunda semilla para la transformación de la mentalidad mexicana; puso el primer explosivo a muchas ideas inútiles acarreadas por la tradición; se convirtió en el padre espiritual de una patria de la que serían posteriormente padres políticos Hidalgo y Morelos.

El filósofo michoacano Benito Díaz de Gamarra escribió otros dos libros muy importantes: *Academias filosóficas* y *Errores del entendimiento humano*. En la primera hace reflexiones útiles sobre la física, la electricidad y la óptica. La segunda contiene una crítica de prejuicios, conductas, costumbres y modas practicadas por los mexicanos. Ésta es la obra de un educador que quiere hacerse oír de un público amplio, que pretende el bienestar social de las mayorías, que le reprocha al régimen español el anacronismo e ineficacia de su régimen pedagógico. No puede negarse a Gamarra la gloria de haber sido el primero de nuestros compatriotas que se atrevió a combatir el antiguo método dándonos una filosofía acomodada al gusto de las naciones más cultas de Europa. El libro de los *Errores* es, según Samuel Ramos, el primer ensayo filosófico que se aplica a la interpretación y al servicio de nuestra circunstancia. Con justicia, Nicolás Rangel lo consideró uno de los precursores ideológicos de la independencia de México. No pudo vivir los días de la lucha de independencia porque murió en 1783, antes de cumplir 40 años de edad.

#### CRISIS AGRÍCOLA Y REMEDIO URBANO

Desde 1760, aunque con lentitud, Michoacán progresaba en todos los órdenes. La población iba en aumento pese a las epidemias de matlazahuatl de 1760-1762 y de 1772-1773. Ese aumento se debió en parte a la ve-

nida desde el norte de España (Vasconia, Asturias, Santander y Galicia) de numerosos inmigrantes o colonos a Michoacán y Jalisco. Junto con la población, aunque a menor ritmo, crecía la producción. La primera en crecer fue la minería. Luego vino el auge mercantil sobre todo desde que en 1778 se concedió libertad a todos los puertos y comerciantes americanos para realizar sus transacciones con España. Azuzadas por el crecimiento de la gente, de las minas, de los intercambios mercantiles y de la manufactura, las labores agrícolas experimentaron un desarrollo nunca visto principalmente en las regiones abajeñas de Zamora y de Valladolid. Pero en plena marcha ascendente tuvo lugar la más ruda de las crisis agrícolas de la Nueva España, una crisis que Germán Cardozo refiere así: “En el año de 1785 las lluvias se retrasaron en toda la Nueva España, y aunque finalmente llovió en abundancia en los meses de julio y agosto, en septiembre se experimentaron rigurosas heladas y escarchas que arruinaron del todo la mayor parte de las sementeras, especialmente de maíces”.

El 11 de octubre el virrey conde De Gálvez publicó un bando en el que determinaba lo que se habría de hacer para enfrentar la crisis: 1] Las autoridades locales demandarían de todos los hacendados la presentación de una relación jurada y exacta de los maíces y demás semillas que tuviesen en existencia. 2] Se prohibía la extracción y venta de granos para fuera de las distintas jurisdicciones, menos para México y reales de minas. 3] Se promovería en las tierras de riego siembras extraordinarias de maíz y otras semillas. 4] Se trataría de impedir la movilización, especialmente de indios, de unos pueblos a otros.

Antes de que se hicieran públicas las ordenanzas del virrey De Gálvez, en Michoacán ya habían sido tomadas varias providencias para prevenir un desenlace fatal de la inminente crisis. El 1º de octubre de 1785 el obispo fray Antonio de San Miguel dirigió al cabildo de la catedral una breve carta en la que se comunicaba cómo, habiéndosele informado que el colector de diezmos de Valladolid habilitaba cuantas recuas venían de fuera por maíz, le había pasado recado político para que hasta nueva orden no despachase carga alguna fuera de la ciudad por cuanto dicha extracción podía ocasionar escasez de grano; en la misma, pedía a los señores capitulares que discutiesen en sus sesiones qué arbitrios puedan conducir a aliviar las graves necesidades. Por su parte, el obispo de Michoacán prestaría 40 000 pesos a los agricultores de Tierra Caliente para que sin demora emprendiesen la siembra de maíz de riego; el empréstito se haría por un año y libre de intereses.

Como las siembras de maíz de regadío no obtendrían su fruto hasta febrero o marzo, y ya a mediados de octubre de 1785 la fanega de maíz, que se compraba normalmente en la alhóndiga a 12 o 14 reales, costaba 24 reales... el 21 de octubre de 1785, fray Antonio de San Miguel dirigió al ayuntamiento de Valladolid un oficio en el que le comunicaba su determinación de financiar la reconstrucción del acueducto de la ciudad y la composición de la calzada y calles principales, pues consideraba que el verdadero y discreto modo de repartir limosna, con destierro de la ociosidad y vagabundería, era proyectar obras en que toda clase de gente pobre, con inclusión de los muchachos de ocho años para arriba, se ocupen y ganen el correspondiente jornal con que a lo menos aseguren su alimento. Al día siguiente, el obispo San Miguel exhortó a las personas acaudaladas de la diócesis a franquear y proporcionar a los pobres, especialmente a los indios, todos los arbitrios conducentes a que tengan que trabajar para ganar y asegurar su sustento, bien sea en obras públicas o privadas, en manufacturas comunes de hilados, tejidos o en cualquiera otro arte u oficio, y en toda clase de laborío de campo y composición de templos, casas, calles y caminos.

Dentro de esta interpretación ilustrada de la caridad cristiana, limosna era proporcionar al campesino los medios económicos y la instrucción teórica necesaria para que pusiera en práctica técnicas de cultivo (como la del maíz de riego) que lo salvaran del hambre en los periodos de crisis; la limosna no se hacía dando dinero sino creando fuentes de trabajo donde éste se ganara; la limosna no consistía ya en proporcionar el sustento al pobre, sino en enseñarle cómo aprovechar sus escasos recursos para subsistir.

#### LAS LUCES DE LA RAZÓN

En el último cuarto del siglo XVIII, además de las ya dichas, hubo otras mudanzas o cambios: ensayo de nuevos cultivos como el café; promoción de la actividad minera; aumento notorio de artículos de exportación e importación; manufactura de algunos productos antes traídos de fuera; aumento de mestizos y mulatos frente a criollos, indios y negros; adopción de saraos, fiestas campestres, billares, cafés y otras costumbres francesas; multiplicación de los regocijos públicos y de la práctica de la embriaguez; establecimiento del régimen de intendencias y subdelegacio-

nes; reforma de la educación en el sentido de hacerla práctica y general; acogida cariñosa a la ciencia empírica; rechazo del arte barroco y bienvenida al arte de la Antigüedad clásica; aparición de sentimientos nacionalistas en el corazón de los criollos. Fue especialmente significativo el progreso de minas y manufacturas, la reorganización administrativa, la apertura de escuelas, la llegada del arte neoclásico y el nacionalismo.

Los reales de minas de Angangueo, Tlalpujahuá y Zitácuaro, en la región de Mil Cumbres, crecieron notablemente su producción de oro y plata. También las minas de cobre de Inguarán aumentaron su fama y contribuyeron al desarrollo de una industria artesanal. A finales del siglo XVIII, la guerra entre españoles e ingleses frenó la entrada de artículos extranjeros a territorio mexicano y la salida de capitales. Gracias a las barreras involuntarias opuestas a la importación se dio la oportunidad de producir en Nueva España muchos artículos antes importados. En Michoacán se desarrollaron notablemente las industrias textil, alimentaria y metalúrgica. En los últimos cinco años del siglo XVIII se abrieron 295 nuevos talleres de hilados y tejidos en la jurisdicción michoacana. También creció el número de molinos de trigo, de trapiches productores de piloncillo y panocha; aquéllos, en los valles de Zamora, y éstos en la ladera sur del Eje Volcánico, en Uruapan y Taretan.

Los progresos de mejoría en agricultura, comercio e industria se debieron en gran parte a la reforma político-administrativa consistente en la formación de un ejército, el establecimiento de organismos adicionales de gobierno provincial y en el reajuste del fisco. Durante el virreinato del marqués De Croix se estableció el primer ejército permanente en la Nueva España con oficiales de varios países de Europa, quienes hicieron cambiar mucho las costumbres de ciudades como Valladolid y de villas como Zamora. El establecimiento de un régimen provincial que suprimía los alcaldes mayores por considerarlos ruinoso plagado de más de 150 hombres corruptos se ajustó a la Real Ordenanza para el establecimiento e instrucción de intendentes del ejército y provincia en el reino de la Nueva España, dada en Madrid en 1786. A partir de 1787 se establecieron las intendencias de México, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Valladolid, Guanajuato, San Luis Potosí, Guadalajara, Zacatecas, Arizpe, Mérida y Durango. La intendencia de Valladolid abarcó poco más de lo que es hoy el estado de Michoacán y se subdividió en 10 subdelegaciones. En los pueblos de españoles y mestizos sobrevivió la institución del municipio. Los indios también mantu-

vieron el “derecho y antigua costumbre de elegir sus gobernadores, alcaldes y demás oficios de la república”.

El primer intendente de Valladolid o Michoacán fue Juan Antonio de Riaño, que trató de cumplir al pie de la letra con sus funciones consistentes en hacer mapas topográficos; informar sobre temperaturas, suelos, producciones naturales, montes, prados, hondonadas, dehesas, ríos, zanjas, puentes, molinos, carreteras y astilleros; extender el cultivo de la grana, del cáñamo y del lino; procurar el mejor aprovechamiento del agua en beneficio de la agricultura, la ganadería, los bosques, la industria y el comercio; promover obras públicas y carreteras; contribuir al arreglo de ciudades, villas y aldeas; averiguar inclinaciones, vida y costumbres de los vecinos y moradores para corregir y castigar a los ociosos y mal entretenidos.

En cuanto a cultura, lo característico de la época de las luces fue la apertura de escuelas primarias en ciudades, villas y pueblos; el apoyo a los investigadores de la naturaleza; la erección de templos y palacios de fachadas sobrias, neoclásicas, sin rebuscamientos barrocos; la construcción de caminos, de puentes y del acueducto de Valladolid con 253 grandiosos arcos de cantería labrada, y la difusión, en las villas y ciudades de Michoacán, de la poesía neoclásica. El mayor poeta neoclásico fue Manuel Martínez de Navarrete, oriundo de Zamora, autor de:

Hay un ojito alegre  
de agua pura manando  
el humor de algún río  
que corre subterráneo  
y un no sé qué respira  
de ensueños y encantos.

#### RAZONES DE LA INCONFORMIDAD

La actividad progresista del gobierno y de los intelectuales del último tercio del siglo XVIII no pudo resolver algunos de los problemas mayores de la sociedad michoacana. En el penúltimo año del siglo, en 1799, el obispo de Michoacán envió al rey un informe sobre las sombras que oscurecían su obispado. El obispo, por la pluma de Manuel Abad, dijo lo siguiente:

Los españoles compondrán un décimo del total de la población, y ellos solos tienen casi toda la propiedad y riquezas del reino. Las otras dos clases que componen los nueve décimos se pueden dividir en dos tercios, los dos de castas y uno de indios puros. Indios y castas se ocupan en los servicios domésticos, en los trabajos de la agricultura y en los ministerios ordinarios del comercio y de las artes y oficios. Es decir, que son criados, sirvientes o jornaleros de la primera clase. Por consiguiente, resulta entre ellos y la primera clase aquella oposición de intereses y de afectos que es regular en los que nada tienen y los que lo tienen todo, entre los dependientes y los señores. La envidia, el robo, el mal servicio de parte de los unos; el desprecio, la usura, la dureza de parte de los otros... suben a muy alto grado, porque no hay graduaciones o medianías: son todos ricos o miserables, nobles o infames...

Las dos clases de indios y castas se hallan en el mayor abatimiento y degradación. El color, la ignorancia y la miseria de los indios los colocan a una distancia infinita del español. El favor de las leyes en esta parte les aprovecha poco, y en todas las demás les daña mucho... No tienen propiedad individual. La de sus comunidades... debe ser para ellos una carga tanto más odiosa cuanto más ha ido creciendo de día en día la dificultad de aprovecharse de sus productos en las necesidades urgentes... por la nueva forma de manejo que estableció el código de intendencias... Separados por la ley de la cohabitación y enlace con las otras castas, se hallan privados de las luces y auxilios que debían recibir por la comunicación y trato con ellas y con las demás gentes. Aislados por su idioma y por su gobierno, el más inútil y tirano, se perpetúan en sus costumbres, usos y supersticiones groseras que procuran mantener misteriosamente en cada pueblo ocho o diez indios viejos que viven ociosos a expensas del sudor de los otros... Inhabilitados por la ley de hacer un contrato subsistente, de empeñarse en más de cinco pesos, y en una palabra, de tratar y contratar, es imposible que adelanten en su instrucción, que mejoren de fortuna, ni den un paso adelante para levantarse de su miseria.

[Los negros mulatos, como los indios] son tributarios... y el tributo viene a ser para ellos una marca indeleble de esclavitud que no pueden borrar con el tiempo, ni la mezcla de las razas en las generaciones sucesivas. Hay muchos que por su color, fisonomía y conducta se elevarían a la clase de españoles si no fuera este impedimento por el cual se quedan abatidos en la misma clase. Ella está, pues, infamada por derecho, es

pobre y dependiente, no tiene educación conveniente... en estas circunstancias debe estar abatida de ánimo y dejarse arrastrar de las pasiones, bastante fuertes en su temperamento fogoso y robusto. Delinque, pues, con exceso. Pero es maravilla que no delinca mucho más...

Se trató de remediar los abusos de los alcaldes mayores por los subdelegados, a quienes se inhibió rigurosamente todo comercio. Pero como no se les asignó dotación alguna, el remedio resultó infinitamente más dañoso que el mal mismo. Si se atienen a los derechos arancelarios entre gentes miserables, que sólo contienden sobre crímenes, perecen necesariamente de hambre. Por necesidad deben prostituir sus empleos, estafar a los pobres y comerciar con los delitos. Por la misma razón se dificulta hasta lo extremo a los intendentes encontrar sujetos idóneos para estos empleos. Los pretenden, pues, solamente los fallidos o aquellos que por su conducta y su talento no hallan medio de subsistir en las demás carreras de la sociedad.

Todos los grupos sociales, con excepción del pequeño formado por los españoles venidos de España, tenían mucho de qué quejarse. Incluso los españoles nacidos en la Nueva España, a quienes se llamaba criollos, sufrían humillaciones sin fin, no podían pretender puestos de mando de alguna importancia, estaban excluidos del gran comercio y eran mirados como el pardear por los peninsulares. Los criollos, que se consideraban altamente merecedores, eran los más disgustados con la situación imperante.

### CONSPIRACIÓN DE VALLADOLID

Los criollos de la Nueva España que comenzaron desde finales del siglo XVIII a manifestar inconformidad contra los españoles venidos de la vieja España en plan de gobernantes y mercaderes, no perdieron de vista los males de ese régimen. Además, fueron iluminados por las ideas de los liberales europeos y de los independentistas norteamericanos. Por todo México circularon las tesis de que España impedía el desarrollo de la Nueva España y de que ésta tenía dentro de sí misma todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes y por lo mismo no debía depender de la madre patria, pues era capaz de vivir totalmente separada de ella. Según los criollos, una sociedad, como la de

México o Nueva España, en aptitud de valerse por sí misma estaba autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli, máxime si el gobierno metropolitano era incompatible con el bien general de México y aun opresor de éste.

Decidida por los criollos la obra de la independencia sólo faltaba el momento oportuno para hacerla. La oportunidad la dio Napoleón, el poderoso monarca de los franceses, al invadir la península ibérica en 1808. Los criollos se encontraron ante un hecho sin precedente: no tenían autoridad legítima. Entonces los munícipes criollos de la ciudad de México declararon que por ausencia del rey legítimo, la autoridad recaía en el pueblo y procedieron a reunir una junta representativa de la población de la Nueva España para gobernar ésta sin sumisión a ninguna autoridad española. La junta no pudo reunirse por haberlo impedido los españoles residentes en México. A la vista del fracaso, algunos patriotas, casi todos de Michoacán, decidieron conquistar la independencia a mano armada.

Los criollos independentistas se dieron a preparar la rebelión en juntas secretas o conspiraciones. La más importante de esas juntas fue la conspiración de Valladolid, en la región central de Michoacán. Los conspiradores comenzaron a juntarse en la metrópoli michoacana por abril de 1809. Allí conspiraban contra el rey, don José María García de Obeso, cariñosamente llamado don Chema, capitán del Regimiento de Infantería de Valladolid; don Mariano Michelena, alférez del Regimiento de la Corona; don Mariano Quevedo, alférez del Regimiento de Nueva España; don Ignacio Allende, don Agustín de Iturbide, don Ruperto Mier, don Juan B. Guerra y otros milites que se sentían llamados a derrumbar, con la ayuda del pueblo, al régimen español. Otros cómplices de Valladolid eran algunos políticos de no mucho poder, como el cacique indio don Pedro Rosales, y los abogados Nicolás Michelena, José Antonio Saldaña y José María Izazaga. Entre los más enardecidos conspiradores se distinguían dos clérigos: Manuel Ruiz de Chávez, cura de Huango, y Vicente de Santa María, de la orden de San Francisco.

El plan de los conjurados consistía en desconocer a las autoridades españolas, reunir una junta nacional con representantes de todas las provincias que asumiría el gobierno de la Nueva España, formar un ejército bien pagado para sostener a la junta gobernadora, “y en cuanto a lo demás de gobierno, se quitarían los tributos y cajas de comunidad”. Seguramente el principal responsable del proyecto revolucionario era el padre Santa María,

miembro del grupo ilustrado o renovador de la sociedad mexicana. Como quiera, no se puede decir casi nada acerca del célebre plan de Valladolid porque fue destruido por Michelena la víspera de su prisión y quien sólo diría más tarde: “Fueron los europeos los primeros que nos hicieron comprender la posibilidad de la independencia y nuestro poder para sostenerla”.

El 21 de diciembre, a las siete de la noche, el intendente Terán recibió denuncias que aseguraban que habría una sublevación esa noche. Enseguida el intendente dispuso la aprehensión del capitán García, los dos Michelena y el subdelegado Abarca. A la llegada de los presos al cementerio del Carmen, el Lic. Soto Saldaña arengó a la gente allí reunida con estas palabras: “Señores, ¿qué hacemos aquí? ¡Ahora es tiempo de coger las armas! ¡Vamos a acabar con Lejarza alborotando a la plebe! que si no, él acaba con nosotros esta noche”. Sin embargo, el grito de Soto Saldaña no cayó en tierra fértil, nadie le hizo caso. El grito de Valladolid no tuvo eco mientras el grito de Dolores, que vamos a referir, arremolinó a miles de mexicanos alrededor de un cura que si no era oriundo, sí se había hecho en Michoacán.

#### DEL GRITO DE DOLORES A LA JUNTA DE ZITÁCUARO

El padre Miguel Hidalgo, ex alumno y ex rector del Seminario de Valladolid, llamó a misa dominical a los vecinos del pueblo de Dolores en la madrugada del 16 de septiembre de 1810. Terminada la misa invitó a los que acudieron a ella a levantarse en armas contra el mal gobierno de los españoles. Muchos aceptaron la invitación. Los que no tenían armas de fuego, agarraron honda, cuchillo, machete o, en el peor de los casos, un garrote, las trancas de la puerta, cualquier arma cortante o contundente, y se fueron tras el párroco. En Atotonilco, una casa de ejercicios próxima a Dolores, tomaron como bandera un estandarte de la Virgen de Guadalupe. En los pueblos y villas del Bajío de Guanajuato se les juntó muchísima gente, miles de seguidores, en su gran mayoría rancheros. Con unos 50 000 hombres mal armados, el padre Hidalgo amagó Guanajuato, la segunda ciudad de la Nueva España. Las autoridades de ésta no se atrevieron a enfrentar a las chusmas hidalguenses y se encerraron en la alhóndiga de Granaditas, una casa granero que fue acometida y ocupada por los insurgentes.

De Guanajuato, el padre de Dolores se encaminó a Valladolid, donde

abolió la esclavitud y el tributo. Según el virrey Venegas había sido el origen de la revolución contra España y el constante foco de ella. De hecho, los dos bajíos de Michoacán y la región de Mil Cumbres dieron desde el principio muchas partidas de insurgentes. En el Bajío zamorano, enseguida del cura de Dolores, se levantaron los cabecillas rancheros Toribio Huidobro, José Antonio Torres, José María Vargas, el Cojo Andrade, Pedro Rosas y Luis Macías; los curas Marcos Castellanos y José Antonio Macías, y algunos gobernadores de indios como Antonio Jacinto, José Santa Ana y Juan Chango. También en el Bajío de Valladolid hubo desde los comienzos mucha gente entusiasmada con la independencia. Por eso la ciudad de Valladolid no resistió a la muchedumbre comandada por el cura de Dolores. Hidalgo estuvo en Valladolid sólo un par de días, los suficientes para recoger algunas cajas de caudales y poner la intendencia en manos de su amigo José María Anzorena. El cura Hidalgo salió de Michoacán con 80 000 hombres que enfrentaron con éxito a las tropas virreinales en las Cruces, sitio próximo a la capital. Hidalgo estuvo a punto de tomar la metrópoli de la Nueva España. Poco después, rumbo a Querétaro, en San Jerónimo Aculco, sufrió terrible derrota.

Después de Aculco, el cura insurgente regresó a Valladolid donde hizo fusilar unos 100 españoles. Luego enderezó hacia Zamora y por último a Guadalajara, la capital de la Nueva Galicia que había tomado el insurgente José Antonio Torres. En Guadalajara, el cura en jefe de la insurgencia volvió a suprimir los tributos y la esclavitud, mató gachupines y organizó el primer gobierno de un México libre, pero en Puente de Calderón, cerca de Guadalajara, sufrió una derrota rotunda que lo hizo pensar en irse en busca de pertrechos a Estados Unidos de América. Iba hacia allá cuando le pasó la jefatura insurgente a don Ignacio López Rayón, ilustre michoacano del rumbo de Tlalpujahuá, de la región de Mil Cumbres. El jefe Rayón hizo una penosa caminata desde Saltillo hasta su tierra el Bajío zamorano a donde llegó, para organizar su ejército, por junio de 1811. Mientras él se organizaba, era aprehendido el padre Hidalgo en Acatita y muerto en Chihuahua el 30 de julio de 1811. Muchos michoacanos andaban en pie de lucha, además de los ya citados, combatían contra los cabecillas Benedicto López en el rumbo de Zitácuaro y Manuel Muñiz por Tacámbaro. De hecho, la zona de Mil Cumbres había sido totalmente dominada por los insurgentes y allá se fue a sentar sus reales el nuevo jefe supremo de la insurgencia, don Ignacio López Rayón.

En Zitácuaro, el sucesor del cura de Dolores convocó a una junta suprema que “organizara los ejércitos, protegiera la justa causa y libertara a la patria de la opresión y yugo que había sufrido por espacio de tres siglos”. La Suprema Junta Nacional Americana se integró con Ignacio López como presidente y el capitán José María Liceaga y el cura Sixto Verduzco como vocales. El presidente elaboró unos puntos o “Elementos constitucionales”, y uno de sus colaboradores, el doctor Cos, lanzó el periódico *El Ilustrador Americano*. En éstas, a comienzos de 1812, Zitácuaro, defendida por 20 000 insurgentes, sufre el ataque de los ejércitos realistas comandados por Calleja, y después de una resistencia heroica, sucumbe. La antorcha de la independencia la toma entonces otro michoacano, el cura de Carácuaro y Nocupétaro: don José María Morelos y Pavón.

#### MORELOS, EL SIERVO DE LA NACIÓN

Ignacio López Rayón, pese a sus títulos y su valía y no obstante haber sido elegido para suceder a Hidalgo en la jefatura del ejército insurgente, nunca fue tan popular como el cura de Dolores. En lugar de ganarlos, perdía adeptos; al revés de Morelos, un cura que bien pronto llegó a conseguir el mismo arrastre que el de Dolores. Desde el famoso sitio de Cuautla en 1813, José María Morelos y Pavón fue acatado como jefe supremo de todas las partidas revolucionarias. Por algo se difundió aquella copla que dice:

Por un cabo doy dos reales,  
por un sargento, un doblón,  
por mi general Morelos  
doy todo mi corazón.

La vida de José María Morelos se había iniciado en una carpintería de Valladolid, en un hogar de padre carpintero y de madre abnegada. Tuvo una niñez triste. En la adolescencia se fue a Tierra Caliente, donde estuvo 11 años a las órdenes del padre del futuro emperador de México, Agustín de Iturbide. Ya treintañero obtuvo la ordenación de sacerdote y un bachillerato en artes. Había sido seminarista formal y estudioso durante seis años en dos planteles de Valladolid: el Colegio de San Nicolás y el Seminario Tridentino. Salió de éste rumbo a Uruapan como ayudante de cura

y para hacerse cargo de la escuela parroquial. Desde el paraíso de la ladera sur descendió a tierras de calor agobiante. Después de una breve estadía en Churumuco, fue a servir al curato de Carácuaro en el que permaneció por un decenio, hasta el día que colgó la sotana para seguir al cura de Dolores.

En la región moreliana José María Morelos recibió de Hidalgo la comisión de levantar en armas las tierras calientes de Michoacán.

Ignorado y despreciado en un principio —escribe Lucas Alamán— fue creciendo en poder e importancia y levantándose como aquellas nubes tempestuosas, que naciendo en la parte del sur, cubren en breve una inmensa extensión de terreno. En poco tiempo, sus huestes recorrieron triunfantes las jurisdicciones de la capital, Puebla, Veracruz y Oaxaca. Una de sus mayores proezas militares ocurrió en Cuautla, donde rompió el sitio que le puso Félix María Calleja, el milite máximo de los ejércitos del rey. Morelos pasó después a Huajuapán, Tehuacán, Chalchicomula, Orizaba y de allí a Oaxaca, donde se mantuvo dos meses y medio. Luego recibió el título de capitán general de la Junta de Zitácuaro y en tal carácter convocó al Congreso de Anáhuac, en vista de que la Junta andaba en desavenencias.

Tras el sitio y toma de Acapulco, Morelos convocó a un Congreso Constituyente, formado por los representantes de las provincias, que se encargaría de remodelar la nación y su gobierno conforme a los principios y las normas que el propio Morelos propuso al congresista Andrés Quintana Roo del siguiente modo: “Siéntese usted y óigame, señor licenciado...”. Morelos se paseaba con su chaqueta blanca y su pañuelo en la cabeza; de repente se paró... y entonces, le expuso:

Soy siervo de la nación, porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo, que rompa todos los lazos que le sujetan, y acepte y considere a España como hermana y nunca más como dominadora de América. Quiero que hagamos la declaración que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no haya privilegios ni abolengos; que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del rico hacendado; que todo el que se queje con justicia tenga un

tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para nuestros hijos...

La sesión inaugural del Congreso se celebró el 14 de septiembre de 1813 en Chilpancingo. Morelos, ante numerosa concurrencia, pronunció un discurso breve sobre la necesidad de la nación de tener un cuerpo de hombres sabios, amantes de su bien, que la rijan con leyes acertadas. Enseguida su secretario Juan Nepomuceno Rosáins leyó un papel escrito por el señor Morelos que llevaba como título "Sentimientos de la nación".

#### SENTIMIENTOS DE LA NACIÓN

1. Que la América es libre e independiente de España y de toda otra nación, gobierno o monarquía, y que así se sancione dando al mundo las razones.

2. Que la religión católica sea la única, sin tolerancia de otra.

3. Que todos sus ministros se sustenten de todos y solos los diezmos y primicias, y el pueblo no tenga que pagar más obvenciones que las de su devoción y ofrenda.

4. Que el dogma sea sostenido por la jerarquía de la Iglesia, que son el papa, los obispos y los curas, porque se debe arrancar toda planta que Dios no plantó...

5. Que la soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que sólo quiere depositarla en el Supremo Congreso Nacional Americano, compuesto de representantes de las provincias en igualdad de números.

6. Que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial estén divididos en los cuerpos compatibles para ejercerlos.

7. Que funcionarán cuatro años los vocales, turnándose, saliendo los más antiguos para que ocupen el lugar los nuevos electos.

8. La dotación de los vocales será una congrua suficiente y no superflua, y no pasará por ahora de 8 000 pesos.

9. Que los empleos sólo los americanos los obtengan.

10. Que no se admitan extranjeros, si no son artesanos capaces de instruir y libres de toda sospecha.

11. Que los estados mudan costumbres, y por consiguiente, la patria no será del todo libre y nuestra, mientras no se reforme el gobierno, aba-

tiendo el tiránico, sustituyendo el liberal, e igualmente echando fuera de nuestro suelo al enemigo español, que tanto se ha declarado contra nuestra patria.

12. Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales, que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, alejando la ignorancia, la rapiña y el hurto.

13. Que las leyes generales comprendan a todos, sin excepción de cuerpos privilegiados, y que éstos sólo lo sean en cuanto el uso de su ministerio.

14. Que para dictar una ley se haga junta de sabios en el número posible, para que proceda con más acierto y exonere de algunos cargos que pudieran resultarles.

15. Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro el vicio y la virtud.

16. Que nuestros puertos se franqueen a las naciones extranjeras amigas, pero que éstas no se internen al reino por más amigas que sean, y sólo habrá puertos señalados para el efecto, prohibiendo el desembarque en todos los demás, señalando el diez por ciento.

17. Que a cada uno se le guarden sus propiedades y respeto en su casa como en un asilo sagrado, señalando penas a los infractores.

18. Que en la nueva legislación no se admita la tortura.

19. Que en la misma se establezca por ley constitucional la celebración del 12 de diciembre en todos los pueblos, dedicado a la patrona de nuestra libertad, María Santísima de Guadalupe, encargando a todos los pueblos la devoción mensual.

20. Que las tropas extranjeras o de otro reino no pisen nuestro suelo, y si fuere en ayuda, no estarán donde la Suprema Junta.

21. Que no se hagan expediciones fuera de las límites del reino, especialmente ultramarinas, pero [se autorizan las]... que son para propagar la fe a nuestros hermanos de Tierradentro.

22. Que se quite la infinidad de tributos, pesos e imposiciones que nos agobian, y se señale a cada individuo un cinco por ciento de semillas y demás efectos u otra carga igual, ligera, que no oprima tanto, como la alcabala, el estanco, el tributo y otros; pues con esta ligera contribución y la

buena administración de los bienes confiscados al enemigo, podrá llevarse el peso de la guerra y honorarios de empleados.

23. Que igualmente se solemnice el día 16 de septiembre todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de Independencia y nuestra Santa Libertad comenzó, pues en ese día fue en el que se abrieron los labios de la nación para reclamar sus derechos y empuñó la espada para ser oída, recordando siempre el mérito del grande héroe, el señor don Miguel Hidalgo y su compañero don Ignacio Allende.

Chilpancingo, 14 de septiembre de 1813, José María Morelos [rúbrica]

### LA CARTA MAGNA DE APATZINGÁN

Conforme a las instrucciones de Morelos, los diputados asistentes a la sesión inaugural del Congreso de Anáhuac se ocuparon al otro día de dividir el poder Legislativo del Ejecutivo. Por acuerdo unánime de los congresistas se eligió al ex cura de Carácuaro para desempeñar las funciones de generalísimo de las tropas insurgentes y de máxima autoridad ejecutiva. El generalísimo se demoró varios días con los legisladores antes de salir en persecución de los ejércitos realistas. El tiempo no había pasado en balde. La demora de Morelos en actividades políticas permitió a Calleja organizar, disciplinar y equipar las tropas del rey. El Rayo del Sur, uno de los nombres que se le daban a Morelos, no pudo evitar una derrota en Valladolid la nochebuena de 1813. Al desastre de Valladolid siguió el de Puruarán. Los realistas invadieron los breñales del sur y los legisladores del Constituyente se dieron a la fuga, a un peregrinaje de ocho meses que comprendió muchos sitios y muchas penas.

Mientras corrían delante de las tropas del rey, los constituyentes redactaron la Constitución, la primera que había conocido México. Los diputados, en constante fuga, la aprobaron y decidieron ir a jurarla al pueblo de Apatzingán, en el Plan de Tierra Caliente, y allí se juró solemnemente el 22 de octubre de 1814.

La Constitución de Apatzingán, inspirada en los “Sentimientos de la nación” de Morelos, en las constituciones hechas por los revolucionarios franceses y en la Constitución española de 1812, consta de 242 artículos. Los 41 primeros se refieren a “principios o elementos constitucionales”; los restantes, a forma de gobierno. Los artículos de la pri-

mera parte declaran: la religión católica es la única que se debe profesar. La soberanía reside originariamente en el pueblo y es por su naturaleza imprescriptible e inenajenable. La soberanía está facultada para hacer leyes, hacerlas cumplir y aplicarlas a los casos particulares. El Estado se constituye por la espontánea voluntad de los ciudadanos. El ejercicio de la soberanía corresponde a la representación nacional depositada en el Congreso. “La ley es la expresión de la voluntad general en orden a la felicidad común. La felicidad del pueblo y de cada uno de los ciudadanos consiste en el goce de la igualdad, seguridad, propiedad y libertad, pues la íntegra conservación de estos derechos es el único fin de las asociaciones políticas”. Son obligaciones de los ciudadanos “una entera sumisión a las leyes, un obediencia absoluta a las autoridades constituidas, una pronta disposición para contribuir a los gastos públicos y un sacrificio voluntario de los bienes y la vida”, cuando las necesidades de la patria lo demanden.

La parte segunda dispuso la división de México en 17 provincias o estados y la del gobierno en tres poderes. Los legisladores reunidos se dieron el nombre de Supremo Congreso Mexicano, del cual iba a salir el Supremo Tribunal de Justicia. Al ejército se le asignó el papel de brazo del Legislativo y se le puso a las inmediatas órdenes del Supremo Congreso que se compondría de 17 diputados, uno por cada provincia. Los diputados elegidos debían tener más de 30 años de edad, buena reputación, patriotismo y luces no vulgares. El Congreso se atribuía las funciones de aprobar, sancionar, interpretar y derogar leyes; elegir los miembros mayores de los poderes Ejecutivo y Judicial; designar representantes diplomáticos y generales; negociar la guerra y la paz; establecer impuestos y gastos; acuñar moneda y pedir empréstitos, y proteger las libertades de palabra e imprenta. El Supremo Gobierno se depositó en tres individuos iguales en autoridad que se alternarían por cuatrimestres en la Presidencia y serían auxiliados por un secretario de Gobernación, uno de Hacienda y uno de Guerra. El Supremo Tribunal de Justicia se integraría con cinco individuos ante quienes se podría apelar en los ramos civil y criminal. Los jueces del Supremo quedaban facultados para conocer los juicios de responsabilidad contra funcionarios mayores. Las provincias serían gobernadas por intendentes; los partidos, por jueces, y las jurisdicciones menores por “gobernadores y repúblicas, ayuntamientos y demás empleos” antiguos.

La Constitución de Apatzingán nunca estuvo vigente, pero influyó mucho en las constituciones futuras que sí lo estuvieron. Aquélla no pudo ponerse en práctica porque quienes la sostenían perdieron la guerra. El general José María Morelos, tras de ser vencido, fue pasado por las armas el 22 de diciembre de 1815, en San Cristóbal Ecatepec, un pueblo cercano a la ciudad de México.

#### OTRO MICHOACANO AYUDA A CONSUMAR LA INDEPENDENCIA

Con la muerte de Morelos la lucha por la independencia se debilita. El virrey Apodaca ofrece el indulto a los caudillos insurgentes; como no lo aceptan se refugian en lugares bien protegidos: Ramón Rayón en el cerro inexpugnable del Cópore, en la zona de Mil Cumbres; Marcos Castellanos en la isla de Mezcala por el rumbo de los valles de Zamora; el gobierno insurgente, encargado de aplicar la Constitución, en el fuerte de Jaujilla; otros caudillos, en Chimilpa, en las alturas del Curistarán, y en la isla de Janitzio, en la laguna de Pátzcuaro. Ninguno resistió por mucho tiempo. En 1818 cayó el último de los fuertes. Todo parecía indicar que la revolución de independencia se había ido a pique cuando la revolución liberal progresista en España de 1819 volvió a darle ánimos en 1821.

Agustín de Iturbide, oriundo de Valladolid, hizo un plan de independencia de acuerdo con Vicente Guerrero, conocido con los nombres de Plan de Iguala y de las Tres Garantías. Les garantizó la independencia a los viejos insurgentes y así se atrajo el apoyo de éstos, y el del mismo Guerrero que aún peleaba en los breñales del sur. Les garantizó a los tradicionalistas el respeto absoluto de la religión amenazada por la revuelta liberal de la Península, y así obtuvo la venia de las autoridades eclesiásticas.

Les garantizó a los españoles que no dejaría a los mexicanos volverse contra ellos y sus fortunas, y de este modo ganó la ayuda de los comerciantes ricos y de las autoridades superiores, incluso el virrey. La ejecución del Plan de Iguala fue, pues, relativamente fácil, consistió en una doble campaña, de convencimiento y de fuerza.

Convenció a los caudillos insurgentes ya retirados de la lucha; atrajo a su partido al arzobispo de México, a varios clérigos importantes y a fa-

mosos jefes realistas. La campaña de fuerza se emprendió para vencer a poquísimos contrincantes del Plan de Iguala. Su episodio mayor fue el sitio y la toma de Valladolid el 22 de mayo de 1821. El 30 de julio desembarcó en Veracruz el último de los virreyes, quién firmó con Iturbide el Tratado de Córdoba, mediante el cual quedó sellada la independencia de México. El 27 de septiembre, Agustín de Iturbide, al frente de numerosos ejércitos, hizo su entrada triunfal a la ciudad de México. Al otro día dio a conocer el acta que a la letra dice:

La Nación Mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido. Los heroicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable que un genio superior a toda admiración y elogio, amor y gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó al cabo arrollando obstáculos casi insuperables. Restituida, pues, esta parte del Septentrión al ejercicio de cuantos derechos le concedió el Autor de la naturaleza y reconocen por inalienables y sagrados las naciones cultas de la tierra, en libertad de constituirse del modo que más convenga a su felicidad, y con representantes que puedan manifestar su voluntad y sus designios, comienza a hacer uso de tan preciosos dones y declara solemnemente, por medio de la Junta Suprema del Imperio, que es nación soberana e independiente de la antigua España, con quien en lo sucesivo no mantendrá otra unión que la de una amistad estrecha en los términos que prescribieren los tratados; que entablará relaciones amistosas con las demás potencias, ejecutando respecto de ellas cuantos actos pueden y están en posesión de ejecutar las otras naciones soberanas; que va a constituirse con arreglo a las bases que en el Plan de Iguala y Tratados de Córdoba, estableció sabiamente el Primer Jefe del Ejército Imperial de las Tres Garantías; y, en fin, que sostendrá a todo trance, y con el sacrificio de los haberes y vidas de sus individuos (si fuere necesario), esta solemne declaración, hecha en la capital del imperio a 28 de septiembre del año de 1821, primero de la Independencia Mexicana.

Una vez consumada la independencia, se confirió el cargo de “intendente y jefe político superior” de Michoacán a don Ramón Huarte, y con tal carácter presidió la Junta Provincial, instalada el 1º de febrero

de 1822. Esta y las demás autoridades celebraron rumbosamente la elevación de Iturbide al trono imperial el 21 de mayo de 1822. Como es bien sabido, Iturbide se coronó emperador con el nombre de Agustín I. Su imperio se redujo a 10 meses. El joven general Antonio López de Santa Anna inició la serie de cuartelazos que lo harían famoso. Agustín I abdicó. Un congreso constituyente elaboró una constitución en 1824 que dispuso que México fuera una República federal con estados libres y soberanos.

5  
HUMBOLDT Y LA REVOLUCIÓN  
DE INDEPENDENCIA\*

EN LA *HISTORIA DE MÉXICO*, de don Lucas Alemán, se lee:

El gobierno de Madrid, desestimando el recelo y precaución con que hasta entonces se había procedido, evitando que los extranjeros tuviesen conocimiento de las cosas de América, permitió que el barón de Humboldt, célebre, viajero prusiano, visitase las principales provincias de Venezuela, Nueva Granada [Colombia], el Perú y México, mandando se le diesen en las oficinas todos los datos que necesitase. Sus observaciones fueron no sólo astronómicas y físicas, sino también políticas y económicas, y los extractos que publicó estando en el país, y después en su *Ensayo político sobre la Nueva España*, que salió a la luz en París en 1811, hicieron conocer esta importante posesión a la España misma, en la que no se tenía idea exacta de ella; a todas las naciones cuya atención despertó; y a los mexicanos, quienes formaron un concepto extremadamente exagerado de las riquezas de su patria, y se figuraron que ésta, siendo independiente, vendría a ser la nación más poderosa del universo.

En el dictamen de Alamán hay dos juicios, dogmas de la historiografía mexicana, que suelen formularse así: 1] Humboldt es un redescubridor de México; 2] Humboldt es uno de los autores intelectuales de nuestra independencia. Las pruebas aducidas en favor de esas afirmaciones son dos libros del sabio prusiano: aquel bosquejo que se difundió manuscrito con el nombre de *Tablas geográficopolíticas del reino de la Nueva España*, fechado en 1803, y el multivoluminoso *Ensayo político*, impreso a poco de haberse iniciado la revolución de independencia.

Las *Tablas geográficopolíticas* son, según reza el subtítulo, un primer

\* En Marianne O. de Bopp *et al.*, *Ensayos sobre Humboldt*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, pp. 201-214.

esbozo de la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar de la Nueva España. El autor no extrae de las cifras que maneja conclusiones excitantes. Quizá los criollos, acostumbrados a leer entre líneas, añadieron lo que la discreción de Humboldt calló. El *Ensayo político* es una enorme amplificación de las *Tablas*. La imagen de México que apenas se vislumbra en éstas, se da nítida y rotunda en aquél.

Pinta un cuadro halagüeño de los recursos de la naturaleza mexicana: el territorio novohispano es cinco veces más extenso que el de la Península. “Entre las colonias sujetas al dominio del rey de España, México ocupa actualmente el primer lugar, tanto por sus riquezas territoriales como por lo favorable de su posición para el comercio con Europa y Asia”. No todo el territorio ofrece las mismas ventajas. Si todo él estuviese regado por lluvias, “sería una de las tierras más fértiles que los hombres hayan abierto al cultivo en ambos hemisferios”. Los mexicanos “saben aprovecharse poco de las riquezas que se les presentan. Reunidos en una pequeña extensión de terreno, en el centro del reino, sobre la mesa de la cordillera misma, han dejado inhabitadas las regiones más fértiles y más inmediatas a las costas”. “Al pie de la cordillera, en los valles húmedos de las intendencias de Veracruz, Valladolid o Guadalajara, un hombre que dedique solamente dos días de la semana a un trabajo poco penoso, puede obtener el sustento para toda una familia”.

Humboldt distingue cuatro tipos novohispanos: los indios, las castas, los criollos y los peninsulares. Las dos quintas partes de la población son indios humillados, sufridos, frugales, melancólicos, inteligentes, ignorantes y beodos. Otros dos quintos los forman las castas, más envilecidas que los indios. El quinto de criollos está arriba en el orden económico, y en medio en el social y político. En temple físico, moral y “una feliz disposición de las facultades intelectuales” destacan los norteños. El centésimo de españoles europeos, aristócratas en todos los órdenes, menos en el cultural, no es la minoría dirigente que reclama la nación.

En la cultura novohispana ve luces y sombras. Aquí y allá apunta groseros errores de la política colonial española, a la que hubiera querido más liberal e ilustrada. En lo económico, arroja una de cal por otra de arena. La minería le parece próspera, mas no como debiera. Propone que se extienda el amor que se profesa al oro y la plata, a metales menos preciosos, como el hierro. Ve con malos ojos que la agricultura se posponga a la minería, y más aún, que se tenga en poco aprecio a la industria manufac-

turera. Lamenta las condiciones de los obreros. Insiste en las ventajas del comercio libre. Se duele de la ignorancia de la mayoría y se asombra ante las luces de la minoría criolla. Quiere que se difunda la ciencia en todas las clases sociales. Asegura que la civilización de la especie humana camina de este a oeste. Luego vaticina: ya pronto le tocará su turno a América.

Lo que dijo Humboldt no es lo que se dice que dijo. La leyenda le achaca frases sobre la capital (México, ciudad de los palacios) y sobre toda la patria (México, país de la eterna primavera). Humboldt no se hizo una buena idea del México que vio, pero sí del que previó. No se entusiasmó con lo hecho; sí con las potencias dormidas o dilapidadas. Los criollos recibieron sus obras con grande entusiasmo. Para entenderlo hay que retroceder algunas décadas.

Medio siglo antes del arribo de Humboldt, la élite criolla venía elaborando una imagen de su ser, su haber y sus posibilidades. Se cita entre los primeros escultores de esa imagen al eclesiástico don Juan José de Eguiara y Eguren, famoso en aquel entonces por sus vastos conocimientos teológicos y sus exquisitos sermones. Para muestra, con el título basta. Los que se llamaron “El enviado como todos y enviado como ninguno”, “Los reverberos luminosos de la sombra” y “La nada contraapuesta en las balanzas de Dios al aparente cargado peso de los hombres” son algunos de los muchísimos que le produjeron fama y cargos apreciables. Para mantener y acrecentar su prestigio, Eguiara tenía que estar sobre los libros barrocos, cazando expresiones felices. Así llegó a una obra del elegante latinista y anticuario don Manuel Martí. Era una colección de cartas; la duodécima pretendía disuadir a un joven de que viniese a las Indias, en donde buscar cultura “tanto valdría como querer trasquilar a un asno u ordeñar a un macho cabrío”. Al llegar a este punto, Eguiara olvidó las exquisiteces estilísticas, montó en cólera y se propuso aniquilar al abate Martí y, de paso, a otros que lo habían precedido en el uso de la pluma contra América.

Muchos años y varios colaboradores fatigó Eguiara y Eguren en la preparación de una réplica de la que sólo pudo publicar un volumen que comprende 20 prólogos y un catálogo bibliográfico. En los prólogos se bosqueja la historia de la cultura mexicana desde los tiempos prehispánicos. Cinco conclusiones permite la obra: 1] La cultura mexicana y la española son distintas; 2] no se han producido aún en la Nueva España obras universales; 3] el talento de los mexicanos, incluso el de los indios, es igual al de los europeos; 4] la marcha cultural de México se ha enfrentado a

obstáculos que no existen en Europa; 5] removidas las trabas, el genio de los mexicanos deslumbrará al mundo. Algunas de estas ideas precedieron a la investigación; las más, parecen ser hijas de ella.

El adversario muere en 1737. La obra de Eguiara aparece en 1754. Entretanto, otros sabios, ya no sólo españoles, reinventan la tesis de la inferioridad del Nuevo Mundo. Buffon declara inmaduros a la flora, la fauna y el indio americanos. Raynal dictamina que América es a la vez inmadura y decrepita. Cornelius de Pauw, en sus *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, sentencia: “Es sin lugar a duda un espectáculo grandioso y terrible el ver una mitad de este globo [la americana], a tal punto descuidada por la naturaleza, que todo es en ella degenerado y monstruoso”. Estas ideas se difunden extensamente en ambos mundos. En el nuevo, una generación de criollos, posterior a la de Eguiara, toma ejemplo de éste y se consagra a la refutación de los sabios europeos.

Sobresalen en el segundo episodio de la polémica euroamericana los criollos “ilustrados”. A esa lucha concurre el jesuita Márquez con una vindicación de las antigüedades mexicanas y esta sentencia: “El verdadero filósofo sabe que cualquier pueblo, por medio de la educación, puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado. Con respecto a la cultura, la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción, en todo clima el hombre es capaz de todo”. El jesuita Clavijero confecciona un arma en varios volúmenes, la *Historia antigua de México*, escrita, según sus palabras, “para reponer en su esplendor a la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América”. Con Márquez y Clavijero colaboran, Cavo, Alegre, Aldama, Alzate, León y Gama, Veytia y algunos españoles.

Los criollos “ilustrados” de la segunda mitad del siglo XVIII producen una imagen de México que admite los adjetivos de humanista, optimista, mercantilista, providencialista e indigenista. Acerca del ambiente natural se acuñaron frases como ésta: “El influjo de la naturaleza, con la humedad de su clima y las irradiaciones de su sol, han adornado el genio y el talento de los españoles nacidos en suelo americano de una penetración aguda y al mismo tiempo brillante, férvida, encantadora y muy a propósito para el cultivo de toda clase de letras”. Y estos epítetos para la Nueva España: “opulento reino”, “preciosa perla de la corona española”, “niña bonita de

España”, “ricos, dilatados y fértiles dominios”, “el mejor país de todos cuantos circunda el sol”, etc., etc. También se vindica al mexicano. De los indios se afirma por boca de Clavijero: sus almas “no son en nada inferiores a las de los europeos”, “son capaces de todas las ciencias, aun de las más abstractas”. Si se les impartiera una mejor educación, “se verían entre ellos filósofos, matemáticos y teólogos que podrían rivalizar con los más famosos de Europa”. De los criollos se dice: aparte de hábiles para las ciencias y las letras, son aptos “para la guerra, diestros para el manejo de las rentas, a propósito para el gobierno de las iglesias, de las plazas, de las provincias, y aun de toda la extensión de reinos enteros”. Alégase que la cultura mexicana ha progresado paralelamente a la europea, pese a los obstáculos que se han opuesto y se oponen a su desarrollo. En fin, se suma a todas las ideas anteriores la de que México cuenta con el especial favor de Dios, dispensado por intermedio de la Virgen de Guadalupe.

Tras la generación de los jesuitas exiliados, irrumpe la de los independentistas que se aparta ligeramente del camino trazado por los sabios del XVIII. Investiga menos y obra más. Sustituye el criterio mercantilista por el fisiocrático. No cree en la grandeza pasada y presente de México, pero espera confiadamente en la grandeza futura. Estima que lo logrado está muy por debajo de lo que es posible obtener, que lo hecho antes es apenas un síntoma de la proximidad de una edad de oro mexicana. México está a punto de madurar en todos los órdenes; aun en el bélico es capaz de defenderse “de los enemigos exteriores con los brazos de sus propios hijos”.

A la confianza en la patria se aúna el desprecio por la madre patria. Humboldt testimonia: “Los criollos prefieren que se les llame americanos, y desde la paz de Versalles, y especialmente después de 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: ‘Yo no soy español, sino americano’”. Alamán corrobora: “La educación literaria que se daba a veces a los criollos y el aire de caballeros que se tomaban en la ociosidad y en la abundancia, les hacía ver con desprecio a los [españoles] europeos”. La tesis de la decadencia española, antes tímidamente sostenida, se vuelve lugar común. Los pensadores de la península dejan de ser fuente de inspiración para los americanos. El sitio perdido por España lo ocupa Francia.

Aquí llega el joven Humboldt. Se pone al habla con los criollos. Husmea su complejo de grandeza y el anhelo de obtener el reconocimiento de Europa, ya iniciado por Pernety, Marmontel, Carli, Galiani y sobre todo Feijoo, de quien es la expresión: “La cultura en todo género de letras, entre

los que no son profesores por destino, florece más en América que en España”. Ninguno de ellos gozaba del prestigio de Buffon, Raynal o De Pauw. Humboldt, en cambio, auguraba ser el sabio indispensable a los intereses criollos. Éstos se apresuran a servirle la mesa con el fruto de sus investigaciones. Humboldt aprovecha el material acumulado por nuestros mexicanólogos y condesciende con varias de sus tesis; sanciona en gran parte la imagen criolla de México. Este gesto produjo una desmesurada reacción de gratitud hacia el prusiano, gratitud responsable del cliché: Humboldt, redescubridor de México.

La otra proposición tradicional afirma que Humboldt fue cómplice de la independencia. Ciertamente en las *Tablas geográficopolíticas* no dio pie para que se le considerara simpatizador de la emancipación de Nueva España. En el *Ensayo político* sí sugiere el camino de la independencia y en alguna forma se complicó con la lucha insurgente. En las *Tablas*, dirigidas a las autoridades virreinales, no quiso delatar algo que vio, el debilitamiento de “los vínculos que antes unían a los españoles criollos con los españoles europeos” y el deseo mexicano de hacer vida aparte de España.

Cuatro fuerzas, entre otras, venían aflojando los vínculos hispanomexicanos: la idea de la pujanza de México, la creencia en la decrepitud de España, el sentimiento criollo de ser víctima del incumplimiento de un pacto y el mesianismo. Los ilustrados del XVIII, al sobrestimar el valor del ser, el haber y las fuerzas dormidas de la patria, hicieron posible el ideal de la independencia, pues dejaron sin bases la doctrina de la dependencia. Es claro que si México poseía un territorio vastísimo, feraz, henchido de oro y plata; un pueblo fecundo, con cualidades físicas, intelectuales y volitivas sobresalientes, y una cultura equiparable a la europea, no necesitaba la tutela de metrópoli alguna. Según fray Melchor de Talamantes, si una colonia “tiene dentro de sí misma todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes; si su ilustración es tal, que pueda encargarse de su propio gobierno, organizar a la sociedad entera y dictar las leyes más convenientes para la seguridad pública; si sus fuerzas o sus arbitrios son bastantes para resistir a los enemigos que la acometan; semejante sociedad, capaz por sí misma de no depender de otra, está autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli”.

La generación insurgente sumó al anterior otros dos motivos: inferioridad y mezquindad de la metrópoli. “La dependencia —argumenta fray Melchor de Talamantes— no puede subsistir entre personas iguales; mu-

cho menos puede verificarse en el superior respecto del inferior”. Además —se dijo— el gobierno metropolitano impide el desenvolvimiento natural de la colonia porque descuida la educación de los novohispanos, pone estorbos al progreso agrícola, industrial y mercantil, usa la riqueza de México sólo en provecho propio y deja el gobierno colonial en manos ineptas y tiránicas. Según fray Melchor de Talamantes, “cuando el gobierno de la capital es incompatible con el bien general de la nación y cuando las metrópolis son opresoras de sus colonias”, el derecho a la independencia se vuelve necesidad.

En tercer término, todas las generaciones de criollos venían, desde el siglo xvi, sintiéndose víctimas de la violación de un derecho, el de dirigir y disfrutar la tierra que conquistaron sus mayores, estipulado en un pacto que cada vez se cumplía menos por parte de España. Ese incumplimiento, humillante para los criollos, fue otra de las razones esgrimidas en favor de la independencia.

Como si todo esto fuera poco, se inmiscuyó en la contienda la fuerza de la esperanza: México —se decía—, siendo independiente, vendrá a ser “la nación más poderosa del orbe”, “la admiración del universo, encumbrándose al rango más sublime y grandioso de las potencias libres, y oscureciendo el mismo esplendor de los griegos y romanos en sus épocas más brillantes”. Con la independencia, argüía el padre Hidalgo, “los mexicanos podrán mostrar a todas las naciones las admirables cualidades que los adornan, y la cultura de que son susceptibles”.

En definitiva, el criollo se declaró en favor de la independencia por considerarla natural, dada la grandeza de México y la pequeñez y mezquindad de España; legal, pues sólo quería disfrutar de lo que era suyo, y ventajosa, pues abría de par en par las puertas a un espléndido porvenir. No todos los criollos estuvieron de acuerdo en las medidas a tomar. Unos optaron por los medios pacíficos; otros por los violentos. Aquéllos acudieron en 1808 al tribunal de la ley, y fracasaron; éstos, armados con palos, lanzas y piedras siguieron a los curas Hidalgo y Morelos en una campaña relámpago, también fracasada. Es sabido que la emancipación se conquista por fin con el auxilio de las dos estrategias: la diplomática y la marcial.

Para entonces, otras diferencias, ya no sólo de método, dividían a los criollos. Los que ocupaban en la colonia una situación económica, social y política de nota se empeñaban en mantener el estilo social, económico y político de la colonia. Otro grupo criollo, que no gozaba de los privilegios

a que se creía acreedor, quería un nuevo orden. Aquéllos tomaban ejemplo del despotismo ilustrado; éste de la Revolución francesa y de los Estados Unidos. Aquéllos eran latifundistas, mineros y altas dignidades eclesiásticas; en éste se congregaban curas, abogados y toda clase de gente de medio pelo. El grupo partidario del *statu quo* se enfrentó a la insurgencia y a la Constitución liberal de Cádiz; los reformistas ora siguieron a Hidalgo y Morelos, ora prestaron todo su apoyo a la Constitución gaditana.

Entre esos dos grupos, se deslizó el de los acomodaticios. Su máxima figura se llamó José Mariano Beristáin de Souza. En 1808 se manifestó tíbiamente en favor de la independencia. Un año después protestó su fidelidad a la corona española. El 30 de septiembre de 1812 predicó en la catedral un sermón para colmar de elogios a la Constitución de Cádiz, cuando se creía que ésta era grata a Fernando VII. Luego que en 1814 se supo que el rey no la había querido jurar, predicó en la misma iglesia un sermón enteramente contrario que comenzaba: “No pegó el arbitrio tomado por los liberales para destruir el trono y el altar, dictando la constitución...”, palabras que sirvieron de tema a un versificador desconocido para componer la siguiente décima:

De “no pega” fue el sermón,  
si sermón puede decirse,  
hablar hasta prostituirse  
por la vil adulación.  
Ayer la constitución  
cual sagrado libro alega,  
y apenas Fernando llega,  
cuando ese libro sagrado  
es un código malvado...  
¡Vaya: que eso sí no pega!

Fuera del campo criollo, grupos sociales que antes guardaban silencio, manifestaron aspiraciones que no concordaban con los intereses de los españoles europeos ni con los de los americanos. Así las multitudes de indios y mestizos arremolinadas alrededor de Hidalgo que sueñan en el reparto de tierras; una importante porción del ejército de Morelos que tiende a la guerra de castas, y los que desencadenan la lucha de clases en Zacatecas desde 1808. Esto es, sociedades indígenas que quieren recobrar

su autonomía y porciones de la clase trabajadora que aspiran a trascender su miseria.

La separación de España se consumó en 1821 en medio de un gran entusiasmo que produjo frases delirantes. Un periodista afirmó: “Después de trescientos años de llorar el continente rico de la América Septentrional la destrucción del imperio de Moctezuma, un genio... consigue que el Águila Mexicana vuele libre desde el Anáhuac hasta las provincias más remotas del Septentrión, anunciando a los pueblos que está restablecido el imperio más rico del globo”, el que denota por “su ubicación, riqueza y feracidad haber sido creado para dar la ley al mundo todo”.

Pasados los excesos verbales, se reanuda la lucha entre los conservadores que encabeza Iturbide y los reformistas de la Junta Nacional Instituyente. La gente del emperador gana algunas escaramuzas; pero al fin lo pierde casi todo, incluso al caudillo. Juntamente con los renovadores triunfa Humboldt. Por lo menos desde 1820 había sido elevado a los altares de los revolucionarios. Compartió este honor con Heineccio, Say, Smith, Condillac, Mably, Bentham, Constant, Filangieri, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Locke, Hobbes, etc. A la luz de estos maestros se redactaron la Constitución de 1824 y las primeras leyes de la República. Las medidas regeneradoras propuestas por Humboldt en el *Ensayo político* coinciden con el ideario de los fundadores de la República y en general el ideario liberal de un siglo de México.

Alejandro de Humboldt veía vinculada la grandeza ulterior de México a la práctica de los siguientes principios: inmigración extranjera; colonización de las tierras vírgenes de ambos litorales; diversificación de los cultivos; fomento de la industria manufacturera; ayuda a los esfuerzos dirigidos hacia la extracción de sustancias minerales de valor intrínseco; librecambismo; mejoramiento de las condiciones de trabajo en obrajes y haciendas; difusión de las luces, por medio de la escuela, en todas las clases sociales, y, sobre todo, rehabilitación del indio. Las últimas palabras del *Ensayo político* son éstas:

Ojalá que llegase a persuadir a los responsables del destino mexicano de una verdad importante, a saber: que el bienestar de los blancos está íntimamente enlazado con el de la raza bronceada, y que no puede existir felicidad duradera en ambas Américas, sino hasta que esta raza, humillada pero no envilecida en medio de su larga opresión, llegue a participar

de todos los beneficios que son consiguientes a los progresos de la civilización y del perfeccionamiento del orden social.

La clase media en el poder, la que pone los cimientos de la República, concordó con las recomendaciones de Humboldt. Del empeño que puso en el acarreo de inmigrantes sirvan de muestra la concesión dada en 1823 a Esteban Austin para poblar las llanuras texanas con irlandeses y canarios, y el permiso para establecer familias francesas en la desierta provincia del istmo. Del afán colonizador dan idea las concesiones dichas, la ley sobre colonización de la Junta Nacional Instituyente y el decreto sobre la misma materia, expedido el 18 de agosto de 1824.

La doctrina de la libertad de comercio produjo uno de los debates más acalorados del Constituyente del 23, entre los partidarios de un comercio restringido por el sistema de aranceles y los amigos de la libertad absoluta. Ninguno de los bandos quería la vuelta al monopolio mercantil vigente en la colonia. Las diferencias eran de grado. La opinión que se impuso fue la de José María Covarrubias, autor de la frase: “Nadie más amigo que yo del comercio libre; pero no en el estado en que está nuestra industria. Créense entre nosotros artes y entonces libértese todo; pero ínterin no tengamos fuerza, hacer el comercio libre es decretar nuestra ruina”.

En gracia a la brevedad, omito el apoyo dado por aquel Congreso y el primer gobierno republicano a cada uno de los puntos del plan Humboldt. Me reduzco a mencionar los que tocan a la educación del pueblo y a la regeneración del indio. El código de Apatzingán ordenó: “La instrucción, como necesaria a todos los ciudadanos, debe ser favorecida por la sociedad con todo su poder”. En 1822 se implantó el sistema educativo de Bell y Lancaster que suplió la escasez de maestros con la improvisación de monitores. Un año más tarde los diputados del Constituyente declararon que a la cabeza de las necesidades nacionales debían ponerse las escuelas de primeras letras.

El problema del indio se resolvió de una plumada. Los “licenciados” descubrieron que el abatimiento del indio se debía a las Leyes de Indias que lo trataban como a menor de edad, y que declararlo adulto equivalía a salvarlo. Se dieron leyes y decretos que los emancipaban de la tutela y avisos como éste: “Ya no sois, oh indios compañeros míos colonos, huéspedes o advenedizos... ya serán premiados vuestros afanes, ya veréis el fruto de vuestras fatigas, ya seréis felices...”.

Sólo dos aguafiestas contradijeron la solución legalista. Don Carlos María de Bustamante escribe: “paréceme que oigo el retintín de que ya no hay indios; de que todos somos mexicanos... Valiente ilusión a fe mía, para remediar males efectivos y graves”. Rodríguez Puebla se atrevió a más: defendió el sistema colonial de la tutela y advirtió que la igualdad legal favorecía la desigualdad social. El tiempo dio la razón a Rodríguez Puebla y a don Carlos María.

Entretanto Humboldt seguía desde Europa la marcha mexicana de sus ideas. En 1822 escribe:

Tengo cincuenta y dos años y mi espíritu es muy joven todavía. Mi resolución está tomada y es firme. Quiero salir de Europa y vivir bajo los trópicos, en la América española, en un lugar en donde he dejado algún recuerdo y en donde las instituciones se armonizan con mis anhelos... Tengo un gran proyecto de un gran establecimiento de ciencias en México, para toda la América libre... Tengo la idea de acabar mis días de un modo más agradable y más útil para la ciencia, en una parte del mundo donde soy extraordinariamente querido, y en donde todo me da razones para esperar una existencia feliz.

México correspondió a sus efusiones con una carta, escrita por don Lucas Alamán, que dice:

Por vuestras luminosas obras puede formarse una idea de lo que México llegará a ser, regido por una buena constitución, ya que este país posee todos los elementos indispensables para su prosperidad. La nación entera está pletórica de gratitud para vuestros trabajos... El supremo gobierno comparte cordialmente este sentimiento general, y me encarga, como su ministro de negocios extranjeros, el expresaros la satisfacción con que se ha enterado de que vos tenéis la intención de volver a este país.

Humboldt contesta:

Si mis obras han podido producir algún bien, ello debe de atribuirse a mí amor a la verdad, a la pureza de mis sentimientos y a la admiración que me ha inspirado un país llamado a grandes destinos. Me alienta la esperanza, si mi soberano lo permite, de volver a contemplar las majestuosas cordi-

lleras de Anáhuac, de estudiar otra vez sus producciones naturales y de gozar del placer de ser testigo de la felicidad creciente que debe nacer en vuestra república del seno de las instituciones libres y de las artes de la paz.

El desenlace es bien conocido: el noble no obtuvo el permiso de su rey para volver a México y la nación mexicana se enfangó. Ignoro los pareceres ulteriores de Humboldt sobre la República prostituida. Ésta, en ningún momento, dejó de tributar honores al viejo amigo. El discípulo más aprovechado de Beristáin, el héroe de las mudanzas, don Antonio López de Santa Anna, a cambio del olvido de los ideales humboldtianos, le concedió la condecoración de la Orden de Guadalupe.

## LA REVOLUCIÓN DE INDEPENDENCIA\*

LOS CRIOLLOS DE LA CLASE MEDIA, como ya se vio, andaban con la obsesión de la independencia. Tampoco los ricos, los criollos latifundistas y mineros, deseaban compartir la riqueza de su patria con la gente de la nación española. Unos y otros querían algo en común: mandar en casa y ser dueños de todo el ajuar de la misma. Unos y otros buscaban sacudirse el yugo, y ambos encontraron la coyuntura para poner en práctica sus ideales en 1808. Ese año Napoleón, uno de los mayores conquistadores de todos los tiempos, ocupó España. Los españoles se opusieron al invasor, y los mexicanos que habían dejado de sentirse españoles trataron de aprovecharse de la crisis española para hacerse independientes, según se ve en los versos que un día amanecieron pegados en los muros de la capital:

Abre los ojos pueblo mexicano  
y aprovecha ocasión tan oportuna.  
Amados compatriotas, en la mano  
las libertades ha dispuesto la fortuna;  
si ahora no os sacudís el yugo hispano  
miserables seréis sin duda alguna.

Por el mismo tiempo, el fraile Melchor de Talamantes hacía circular escritos subversivos en los que afirmaba que el territorio mexicano, por tener “todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes”, podía hacerse independiente y que, además de posible, la independencia era deseable porque el gobierno español no se ocupaba del bien general de la Nueva España, como se ocuparía un gobierno libre, constituido por mexicanos. Así las cosas, el virrey resolvió hacer

\* En *Obras completas*, t. IV. *El siglo de las luchas*, México, El Colegio Nacional–Clío, 1996, pp. 23-31.

juntas representativas del reino. El Ayuntamiento sostuvo en ellas la conveniencia de reunir un congreso nacional. El virrey aceptó la idea, pero un rico comerciante y latifundista español, al frente de peones, empleados y varios gachupines, depuso al virrey la noche del 15 de septiembre; mandó a la cárcel a los patriotas Francisco Azcárate, Primo de Verdad y Melchor de Talamantes, y se dio el lujo de nombrar, como sucesores del virrey depuesto, a un milite de máxima graduación y al clérigo máximo del país.

El golpe resultó contraproducente. Mientras los españoles se dieron a denunciar criollos ante la junta de seguridad, formada entonces para juzgar y castigar a los sospechosos de infidencia, los criollos de la medianía decidieron asumir soluciones revolucionarias.

Se conspiró en muchas partes, pero los conjurados de Querétaro, San Miguel y Dolores al ser denunciados se pusieron en pie de lucha. En la madrugada del domingo 16 de septiembre de 1810, el padre y maestro Miguel Hidalgo y Costilla, viejo acomodado, influyente y brillante, ex alumno de los jesuitas y cura del pueblo de Dolores, puso en la calle a los presos y en la cárcel a las autoridades españolas del lugar; llamó a misa, y desde el atrio de la iglesia incitó a sus parroquianos a unírsele en una “causa” que se proponía derribar al mal gobierno. La arenga del párroco en aquel amanecer se denomina oficialmente “Grito de Dolores”, y se considera el punto culminante de la historia mexicana.

El padre sale de su parroquia con 600 hombres, pero en pocos días reúne cerca de 100 000 entre morenitos y criollos procedentes de la minería, la agricultura y los obrajes. Aquella muchedumbre, más que ejército, parecía una manifestación armada con palos y hondas. Sin resistencia entró en San Miguel, Celaya y Salamanca. Guanajuato, la importante ciudad minera, cayó después de sangrienta lucha y fue entregada al robo. El obispo de Michoacán excomulgó a Hidalgo, pero éste condujo su “ejército” a la capital michoacana y obtuvo que el cabildo catedralicio le levantara la excomuni3n. Después de Valladolid se encaminó hacia México, que se hallaba poco protegido; ganó la batalla del Monte de las Cruces; pidió parlamentar con el virrey, y antes de recibir respuesta, ordenó la retirada, durante la cual fue derrotado en San Jerónimo Aculco por el general español Félix María Calleja.

Mientras tanto había habido insurrecciones en muchas partes del país. Rafael Iriarte levantó luchadores en León y Zacatecas, y los frailes Herrera y Villerías hicieron otro tanto al apoderarse de San Luis Potosí.

En el noreste hubo la sublevación del capitán Juan B. Casas, que aprehendió al gobernador de Texas; la declaratoria proindependencia del gobernador de Nuevo León, y las defecciones de las tropas virreinales en Coahuila y Tamaulipas. En el centro se formaron los grupos de Tomás Ortiz, Benedicto López, Julián y Chito Villagrán, Miguel Sánchez y otros. En el sur comenzó la callada actividad de don José María Morelos, cura de Carácuaro y Nocupétaro. En el occidente hubo tres levantamientos mayores: el que encabezó José María Mercado, cura de Ahualulco, se hizo de Tepic y del puerto de San Blas; el de José María González Hermosillo se adueñó de casi toda Sinaloa, incluyendo el puerto de Mazatlán; el de José Antonio Torres, nacido en el Bajío de Guanajuato, juntó mucha gente y entró en Zamora. La “flor de la juventud de Guadalajara” quiso contenerlo. La batalla fue en las inmediaciones de Zacoalco. Los de Torres produjeron sobre los jóvenes tapatíos tal lluvia de piedras, arrojadas con hondas, que mataron a muchos y pusieron en fuga a los demás. Torres y los suyos entraron en Guadalajara el 11 de noviembre de 1810.

Hidalgo, después de la derrota de Aculco, se dirigió también a Guadalajara, donde expidió decretos sobre el uso exclusivo de las tierras de comunidad por sus dueños, la abolición de la esclavitud en beneficio de 6 000 negros, la extinción de los monopolios estatales del tabaco, la pólvora y los naipes y la supresión de los tributos que pagaban los indios. También trató de organizar un gobierno, un ejército y un periódico, que se denominó *El Despertador Americano*. El ejército se compuso con más de 30 000 hombres, y se enfrentó al de Calleja en el Puente de Calderón. Perdido el combate, algunos restos de las tropas revolucionarias se dirigieron a Zacatecas en busca del apoyo de Iriarte; pero, amagados por Calleja, continuaron hacia el norte, donde cayeron en la trampa que les tendió un ex jefe del movimiento libertador de Coahuila. Los cautivos comparecieron ante un consejo de guerra, e Hidalgo, condenado a muerte, sufrió su pena el 30 de julio de 1811. Con todo, Ignacio López Rayón, quien trató de reunir a los insurgentes en la Junta de Zitácuaro, y un grupo que fue como representante de México a un congreso de España siguieron peleando la independencia.

Mientras una parte de los mexicanos luchaba contra el gobierno virreinal con palos, piedras y lo que podía, otra aceptaba la invitación del nuevo gobierno peninsular nacido de la lucha contra Napoleón de elegir diputados para un congreso que se reuniría en Cádiz en 1811. A él fueron

17 diputados de México, todos criollos, menos uno; los más, eclesiásticos y jóvenes de clase media. Exigieron allá igualdad jurídica de españoles e hispanoamericanos, extinción de castas, justicia pareja, apertura de caminos, industrialización, gobierno de México para los mexicanos, escuelas, restablecimiento de los jesuitas, libertad de imprenta y declaración de que la “soberanía reside originalmente en el pueblo”. Algunas exigencias criollas lograron triunfar y fueron incorporadas a la Constitución expedida por aquel Congreso en marzo de 1812.

La Constitución Política de la Monarquía Española, dada en Cádiz, reemplazó la soberanía del rey por la de la nación, confirió el poder real al Ejecutivo y le quitó al rey los otros dos poderes. Fue una constitución de índole liberal para proteger los derechos individuales, la libre expresión en asuntos políticos y la igualdad jurídica entre españoles y americanos. El virrey Venegas la promulgó en México en septiembre de 1813, y procedió desde luego a darle cumplimiento. Fue publicada y jurada por todos los pueblos y por todas las corporaciones. Venegas puso en práctica la libertad de imprenta e hizo elegir democráticamente ayuntamientos, diputados a Cortes y diputados a las cinco diputaciones provinciales que operarían en México. Con todo, la Constitución de Cádiz funcionó tarde, poco y mal. Sólo estuvo vigente cerca de un año. El grupo español y los criollos ricos se opusieron a ella. El virrey Calleja, sucesor de Venegas, la abolió en agosto de 1814. Tal medida engrosaría las filas insurgentes; varios intelectuales criollos, al restablecerse el régimen autoritario, decidieron unirse al ejército del cura Morelos, hombre inteligente e inculto que, ignorado y despreciado en un principio, había ido creciendo “en poder e importancia, y como aquellas nubes tempestuosas nacidas en la parte del sur, cubrió en breve una inmensa extensión de terreno”. Teniendo como música de fondo e himno aquella canción que empieza

Por un cabo doy dos reales,  
por un sargento, un doblón,  
por mi general Morelos  
doy todo mi corazón,

los seguidores de Morelos hicieron campañas brillantísimas en 1812 y 1813. En un santiamén se apoderaron de Oaxaca y del general González Saravia, jefe supremo de los ejércitos virreinales. El 12 de abril de 1813 fue la

toma de Acapulco, que Morelos rubricó con esta sentencia: “La nación quiere que el gobierno recaiga en los criollos, y como no se le ha querido oír, ha tomado las armas para hacerse entender y obedecer”.

Todo parecía decir que la muerte de la dominación española estaba próxima. Por eso Morelos resolvió hacer un congreso nacional que le diera una constitución política al país a punto de nacer. El Congreso de Anáhuac se formó con distinguidos intelectuales criollos de toga y sotana: Carlos María de Bustamante, ex director del *Diario de México*; Ignacio López Rayón, ex presidente de la Junta de Zitácuaro y autor de unos “Elementos constitucionales”; el padre José María Cos, “un hombre de gran talento y de ingenio fecundo en invenciones”, ex director de dos periódicos insurgentes: *El Ilustrador Nacional* y *El Despertador Americano*; Andrés Quintana Roo, famoso poeta enamorado, periodista y jurista; el doctor Sixto Verduzco, el militar José María Liceaga, el padre Manuel Herrera y otros. El Congreso sesionó cuatro meses en Chilpancingo. Al inaugurarse, en el discurso conocido con el nombre de “Sentimientos de la nación”, el cura Morelos les pide a los congresistas las declaraciones de que México es libre e independiente de España, la religión católica la única verdadera y la soberanía dimana inmediatamente del pueblo, y que las leyes “moderen la opulencia y la indigencia” y alejen “la ignorancia, la rapiña y el hurto”. Los congresistas aprueban el 6 de noviembre el acta de independencia y un manifiesto donde se habla de que “no hay ni puede haber paz con los tiranos”.

Al día siguiente, Morelos salió de Chilpancingo en busca de nuevos triunfos, pero el tiempo no había pasado en balde. La demora del caudillo en actividades políticas permitió a Calleja organizar, disciplinar y equipar las tropas del virreinato. Morelos fue derrotado en Valladolid y los realistas penetraron en el sur. El Congreso tuvo que andar peregrinando por distintos lugares, y cuando llegó a Apatzingán, en octubre de 1814, dio a conocer la Constitución, inspirada en la francesa de 1793 y la española de 1812. En los 41 primeros artículos establece: la católica será la religión del Estado, la soberanía reside en el pueblo, el ejercicio de la soberanía corresponde al Congreso, la ley es la expresión de la voluntad general y la felicidad de los ciudadanos consiste en el goce de la igualdad, la seguridad, la propiedad y la libertad. Ciento noventa y seis artículos se refieren a la forma de gobierno, que debía ser republicano, centralista y dividido en tres poderes. El Legislativo, compuesto por 17 diputados, estaba por enci-

ma del Ejecutivo, del que serían titulares tres presidentes, y del Judicial, comandado por un supremo tribunal de cinco individuos.

La Constitución de Apatzingán jamás estuvo en vigor. Cuando se promulgó, los insurgentes habían sido desalojados de las provincias del sur. A Morelos ya sólo le quedaba un millar de hombres cuando los de Calleja llegaron a 80 000. Morelos fue hecho prisionero y fusilado el 22 de diciembre de 1815 en San Cristóbal Ecatepec.

Muerto el Rayo del Sur, la lucha por la independencia se quedó sin jefes famosos pero no sin ánimos. Unos grupos continuaron la guerra desde numerosos fuertes y reductos; otros emprendieron la guerra de guerrillas, y otros hicieron una campaña corta y deslumbrante. El padre Marcos Castellanos se hizo fuerte en una isla del lago de Chapala; Ramón Rayón se fortificó en Cóporo, donde rechazó varios asaltos; Ignacio López Rayón se encerró en Zacatlán; Manuel Mier y Terán se remontó al cerro Colorado, Pedro Moreno al Sombrerete y Pedro Ascencio al Barrabás.

Fuera de los reductos fortificados peleaban numerosas partidas de indios, mestizos y mulatos. Las ganas de salir de la miseria y de tomar venganza por viejos agravios eran su guía. Usurpaban propiedades y quitaban vidas. Las de los Villagrán y Osorno hicieron de las suyas en los alrededores de Pachuca y los llanos de Apan. Las de Gómez de Lara (el Huacal), Gómez (el Capador), Bocado (Coronel de coroneles), Arroyo, los Ortices, Olarte, Pedro el Negro y otros fueron famosas por sus crímenes. Todas causaron cuantiosos daños y molestias al régimen y a los particulares pudientes. Ninguna era bien vista por los criollos ricos, pero contaban con las simpatías de la gran masa de la población.

Francisco Xavier Mina, que vino a Nueva España en 1817 a luchar “por la libertad y por los intereses del imperio español”, se puso del lado de los insurgentes; Mina, que traía hombres, armas y dinero de Inglaterra y de Estados Unidos, tras haber ganado batallas que le permitieron llegar a Guanajuato, cayó preso y fue muerto delante del fuerte de los Remedios. Tampoco resisten mucho la mayor parte de los jefes metidos en islas, cerros y barrancas. Castellanos capitula a fines de 1816; Rayón y Mier y Terán, a principios de 1817. En 1818 sucumben los fuertes de los Remedios y Jaujilla. Por otra parte, el virrey Apodaca, sucesor de Calleja, aplica una política de indultos y consigue que muchos héroes de la resistencia acepten abandonar las armas. Otros se esconden, como Guadalupe Victoria, y más de alguno es derrotado. Para 1819 sólo quedan en pie de lucha en los breña-

les del sur algunos guerrilleros menores, como Pedro Ascencio y Vicente Guerrero.

La mayoría de los criollos había aceptado la derrota cuando una nueva coyuntura los puso en el camino de la independencia, que no de la libertad y de las reformas sociales.

En 1820 una revolución de signo liberal obligó a Fernando VII a restablecer la Constitución de Cádiz. Las Cortes, compuestas de liberales exaltados, dispusieron medidas contra los bienes y las inmunidades del clero. La noticia de esos cambios causó profunda pena en el grupo español y la aristocracia criolla de México. El virrey Apodaca se negó a poner en vigor la Constitución de Cádiz y apoyó el Plan de La Profesa, en el que se sostenía que mientras el rey estuviese oprimido por los revolucionarios su virrey en México debía gobernar con las Leyes de Indias y con entera independencia de España. Pero cuando el gobernador Dávila se vio obligado a proclamar el orden constitucional en Veracruz, el virrey declaró restablecida la Constitución en todo el virreinato, y convocó desde luego a elecciones municipales, instauró la libertad de imprenta y desencadenó, sin quererlo, la actividad en los grupos sociales organizados. El grupo español que sostenía el Plan de La Profesa trató de ponerlo en práctica. Los criollos ricos, que ya en 1808 habían manifestado su interés por la independencia, vieron el momento oportuno para conseguirla sin necesidad de introducir reformas sociales. Ambos grupos coincidieron en el jefe que había de llevar adelante sus propósitos, en el coronel criollo Agustín de Iturbide, hombre valiente, cruel, parrandero y simpático, que siempre fue feliz en la guerra.

Apoyado por el alto clero, los españoles y los criollos mineros y latifundistas, Iturbide, que a la sazón trataba de reducir a Guerrero, pactó con éste y lanzó el Plan de Iguala o de las Tres Garantías: religión única, unión de todos los grupos sociales e independencia de México con monarquía constitucional y rey prefabricado en alguna de las casas reinantes de Europa. Luego emprendió una doble campaña diplomática y militar, que en cinco meses lo hizo todo. La diplomática consistió en haberse ganado la amistad de los jefes insurgentes contra los que años antes había combatido. La campaña militar fue breve y casi incruenta. Muchas guarniciones se adhirieron voluntariamente. Otra vez, como en 1808, los españoles de la capital destituyeron al virrey Apodaca, inculpándolo de los triunfos de Iturbide, y nombraron sucesor al mariscal Novella. A los pocos días llegó de España Juan O'Donojú con el cargo de virrey; aceptó negociar con

Iturbide y puso su firma, el 24 de agosto de 1821, en el Tratado de Córdoba que ratificaba en lo esencial el Plan de Iguala. El 27 de septiembre el Ejército Trigarante, con Iturbide al frente, hizo su entrada triunfal a México, y el 28 se nombró al primer gobierno independiente.

La consumación de la independencia produce gran entusiasmo. En todas las poblaciones se hacen desfiles con carrozas alegóricas; se construyen arcos de triunfo; hay juegos pirotécnicos y muchas muestras de regocijo general. Los poetas componen odas, sonetos, canciones, marchas y coplas alusivos a la patria liberada. Nacen varios periódicos; se publican folletos; se lanzan hojas volantes y se intercambian cartas que se refieren obsesivamente al hecho de la consumación de la independencia. Se habla de la riqueza y variedad económica de México; se dice que la nueva patria, “por su ubicación, riqueza y feracidad, denota haber sido creada para dar la ley al mundo todo”; se anuncia “a los pueblos que está restablecido el imperio más rico del globo”.

Iturbide recibe los epítetos de “varón de Dios” y “padre de la patria”. Los intelectuales de clase media hacen proyectos de constitución política y buenas leyes; planes para el fomento de la agricultura, la ganadería, la pesca, la minería, el comercio y la hacienda pública; diseños para hacer más humanas las condiciones de trabajo, para aumentar la población y esparcir la educación y la salud. La mayoría de los proyectos se inspiran en experiencias ajenas. Unos quieren retornar a formas de vida griegas y romanas; otros creen que el modelo a seguir es la joven república de los Estados Unidos; varios proponen como norma el imperio de los aztecas. Casi nadie proyecta a partir de las realidades mexicanas del momento. Quizá ninguno de los proyectistas se da cuenta entonces de la cortedad de los recursos naturales, la escasez demográfica y sobre todo del desplome económico, la desorganización social y el desbarajuste político generados en la larga lucha por la independencia. Con muy pocas excepciones, todos cierran los ojos a los obstáculos y únicamente los abren para ver las ventajas de la vida independiente.

## I. PANORAMA DE AQUEL MÉXICO

Hartos del nombre de Nueva España, algunos novohispanos de las postrimerías de la época virreinal cometieron la extralimitación de llamar América Septentrional a su patria. Esto, que sería un enorme disparate referido al México de ahora, fue entonces una modesta hipérbole. Por la amplitud territorial, el número de habitantes, la riqueza y la cultura, la América mexicana era el reino máximo del Nuevo Mundo.

Desde 1769, cuando el imperio español asume la Nueva o Alta California, la superficie del territorio regido por el virrey de Nueva España mide cuatro millones de kilómetros cuadrados. La parte del norte, cinco veces mayor que la tropical, era casi virgen. También en el sur la mayor parte de las regiones costeras se distinguían por lo deshabitado. El grueso de la población se asentaba en la altiplanicie central y el Eje Volcánico, en una zona de 250 kilómetros de anchura norte-sur y de casi 1 000 kilómetros de longitud. En esa zona alta, de valles y sierras y clima primaveral, se discernían tres partes: la de Puebla-Veracruz, la de Anáhuac o metropolitana y la del occidente, constituida por la provincia mayor de Michoacán y el reino de la Nueva Galicia. La parte medular del occidente era conocida con el nombre del Bajío. En el siglo de las luces, el Bajío corría a ser cuna de la independencia del modo como se informa en el siguiente artículo de esta serie.

El 90% de la población de México se repartía y se plantaba de por vida en miles de aldeas inconexas y autosuficientes. El otro 10% se distribuía en 30 ciudades, 12 abajeñas. México, la urbe máxima, capital del virreinato, tenía 112 000 habitantes en 1790. La cabeza de la porción oriental, la ciu-

\* En *Obras completas*, t. III. *La magia de la Nueva España*, México, El Colegio Nacional-Clío, 1995, pp. 83-203.

dad de Puebla, hospedaba a 60 000 personas. Guanajuato, el gran centro minero del occidente, juntaba 40 000 hombres. Venían después Guadalajara, Zacatecas, Valladolid, Mérida, Querétaro, Oaxaca y San Luis, y por último, con poblaciones entre 10 000 y 20 000 habitantes, una veintena de villas o ciudades minúsculas. En las urbes de todos tamaños eran fácilmente distinguibles el centro y los barrios. En aquél, alrededor de la plaza principal o próximos a ella, se levantaban el templo mayor, el mercado, la casa del Ayuntamiento y los palacetes de los ricachones y poderosos; en éstos, las capillas de los cristos ensangrentados y las chozas de los indigentes. Las familias de ambas zonas compartían los aspectos más notorios de la ciudad: el toque de las campanas, la algarabía de los vendedores, los ejercicios religiosos, la basura y la fetidez del aire.

El haber demográfico crecía con lentitud. De 1790 a 1810 sólo sube de cuatro y medio a seis millones de habitantes. Un ser humano de cada dos moría en la niñez. La fuerza de trabajo nunca llegó a los dos millones. El tifo, la malaria, la viruela, la pulmonía y el hambre eran activísimos segadores de vidas. La epidemia de 1735-1737 causó un millón de difuntos, y el hambre de 1786 más de 100 000. Y sin embargo, los tiempos eran mejores que 100 años antes. La segunda mitad del siglo XVIII fue de bonanza en muchos órdenes.

Durante el siglo XVIII el volumen y el valor de los productos de la Nueva España se acrecentaron de manera extraordinaria. En 1700 la minería produjo tres millones de pesos; en 1804, 27 millones. Varias industrias, sobre todo la textil, hicieron progresos de nota. Los telares de la capital, Puebla, Guadalajara, Querétaro, Oaxaca y Valladolid acrecentaron notablemente su prestigio y sus ventas. La agricultura india, la agricultura del maíz y el maguey, se mantuvo igual. Juan Antonio Yermo escribía en 1788: "En este reino, la agricultura no ha traído otro provecho que el de alimentar a sus habitantes". La agricultura española, la del trigo, la caña de azúcar y el tabaco, avanzó cautelosamente al aceptar nuevos cultivos, como el café, y nuevas técnicas de labranza, como la irrigación. La ganadería se quedó donde estaba, pero el comercio internacional hizo progresos de mejoría desde la puesta en obra de la libertad de comercio. Las rentas reales que en 1763 ascendían a cinco millones y medio al año, en 1792 fueron de 20 millones y siguieron en alza. A principios del siglo XIX, México era uno de los países más opulentos y pobres del mundo.

La prosperidad de la minería, la industria, el comercio y la hacienda pública sólo beneficiaba a la cúspide social. El obispo de Valladolid decía, con leve exageración, que en la Nueva España únicamente había dos clases de hombres: “los que nada tienen y los que lo tienen todo... No hay graduaciones o medianías, son todos ricos o miserables”. El barón de Humboldt observaba algunos años después que México seguía siendo “el país de la desigualdad; en ninguna parte existe una desigualdad tan tremenda en la distribución de la riqueza, de la cultura y del cultivo de la tierra”. Bajo el imperio de la escasez y la ignorancia vivía toda la población de tez oscura (indios, mestizos y mulatos) y no pocos criollos y españoles. Fuera de las tribus nómadas del vastísimo norte, las comunidades indias labraban la tierra sin mayor provecho. “En vano —dice Humboldt— se buscaría entre los aborígenes uno u otro individuo que gozase de cierta medianía de fortuna”. Y “¿cómo puede haber —se pregunta— en aquellos indígenas grandes mudanzas, cuando se les tiene aislados en pueblecillos donde los blancos no se atreven a establecerse; cuando la diferencia de lenguas pone una barrera insuperable entre ellos y los europeos, cuando están sufriendo continuas vejaciones de parte de unos magistrados elegidos en su seno sólo por consideraciones políticas, y en fin, cuando no pueden esperar su perfección moral y civil de un hombre que les habla de misterios, dogmas y ceremonias, cuyo objeto les es desconocido?”.

El viajero alemán también se ocupa de la parte mestiza y mulata de una sociedad dividida en compartimentos raciales. Los mestizos y los mulatos pertenecían de igual modo que los indios a la parte pobre de la nación. La casta producto del ayuntamiento de indias y españoles, además de pobre y sin letras, era gente resentida. El mestizo se consideraba acreedor, por ser descendiente de los dominadores, a los mismos derechos reservados a los mandamases, pero ni siquiera se le reconocían oficialmente los del indio. Naturales y castas participaban de la misma situación miserable y de una cultura donde la magia era la tecnología dominante.

Los españoles, como es sabido, controlaban la administración pública, los asuntos eclesiásticos y el comercio de ultramar. Su situación de privilegio les venía de España y se sentían unidos, no sólo por origen, a la metrópoli imperial. El criollo aristócrata, suma de latifundistas y mineros, aunque vivía en una situación bonancible, era consciente de que su altísimo rango lo debía a la patria neoespañola, que no a la madre patria ibérica. El grupo medio de la sociedad colonial, donde se juntaban frailes, curas

de aldea, abogados, milites y funcionarios menores de la administración pública, llegó a tener un aprecio desmedido por su patria novohispana y un gran desprecio por su madre patria española.

El amor y el rencor del criollo venían de muy atrás, pero se recrudecen en el siglo de las luces. Se cita como la promotora de ese recrudecimiento a la generación de jesuitas nacida entre 1718 y 1733. Fue aquél un grupo de gente de la misma edad extraordinariamente dinámico, cuyo ejemplo de mayor lustre fue Francisco Xavier Clavijero, el célebre jesuita de aquella hornada, cuyo guía fue Rafael Campoy.

Rafael Campoy propuso “buscar en todo la verdad, investigar minuciosamente todas las cosas, descifrar los enigmas, distinguir lo cierto de lo dudoso, despreciar los inveterados prejuicios de los hombres y pasar de un conocimiento a otro”. Sus colegas dispusieron, para cumplir ese vasto programa, darse a la lectura de los filósofos y científicos de la era de las luces. De unos y otros tomaron caminos para la reflexión, la búsqueda y la enseñanza. Como filósofos fueron eclécticos, no se dieron del todo a la modernidad filosófica; como científicos se comportaron agresivamente americanistas, sobre todo después de haber sido expulsados en 1767 por orden de Carlos III.

Algunos sabios europeos acababan de sostener la tesis de la inferioridad de América. Buffon declara inmaduros la flora, la fauna y el indio americanos. Raynal pontifica que el nuevo continente era a la vez inmaduro y decrepito, Cornelius de Pauw sostuvo: “Es sin lugar a duda un espectáculo grandioso y terrible el ver una mitad de este globo [la mitad americana], a tal punto descuidada por la naturaleza, que todo es en ella degenerado y monstruoso”.

A las diatribas europeas responde la provincia mexicana de la Compañía de Jesús desde su destierro italiano. El padre Márquez aporta a la lucha una vindicación de las antigüedades mexicanas y esta sentencia: “El verdadero filósofo sabe que cualquier pueblo, por medio de la educación, puede llegar a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado. Con respecto a la cultura, la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción en todo clima el hombre es capaz de todo”. El padre Clavijero confecciona un arma en varios volúmenes, la *Historia antigua de México*, “para reponer en su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América”.

Tras la generación de los padres de la Compañía de Jesús, asoma la de los enciclopedistas, cuyos líderes responden a los nombres de Gamarra, Gama, Velázquez, Alzate y Bartolache. Entre sus múltiples preferencias destacan el estudio individual y silencioso, la ciencia experimental y el periodismo científico. En las instituciones creadas por los enciclopedistas, en el Seminario de Minería y en el Jardín Botánico, dejan de oírse “aquellos desaforados gritos pulmonares que eran la contraseña de los peripatéticos cuando pretendían descubrir la verdad”. También se abandona la oratoria y el mamotreto como medios de expresión y propaganda. Los frutos intelectuales de aquellos sabios ven la luz en periódicos de vida efímera: el *Mercurio Volante*, los *Asuntos Varios sobre Ciencias y Artes Útiles*, y la célebre *Gaceta de Literatura*.

A la generación de los enciclopedistas se debe el recuento de los recursos naturales de la Nueva España, tarea en la que contaron con el auxilio del poder central. Por cuenta del gobierno se mandan expediciones marítimas para explorar las costas del Pacífico norte, se investiga sobre plantas y minerales, se pone en obra la Expedición Botánica y se hace un censo de la población y la riqueza del reino neoespañol. Resultado de esa fervorosa búsqueda fue la siguiente exclamación: “¡Habitantes de México! Vivid satisfechos porque vuestro suelo no cede a ningún otro, ya se considere lo saludable que es, su abundancia de inocentes aguas y víveres, lo benigno de su temperamento, la hermosura de sus contornos... Regocijaos de vivir en México”.

La siguiente generación de intelectuales criollos, formada por los nacidos entre 1748 y 1764, prosigue el estudio de México, pero ya no en condiciones óptimas. Sufre en su juventud fuerte impacto por la independencia de Estados Unidos, la revolución de Francia y el recrudecimiento de la tiranía española. Bajo esas impresiones se puso a estudiar los aspectos económicos, políticos y sociales de su contorno. “Ya no hay —escribió en 1808 el oidor Villaurrutia— quien no hable y discuta, bien o mal, de política y de derecho”. Los coetáneos de Hidalgo eran muy críticos. De su examen de México les resulta una patria de intolerable presente y de porvenir rosa. La constituían en el presente la desigualdad social y el despotismo político; pero, dados sus cuantiosos recursos naturales, auguraba un futuro magnífico. México era el país de la grandeza natural develada por la generación de los sabios enciclopedistas y de la miseria humana que veían los miembros de esa nueva generación. Por sus posibilidades supe-

raba a la metrópoli española; por sus realizaciones era inferior, a causa de la metrópoli.

La creencia de que España estorbaba el desarrollo de la Nueva España, siendo que ésta tenía “dentro de sí misma todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes”, hizo concebir la idea de la autodeterminación. Una “sociedad —argumenta fray Melchor de Talamantes—, capaz por sí misma de no depender de otra, está autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli”, máxime “cuando el gobierno de la capital es incompatible con el bien general de la nación y cuando las metrópolis son opresoras de sus colonias”. Estos razonamientos empujan al párroco de Dolores a una guerra sangrienta contra España. Como se verá, el Padre de la Patria esperaba que con la independencia “los mexicanos podrían mostrar a todas las naciones las admirables cualidades que los adornan”.

Como todo mundo sabe, en la madrugada del domingo 16 de septiembre de 1810, el padre y maestro Miguel Hidalgo y Costilla pone en la calle a los presos y en la cárcel a los gachupines del pueblo de Dolores; llama a misa, y desde el atrio de la iglesia induce a sus parroquianos a la lucha contra el mal gobierno; sale de la parroquia con 600 hombres, pero en pocos días arremolina a su alrededor una tropa de cerca de 100 000 trabajadores del campo, las minas y los talleres textiles. Aquella muchedumbre, más que ejército, parecía un mitin de trabajadores iracundos armados de garrotes y piedras. Como es bien sabido, la insólita insurrección acaudillada por Hidalgo fue tormenta tropical, cuya loa se agavilla también con esta retahíla.

A la muerte del impetuoso cura de Dolores, toma las riendas del país una generación de criollos de clase media nacidos entre 1765 y 1780. Esta hornada era demócrata y liberal. Había leído con entusiasmo a Rousseau, Montesquieu y sus glosadores. Proclamaba los principios de la independencia de las naciones, la soberanía del pueblo, el gobierno representativo, la igualdad, la libertad individual, la ley y la división de poderes. Todo porque creía en la innata bondad del pueblo raso y en la innata maldad de los caudillos. Para liberar a las masas y maniatar a sus dirigentes, la nueva generación criolla seguiría dos rutas: la de la insurrección y la del debate parlamentario.

Quizá la mayor hazaña de la nueva minoría rectora de México fue ese par de acciones conocidas por los rótulos de Congreso de Anáhuac y Cons-

titución de Apatzingán. A tal hazaña, nacida en un bosque de revueltas y de caudillos alocados, se destina también un buen número de páginas, a las que se suma un discurso laudatorio de don José María Morelos y Pavón, epónimo de la hornada de varones ilustres que conmemoramos cada año con el pretexto del inicio de la acción revolucionaria que condujo a la independencia de México en 1821.

## II. EL BAJÍO, CUNA Y COCINA DE LA INDEPENDENCIA

Alejandra Moreno Toscano escribe sobre el carácter peculiar de la vida urbana del Bajío novohispano. Claude Bataillon demuestra la utilidad de comprender en el Bajío todos los valles y llanuras de la depresión del Lerma, desde Acámbaro y Querétaro hasta Guadalajara. Por mi parte, me he puesto a contemplar, al través de muy dispares testimonios históricos, 12 ciudades y villas abajeñas, incluso algunas que ejercieron sin título de villa o ciudad, y he procurado descubrir el común denominador de tal docena y su diferencia específica respecto al género próximo que es el mundo novohispano. Las poblaciones seleccionadas fueron, por orden de aparición en la escena histórica, Acámbaro, Querétaro, Guadalajara, Valladolid, San Miguel el Grande, Santa Fe de Guanajuato, Celaya, Zamora, León, Irapuato, Salamanca y Salvatierra. Los puntos de comparación o variables tenidas en cuenta son relieve, clima, suelo, agua, antecedentes prehispánicos, fundación, demografía, índole económica, modos y relaciones de producción, ocio, cultura y actitud frente al movimiento de independencia de 1810-1821.

Basta recorrer las carreteras México-Guadalajara, en camino de ida por Querétaro, Celaya e Irapuato, y en camino de regreso por el sur de la laguna de Chapala, Zamora, Zacapu, Morelia, Acámbaro y Maravatío, para darse cuenta de la uniformidad del medio geográfico de las ciudades abajeñas, menos Guanajuato: altura sobre el nivel del mar entre 1 580 y 1 980 metros; temperamento que tira más a caliente (sobre todo en el verano) que a frío (no obstante que nunca faltan las heladas negras del invierno); muchos días de sol y pocos de nubes y de lluvias; abundantes terrenos pantanosos; un gran río que serpentea en el fondo del valle mayor y numerosos afluentes que bajan de las sierras y de los valles circundantes; inundaciones frecuentes y más de una vez devastadoras según pudieron

atestiguarlo León en 1637, 1762 y 1803; Irapuato en 1746; Guanajuato en 1780 y 1804, y Zamora temporal tras temporal. Por último, suelos fertilísimos que han hecho prorrumpir en exclamaciones como éstas: “Mesopotamia mexicana”, “ejemplo de fecundidad bien admirable”, “planicie rica que produce frutos de Europa y de los trópicos”.

A la llegada de los españoles ni la apariencia ni la experiencia del Bajío correspondía a su ser fértil y poblado de ciudades, villas y lugarejos. El capote vegetal hecho de gramas, cactus y mezquites aquí; tulares y plantas pantanosas allá; encinos y aun pinos en las alturas, no revelaban mayor riqueza. La población rala, desnuda, salvaje y bronca sólo merecía de los pueblos civilizados de los tres valles del Anáhuac el epíteto de chichimeca o raza de perros sarnosos e inciviles. El Bajío estaba poblado de pames, guamares, guachichiles, tecuexes y otras naciones de gentes encueradas y sin hogar que comían vainas de mezquite, tunas, conejos, popochas, víboras y ratas; bebían aguamiel y pulque; manejaban admirablemente el arco y la flecha; sabían tender trampas, correr como venados y atacar como fieras; gustaban poner un pie en el cogote de la víctima mientras arrancaban la piel de la cabeza y eran expertísimos cazadores, capadores y empaladores. El *milieu* chichimeca parecía que iba a ser lo último que apetecieran los hombres blancos, barbados y vestidos de hierro.

Con todo, tres coyunturas bien conocidas precipitaron la entrada de los españoles y sus aliados indios en la zona: el descubrimiento de minas en Zacatecas y Guanajuato entre 1546 y 1555, el desalojo de los alrededores de la capital de la ganadería española y la necesidad de proteger las tierras recién conquistadas por los capitanes Cortés y Guzmán de las incursiones de los bárbaros. Por la última razón, en el decenio de los veinte del siglo XVI se hizo la congrega de los pueblos de indios de Acámbaro y Querétaro, y en los días del virrey Mendoza, de dos ciudades españolas: Valladolid, para contener los desmanes de la “gente bárbara”, metida en “quebradas y montes” próximos, y la última Guadalajara, que a poco de nacer puso a los cazcanes “como ganado puesto en estampida”. Por las presiones del virrey Velasco para que la ganadería española desalojara el centro, donde causaba muchos males en las sementeras de los indios, algunos españoles, al frente de sus rebaños, cayeron en los valles chichimecas donde había “muchos pastos fértiles”, y a donde se les dieron en merced sitios o estancias de ganado mayor y menor. Por último, el descubrimiento de las minas de Zacatecas y Guanajuato produjo aludes de hombres como los que siglos después irían

a las arenas auríferas de California, y un trajín como de película del Oeste que hizo necesarias la fundación de la villa-fortaleza de San Miguel el Grande en el decenio de los cincuenta, y sobre todo la traza de las villas dispuestas por el virrey Henríquez: Celaya en 1571, Zamora en 1574 y León en 1576.

La primera vida urbana del Bajío, la de los dos últimos tercios del siglo XVI, quedó marcada por el trajín de ganados y ganaderos que iban y venían de Querétaro a las ciénegas de la laguna de Chapala; la fiebre argentina que empujaba ríos de gente hacia Zacatecas y que hacinó en el estrechísimo valle de Guanajuato multitudes anhelantes, acezantes, temblorosas, ansiosas de salir de pobres, y el espíritu bélico de españoles, otomíes, purépechas, mexicanos, negros, pames, guachichiles, guamares y tecuexes que se trabó en una guerra de 40 años (1550-1589), entonces descrita por Gonzalo de las Casas y recientemente recreada por Felipe Powell.

Al concluir la guerra chichimeca, sobreviene el ninguneado siglo de la depresión económica y demográfica. Las poblaciones que habían conseguido romper las barreras de la urbanidad desde la etapa anterior se mantuvieron urbanas a lo largo del siglo XVII, pero sin mayores progresos demográficos; así Guanajuato, Querétaro, Valladolid y Guadalajara con alrededor de 5 000 habitantes cada una. A raíz de la paz chichimeca se fundan nuevas congregaciones (Irapuato, Salamanca y Salvatierra) que como las demás del Bajío, fuera de las cuatro grandes, no pasan en el XVII de ser rancherías con menos de 1 000 vecinos.

La vigorosa urbanización del Bajío es un fenómeno del siglo XVIII o siglo de las luces, que bien pudo llamarse de los alumbramientos. El estirón demográfico se produjo en toda la Nueva España dieciochesca a contrapelo de las devastaciones acarreadas por un par de hambrunas (1750 y 1785) y por un par de epidemias; en dondequiera aumentó la gente pero en ningún sitio tanto como en el Bajío. En otras regiones de la Nueva España, el alza de la población produjo rancherías. Sólo acá engendró ciudades. Por la cuantía de la población se forman tres tipos de congregaciones ciudadinas: las de primera (Guanajuato, Querétaro, Guadalajara y Valladolid) llegan a hospedar entre 20 000 y 50 000 habitantes; las de segunda (Celaya, León, San Miguel y Zamora) devienen villas de 9 000 a 20 000 habitantes, y las de tercera sobrepasan 4 000 sin llegar a 9 000 almas. Como se lee en el libro de Claude Morin, el Bajío consigue en el siglo XVIII un desarrollo urbanístico que supera, con excepción de la metropolitana, a todas las demás regiones.

Es propiamente en el siglo de la ilustración cuando las ciudades y villas abajeñas adquieren la fisonomía que las hará célebres: claridad que permite ver lejos y hacer brillar la cara de las cosas. Fuera de Guanajuato, que es el desorden y la estrechez urbana, lo característico de la urbanística abajeña es la sujeción a un plan, el dibujo previo, la traza rectilínea y rectangular, al modo de tablero de ajedrez, según el molde ideado por la Antigüedad helénica; las calles anchas, rectas, limpias, soleadas y alegres, la mayoría de los edificios de baja estatura, de muros exteriores pulcramente encalados, con patios interiores anchurosos y de corte andaluz, con corredores de finas columnas y macetas, macetas, macetas; plaza mayor grande y circundada de numerosos templos sobresalientes del conjunto por lo recio y alto de muros y techumbre, por las enormes cúpulas y por las torres altas y flacuchas; conventos y casonas de buen ver hacia el centro de la población y jacales de adobe y de cara triste hacia las afueras. Quizá sin el contraste del cinturón triste, la ciudad del Bajío no hubiese llegado a tener el aspecto alegre que la caracteriza; quizá sin las noches tan oscuras y propicias para robos, cuchilladas y apariciones de difuntos, la ciudad del Bajío no se vería tan clara.

La ciudad abajeña y dieciochesca refleja una economía pujante y un reparto desigual de las ganancias. En el siglo XVIII la explosión económica aventajó a la demográfica y urbanística, rara vez por la aventura en nuevos negocios, casi siempre por el desarrollo veloz de las tareas tradicionales: ganadería vacuna y caballar (ganadería mayor), y ovina y porcícola (ganadería menor); agricultura del trigo y del maíz, tan próspera que le acarrió a la canoa abajeña el título de granero de la Nueva España; minería de Guanajuato, mundialmente ilustre; menos conocida que no menos valiosa, la industria artesanal (obrajes textiles de Guadalajara, Celaya, Querétaro, Valladolid, Salamanca, Zamora y San Miguel; talabarterías de San Miguel, León y Valladolid; molinos de harina de todas partes y azúcares y dulces de las poblaciones situadas al sur del Lerma), y el comercio por medio de la arriería. En el siglo de las luces, pese a lo agüitado de la zona, el Bajío se hizo de una red caminera caminada por recuas de mulas y transportes de mayor fuste y ruido como los carros que rodaban por los caminos mayores de los reales de minas (por Querétaro y San Miguel) y de Guadalajara (por Querétaro, Celaya e Irapuato). Es un lugar común la función abastecedora de carnes, granos y manufacturas que desempeñó el Bajío, primero en las plazas mineras del occidente, del centro-norte y del norte,

y enseguida en la metrópoli novohispana. La actividad mercantil de los centros urbanos del rumbo se desarrolló sin haber procreado instituciones financieras y comerciales sutiles y apantalladoras.

La prosperidad del siglo de las luces fue muy singular; se produjo en moldes institucionales un tanto insólitos sobre todo para mentes del Viejo Mundo: la hacienda, la esclavitud, el peonaje, el obraje, la arriería y otras formas de propiedad y trabajo que han sido estudiadas por David Brading y Claude Morin. Como en la generalidad de la Nueva España, las mercedes originales de tierra (sitios de ganado mayor y menor y caballerías de sembradura), concentradas en pocas manos, se volvieron latifundios y haciendas. Como fue lo común en la Nueva España, en el Bajío, aparte de los señores hacendados, hubo al principio indios de guerra, y al principio y después negros acarreados de África, víctimas de los rigores de la esclavitud. Como en toda la Nueva España, también hubo en los valles abajeños los fenómenos del peón acasillado, del peón temporalero, de las servidumbres por deudas, de la aparcería, del arrimo y de los arrendamientos de tierras.

Lo propio de la vida regional consistió en el uso desmedido del caballo y en el invento y la práctica de la charrería, en el modo como se desenvolvieron algunos ocios y diversiones, en la fisonomía de ciertas costumbres que andan en busca de autor, y sobre todo en la manera como se satisfizo en el valle de los chichimecas una vez vuelto Bajío una de las dos necesidades primarias del hombre. Quizá en ninguna otra parte de México cayó tan rápidamente el muro racial como aquí. Fuera de pocos señorones empeñados en mantener la palidez de la raza de mármol, lo común en la zona parece haber sido el amplio comercio con las razas de bronce y de ébano, el no hacerle el fuchi al matrimonio con personas de distinto tinte, el intercambio erótico (casi siempre dentro de los cauces legales) que produjo el mestizo mentado en tantas canciones, los ojos negros de la tapatía y el bigote de aguacero del charro.

Sobre la mezcla, juntura y revoltura raciales durante la época colonial ya existe alguna investigación seria, pero sobre la vida relajada y recogida no parece que haya mucho. La prosperidad del siglo XVIII dio rienda suelta a vicios como los de la embriaguez y el juego, y a virtudes como la de los ejercicios religiosos y la vida conventual, vicios y virtudes que bien merecen una resurrección histórica y literaria. Ésta fue una tierra de garitos y conventos franciscanos; en la mitad de los centros urbanos hubo casas de

jesuitas y de agustinos; aquí y allá, conventos de carmelitas, dieguinos, religiosos de San Juan de Dios, mercedarios, felipenses, betlemitas y dominicos; en las ciudades mayores abundaron las monjitas de varias órdenes religiosas y en dondequiera proliferó la especie de los sacristanes y las ratas de sacristía. La región está esperando una Josefina Muriel que desentierre las virtudes de monjes y monjas y una Anne Staples que descubra la cola del diablo en la vida conventual.

Otra cara del Bajío novohispano y dieciochesco poco conocida es la de la crianza y educación de niños y jóvenes. En medio de una nación que no se distinguía por el impulso educativo, la docena de ciudades y villas del Bajío parece haber sobresalido por la cuerda concedida a escuelas, colegios y seminarios. Antes de que las autoridades de la última etapa colonial mandaran abrir escuelitas de primeras letras en todos los pueblos, las poblaciones de los caminos México-Guadalajara ya tenían en gran medida ese tipo de planteles y otros: colegios franciscanos dondequiera, colegios de jesuitas en Guadalajara, Guanajuato, León, Celaya, Valladolid y Querétaro; colegio del Oratorio en San Miguel; seminarios en Guadalajara, Valladolid y Querétaro, y la flamante Universidad de Guadalajara desde 1791.

La vida en las aulas se ha estudiado poco no obstante que de ellas salió un fenómeno extremadamente estudiado: la guerra de independencia. Aun los historiadores de la onda materialista reconocen el puente tendido entre la vida académica novohispana del siglo XVIII y la vida bélica que condujo a la separación de España. Y aun los historiadores capitalinos aceptan que el mentado puente se construyó casi del todo en el Bajío, en las aulas de jesuitas y oratorianos. En buena medida la escasez de investigaciones sobre edificios escolares, maestros y alumnos, métodos pedagógicos y amplitud de la enseñanza se compensa con los abundantes estudios salidos del seminario del doctor José Gaos, luego conducido por Andrés Lira, acerca de la introducción dieciochesca de la filosofía de los ilustrados en España y en México, de las dos etapas ideológicas del pensamiento en el siglo de mayor esplendor autóctono de la Nueva España, de la filosofía moderna del zamorano Benito Díaz de Gamarra, de las renovaciones mentales propuestas por el también abajeño Diego José Abad, y por Francisco Xavier Clavijero, catedrático en Valladolid y Guadalajara, y de las luces encendidas en el obispado de Michoacán por los obispos San Miguel y Abad, por el doctor José Pérez Calama y aun por las autoridades civiles

que desplazaron en 1787 a varias de las anteriores. A las ciudades del Bajío, por medio de sus colegios y de sus asociaciones de amigos del país, les cupo la suerte de encabezar la lucha contra la filosofía anquilosada y de introducir, sin extremismos, los aires de renovación filosófica, los métodos de la razón y de la experiencia.

También le correspondió a la abajeñía el poner en práctica antes que nadie en el Nuevo Mundo la filosofía de las luces, el conducir la nueva mentalidad a la resolución de los problemas políticos, económicos, sociales y artísticos. En ninguna otra parte como en los centros urbanos del Bajío se llevó a tal extremo el reajuste del aparato administrativo y fiscal del gobierno español: la acción de la Acordada, nacida precisamente en Querétaro, contra el bandolerismo; el reclutamiento de regimientos de dragones y batallones de infantería; la sustitución de la “ruinosa plaga” de los alcaldes mayores por intendentes (Valladolid, Guanajuato y Guadalajara) y subdelegados; la hechura, por las nuevas administraciones, de informes, mapas, censos, caminos, puentes, hospicios, hospitales, higiene pública, cárceles y demás mejoras advertidas por el doctor José Miranda en alguno de sus trabajos.

También hay indicios de una mayor racionalidad en los negocios abajeños a partir del esparcimiento de la ilustración, así como de un menor respeto a costumbres que el padre Gamarra catalogó como errores del entendimiento humano. Está a la vista de quien recorra los centros urbanos del Bajío el furor con que se puso en práctica el derrumbe de espléndidas y cálidas construcciones barrocas en Querétaro, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, y la construcción de espléndidas y frías moles neoclásicas. Una lucha que se dice capitaneada por el celayense Francisco Eduardo Tresguerras hizo leña los retablos barrocos pero también construyó El Carmen de Celaya, algunos palacios de mineros ricos, numerosas arquitecturas de Salvatierra, León, Zamora y Valladolid y los altares de mármol de claridad y armonía clásica que se ajustan bien al paisaje del Bajío, quizá mejor que los retorcimientos barrocos.

Si las nuevas del siglo de las luces cunden mucho y llegan a tan magníficos corolarios en ciudades y villas de la región, es por otra peculiaridad dieciochesca de la vida urbana del Bajío: su amplia relación con el exterior. Quizá sólo Veracruz, Jalapa, Puebla y México estuvieron mejor comunicados entre sí y con el exterior en tiempos de la colonia que las 12 ciudades abajeñas, a donde llegaban con regularidad manufacturas, lujos e ideas de

lo más granado de la Nueva España y de lo más conspicuo de Europa y aun de Asia, y de donde salían, regularmente, cueros y ropas hacia los reales de minas y hacia la metrópoli del reino, y plata a la península. Además, como a ninguna otra parte, llegaron a las ciudades del Bajío muchos españoles de los de habla recia.

Precisamente por su múltiple relación con la península y los peninsulares y por tratarse de una relación de dominador a dominado, ninguna comunidad como la abajeña fue tan sensible a los malos modos de los gachupines y tan anhelante del México independiente. Desde los últimos días del siglo XVIII cada uno de los centros urbanos del Bajío se convirtió en nido de conspiradores; cada una de las ciudades, villas y lugarejos de la cuenca del Lerma produjo miladas de insurgentes que se arremolinaron alrededor del cura Hidalgo, o en torno al Amo Torres o al padre Marcos Castellanos, o con Albino García, el terrible manco, o con el padrísimo Morelos y el licenciado Rayón. Cada sitio poblado del contorno abajeño le tomó la palabra a don Agustín de Iturbide y proclamó con gritos y sombrerazos la independencia de México. De aquí que hayan merecido los valles abajeños el bien ganado título de matriz y cuna de la patria mexicana.

La vida urbana del Bajío fue hija de la guerra chichimeca del siglo XVI y madre de la trifulca patriótica del siglo XIX; estuvo en un tris de fallecer recién nacida por culpa de la depresión minera del siglo XVII, y ya madura, por lo doloroso del parto de la independencia. Quién no sabe que las entradas de Hidalgo, Calleja, García, Cruz y demás caudillos de la emancipación o de la sujeción de las poblaciones de San Miguel, Salamanca, Irapuato, Guanajuato, Celaya, Valladolid y anexas, provocaron miles de difuntos y sobre todo huidas masivas. Según se dice, la revolución de independencia le dejó a Valladolid sólo 3 000 de sus veintitantos mil habitantes. Con muy pocas excepciones, quizá únicamente con las de León y Guadalajara, las dos ciudades de refugio de aquella guerra, los centros urbanos del Bajío estuvieron a punto de quedar reducidos a la condición de Troya o de Teotihuacán, en grave riesgo de convertirse en pasto de arqueólogos. En esa lucha el Bajío se cubrió de gloria y de harapos.

Como el Bajío fue vida humana y sigue siéndolo, sólo a título de aproximación y siempre con gran riesgo de ser desmentidos, podemos atribuir a las 12 muestras urbanas que sirven de base a estas páginas las 12 características siguientes: 1] Fundación radical de casi todas, que no mera yuxtaposición sobre asentamientos urbanos previos como sucedió en la

Mesoamérica mexicana. 2] Toponimia basada mayoritariamente en topónimos hispanos (Valladolid, León, Zamora, Salvatierra, Celaya, Salamanca, Guadalajara...), que no en el nombre prehispánico del lugar como en la mayor parte de México. 3] Crisol de las tres razas del orbe en mucho mayor escala y más cabalmente que en el resto de América. 4] Papel militar de la mayor importancia en dos ocasiones largas: la guerra chichimeca del siglo xvi y la lucha contra España dos siglos después. 5] Función productora de la trilogía alimentaria mexicana (maíz, trigo, frijol) para los reales de minas y para la capital de la Nueva España en el siglo xviii. 6] Función de principal procesadora o transformadora de fibras, pieles, ropa y arreos del virreinato. 7] Máximo campo de experimentación del reajuste político, administrativo y económico de la política “ilustrada” de Carlos III. 8] Exponente principalísimo de la vida conventual que siguió y sustituyó a la vida apostólica o misionera del primer siglo virreinal. 9] Cuna de varias costumbres que han llegado a ser representativas de la nacionalidad mexicana: charrería, posadas de nochebuena... 10] Papel de difusor máximo en el siglo xviii del pragmatismo y el racionalismo de la corriente “ilustrada”. 11] Caudillaje de la lucha contra el arte barroco y de la implantación de la arquitectura neoclásica. 12] Exponente sin par en la Nueva España de la vida peligrosa, precaria, zozobante, bajo la amenaza sempiterna del agua, ya por las inundaciones, ya por las enfermedades de origen hídrico.

### III. MAGIA, CIENCIA, LUCES Y EMANCIPACIÓN

Quizá parezca un contrasentido el que ustedes hayan invitado a un practicante de la historia, sin duda la más inexacta de las ciencias, a contribuir con la lección magistral de un congreso de neurología, ciencia de bien probada exactitud en el orden científico. Estoy seguro de que no ignoran lo controversial de los conocimientos históricos, jamás verificables, y que juzgan incontrovertibles la gran mayoría de los descubrimientos neurológicos porque se pueden verificar en casi todas las ocasiones. Ustedes sabrán, sin duda, el gusto de la mayor parte de los amantes de Clío por los hechos anómalos, y la preferencia de los científicos por hechos normales que permiten descubrir leyes. Por lo mismo no sé explicarme la invitación suya a este acto, ni tampoco voy a buscar una explicación válida. Me limitaré al gozo de una solicitud tan honrosa y a darle las gracias al doctor Ri-

cardo Rangel y a los honorables miembros de la Academia Mexicana de Neurología.

Paso a ocuparme del tema ofrecido no sin antes divagar un poco acerca de los términos que le dan nombre. Aunque sea superfluo, y por mero afán de precisión, trataré de acercarme a las definiciones de “ciencia”, “magia” y “siglo de las luces”. Si vivimos en la edad de la ciencia, es de suponerse que su rostro está bien identificado, especialmente por los profesionales de la misma. Con todo, los científicos no coinciden en la definición de su coto, quizá porque algunos lo definen por sus metas, otros por sus métodos y los de más allá por sus resultados. Aquí llamamos ciencia a un tipo de sabiduría puesta de moda a partir de Galileo, a un saber irrespetuoso de la autoridad, proclive a la búsqueda de ideas generales, en buena medida opuesto a la deducción griega, que hizo casi imposible el método experimental, y a la experimentación árabe, buscadora de hechos sueltos más que de principios generales. La ciencia es un conjunto sistemático de proposiciones verdaderas y verificables, proposiciones a las que se atribuye gran poder manipulador al convertirse en técnica. En definitiva, la ciencia postulada aquí no se apoya en los dichos de ninguna persona, aunque sea Aristóteles, ni de ningún libro sagrado, incluso la Biblia o el Corán. Se trata de saberes apoyados en la observación y la experiencia, obtenidos por la vista, el oído, el olfato y el tacto, y no por simple especulación como los saberes matemáticos; saberes confirmables en el laboratorio, no como las proposiciones de la historia, imposibilitadas de verificación. La sabiduría científica rehúye los objetos metafísicos por no poder ser observados y los acontecimientos irrepetibles por no ser comprobables. El saber científico busca además del conocimiento de la naturaleza, como lo hacen los filósofos, el dominio de la misma. Si se anda tras las leyes que rigen los hechos, es con el propósito último de convertir al hombre en el rey de la creación, en un frío piloto de la máquina de la naturaleza, jamás en un embelesado con las criaturas naturales como suele ser el poeta, ni tampoco en un individuo puramente apapachador de lo natural, religioso, dado a sentir, como san Francisco, que la luna, el sol, las aves y los hombres son sus hermanos, hijos todos del mismo Tata.

La ciencia suele andar por vericuetos muy distintos de los de la poesía, la filosofía y la religión, pero no muy distantes de las veredas mágicas. Aunque la magia procede de un modo prehistórico en el que todas las cosas aparecían animadas, hechas a imagen y semejanza del ser humano,

dotadas como él de sentimientos de atracción y repulsión, no es una disciplina sentimental como el animismo, padre de la religión. Los magos creen en un mundo en que hombres y cosas, tras de haber perdido sus límites, se pueden influir mutuamente a distancia, pues los símbolos, en tal mundo, hacen suyas las propiedades de los objetos simbolizados. Se trata de un mundo de ensueño, penetrado por una sola vida, al cual, si se tienen sentimientos religiosos, se le implora, y si se asume una actitud mágica, se le tuerce el brazo para conseguir lo querido por el hombre. Frente a la naturaleza humanizada cabe el comportamiento de pueblo solicitante o de gobierno ordenador, de humildad o de orgullo, del que busca la amistad y del que prefiere la potestad. Mientras los sacerdotes se inclinan por la obtención de la condescendencia de los astros, de las montañas, de los diluvios y de las divinidades invisibles, los magos, como los hombres de ciencia, procuran dar con los resortes íntimos, con los modos de proceder del sol, del cerro y de la lluvia, con su conducta regular, para modificarla no por el camino de la oración sino de la exigencia. El buen científico se burla del enamorado que suplica al pie de una ventana y elogia al donjuán, raptador de mujeres.

Al parecer, los hombres primitivos de la serie orgullosa y fría llegaron a la creencia de dos principios reguladores del mundo. Uno dice: lo semejante produce lo semejante, y el otro arguye: las cosas alguna vez juntas siguen, ya separadas, influyéndose mutuamente. De estos dos principios se derivan las dos ramas principales de la concepción mágica, la magia homeopática y la magia simpatética. De las dos se desprenden técnicas e ingenierías, no obstante la revolución científico-técnica, todavía en uso. El artificio bien conocido de clavar alfileres a un muñeco para producir dolores agudos en un ser humano proviene del principio homeopático. La costumbre de traer consigo un mechón de la amada se inspira en el principio de la simpatía, en la magia simpatética. La magia, como la ciencia, busca leyes y se mueve por el interés de la manipulación. Sin embargo, nadie ha pretendido confundir la magia con la ciencia, pero algunos, a partir de Frazer, encuentran un parentesco entre magia y ciencia, un espíritu científico filial del mágico. En muchas ocasiones las dos han vivido en la misma casa y en buenos términos, como pasó en el siglo de las luces y en los días de las guerras de independencia.

Ese siglo de las luces es cosa reciente; aguanta varias denominaciones y se caracteriza por ser revolucionario en todos los órdenes. En el orden

económico y técnico se significó por el uso de máquinas y la apertura de industrias; en el orden político, por el despotismo ilustrado y la libertad; en el orden social, por el crecimiento de la población y la mayoría de la burguesía, y en el orden de la cultura, por el libre pensamiento, el deísmo, la libertad de costumbres, la filantropía y el auge de la ciencia experimental. Pero la revolución ilustrada ni se dio en todos los países del mundo, ni duró dondequiera los 100 años que van aproximadamente de 1725 a 1825, ni introdujo las mismas mudanzas en todas partes. Sólo se puede hablar de un siglo de las luces válido para las naciones de Occidente, oscilante entre los 50 y 150 cincuenta años de duración y más o menos revolucionario, según países y grupos de hombres.

En Nueva España o México, las luces de ese siglo se vuelven claras hacia 1750. Entonces nuestro país adquiere su máxima extensión (un poco más de cuatro millones de kilómetros cuadrados), un haber demográfico cuantioso (cerca de seis millones de habitantes), una producción económica digna de nota (se sextuplican los productos mineros y textiles), una tecnificación vasta y moderna (nuevas técnicas de la metalurgia de la plata, canales, caminos, puentes y desecaciones), un gobierno tan despótico como ilustrado (virreyes y, sobre todo, intendentes y subdelegados desarrollistas y una crudelísima revolución de independencia), unas órdenes religiosas que introducen modificaciones importantes en la

*triple herencia cultural,*

en los valores sensoriales, vitales, éticos, estéticos, mágicos, científicos, filosóficos y religiosos dejados en herencia por la *toltecáyotl* o cultura mesoamericana, la cristiandad o cultura europea y la cultura del Congo. Con el aporte de las tres corrientes (muy caudalosas la mesoamericana y la europea, y muy exigua la congoleña), empezó a formarse en el siglo XVI un estilo de vida mexicano que aquí sólo veremos en dos de sus hilos, el de la pseudociencia y el de la ciencia.

La cosmovisión de los pueblos de Mesoamérica educados en la *toltecáyotl* o cultura atribuida a los toltecas admite los adjetivos de militarista y religiosa, pero le cuadra poco la calificación de amante de la ciencia. Según nuestros antepasados indios, el mundo era una perpetua lucha en la cual la conducta de la gente no contaba gran cosa. Casi todo sucedía en

el misterio y por encima de la voluntad de los hombres. Su filosofía, su magia y su religión no estaban estructuradas como para entenderse con el espíritu científico. Esto no excluye el reconocimiento a los saberes en firme alcanzados por mayas y mexicas. A los primeros se les atribuyen conocimientos astronómicos precisos y avanzados métodos matemáticos. De su calendario se dice que “fue uno de los mayores logros intelectuales de todos los tiempos”. Sin duda la botánica y la farmacopea de los mexicas era superior en muchos aspectos a la botánica y la farmacopea de los habitantes del Viejo Mundo.

Una de las manifestaciones del acendrado indigenismo de hoy consiste en exagerar los elementos racionales de control de la naturaleza de las culturas mesoamericanas precolombinas. Comoquiera, las investigaciones históricas descubren la hegemonía de los elementos mágicos. En la sociedad mexicana, la más poderosa e influyente de las sociedades de Mesoamérica al tiempo en que llegaron los españoles, los encargados de meter en cintura la naturaleza eran el *ticitl* o conocedor de las propiedades mágicas de las yerbas, el *teixcuepani* o engañador y hechicero, el *tlacatecolotl* u hombre búho, y sobre todo el *nahualli*, quien tenía la virtud de adquirir la apariencia de un animal. La magia mexicana se especializó en el conocimiento de las causas de las enfermedades o adivinación o *tlapooliztli*. Para conseguirlo se usaron mucho los alucinógenos, como el peyote y el *tlápatl*.

En el conocimiento del porvenir, mediante agüeros, los aztecas fueron muy duchos. Según Aguirre Beltrán, “el pronóstico en la cultura indígena tiene un sentido dinámico desconocido en la cultura occidental”. En Occidente, y sobre todo en la península ibérica, la magia contaba poco en el siglo XVI; había sido hecha polvo por la religión. La caza de brujas fue un deporte muy practicado en la Edad Media. La tesis de los clérigos era la siguiente: “No hay pena bastante cruel para castigar a los brujos”. Según Pedro Ciruelo, lumbrera de universidades en el siglo XVI, “todas las supersticiones y hechicerías vanas las halló y enseñó el diablo a los hombres, y, por ende, todos los que las aprenden y ejercitan son discípulos del diablo, apartados de la doctrina y la ley de Dios que se enseña en la Santa Iglesia Católica”. Al tiempo en que llegaron los españoles al Nuevo Mundo, la mayoría de los artificios mágicos estaban anatematizados y perseguidos, que no muertos, y ni siquiera tan débiles como los ve don Marcelino Menéndez y Pelayo. La creencia en los aojadores y el mal de ojo lo trajeron los hispanos sin contradicción alguna, pues el mismo santo Tomás de Aquino

creía al ojo humano capaz de corromper y envenenar la atmósfera. También pasaron a la Nueva España sin mayores dificultades algunas técnicas mágico-advinatorias conocidas por los nombres de nigromancia, astrología, auspicios, agüeros, presagios, sortilegios y quiromancia.

Con la conquista vino también el prestigio de la ruda como ahuyentadora de maleficios. Empero, la sociedad española de entonces, penetrada de estoicismo, no se desvivía en la búsqueda de los arcanos de la naturaleza. La cultura hispánica del siglo XVI se nutría en el aforismo de Séneca: “Prefiero aprender a no asustarme con el rayo que investigar sus causas”. La española no se aplicó, como las demás naciones abiertas al espíritu del Renacimiento, a la investigación científica, no obstante la presencia reciente de los árabes. Los fundadores de la Nueva España trajeron de su patria de origen un equipo tecnológico nada despreciable, pero también el desdén por la ciencia. La ciencia, como aparece en la *Physica speculatio* del ilustre pensador fray Alonso de la Veracruz, la máxima figura intelectual venida a Nueva España en el siglo XVI, ilustra lo antiguo y lo medieval de la mente española. Los españoles trajeron el geocentrismo, la física de Aristóteles y la medicina de Galeno.

Tampoco la cultura negra, acarreada por esclavos traídos de los territorios del Congo y Guinea, introdujo aportaciones científicas en la Nueva España, pero sí una magia frondosa muy unida a una concepción tripartita de la índole del hombre. Según guineos y congolese, la persona se compone de cuerpo, alma-respiratoria y alma-sueño. Cuando los dos primeros mueren, el alma-sueño se transfigura en un dios ancestral que continúa en relación con la vida diaria de sus descendientes. Los antepasados se encargan de castigar las transgresiones del tabú y premiar el buen comportamiento. Comoquiera, se trata de ancestros sobornables por medio de conjuros mágicos, y sobre todo mediante la posesión mística, posesión de alguien por un antepasado que se manifiesta en el poseído por los síntomas de delirio, estupor, abulia, depresión, ansiedad y alucinaciones. Generalmente cada poseso se convierte en mensajero de los antepasados y en brujo. En su calidad de brujo, produce amuletos, practica la adivinación, ejecuta conjuros para producir la lluvia, interpreta sueños y presagios y fabrica menjurjes mágico-terapéuticos. Gracias a estos intermediarios de los muertos, llega un rico arsenal mágico a la Nueva España.

Desde finales del siglo XVI, durante todo el siglo XVII y principios del XVIII, la mezcla racial y cultural entre españoles, congoleños e indios fue

muy a fondo. De la triple herencia se formó la centuria barroca, una época de poca gente y tono crepuscular, dominada en lo político por un rey distante y muy acatado; en lo social, por los dueños de vastísimas haciendas, y en lo moral, intelectual y religioso, por frailes y jesuitas. Frailes y curas se encargarían de esparcir, por medio de los retablos y las fachadas de los templos, por medio de sermones y consejos de confesionario, el ascetismo estoico, la filosofía escolástica, el desdén por la ciencia, el odio por la seudociencia mágica y el alto valimiento de los dogmas y los ritos de la religión católica.

Comoquiera, no dejó de haber asomos científicos ni praxis mágica en el siglo y medio del estilo de vida barroco. Por los trabajos de Elías Trabulse se conocen las tendencias científicas de Carlos de Sigüenza y Góngora. Este novohispano asegura que el conocimiento de la naturaleza se obtiene mediante la observación y los experimentos, los cuales han de poseer, en el máximo grado, las cualidades de la precisión y de la certidumbre matemáticas. “El hecho, constatado, verificado y medido, constituye el único acceso posible a la verdad. Estas realidades no deben examinarse mediante las ficciones de los poetas —escribe Sigüenza— sino con los principios y disposiciones de la naturaleza misma.” Para predecir eclipses, Sigüenza se apegó a sus teorías científicas, pero en todo lo demás, el ilustre astrónomo se dejó llevar por principios religiosos y mágicos. Sigüenza fue un asiduo practicante de la astrología. En Trabulse se lee: “En su personalidad están superpuestas las facetas del astrólogo y del astrónomo”. Como mago predecía muertes de personas notables y otras cosas que no dejaron de acarrearle enemigos, aunque no tantos como a los brujos de menos influencia y sabiduría.

Con excepción de la magia aceptable, cuyo campo era bastante estrecho, los diferentes artificios mágicos fueron muy perseguidos por los sacerdotes en general y por los jueces del Santo Oficio de la Inquisición en particular. En pleno siglo XVII el clérigo Hernando Ruiz de Alarcón escribe el *Tratado de las supersticiones de los naturales de la Nueva España* donde se dice, quizá con alguna exageración, que los indios siguen tan dominados por las creencias y prácticas mágicas como antes del advenimiento del cristianismo, pues como son gente “sin discurso, no les mueven argumentos ni razones, ni les convence el ver que salen vanas muchísimas, ciegos o vencidos con que una u otra vez surtirán efecto”. La prueba de que también mestizos, mulatos y criollos siguieron creyentes en el ritual mágico la

revelan las numerosas denuncias y causas seguidas contra los brujos por el Tribunal del Santo Oficio, ahora consultables en el Archivo General de la Nación.

En la segunda mitad del siglo XVIII se da un vuelco tan importante como el habido a la llegada de los españoles. A partir de 1754 se inicia lo que Pedro Henríquez Ureña llama el “siglo de mayor esplendor intelectual autóctono que ha tenido México”, una centuria en que se sucedieron enormes mudanzas en todos los órdenes. México adquiere las características territoriales, demográficas, económicas y de organización social y política a las que ya hice referencia antes. Entre 1750 y 1850 se dan las primeras preocupaciones higiénicas, un relajamiento de las costumbres que el vulgo llamó “el relajo”, la moral burguesa y el arte neoclásico. En aquel siglo se introducen en la Nueva España

### *paradigmas de la ciencia moderna*

tras la renovación del pensamiento filosófico acaudillado por los jesuitas. Conforme a la consigna de Campoy, varios jesuitas (Alegre, Clavijero, Abad) y el oratoriano Díaz de Gamarra se ponen a combatir abiertamente contra la filosofía aristotélica y escolástica, contra el principio de autoridad, contra el uso exclusivo del método deductivo, en pro de la observación y la experimentación para el conocimiento de la naturaleza. Sin embargo, el afán modernizante en filosofía no se llevó hasta sus últimas consecuencias; se mantuvo a medio camino entre la tradición y la modernidad; no quiso meterse para nada con los dogmas católicos, se cuidó de caer en actitudes deístas, ateas o herejes. El anhelo de reforma filosófica se detuvo delante de los principios religiosos. Pero sin afectar en lo más mínimo a éstos, manifestará su cariño a la ciencia moderna y reinterpretará a la luz del cacumen las creencias y las prácticas mágicas.

La renovación del espíritu filosófico fue seguida por una modesta revolución científico-técnica cuyas principales manifestaciones fueron la apertura de institutos científicos, la llegada de sabios europeos, las becas a estudiantes interesados en el estudio de las ciencias, el suministro de información, la escritura en México de obras de orden científico, las expediciones científicas, el empleo de una nueva nomenclatura química, la adopción de teorías taxonómicas en botánica recién lanzadas a la publicidad.

Después de la salida de los jesuitas, en 1768 se funda la Real Escuela de Cirugía; en 1779, el Real Seminario de Minería, y en 1787, la cátedra de botánica y el Jardín Botánico. Para dirigir la nueva institución de exploraciones mineralógicas viene el notable mineralogista español Fausto de Elhúyar, a quien auxilian 11 expertos de oriundez alemana, de los cuales tres eran destacados facultativos. Lindner enseña química y mineralogía en el Seminario de Minería, y Sonneschmidt, entre otras cosas, publica en México un notable *Tratado de amalgamación*.

En el siglo de las luces no existió nada comparable al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, a nuestro enorme Conacyt, que sí lo que puede considerarse el embrión de éste. Los virreyes del despotismo ilustrado (Croix, Bucareli, Mayorga, los Gálvez, el segundo Revillagigedo, Núñez, Flores y Asanza) fomentaron, por distintas rutas, el despertar científico. No fue la más común el otorgamiento de becas a estudiantes y las ayudas a investigadores, pero sí les fueron otorgadas ayudas en dinero a distinguidos novohispanos, entre otros a José Antonio de Alzate y a Bartolomé Moreno, para uno o más de sus estudios. Como ejemplo de becas cabe mostrar las acordadas a varios alumnos del Seminario de Minería para continuar estudios en Madrid.

De España dan en llegar obras nuevas de cierto valor científico, instrucciones dirigidas a las autoridades (intendentes y subdelegados) para el acopio de noticias seguras sobre la naturaleza y el hombre de la Nueva España, leyes, como las Ordenanzas de minería, que disponen la aplicación de nuevas técnicas originadas en y dirigidas por la ciencia, y las expediciones llamadas científicas. Seis de éstas fueron para explorar las costas del Pacífico norte, de las cuales la de Alejandro Malaspina sigue siendo la más famosa. Con todo, ninguna de estas expediciones es comparable a la encabezada por el ilustre director del Jardín Botánico don Martín de Sessé y por José Mariano Mociño, en la que participaron un buen número de investigadores de España y de México. Dura 16 años y cubre todo el territorio de la Nueva España. Clasifican cosa de 4 000 especies vegetales; hacen cerca de 2 000 dibujos y dos obras mayores: *Flora Mexicana* y *Plantae Novae Hispaniae*. La labor de aquellos botánicos fue coronada por los señores Juan Martínez de Lejarza y Pablo de la Llave, miembros de la siguiente minoría rectora de la cultura mexicana.

Si no existiera el libro de Elías Trabulse intitulado *El círculo roto* y no fuese tan fácil la adquisición de estos estudios sobre la ciencia en México,

necesitaría referirme con alguna amplitud a las innovaciones de los mexicanos del siglo XVIII en los terrenos de la botánica, de la farmacopea, de la zoología, de la mineralogía y de la geofísica, y a los niveles conseguidos en los estudios astronómicos y matemáticos. Se mencionan también en ese texto de Trabulse los principales exponentes en cada una de las ramas del saber científico natural de aquel espléndido siglo: los naturalistas Juan Lucas de Lassaga y Vicente Cervantes; los peritos metalúrgicos Fausto de Elhúyar, Andrés Manuel del Río y Alejo de Orrio; el filósofo y físico Juan Benito Díaz de Gamarra; los matemáticos Diego de Guadalajara y Antonio de Alcalá; el médico Ignacio Bartolache; los geómetras José María Mancilla, Agustín de la Rotea y José Francisco de Cuevas; los astrónomos heliocentristas José Antonio de Mendoza, Luis González, Zúñiga y Ontiveros, León y Gama y Velázquez de León, y el enciclopedista Antonio de Alzate.

A la generación de los estudiosos de las ciencias físico-naturales, sigue la generación de los preocupados por el destino de los hombres de la Nueva España. La ciencia neoespañola pasa a ocuparse, en las postrimerías del siglo XVIII, de asuntos demográficos, agrícolas, industriales, mercantiles y de organización social. El conde de Revillagigedo dispone la hechura del primer censo de población de la Nueva España. Los subdelegados, a base de observación, informan sobre la tierra y el hombre de sus distritos. Los intendentes producen memorias de carácter económico y social acerca de sus provincias. Aún más valiosos, como cantera de datos para las ciencias humanas, son los informes económicos elaborados por el Tribunal de Minería, los gremios de comerciantes, la Real Hacienda y otras instituciones.

El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, la célebre síntesis del México colonial suscrita por Alejandro de Humboldt, fue posible gracias a los empeños científicos de los novohispanos de la centuria de las luces. Humboldt lo reconoce así en su obra publicada en 1811, donde se lee:

Ninguna ciudad del nuevo continente, sin exceptuar a las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México. Los principios de la nueva química... están más extendidos en México que en muchas partes de España. Un viajero de Europa se sorprendería de encontrar... hacia los confines de la California, jóvenes mexicanos que raciocinan sobre la descomposición del agua en los procesos de amalgamación al aire libre. En México se ha impreso la mejor obra mine-

ralógica en español, el *Manual de orictognosia* dispuesta por Andrés Manuel del Río, según los principios de la escuela de Freiberg. En México se ha publicado la primera traducción española de los *Elementos de química* de Lavoisier. Cito estos hechos —dice el barón de Humboldt— porque dan una idea del ardor con que se ha abrazado el estudio de las ciencias en la capital de la Nueva España.

Muchos de los jóvenes mexicanos que el viajero alemán encuentra metidos en experimentos de índole científica o tecnológica se convierten, poco después, en soldados de la libertad. Las actividades de investigación desgraciadamente fueron interrumpidas por la discordia civil del México decimonónico y sobre todo por las largas guerras de independencia, capitaneadas en buena parte por jóvenes científicos.

Los valores de la época barroca se repartieron en todas las capas de la sociedad. De los valores de la ilustración sólo algunos llegaron hasta el pueblo. La adicción a las bebidas destiladas (el chinguirito) y a los bailes deshonestos (el chuchumbé, el mambrú y el rubí) alcanzó a la gente humilde. Los valores de la ciencia moderna se quedaron en las cumbres sociales pese a tímidos intentos de difusión. La gente de la Nueva España recibía los mensajes de sus minorías dirigentes por medio de la plástica y de la oratoria. Al cenáculo de las luces le dio por una moda artística poco comunicativa, como es la neoclásica, y por el desprecio de los sermones. Los medios de difusión utilizados por los científicos del siglo de las luces en Nueva España fueron libros y periódicos que sólo podían llegar a una minoría alfabeta. De entonces datan las primeras publicaciones periódicas de México: *Gaceta de México*, *Diario de México*, *Gaceta de Literatura*, *Mercurio Volante* y *Asuntos Varios sobre Ciencias y Artes Útiles*. Algunos de los tratados y de los periódicos pusieron particular interés en dar a conocer los descubrimientos científicos y en ver sin temor las

### *supervivencias mágicas*

que el espíritu religioso no pudo o no quiso destruir en las dos centurias precedentes. En el siglo XVIII, junto al nacimiento de una fe en la ciencia moderna, tanto la especulativa como la experimental, se da un renacimiento de la más antigua de las ciencias, la preciencia mágica. Al lado de

Cristóbal de Guadalajara, José Francisco de Cuevas, José Velázquez de León, Antonio León y Gama, José Ignacio Bartolache, José Antonio de Alzate, José de Rivera, Agustín de la Rotea y otros notables y famosos en la espuma social, vivieron algunas brujas de fama como María Leonarda, la madre Chepa, Gregoria González y Manuela Rendón.

Por otra parte, el recurso tradicionalmente eficaz para combatir la magia, el Tribunal del Santo Oficio, perdió eficacia a finales del siglo XVIII. Los severos inquisidores se vuelven tolerantes con los magoprácticos. Influida por la filosofía de la ilustración, la censura inquisitorial deja de atribuir la magia a las malas artes del diablo. Como los racionalistas, los curas del Santo Oficio atribuyen el ejercicio supersticioso a la ignorancia. Para la nueva mentalidad de los de arriba, incluso los inquisidores, los artificios mágicos dejan de ser herejías para convertirse en meras erratas del entendimiento humano. Como tales, debía combatírseles con las argucias de la razón y de la experiencia, no con anatemas eclesiásticos. Según esto, los magos y su clientela merecían conmiseración, no castigo.

Al dejar de ser castigadas como delito contra la fe las creencias mágicas, y al no llegar hasta el vulgo analfabeta las razones escritas de los ilustrados contra la superstición, ésta tuvo un renacimiento en las postrimerías de la colonia y la primavera del México independiente. Junto al trigo de la ciencia creció la cizaña de la magia, y quizá más vigorosamente lo mágico que lo científico. Como la gente del común no se había enterado del desinterés de los inquisidores hacia la magia, siguió mandando al tribunal inquisitorial cada vez más denuncias contra los brujos y sus clientes. Por tales denuncias conocemos ahora las características de la magia que acompaña al nacimiento de la ciencia “mexicana y a la revolución emancipadora.

Al contrario de los conocimientos científicos, la mayoría de las creencias mágicas eran del dominio común, lo que no excluye la supervivencia de los profesionales de la magia conocidos por los nombres, según su especialidad, de hechiceros, zahoríes, tepatianos, hacedores de lluvias y arrasadores de nubes. Al contrario de la ciencia donde los profesionales eran del sexo masculino, la magia era ejercida profesionalmente, en la mayoría de los casos, por mujeres, por brujas, hechiceras y zahorinas. A vejestorios femeninos arrugados, con joroba en la espalda, verrugas en el rostro y pelos blancos en la cumbre, acudió mucha gente de la parte oscura del siglo de las luces y las luchas para satisfacer sus necesidades cotidianas de conocimiento, salud, tortillas, amor y odio.

Era fundamental, en la diaria lucha por la vida, la adquisición de algunos saberes acerca del futuro inmediato, el pasado y el presente, para los cuales sólo ofrecía respuesta la magia. La adivinación de un suceso futuro, del autor de un delito, del paradero de una persona extraviada o de un animal perdido, de la causa de una enfermedad, de las queridas del marido o del adulterio de la esposa, era algo que generalmente se confiaba al arsenal cognoscitivo de magos y brujas. Para averiguar el futuro, con el propósito de protegerse contra males temporales, se atendía a los sueños, los agüeros y los presagios emitidos por astrólogos y zahorinas. Para descubrir manantiales subterráneos, tesoros enterrados y minas, se puso de moda la utilización de las varas de virtud.

Los pobres del siglo XVIII, y luego las tropas insurgentes, la muchedumbre que respondió a la invitación subversiva de Hidalgo, fueron muy dados a obtener la comida, el vestido y la casa con ayuda de artificios mágicos. Los comerciantes en pequeño, para lograr buena vendimia en los días de tianguis, se hacían de una hormiga o de una pata de mono. Los labriegos, cuando llovía más o menos de la cuenta, reforzaban la sacada del santo con la visita a los hacedores de lluvias y arrasadores de nubes, los cuales, según un inquisidor, eran una especie de magos lascivos, pues se quitaban los calzones y amenazaban “a las nubes, enseñándoles las partes más inmundas del cuerpo”. Los raterillos, una especie muy numerosa en el ocaso de la época colonial, confiaban a talismanes y amuletos el buen ejercicio de sus labores.

En los bajos fondos de la sociedad casi no se conocían otros medicamentos fuera de los mágicos. Las dolencias físicas atribuidas a factores sobrenaturales, que eran las más, se curaban casi siempre con medicinas mágicas. Así el paludismo, tratado con polvo de calavera en alcohol. Así las enfermedades venéreas, que requerían una complicada ceremonia para curarse. Así las neurosis oriundas de maleficios de brujas, que se podían prevenir con calzones colgados en las paredes, escobas situadas detrás de las puertas, o con ruda en los bolsillos, o curarse con artimañas contramaleficas como la limpia. La magia servía para mantenerse sano y para enfermar a otros. A la segunda acudían con puntual regularidad las esposas resentidas, la servidumbre maltratada, el indio humillado y los peones explotados.

Las mujeres eran muy frecuentadoras de las artes de la magia del amor. Usaban como talismanes amorosos ramitas de romero, chupamirtos, huesos de difunto, piedra imán, *puyumates*, etc. Era frecuente el robo, por

parte de muchachas enamoradas, de los recortes de pelo y uñas del amado. Quizá menos común era la costumbre de poner en una jícara con agua dos pepitas de algodón que representaban al pretendido y a la pretendiente, a las cuales se les sahumaba hasta conseguir reunir las dentro del agua. Pero las recetas sobre asuntos del amor son numerosísimas. Sirvan de ejemplo la que ordenaba dar de comer sesos de tórtola al cónyuge; la que disponía arrojar flores de doradilla en el agua, y después, puestas a secar, a medida que se marchitaban agarraban y apretaban al compañero, y le impedían la fuga.

Sirvan los anteriores párrafos de botón de muestra de la frondosidad adquirida por la magia en la misma centuria del nacimiento de la ciencia. Esto no quiere decir que fueron flores del mismo terreno social. La ciencia brotó en los reducidos grupos sociales donde había dinero e ilustración. La magia siguió siendo la ciencia de millones de pobres novohispanos, aunque no únicamente de ellos. Para concluir es conveniente recordar que los primeros científicos de México, particularmente los astrónomos, también ejercieron la magia. El espíritu mágico se entrelazó con los orígenes de la ciencia mexicana moderna. El puente fue la astrología.

#### IV. UN EUROPEO EN MÉXICO

En la *Historia de México* de don Lucas Alamán, se lee:

El gobierno de Madrid, desestimando el recelo y precaución con que hasta entonces se había procedido, evitando que los extranjeros tuviesen conocimiento de las cosas de América, permitió que el barón de Humboldt, célebre viajero prusiano, visitase las principales provincias de Venezuela, Nueva Granada, el Perú y México, mandando se le diesen en las oficinas todos los datos que necesitase. Sus observaciones fueron no sólo astronómicas y físicas, sino también políticas y económicas, y los extractos que publicó estando en el país, y después su *Ensayo político sobre la Nueva España*, que salió a la luz en París en 1811, hicieron conocer esta importante posesión a la España misma, en la que no se tenía idea exacta de ella; a todas las naciones cuya atención despertó; y a los mexicanos, quienes formaron un concepto extremadamente exagerado de las riquezas de su patria, y se figuraron que ésta, siendo independiente, vendría a ser la nación más poderosa del universo.

En el dictamen de Alamán hay dos juicios, dogmas de la historiografía mexicana, que suelen formularse así: 1] Humboldt es un redescubridor de México; 2] Humboldt es uno de los autores intelectuales de nuestra independencia. Las pruebas aducidas en favor de esas afirmaciones son dos libros del sabio prusiano: aquel bosquejo que se difundió manuscrito con el nombre de *Tablas geográficopolíticas del reino de la Nueva España*, fechado en 1803, y el multivoluminoso *Ensayo político*, impreso a poco de haberse iniciado la revolución de independencia.

Las *Tablas geográficopolíticas* son, según reza el subtítulo, un primer esbozo de la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar de la Nueva España. El autor no extrae de las cifras que maneja conclusiones excitantes. Quizá los criollos, acostumbrados a leer entre líneas, añadieron lo que la discreción de Humboldt calló. El *Ensayo político* es una enorme amplificación de las *Tablas*. La imagen de México, que apenas se vislumbra en éstas, se da nítida y rotunda en aquél.

Pinta un cuadro halagüeño de los recursos de la naturaleza mexicana: el territorio novohispano es cinco veces más extenso que el de la península. “Entre las colonias sujetas al dominio del rey de España, México ocupa actualmente el primer lugar, tanto por sus riquezas territoriales como por lo favorable de su posición para el comercio con Europa y Asia”. No todo el territorio ofrece las mismas ventajas. Si todo él estuviese regado por lluvias, “sería una de las tierras más fértiles que los hombres hayan abierto al cultivo en ambos hemisferios”. Los mexicanos “saben aprovecharse poco de las riquezas que se les presentan. Reunidos en una pequeña extensión de terreno, en el centro del reino, sobre la mesa de la cordillera misma, han dejado inhabitadas las regiones más fértiles y más inmediatas a las costas”. “Al pie de la cordillera, en los valles húmedos de las intendencias de Veracruz, Valladolid o Guadalajara, un hombre que dedique solamente dos días de la semana a un trabajo poco penoso puede obtener el sustento para toda una familia”.

Humboldt distingue cuatro tipos novohispanos: los indios, las castas, los criollos y los peninsulares. Las dos quintas partes de la población son indios humillados, sufridos, frugales, melancólicos, inteligentes, ignorantes y beodos. Otros dos quintos los forman las castas, más envilecidas que los indios. El quinto de criollos está arriba en el orden económico, y en medio en el social y político. En temple físico, moral y una “feliz disposición de las facultades intelectuales” destacan los norteños. El centésimo

de españoles europeos, aristócratas en todos los órdenes, menos en el cultural, no es la minoría dirigente que reclama la nación.

En la cultura novohispana ve luces y sombras. Aquí y allá apunta groseros errores de la política colonial española, a la que hubiera querido más liberal e ilustrada. En lo económico, arroja una de cal por otra de arena. La minería le parece próspera, mas no como debiera. Propone que se extienda el amor que se profesa al oro y la plata a metales menos preciosos, como el hierro. Ve con malos ojos que la agricultura se posponga a la minería, y más aún, que se tenga poco aprecio a la industria manufacturera. Lamenta las condiciones de los obreros. Insiste en las ventajas del comercio libre. Se duele de la ignorancia de la mayoría y se asombra ante las luces de la minoría criolla. Quiere que se difunda la ciencia en todas las clases sociales. Asegura que la civilización de la especie humana camina de este a oeste. Luego vaticina: ya pronto le tocará su turno a América.

Lo que dijo Humboldt no es lo que se dice que dijo. La leyenda le achaca frases sobre la capital (México, ciudad de los palacios) y sobre toda la patria (México, país de la eterna primavera). Humboldt no se hizo una buena idea del México que vio, pero sí del que previó. No se entusiasmó con lo hecho; sí con las potencias dormidas o dilapidadas. Los criollos recibieron sus obras con grande entusiasmo.

La otra proposición tradicional afirma que Humboldt fue cómplice de la independencia. Ciertamente en las *Tablas geográficopolíticas* no dio pie para que se le considerara simpatizador de la emancipación de Nueva España. En el *Ensayo político* sugiere el camino de la independencia y en alguna forma se complicó con la lucha insurgente. En las *Tablas*, dirigidas a las autoridades virreinales, no quiso delatar algo que vio, el debilitamiento de “los vínculos que antes unían a los españoles criollos con los españoles europeos” y el deseo mexicano de hacer vida aparte de España.

Cuatro fuerzas, entre otras, venían aflojando los vínculos hispanomexicanos: la idea de la pujanza de México, la creencia en la decrepitud de España, el sentimiento criollo sobre un pacto incumplido y el mesianismo. Los ilustrados del XVIII, al sobrestimar el valor del ser, el haber y las fuerzas dormidas de la patria, hicieron posible el ideal de la independencia, pues dejaron sin bases la doctrina de la dependencia. Es claro que si México poseía un territorio vastísimo, feraz, henchido de oro y plata; un pueblo fecundo, con cualidades físicas, intelectuales y volitivas sobresalientes, y una cultura equiparable a la europea, no necesitaba la tutela de

metrópoli alguna. Según fray Melchor de Talamantes, si una colonia “tiene dentro de sí misma todos los recursos y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes; si su ilustración es tal, que pueda encargarse de su propio gobierno, organizar a la sociedad entera y dictar las leyes más convenientes para la seguridad pública; si sus fuerzas o sus arbitrios son bastantes para resistir a los enemigos que la acometan; semejante sociedad, capaz por sí misma de no depender de otra, está autorizada por naturaleza para separarse de su metrópoli”. Como si eso fuera poco, el gobierno metropolitano impedía la educación de los novohispanos, ponía estorbos al progreso agrícola, industrial y mercantil, usaba la riqueza de México sólo en provecho propio y de un gobierno colonial inepto y tiránico. Según Talamantes, “cuando el gobierno de la capital es incompatible con el bien general de la nación y cuando las metrópolis son opresoras de sus colonias” el derecho a la independencia es indiscutible.

En tercer término, todas las generaciones de criollos venían, desde el siglo XVI, sintiéndose víctimas de la violación de un derecho, el de dirigir y disfrutar la tierra que conquistaron sus mayores, estipulado en un pacto que cada vez se cumplía menos por parte de España. Ese incumplimiento, humillante para los criollos, fue otra de las razones esgrimidas en favor de la independencia.

Como si todo eso fuera poco, se inmiscuyó en la contienda la fuerza de la esperanza: México —se decía—, siendo independiente, vendrá a ser “la nación más poderosa del orbe”, “la admiración del universo, encumbrándose al rango más sublime y grandioso de las potencias libres, y oscureciendo el mismo esplendor de los griegos y romanos en sus épocas más brillantes”. Con la independencia, argüía el padre Hidalgo; “los mexicanos podrán mostrar a todas las naciones las admirables cualidades que los adornan, y la cultura de que son susceptibles”.

En definitiva, el criollo se declaró en favor de la independencia por considerarla natural, dada la grandeza de México y la pequeñez y mezquindad de España; legal, pues sólo quería disfrutar de lo que era suyo, y ventajosa, pues abría de par en par las puertas a un espléndido porvenir. No todos los criollos estuvieron de acuerdo en las medidas que debían tomarse. Unos optaron por los medios pacíficos; otros, por los violentos. Aquéllos acudieron en 1808 al tribunal de la ley, y fracasaron; éstos, armados con palos, lanzas y piedras, siguieron a los curas Hidalgo y Morelos en

una campaña relámpago, también fracasada. Es sabido que la emancipación se conquista por fin con el auxilio de dos estrategias: la diplomática y la belicosa.

Para entonces, otras diferencias, ya no sólo de método, dividían a los criollos. Los que ocupaban en la colonia una situación económica, social y política de altura se empeñaban en mantener el estilo social, económico y político de la colonia. Otro grupo criollo, que no gozaba de los privilegios a que se creía acreedor, quería un nuevo orden. Aquéllos tomaban ejemplo del despotismo ilustrado; este, de la Revolución francesa y de los Estados Unidos. Aquéllos eran latifundistas, mineros y altas dignidades eclesiásticas; en éste se congregaban curas, abogados y toda clase de gente de medio pelo. El grupo partidario del *statu quo* se enfrentó a la insurgencia y a la Constitución liberal de Cádiz; los reformistas ora siguieron a Hidalgo y Morelos, ora prestaron todo su apoyo a la Constitución gaditana.

Entre esos dos grupos se deslizó el de los acomodaticios. Su máxima figura se llamó José Mariano Beristáin de Souza. En 1808 se manifestó tíbiamente en favor de la independencia. Un año después protestó su fidelidad a la corona española. El 30 de septiembre de 1812 predicó en la catedral un sermón para colmar de elogios a la Constitución de Cádiz, cuando se creía que ésta era grata a Fernando VII. Luego que en 1814 se supo que el rey no la había querido jurar, predica en la misma iglesia un sermón enteramente contrario que comenzaba: “No pegó el arbitrio tomado por los liberales para destruir el trono y el altar, dictando la Constitución...”, palabras que sirvieron de tema a un versificador desconocido para componer la siguiente décima:

De “no pega” fue el sermón,  
 si sermón puede decirse,  
 hablar hasta prostituirse  
 por la vil adulación.  
 Ayer la constitución  
 cual sagrado libro alega,  
 y apenas Fernando llega,  
 cuando ese libro sagrado  
 es un código malvado...  
 ¡Vaya: que eso sí no pega!

Fuera del campo criollo, grupos sociales que antes guardaban silencio manifestaron aspiraciones que no concordaban con los intereses de los españoles europeos ni con los de los americanos. Así las multitudes de indios y mestizos arremolinadas alrededor de Hidalgo, aspirantes al reparto de tierras; una gran porción del ejército de Morelos, deseosa de la guerra de castas, y los que desencadenan la lucha de clases en Zacatecas desde 1808. Esto es, comunas indígenas que quieren recobrar su autonomía y jirones de la gente trabajadora que aspira a trascender su miseria.

La separación de España se consuma en 1821 en medio de un gran entusiasmo que produjo frases delirantes. Un periodista afirmó: “Después de trescientos años de llorar el continente rico de la América Septentrional la destrucción del imperio de Moctezuma, un genio... consigue que el águila mexicana vuele libre desde el Anáhuac hasta las provincias más remotas del Septentrión, anunciando a los pueblos que está restablecido el imperio más rico del globo”, el que denota por “su ubicación, riqueza y feracidad haber sido creado para dar la ley al mundo todo”.

Pasados los excesos verbales, se reanuda la lucha entre los conservadores que encabeza Iturbide y los reformistas de la Junta Nacional Instituyente. La gente del emperador gana algunas escaramuzas; pero al fin lo pierde casi todo, incluso al caudillo. Juntamente con los renovadores triunfa Humboldt. Por lo menos desde 1820 había sido elevado a los altares por los revolucionarios. Compartió este honor con Heineccio, Say, Smith, Condillac, Mably, Bentham, Constant, Filangieri, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Locke, Hobbes. A la luz de estos maestros se redactaron la Constitución de 1824 y las primeras leyes de la República. Las medidas regeneradoras propuestas por Humboldt en el *Ensayo político* coinciden con el ideario de los fundadores de la República y en general con el ideario liberal de un siglo de México.

Alejandro de Humboldt veía vinculada la grandeza ulterior de México a la práctica de los siguientes principios: inmigración extranjera; colonización de las tierras vírgenes de ambos litorales; diversificación de los cultivos; fomento de la industria manufacturera; ayuda a los esfuerzos dirigidos hacia la extracción de sustancias minerales de valor intrínseco; librecambismo; mejoramiento de las condiciones de trabajo en obrajes y haciendas; difusión de las luces, por medio de la escuela, en todas las clases sociales, y, sobre todo, rehabilitación del indio. Las últimas palabras del *Ensayo político* son éstas:

Ojalá que llegase a persuadir a los responsables del destino mexicano de una verdad importante, a saber: que el bienestar de los blancos está íntimamente enlazado con el de la raza bronceada, y que no puede existir felicidad duradera en ambas Américas, sino hasta que esta raza, humillada pero no envilecida en medio de su larga opresión, llegue a participar de todos los beneficios que son consiguientes a los progresos de la civilización y del perfeccionamiento del orden social.

La clase media en el poder, la que pone los cimientos de la República, concordó con las recomendaciones de Humboldt. Del empeño que puso en el acarreo de inmigrantes sirvan de muestra la concesión dada en 1823 a Esteban Austin para poblar las llanuras texanas con irlandeses y canarios, y el permiso para establecer familias francesas en la desierta provincia del istmo. Del afán colonizador dan idea las concesiones dichas, la ley colonizadora de la Junta Nacional Instituyente y el decreto sobre la misma materia expedido el 18 de agosto de 1824.

La doctrina de la libertad de comercio produjo uno de los debates más acalorados del Constituyente del 23, entre los partidarios de un comercio restringido por el sistema de aranceles y los amigos de la libertad absoluta. Ninguno de los bandos quería la vuelta al monopolio mercantil vigente en la colonia. Las diferencias eran de grado. La opinión que se impuso fue la de José María Covarrubias, autor de la frase: “Nadie más amigo que yo del comercio libre; pero no en el estado en que está nuestra industria. Créense entre nosotros artes y entonces libértese todo; pero ínterin no tengamos fuerza, hacer el comercio libre es decretar nuestra ruina”.

En gracia a la brevedad, omito el apoyo dado por aquel Congreso y el primer gobierno republicano a cada uno de los puntos del plan Humboldt. Sólo menciono los referentes a la enseñanza popular y a la regeneración del indio. El código de Apatzingán dispuso: “La instrucción, como necesaria a todos los ciudadanos, debe ser favorecida por la sociedad con todo su poder”. En 1822 se implanta el sistema educativo de Bell y Lancaster que suple la escasez de maestros con la improvisación de monitores. Un año más tarde los diputados del Constituyente declaran que a la cabeza de las necesidades nacionales debían ponerse las escuelas de primeras letras.

El problema del indio se resolvió de una plumada. Los “licenciados” descubrieron que el abatimiento del indio se debía a las Leyes de Indias que lo trataban como a menor de edad, y que declararlo adulto equivalía a

salvarlo. Se dieron leyes y decretos que los emancipaban de la tutela y avisos como éste: “Ya no sois, oh indios compañeros míos, colonos, huéspedes o advenedizos... ya serán premiados vuestros afanes, ya veréis el fruto de vuestras fatigas, ya seréis felices.” Sólo dos aguafiestas contradijeron la solución legalista. Don Carlos María de Bustamante escribe: “parece que oigo el retintín de que ya no hay indios; de que todos somos mexicanos... Valiente ilusión a fe mía, para remediar males efectivos y graves”. Rodríguez Puebla se atrevió a más: se puso de parte del sistema tutelar de la colonia y dijo que la igualdad jurídica favorecería la desigualdad social.

Entretanto, Humboldt seguía desde Europa la marcha mexicana de sus ideas. En 1822 escribe:

Tengo cincuenta y dos años y mi espíritu es muy joven todavía. Mi resolución está tomada y es firme. Quiero salir de Europa y vivir bajo los trópicos, en la América española, en un lugar en donde he dejado algún recuerdo y en donde las instituciones se armonizan con mis anhelos... Tengo un gran proyecto de un gran establecimiento de ciencias en México, para toda la América libre... Tengo la idea de acabar mis días de un modo más agradable y más útil para la ciencia, en una parte del mundo donde soy extraordinariamente querido...

México correspondió a sus efusiones con una carta, escrita por don Lucas Alamán, que dice:

Por vuestras luminosas obras puede formarse una idea de lo que México llegará a ser regido por una buena constitución, ya que este país posee todos los elementos indispensables para su prosperidad. La nación entera está pletórica de gratitud para vuestros trabajos... El supremo gobierno comparte cordialmente este sentimiento general, y me encarga, como su ministro de negocios extranjeros, el expresaros la satisfacción con que se ha enterado de que vos tenéis la intención de volver a este país.

Humboldt contesta:

Si mis obras han podido producir algún bien, ello debe de atribuirse a mi amor a la verdad, a la pureza de mis sentimientos y a la admiración que me ha inspirado un país llamado a grandes destinos. Me alienta la esperanza,

si mi soberano lo permite, de volver a contemplar las majestuosas cordilleras de Anáhuac, de estudiar otra vez sus producciones naturales y de gozar del placer de ser testigo de la felicidad creciente que debe nacer en vuestra república del seno de las instituciones libres y de las artes de la paz.

El desenlace es bien conocido: el noble no obtuvo el permiso de su rey para volver a México y la nación mexicana se enfangó. Ignoro los pareceres ulteriores de Humboldt sobre la república prostituida. Ésta, en ningún momento, dejó de tributar honores al viejo amigo. El discípulo más aprovechado de Beristáin, el héroe de las mudanzas, don Antonio López de Santa Anna, a cambio del olvido de los ideales humboldtianos, le concedió la presea de la Orden de Guadalupe.

## V. EL OPTIMISMO INSPIRADOR DE LA INDEPENDENCIA

### *Para entender*

muchos aspectos de la historia mexicana es recomendable revisar la opinión sobre la patria de las diversas generaciones de mexicanos. Lucas Alamán diagnostica por 1850 la ciclotimia del ser de México, la trayectoria fluctuante de la autoestimación nacional. A periodos de fe en las riquezas efectivas y potenciales del país, en la aptitud física e intelectual de sus hombres y en su ejército, suceden etapas de melancolía, de una profunda sensación de inferioridad étnica y geográfica, sentir contra el que se reacciona enseguida para caer otra vez en actitudes de engrimiento y sobrestimación.

La oscilante línea de sentires y creencias sobre México y los mexicanos es sin duda efecto de las vicisitudes históricas nacionales y también causa de las mismas. Las etapas de nacionalismo ufano suelen darse en épocas de bonanza económica, innovaciones culturales y concordia social, y generalmente concluyen en sacudimientos contra cualquier dependencia, en luchas emancipadoras. Las etapas de depresión nacen en horas de crisis, esterilidad y desasosiego, y pueden concluir en peligrosos entreguismos.

Por medio de libros, periódicos, folletos, poemas, sermones, epístolas y hojas volantes de la segunda mitad del siglo XVIII y primer cuarto del XIX se documenta el nacimiento y desarrollo de una fase de optimismo nacionalista y de gente agitada que incubaba conspiraciones y conduce a la inde-

pendencia de México. Sin embargo, no se quiere demostrar que el engrimiento haya sido el factor determinante de las guerras de independencia. La lectura de muchas páginas conduce simplemente a creer que la élite de la sociedad novohispana dieciochesca sin su fe, caliente e ilusa, en las riquezas del subsuelo patrio, en la inteligencia y buena disposición de los compatriotas, en las costumbres del pueblo, en el vigor del brazo militar y en el auxilio manifiesto de la Providencia divina, factores todos que aseguraban una próspera vida independiente, la separación de España no habría sucedido ni del modo ni en el tiempo de todos conocido.

Esta historia parte de la época en que se consolida, en la minoría rectora, el sentimiento de autodeterminación, a mediados del siglo de las luces. Comoquiera, algunos pasajes incursionan por los antecedentes, van a los asomos de nacionalismo que se dan en las primeras centurias novohispanas. Aunque el ensayo pretende centrarse en el engrimiento nacionalista de los precursores y los héroes de la independencia, incurre en otro par de digresiones conocidas bajo los rótulos de “la calumnia de América” y la “filosofía de las luces”.

Las fuentes utilizadas fueron muy disímbricas y nunca pretendieron ser todas las utilizables. Figuran, entre lo visto, tratados, hojas volantes, publicaciones periódicas, versos, discursos, manifiestos, cartas, circulares, oficios, historias, avisos, sermones y otros testimonios. Se examinaron con mayor parsimonia los escritos de Clavijero y los jesuitas expulsos, las bibliografías de Eguiara y de Beristáin, las obras sobre México de los ultramarinos Abad y Humboldt, las colecciones de documentos para la guerra de independencia y sus antecedentes de Hernández y Dávalos, Genaro García y Nicolás Rangel, las gacetas y los periódicos de realistas e insurgentes. Se leyó con cuidado y placer la *Historia de México*, de Lucas Alamán, así como las relaciones de los otros tres evangelistas de la independencia: Bustamante, Mora y Zavala. También fueron fichadas *La disputa del Nuevo Mundo*, de Antonello Gerbi, y *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos. Guiado por el doctor Silvio Zavala, el autor escapa con bien del laberinto formado por centenares de fuentes.

Quedó por revisar una abundantísima cantidad de papel. No fue posible, en el medio año destinado a la investigación, ejecutarse muy rigurosamente las operaciones de crítica y de comprensión de documentos, ideas y sucesidos. Reunido un buen tambache de papeletas, se procedió a disponerlas, conforme a un esquema previo, dentro de una caja de zapatos.

En la parte delantera de la caja de cartón se agruparon algunas fichas sobre la trayectoria del

*nacionalismo en ciernes,*

de aquel apego emotivo al esbozo de nación resultante de la conquista española y del virreinato de la Nueva España. Como es bien sabido, la primigenia nación mexicana fue producto del ayuntamiento en el siglo XVI de un territorio grande, una gente de tres zonas proclive al mestizaje, muchas lenguas que aceptaron la hegemonía de la española, una capital en sitio céntrico, un gobierno central y una minoría de criollos que, según Juan de Cárdenas, manifestó desde muy temprano un modo peculiar de ser, distinto del español y de las 100 etnias aborígenes.

Los sentimientos de apego a la incipiente nación se manifiestan por primera vez en los hijos de los conquistadores. Quizá el botón más antiguo de afecto nacionalista fue el de aquel grupo de conjurados que encabezaba un retoño de Hernán Cortés, al grito de ¡alcémonos con la tierra, pues nuestros padres la ganaron a su costa! La Audiencia de México, a finales del siglo XVI, vislumbra una marcada hispanofobia de origen nacionalista en los criollos novohispanos. También dice algo del nacionalismo en ciernes el soneto que empieza:

Viene de España por la mar salobre  
a nuestro mexicano domicilio  
un hombre tosco, sin ningún auxilio,  
de salud falto y de dinero pobre.

Se advierte un primer orgullo nacional en aquella carta de 1566 donde se lee: “Los mexicanos están muy ufanos con su descubrimiento [del tornaviaje por el Pacífico]; tienen entendido que ellos serán el corazón del mundo”. Otro botón de muestra del mismo sentimiento lo da la *Grandeza mexicana* del poeta tapatío Bernardo de Balbuena, quien refiriéndose a su patria dice:

En ti se juntan España con la China,  
Italia con Japón, y finalmente  
un mundo entero en trato y disciplina.

Las muestras de nacionalismo en el sector criollo de la Nueva España abundan en el siglo XVII si hemos de creer al fraile trotamundos Thomas Gage. Seguramente la mejor prueba de ese primer amor propio de la nacionalidad fue la veneración a la Virgen de Guadalupe, ya muy generalizado en el siglo segundo de la Nueva España. Un brote nacionalista, con ribetes de refinamiento, fue el vigoroso indigenismo de don Carlos de Sigüenza y Góngora, el personaje barroco coetáneo de sor Juana Inés de la Cruz.

En el siglo de las luces y tercero de la vida colonial, maduraron los sentimientos patrióticos de los nacidos y educados en la Nueva España. Se trata de explosiones emotivas donde se juntan hispanofobia, indigenismo y amor a los paisajes mexicanos. La hispanofobia se da principalmente en gente rica de tipo español, en los criollos cultos a quienes molestaba el monopolio de mujeres, poder y fama ejercido, en la nación neoespañola, por oriundos de la península ibérica. En los criollos dieciochescos cunde el desamor a España y el inclin amoroso al mundo prehispánico. El indigenismo se puede rastrear en numerosos autores, singularmente en Veytia y en Clavijero, cada uno autor de una *Historia antigua de México*. Otros rasgos nacionalistas se manifiestan a las claras en los padres expulsos. Diego José Abad se las ingenia para incluir, en su célebre poema teológico, pinceladas de paisaje mexicano. El jesuita Juan Luis Maneiro impreca ante el monarca español el regreso a la patria:

Sepultura, Señor, en patrio suelo  
pedimos a su trono soberano;  
quisiéramos morir bajo aquel cielo  
que influyó tanto a nuestro ser humano.

Y a su hermana, pese al disgusto por la fealdad del pueblo de Tacuba, le escribe: “Yo cedo por Tacuba, pueblo inmundo, Roma, famosa capital del mundo”.

El nacionalismo se ahonda y recrudece al son de las diatribas antiamericanas de algunos ilustres sabios de Europa. La calumnia de América, originada en España, comenzó a levantar roncha al adherirse a ella gente de otras naciones, por ejemplo, sabios de Francia como el sapientísimo Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, quien llegó a estimar que la naturaleza del continente americano no se había desenvuelto como en Eu-

ropa, era aún inmadura, infantil, boscosa, carcomida por pantanos insalubres, cruzada por enormes serranías, salvaje y con una población oscura, dispersa y sumisa a lo inmenso y pavoroso de la joven geografía americana. “El indio del nuevo continente lejos de usar como amo su territorio... no tenía ningún imperio sobre él. No había sometido a los animales, ni a los elementos, ni domado los mares, ni dirigido los ríos, ni trabajado la tierra”. El indio era “un animal de primer orden que existía para la naturaleza como un ser sin importancia, una especie de autómeta impotente, incapaz de reformarla o de secundarla”.

Aunque Buffon sostiene la existencia de una sola clase de seres humanos no cree en la absoluta igualdad de éstos. Culpa a la geografía de la desigualdad de unos hombres con respecto de otros. Las diferencias de clima, topografía, hidrografía, fauna y flora eran responsables de las diferencias entre los europeos urbanos y los selváticos amerindios, entre personas con escritura y personas sin capacidad de transmitir hechos por medio de signos perennes, entre hablantes de idiomas cultos y usuarios de “lenguas bárbaras”, entre pensadores a lo Voltaire, Rousseau y tanta cantidad de iluminados como había en Europa y gente de América que pensaba como niños.

Según otros autores, la naturaleza americana era al mismo tiempo inmadura y agonizante. Con justa razón Francisco Xavier Clavijero escribe: “Cualquiera que lea la horrible descripción que hacen algunos europeos de la América u oiga el injurioso desprecio con que hablan de su tierra, de su clima, de sus plantas, de sus animales y de sus habitantes, inmediatamente se persuadirá que el furor y la rabia han armado sus plumas y sus lenguas o que el Nuevo Mundo verdaderamente es una tierra maldita y destinada por el cielo para ser suplicio de malhechores”. Con justa razón, Clavijero se ofende con Cornelius de Pauw cuando escribe acerca del genio embrutecido de los americanos y afirma que “los más hábiles americanos eran inferiores en industria y sagacidad a las naciones más rudas del antiguo continente”. Según De Pauw, la debilidad mental de tanta gente se debía a lo enorme del continente americano, lo disperso de sus habitantes, la difícil comunicación entre las numerosas tribus, lo áspero de la naturaleza, la multiplicidad de lenguas en América. En cambio, la lúcida inteligencia de los europeos se debía a la minúscula, superpoblada, dulce y monolingüe Europa. Cornelius de Pauw, menos ilustre que Buffon, quiso superarlo a fuerza de injurias contra un continente que ya estaba en cami-

no de sacudirse a sus dominadores de Europa. El panfleto de Cornelius de Pauw, escrito sin ciencia y sin conciencia, se tituló *Investigaciones filosóficas sobre los americanos* y puso pinta a la naturaleza americana por estéril y venida a menos. Como Buffon, Thomas Raynal, William Robertson y otros americanistas “ilustrados”, Cornelius de Pauw era fiel creyente en una parte podrida del mundo donde se localizaba México, y con tal tesis promovió tanto acá como allá la

*conciencia nacionalista,*

el descubrimiento de la realidad mexicana como se ve sin duda en un eclesiástico famoso en aquel entonces por sus saberes y sus exquisitos discursos. Juan José de Eguiara y Eguren, para mantener y aumentar su prestigio, acudía a los libros barrocos en busca de expresiones felices. En una de sus búsquedas topa con las epístolas del elegante anticuario don Manuel Martí. En la duodécima pretendía disuadir a un joven de que viniese al Nuevo Mundo, en donde buscar cultura “tanto valdría como querer trasquilar un asno y ordeñar un macho cabrío”. Eguiara, al leer lo anterior, olvida las exquisiteces estilísticas, monta en cólera y se propone aniquilar, a fuerza de estudio, al abate Martí, y junto con él, a otros malhablantes de su patria.

Muchos años y varios colaboradores fatiga Eguiara y Eguren en la preparación de una réplica de la que únicamente pudo publicar un volumen. La parte publicada incluye 20 prólogos y una bibliografía. En los prólogos se bosqueja la historia de la cultura mexicana desde los tiempos prehispánicos. Del esbozo se desprenden cinco conclusiones: 1] La cultura neoespañola es diferente de la española. 2] No se han producido todavía en la Nueva España obras de valor universal. 3] El talento de los mexicanos, incluso de los indios, es igual al de los europeos. 4] La marcha cultural de México se enfrenta a obstáculos que no existen en Europa. 5] Removidas las trabas, el genio de los mexicanos deslumbrará al mundo. Algunas de las ideas anteriores precedieron a la investigación; otras parecen ser hijas de ella.

El adversario deja de existir en 1737. La obra de Eguiara empieza a publicarse en 1754. Antes de concluir la publicación, Eguiara muere, pero varios de sus compatriotas prosiguen con el esclarecimiento de la parte

mexicana de América. En esa labor, los jesuitas expulsos por Carlos III ocupan un primer lugar. Clavijero descubre la historia de los antiguos mexicanos. Márquez exhibe en las academias de Florencia, Roma y Bolonia algunas piezas del arte prehispánico. Andrés Cavo reconstruye la vida política del reino neoespañol. Maneiro confecciona las biografías de los más distinguidos sabios expulsos.

Mientras los jesuitas descubren a su patria desde el destierro, otros mexicanos, casi todos de la generación siguiente, hacen lo mismo, sin salir del suelo patrio. Agustín Aldama explora la antigua lengua de los mexicas. José Antonio Alzate gasta mucho de su hacienda en conseguir libros y aparatos para sus investigaciones sobre México, las cuales da a conocer, entre otras, en la revista de *Asuntos Varios sobre Ciencias y Artes* y en la *Gaceta de Literatura*. El afán de descubrir su patria lo condujo al alpinismo y a ser socio de varias academias científicas. Por su parte, Antonio León y Gama emprende exploraciones arqueológicas como aquella dada a conocer con el título de *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*. José Mariano Mociño, en colaboración con Martín de Sessé, investiga los animales de la Nueva España; emprende un espléndido viaje de estudio que cubre desde los bosques de Chiapas hasta el volcán del Jorullo; experimenta las propiedades curativas de algunas plantas, y consigue reunir un herbario de 4 000 especies y una vasta colección de dibujos. Don Joaquín Velázquez y Cárdenas de León no sólo sorprende al francés Chappe por la exactitud de sus mediciones geodésicas, pues también descubre, con instrumentos fabricados por él mismo, diversas manifestaciones del ser material de México. Escribe eruditos informes sobre la minería y contribuye a la fundación en 1778 del Real Seminario de Minería, un instituto que llega a tener un albergue neoclásico de primer orden y a contener a las figuras más brillantes del naturalismo mexicano: Fausto de Elhúyar, insigne químico español; Luis Fernando Lindner, minero alemán; Andrés Manuel del Río, también hispano, y los neoespañoles José Casimiro Chovell, Manuel Coter, Vicente Valencia, Rafael Dávalos, José Rojas y el futuro insurgente Mariano Jiménez.

Las investigaciones de algunos sabios de Europa sobre la patria ofendida abarcan el subsuelo, el suelo y el cielo; los vegetales, los animales y los hombres; las culturas prehispánicas e hispánica, y en definitiva la redondez

de México. En esas búsquedas colaboran una mayoría de novohispanos y no pocos europeos. Entre éstos el abate Pernety, Pierre Poivre, Juan Reinoldo Carli, Fernando Galiani, los españoles ya citados y especialmente Humboldt, a quien nuestros criollos se apresuran a servirle la mesa con el fruto de sus investigaciones. Humboldt aprovecha el material reunido por los mexicanólogos aborígenes y lo devuelve con creces en su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*.

El apego sentimental a la Nueva España de los nacidos en ella, acicateado por las habladerías de algunos europeos y las buenas opiniones de otros, los empuja al estudio de una nación previamente amada, al estudio extensivo, que no profundo, de lo que ya se daba en llamar México. La búsqueda colectiva, que abarca mucho y aprieta poco, lleva de la mano al

*engreimiento nacionalista,*

tema de estos apuntes. No es achacable a la simple retórica el uso de epítetos sobre México vigorosamente optimistas. Sirvan de botones de muestra éstos: “admiración del universo”, “primera potencia del mundo”, “el mejor país de todos cuantos circunda el sol”, “el más dilatado y fecundo de todos los países del globo”, “perla de la corona española”, “niña bonita de España”, “blanco a quien dirigen sus tiros las naciones extranjeras”.

Al ambiente natural de la Nueva España se le encuentra opulento, apto para alimentar y enriquecer a una población numerosa y para adornarla con los matices anímicos más preciados. La idea de la riqueza del territorio venía de muy atrás, pero nunca había sido tan ditirámica como en el siglo de las luces, en el tiempo en que los reales de minas arrojaban mucho oro y plata. El jesuita López de Priego, tras de pedir a sus compatriotas que “no sean tan pródigos en disipar sus caudales, pues fiados en la riqueza de México, que produce la plata y el oro con mucha abundancia, miran el dinero como tierra”, escribe esta coplilla:

Si la tierra te produce,  
México, la plata y oro,  
adonde está el oro y plata  
allá se va el mundo todo.

Servando Teresa de Mier llegó a decir: “México, a sus frutos propios como la grana y la vainilla, reúne las producciones de todo el mundo, hasta el té, idéntico al de China”. Eran lugares comunes relativos a la Nueva España las expresiones de “opulento reino”, “rico país”, “ricos, dilatados y fértiles dominios”, “el país más opulento del mundo”.

Como si la abundancia de recursos económicos fuera poca cosa, en Eguiara se lee: “El influjo de la naturaleza, con la humedad de su clima y las irradiaciones de su sol, han adornado el genio y talento de los españoles nacidos en suelo americano de una penetración aguda y al mismo tiempo brillante, férvida, encantadora y muy a propósito para el cultivo de toda clase de letras, con ayuda y favor de la naturaleza misma”. Clavijero llega a la conclusión de que los factores climáticos y telúricos de México eran particularmente propicios para el desarrollo de todas las especies vivientes y para el desenvolvimiento de las más caras facultades del hombre. Al parecer, nadie ponía en duda lo ventajoso de haber nacido y de vivir en México.

Bastaba tener la fortuna de ser oriundo del territorio mexicano para asegurar la posesión de grandes virtudes. Hacia fines del siglo XVIII circulaban muchas consejas sobre la enorme aptitud física, ética e intelectual del mexicano de los tres linajes. Se distinguen en la alabanza del indio, además del precursor Sigüenza y Góngora, Eguiara y Eguren, Clavijero, Beristáin, Guridi y otros. Clavijero tiene por mítica la teoría del quebranto corporal de los naturales. “Si De Pauw hubiera visto como yo los enormes pesos que llevan al hombro los americanos, no hubiera osado echarles en cara su debilidad”. En otra parte, defiende la inteligencia del indio: “Su ingenio es capaz de todas las ciencias como la experiencia lo ha demostrado”. Si se les impartiese una mejor educación, “se vería entre ellos filósofos, matemáticos y teólogos que podrían rivalizar con los más famosos de Europa”. Beristáin habla en su *Biblioteca* “de las traducciones hechas por los indios del latín al mexicano, de obras llenas de ideas sublimes y abstractas que no han ocupado mucho las cabezas de Robertson, de Raynal, ni De Pauw”. Guridi y Alcocer, otro prominente pensador de la minoría rectora, sostuvo en célebre respuesta dirigida al gachupín Cancelada, director del *Telégrafo Americano*, que el indio ha sido y sigue siendo capaz para las disciplinas del espíritu y es poseedor de vivísimas facultades. Acaba en lugar común la proposición siguiente: el hombre cobrizo maneja la cultura elaborada por los griegos y los latinos tan bien como el hombre blanco.

Quizá no haya testimonios que avalen las virtudes de mestizos y mulatos; comoquiera, se esfuman las malas opiniones contra lo que Alamán califica “la parte más útil de la población”. Naturalmente los criollos llegan al más descarado y sublime de los autopanegíricos. Eguiara y Eguren, con el apoyo de argumentos de autoridad y de experiencia, sostiene la superioridad del ingenio de los españoles americanos. Rebate la creencia en el desmayo prematuro de la facultad reflexiva de los nacidos en el Nuevo Mundo, y apoya la tesis de Feijoo relativa a la precocidad de los ingenios criollos. En una solicitud de 1771 hecha a Carlos III para obtener puestos públicos para los descoloridos de la Nueva España, se lee:

No es ya interés nuestro, es negocio de Vuestra Majestad el que vean las naciones... que somos no bultos inútiles sino hombres tan hábiles, tan útiles para cualquier empleo aun de la primera graduación... No excede Su Majestad a los demás monarcas sólo en la vasta extensión de tierras, ni en el número de individuos que las habitan, sino en la copia de vasallos tan fieles, tan generosos, tan hábiles como los que puede gloriarse el más culto Estado del orbe. Conozca el mundo que somos los indianos aptos para el real consejo, útiles para la guerra, diestros para el manejo de las rentas, a propósito para el gobierno de las iglesias, de las plazas, de las provincias, y aun de toda la extensión de reinos enteros.

Aquel precursor de la independencia que fue el doctor Montenegro de Guadalajara dijo en 1791, durante el proceso en su contra, que quería la emancipación para su patria porque estaba seguro de “la habilidad de los nacionales para las ciencias, las artes” y el buen gobierno. Hasta el Pensador Mexicano, el célebre Fernández de Lizardi, cuyas pupilas parecían sólo dispuestas para descubrir los vicios de la sociedad, escribió con elogio de las muchas aptitudes de los mexicanos. Según dijo, “todos tienen capacidad y talento... para aprender cuanto hace el más hábil de otra nación, para imitarlo y aun excederlo, pues hombres que trabajan con tanta perfección sólo mirando, ¿qué hicieran aprendiendo con el auxilio de herramientas más delicadas? Por lo que toca a la ciencia digo lo mismo.”

También se llega a decir que la trayectoria cultural de México nunca estuvo a la zaga de la europea. Con apoyo en lo dicho por los misioneros y conquistadores del siglo XVI, Eguiara elogia sin cortapisas a los pueblos y las culturas precortesianas. Veytia y Clavijero van más allá. El jesuita ase-

gura: “El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede, en gran manera, al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones”. Según Clavijero, “tenían los mexicanos, como todas las naciones cultas, noticias claras, aunque alteradas con fábulas, de la creación, del diluvio” y demás episodios mayores de la historia universal. Cuando se refiere a la educación prehispánica, dice: “Bastaría por sí sola a confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado a las regiones europeas el imperio de la razón”. También los jesuitas Cavo y Márquez escriben lindezas de la cultura de los antiguos mexicanos. Para Márquez, las producciones de la plástica precolombina exceden en valor a las obras maestras de caldeos, asirios y egipcios.

Aun la malquerida etapa colonial suscita piropos. Eguiara escribe:

Acaben de desengañarse a la vista de esta *Bibliotheca* de que sin embargo de la distancia que separa esta parte de América de la Europa culta, y a pesar de lo delicioso de estos climas, que según [los difamadores de América] inclinan al vicio, a la molicie y a la ociosidad, a pesar en fin de la escasez de imprentas y de la suma carestía del papel, en la Nueva España se estudia, se escribe y se imprimen obras de todas las ciencias.

Beristáin, después de cotejar lo escrito en México durante sus tres siglos de vida cristiana con el producto de las tres primeras centurias de la cristiandad, concluye: la producción novohispana es más extensa si no siempre de mejor calidad. Beristáin encuentra explicable la magna trayectoria de la Nueva España por la teoría del tránsito de la civilización del este al oeste. Según ella, la cultura saltó del pueblo elegido de Israel a Grecia y Roma, y de ésta a España, y seguramente de la península ibérica se trasladó, siguiendo siempre al sol, al emporio de México, recién convertido en pueblo elegido de la Providencia.

La filosofía de las luces no parece haber amenguado en la Nueva España la antigua fe providencialista. Se siguió creyendo, entre otras cosas, en la existencia de personas y pueblos escogidos por Dios para mimarlos y sacar adelante sus propósitos salvadores. España había sido una de las naciones elegidas. Según la intelectualidad novohispana, México, la “bolsa donde la Providencia derramó a manos llenas el oro, la plata, los ingenios, la fidelidad y la religión”, ofrecía indicios de ser ahora la nación escogida.

Se veía claramente el favor de Dios en la imagen guadalupana, aparecida mediante milagro. En la Virgen de Guadalupe vio el criollo de la última centuria colonial la particular preferencia divina por México, el único país adonde se envió de embajadora a la madre de Jesucristo, el Dios-hombre.

De la supuesta predilección celeste, manifestada en el milagro del Tepeyac, emana el más popular y perdurable engrimiento nacional, el que de manera más notoria liga

### *el optimismo nacionalista y la independencia*

acaudillada por Hidalgo, Morelos e Iturbide; es decir, por tres generaciones de independentistas que suceden en la rectoría intelectual de México a los miembros de la Compañía de Jesús y a los sabios de la línea enciclopédica. Las nuevas generaciones le ponen peros al optimismo de quienes los precedieron. Sustituyen la tesis mercantilista por la fisiocrática. Dudan de la grandeza pasada y presente de México de modo dogmático, pero confían en la grandeza futura. Estiman que lo conseguido está muy por debajo de lo que es posible obtener. En lo hecho ven apenas un síntoma de la proximidad del siglo de oro mexicano. Los sucesores de jesuitas y enciclopedistas ven su patria a punto de madurar en todos los órdenes, pues aun en el bélico parecen capaces de vencer a todos los enemigos exteriores con los brazos propios, con un ejército de reciente formación.

A la confianza en la potencialidad de la patria se aúna el desprecio y el odio hacia la metrópoli española. Humboldt atestigua: “Los criollos prefieren que se les llame americanos, y desde la paz de Versalles, especialmente después de 1789, se les oye decir muchas veces con desprecio: ‘Yo no soy español, sino americano’”. Alamán corrobora: “La educación literaria que se daba en veces a los criollos y el aire de caballeros que se tomaban en la ociosidad y en la abundancia, les hacía ver con desprecio a los europeos” venidos de España. Entre los criollos cultos, la tesis de la decadencia española, antes tímidamente sostenida, se vuelve dogma.

La preocupación de emancipar a México de la tutela española es en parte producto del desprecio a la madre patria. Seguramente acuden también otras causas. Suelen aducirse con fundamento dos epopeyas de fuste: la Revolución francesa y la lucha emancipadora de los Estados Unidos. Éstas no sólo servirán de ejemplo en el caso de la Nueva España. Hubo

acciones concretas de origen estadounidense para sacar a México del dominio español. Tampoco Inglaterra se mantuvo indiferente en la lucha mexicana por su libertad, pues tenía esperanzas de recibir en herencia algunas de las cosas que se le quitasen a España. Ésta, por su parte, cometió suficientes errores para hacer volar hecho trizas el imperio donde no se ponía el sol. Las autoridades españolas decretaron en 1804 dos estupideces: la enajenación de fincas y la ocupación de capitales de las fundaciones piadosas, que le daban un golpe fortísimo a la economía mexicana. En la lucha contra la metrópoli confluyen muchas fuerzas; una muy importante fue el engreimiento nacionalista de los criollos.

Sobre todo la idea de que lo obtenido por México está muy por debajo de lo que es posible obtener, que las posibilidades de la patria son enormes, que lo ganado antes sólo es augurio de las ganancias futuras, se vuelve una idea obsesiva en los precursores y en los caudillos de las guerras de independencia. El optimismo nacionalista hace parecer posible y deseable el propósito de la emancipación. Desde la intentona independentista de 1808 se echa mano de argumentos extraídos de la confianza en el poderío, la riqueza potencial y los talentos de la nación mexicana.

Conviene recordar los argumentos exhibidos por fray Melchor de Talamantes en pro de la independencia de México. En su opúsculo titulado *Representación nacional de las colonias* arguye que éstas pueden legítimamente separarse de sus metrópolis cuando, como es el caso de México, se bastan a sí mismas. También resulta conveniente que las colonias como la Nueva España se separen de su metrópoli por ser superiores a ésta. Talamantes arguye: “La dependencia no puede subsistir entre personas iguales; mucho menos puede verificarse en el superior respecto del inferior. Si llegase, pues, el caso de que una colonia se pusiese a nivel de su metrópoli o la excediese en algunos puntos, por este solo hecho quedaría libre y separada de ella”. Según Talamantes, la Nueva España por ser rica, fuerte, culta y superior a España, debía hacer vida independiente de ésta.

Cosas parecidas creían otros implicados en los sucesos de 1808. Así Francisco Azcárate, autor de un discurso panegírico de las ciencias, las artes, el comercio, la industria, la agricultura y la minería de su patria. Así Mariano Beristáin, también sospechoso de infidencia y también creyente de que la Nueva España había llegado a “la más envidiable ilustración, prosperidad, abundancia y riqueza”. Parece tener razón Jabat en su informe a la Junta Central Española, fechado en diciembre de 1808. Allí dice:

“un gran número de criollos, comprendiéndose entre ellos obispos, canónigos, curas, militares, títulos de Castilla, oficinistas y particulares”, trabajan afanosamente para lograr la independencia de su país por la buena idea que tienen de él, por considerarlo fértil y abundante, por sólo aceptar que carecen de “azogue para la elaboración de sus minas”. Comoquiera, “no ignoran que a cambio de su plata, se lo llevarían hasta de China”.

Como es bien sabido por reiteradamente enseñado, el multitudinario movimiento de 1810 encabezado por el cura de Dolores les da un nuevo sesgo a los sentimientos, los saberes y los juicios patrióticos de la élite criolla. A partir de la colérica decisión de Hidalgo, parte de la élite abandona el camino de las transacciones y se compromete en una lucha que parecía muy simple y promisoría, en una

*guerra optimista e irresponsable*

que, según su líder máximo, en un abrir y cerrar de ojos arribaría al edén tan esperado. El cura de Dolores se deja seducir por el México prometido. El odio a España no le permite ver ninguna grandeza presente en su patria, pero sí un futuro paradisiaco. “Realizada la independencia —dice en Valladolid de Michoacán— se desterrará la pobreza, se embarazará la extracción de dinero, se fomentarán las artes y la industria. Haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestro país, y a vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias de este vasto continente”. Según Hidalgo, conseguida la independencia, los mexicanos “podrán mostrar a todas las naciones las admirables cualidades que los adornan, y la cultura de que son susceptibles”.

Los colaboradores cercanos le hicieron segunda al sacerdote que, en buen potro, corría en pos de una quimera. No fue humorada aquella comunicación del capitán Ignacio Allende al padre Miguel: “No puede ni debe usted, ni nosotros, pensar en otra cosa que en la preciosa ciudad de Guanajuato que debe ser la capital del mundo”. Sólo le faltó que también aspirara a convertir su tierra, no obstante sus 2 000 metros sobre el nivel del océano, en puerto de mar. Como Allende, numerosos criollos veían fácil y muy prometedora la lucha insurgente. Lucas Alamán escribe: “La independencia se presentaba a la imaginación de los criollos como un campo de flores, sin riesgo de encontrar ninguna espina”.

Morelos y su gente eran apenas menos ilusos. Don Ignacio López Rayón, a raíz de la muerte del iniciador, establece la Suprema Junta Gubernativa de América. A Rayón se le adjudica el jactancioso título de capitán general de todos los ejércitos americanos, y poco después, el de ministro de la nación americana. Al libro de actas se le puso “Libro primero de la nación americana septentrional”. Constantemente se usó el nombre de América para designar simplemente a la Nueva España o México. Algunos periódicos de los hombres en lucha se publicaban con los títulos de *El Despertador Americano*, *El Ilustrador Americano*, *Semanario Patriótico Americano*, el *Correo Americano del Sur*... La correspondencia oficial de los insurgentes en la época de Morelos nunca abandonó la pretenciosa sinonimia. Si hemos de creer a Lucas Alamán,

era muy común entre los mexicanos hablar de toda la América cuando se trataba de México, fuese por jactancia, o porque siendo México una parte tan principal de América, se creía que ésta había de seguir su ejemplo en todo. Vino después otra época en que la antigua Nueva España se denominaba el Septentrión, voz que estuvo muy en boga quizá por lo sonoro de ella, como si en la América Septentrional no se comprendiesen también los Estados Unidos. Todo esto prueba la idea exageradísima que los mexicanos se hacían de la importancia de su país.

La gente de Morelos fincaba su optimismo en el favor de Dios. Confiaba sobre todo en la imagen taumaturga de Guadalupe, en lo que se designa habitualmente con el nombre de guadalupanismo. Morelos atribuye sus triunfos a la “emperadora guadalupana”. En uno de sus manifiestos dice: la América “espera, más que en sus propias fuerzas, en el poder de Dios e intercesión de su santísima madre, que en su portentosa imagen de Guadalupe, aparecida en las montañas del Tepeyac para nuestro consuelo y defensa, visiblemente nos protege”. La religiosidad de Morelos está fuera de toda duda así como la sinceridad de la siguiente expresión: “Por los singulares, especiales e innumerables favores que debemos a María Santísima en su milagrosa imagen de Guadalupe, patrona, defensora y distinguida emperatriz de este reino, estamos obligados a tributarle todo culto y adoración... y siendo su protección en la actual guerra tan visible... debe ser visiblemente honrada y reconocida por todo americano.”

Quizá esté de sobra aducir testimonios de fe en México y especialmente en la Virgen de Guadalupe sacados de los periódicos de la insurgencia. Alguien podría dudar de la buena fe de don Francisco Severo Maldonado, “varón excesivamente extravagante y de una arrogancia y presunción inauditas”, pero no de la sinceridad del responsable de *El Ilustrador Americano*, del padre Cos, ni de Andrés Quintana Roo, que disculpaba en su *Ilustrador Nacional* el levantamiento de Nueva España porque ésta ya era igual a su metrópoli y porque los españoles sólo han visto a México “como un manantial inagotable de oro y plata para fomentar su insaciable codicia”. Es difícil toparse con algún insurgente pesimista, pero es muy fácil conseguir pruebas del

*pesimismo realista,*

de la inseguridad en el triunfo de España en los ejércitos del rey. La fe insurgente infundió desaliento en el partido contrario. José María Calleja, el mejor caudillo de los ejércitos realistas, escribía al virrey Venegas después de haber hecho polvo al ejército de Hidalgo en Puente de Calderón: “Voy a hablar con toda la franqueza de mi carácter. Este reino pesa demasiado sobre una metrópoli cuya subsistencia vacila: sus naturales, y aun los mismos europeos, están convencidos de las ventajas que les resultarían de un gobierno independiente”. También el obispo Abad y Queipo, excomulgador de Hidalgo, llega a escribir, pensando en México: “Las provincias muy remotas de un gran imperio que han sido independientes o que se consideran con población y fuerza para serlo, tienen siempre una propensión o tendencia casi natural a la separación de la metrópoli”.

Comoquiera, el gobierno español de la Nueva España trata de contrarrestar la fe de los insurgentes en los frutos locales de la emancipación. Su contraofensiva consiste en esparcir por todos los medios publicitarios una idea peregrina. Los voceros del rey proclaman: México debe su prosperidad a la circunstancia de vivir bajo la protección de la tolerante y docta España. Sólo haciendo vida en común con ésta se puede esperar un dorado porvenir. Para colaborar en la empresa de convencimiento se pide ayuda a los profesores de la universidad, los socios del Colegio de Abogados, los frailes distinguidos de las órdenes religiosas, los asistentes a las sociedades literarias y a todos los que gozaban, en la metrópoli, de algún prestigio.

Un abogado quiso demostrar que la Nueva España sin barcos y sin azogue iba a pique y a la indigencia. Como naves y mercurio venían de la vieja España había que mantenerse en la casa paterna. El doctor Luis Montaña produjo un larguísimo manifiesto en el cual se pregunta: “¿Pensarán que este reino no será feliz en sí y por sí solo, porque en virtud de su riqueza no necesita de España?”. Enseguida se contesta: “España nos ha ayudado a ser ricos y a elevar nuestra patria a una grandeza que no hubiéramos llegado ni por nosotros mismos, ni bajo el poder de otra nación aun de las católicas... De allá vienen los directores y los operarios de las artes, los libros y los adelantamientos en las letras”. “Tales razones —comenta Alamán— podrían tomarse por una burla ingeniosa para fomentar la revolución en vez de combatirla”.

Sin embargo, la revolución de independencia se desploma. Quizá la fe ingenua y excesiva de los insurgentes en su triunfo los lleva al desastre. La exagerada seguridad en sus bíceps conducen a Hidalgo, a Morelos y a otros jefes al cadalso. Desde 1815 el gobierno virreinal pudo poner en práctica una política de indultos. Arnaiz y Freg escribe: “muchos jefes secundarios aceptaron abandonar las armas y vivieron en paz en regiones alejadas de las zonas en que habían operado”. Pero ni por ésas los insurgentes perdieron la esperanza en la emancipación y sus frutos seguros ni los realistas el pesimismo que venían arrastrando desde cinco años antes. Un realista plenamente seguro de la necesidad de la independencia, absolutamente cierto de que la Nueva España no podía seguir dependiendo de la metrópoli española, se presta para ser el instrumento de la necesidad. Un virrey recién llegado, pero no menos pesimista con respecto a la capacidad imperial de España, colabora con el criollo realista al firmar los Tratados de Córdoba.

Agustín de Iturbide cierra este episodio optimista de la historia de México con las célebres palabras iniciales del Plan de Iguala:

Americanos, bajo cuyo nombre comprendo no sólo a los nacidos en América, sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen, tened la bondad de oírme. Las naciones que se llaman grandes en la extensión del globo, fueron dominadas por otras, y hasta que sus luces no les permitieron fijar su propia [luz] no se emanciparon...

Trescientos años hace la América Septentrional de estar bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima. España la

educó y engrandeció, formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos, esas provincias y reinos dilatados que en la historia del universo van a ocupar lugar muy distinguido. Aumentadas las poblaciones y las luces, conocidos todos los ramos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, los daños que origina la distancia del centro de su unidad, y que ya la rama es igual al tronco; la opinión pública y la general de todos los pueblos es la de la independencia absoluta de España y de toda otra nación.

Al manifiesto anterior le presta todo su apoyo don Juan O'Donojú, último virrey de la Nueva España, con suculenta declaración. Según él, la progenitora y la recién independiente son “dos naciones destinadas por la Providencia, y ya designadas por la política, a ser grandes y a ocupar un lugar distinguido en el mundo”. Por mi parte, me permito terminar el presente ensayo con la siguiente parrafada: la captación por parte de una selecta minoría criolla que florece a fines de la décima octava centuria de los aspectos positivos de su realidad nacional y la ocultación de los negativos, el descubrimiento de las posibilidades de la patria y el encubrimiento de sus limitaciones engendra una idea y un sentir que hemos llamado repetidas veces optimistas, los cuales provocan en la generación criolla de las primeras décadas del XIX una ferviente gana de desligar a México del imperio español y así participa, como factor de primera magnitud, en la lucha que hizo posible la independencia de México.

## VI. DE CÓMO LLEVARSE CON LOS PRÓCERES

Una persona opuesta al culto a la personalidad, alguien que ha escrito contra la historia de bronce, no debiera tomar parte en un acto celebratorio del héroe que ha convocado más fanfarrias en el último siglo y medio, del prócer más festejado de la consumación de la independencia para acá. Una persona sin estro oratorio, y quizá por lo mismo ferviente abogada del lenguaje llano, que ha insistido en escribir como se habla entre compañeros, tampoco debiera aceptar la invitación a subir a niveles estratosféricos, a enaltecer la figura que hoy recuerda la comunidad nicolaíta con palabras resonantes, domingueras, conmovedoras, no simplemente en términos de comunicación.

Comoquiera, voy a ocuparme del hombre Hidalgo, pues el cura de Dolores no sólo fue superhombre o héroe, y en términos comunes y corrientes, pues la verba sonora no me sale bien. Me voy a referir llanamente a alguien con quien he tenido numerosos encuentros durante seis o siete lustros. Por tan larga frecuentación, estoy cierto de que fue un ser humano con quien se podía hablar de cosas frívolas y serias, en términos banales y sublimes; un amigo para pasar las horas con él jugando a las cartas o en representaciones teatrales; un cura que no sólo era capaz de escribir de asuntos teológicos, sino también de comer con fruición, de ocuparse de negocios y de ocios, de ejecutar actos que daban que decir, de ser un hombre en claroscuro del siglo de las luces.

Un viejo venerable como el que aparece en la literatura escolar, un ser sumiso al imperio de las costumbres escolásticas, un tema de hagiografía, un egregio que aspirara y se comportara de modo muy distinto del de la multitud, no habría podido acaudillar con éxito a las multitudes que se arremolinaron alrededor de él. Fue guía por ser de la misma madera de sus seguidores. Y si queremos que continúe siendo guía hay que evocarlo en su dimensión humana y no en los instantes de arrogancia lideresca que también tuvo. No es cierto que se desmejore el patriotismo por hablar de las podridas de los héroes. Es falso que la mentira piadosa sobre los próceres ayude a ser mejor ciudadano de un país.

La historia que sólo se dedica a emperifollar a unos personajes y a poner como lazo de cochino a otros; la historia empeñada en zurcir letanías ditirámicas de Nezahualcóyotl, Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez, Zaragoza y Madero, y sargas de insultos para Cortés, Calleja, Iturbide, Maximiliano y Porfirio Díaz; la historia maniquea que sólo ve ángeles contra demonios, galanes contra villanos, buenos contra malos, es un producto altamente peligroso que, en palabras de Paul Valéry, “hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas llagas, los atormenta en el reposo”, pero no los hace mejores ni amantes de su patria.

Y como si todo lo anterior fuera poco, la literatura exaltadora de héroes y denostadora de traidores infunde sentimientos de irresponsabilidad en la gente. Al atribuir los triunfos y las derrotas nacionales a unos cuantos individuos de una comunidad, el conjunto de la ciudadanía queda libre de culpa y de gloria. Si todo se carga a la cuenta de los muy muy, egregios, ilustres, beneméritos, padres e ínclitos, y de los grandes traidores, demo-

nios y malos, las personas de estatura popular no tienen por qué preocuparse de asuntos en los que no influyen, acaban por sentirse sin culpa ante los tropiezos y las desgracias de una nación que sólo los “culebrones” pueden construir o derrumbar.

Por otra parte, está suficientemente demostrado que los auténticos motores de progresos y retrocesos, de mudanzas históricas, de vuelcos sociales y culturales no son los individuos, por más gigantes que parezcan, sino fuerzas, a veces extrahumanas, como las pestes; otras oriundas de los fondos ocultos de la humanidad; pero quizá la mayoría de las veces, las fuerzas colectivas, ya de grupos minoritarios, ya de las masas populares. La acción coordinada de los grupos puede producir mudanzas profundas; la acción de los particulares sólo es capaz de encender chisporroteos y relámpagos, no transformaciones de fondo. Si se mira sin prejuicios la primera jornada de la lucha insurgente, se ve que las multitudes que siguieron a los curas de Dolores, Aqualulco, Carácuaro, Tuzantla, Santa Ana Acatlán y Sahuayo fueron las que le dieron dimensión trágica, sobrecogedora, importante a la lucha de la insurgencia. Hidalgo, sin sus 100 000 seguidores, no habría hecho nada digno de monumento. En el mejor de los casos sería un don Quijote sin el Cervantes que lo inmortalizara.

Si se ha tenido trato con los acontecimientos históricos es fácil aceptar la tesis de Plejánov: “El gran hombre lo es no porque sus particularidades individuales impriman una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos sino porque está dotado de virtudes que le hacen el individuo más capaz de servir las urgencias sociales gordas de su época”. Según esto, los héroes son los hombres más típicos del hombre medio de cada época y de cada sociedad. En ser pueblo reside su importancia. El sentir las necesidades populares, el atenerse a normas de conducta de oriundez popular, el congeniar con el pueblo raso, hace la grandeza de un prócer. Lo egregio es de origen popular, no divino.

En sentido plejanoviano el antiguo alumno de los jesuitas, el rector de San Nicolás, el iniciador de la lucha contra España, el párroco de Dolores, fue grande por haber tenido la estatura de la mayoría de sus compatriotas, por haber querido lo que ellos querían, por haber ido con su pueblo al sacrificio de la lucha, por no ser mucho mejor ni mucho peor que las masas combatientes en la alhóndiga de Granaditas, en el Monte de las Cruces, en San Jerónimo Aculco y en el Puente de Calderón. La gigantez de Hidalgo consistió en la capacidad de igualarse a sus feligreses y a sus compa-

ñeros de armas. Por lo mismo, debe medírsele por sus descensos sociales. Es ejemplar no por lo que tuvo de propio, que sí por haber sabido hacerse pueblo, y por haberse sacrificado por él y con él para darle una relujada a esta nación que todavía necesita de otros muchos sacrificios para llegar al modelo que desde hace muchos años bulle en la cabeza de los bien nacidos en estas latitudes.

Y ahora, para acabar, me permito decir que le haremos a Miguel Hidalgo y Costilla el honor que se merece el día en que podamos evocarlo en sus pequeñeces, con términos de entresemana y bromas; el día en que insuflemos vida a sus numerosísimas estatuas y las pongamos a caminar; el día en que le pierdan el respeto los historiadores como se lo perdió el humorista Jorge Ibargüengoitia; el día en que se le vea como hombre del pueblo y no únicamente como teólogo premiado, como rector en funciones, como orador altisonante, como general victorioso y como prisionero altivo. Y lo mismo cabe decir de los demás próceres mexicanos. La gran mayoría de nuestros caudillos aguantan la familiaridad con ellos, resisten bromas, no se les cae el oro por pasarles la mano, se les puede ver de cerca, con todas sus verrugas, sin hacerles perder sus destellos. Debe llegar la hora de la irreverencia que le permita el paso a la verdad histórica.

Es una vieja costumbre mexicana la de enseñar la historia de la nación y robustecer el patriotismo con discursos reminiscentes, pronunciados a propósito del natalicio, la hazaña mayor o el fallecimiento de un personaje con estatura de héroe. Es un hábito nacional a todas luces digno de encomio y perduración, aunque en muchas ocasiones fue desvirtuado por el amor patrio mal entendido, por la necesidad o por los excesos retóricos de los oradores. El discurso historiográfico cumple con una misión social importante: pone al mexicano del presente en el camino de dejarse seducir por el pensamiento y la conducta de sus héroes. Estas conmemoraciones también debieran servir para rememorar incidentes penosos, pues su recuerdo puede cohibir la repetición de errores.

En esta fecha conmemoramos el nacimiento del Padre de la Patria: don Miguel Hidalgo y Costilla. De las múltiples facetas del que fue estudiante, maestro y rector en Valladolid de Michoacán; teólogo y filósofo distinguido; cura de Colima, San Felipe y Dolores; promotor de las ciencias y las artes útiles; caudillo del primer levantamiento contra el dominio español, y mártir de la causa de la independencia, conviene evocar ahora una faceta poco conocida, la de su nacionalismo en tres dimensiones: la

dimensión sentimental o de amor al paisaje, los usos y las costumbres de la propia tierra; la dimensión intelectual o de conocimiento del ser, el haber y las posibilidades de la nación, y la dimensión volitiva o de voluntad resuelta de conducir a la patria a niveles de holgura, libertad y justicia.

La evocación del patriotismo del párroco de Dolores parece estar a tono con una preocupación de muchos mexicanos de ahora. En coloquios de sobremesa, en charlas de café y en congresos de alta cultura se discute acaloradamente sobre la crisis del patriotismo mexicano, pues, según se dice, en muchos sectores sociales ha disminuido el amor por lo nuestro y ha aumentado el síndrome pocho; en algunos planteles de educación y estudio no se le otorga el lugar que merece al conocimiento de México y lo mexicano; en no pocos grupos sociales se ha desvanecido la gana de seguir la lucha por la superación de la nacionalidad. Quizá la crisis patriótica no sea tan grave como la pintan. Empero, no sobra cotejarla con el ideario y la praxis del primer héroe de las guerras de independencia.

Hidalgo no inventó el cariño de los mexicanos a su patria. La actitud sentimental hacia lo propio venía dándose desde el siglo XVI con características especiales. Como nuestra nación fue producto de la confluencia de todas las razas y de culturas muy disímolas entre sí, contrajo un amor propio que cubre prácticamente todo lo humano. Nuestro nacionalismo nació con fuertes tendencias humanísticas, sin poses de exclusividad como la mayoría de los amores patrios. Por el origen múltiple de nuestro ser nacional hemos tendido a apropiarnos algunas costumbres ajenas. Esto aclara por qué Hidalgo pudo ser al mismo tiempo amante de lo estrictamente mexicano y de lo francés. La xenofobia no combina con el modo de ser de la nación mexicana. Probablemente Hidalgo, si viviera ahora, llevaría pantalones de mezclilla azul ajustados y bailarían al son de las guitarras eléctricas.

México nació humanista y contemplándose en lo que tenía de peculiar. Comoquiera, durante siglo y medio, a lo largo de una niñez debilucha, apartó los ojos del espejo. En la segunda mitad del siglo de las luces, México, por medio de sus criollos, vuelve a la autocontemplación, acicateado por una turba de autores de Europa a quienes les dio por hablar mal de la naturaleza y del hombre americanos. Del estudio científico de México emprendido por los formadores y los colegas de Hidalgo, se derivó una imagen del país optimista, una idea exagerada de los tesoros del subsuelo, la pinta de galán del hombre mestizo, el color de rosa de la cultura prehis-

pánica y neoespañola y otros matices agradables para aquellos contempladores del panorama mexicano del siglo XVIII.

Comoquiera, los hombres de la generación de Hidalgo no quisieron dormirse en los laureles de sus preceptores. Aunque aceptaban que México tenía una despena muy bien surtida, un personal de grandes virtudes naturales, una tradición cultural de altos vuelos y otras gracias, eran sensibles a dos cortaduras que afeaban su rostro. Miguel Hidalgo creía, como su amigo Manuel Abad y Queipo, que esta nación era la viva imagen de la desigualdad, donde sólo había dos niveles de hombres: “los que nada tienen y los que lo tienen todo”. Por otra parte, Hidalgo, contra lo que pensaba su amigo Abad, sabía que el mal de los males, el mayor impedimento para desenvolver las potencialidades de la patria, era la dependencia. Si lograba excluir al imperio español de los destinos de México, se abriría para éste, el país de las riquezas fabulosas, un porvenir espléndido. Si se quitaba el gobierno despótico de los españoles, se obtendrían fácilmente la curación de la desigualdad y otras mataduras.

Así fue como el patriotismo del párroco de Dolores superó las etapas emotiva e intelectual y se puso a esculpir una lucha demoledora de la dependencia capaz de conducir a la nación mexicana a cumbres de bienestar y concordia. En el año de 1810, el patriotismo del padre Hidalgo se convierte en acción revolucionaria. En los salones de clase se repite miles de veces que un famoso domingo 16 de septiembre el señor cura de Dolores abandona su pueblo a la cabeza de 600 hombres. En un abrir y cerrar de ojos arremolina alrededor de su persona a 100 000 furibundos campesinos y obreros armados de garrotes y piedras. Antes del fin del año está a punto de hacer suya la capital, y en los pocos meses que logra mantener eufórico a su ejército-muchedumbre produce decretos contra la esclavitud, los monopolios estatales y los tributos de los indios, y en favor del uso exclusivo de las tierras de comunidad por sus dueños. La voluntad patriótica de Hidalgo se manifiesta en múltiples direcciones prácticas, algunas ineficientes.

Es obvio que el ejemplo positivo del cura de Dolores reside en su actitud patriótica que no se detuvo en simples efluvios sentimentales ni en la mera contemplación del objeto amado, que se tradujo en firme voluntad de hacer una patria confortable, libre y justa. En cambio, no debiera anotarse como ejemplo a seguir el modo como Hidalgo se lanza sin planes y con una muchedumbre, que no ejército, al derribo del poder imperial,

error que le cuesta la vida a muchos y a él, error que, por respeto mal entendido al héroe, la historia de bronce no se atreve a proponer como tal a la consideración pública. Las fallas de los héroes son tan provechosas como sus grandes aciertos. Lo único indudablemente dañoso es el escamoteo de la verdad histórica.

## VII. NUEVA IMAGEN DEL PADRE HIDALGO\*

Me siento muy honrado por la invitación a ser el orador oficial en el acto conmemorativo del 242 aniversario del natalicio del rector perenne de la ilustre universidad michoacana. Como no soy especialista en el tema, ustedes se ahorrarán un discurso interminable acerca del héroe. Como fui discípulo de José Bravo Ugarte, aquel hijo de Morelia semiolvidado, soy afecto a dos modalidades que él manejaba cotidianamente: la objetividad y el lenguaje llano. Como él, rehúyo las mentiras piadosas y los términos altisonantes en el que suelen incurrir los discursos oratorios.

Es un hecho que las tres figuras mayores de la revolución de independencia de la nación mexicana nacieron y trabajaron en la provincia mayor de Michoacán. Desgraciadamente sólo uno de los tres adalides de nuestra lucha libertaria es reconocido héroe por todos los jueces de la nación. Desde muy temprano se impuso en nuestro país la práctica corrupta de ceder a los partidos políticos la responsabilidad de repartir premios y castigos a personajes y hazañas sobresalientes de la vida nacional. Desde hace siglo y medio se acata la costumbre de escribir dos historias, que se contradicen, de cada uno de los episodios importantes y de las personas distinguidas en la construcción de México. La secta política que en el siglo XIX recibió el nombre de partido liberal impuso a la ciudadanía el culto de Hidalgo, Morelos, Guerrero, la insurgencia contra España, el diseño de la República federal, la reforma propuesta por la Constitución de 1857 y la descomunal figura de Juárez. La secta conservadora, casi siempre desde la oposición, pone por las nubes las virtudes de Iturbide, el plan pacífico de independencia, la monarquía, la sensatez de Lucas Alamán, las proezas militares de Miguel Miramón y las figuras deslumbrantes de Maximiliano y Carlota.

\* Discurso leído el 8 de mayo de 1995 en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en ocasión del 242 aniversario del natalicio del prócer.

Una característica de los héroes de cualquier parte del mundo es la de tener halo deslumbrante y cola que les pisen. Los historiadores rigurosos suelen hacer retratos de cuerpo entero de las figuras heroicas, que no los practicantes de la política. Los cuatro evangelistas de la emancipación mexicana —Alamán, Bustamante, Mora y Zavala— insistieron en la pintura cabal y verdadera de los personajes de aquel movimiento arrasador que fue la larga lucha contra España. Los cuatro se distinguen por su humanismo, espíritu de objetividad e identificación con México. Los cuatro ejercieron dos oficios generalmente incompatibles (la política y la historia), pero no son los responsables de los desfiguros que ha padecido el padre Hidalgo.

A partir principalmente de la historia de Alamán los políticos conservadores de los siglos XIX y XX se han empeñado en pisarle la cola al cura Hidalgo, en hablar de su condición taimada típica del zorro, su carácter desperdiciado en materia de dinero, su afición a la música y los bailes, su proclividad hacia los aspectos menos espirituales de las mujeres, su poca pericia como soldado, su crueldad con los enemigos y su negligencia en el cumplimiento de las obligaciones eclesiásticas. A partir del *Cuadro histórico* de Bustamante, los políticos liberales y revolucionarios se solazan en el origen ranchero de Hidalgo, en su brillante desempeño estudiantil —en qué no—, en sus dotes excepcionales como catedrático y rector de este instituto que ahora celebra el 242 aniversario de su natalicio, en su saber excepcional de las dos disciplinas máximas de la inteligencia de entonces, en el ser asiduo lector de toda clase de libros, en su conocimiento de lenguas indígenas, en el fomento, en los curatos que sirvió, del cultivo de árboles frutales y el establecimiento de industrias de cerámica, textil, ferretera y de carpintería. Todos a una afirman que fue muy diligente en el cultivo de la vid y la morera y en el cuidado de vastos colmenares. A los liberales les parece un líder excepcional, carismático y perfecto. En las historias que imparten las escuelas oficiales, en los discursos del 16 de septiembre, es el indiscutido Padre de la Patria.

Comoquiera, la historiografía científica que ha florecido en México en los últimos 50 años ofrece una imagen del hombre Hidalgo y su circunstancia nacional menos emotiva y más esclarecedora que la propalada a grandes gritos por la conserva, la mochería, la reacción y por los liberales, los revolucionarios y la gente de la izquierda. La nueva historia describe a fondo el siglo de las luces a que perteneció; estudia las carencias económi-

cas, los roces sociales, los valores religiosos de la sociedad novohispana de principios del siglo XIX; los abusos de la institución que se hizo acreedora al mote de “mal gobierno”. La historiografía de ahora da cuenta exacta de la función de los eclesiásticos en aquella sociedad, y sobre todo examina, de la cabeza a los pies, los afueras y los adentros, el pensar, sentir y hacer y los diferentes modos del niño de Corralejo, del estudiante de San Nicolás, del catedrático en la refaccionaria de sacerdotes de Valladolid, del cura de Dolores, del caudillo revolucionario y, en suma, del complejo personaje que en vida respondía al nombre de Miguel Hidalgo. Centenares de miembros de la moderna investigación histórica han agregado matices a la figura pintada por los cuatro evangelistas de nuestra revolución de independencia y, sobre todo, han limpiado al personaje de las mistificaciones impuestas por las cúpulas de los partidos y los oradores pico de oro.

La investigación seria ha descubierto muy poco de la vida infantil y de los dramas familiares en que estuvo inmerso el futuro héroe. Por la pobreza de los datos que se tienen de la niñez y su entorno social los psicólogos no han logrado darse el gusto de decir el porqué se portó de la manera como lo hizo el estudiante, el maestro, el cura, el líder que le puso el cascabel al gato imperial. Los filósofos sí han tenido la oportunidad de someter a examen el pensamiento del joven Hidalgo que ahora merecería los calificativos de intelectual, de sabio o de miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Juan Hernández Luna, Carlos Herrejón, Luis Villoro y otros pensadores han sometido a examen la cultura enciclopédica de Hidalgo. Éste, como se sabe, desde 1783 se entregó en cuerpo y alma a enseñar las dos teologías: la dogmática y la moral. Ganó el concurso que preguntaba sobre el verdadero método de estudiar teología. Propuso en su disertación la enseñanza de una teología positiva, concreta, con fuertes contenidos de historia y problemática social. “La teología positiva —dice Herrejón— serviría como llave maestra para comprender y criticar la mentalidad reinante en una Nueva España rezandera y pecadora”. El padre Hidalgo tuvo fama en su tiempo de ser “uno de los más finos teólogos” y “el mejor teólogo de la diócesis de Michoacán”.

Por la lectura de Billuart, Bossuet, Fleury, La Fontaine, Racine y Molière; por la vía de numerosos libros en español y en francés que guardaba en su biblioteca; en suma, por su fuerte adicción a las disciplinas filosóficas, científicas, literarias y musicales se ganó aquel juicio del famoso Antonio de San Miguel: “Por su conocida carrera literaria, talentos, virtud y

dotes” es acreedor a los máximos reconocimientos. Fue un intelectual poco dado a originalidades, sin conexión con los filósofos franceses del siglo y sin simpatías por la Revolución francesa, que sí simpatizante de la Declaración de los Derechos del Hombre. Fue un intelectual de corte humanista.

Además de humanista distinguido, de “astro brillante por la ciencia” como lo llamó el obispo Lizana, el rector y maestro de San Nicolás se distinguió en la praxis humanitaria. No sin razón, el pueblo le puso la etiqueta sempiterna de “cura de Dolores”. Contra lo que se pensaba hasta hace poco, a finales del siglo XVIII, el rector de San Nicolás fue promovido, que no rebajado, al puesto de cura de Colima. Entonces el quehacer de párroco daba mucho más poder y dinero que el de enseñante y rector. Como es bien sabido, de la tierra de los cocos ascendió al curato de San Felipe y en 1804, siempre en ascenso, se convirtió en cura de Dolores. Durante 25 años puso en práctica la teología que enseñó en San Nicolás. Nunca fue un sacerdote de misa y olla. La misa, los rezos y los asuntos notariales los dejaba en manos de otros clérigos. Él se centró en lo que entonces recibía el nombre de caridad y más tarde el de beneficencia y buen ejemplo. De las franquicias que se le atribuyen no hay pruebas fehacientes. La gestión parroquial fue bien aceptada por sus superiores y con aplauso por sus feligreses. Ya pasó de moda la costumbre de atribuirle amoríos y paternidades. En cambio, está muy bien documentado su espíritu dadivoso, igualitario y emprendedor. Cada día se adjuntan nuevas pruebas de que fue un “celoso párroco lleno de caridad”.

Manejaba mal, sin orden ni concierto, las cuentas económicas, pero casi siempre en beneficio de los otros. Se preocupaba más por la vida ajena que por la propia. Todo parece decir que era muy sensible a los dolores de la pobreza y el maltrato. El padre Miguel sabía que la función principal de todo párroco era el ejercicio de las obras de misericordia: predicar, socorrer a pobres y enfermos y otros gestos amistosos que él cumplió por gusto, sencillamente, sin esfuerzo ni petulancia, con la ayuda de su genio suave. Según Alamán, que nunca lo quiso, “el ser aquel cura no sólo franco en materia de dinero, le había hecho estimar mucho de sus feligreses, especialmente de los indios”. Se convirtió, sin proponérselo, en un gran seductor de almas.

Otro hombre fue el caudillo que pintó con colérico pincel José Clemente Orozco. En un instante el párroco apacible entró en un torbellino

revolucionario que ha descrito maravillosamente el filósofo Luis Villoro. Aunque había acariciado junto con sus amigos el proyecto de insurrección contra el mal francés que hizo trizas al antiguo régimen, contra el mal gobierno español que se alzaba con los ahorros de las cajas de las comunidades indígenas, contra el despotismo ilustrado que expulsó a los jesuitas y minó las tradiciones religiosas, nadie podía esperar su conversión a la violencia, su paso de la vida apacible a la iracunda. Ni sus antecedentes de sabio y de cura caritativo, ni su edad, ni sus ideas e ideales pacifistas, ni su contextura física (cargado de espaldas, cabeza caída sobre el pecho, cano y calvo, no activo ni pronto en sus movimientos) hacían pensar en su mudanza en jefe de una revolución altamente popular y catastrófica.

Comoquiera, la penúltima personalidad de Hidalgo fue la de líder combatiente. Llegó a esa condición porque así lo quiso un pueblo enemistado con sus gobernantes y sumiso a curas y frailes. Adquirió aquel enorme liderazgo porque en este país el ser viejo daba poder. Portó su papel de caudillo con gracia y desparpajo. A su don de señorío por ser viejo y cura, juntó su astucia de zorro, pero a diferencia de las otras actividades, de los otros oficios de los que salió airoso, el de caudillo tuvo que abandonarlo por causas de fuerza mayor. Fue sabio muy reconocido por los pocos cultos que había en la Nueva España. Fue amado por los feligreses de sus tres curatos, y seguido en vida por muchos miles de insurgentes, y después de muerto por casi todos los mexicanos.

De las cuatro personalidades mayores de Miguel Hidalgo y Costilla ninguna ha sido tan fascinante y discutible como la de caudillo iluminado. Desde 1810 su vida fue tan diferente de sus vidas anteriores que nadie de los cultos ha podido explicarse la transfiguración. No faltó quien responsabilizara del cambio a Satanás. La muchedumbre que se arremolinó a su alrededor creía que la Virgen, con quien hablaba algunas veces al día, la Virgen de Guadalupe, guiaba sus pasos. Fue la suya una guerra santa en la que metió su cola, según lo reconoció su líder, el señor de los infiernos.

Muy fuera de sus lares, en la ciudad de Chihuahua, fue sometido a un par de procesos. Para entonces ya era otro hombre “vivamente arrepentido” de algunos de los hechos de su corta vida de capitán iracundo. Aunque seguía creyendo que la dependencia de la península era una situación humillante y vergonzosa para los americanos, aunque no sintiera ninguna simpatía por los gachupines despóticos y avaros, nunca pensó en el uso de la violencia, en la utilización del pillaje y la matanza para corregir los abu-

sos que cometía el gobierno español contra los bienes materiales, la libertad y la religión de los novohispanos. El seductor de multitudes dijo que fue seducido por una chusma sedienta de sangre y necesitada de hogar cómodo, ropa de buen ver y comida suculenta. Reconoció que la violencia sólo llevaba a la anarquía y al despotismo. Después de la degradación que se le impuso, fue otra vez el santo devoto de la “soberana imagen de Nuestra Señora de Guadalupe”.

Sin quitar ni poner cosa alguna, sin oropeles verbales, Miguel Hidalgo y Costilla, el sacerdote filósofo, el cura caritativo, el capitán de multitudes, el protomártir civil, ha lucido en la conciencia pública como el personaje más típico y trascendente y de mayor influencia en la historia de México. Sin lugar a dudas ha sido aceptado por todo el hojaldre social y todas las regiones de la nación como espejo y emblema del conjunto del Estado nacional y de sus 2 400 municipios.

#### VIII. LOS 33 PADRES DE LA PATRIA

Un hábito de los historiadores mexicanos es la atribución de las características de cada uno de los periodos de la historia de México ya a un par de hombres por época (el bueno y el malo), ya a fuerzas sin rostro a las que suele llamárseles estructuras socioeconómicas, clases sociales, potencias madrinan o países imperialistas. Siempre son el héroe y el villano de carne y hueso, o bien el héroe y el villano metafísicos, los culpables del aquí y ahora de la vida nacional mexicana. Nunca se para mientes en los máximos responsables de nuestro recorrido como nación, en las minorías rectoras de la vida nacional que vienen sucediéndose en ese papel del siglo XVIII para acá. Generalmente, desde hace un par de siglos, cada 15 años se instala, en la rectoría de México, un puñado de personas (políticos, intelectuales, empresarios y sacerdotes) que son las que principalmente parten el pan, planean y disponen el camino que debe seguirse.

Cada una de estas generaciones de caudillos se distingue por una actitud vital, una propensión íntima, según Ortega y Gasset; “un matiz de la sensibilidad” o “tonalidad del querer”, en palabras del escritor Menéndez; un conjunto de creencias y voliciones que no siempre son fáciles de distinguir en lo que tienen de específico pero sin duda distinguibles cuando se les observa con cuidado, cuando son sometidos los protagonistas proba-

bles de la generación que se pretende definir a un interrogatorio sobre su oriundez temporal, geográfica, social y cultural; su formación fuera y dentro de las aulas en la fase juvenil; su bandera ideológica al entrar en el escenario público y sus manifestaciones sobresalientes durante la sesquidécada del noviciado; las circunstancias de tiempo, espacio y manera ligadas a su arribo a las cumbres del poder, de la sabiduría, de la fama, de la fortuna y del influjo; sus propensiones íntimas y actividades mayores durante el quindenio de predominio; su lento abandono de la escena pública; su muerte, y su significado dentro de la época o drama histórico donde les tocó ser actores.

Si se aplica el cuestionario anterior a los hombres actuantes en la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII y primer cuarto del XIX, esos protagonistas de la vida mexicana se agrupan en cuatro equipos generacionales que se suelen llamar con los nombres de “los jesuitas expulsos”, los científicos, la generación de Hidalgo y la generación de Morelos. En cada uno de esos pelotones generacionales militan de dos a tres docenas de personas egregias, de auténticos caudillos combatientes por las ideas que han venido a constituir la patria mexicana, los Estados Unidos Mexicanos, esta nación que nos envuelve y nos da nombre y dolores de cabeza. Los egregios de esas cuatro tandas de mexicanos merecen el apodo de padres de la patria aunque ninguno con tanta razón como los adalides de la última.

Entre 1721 y 1735 nacieron los personajes de la generación de los jesuitas, llamada así por haber pertenecido la mayoría de sus miembros a la Compañía de Jesús. Hacia 1760 algunos jóvenes jesuitas novohispanos y otros individuos de la clase criolla dejan de sentirse vástagos de la estirpe española y comienzan a considerarse hijos de la tierra americana. Se disgustan con su etnia. Les quitan el título de padres y hermanos a los descoloridos españoles y se lo dan a los oscuros nahuas. Se dicen descendientes del imperio azteca y proclaman con orgullo su falsa ascendencia indígena. El jesuita criollo Pedro José de Márquez defiende la tesis de que “la verdadera filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida”. El padre Francisco Xavier Clavijero asegura que los indios son tan capaces de todas las ciencias como los europeos. Los hombres de aquella generación fueron particularmente sensibles a las virtudes del indio y a los recursos del territorio mexicano. Sintieron que su tierra era un paraíso, un cuerno de la abundancia, “el mejor país de todos cuantos circunda el sol”.

En vísperas de su expulsión, los jesuitas formaron en sus colegios de Mérida, Puebla, México, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, jóvenes que acogieron con entusiasmo aquella tesis del padre Rafael Campoy: “Buscad en todo la verdad, investigad minuciosamente todas las cosas, descifrad los enigmas, distinguid lo cierto de lo dudoso, despreciad los inveterados prejuicios de los hombres y pasad de un conocimiento a otro nuevo”. Expulsados los jesuitas por decreto real de 1767, quedaron para construir al México naciente algunos ex alumnos suyos que entonces andaban entre los 18 y los 33 años de edad. La gran mayoría eran jóvenes de la aristocracia que acabaron ordenándose de sacerdotes. Los más conocidos son el zamorano Benito Díaz de Gamarra, filósofo que quiso sacar a sus compatriotas de sus antiguas ideas y costumbres con el libro que llamó *Errores del entendimiento humano*; el enciclopédico periodista José Antonio Alzate, muy conocido por su labor difusora de las nuevas ideas en la *Gaceta de Literatura*; el médico y matemático José Ignacio Bartolache; el botánico José Mariano Mocino, los astrónomos Antonio León y Gama y Joaquín Velázquez de Cárdenas. Esta nueva promoción de cerebros tuvo un papel distinto del grupo de los jesuitas. Se ocupó en el estudio individual y silencioso, la ciencia empírica y el periodismo científico.

La subsecuente generación de intelectuales criollos, formada por hombres nacidos entre 1746 y 1764, prosiguió el estudio de su patria aunque ya no en su parte natural como la generación enciclopédica, sino la humana. A esta generación pertenece el señor cura Miguel Hidalgo y Costilla.

Del examen hecho por los sucesores y alumnos de Díaz de Gamarra, Alzate, Bartolache, del examen emprendido por el rector del seminario de Valladolid, Miguel Hidalgo, y sus compañeros, salió una patria de intolerable presente y porvenir utópico, la constituían en aquel entonces la desigualdad social y el despotismo ilustrado; pero, por sus cuantiosos recursos naturales, auguraba un futuro espléndido. México era el país de la grandeza natural que habían visto las dos generaciones precedentes, y de la miseria humana, según lo veían los de la nueva generación acaudillada por el padre Hidalgo. Por sus posibilidades México superaba a su metrópoli; por sus realizaciones, la colonia mexicana era inferior, por culpa de la metrópoli española.

La tesis de que España impedía el desarrollo de México y el sentimiento de que México tenía dentro de sus límites territoriales “todos los recursos

y facultades para el sustento, conservación y felicidad de sus habitantes” hizo concebir, en la pléyade cuyo epónimo fue Hidalgo, la idea de la independencia de México. Decidido el camino de la independencia, la generación de patriotas coetáneos del cura de Dolores se entrega fervorosamente al arte de conspirar contra España. Son bien conocidas las conspiraciones del canónigo Montenegro en Guadalajara y la de los machetes en México. Hasta en los libros escolares se refiere la intentona de independencia de 1808, encabezada por los municipales metropolitanos. El Ayuntamiento de la metrópoli neoespañola, constituido por puros criollos de la generación del cura Hidalgo, declaró que, por la ausencia del monarca legítimo, la autoridad recaía en el pueblo, y procedió a formar una junta representativa del pueblo mexicano para gobernarlo.

Como falla el ardid de 1808 para hacer la independencia, Hidalgo y sus compañeros vuelven al recurso de las conspiraciones. Cada uno de los centros urbanos del Bajío, principalmente las ciudades de Valladolid, Guanajuato, Querétaro y Guadalajara, se convierten en nidero de conspiraciones y en almácigo de miladas de insurgentes contra el dominio español. Por otra parte, en estas conspiraciones, como la de Valladolid y Querétaro, y en la insurrección grande iniciada en Dolores ya toma parte un nuevo equipo humano, más joven que el coetáneo de don Miguel. La nueva camada será a la postre autora de la independencia de México. Me voy a permitir hablar de la generación que secunda a Hidalgo, no de éste y sus compañeros, todos muy vistos. La enorme figura del benemérito don Miguel Hidalgo ha dejado en la sombra a otros beneméritos. En esta ocasión, quiero referirme a los 33 héroes que metieron orden en el caos desencadenado por sus maestros; a un grupo de 33 donde abundan los nativos de Guanajuato y sus contornos abajeños. La tercera parte de los 33 era oriunda de la vieja provincia mayor de Michoacán y otro tercio hizo sus máximas hazañas en estos rumbos. Me referiré, pues, con brevedad, a la generación cuyo epónimo es José María Morelos, a la pléyade que en alguna forma se identifica con el estilo de vida y las aspiraciones más constantes de la altiplanicie mexicana. De los 33 del grupo (pues hubo un trío nacido en España, un par en la franja costera del Golfo, otro par de nortehños y uno oriundo de Lima, Perú) 25 brotaron en el México que tiene como eje la abrupta cadena volcánica. Los 33 nacieron entre 1765 y 1779, en plena época ilustrada, cuando una modernidad de corte racionalista y neoclásica acababa de ser introducida por los jesuitas.

La mayoría fue retoño de la aristocracia virreinal, pero, cosa nunca vista antes, no pocos eran vástagos de familias de clase media, y más de alguno ocultaba su origen humilde. No fue una minoría rectora muy representativa de la sociedad de entonces. En ésta había tres clases de seres humanos: los pocos de medio pelo, los poquísimos de grandes recursos y las masas sin cosa alguna. Comoquiera, fue una constelación de personas de las minorías que por su oficio tuvieron queveres con la muchedumbre de los pobres. Diecisiete de los 33 recibieron el sacerdocio y una mitad de aquellos sacerdotes sirvieron en parroquias misérrimas, se mezclaron con la mayoría hambrienta y oprimida. Por ejemplo, don José Sixto Verduzco fue cura de la pequeña población de Tuzantla, en la Tierra Caliente de Michoacán. Aun José María Cos, brillante maestro de retórica y filosofía, desempeñó puestos de párroco pueblerino allá por Zacatecas. Don José María Morelos, el epónimo de la generación, sólo obtuvo chambas humildes entre gente pobre y marginada. Fue ayudante de cura en Uruapan y en Churumuco y cura en Carácuaro y Nocupétaro, en tierras de calor agobiante y angustiosa miseria humana.

También el par de militares de la generación tuvo tratos con la gente ordinaria, no obstante ser vástagos de la aristocracia criolla. Lo mismo Ignacio Allende que José María Liceaga, ambos nativos de la región guanajuatense, miembros los dos del ejército virreinal, por razones de su cargo tuvieron ocasión de ver con sus propios ojos la parte oprobiosa de la vida colonial, y quizá más que ningún otro José María Liceaga, del Regimiento de Dragones de México, por haber tenido una juventud aventurera e irregular. Lo que Lucas Alamán llamó su mala conducta lo obtuvo cerca del pueblo. Los ocho abogados de la hornada, precisamente por haber seguido la carrera jurídica, también tuvieron algún trato con la gente menuda, en particular Ignacio López Rayón y Carlos María de Bustamante. Por otra parte, fue una pléyade formada en los aires internacionales de la filosofía francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Muy pronto supo de los aires nacionales y se vio en el brete de mezclar lo de fuera con lo de dentro, lo francés con lo criollo.

Fuera del trotamundos fray Servando, conocido desde finales del xviii por un sermón sobre la Virgen de Guadalupe, ninguno de la pléyade fue noticia antes de 1800. Los primeros en asomar la cabeza a la luz pública fueron dos poetas: Manuel Martínez de Navarrete y José Joaquín Fernández de Lizardi. El primero nació en el Bajío, en el suroeste abajeño, en la

entonces villa de Zamora. Según su mejor crítico, Rafael C. Haro, “los entretenimientos poéticos de Navarrete, en su poesía bucólica moral descriptiva o elegíaca, como en ‘La mañana’, ‘Ratos tristes’ y otras muestras bien logradas igualmente en la inspiración religiosa, lo acreditan como poeta de valía, el mejor de su tiempo”. En su tiempo fue “altamente apreciado y después reducido a injusto olvido o desestima”, cosa que no pasa con Fernández de Lizardi, quizá por haber sido el primer novelista de México, quizá porque tuvo buen humor, y desde luego por haber vivido muchos más años que el fraile poeta y haber profesado de periodista. Ya entonces daba mucho lustre y notoriedad el escribir en periódicos. Así lo atestigua otra figura mayor de aquella camada, don Carlos María de Bustamante, oriundo de Oaxaca, ampliamente conocido desde 1805, desde la aparición del *Diario de México*, primer diario en Nueva España y reflejo minucioso de la vida callejera de la capital novohispana. También compareció muy joven ante el público el científico Andrés Manuel del Río, el descubridor del vanadio y constructor, desde 1808, de aquella ferrería en Coalcomán, precursora de la siderúrgica Lázaro Cárdenas.

En 1808 aparecen con la peligrosa bandera del independentismo fray Melchor de Talamantes y don Francisco Azcárate. Aquél, dos años antes del levantamiento del cura de Dolores, tuvo la osadía de hacer circular escritos subversivos y lo pagó caro. Como es sabido, las autoridades del imperio español lo refunden en la cárcel donde pierde la vida. También don Francisco Azcárate, otro descarado independentista, fue puesto en chirona por aquel gobierno virreinal, que mientras impedía la práctica del plan de independencia del cabildo de México, hizo ver a los compatriotas que el único camino para conseguir vida aparte de España era la guerra, cuya preparación exigía penosas conjuraciones.

En 1809, un año después de la intentona pacífica, fue sacado de la penumbra por fuerza policial el conspirador de Valladolid don José María Michelena. En 1810 se destaparon como adalides de la independencia, en vísperas de que los destapara y los volviera a enterrar el régimen español, los milites Ignacio Allende y José María Liceaga, el abogado Ignacio López Rayón y los curas José María Morelos, Francisco Severo Maldonado y Marcos Castellanos, el menos conocido, no obstante ser el epónimo del municipio más joven, ganadero y de más brillante futuro de Michoacán. Al siguiente año se volvió noticia mayor el par de diputados (Antonio Joaquín Pérez Martínez y Miguel Ramos Arizpe) que fue a las Cortes de

Cádiz con la esperanza de que allá conseguiría la igualdad jurídica de españoles e hispanoamericanos, la no diferencia de castas, la justicia pareja, la apertura de caminos, la industrialización y el gobierno de México para los mexicanos.

El grupo militante a las órdenes de Miguel Hidalgo, los insurgentes de la generación que nos ocupa, sobre todo el capitán Ignacio Allende, desempeña un papel muy importante. Jamás pudieron entenderse con el viejo e iracundo cura de Dolores. Según escribe Luis Villoro, “Allende no aprueba las condescendencias de Hidalgo con la plebe. Desde el comienzo se esfuerza en transformar la rebelión en un levantamiento ordenado, dirigido por los oficiales criollos”. Mientras Hidalgo y su camada buscan “la destrucción del orden social, encarnado en los ricos europeos”, Allende y su camada quieren poner un alto al desorden, encauzar las aguas broncas. Muchos definitivamente se apartan del autor del Grito de Dolores y se pronuncian contra él. Otros lo siguen a regañadientes hasta el cadalso. Sufren con el caudillo la derrota de Puente de Calderón. Acompañan en el éxodo hacia el norte al padre lanzarrayos. Caen con él en una emboscada y algunos son ejecutados junto al jefe con quien no compartían sus actitudes. En la alhóndiga de Granaditas se vieron sus cabezas encerradas en jaulas. En este sitio exacto, la revolución de independencia deja de ser acaudillada por la generación hidalguense y comienza a serlo por la pléyade moreliana.

En Zitácuaro, en 1811, Ignacio López Rayón establece una Suprema Junta Gubernativa de América. ¿Quién no sabe que el nuevo caudillo fue secretario del cura de Dolores durante su efímera campaña independentista? Antes de ser rebelde había sido director de empresas agrícolas y mineras en su Tlalpujahua natal, de donde sale para unirse a Hidalgo e inspirarle la idea de construir un gobierno insurgente. Durante la fuga, en Saltillo, los jóvenes insurgentes de la generación constructiva lo hacen general del ejército. Con este carácter se encierra en Zitácuaro a escribir sus famosos puntos constitucionales: “La América es libre e independiente de toda otra nación... El Supremo Congreso constará de cinco vocales nombrados por las representaciones de las provincias... Habrá un consejo de Estado para los casos de declaración de guerra y ajuste de paz... Habrá un protector nacional nombrado por los representantes... Queda enteramente proscrita la esclavitud... Queda proscrita como bárbara la tortura”.

Entre 1812 y 1815 la generación de Morelos revela su verdadero ser y da lo mejor de sí. Don Chema se convierte en la máxima figura militar y en el máximo legislador de la Nueva España; Mariano Matamoros, en un segundo jefe de un ejército victorioso; Rayón, Liceaga y Verduzco, en autores de la Junta de Zitácuaro, y éstos más Crespo, Bustamante, Cos, Herrera y Alas en artífices del primer Congreso mexicano del que sale la Constitución promulgada en Apatzingán en 1814, donde se estatuye: la soberanía reside en el pueblo y la felicidad de los ciudadanos consiste en el goce de la igualdad, la seguridad, la propiedad y la libertad. Esa minoría, también con el propósito de atraer a un nuevo orden a la masa del país, publica los mejores periódicos de la época: *El Pensador Mexicano*, de Fernández de Lizardi; *El Despertador Americano*, de Maldonado; *El Ilustrador Nacional*, de Cos, y el *Correo Americano del Sur*, de Bustamante.

Acostumbrados al culto a los guerreros, los habitantes de este país olvidamos frecuentemente la enorme labor mexicanista de los hombres de la pléyade moreliana. Las bases reales de la independencia se ponen al hacer la Constitución de 1814. Morelos es especialmente grande no por los triunfos obtenidos; sí por aquellos principios alimentadores del documento de Apatzingán, los “Sentimientos de la nación”, deseosos de que México “tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo y acepte y considere a España como hermana y nunca más como dominadora de América”. Conforme a ellos y otras instrucciones del caudillo, una media docena de personas de la misma edad procedieron a la hechura de la Constitución de Apatzingán que está por cumplir 170 años de promulgada y que exhibe con nitidez la fe católica, nacionalista, republicana y liberal insurgente acaudillada por Morelos.

Aunque la historia la recuerde por sus hazañas militares, la pléyade moreliana es sobre todo digna de recordación por los esfuerzos que hizo para encauzar la caótica revulfia de independencia mediante una carta magna, con las ideas sobre las instituciones públicas de López Matoso, con diseños para mejorar la distribución de la tierra y las condiciones de trabajo y para promover la agricultura, la industria y el comercio. Se trata de una minoría mucho más inclinada a construir que a destruir, a juntar que a separar. Justamente por eso los 24 de los 33 que salen con vida de la guerra no dudan en adherirse al Plan de Iguala, le toman la palabra a su enemigo Agustín de Iturbide, se proponen edificar una nueva patria que aunaría los aspectos positivos de la tradición con las doctrinas de la modernidad. Sólo

cuando Iturbide deja de cumplir con su palabra e intenta restablecer el antiguo régimen, muchos de ellos vuelven a las artes destructivas de la guerra hasta conseguir la instauración de la República.

Aunque Michelena funge como presidente de la República, y Mier, Ramos Arizpe y Gordoa llegan a ser miembros distinguidos del Constituyente que hizo la Constitución de 1824, la camada de Morelos no logra imponer sus ideales de orden a la primera República federal. El mando pasa a la minoría de una generación más joven, a un grupo mayoritariamente militar que por falta de eficiencia en sus miembros se entrega otra vez a la destrucción para la cual cualquier torpe es bueno. El destino de la República queda a merced de incultos generales del ejército. Los grandes constructores de la generación de Morelos son arrojados del servicio público. Algunos se recluyen, como Pablo de la Llave, Maldonado, Arrechederreta, Fernández de Lizardi, Pablo Moreno y Bustamante, en el cultivo de la literatura, y casi todos se convierten a la tristeza, a la mala pata de “nuestra degradación y envilecimiento”, según lo dicho por Bustamante.

Aunque la pléyade moreliana no se sale con la suya de reorganizar el México independiente, es merecedora de cariño y aun de imitación. Ya es hora de rectificar el hábito de la liturgia de la patria consistente en sólo rendir culto a los héroes destructores, a los patriotas furiosos, a los hijos de la ira cuya misión ha consistido en hacer la poda al país, como fue el caso del cura de Dolores, de los hombres de la reforma, o de Villa, Calles y Zapata en la revolución, y guardar, en cambio, en el cuarto de los tiliches las figuras gigantescas, quizá tan grandes, si no más, como las destructoras o cirujanas, pero cuyo papel en los vaivenes históricos ha sido el de cauterizar heridas, reponer platos rotos, reencauzar la vida mexicana, durante o después de las revolufias, por el camino del orden y la prudencia.

## IX. LA CONSTITUCIÓN DE APATZINGÁN

Los criollos de la clase media mexicana que tenían treinta y tantos años en 1808, además de independentistas, eran demócratas y liberales. Habían leído con entusiasmo a Rousseau, Montesquieu y sus glosadores españoles. Proclamaban los principios de la independencia de las naciones, la soberanía del pueblo, el gobierno representativo, la igualdad, la libertad

individual, la ley y la división de poderes. Todo porque creían en la innata bondad del pueblo raso y en la innata maldad de los caudillos.

Para liberar a las masas y maniatar a sus dirigentes, la nueva generación criolla seguiría dos rutas: la de la insurrección y la del debate parlamentario. Los seguidores de la primera hunden al país en la guerra al finalizar 1810; los partidarios de la segunda mandan representantes a las Cortes españolas. Los insurgentes se alían con el pueblo novohispano contra España; los parlamentaristas, con la clase media española contra la aristocracia de ambos mundos. Unos anteponen la independencia a la libertad; otros, la liberación al separatismo. Aquéllos comienzan por erigir a un caudillo; éstos, por repeler todo caudillaje. Toman la delantera los partidarios de la lucha armada.

Antes de concluir el temporal de lluvias de 1810, el cura Hidalgo, al frente de algunos criollos y de vastas multitudes mestizas, dirige una deslumbrante guerra que lo conduce, en menos de mes y medio, al alcance de la capital. Poco después, la derrota de Aculco lo obliga a replegarse hasta Guadalajara, y la de Calderón le impone la huida a la muerte. Comoquiera, la insurrección prosigue. A la luz del relámpago promovido por el cura de Dolores, se producen levantamientos. Unos, acaudillados por hombres de la clase media criolla, luchan por los anhelos liberales de ésta; otros, dirigidos por indios, aspiran a recobrar la autonomía de los estados indígenas; otros quieren trascender la miseria popular mediante el robo, y no faltan los que buscan, sin hacer distinciones entre europeos y criollos, la aniquilación de los blancos. La heterogeneidad es lo característico de la primera insurgencia. Las disparidades de tez y traje conllevaban tendencias, actitudes e ideas diferentes, todas alarmantes para la espuma social y algunas desasosegadoras para la medianía.

El grupo pacifista se fortalece. De las Cortes españolas, le escriben a principios de 1811: Americanos, “desde este momento os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes... Tened presente que al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representarnos en el Congreso Nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores: están en vuestras manos”.

A las Cortes fueron 17 diputados de la Nueva España; todos criollos, menos uno; los más, eclesiásticos y jóvenes. Exigieron allá la igualdad jurídica de españoles e hispanoamericanos, la extinción de las castas, la justicia

rápida, la libertad económica, la apertura de caminos, la industrialización, el gobierno de América para los americanos, el establecimiento de escuelas, la restitución de los jesuitas, libertad de imprenta y declaración de que la “soberanía reside originalmente en el pueblo”. Algunas de las exigencias criollas lograron triunfar; las más fueron desoídas. Con todo, la Constitución de Cádiz fue aceptada con gusto por una parte de la juventud. La otra siguió con las armas en la mano.

Muerto Hidalgo, la clase media insurgente reconoció dos guías principales: Ignacio López Rayón y José María Morelos. Aquél había sido, a fines del siglo XVIII, estudiante en Valladolid y México. Aquí obtuvo en 1796 el título de abogado. Luego fue director de empresas agrícolas y mineras. Enseguida, unido al cura de Dolores le inspiró la idea de constituir un gobierno insurgente del que fue secretario de Estado y del Despacho Universal. Poco después, la Junta de Saltillo lo hizo jefe del ejército, y como tal ganó un célebre combate en Zacatecas. A partir de entonces no cesa de perder adeptos. Casi solo, se encierra en Zitácuaro al promediar el año de 1811.

El otro caudillo fue tan popular como Hidalgo. Su vida se inició en una carpintería de Valladolid, adquirió una cicatriz nasal en su adolescencia de vaquero, obtuvo un bachillerato en artes en su juventud de seminarista y rigió modestas parroquias en el comienzo de su edad adulta. Su aspecto retrataba su carácter: rostro ceñudo, “inalterable en todas las circunstancias”. Era severo hasta la crueldad, pero escrupulosamente justo. “Ignorado y despreciado en un principio —escribe Alamán— fue creciendo en poder e importancia y levantándose como aquellas nubes tempestuosas, que naciendo en la parte del sur, cubren en breve una inmensa extensión de terreno”.

Mientras Morelos se convertía en amo del gran valle del sur, el 19 de agosto de 1811, 16 jefes insurrectos, reunidos en Zitácuaro, creaban la Suprema Junta Gubernativa de América, con Rayón como vocal presidente y el general Liceaga y el doctor Verduzco como segundo y tercer vocales. Con esa junta se quiso unificar el mando de la guerra contra España, pero no fue obedecida por numerosos jefes insurgentes. Albino García, el caudillo de Guanajuato, declaró que no reconocería más junta que la de los ríos. Los Villagranes, que depredaban el norte de la ciudad de México, la hostilizaron. Morelos comienza a tomarla en serio muy tarde, desde su elección como cuarto vocal de ella.

Además de no ser obedecida, los tres primeros integrantes de la junta no se entendían. De José Sixto Verduzco, cura de Tuzantla y antiguo maestro de Rayón, escribió Bustamante: “era de suyo empeñoso, áspero de genio y muy propio para activar... cuadrillas de albañiles negligentes... Faltábale una cosa (y no de poca monta): un buen jefe que lo mandase, pues no sabía palabra de milicia”. Alamán añadió: “aunque doctor era uno de los hombres más ignorantes y preocupados que yo he conocido”. De su escasa cultura dio pocas muestras; de su torpeza militar, los combates perdidos en Uruapan, Araparícuaro y Valladolid.

Menos competente era don José María Liceaga, oriundo de Guanajuato, “de buena familia y algunas propiedades” y de mala conducta. Fue echado del Regimiento de Dragones de México. Hidalgo lo nombra capitán, pero como no había galones para que se le hiciesen las charreteras exigidas por la capitania, tuvo que ascenderlo a teniente coronel. Siendo vocal de la Suprema Junta, se autonombró “general de las provincias del norte”. Iturbide lo derrotó en Valle de Santiago y García Conde lo hizo encerrarse en las islas de la laguna de Yuriria.

La primitiva Suprema Junta sólo contaba con un hombre de valía: Ignacio López Rayón, quien, mientras sus colegas eran sistemáticamente vencidos, redactaba un proyecto de constitución política para el naciente Estado: los “Elementos constitucionales que han de fijar nuestra felicidad”. Después de decir que sólo se toleraría la religión católica, afirma que “América es libre e independiente” y “que la soberanía dimana inmediatamente del pueblo”. Luego esboza una forma de gobierno monárquica y democrática, que proscribía la esclavitud y permite la libertad de comercio y la libertad de imprenta en puntos puramente científicos y políticos.

Los 38 elementos constitucionales de Rayón nunca fueron dados a la prensa. Morelos, que reconocía en ellos las ideas de Hidalgo, propuso hacerles modificaciones menudas; pero Rayón fue más allá: declaró que su proyecto constitucional “cada día le disgustaba más” y que era inútil. “¿Qué avanzamos con publicarla? —le escribía a Morelos—. Realmente [en] nada alivia... la administración de justicia y el régimen interior”.

Mejor suerte les cupo al manifiesto y los planes de guerra y paz de José María Cos, jefe de prensa de la Suprema Junta. Sentando por principios “la residencia de la soberanía en la masa de la nación” y la estructura del imperio “con partes integrantes, iguales y entre sí independientes”, negó a España el derecho de regir al Nuevo Mundo; propuso la reunión de un

congreso nacional, representativo de Fernando VII; pidió a los peninsulares la renuncia al gobierno y al ejército mexicanos, y protestó por el uso que los sacerdotes hacían de armas y anatemas de la Iglesia para zanjar diferencias políticas.

Aunque el virrey dispuso dar al fuego los escritos del doctor Cos, éstos circularon profusamente. Alamán reconoce en el periodista de la Suprema Junta “un hombre de gran talento y de ingenio fecundo en invenciones” y deplora que la desconfianza del virrey Venegas lo hubiese empujado a las filas insurgentes. Cos había sido un brillante alumno y profesor de gramática, retórica, filosofía, teología y latín en Zacatecas y en Guadalajara. Una entrevista con el insurgente Iriarte lo metió en líos con las autoridades. Cuando iba a México a explicar su conducta, sufrió prisiones. Cuando volvía a su curato de Zacatecas fue detenido por una partida del cura Correa, quien lo condujo ante la Suprema Junta, la cual lo hizo, antes de conocerlo, jefe del regimiento “de la muerte”, y poco después, director de *El Ilustrador Nacional* y *El Despertador Americano*.

A Cos se le ha llamado “el cerebro de la revolución de independencia”, pero él hubiera querido ser su brazo fuerte. Según Bustamante, “Cos siempre manifestó deseos de hallarse a la cabeza de un ejército y obrar cosas dignas de inmortalidad”. Estando en Dolores, levantó un modesto ejército que estuvo a punto de abatir al de Iturbide y entorpecía el paso de los arrieros.

Mientras tanto, la situación de la insurgencia se agravaba. Félix María Calleja, el mayor general de los ejércitos realistas, era nombrado virrey; los jefes menores de la insurrección sufrían derrota tras derrota, y los hombres de Zitácuaro se inculpaban mutuamente de todo lo que pasaba. El 29 de marzo de 1813 Morelos le escribió a Rayón: “Aunque Vucencia en su última fechada en Puruarán no me dice la ruidosa desavenencia que tiene con los otros dos compañeros [de la Junta Suprema] o ellos con Vucencia, el rumor ha volado a estas provincias... Quiera Dios no siga el cáncer, que es lo que desea el enemigo”.

Entonces Morelos realizaba sus mejores proezas: la ocupación de Orizaba y Oaxaca y el sitio y la toma de Acapulco que rubrica con esta sentencia: “La nación quiere que el gobierno recaiga en los criollos y como no se le ha querido oír ha tomado las armas para hacerse entente y obedecer”. Y con esta otra: “Yo estoy autorizado por la nación; soy uno de los vocales de la Suprema Junta de este reino; estoy revestido de toda la autoridad de ella”.

Basado en el gran prestigio y la vasta autoridad que le dieron, no su vocalía en la Suprema Junta, sino sus hazañas militares, Morelos cita a los tres vocales de Zitácuaro y al quinto que hizo elegir por Oaxaca para una reunión que tendría lugar el 8 de septiembre en el pueblo de Chilpancingo. Pero como Rayón repugnara esta ocurrencia, Morelos le escribe:

Veo que reasumiendo en sí todos los poderes con el pretexto de salvar a la patria, V.E. quiere que ésta perezca, pues mirándola peligrar, trata de atar las manos a todo ciudadano para que no ponga el remedio conveniente, ni aun provisional como hasta aquí lo llevábamos con la junta instalada en Zitácuaro... En esta atención, y en la que no trato asuntos peculiares míos, sino generales de la nación, autorizado por ella, a ella sería yo responsable si suspendiera un instante su salvación por agradar a vuestra excelencia... La junta se ha de celebrar en Chilpancingo... Yo soy enemigo de fungir y estaré contento con cualquier destino... No pretendo la presidencia; mis funciones cesarán establecida la junta y me tendré por muy honrado con el epíteto de humilde siervo de la nación.

Rayón admitió al fin, de mala gana, la convocatoria para el Congreso. Morelos le contestó:

sabe muy bien que yo no tengo espíritu de abatir a mis conciudadanos, dando pruebas nada equívocas en sostener una junta [la de Zitácuaro], ilegítima en sus principios y fines, haciendo que se obedeciera por tácito pero repugnante consentimiento de los pueblos... Acompaño a vuestra excelencia las actas y oficio de citación para que venga a reunirse al Congreso como miembro de él, a cumplir su tiempo, entregando el mando de las armas al individuo que convenga.

El 11 de septiembre, Morelos expidió en Chilpancingo el reglamento que prefijaba las facultades del Congreso y el modo como debía proceder. Aunque su autor fue don Andrés Quintana Roo, el reglamento no se apartaba de los propósitos de Morelos que quería que la asamblea constituyente sólo retuviera el Poder Legislativo, concediera a un general el Ejecutivo y dejara el Judicial a los tribunales entonces existentes.

Por otra parte, Morelos designó a los diputados por la “parte oprimida de la nación”, a Rayón por Guadalajara, a Verduzco por Michoacán, a

Liceaga por Guanajuato, a Carlos María de Bustamante por México, a Andrés Quintana Roo por Puebla y al doctor Cos por Veracruz. Los elegidos por la parte independiente fueron don José María Murguía por Oaxaca y don José Manuel Herrera por la recién erigida provincia de Tecpan. La elección de éste se hizo la víspera de la reunión del Congreso. El día 13, “reunidos todos los electores... celebrada la misa del Espíritu Santo, y exhortados en el púlpito por el doctor don Francisco Lorenzo de Velasco para alejar de sí toda pasión y convenio antecedente, y leído el reglamento para el mejor orden de las votaciones y arreglo de las primeras sesiones del Congreso, se procedió a la votación”, por la que resulta elegido, por mayoría de votos, el doctor Herrera, quien había desempeñado con sabiduría y virtud los curatos de Santa Ana Acatlán y Huamustitlán y fungido como vicario de las tropas realistas de Mateo y Musitu. Morelos, después de fusilar a Musitu, encarga a Herrera la fundación y dirección del periódico titulado *El Correo Americano del Sur*. Como otros clérigos, quiso probar fortuna en la guerra; cede el *Correo* a Bustamante, y en enero de 1813, a la cabeza de la cuarta brigada, derrota a las tropas de París.

Herrera y los tres diputados llamados suplentes (Cos, Bustamante y Quintana) se convertirían en las figuras máximas del Congreso. Como Herrera y Cos, Bustamante y Quintana, a pesar de su juventud, ya tenían su historia y no eran neófitos en la lucha insurgente.

Bustamante, oriundo de Oaxaca, era abogado desde 1801. Desde entonces se codeaba con los máximos funcionarios del reino. El virrey le permitió publicar, a partir de 1805, *El Diario de México*, primera publicación de carácter cotidiano que apareció en Nueva España y reflejo minucioso de la vida íntima y callejera de la capital. Fue don Carlos María uno de los primeros en hacer uso de la libertad de imprenta, concedida por las Cortes gaditanas en 1812, pero fue también uno de los primeros en sustraerse a la persecución contra los que usaron de esa libertad. Quiso incorporarse al grupo insurgente de Osorno, pero, por ciertos desaires recibidos, fue a Oaxaca, recién ocupada por Morelos, y consigue de éste el empleo de brigadier. Logra reunir un regimiento de caballería, pero descubre que no es capaz de pelear. Su puesto estaba en la dirección del *Correo Americano del Sur*.

Andrés Quintana Roo había nacido en Mérida en 1789; se hizo bachiller en la capital; le abrió calle en la abogacía el altisonante abogado don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador. Le dieron fama prematura

sus versos, el difícil idilio con Leona Vicario, la huida de México, su violenta afiliación a la causa insurgente, un interrumpido discurso de 16 de septiembre, los artículos publicados en *El Ilustrador Americano* y en el *Semanario Patriótico* y el tierno reencuentro con doña Leona en Oaxaca, a fines de 1812.

Un día antes de la instalación del Constituyente, Morelos visitó a Quintana en su aposento y le dijo:

—Siéntese usted y óigame, señor licenciado, porque de hablar tengo maña, y temo decir un despropósito...; ponga cuidado, déjeme decirle y cuando acabe me corrige.

Morelos se paseaba con su chaqueta blanca y su pañuelo en la cabeza; de repente se paró ... y entonces, a su modo, incorrecto y sembrado de modismos y aun faltas de lenguaje, expuso:

—Soy siervo de la nación, porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo; que rompa todos los lazos que le sujetan, y acepte y considere a España como hermana y nunca más como dominadora de América. Quiero que hagamos la declaración que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no haya privilegios ni abolengos; que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del rico hacendado; que todo el que se queje con justicia, tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para nuestros hijos, que tengan una fe, una causa y una bandera, bajo la cual todos juremos morir, antes que verla oprimida, como lo está ahora, y que cuando ya sea libre, estemos listos para defenderla...

—Ahora, ¿qué dice usted?, concluyó Morelos.

—Digo, señor —repuso Quintana—, que no me haga caso ni quite una sola palabra de lo que ha dicho, que es admirable.

Como se ve, Morelos no desperdició oportunidad de influir en la marcha del Congreso que iba a inaugurarse. El caudillo, como dice Teja Zabre, “utilizó su autoridad de hecho para la convocación a elecciones, para designar diputados suplentes y algunos propietarios, para formar un reglamento, para presidir la sesión inaugural y, finalmente, para señalar a

la asamblea el camino de su trabajo”. El Congreso, pues, no se convoca ni se organiza de acuerdo con los sistemas democráticos puros, pero tampoco podía hacerse de otra manera.

La sesión inaugural se celebra públicamente el día 14, en el templo de Chilpancingo. Morelos, ante numerosa concurrencia, pronuncia “un discurso breve y enérgico sobre la necesidad en que la nación se halla de tener un cuerpo de hombres sabios, amantes de su bien, que la rijan con leyes acertadas y den a su soberanía todo el aire de majestad que le corresponde”. Enseguida, el secretario Juan Nepomuceno Rosáins lee “un papel hecho por el señor general... en el que se ponen de manifiesto sus principales ideas para terminar la guerra y se echan los fundamentos de la constitución futura que debe hacer feliz y grande [a la patria] entre las potencias”.

El papel del general es conocido con el nombre de “Sentimientos de la nación”. Consta de 23 puntos. No es muy diferente de los 38 puntos constitucionales de Rayón. Propone al Congreso que haga la triple declaración de que América es libre e independiente de España, la religión católica es la única y “la soberanía dimana inmediatamente del pueblo”. Solicita, además, la división del gobierno en tres poderes y que los empleos en él “los obtengan sólo los americanos”. En general exige “que no se admitan extranjeros, si no son artesanos capaces de instruir, y libres de toda sospecha”. Añade que las leyes dictadas por el Congreso “comprendan a todos” y sean “tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto”.

Conforme a las instrucciones de Morelos, los diputados asistentes a la sesión inaugural (Quintana, Verduzco, Murguía y Herrera) procedieron a dividir el Poder Legislativo del Ejecutivo. Por acuerdo unánime se eligió a Morelos para los cargos de generalísimo y jefe del segundo poder. Morelos rechazó esos nombramientos y más aún el epíteto de “alteza serenísima” que quiso anteponersele a su nombre. En seguida, desde el púlpito de la parroquia, el doctor Francisco Lorenzo de Velasco elogió calurosamente a Morelos y pidió que se le obligase a ser depositario del Poder Ejecutivo y se le diesen facultades amplísimas. “Siguióle la oficialidad con gran grito —testimonia Bustamante—. Los pobres vocales... pidieron que se les diese tiempo y libertad para deliberar; mas nególo la chusma”. Entonces los congresistas declararon inadmisibles la renuncia de Morelos. “Satisfecha la concurrencia con esta determinación y llena de regocijo, no pudo

menos que prorrumpir en vivas... y vencido por las expresiones públicas y por la autoridad del Congreso, admitió por fin el empleo”.

En los días siguientes, mientras el Congreso se ocupaba en detalles de su reglamentación interior, acordaba que las sesiones fuesen públicas y que cualquiera podía presentar iniciativas de ley, Morelos escribía a Rayón: “la falta de su persona en el Congreso embaraza resoluciones de trascendencia”.

De otro lado, Morelos expedía manifiestos y decretos. El 30 de septiembre manifiesta a los españoles: “Para toda la nación levantada en masa, un ejército armado y disciplinado y muchas divisiones aguerridas que hoy entran a mi mando, son pocos los millares de soldados que pueden venir de la península o de Inglaterra... Nuestra posición es ventajosa; la causa que defendemos es justa; el Señor de los Ejércitos que la protege es invencible”. El 5 de octubre confirma por decreto la abolición de la esclavitud y dispone que en los pueblos de indios se hagan elecciones libres y cese la costumbre de los servicios personales.

Entre tanto llegaban al Congreso los diputados ausentes: Bustamante, Liceaga y Rayón. En la sesión del 5 de noviembre, “se leyeron dos representaciones del señor Bustamante, que dirigió al Ayuntamiento de México, en las que exhortaba a una transacción”. Se dijo luego que la ausencia de don José María Cos se debía a sus enfermedades. De Murguía, también ausente, no se chistó. Se había retirado un día antes, pretextando enfermedad, y no volvió más. Entró a suplirlo don Manuel Sabino Crespo, cura de Río Hondo, a quien Bustamante le endilga los adjetivos de sabio, virtuoso y ejemplar.

En la sesión del 6, Bustamante presentó un proyecto de acta de independencia, y “en seguida pidió que se sirviese declarar que podía volverse a establecer en este reino la extinguida... Compañía de Jesús. Amplió esta solicitud con una oración tierna y enérgica, y en consecuencia, presentó un proyecto de ley”. Ambas iniciativas, “hechas algunas reflexiones”, fueron aprobadas. Aprobóse, por otra parte, un manifiesto de Quintana Roo que anunciaba al pueblo mexicano la instalación del Congreso.

La declaración de independencia admite los adjetivos de indigenista, legalista, providencialista, clerical y católica. Alude al restablecimiento de la época precortesiana; deja a la ley, no a los hombres, el arreglo y la felicidad de la nación; llama a Dios “árbitro moderador de los imperios... que los da y los quita según los designios inescrutables de su providencia”; ofrece al clero el oro y el moro, y proclama “que no profesa ni reconoce

otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna”.

En la ley que dispone el regreso de los jesuitas se entraña una muestra de gratitud, un propósito de vindicar a la primera víctima del despotismo español, una esperanza de hacer de la Compañía de Jesús la más ilustre madrina de la lucha insurgente y un deseo de esparcir las “luces” en todos los ámbitos del país; en el centro, con educadores comparables a Campoy, y en las Californias y las provincias de la frontera, con misioneros celosos, como Kino. Se quiso también lograr con ellos la depuración de la Iglesia mexicana que Cos quería verla como fe en “los días y siglos alegres de la Iglesia primitiva”.

El manifiesto de Quintana Roo, el más encendido de los textos aprobados en la memorable sesión del 6 de noviembre, se declara contra todo “régimen despótico” porque “no hay ni puede haber paz con los tiranos”. No ve en la separación de España la meta del movimiento insurgente. Quiere reformas sociales de índole liberal; busca conseguir, “la felicidad de los pueblos” con el ejercicio de una libertad individual sólo limitada por la ley emanada de “las voluntades de todos los ciudadanos”. En fin, da un voto de confianza a Morelos, “el héroe que procura con sus victorias la quieta posesión de nuestros derechos”.

Al día siguiente, el héroe aclamado por Quintana sale de Chilpancingo en busca de nuevos triunfos. Pero el tiempo no había pasado en balde. La demora de Morelos en actividades políticas permite a Calleja organizar, disciplinar y equipar las tropas del rey que ya estaban en espera de una salida del Rayo del Sur. Aunque éste trató de despistarlas (finge un avance hacia Puebla y marcha a Valladolid), no puede evitar el choque y la derrota. El 24 de diciembre, en las puertas de Valladolid, “la confusión, la sorpresa, las sombras nocturnas, el valor de los realistas, igual que su atrevimiento, todo —escribe Teja Zabre— se reúne contra las tropas de Morelos, que combaten entre ellas mismas... y abandonan al fin sus posiciones en completa dispersión”.

Al desastre de Valladolid sigue el de Puruarán. Los realistas invaden el gran valle del sur. El 22 de enero de 1814 el Congreso se traslada al pueblo de Tlacotepec. Allí va Morelos a reunírsele y allí los constituyentes lo despojan de la investidura de generalísimo y jefe del Poder Ejecutivo. Sólo se deja a sus órdenes una escolta personal de 150 soldados. Morelos obedece.

Todavía en Tlacotepec, el Congreso niega a Verduzco el permiso para retirarse; ordena a Bustamante volver a las sesiones; acepta que éstas se hagan con menos de los cinco diputados que exigía el reglamento, y nombra al jurista José Sotero Castañeda diputado por Durango; a don Cornelio Ortiz de Zárate, por Tlaxcala; a don José María Ponce de León, por Sonora; a don Francisco Argáandar, por San Luis Potosí; a don Antonio Sesma, por Puebla; al canónigo José de Martín, por ningún lugar, y al joven “bien agestado, circunspecto, meditador, profundo, amable y valiente”, Manuel Aldrete y Soria, por Querétaro. Nombra intendente de Oaxaca al desertor José María Murguía; de Tecpan, a Ignacio Ayala; de México, a José María Rayón; de Puebla, a José Antonio Pérez; de Veracruz, a José Flores; de Valladolid, a Pablo Delgado; de Guanajuato, a José Pagola. Por último, declara comandante del sur a Ignacio López Rayón; del centro a José María Cos, y del oriente a Juan Nepomuceno Rosáins. Morelos acepta “servir de último soldado del ejército” y corre hacia Acapulco.

Perseguido otra vez por las fuerzas realistas, el Congreso huyó al rancho de las Ánimas, y luego, al ser atacado allí, abandonó archivos y equipajes y fue a parar a Ajuchitlán y de aquí a Uruapan, donde permaneció cerca de tres meses, al cabo de los cuales fue de nuevo empujado hasta la hacienda de Santa Ifigenia y constreñido en seguida a echar marcha atrás hasta la hacienda de Poturo y de ésta sale huyendo rumbo a Tiripetío. “En Guayameo, situado al pie de la sierra, se colocaron [los diputados] en unas pobres barracas, y por espacio de algunos días” —refiere Bustamante— comieron arroz y carne cocida sin sal. “En Tiripetío vivieron en religiosa comunidad espartana. En cierta vez se les presentó como a las 10 del día un cochino, que muy luego sufrió muerte cruenta, fue dividido en un *Sancti Amen*, y cada uno tomó una tajada como pudiera un can hambriento”.

En Tiripetío, el 15 de junio de 1814, el diputado José Manuel Herrera anuncia: “En breves días veréis, pueblo de América, la carta sagrada de libertad que el Congreso pondrá en vuestras manos”. La aludida carta, “cuyas primeras líneas se tiraron en Guayameo”, conforme a discusiones tenidas en Santa Ifigenia, se hizo a veces “bajo los árboles” del campo, a veces “en malas chozas”, por unos legisladores que, “los más de los días se alimentaban con esquite” e iban constantemente de un sitio a otro dizque protegidos por una escolta compuesta de 80 rancheros, “armados con garrotes y cinco fusiles”. Pero, según los legisladores, “ni la malignidad de los climas, ni el rigor de las privaciones, ni los quebrantos de la salud... ni

los obstáculos políticos que a cada paso se ofrecían, nada pudo interrumpir la dedicación con que se trataban, desde los asuntos más graves y detallados, hasta las minucias y pequeñeces, que llamaban entonces el cuidado de la soberanía”.

El comité encargado de redactar la carta magna, constituido por Andrés Quintana Roo, Carlos María de Bustamante y José Manuel Herrera, concluye su tarea a comienzos de octubre de 1814. Para jurarla se escoge el pueblo de Apatzingán. “Mas era preciso —escribe Bustamante— aparentar que la iban a jurar en Pátzcuaro para que el enemigo no persiguiese” a sus autores.

Las palabras necesarias sobre las fuentes remotas de la Constitución de Apatzingán pueden verse en el primer volumen de *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas*, del doctor José Miranda. Allí se dice: “De la Constitución francesa de 1793 fueron seleccionados por aquellos constituyentes gran número de conceptos y preceptos que vertieron en la parte dogmática de su código político... De la Constitución española del 12 no se tomó gran cosa. Lo más parecido entre las dos constituciones —la española y la mexicana— se debe a que las dos abrevaron en las mismas fuentes [pero nada de lo anterior] quiere decir... que los constituyentes hayan tomado ciega o servilmente, los preceptos y las normas de constituciones extrañas... Lo que hicieron... fue recoger lo que les pareció más conveniente para la realidad mexicana de entonces, y añadir a esto los elementos propios”.

Las fuentes próximas fueron los “Elementos constitucionales” del presidente de la antigua Junta de Zitácuaro, los “Sentimientos de la nación” de Morelos y el “Reglamento” en que Quintana prefijó las facultades de la asamblea de Chilpancingo y la forma como debía proceder. Y es creíble que el Constituyente sólo tuvo a la mano esos textos, pues no tenía, cuando redactó la Constitución, según testimonio de Bustamante, “amigos, bibliotecas y archivos con quienes consultar sus dudas”.

En la Constitución o Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana hay 242 artículos; 41 en la parte de “principios o elementos constitucionales”; 196 en la de “forma de gobierno”, y los restantes en la final transitoria. Precede al articulado un brevísimo prólogo donde se asegura que el Decreto regirá hasta que el país sea libre “de los enemigos que lo oprimen” y dicte la constitución definitiva.

La parte primera y dogmática exhibe la fe católica, nacionalista, republicana y liberal de la generación insurgente de clase media. En esencia,

declara: “la religión católica es la única que se debe profesar”; la soberanía “reside originariamente en el pueblo”, “es por su naturaleza imprescriptible, inenajenable e indivisible” y está facultada para “dictar leyes”, hacerlas cumplir y aplicarlas a los casos particulares; el Estado se constituye por la espontánea voluntad de los ciudadanos; el ejercicio de la soberanía corresponde a la representación nacional depositada en el Congreso; “la ley es la expresión de la voluntad general en orden a la felicidad común”; “la felicidad del pueblo y de cada uno de los ciudadanos consiste en el goce de la igualdad, seguridad, propiedad y libertad”, pues “la íntegra conservación de estos derechos es... el único fin de las asociaciones políticas”. Son obligaciones de los ciudadanos “una entera sumisión a las leyes, un obediencia absoluta a las autoridades constituidas, una pronta disposición para contribuir a los gastos públicos y un sacrificio voluntario de los bienes y de la vida” cuando las necesidades de la patria lo demanden.

La parte segunda estatuye en su primer capítulo el Estado centralista y dividido provisionalmente en 17 provincias: México, Puebla, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán, Oaxaca, Tecpan, Michoacán, Querétaro, Guadalajara, Guanajuato, Potosí, Zacatecas, Durango, Sonora, Coahuila y Nuevo Reino de León. Omite las provincias de Texas, Nuevo Santander, Nuevo México y las Californias. En este hecho algunos han visto ignorancia de los legisladores, otros olvido y los menos disimulo culpable.

El capítulo segundo de la segunda parte establece la división de poderes y la supremacía del Poder Legislativo. De éste, con el nombre de Supremo Congreso Mexicano, se derivan el Supremo Gobierno y el Supremo Tribunal de Justicia, a los que se permite tener una guardia de honor, pero no tropa. El ejército queda como brazo del Legislativo, a sus inmediatas órdenes.

El Congreso se compondría de 17 diputados, “elegidos uno por cada provincia”; serían elegidos ciudadanos de más de 30 años, “buena reputación, patriotismo acreditado... y luces no vulgares”; la elección se haría por un procedimiento de tres grados (parroquia, partido y provincia); los elegidos durarían dos años en funciones, se les llamaría “Excelencia”, serían inviolables, y al terminar su periodo deberían someterse a juicio de residencia. El Congreso se atribuía las facultades de aprobar, sancionar, interpretar y derogar leyes; elegir los miembros mayores de los poderes Ejecutivo y Judicial; designar representantes diplomáticos y generales; negociar la guerra y la paz; establecer impuestos y gastos; acuñar moneda; pedir empréstitos, y proteger las libertades de palabra e imprenta.

El Supremo Gobierno se regiría por tres individuos iguales en autoridad que se alternarían por cuatrimestres en la Presidencia y serían auxiliados por un secretario de Gobernación, otro de Hacienda y un tercero de Guerra. El secretariado se mudaría cada cuatro años. Como los congresistas, triunviros y secretarios deberían sujetarse al juicio de residencia, sus atribuciones eran muy limitadas. El Congreso se encargaba de mantener al gobierno bien maniatado.

El Supremo Tribunal de Justicia se integraría con cinco individuos ante quienes se podría apelar en lo civil y lo criminal. Por otra parte, quedarían facultados para conocer los juicios de responsabilidad contra los funcionarios mayores. En fin, tendría un colega en otro respetable tribunal, hechura del Congreso, compuesto por siete jueces de residencia.

En la dirección de las provincias habría intendentes; en la de los partidos, jueces, y en las parroquias y jurisdicciones menores, los antiguos “gobernadores y repúblicas, ayuntamientos y demás empleos”, todos de manera provisional.

La Constitución se juró solemnemente en Apatzingán el 22 de octubre de 1814. “Los soldados que allí estaban, y que hasta entonces habían andado casi desnudos, vistieron uniformes de manta; Morelos y el doctor Cos lucieron unos riquísimos, y todos en general se pusieron la ropa más decente que tenían”. Hubo misa de acción de gracias, tedeum, banquete y baile. Morelos “depuso su natural mesura, y con jovial alegría, danzó y abrazó a todos”.

Otra escena fue el nombramiento del Poder Ejecutivo, que recayó en los señores Cos, Morelos y Liceaga. Días después, con nueva función, se instaló en Ario el Supremo Tribunal de Justicia. Por último, se dispuso que don José Manuel Herrera estableciese relaciones con el gobierno de los Estados Unidos.

En mayo de 1815 se conoce en México el Decreto Constitucional. El virrey lo condena a las llamas y exige a la gente la renovación del juramento de fidelidad al soberano español. El cabildo de la arquidiócesis prohíbe su lectura bajo pena de excomunión mayor; el Santo Oficio extiende la pena a los que no denunciassen a los lectores del Decreto y a los simpatizantes de la independencia; José Julio García, con un artículo, se propuso desengañar “a los rebeldes sobre su monstruosa Constitución”; el canónigo Pedro González quiso demostrar que el texto de Apatzingán era herético; Agustín de Iturbide se comprometió con el virrey a tomar presos a los legisladores en

Ario, y allá llegó una hora después de que el Congreso había salido para Puruarán. Sólo pudo agarrar a “18 soldados entretenidos en recoger a sus mujeres”. Fusilados los 18, continúa, sin buen éxito, la correría.

A los ataques de fuera siguen las desavenencias entre los funcionarios del gobierno insurgente. El 30 de agosto de 1815, el doctor Cos expide en Zacapu un manifiesto que desconoce al Congreso y lo acusa de ilegítimo en su origen, por constituirlo hombres que se habían autoelegido; de traición, por estar vendidos a las autoridades españolas, y de abuso de facultades por haberse ocupado de materias eclesiásticas y asumido los tres poderes. Cos asegura que para sostener su manifiesto contaba con el escudo “de 3 000 bayonetas”.

El Congreso, reunido entonces en Uruapan, ordena a Morelos que aprehenda a Cos. Aunque éste trata de resistir, Morelos lo conduce con miles de miramientos ante los congresistas quienes lo condenan a muerte y luego lo hacen presenciar su ataúd. Esta contemplación le permite proferir una frase célebre. “Mayor dolor—dijo— me causará el piquete de una pulga que el tránsito de la vida a la muerte”. Conmovero por ella, el doctor Herrera “se presenta de rodillas a la puerta de la sala en que el Congreso celebraba sus sesiones y pide permiso para entrar a exponer una humilde súplica”. Suplica que no se manche la causa de la independencia con la sangre del teólogo díscolo y “reitera sus instancias con lágrimas”. El Congreso, también conmovido, conmuta al reo la pena de muerte por la de prisión perpetua en los calabozos subterráneos de Atijo.

Una carta de un tal Álvarez de Toledo decía que “los insurgentes mexicanos... debían tener esperanzas de que los auxiliasen los Estados Unidos”. Para facilitar ese auxilio, los tres poderes decidieron trasladarse a un lugar cercano a la costa del Golfo. La decisión recayó en Tehuacán, sitio bien guarecido por el general Mier.

Para ir de Uruapan a Tehuacán era indispensable recorrer, por terrenos enemigos, cerca de 700 kilómetros. Morelos, a quien se dio el mando de la expedición, únicamente contaba con un millar de hombres —mitad armados con fusiles; mitad, con garrotes y hondas— para proteger la marcha de una docena de juristas y teólogos que no podían dar paso sin pesados equipajes, papeles y expedientes. No había tampoco dinero. Morelos tuvo que vender su ropa de uso. Para colmo de desgracias, el gobierno virreinal se enteró de los propósitos del gobierno insurgente y dispuso detener, a la primera oportunidad, a los peregrinos. Supo también que en

Uruapan quedaba una Junta Gubernativa de las Provincias de Occidente, la cual, si el Congreso perecía en la caminata, iba a ser el gobierno provisional del país.

Durante la caminata, Morelos sujetó a triunviros, jueces y legisladores a la disciplina militar. Como los milites, iban en fila y dormían al raso. Así recorren toda la Tierra Caliente desde Michoacán hasta Cutzamala; continúan por la orilla izquierda del Balsas hasta el encuentro con el Amacuzac; remontan por la margen izquierda de éste hasta Tenango; atraviesan el río; le ponen fuego a Tenango, y al despuntar el día 5 de noviembre, en Texmalaca, sufren la esperada derrota. Morelos, confundido entre los fugitivos, trata de salvarse. Luego se queda solo; se apea del caballo y elimina así un estorbo para correr entre matorrales; se quita las espuelas y, muerto de fatiga, busca esconderse en la maleza. Desde el escondite ve acercarse a su aprehensor que era uno de los suyos. Murmura: “Señor Carrasco, parece que nos conocemos”.

La caballería realista no intenta alcanzar a los miembros de los tres poderes a quienes protegía la retirada don Nicolás Bravo. Los legisladores y los jueces, por su parte, corrían “como si trajese cada uno tras sí una legión de diablos”. Reunidos en Pilcayan, deciden cruzar el río Mixteco que estaba “harto crecido y pasan desnudándose de uno en uno”. Poco más allá, reciben la bienvenida del general Vicente Guerrero que “comenzó a abrazar a los vocales y a llorar como niño”. Después de dos días de descanso, la caravana gubernamental prosigue su ruta.

Al anoecer del 16 de noviembre de 1815 entraron las tres corporaciones en Tehuacán. Se hizo la salva de ordenanza, pero ningún festejo más. La prisión de Morelos se retrataba en los semblantes de todos, según Bustamante. Al otro día, los presidentes de los tres poderes le escribían a Calleja: “Acuérdese Vuestra Excelencia de que sesenta mil españoles deberán responder de la menor injuria que se haga al general Morelos”. Éste entonces era conducido a México adonde se le hizo entrar en la madrugada del 21 de noviembre.

El Congreso, mientras recibía respuesta de Calleja, nombró a tres nuevos diputados —Juan José del Corral, Benito Rocha y el presbítero Juan Antonio Gutiérrez de Terán— y dos ministros del Supremo Tribunal de Justicia: Nicolás Bravo y Carlos María de Bustamante. Ninguno de los tres diputados recién elegidos ha merecido figurar en los catálogos de héroes y caudillos de la independencia. Si habían hecho algo digno de nota

antes de su incorporación al Congreso, la historia lo ha olvidado. En el Congreso no tendrían oportunidad de hacer nada, salvo aprobar el error de mantener como superintendente de Hacienda al loco Ignacio Martínez, quien, por díscolo y arrogante, aumentó el desafecto general contra los poderes.

El 1 de diciembre el Congreso se retira a Cuxcatlán y poco después a la hacienda de San Francisco, donde “se ocupó de diversas materias de poco interés” y de amenazar a Terán, el comandante que los protegía. Por su parte el Poder Ejecutivo ordenó su arresto. Éste, no queriendo obrar directamente contra la máxima autoridad “dispuso —según cuenta don Lorenzo de Zavala— que sus tropas hiciesen una conspiración en la que se aparentase que Terán mismo debía ser arrestado, y que después de hacer otro tanto con los diputados, se formase un gobierno provisional”, presidido por el propio Terán y otros dos. Los diputados fueron aprehendidos, porque, según lo proclama el caso, era mejor gastar los fondos que había en mantener “50 soldados valientes, que un Congreso inútil”. Por otra parte, después de ir en procesión hasta el templo parroquial, tropa y populacho escucharon del cura Moctezuma la noticia de “que con la disolución del Congreso” se había conseguido redimir a la patria. “Dijo 2 000 disparates más en tono satisfecho —refiere Bustamante—, y se bajó más ufano del púlpito que Demóstenes de la tribuna”. Se cantó enseguida un *tedeum*. Era el 15 de diciembre de 1815. Disuelto el Congreso, se formó una comisión ejecutiva con Terán, Alas y Cumplido, y se puso al tanto de las mudanzas a los generales Victoria, Guerrero y Osorno. Aquéllos se negaron a aceptarlas; éste, que tenía la costumbre de reconocer a todos los gobiernos y no obedecer a ninguno, las acató. Sólo faltaba poner en libertad a los legisladores encarcelados, y así se hizo la noche de navidad.

Al primer vislumbre del día 22 de diciembre, en un carruaje escoltado, Morelos salió de México rumbo a San Cristóbal Ecatepec. Al llegar, en pleno sol, dijo: “El terreno es muy árido; donde yo nací es el jardín de Nueva España”. Hizo otras observaciones; luego fumó un puro lentamente; vio el reloj; empuñó una cruz; fue vendado; se hincó; “haga usted de cuenta que aquí fue nuestra redención”, le secreteó al padre Salazar, y la gaceta del gobierno, tres días después, terminaba la noticia así: “A las cuatro de la propia tarde se le dio sepultura”.

## X. LA BUENA SOMBRA DE MORELOS

Caso único en la historia de México es el de la aprobación por unanimidad y *magna cum laude* de José María Morelos. Los otros miembros del santoral patrio, incluso los no sospechosos de ser banderas de facción, no dejan de sufrir las periódicas acometidas de un abogado del diablo o los piquetes de pulga que los incomodan en su fama. En Morelos coinciden los gustos de la múltiple opinión pública mexicana. Únicamente él ha entrado a la gloria nacional con todo y huaraches y sin la opinión enemiga de ningún grupo, salvo el de los realistas recalitrantes que lo condujeron al martirio. En vida se granjeó las simpatías de sus compatriotas. Se dice de sus seguidores que se desgañitaban cantando aquello de

Por un cabo doy dos reales,  
por un sargento, un doblón,  
por mi general Morelos  
doy todo mi corazón.

La historia romántica, tan ansiosa de convertir en estatuas de bronce a los héroes, ha rescatado de la figura de Morelos cuatro momentos íntimos de su vida (nacimiento en 1765 en hogar con estrecheces, andanzas de arriería, estudios en San Nicolás con el futuro Padre de la Patria y desempeño de labores sacerdotales en Carácuaro y Nocupétaro), y otros tantos momentos públicos (sitio de Cuautla, apertura del Congreso de Chilpancingo, juramento de la Constitución de Apatzingán, viril actitud delante de quienes lo condenaron a muerte y muerte plena de serenidad en 1815). La historia romántica se ha empeñado en proponer a la veneración pública un héroe que salta del petate, los sudores y fatigas de arriero, el pupitre de alumno y los sermones de cura de aldea a un enorme penco piafante desde el cual asume poses heroicas, profiere discursos conceptuosos y vocablos domingueros, dispara órdenes, empuña con una mano la espada y con la otra las riendas y un rollo de papel, el rollo de la Constitución de Apatzingán.

La historia positivista ha despojado de muchos oropeles a la figura de Morelos sin quitarle mayor cosa de su oro propio. Lo ve surgir de la clase media y en un hogar con marido desobligado y mamá abnegada; lo ve de mozo en una hacienda de Tierra Caliente; lo ve de maestro en la escuela

parroquial de Uruapan; lo ve de cura y comerciante oscuro y de milite valiente, pero sobre todo lo descubre como reformador social, como revolucionario de tiempo completo. Muchos historiadores lo hacen líder de una plebe harapienta que amenaza con proseguir la lucha hasta hacer a los proletarios dueños del “fruto del sudor de su rostro y personal trabajo”. Algunos le atribuyen, sin fundamento ninguno, un plan donde se consideran antipatriotas “todos los ricos, nobles y empleados de primera” y donde se pide la incautación de las propiedades de esa espuma para repartirlas equitativamente entre los pobres. La historia preocupada sólo por lo económico y lo social se regodea con el agrarismo de Morelos, y en ocasiones cae en la inexactitud de considerarlo precursor de la lucha de clases, a él, tan enemigo de cualquier lucha fuera de la encaminada a la emancipación nacional.

Nuevas investigaciones acerca de Morelos y su circunstancia descubren a un ser sin la afectación querida por los románticos ni los odios y rabias descubiertos por los historiadores de la economía y la sociedad; a un hombre sensible al conjunto de problemas humanos, no únicamente a los de índole económica y social ni a los propios de ciertos grupos sociales; a un hombre sencillo, valeroso, sin actitudes de genio, sin poses heroicas, enemigo de la tiesura y las palabras domingueras, extraordinariamente modesto, desdeñoso de condecoraciones y títulos, rebosante de buen humor, al servicio del bien público, creyente de que la prosperidad y grandeza de su patria podría obtenerse mediante la aplicación de fórmulas racionalistas, según el modelo llamado de las luces, siempre y cuando ese modelo se aplicara con un sentido de igualitarismo y justicia social del que se olvidaron otros adalides de la ilustración.

Los modernizadores de México pecaron de aristocratismo, introdujeron las luces de la razón sólo a las casas de una minoría social pesuda y poderosa; no se preocuparon mayormente de la iluminación de los de a pie. El secreto de la unanimidad de voluntades conquistada por el generalísimo Morelos no reside en que haya hecho suyas las metas de la modernidad, sino en el espíritu humanitario y de justicia con que trató de difundirlas. Él quiso meter las aguas broncas de la vida mexicana en un proyecto racional de nación, pero sin dejar charcos marginales y sin barrer el humus de los usos y las costumbres.

Aparte de máxima figura guerrera de la hazaña emancipadora y de máximo legislador de la incipiente nacionalidad, Morelos fue el moralista

mayor de un país donde la moral debe ser la base de toda economía, toda política y toda cultura. Sus “Sentimientos de la nación” son una cartilla moral aún válida para el México del presente.

Concluyo haciendo memoria de algunos ideales del Siervo de la Nación de amén unánime entonces y ahora: independencia integral de México, salvaguarda de las grandes tradiciones, división del territorio en provincias, división del gobierno en tres poderes, apertura de las compuertas de la libertad para hacer lucir la aptitud creadora de la gente raso, moderación de la opulencia y la indigencia, respeto a la privacidad del hogar, escuela para todos, abolición de privilegios y desigualdades injustas, igualdad ante la ley y otras cosas que se encierran en la palabra patriotismo, de un patriotismo entendido como amor a nuestro país, deseo de mejorarlo y confianza en su futuro.

## XI. APOGEO Y DECADENCIA DE LA ARROGANCIA MEXICANA

La historiografía oficial de México viene empeñándose, desde la época de la reforma, en el olvido, en algunas ocasiones, y en la difamación, en otras, del último episodio de la guerra que nos hizo independientes de España. Después de las grandes proezas y el asesinato de Morelos, se acostumbra referir a las volandas las guerras de guerrillas, la terquedad de los encerrados en fuertes y reductos y la deslumbrante y efímera campaña de Francisco Xavier Mina. La historia de bronce parece pedir disculpas por tener que ocuparse de los guerrilleros Villagrán y Osorno, quienes robaban cosas y vidas en los alrededores de Pachuca y los llanos de Apan, y los no menos temibles Gómez de Lara (el Huacal), Gómez a secas (el Capador), los Ortiz, Bocardo y Pedro el Negro.

Los historiadores oficiales vuelven a presumir su lenguaje florido a propósito de los resistentes. Narran con términos de discurso patriótico cómo el cura Marcos Castellanos se hace fuerte en un islote de la laguna de Chapala; Ramón Rayón repele varios asaltos a su fortaleza de Cópore; Ignacio López Rayón resulta invulnerable en el encierro de Zacatlán; Manuel Mier se remonta a cerro Colorado, Pedro Moreno al Sombrerete y Pedro Ascencio al Barrabás. Viene en seguida el panegírico del español Francisco Xavier Mina quien en 1817 desembarca en la Nueva España para luchar junto a los insurgentes. Por último se trae a juicio a un personaje

del que se afirma que “siendo niño cortaba los dedos de los pies de las gallinas”; siendo adolescente, dio un golpe con el puño a un criado del plantel educativo donde fue mal estudiante; siendo joven, fue indolente, injusto y golpeador en su papel de empresario agrícola; siendo militar, “la espada de la represión se tiñó en sus manos de sangre insurgente hasta la empuñadura”. Según el proyanqui Lorenzo de Zavala, los mismos jefes españoles apenas llegaban a emparejarse en crueldad con este hombre que respondía al apelativo de Agustín de Iturbide.

El pueblo mexicano de 1821 vio al personaje y su conducta de muy diferente manera. A comienzos de ese año, Iturbide propuso el Plan de Iguala o de las Tres Garantías. Se garantizaba en él la católica como religión de Estado, las buenas relaciones entre todos los grupos sociales y la independencia absoluta de España. Además, proponía un gobierno monárquico constitucional y un rey prefabricado en alguna de las casas reinantes de Europa. El plan de Iturbide fue bien recibido por todos, menos por la mayoría de los gachupines residentes en la Nueva España. El virrey Juan O’Donojú vio las cosas tan perdidas para su rey, que el 24 de agosto de 1821, mediante el Tratado de Córdoba, ratifica en lo esencial el Plan de Iguala. El 27 de septiembre, Agustín de Iturbide, en actitud de ídolo popular, hizo su entrada a la metrópoli de la nueva nación por fin independiente.

Javier Ocampo ha reunido en *Las ideas de un día* las opiniones acerca de Agustín de Iturbide que circularon a raíz de la consumación de la independencia; es decir, en el otoño de 1821 y el invierno de 1822. Según Ocampo, “con verdadera emoción, la figura de Iturbide aparece en toda la excelsitud, grandeza y eminencia”. Un poeta de Tepozotlán lo proclama “regalo divino”, “héroe sin segundo” e “Iturbide inmortal”. Un poeta de Tepic escribe:

Ése que ves con tanta fama y nombre  
 hoy en públicas voces aplaudido  
 es el gran Iturbide, es aquel hombre  
 cuyas proezas a la fama han excedido.

Un tercer poeta se refirió a Iturbide como “al que todos seguimos con la ciega adhesión”. Otro, entre centenares de versificadores mediocres y malos, salió con los siguientes versos:

Héroe sin par, la América te llama  
entre todos sus hijos el querido,  
porque entre el natural y el adoptivo  
ninguno ha merecido tanta fama...  
No se olvida de Hidalgo, Allende, Aldama,  
pero éstos con la muerte y la violencia  
faltaron a su plan y su obediencia.  
Tú eres el benjamín idolatrado  
que sin perderle un hijo, has afianzado  
su religión, su unión, su independencia.

Mientras un vate de Guadalajara le grita: “A ti se te ha debido destrozar la melena del león hispano”; otro de Puebla prorrumpe: “Cual aurora disipas las nieblas”. Iturbide fue el tema mayor y más socorrido de la poesía cívica del lustro 1820-1824.

Un contador extrae de su ronco pecho un rosario de loas para Agustín de Iturbide: “Confusión de España, admiración de Europa, honor de América, héroe original sin ejemplo en la historia”. Otro de tantos panegiristas en prosa dice: “cuantos elogios se han hecho y hacen de sus virtudes morales y políticas, no se acercarán jamás a sus merecimientos”. No se puede atribuir a mera lisonja la enorme cantidad de epítetos iturbidistas procedentes de todos los rumbos de la patria y todas las capas del hojaldre social: “Varón de Dios, héroe invictísimo, Iturbide generoso, antorcha luminosa de Anáhuac, inmortal libertador, columna de la Iglesia, ínclito héroe, Iturbide el magnánimo, ángel tutelar del nuevo imperio, héroe inimitable, padre amoroso, salvador de la patria, Iturbide amado, héroe sin ejemplo en la historia, hombre excelente, padre de la patria, Iturbide sin par”.

La consumación de la independencia inspira, en la parte nacionalista de la sociedad mexicana, además de aclamaciones para Iturbide, un verdadero torrente de panegíricos a la patria, sin duda producto de una fe en México muy honda y sentida. En mi ensayo sobre el optimismo nacionalista, exhibí algunos textos de optimismo arrogante, dados a la publicidad, en periódicos y folletines, a continuación de la victoria del águila mexicana sobre el melencudo león hispano. Entre otros, cité párrafos de los redactores de la *Gaceta Imperial de México* donde se dice: “Después de trescientos años de llorar el continente rico de la América Septentrional la destrucción del

imperio de Moctezuma, un genio [¿adivine quién?] en el corto periodo de siete meses consigue que el águila mexicana vuele libre desde el Anáhuac hasta las provincias más remotas del Septentrión anunciando a los pueblos que está restablecido el imperio más rico del globo”. En otro número de la *Gaceta* se dijo: nuestro país, “por su ubicación, riqueza y feracidad denota haber sido creado para dar la ley al mundo todo, por uno de aquellos extraordinarios acontecimientos de las virtudes humanas, comienza ya a figurar entre las naciones grandes”.

Veinte años después del artículo de marras, Javier Ocampo recluta muchos otros testimonios de nacionalismo arrogante. Los escritores, en periódicos, folletos, hojas volantes y pintas murales, proclaman la grandeza de México recién independiente. Casi todos la sitúan en el futuro próximo. Por ejemplo, Tornel y Mendivil, en una hoja volante, escribe: “Hoy asoman los crepúsculos y todo anuncia que brillará el sol al cabo de la prolongada noche de tres siglos. Hoy México... se eleva a la clase de un pueblo grande”. Otro mexicano entusiasta asegura; “ni Apeles con su pincel, ni Homero con su pluma, ni el mismo Apolo con su armoniosa lira bastan a describir dignamente los bienes imponderables que le aguardan a México”. Uno de tantos plumíferos prorrumpo: “en las armas seremos terribles y respetables... Se establecerá la Constitución... se pondrá el comercio libre, se fomentarán las artes, se dará salvoconducto a todas las naciones para que puedan... venir a nuestras floridas y ricas tierras... Si ahora apenas contamos seis millones de almas ¿no serán después veintiséis millones de almas?, ¿y quién nos vencerá?”. En San Miguel el Grande el señor cura les predica a sus feligreses: en el amanecer patrio “florecerá por todas partes la armonía, el orden, la justicia y la felicidad”. Otro autor del momento le lanza a su México el piropo siguiente: “nación rica, opulenta, señora de las riquezas del mundo”.

Agustín de Iturbide jamás puso en duda que acababa de libertar el país más rico de la tierra. Según él, apenas recién liberado ya figuraba al lado de las grandes potencias del viejo y del nuevo continente. Los hombres que colaboraban con Iturbide en la hechura de un primer gobierno mexicano creían que iban a gobernar un paisote que en breve sería la “admiración del universo”. Se encuentran miles de voces que insisten en las inmensas posibilidades del territorio mexicano, en las virtudes de los nacidos en este suelo sin par y en los subidos quilates de los valores de la cultura mexicana. Frente a tantos testimonios de optimismo apenas si se da con una voz re-

lativamente pesimista, al parecer no mexicana. Lo común fueron los aires de grandeza al unísono con Iturbide que en su perorata del 28 de septiembre de 1821 prometió poner columnas para convertir al mexicano en “el imperio más grande y respetable”.

Mientras todos hablaban con fe ciega en el próximo futuro de México, algunos, desde una postura engreída, maldecían de España y sobre todo de los españoles “que siendo nada [en su tierra], se han venido a nuestro suelo en busca de fortuna”, donde “se vuelven soberbios” hasta considerarse “de una especie poco menos que divina”. También se llega al desprecio de los otros pueblos de Europa, según lo exhibe el siguiente botón: “Dejemos a los pueblos de Europa averiados con sus hábitos y carcomidos con la misma broma de su vejez”. Fray Servando Teresa de Mier solía decir: “Cuando uno deja nuestros climas abundantes, templados y deliciosos para ir a la Europa, siente la misma desventaja que sentiría Adán saliendo del Paraíso a la tierra llena de abrojos y espinas”.

Con todo, la seguridad en las riquezas y méritos de la nación recién liberada y el desprecio hacia otras naciones fue flor de un día. Con inusitada rapidez se pasó del gozo al pozo. Pocos meses después de haber sostenido que la Providencia destinaba a los mexicanos para ser “de aquí en adelante los maestros y reformadores del mundo”, empezó a sonar la cantinela del no se nos hace el anhelado Paraíso. ¿Por qué el alborozo tan grande que acompaña la victoria de Iturbide se esfuma tan rápidamente? Al parecer la élite responsable del destino de México después de la elevación y caída de Agustín de Iturbide abre de pronto los ojos a una realidad fea y con verrugas, a una noche que los espanta con su oscuridad.

A ver a México con pesimismo contribuyen muchos factores. Quizá los más antiguos fueron de índole económica. Un señor que sólo se atreve a poner las iniciales de su nombre, en su segunda “Proclama”, y todavía en medio del nacionalismo optimista, osa decir: “La minería, el ramo del tabaco, el comercio... y en fin las columnas todas en que se apoya el imperio para atender a sus urgencias, son unos ramos paralizados”. De un momento a otro los eufóricos y arrogantes súbditos de Iturbide se percatan del atraso de la agricultura, “la situación lamentable de los labradores”, el caos en la hacienda pública, los pocos barcos que llegaban al puerto de Veracruz, la desaparición de un intercambio mercantil entre Cavite y Acapulco, la decadencia de la industria y especialmente las dificultades de la minería. Entonces se calcula que la producción minera baja de 30 millones de pesos

en 1810 a sólo seis millones en 1821. El valor de la cosecha agrícola se contrajo a la mitad y el del producto de la industria a un tercio. En 1822 los ingresos del erario apenas llegaron a nueve millones y pico de pesos, y los gastos fueron de más de 13 millones. Por otra parte, el naciente país recibió en herencia un adeudo público de 76 millones. No se necesitaba mayor profundidad de pensamiento para ver que la hacienda pública estaba condenada a un estado de bancarrota y a caer en manos de los usureros.

A ojos vistas la crisis económica se acompañaba de la conducta de los militares libertadores. A unos les dio por ejercer el despotismo; a otros, por declararse mal pagados; a casi todos, por la corrupción y el desorden. Apenas comenzaba a gobernar el emperador Iturbide con el nombre de Agustín I, cuando un ilustre borlotero, el brigadier Antonio López de Santa Anna, se sublevó en Veracruz. En enero de 1823, el general Antonio Echávarri, enviado por el emperador para combatir al brigadier rebelde, pacta con el enemigo. En marzo, Agustín I se quita la corona y sale del país. Los sucesivos mandamases de México se llamarían presidentes, y por 25 años accederían al poder, por la fuerza de las armas, 50 gobiernos militares, 11 de ellos presididos por el general Santa Anna. Por un cuarto de siglo la vida de la nación estará a merced de logias masónicas divididas, nefastos embajadores de Estados Unidos, militares ambiciosos, intrépidos bandoleros e indios nómadas. Naturalmente ningún optimismo podía prosperar en esa situación de discordia.

En los años treinta de aquel siglo, a sólo dos lustros de distancia del término de las guerras de independencia, la élite pensante de México descrea de la posibilidad de redimir a la patria con sus propios recursos económicos y humanos. Es bien conocida la frase del capitán de la fracción europeizante: “Perdidos somos sin remedio si la Europa no viene pronto a nuestro auxilio”. Algo semejante llega a creer don Lorenzo de Zavala, uno de los líderes del grupo proyanqui, si bien para él y sus corifeos el salvador posible de México se llamaba Estados Unidos. Uno y otro eran pesimistas; ambos creyeron en el colonialismo. Comoquiera, ni Alamán ni Zavala llegaron a la desesperación total. Hubo algunos más abatidos que ellos, los de la frase: “En México no queda nada que esperar”. Para quienes todas las esperanzas se habían desvanecido no había posibilidad de resistencia frente a las invasiones de un extraño enemigo. México se abate a tal punto que un puñado de aventureros, encabezados por Esteban Austin, le roba a la nación el enorme territorio de Texas. Un decenio después los

pochos de entonces, los incrédulos de la política de expansión de Estados Unidos, los creyentes de que el tiempo de las conquistas militares era costumbre de otras épocas, ven cómo su ídolo se engulle Texas, traspone el río de las Nueces, se apodera de Nuevo México y de California, y por último, con el ejército introducido por Veracruz, toma la capital de la República, desde donde impone el Tratado de Guadalupe.

El robo de Texas, seguido de la derrota del 48 y la pérdida de más de la mitad de territorio patrio, acabó por volver más oscuro y denso el pesimismo de nuestra gente. Apenas a 25 años de distancia del más arrogante de los optimismos se llega a concebir una patria física y culturalmente miserable e incapaz de autogobierno. El más lúcido de los mexicanos de entonces, don Lucas Alamán, exhibe el pesimismo de 1850 en los siguientes términos: “Se podrá aplicar a la nación mexicana de nuestros días lo que un célebre poeta latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana: ‘No ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre’”. Todas las esperanzas de un porvenir mejor se desvanecen por unos años.

SEGUNDA PARTE:  
REVOLUCIÓN



## QUINTETO REVOLUCIONARIO\*

*El desajuste de la ciénega*

de Chapala acabó por congraciarse a Sahuayo de Díaz con el presidente Porfirio Díaz. Mientras en otras partes de la República se daba la procesión de los peros, los sahuayenses ponían grandes ilusiones en una obra del porfiriatismo y en las visitas de don Porfirio a Chapala. Desde 1904 mucha gente dio en maldecir de la prosperidad y el orden porfiricos. Según los decires de la opinión culta, la paz reinaba en las calles y en el monte que no en las conciencias; la construcción de ferrocarriles juntaba las numerosas piecitas del rompecabezas nacional, pero hacía a México dependiente de los Estados Unidos; la inmigración de hombres y capitales extranjeros modernizaba el país pero a costa de perder su identidad; las prosperidades de la minería, la industria y el comercio eran indiscutibles, pero sus beneficios se quedaban en pocas y ajenas manos; se abrían incesantemente ocasiones de trabajo, pero los jornales eran raquíticos y las jornadas agotadoras; había libertad pero sólo de dientes para fuera; se fomentaba la cultura científica que no la tecnología. En el primer decenio del siglo xx la opinión culta le sustrajo su confianza al régimen porfiriano. Los motivos de orgullo del dictador fueron convertidos por los intelectuales en motivos de crítica. La numerosa grey obrera, organizada en mutualistas y sindicatos, dio en hacer huelgas de rompe y rasga. Los campesinos que alguna vez fueron braceros en los yunaites compararon los jornales de allá con los de aquí. Aun el sacerdocio cayó en el antiporfirismo al caer en la cuenta de que don Porfi le había dado atole con el dedo. La dictadura entró en un desfiladero de soledad y de odio.<sup>1</sup>

\* En *Sahuayo*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán (Monografías municipales), 1979, pp. 137-161.

<sup>1</sup> Luis González, *Historia de México*, módulo 3, *El liberalismo triunfante*, México, Editorial Eclalsa, 1977, pp. 97-107.

En Jiquilpan de Juárez hubo personas alérgicas a Díaz como don Gustavo Maciel, don Francisco y don David Mejía, los Ignacio Romero y Martínez, don Estanislao Betancourt y demás miembros del Club Antirreeleccionista Democrático Jiquilpense.<sup>2</sup> En Sahuayo de Díaz sólo hubo un liberal, “un viejo doctor, que en todas ocasiones alardeaba de incrédulo, que comía frailes y regoldaba monjas”, que no políticos porfirianos.<sup>3</sup> En San José de Gracia hubo una porfiriofobia que se alimentaba de decires como éstos: “El gobierno de Díaz está compuesto de liberales y masones que son muy malas personas”.<sup>4</sup> En Sahuayo, probablemente no se dio ni el porfirismo de oriundez conservadora. Quizá la presencia del dictador en la laguna contuvo a sus malquerientes, don Porfirio se había vuelto lagunero, se había convertido en simpatizador y cliente del lago. De 1904 a 1909 fue a pasar la semana mayor en la finca El Manglar, de don Lorenzo Elízaga. El Manglar fue uno de los primeros frutos de la propaganda en pro del clima y del paisaje chapálicos que hizo el inglés Séptimo Crow.<sup>5</sup> Como era de esperarse, el lago de Chapala se convirtió en el centro vacacional preferido por los peces gordos del porfirato. Entre otras muchas familias de postín, atrajo la de don Alberto Braniff que introdujo allí, hacia 1908, las lanchas de motor y los deportes acuáticos.<sup>6</sup> Otro de los asistentes asiduos a la laguna escogida por el gran dictador fue el ingeniero Manuel Cuesta Gallardo a quien debe la laguna su lirio acuático, sus carpas y su tamaño actual.<sup>7</sup>

Dicen las malas lenguas que don Manuel Cuesta Gallardo, desde la primera aparición en Chapala de la pareja presidencial decidió ponerse al entero servicio de ella. Se dice que doña Carmelita, al volver a la metrópoli, después de las primeras vacaciones chapálicas, manifestó que dejaba con tristeza El Manglar porque allí había almorzado y comido con tortillas recién echadas y hechas a mano. Se dice que don Manuel en cuanto oyó eso contrató los servicios y los instrumentos (metate y comal) de una echadora de tortillas de maíz para que estuviera de planta, *full time*, en el

<sup>2</sup> Álvaro Ochoa, *Jiquilpan*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán (Monografías municipales), 1973, p. 144.

<sup>3</sup> José Rubén Romero, *Apuntes de un lugareño*, México, Populibros La Prensa, 1955, p. 76.

<sup>4</sup> Luis González, *Pueblo en vilo*, México, El Colegio de México, 1972, 2ª ed., p. 103.

<sup>5</sup> Antonio Alba, *Chapala*, Guadalajara, Banco Industrial de Jalisco, 1954, p. 138.

<sup>6</sup> *Enciclopedia de México*, México, Enciclopedia de México, 1977, t. III, p. 267.

<sup>7</sup> Alba, *op. cit.*, p. 141.

castillo de Chapultepec, cumpliendo con la misión de aducir tortillas recién echadas y hechas a mano a doña Carmen y su marido. Y añaden las lenguas ponzoñosas que esa atención fue el origen del desagüe de la ciénega de Chapala y de otros beneficios logrados por los Cuesta.<sup>8</sup>

También puede explicarse el escurrimiento de la ciénega por la obsesión del régimen porfirico de abrir nuevas tierras al arado. El gobierno concedió varias lagunas a particulares para ser vaciadas y sembradas. Eso pasó en Michoacán con las tierras cenagosas de Zacapu, y lo mismo aconteció con el tercio oriental del lago de Chapala que hacia 1905 obtuvo en concesión don Manuel Cuesta Gallardo.<sup>9</sup> Don Joaquín Cuesta, esposo de una hija de don Diego Moreno, el poderoso señor de Guaracha, asumió la responsabilidad de erigir el bordo que detendría las aguas de la laguna antes de la ciénega. Don Joaquín, para cumplir con su cometido, contrató a miles de trabajadores de pico y pala, en su mayoría del municipio de Sahuayo. Miles de sahuayenses trabajaron en la hechura del bordo. Entonces se generalizó el dicho: “Vamos a la tamanda donde se paga bien”. La construcción del bordo se llamó tamanda y los peones en ella recibieron jornales de dos pesos, ocho veces mayores que los acostumbrados en la zona.<sup>10</sup>

La tamanda fue una incesante extracción de tierra del fondo del agua, y un permanente acarreo de piedras en carretones tirados por bueyes. Así se hizo un enorme bordo de tierra y canto que dejó libre de inundaciones periódicas o permanentes a una superficie laborable y sahuayense, de 46 171 hectáreas, de casi 500 kilómetros cuadrados.<sup>11</sup> Algunas de esas hectáreas previamente recibían cultivos temerosos, en cualquier momento anegables. Terminado el bordo, todas las hectáreas protegidas por él se iban a poder sembrar de maíz, trigo y garbanzo sin grandes riesgos y en gran medida. La mayor parte de la superficie ocupada por la Laguna estaba a punto de convertirse en la tierra de promisión que manaría leche, miel y cereales en abundancia, para enriquecer a miles de personas.<sup>12</sup> Secar el

<sup>8</sup> Luis González/José Ramírez Flores.

<sup>9</sup> Luis González, *La tierra donde estamos, 30 años del Banco de Zamora*, México, Banco de Zamora, 1971, pp. 54-55.

<sup>10</sup> José Prado, *Sahuayo: tradiciones y leyendas*, Sahuayo, s.e., 1978, pp. 51-52.

<sup>11</sup> *Enciclopedia de México, op. cit.*, t. III, p. 265.

<sup>12</sup> Enrique Gálvez Montes, *Ensayo económico del lago y de la ciénega de Chapala*, México, Escuela Nacional de Economía, UNAM, 1959, pp. 22 y 76.

gran pantano fue la primera gran hazaña o revolución en la región sahuayense en nuestro siglo; fue una obra digna de romanos, origen de grandes fortunas y de enormes pleitos.

La desecación de la ciénega acentuaría la riqueza de muchos ricos de Sahuayo: don Tomás Sánchez en quien habían recaído numerosas herencias en oro y terrenos y quien, con la mano en la cintura, podía poner en producción grandes extensiones de la ciénega desecada; don Amador Amezcua, de quien se decía que en uno de sus viajes a Guatemala encontró un tesoro nomás quitando unas piedras que estorbaban su camino, era otro de los que inflaría el vientre con las óptimas cosechas de la ex laguna; don Diego Moreno también saldría altamente beneficiado con el desagüe; los Arregui, los Ramírez, los Gálvez, los Barragán, los García, los Núñez, los Arceo, los Magallón, los Montes, los Chávez, los Pérez y los Espinoza de posibles eran otros candidatos al enriquecimiento cenagoso.<sup>13</sup> Mirando bien las cosas muchos sahuayenses se beneficiarían con el bordo y las tierras liberadas y otros muchos resultarían perjudicados. Pescadores y canoeros resentirían el achique de la laguna: unos porque se les reducía la superficie de pesca y los otros porque dejaban de transportar gente y bultos entre Sahuayo y La Palma.<sup>14</sup> También perderían los socios de la comunidad indígena de Sahuayo, pues según se quejó, la obra de Cuesta obstruía “el paso de las aguas de los ríos ... causando la inundación de sus labores”.<sup>15</sup> De hecho, los indios perdieron porque a la sombra del trafique de tierras desencadenado por la desecación, se movieron los vivales que se quedaron con las tierras de la comunidad indígena de Sahuayo.<sup>16</sup>

Aunque por lo pronto las esperanzas puestas por los sahuayenses dinámicos en la revolución verde que se acercaba a toda velocidad se vieron detenidas por algunos contratiempos naturales y la revolución roja: “El bienio 1908-1909 fue de marcha atrás en todos los órdenes. En unas partes llovió más de la cuenta y en otras menos. Hubo además temblores nefastos

<sup>13</sup> Francisco García Urbizu, *Zamora y Sahuayo*, Zamora, Talleres Guía, 1963, pp. 122.

<sup>14</sup> Archivo Municipal de Sahuayo, Acuerdos del Ayuntamiento, 4 de febrero de 1914.

<sup>15</sup> Documentos de Sahuayo compilados por Rafael Picazo, ff. 20v y 21.

<sup>16</sup> En el archivo municipal de Sahuayo existen documentos de 1911 en que todavía se reconocen como propiedad de la comunidad indígena El Salitillo y otros terrenos, pero en un documento de 1913 ya se habla de los terrenos que fueron de una comunidad indígena que había dejado de existir.

y heladas terribles”.<sup>17</sup> Además los enemigos de la dictadura porfirica, en un par de años, pasan de los dichos a los hechos. Se forman partidos de oposición. El Club Central Antirreeleccionista exige “efectividad del sufragio y no reelección”. Don Porfirio acepta reelegirse por séptima vez. Se encienden las pasiones políticas. El dictador pierde el aplomo. El dictador y los peces grandes de la política no fueron más a Chapala. En 1910 don Porfirio brilló por su ausencia en la laguna. La visita al lago y sus contornos de Díaz y sus políticos fue reemplazada por

*las visitas de los generales*

de la Revolución con mayúscula. A don Francisco I. Madero no se le dejó llegar por las buenas a la silla mayor del Palacio Nacional. Hubo fraude en las elecciones de 1910 y al fraude repuso Madero con el Plan de San Luis donde consta la súplica hecha a los mexicanos de levantarse en armas a las seis de la tarde del 20 de noviembre. Muchos mexicanos acudieron a la invitación de Madero. En centenares de poblaciones de la República se levantaron grupos de vecinos.<sup>18</sup> Lo numeroso de las partidas rebeldes y la poca voluntad de resistencia del dictador dio al traste con la dictadura. Los rebeldes que brotaban como hongos en toda la extensión del país y las multitudes capitalinas que a mañana, tarde y noche le gritaban mueras al Gran Dictador hicieron que éste expidiera abundantes lágrimas y una renuncia a la presidencia el día 25 de mayo de 1911.<sup>19</sup>

En toda la anchura del municipio de Sahuayo no hubo brotes de apoyo a la Revolución de 1910. Más de algún jiquilpense satisfizo sus anhelos revolucionarios con la pintura, en bardas y paredes, del ¡Viva Madero!<sup>20</sup> Al parecer, los campesinos de Totolán aprovecharon la ocasión para pedir que Guaracha les restituyera “las tierras que les tenía absorbidas”.<sup>21</sup> Pero con todo, en el occidente de Michoacán no hubo más levantamiento contra

<sup>17</sup> González, *El liberalismo triunfante*, p. 107.

<sup>18</sup> Sobre las postrimerías del porfiriato nada más documentado y minucioso que Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfiriato*, México, Hermes, 1955-1972, vol. x.

<sup>19</sup> González, *El liberalismo triunfante*, pp. 120-122.

<sup>20</sup> Ochoa, *op. cit.*, p. 144.

<sup>21</sup> *Loc. cit.*

Díaz que el de Zamora. En la madrugada del 17 de mayo de 1911, poco antes de la renuncia de Díaz, Ireneo Contreras, en plena Zamora, arengó al pueblo y pudo reunir a 4 000 entusiastas que recorrieron las calles de la ciudad gritando vivas a don Francisco Madero coreados por músicas y repiques. Contreras dio por concluida su tarea en la noche del mismo día cuando juntó al pueblo para elegir nuevas autoridades y le dirigió a don Pancho un telegrama en que le ponía a sus órdenes los distritos de Zamora y de Jiquilpan, “tomados en el mayor orden, sin derramamiento de sangre y con satisfacción para todos...”.<sup>22</sup>

Así quedó enrolada la villa de Sahuayo dentro de las huestes maderistas. Comoquiera, durante un par de años, los apuros de los sahuayenses seguirían siendo un tanto distintos a los de otras partes. Sin duda la gente de Sahuayo se conmovió con la entrada de Madero a la capital el 7 de junio de 1911, pero lo que verdaderamente la sacudió fue el sismo de ese día que dejó sin torre al templo parroquial en medio de un gran ruido y de una enorme nube de polvo.<sup>23</sup> Muchos sahuayenses debieron comentar el interinato de León de la Barra, la presidencia de Madero, las rebeliones de Emiliano Zapata y Pascual Orozco, las victorias de Victoriano Huerta y Francisco Villa, las elecciones para la renovación del Congreso, los triunfos del Partido Católico, la batalla de Bachimba, las gubernaturas michoacanas de Primitivo Ortiz y Miguel Silva, la traición de Huerta y otros sucesos de gran bulto, pero seguramente en el Sahuayo de 1912 la preocupación máxima fue lo torrencial de las lluvias, el crecimiento del lago de Chapala, la rotura del bordo recién estrenado y la inundación de la ciénega y de las tierras hondas de Guaracha.<sup>24</sup> En 1911 y 1912 Sahuayo era una villa de 8 302 habitantes a la que la Revolución no lograba conmover, más preocupada por el fuego del volcán de Colima que por los fogonazos de los rifles combatientes.<sup>25</sup>

Sahuayo empezó a sentir lo caliente de la revolufia en 1913. La decisión de Victoriano Huerta de constituirse en mandamás y de excluir de este

<sup>22</sup> Francisco García Urbizu, *Zamora en la Revolución*, Zamora, Talleres Alfa, 1970, pp. 11-12.

<sup>23</sup> García Urbizu, *Zamora y Sahuayo*, p. 55.

<sup>24</sup> Gálvez Montes, *op. cit.*, p. 22.

<sup>25</sup> Dirección General de Estadística, *División territorial de los Estados Unidos Mexicanos correspondiente al censo de 1910, Estado de Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Secretaría de Fomento, 1917, p. 46.

mundo, con ayuda de un sahuayense, a Francisco I. Madero, no le sentó a Venustiano Carranza, ni a Pancho Villa, ni a Gertrudis Sánchez ni a Francisco J. Múgica, ni a Joaquín Amaro, ni a José Rentería Luviano, ni a otros muchos jefes militares que volvieron a tomar los rifles no contra Pancho Cárdenas sino contra Huerta.<sup>26</sup> Gertrudis Sánchez y José Rentería, después de ocho horas de combate, se hicieron de Tacámbaro el 16 de abril de 1913. De allí Rentería se fue a Morelia; torció hacia el occidente rumbo a Sahuayo.<sup>27</sup> Rentería era un güero, vestido de kaki, con las cananas siempre terciadas y un rifle inseparable que pretendió que los civiles de Zamora le dieran 100 000 pesos y los sacerdotes otro tanto.<sup>28</sup> También en Guaracha impuso un préstamo de 20 000 duros.<sup>29</sup> Mientras le juntaban lo pedido la pasó en peleas de gallos y otros jolgorios. El lunes 2 de junio, después de un domingo de farra, cayeron sobre Rentería y su gente, los comandantes Abraham Aguirre y Francisco Cárdenas, que con 800 hombres los hicieron trizas en un combate corto y rudo que usó como escena y cementerio el Cerro Grande de Guaracha, a la vista de Sahuayo.<sup>30</sup>

La Revolución sigue su marcha. A una serie de derrotas sufridas por los revolucionarios en la zona de Michoacán entre julio de 1913 y abril de 1914, sucede una serie de victorias revolucionarias que coinciden con la ocupación yanqui de Veracruz. Gertrudis Sánchez entra a Morelia y José María Morales Ibarra y Eugenio Zúñiga a Jiquilpan y Sahuayo.<sup>31</sup> Con las tropas de Morales, llegadas a Sahuayo el 19 de junio, se entendieron los munícipes quienes casi lo convencían de atacar a Zúñiga, llegado a Jiquilpan el día 22, cuando fue la intervención del capitán Lázaro Cárdenas que evitó la lucha entre dos grupos afines.<sup>32</sup> El 23 el general Eugenio Zúñiga,

<sup>26</sup> Es un lugar común el dicho de que Francisco Cárdenas, el brazo ejecutor de Madero, nació en Sahuayo. Así lo afirma José Rubén Romero, *op. cit.*, p. 136.

<sup>27</sup> José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Editorial Jus, 1964, vol. III, pp. 199-200.

<sup>28</sup> García Urbizu, *Zamora en la Revolución*, p. 28.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>30</sup> Jesús de Bernal Villanueva, *Tierra mía: recuerdos de adolescencia*, México, edición del autor, 1969, p. 10.

<sup>31</sup> Lázaro Cárdenas, *Apuntes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972-1974, vol. I, p. 49.

<sup>32</sup> *Ibid.*, vol. I, pp. 49-50: "Contingentes del general Morales empezaron a tomar las alturas para resistir a las fuerzas de Zúñiga... hablé a Morales diciéndole conocía a Zúñiga que era hombre de orden".

al frente de 700 hombres, hizo su entrada a Sahuayo y para abrir boca dispuso la aprehensión de los curas. Presos llegaron a su presencia los sacerdotes Pascual Orozco, Enrique Sánchez Navarro, Trinidad Barragán, Melesio Espinosa, Luis Gálvez, Alberto Navarro, José Gutiérrez, Enrique y Luis Amezcua, Federico e Ignacio Sánchez y un devoto suplementario: José María Gálvez.<sup>33</sup>

Los 12, bien amarrados, fueron conducidos a Jiquilpan donde el general ofreció canjearlos por 40 000 pesos.<sup>34</sup> Para reforzar el espíritu generoso de los sahuayenses, Zúñiga ordenó el fusilamiento de Gálvez delante de los 11 curas. Enseguida señaló con el dedo a uno de los padres y le dijo al oficial que mandaba la escolta: “Me ejecutan a éste”. El sacerdote escogido corrió hacia Zúñiga mientras decía: “¿Por qué me van a fusilar?”. El general interrogado repuso: “Por bonito y por cabrón”.<sup>35</sup> La entrega de la plata exigida por Zúñiga evitó el sacerdocidio y produjo esta recomendación de doña Felicitas, madre del capitán Cárdenas, a su hijo, seguidor de Zúñiga: “No hagas tú eso”.<sup>36</sup>

El 27 de junio fueron liberados los sacerdotes, horas antes de que Zúñiga tomara el rumbo de Guadalajara donde fue aprehendido y deshecho a bayonetazos por la escolta del general Diéguez.<sup>37</sup> Desde aquel día de 1914 los sahuayenses, y más si eran de posibles, se acostumbraron a ver con ojos de resignación una serie de prácticas propias de la revolufia: pobreza, robos, chismes, delaciones, vaticinios, desempleo, préstamos forzosos, fuga de padres y pudientes, ley de la selva, negocios parados, sustos, clausura de escuelas, crímenes de todo tipo, disparos de armas de fuego a todas horas, desgarrate, desorden, desatino, desavenencia, desayuda, desboque, desviste, descargas, descaro, descortesía, desconsumo, descrédito, descreimiento, descaje, desenfreno, desengaño, desgracias, deshonestidad, deslices, desnudez, despojos, desplome y una larga serie de términos que comenzaban con des. Desde agosto de 1914 fue el rey y amo Amaro, Joaquín Amaro, más conocido por los epítetos de “indio de la arracada”, “azote de Dios” y “Atila de huarache”. “El terrible 18 de agosto entró Ama-

<sup>33</sup> Prado, *op. cit.*, pp. 53-54.

<sup>34</sup> José Romero Vargas, *Cotija durante las revoluciones: 1900-1926*, México, Costa-Amic, 1978, p. 137.

<sup>35</sup> Cárdenas, *op. cit.*, p. 51.

<sup>36</sup> Prado, *op. cit.*, p. 54; Cárdenas, *op. cit.*, *loc. cit.*

<sup>37</sup> Cárdenas, *loc. cit.*

ro a Zamora a las 4 de la tarde”.<sup>38</sup> El feroz cabecilla impuso sus gustos, durante 12 meses, en toda la región: campanas mudas, saqueo de edificios del culto, vecinos colgados, quema de papeles viejos, familias escondidas en los tapancos, préstamos forzosos, fugas precipitadas de los pudientes. Los hombres de recursos salieron de su alborotada tierra hacia las capitales de la República y de Jalisco; las personas pobres se limitaban a meterse en barranquillas y otros escondites al oír el grito de ¡Ahí vienen! Entonces los poetas señalaron la salida:

Masones y sarracenos  
nos han de matar a palos  
hasta que se hagan los buenos  
tan malos como los malos.<sup>39</sup>

A fines de 1914 un grupo de sahuayenses decidió prescindir de las actitudes pasivas y tomar cartas en el asunto de la Revolución. Encabezado por Miguel Gálvez y José Ramírez, ese grupo se lanzó al cerro para combatir al Varón de Cuatrociénegas, al jefe de Amaro que se hacía llamar primer jefe del Ejército Constitucionalista y era poco amigo de los curas. Gálvez, Ramírez y sus seguidores, en caso de necesidad, se declararían villistas aunque por lo pronto era un movimiento revolucionario libre con buena caballería y con una banda de música capaz de infundir ánimos belicosos en los soldados más tímidos. Su primera hazaña fue la derrota impuesta al general Claudio Fox y sus 200 yaquis, el 12 de diciembre, arriba de Sahuayo. En esa refriega pereció Gálvez. De esa lucha se sacaron 40 prisioneros yaquis, que una vez exhibidos en Sahuayo, se les dejó ir. Y así terminó la revolución particular de Gálvez y Ramírez.<sup>40</sup>

La tiranía de Amaro se juntó con el hambre del bienio 1915-1916 que no fue cosa de risa. El profesor Ochoa escribe: “Hubo sequía... Mermaron cosechas y ganados y aumentaron los bandoleros”. En las casas pobres se redujo la alimentación a casi nada.<sup>41</sup> Y tal vez porque el alcohol se lleva mal con los estómagos vacíos el presidente municipal de Sahuayo, don Melesio Zacarías, después de decir que “el vino... embrutece al hombre; entorpe-

<sup>38</sup> García Urbizu, *Zamora en la Revolución*, p. 45.

<sup>39</sup> Cf. Romero Vargas, *op. cit.*, p. 177.

<sup>40</sup> Prado, *op. cit.*, p. 69.

<sup>41</sup> Ochoa, *op. cit.*, p. 148.

ce el funcionamiento de los órganos; irrita la sangre; facilita en el individuo el desarrollo de las enfermedades; hace al hombre apático, desafecto al trabajo y completamente desaseado... aumenta considerablemente la criminalidad... es culpable de que el pueblo mexicano tan valiente en la guerra, tan heroico en el patriotismo, tan fuerte en el trabajo y tan noble en el triunfo haya malogrado muchas inteligencias en el vicio y muchos corazones en las cárceles”; después de descubrirle al pueblo de Sahuayo todos los maleficios del alcohol quiso extirparlo del contorno sahuayense, pero el mandamás de la zona no lo dejó llegar a buen término con su buen propósito. Amaro destituyó a Zacarías.<sup>42</sup> El hambre, el alcoholismo y los bandoleros se apoderaron de la zona.

De entonces datan estas coplas:

Corrieron todos sin rumbo  
dejando muertos tirados;  
y al coronel Pérez preso  
al otro día fusilaron.

Con las barbas de Carranza  
voy a hacer una toquilla  
para verla en el sombrero  
del general Pancho Villa.

El güero Chivo Encantado  
hizo tales estropicios  
que siendo rebautizado  
le pusieron cabronico.

Vencites, Inés, vencites,  
mete tu luciente espada.  
Ya todito me afligites  
vete mucho a la chingada.

Manuel Guízar, “Mala Alma”,  
como Longinos, su padre,

<sup>42</sup> Documentos de Sahuayo recopilados por Rafael Picazo, ff. 21, 77v y 78.

vino a quitarnos la calma  
con sus mentadas de madre.

Se han visto cosas muy duras  
en estas revoluciones.  
Estropicios, quemazones,  
golpizas y colgaduras.

De la vasta colección de cabecillas regionales que de alguna manera afectaron a la comunidad sahuayense entre 1916-1920 baste la recordación de Luis Gutiérrez, El Chivo Encantado, ojos amarillentos, barba rubia, melena hasta el hombro, partidario de matar a cuchillo por ahorrar parque y para evitarse el feo espectáculo de los hombres suspendidos de los árboles;<sup>43</sup> Manuel Guízar Valencia, Mala Alma o Mechitas, quien juró no cortarse la piocha y la cabellera hasta el triunfo de una revolución que él concebía como saqueo;<sup>44</sup> David Zapién quien gustaba de suplir la inexistencia de dinero sellando billetes sobre la montura de su matalote; Inés García Chávez, El Indio, jefe de una tropa de 1 000 hombres que se reunía y disolvía vertiginosamente y se especializaba en cinco tareas terroristas (violación de mujeres, trance a cuchillo de hombres, incendio de casas, robo de cosas y caballos y orgías musicales),<sup>45</sup> y Eliseo Zepeda, comandante supremo de los bandidos de La Puntada que tenían su madriguera al occidente de Sahuayo, en el fondo de La Chicharra. El lugarteniente de Zepeda fue José Corona, peón del Sabino. Los 100 bandoleros de La Puntada eran todos del rumbo, lo que explica su éxito como secuestradores de los ricos de la región y como saqueadores de Cojumatlán, San Pedro, San José de Gracia, Sahuayo y anexas.<sup>46</sup>

El Sahuayo de 1918 era de dar lástima: la agricultura con muy pocos agricultores, la ganadería diezmada, la industria en ruinas, el comercio paralizado, la arriería muerta, los bandoleros en acción, la gripa española matando jóvenes y Jacobita haciendo vaticinios pavorosos. Jacoba Zepeda del Toro era una santa local, “sobria en el comer, amante del sufrimiento,

<sup>43</sup> García Urbizu, *Zamora en la Revolución*, pp. 110-113.

<sup>44</sup> Esteban Chávez Cisneros, *Quitupan: ensayo histórico y estadístico*, Morelia, Fimax, 1954, p. 47; Romero Vargas, *op. cit.*, pp. 151-156.

<sup>45</sup> Prado, *op. cit.*, p. 55; José Gudiño Villanueva, *Recuerdos de Sahuayo*, Guadalajara, s.e., p. 114.

<sup>46</sup> González, *Pueblo en vilo*, pp. 127-132; Prado, *op. cit.*, pp. 46-47.

muy humilde, obediente y sencilla”. De joven fue notablemente coja y aun paralítica. “El 28 de septiembre de 1918 Jesucristo se le aparece y le dice: ‘Levántate y anda’”.<sup>47</sup> Desde entonces no cojeó, tuvo visiones horribles e hizo profecías de miedo. Una vez vio un monstruo que hacía leña de un árbol caído que era la cristiandad. Otra vez vio un árbol de flores blancas que en un santiamén se volvían rojas. En una ocasión, supo a las claras que Jiquilpan recibiría un castigo gordo.<sup>48</sup> En otra ocasión, vio anticipadamente la caída de Carranza y el ascenso de los generales de Sonora, de la remuda del equipo revolucionario que a nivel local se tradujo en la mudanza de lo enchiloso de Corona a

*lo picante de Picazo,*

de Rafael Picazo, un joven que por su buena presencia, su simpatía, su don de gentes, su gusto por el poder y su dinamismo era muy a propósito para ser cacique. Además, circunstancias nacionales, del estado y del municipio favorecieron su carrera política. Como es bien sabido, la tesis de Carranza “de que el poder público no debe ser ya en lo futuro un premio a los caudillos militares” no le supo nada bien al general Obregón. Tampoco le satisfizo la otra tesis carrancista de “que la transmisión del poder se haga pacíficamente y por procedimientos democráticos”.<sup>49</sup> Concorde con su disgusto, Álvaro Obregón quebrantó la paz mientras se resolvía el traspaso de varas de Carranza a su sucesor, y él, el más militar de los revolucionarios, se autopremió con la Presidencia de la República.

En Michoacán, el ingeniero Pascual Ortiz Rubio fue el encargado de barrer los prejuicios civilistas de los carranclanes; ocupó Morelia, depuso a diputados del Congreso local y a jueces del Supremo Tribunal de Justicia y se arrogó facultades legislativas, y si no asumió el Ejecutivo de Michoacán fue porque de México lo llamaron al usufructo de funciones más elevadas.<sup>50</sup> Después de un brevísimo interinato de Cárdenas, la gubernatura fue ocupada por el general Francisco J. Múgica, un general que logró esca-

<sup>47</sup> Jesús Cuevas del Río, *Espigando en el mundo*, México, Editorial Progreso, 1972, p. 105.

<sup>48</sup> García Urbizu, *Zamora y Sabuayo*, pp. 141-146.

<sup>49</sup> Agustín Víctor Casasola, *Historia gráfica de la Revolución, 1890-1960*, México, s. f., vol. III, p. 1299.

<sup>50</sup> Melesio Aguilar Ferreira, *Los gobernadores de Michoacán*, Morelia, Talleres Gráficos del Estado, 1950.

bullirse de la política generalicida del Presidente que no gobernar a sus anchas. En 1921, toleró una manifestación contra los curas y los ricos que tuvo como fin 13 personas muertas, muchas heridas y el desafecto de Obregón a Múgica.<sup>51</sup> A éste se le concedió una licencia de un año para entenderse de otras cosas que no fueran la gubernatura. Luego, al querer reasumir el cargo de gobernador 12 meses después, fue preso y estuvo en un tris de morir si el siguiente telegrama presidencial se hubiera cumplido: “Enterado que Gral. Francisco J. Múgica fue muerto al pretender ser libertado... Lamento lo ocurrido... Álvaro Obregón”.<sup>52</sup> En vez de Múgica, el gobierno estatal fue piloteado por don Sidronio Sánchez Pineda hasta la rebelión delahuertista que puso en ascuas a Michoacán de punta a punta.

En la punta occidental y más concretamente en el municipio de Sahuayo aseguó la inquieta política de la nación y del estado el hombre de quien decía el ministerio público de Ixtlán en 1922: “Estuvo avecindado en Guarachita y de allí tuvo que salir furtivamente temiendo por su vida por las revolturas que hizo en aquel pueblo”. De allí Rafael Picazo se fue a Pajacuarán donde produjo “un verdadero combate en el que azuzó tanto a un partido como al otro”. De Pajacuarán se vino a su terruño donde para abrir boca “promovió un conflicto en contra de los adinerados” que lo hizo salir de allí temporalmente.<sup>53</sup> Comoquiera, él explicó su destierro, en carta dirigida al gobernador el 15 de noviembre de 1922, de otra manera: “Una vez que no dio resultado a mis enemigos de comercio el gastado recurso de hacerme enemigo del gobierno... buscaron el modo de perjudicarme” haciéndome “cómplice de un asesinato cometido por Eufemio Ochoa en la persona de José Cárdenas... Creo que las pretensiones de mis enemigos van encaminadas a aprehenderme dolosamente y a solicitar se me retire la licencia... para armar los mozos que deben cuidar mis intereses y velar por la seguridad de mi persona... La política [sahuayense] está tramando el asesinar me o aprehenderme y de ese modo avergonzar a un hombre honrado... [como he dispuesto que] se reinstalen mis descremadoras en la Ciénega de Chapala, es absolutamente indispensable mi presencia por aquellos rumbos”.<sup>54</sup>

<sup>51</sup> Bravo Ugarte, *op. cit.*, pp. 215-216.

<sup>52</sup> Armando de María y Campos, *Múgica. Crónica biográfica*, México, Compañía de Ediciones Populares, 1939, pp. 145 ss.

<sup>53</sup> Documentos del municipio de Sahuayo reunidos por Rafael Picazo, ff. 52v y 53.

<sup>54</sup> *Ibid.*, ff. 54v y 55.

Rafael Picazo se hizo presente en su tierra otra vez y con relativa facilidad asumió la jefatura del municipio. “Hombre de astucia poco común y de dinamismo incontenible” pasó de la defensiva a la ofensiva y se hizo “dueño de la situación en los contornos sahuayenses”.<sup>55</sup> Como principio de cuentas, convenció a una parte de la comunidad indígena de su terruño que se dejara de solicitar la restitución de las breves y pobres tierras que les habían robado y solicitaran la dotación de los grandes y pingües terrenos de los ricos sahuayenses.<sup>56</sup> Por otra parte, acusó al partido que se le oponía de ser adverso al gobernador. Sus opositores con mucha frecuencia, sobre todo cuando andaban en copas, gritaban mueras a Múgica y vivas a Ortiz Rubio, y él, tan devoto de los gobernadores de su estado, no podía oír sin estremecerse las mueras y las vivas de los reaccionarios sahuayenses.<sup>57</sup>

Aparte de gobiernista, quiso edificar un Sahuayo inerte y pacífico. Dispuso: “Se prohíben las reuniones que tengan por exclusivo objeto propalar versiones falsas en contra del gobierno federal, estatal y municipal. Toda persona que quiera portar armas de fuego necesita ampararlas con la licencia respectiva de esta presidencia. A partir de esta fecha queda terminantemente prohibido disparar armas de fuego... Por último se suplica al vecindario en general guardar los buenos comportamientos que lo caracterizan”.<sup>58</sup> Otra de las ordenanzas de Picazo impuso aumentos en las contribuciones de mercados y pisos de plaza.<sup>59</sup> También se empeñó en el reacomodo de la cárcel y en armar hasta los dientes a los gendarmes. Picazo nunca pudo vencer el temor de morir por arma de fuego.

Picazo tampoco consiguió ser el comecuras que eran entonces los políticos de futuro a imitación del general Plutarco Elías Calles, presidente de la República a partir de 1924. Con Calles, le sobrevino al gobierno una manía persecutoria que lo llevó al acorralamiento de la Iglesia mediante una ley reglamentaria del culto.<sup>60</sup> La Iglesia trató de contener la fobia anticlerical de Calles con medidas más o menos prudentes: Congreso Eucarístico Nacional, memoriales firmados por más de dos millones de per-

<sup>55</sup> Gudiño, *op. cit.*, pp. 103-104.

<sup>56</sup> Luis González / Leopoldo Ochoa.

<sup>57</sup> Documentos del municipio de Sahuayo, f. 55.

<sup>58</sup> *Ibid.*, f. 75.

<sup>59</sup> *Ibid.*, f. 76.

<sup>60</sup> Jean Meyer, *Estado y sociedad con Calles*, México, El Colegio de México, 1977, pp.

sonas dirigidos a la Cámara de Diputados, formación de una Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, entrevistas de los arzobispos Ruiz y Díaz con el presidente Calles, boicot general que se postuló así: “No compréis nada, por lo menos nada superfluo, y si tenéis que comprar, compradlo a los amigos de la causa”, y organización de grupos de la ACJM (Asociación Católica de Jóvenes Mexicanos) en todas partes.<sup>61</sup>

Las medidas imprudentes comenzaron en 1926. La Iglesia decidió suspender el culto. El Estado respondió a la huelga clerical con la prohibición del culto privado. El clero suspendió, el gobierno impidió y el pueblo se encontró apartado de una costumbre secular, la de recibir los sacramentos. A partir de un instante no se pudo bautizar ya al recién nacido, ni recibir la comunión, ni contraer matrimonio, ni confesar los pecados, ni obtener la extremaunción. De un día para otro se tuvo que morir como perro, sin ningún auxilio espiritual. Entonces algunos católicos de los de Pedro el Ermitaño, pensaron: “Más vale morir combatiendo”. Los pueblerinos, en sus asambleas, se preguntaban ¿Qué vamos a hacer?<sup>62</sup> Las autoridades tomaban medidas precautorias: encierro de curas, leva de agraristas, desarme de vecinos, movimiento de batallones, formación de defensas sociales, destacamentos de soldados donde nunca había habido, detención de sacerdotes por simples sospechas y el error de ordenar la hechura de inventarios, de listas con las cosas guardadas en los templos.<sup>63</sup>

El mandamás sahuayense decía: “Mientras yo mande en este distrito, no se colgará ningún cura”. Para poder cumplir su promesa, Picazo obligó a los curas locales “a escoger refugio seguro dentro de la ciudad” y a no salir a la calle.<sup>64</sup> Pero la población tomó a mal las medidas precautorias de Picazo, y a peor, la orden de hacer un censo de las pertenencias de la parroquia para lo cual se hacía necesario el cierre temporal del templo. En la mañana del 4 de agosto iban los gendarmes a poner en vigor la orden de cerrar la iglesia de Santiago cuando “María Arregui y Lola Espinosa, al grito de Viva Cristo Rey vaciaron la carga de sus pistolas sobre los gendarmes”. Éstos, enfurecidos, empezaron a disparar hacia la gente pacífica que

<sup>61</sup> José Guízar Ocegüera, *Episodios de la guerra cristera y...*, México, Costa-Amic, 1976, pp. 16-20.

<sup>62</sup> Meyer, *op. cit.*, pp. 237-238.

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 242-243.

<sup>64</sup> Gudiño, *op. cit.*, p. 103.

transitaba por la calle y hacia el interior de las viviendas.<sup>65</sup> Por culpa de ese tiroteo quedaron sin vida Jesús Sánchez Santillán, Manuel Núñez, el sacerdote Ignacio Sánchez y la niña Rafaela Melgoza. El Ayuntamiento pidió socorro a Jiquilpan de donde llegó, a las dos de la tarde, medio centenar de soldados.<sup>66</sup> Simultáneamente el pueblo se armó con navajas, cuchillos, machetes, cinco pistolas, un rifle y mucha cal molida, y además llamó en su auxilio a la acordada del Cerrito Pelón.<sup>67</sup> Ésta, cuyo comandante era don José María Padilla, acudió en ayuda del pueblo y junto con éste se lió en combate con los soldados y los policías.<sup>68</sup> De tal refriega resultaron muertos algunos milites y gendarmes, y los demás, prófugos.<sup>69</sup> A partir de entonces, 4 de agosto de 1926, se obtuvo una primera partida de

*guerrilleros de Cristo Rey*

que se lanzó al monte armada como pudo. Sin saberlo los de Sahuayo, ese mismo día hubo otras cinco insurrecciones en diversas partes de la República: Ecatzingo, Sayula, Acámbaro, Tlaxiaco y Cocula. Poco después, se sucedieron la insurgencia de Tajimaroa en Michoacán y Chalchihuites en Zacatecas. De allí en adelante se hizo costumbre leer en los periódicos la noticia de nuevas rebeliones, todas pequeñas y muy localizadas; ninguna verdaderamente peligrosa para la estabilidad del régimen. Nadie las dirigía en su conjunto; nadie sobresalió como jefe en ese primer momento. Sólo eran nubarrones y truenos de principio de aguas.<sup>70</sup>

A finales de 1926, el general Tranquilino Mendoza, al frente de algunos centenares de soldaditos, entró a Sahuayo en plan de echarle leña al fuego. Pese a su nombre y su misión, aumentó la dosis de intranquilidad en una villa muy intranquilizada de antemano. Fue un Tranquilino que, en vez de tranquilizar, intranquilizó con amenazas, aprehensiones y muertes. A fuerza de bravuconerías obtuvo que los ensotanados se metieran en los más recónditos escondites. Aprehendió a varios civiles y sacerdotes por

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>66</sup> Prado, *op. cit.*, p. 92.

<sup>67</sup> Gudiño, *op. cit.*, p. 20.

<sup>68</sup> Jean Meyer, *La Cristiada*, México, Siglo XXI Editores, 1973-1974, vol. I, p. 107.

<sup>69</sup> Prado, *op. cit.*, p. 93.

<sup>70</sup> Meyer, *La Cristiada*, vol. I, pp. 107-109.

quítame esas pajas. Mandó colgar al Prieto de un árbol del jardín.<sup>71</sup> Dispuso la muerte de José Sánchez Ramírez porque éste no quiso hacerse cargo del templo parroquial.<sup>72</sup> Convirtió la parroquia en cuartel. Hizo cuanto pudo para que otros sahuayenses exasperados se fueran al cerro y la nerviosidad del conjunto de la población llegara a punto de estallido.

A comienzos de 1927 se produjo el levantamiento grande ordenado por los jefes de la Unión Popular. La gente de muchos lugares del occidente, “con los nervios rotos por la suspensión del culto” y las tropelías de los milites “se decidió al fin por la guerra... como en tiempos del padre Hidalgo ... Terminó 1926, el año de la paciencia, empezó 1927 en el que no van a razonar ya las súplicas sino el ruido de las armas”.<sup>73</sup> “Por todas partes, desde las puertas de Guadalajara hasta La Barca, pasando por Cuquío, Yahualica, San Juan de los Lagos, Lagos, Unión de San Antonio, multitudes innumerables e inermes se lanzaron a la guerra, como la pobre gente que siguió a Pedro el Ermitaño”.<sup>74</sup> Aunque el general Amaro opuso a la insurrección en ciernes un ejército numeroso y bien armado, el levantamiento siguió adelante con luz de los versículos del evangelista Mateo: “No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede hacer perder el alma y el cuerpo en el infierno”.<sup>75</sup>

A principios de 1927 irrumpió el levantamiento de Cotija y de la sierra del sureste de Jalisco donde imperaba la ley de don Prudencio Mendoza. Poco después tuvo lugar el combate del Puerto, ganado por los recién levantados.<sup>76</sup> Quizá no tenga razón don José Guízar en su tesis de que las poblaciones de la parroquia de Sahuayo no se habrían metido masivamente a la Cristiada si don Prudencio Mendoza hubiese perdido la escaramuza del Puerto. Sí tiene razón cuando dice que hasta después de la victoria mendocina muchos sahuayenses, bien montados y con buenas armas, fueron a engrosar las filas de don Prudencio.<sup>77</sup> El 8 y el 9 de julio de 1927 se lanzaron al cerro los de San José de Gracia y Cojumatlán. Antes del tér-

<sup>71</sup> Prado, *loc. cit.*

<sup>72</sup> Guízar, *op. cit.*, p. 40.

<sup>73</sup> Meyer, *Estado y sociedad con Calles*, p. 243.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 247.

<sup>75</sup> Mateo, 10, 28.

<sup>76</sup> Guízar, *op. cit.*, pp. 48-51.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 55.

mino de ese mes, alrededor de un millar de la región de Sahuayo había tomado las armas. Hacia fines de 1927, el occidente de Michoacán, del océano Pacífico a la laguna de Chapala, era insurgente. El ministro Amaro se puso nervioso y despachó al general Juan Domínguez al frente de 3 000 hombres con la consigna de hacer polvo a los levantiscos de Michoacán. Pese a sus fuerzas, el mensajero de Joaquín Amaro sólo sufrió humillaciones. Una de las más crueles corrió por cuenta de los cristeros de la parroquia de Sahuayo. Tal fue la batalla del Fresnal.<sup>78</sup>

Por marzo de 1928, a los del gobierno se les hizo una victoria. El capitán Mazorcas, cuyo nombre de pila era Celso Valdovinos, cometió la torpeza de sacarle el bulto a una columna federal metiéndose con su gente en una cueva. Eso le permitió al jefe de los federales repetir una táctica antiquísima: “quemar petacones de chile en la boca de la cueva”. Así, los cristeros encuevados, a punto de fenecer por la asfixia, salieron del escondite. Eran 32, y a todos, en cuerda los condujeron a Sahuayo aunque aquí sólo llegaron 30, porque dos, sepa Dios cómo, se volvieron ojos de hormiga. A los 30 se les puso en la sacristía del templo de donde salieron uno a uno, menos tres, para ser fusilados.<sup>79</sup> Según recuerda uno de los servidores del gobierno homicida, eso fue el 21 de marzo de 1928. “Siendo yo uno de la defensa social de Sahuayo estaba en un retén” del que fui relevado al mediodía. Entonces “fui a la parroquia donde se oían tiros... cuando llegué habían fusilado a seis...”. Los fusilaban en el atrio, “se le señalaba a cada uno el camino a seguir y de improviso salía... el teniente Sidronio, y por la espalda le disparaba” al cristero en turno. “Hubo dos casos que impresionaron a los pocos espectadores civiles... y aun a la misma escolta”. A uno de los mártires que se quejaba “un oficial le disparó un balazo adicional que no le hizo mella. Luego le remachó seis más sin mayores resultados. Por fin, alguien tuvo la idea de quitarle al resistente ‘un crucifijo que traía atado al cuello’, y enseguida un séptimo balazo lo dejó silencioso, sin volver a chistar”. El otro mártir notable fue el que murió gritando vivas a la Virgen de Guadalupe y a Cristo Rey.<sup>80</sup>

Las proezas de los sahuayenses durante la Cristiada sólo son comparables a las de sus antepasados durante la revolución contra España, en

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>79</sup> Prado, *op. cit.*, p. 95.

<sup>80</sup> Chávez, *Quitupan*.

tiempos de las tincas, cuando los jefes eran curas. Por otra parte, el millar de cristeros dirigidos por el general Ignacio Sánchez Ramírez acometió múltiples hazañas que dan tema para un libro semejante al hecho por don José Guízar sobre los episodios cotijenses de la Cristiada.<sup>81</sup> Jerónimo González, el memorioso cruzado sahuayense, debería ser el autor de los episodios de la lucha cristera en Sahuayo. Aquí sólo cabe referirse a pocos hechos, distraídos de las obras de Prado, de García Urbizu y de Gudiño. Por ejemplo, es de referirse el combate del sábado de gloria de 1928. El general Sánchez estaba en posesión de Cojumatlán cuando supo que miles y miles de federales iban contra él y su gente. El cabecilla cristero, convencido de la inferioridad de sus fuerzas, dispuso una retirada de mentiras. Ese día anduvieron los federales por aquí y por allá, en busca de los rebeldes, sin poder dar sobre ellos. Ya muy entrada la tarde se disponían a dar media vuelta cuando fueron sorprendidos en la cuesta del Talayote. El tiroteo se prolongó hasta altas horas de lo oscuro. Los federales, según cuentan, quedaron hechos polvo. Los rebeldes se hicieron de un titipuchal de rifles, municiones y caballos.<sup>82</sup>

Noticias como la del triunfo de Talayote sobrecogían de gusto a los sahuayenses que no pudieron levantarse. Quizá hasta Rafael Picazo y Eufemio Ochoa, el presidente y el comandante gobiernista, llegaron a sentir orgullo en algún momento por las hazañas de la sahuayanía insurrecta, aunque seguramente Ochoa ya no se enorgulleció de la batalla del Talayote porque unos días antes, cuando combatían sus policías cuerpo a cuerpo con los rebeldes de San José, Eufemio, la temida Chiscuaza, cayó herido de muerte”.<sup>83</sup> Con la defunción de Ochoa, Sahuayo se quedó prácticamente sin enemigo de la Cristiada. Aunque se dice que los ricachones locales, por pura avaricia, no eran simpatizantes, se guardaron su antipatía mientras duró la lucha. Allí hasta los niños fueron anticallistas. José Gudiño, entonces de 10 años de edad, escribe: “Nuestra ilusión mayor era ser rebeldes; nuestro máximo regocijo, los días de combate; nuestro espectáculo frecuente, los ahorcados y los fusilados”.<sup>84</sup> La Cristiada en Sahuayo fue también una lucha de niños y de mujeres. Una criatura, por haberles dado

<sup>81</sup> *Episodios de la guerra cristera y...* que venimos citando, pues no sólo toca los hechos estrictamente cotijenses.

<sup>82</sup> Prado, *op. cit.*, pp. 97-98.

<sup>83</sup> González, *Pueblo en vilo*, pp. 56-57.

<sup>84</sup> Gudiño. *op. cit.*, p. 23.

mastuerzo a los gallos de pelea que guardaba el cacique local en el templo, recibió una dosis mortal de balas.<sup>85</sup> Muchas señoritas, socias de las brigadas Juana de Arco, distribuyeron parque e informaciones entre los rebeldes.<sup>86</sup>

Por lo demás, hacia junio de 1928, la múltiple rebelión cristera del occidente de Michoacán estuvo a punto de convertirse en un haz indomable a las órdenes de un general desertor del ejército, ex alumno de la escuela militar, artillero que ganó fama al servicio de Villa, cuate de Serrano y de Gómez. Ya en julio de 1928, el general Fernando González, con cristeros de Sahuayo y otras poblaciones del rumbo, se apoderó de todo lo que quiso desde Tarecuato hasta Guaracha. “Buen estratega, reunía y dividía sus grupos con una rapidez muy grande, cortando siempre las vías férreas y las comunicaciones telefónicas y telegráficas”.<sup>87</sup> De septiembre a octubre el general González hizo maravillas en la ciénega de Sahuayo, en las inmediaciones de Yurécuaro en el valle de Chavinda y por el viento de Tanga-mandapio. En diciembre dirigió el combate del Chicol que produjo la muerte de 50 federales y tres cristeros. Uno de los tres difuntos del lado de la Cristiada fue el general González, que en esa forma dejó el occidente de Michoacán sin jefe único.<sup>88</sup>

Con todo, el movimiento ni se detuvo ni se achicó. El general Enrique Gorostieta en persona vino a proseguir la reorganización iniciada por González. Por otro lado, la asonada de José Gonzalo Escobar, que puso en marcha a casi todo el ejército fue para los cristeros un paréntesis de calma muy bien aprovechado. Durante la rebelión escobarista, la rebelión cristera creció. Las tropas federales sufrieron un sinfín de derrotas y humillaciones. Los auxiliares agraristas, asustados por la dureza de la lucha, corrían en masa. Sólo el número de los rebeldes iba en aumento. Un candidato archipopular a la Presidencia de la República, don José Vasconcelos, quiso entenderse con los campesinos en armas. “A los tres poderosos de la familia revolucionaria (el embajador gringo Morrow, el mandamás Calles y el presidente Portes Gil) les entró el miedo y se apresuraron a entrar en arreglos con la jerarquía eclesiástica para quitar a Vasconcelos el elemento aguerrido de la disensión católica”.<sup>89</sup>

<sup>85</sup> García Urbizu, *Zamora y Sahuayo*, p. 156.

<sup>86</sup> Luis González / María Gómez

<sup>87</sup> Meyer, *La Cristiada*, vol. 1, pp. 276-277.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 278.

<sup>89</sup> Cf. Meyer, *Estado y sociedad con Calles*, pp. 270-277.

Los cristeros sahuayenses estaban seguros de la proximidad del triunfo definitivo cuando se desencadenó una serie de sucesidos desagradables. El 2 de junio de 1929 murió el general Gorostieta en una emboscada. El 5 de junio, en el castillo de Chapultepec, el presidente Portes Gil y los obispos Ruiz y Díaz, conversaron largamente hasta llegar a convenir en la reanudación del culto, la devolución de los templos a la Iglesia y la amnistía de los levantados en armas. El 21 se firmó lo convenido y las autoridades religiosas urgieron a las partidas de rebeldes a deponer las armas. El 30 los templos volvieron a abrir sus puertas a la cristiandad mexicana.<sup>90</sup> A regañadientes los soldados de la Cristiada acudieron a rendir las armas en sus respectivos terruños. En un ambiente social de pasiones contradictorias, Sahuayo empezó a olvidarse de la cuarta revolución frustrada del siglo para disponerse a una revolución de signo contrario a la cristera, a

*la agraria sin agraristas*

que en ese rumbo había empezado, según se vio, en 1921, fomentada por don Rafael Picazo, con la anuencia de algunos miembros de la comunidad indígena sahuayense, con una solicitud que llegó a la Comisión Agraria de Michoacán el 11 de octubre de 1922 y fue publicada en el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado* el 9 de noviembre, mediante una tramitación agraria que se detuvo en un censo donde constan los nombres de 987 vecinos de Sahuayo que podían recibir tierras conforme a las promesas agraristas de la Revolución.<sup>91</sup> Desde 1910 el Plan de San Luis Potosí había ofrecido la restitución de terrenos a las comunidades indígenas. Al año siguiente el Plan de Ayala prometió donaciones además de restituciones. El Pacto de la Empacadora de 1912 propuso la repartición gratuita de tierras baldías y de tierras ociosas. En 1914, los firmantes del Pacto de Torreón ofrecieron repartir equitativamente los terrenos labrantíos de la República. En 1915, el carrancismo expidió la cacareada ley agrarista del 6 de enero. En 1916, la Convención de Aguascalientes se manifestó mucho más agrarista que el carrancismo en su “Programa de reformas político-socia-

<sup>90</sup> Alicia Olivera Sedano, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, pp. 224-233.

<sup>91</sup> Archivo particular de don Leopoldo Ochoa.

les de la Revolución”. En 1917, el artículo 27 constitucional dispuso el respeto a los bienes comunales, la restitución de tierras, la hechura de ejidos y el fomento del patrimonio familiar. A la Constitución siguieron multitudes de disposiciones agrarias.<sup>92</sup>

Desde que un puñado de sahuayenses se atrevió a solicitar tierras de particulares hasta que esas tierras fueron concedidas 10 años después, los legisladores mexicanos se dieron a la feliz tarea de hacer leyes agrarias: reglamento agrario de la CNA; circular del 31 de octubre de 1922 sobre ejidos en común; Ley de tierras ociosas de don Adolfo de la Huerta; Reglamento de ley sobre reparto de tierras y constitución del patrimonio parcelario; Ley de dotaciones y restituciones de tierras y aguas; Ley de colonización, y muchas más. Y a pesar de tanta legislación se emprendió el reparto de la tierra. Lento en un principio, “se aceleró con la llegada del licenciado Portes Gil a la presidencia, y en un solo año, 1929, entregó más de dos millones de hectáreas, la mayoría de cultivo”.<sup>93</sup> En el cuatrienio del presidente Obregón se repartieron 1 677 067 hectáreas entre 158 204 jefes de familia; en los cuatro años de Calles se entregaron 3 195 028 hectáreas a 302 432 jefes de familia; en el año de Portes Gil se dio un par de millones a 155 826 familias, y en el bienio del presidente Ortiz Rubio el reparto fue de 1 203 737 hectáreas entre 84 009 derechohabientes.<sup>94</sup> Por otra parte, como complemento de la entrega de terrenos, en 1926 se fundó el Banco Nacional de Crédito Agrícola, casi 10 años antes que el Banco Nacional de Crédito Ejidal.

Desocupada de la rebelión cristera, la gubernatura de Lázaro Cárdenas en Michoacán puso especial empeño en la distribución de tierras a campesinos pobres.<sup>95</sup> La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo difundió el evangelio del agrarismo dondequiera. En diversas partes del estado encontró eco, tuvo suerte, hizo agraristas, que no en Sahuayo y en Guaracha. En aquél, en una ciudad de 8 000 habitantes en 1930, no llegaban a 15 los agraristas.<sup>96</sup> Eran pocos los dispuestos a recibir tierras

<sup>92</sup> Luis González, *Fuentes de la historia contemporánea de México. Libros y folletos*, vol. II, México, El Colegio de México, 1961-1962.

<sup>93</sup> Norberto Aguirre, *Cuestiones agrarias*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1977, p. 16.

<sup>94</sup> Alberto Morales Jiménez, *Historia de la Revolución mexicana*, México, PRI, 1951, p. 224.

<sup>95</sup> Bravo Ugarte, *op. cit.*, vol. III.

<sup>96</sup> Luis González / Leopoldo Ochoa.

gratuitamente y eran poquísimos los que se atrevían a contravenir la opinión de los sacerdotes. El sacerdocio sahuayense, al fin y al cabo hijo de los latifundistas locales, era casi sin excepción, opuesto al reparto y predicaba de continuo contra él. El antiagrarismo del padre Trinidad Barragán descendió a lo grotesco. Un día en público y a gritos le suplicó a Dios que la tierra se tragara a los agraristas. El padre Barragán quería de Dios una prueba clara, contundente, terrible, diabólica de la injusticia de la reforma agraria, que Dios se negó a proporcionarle.<sup>97</sup>

El 30 de octubre de 1930 el gobernador Lázaro Cárdenas dictó el siguiente fallo provisional: “Procede la dotación de ejidos solicitada por los vecinos de dicho lugar en la cantidad de 1 392 hectáreas que se tomarán de las haciendas de Guaracha y anexas, sucesores de Amador Amezcua y sucesores de Tomás Sánchez, en la siguiente forma: 932 hectáreas de la primera; 285 hectáreas de la segunda y 175 hectáreas de la tercera”.<sup>98</sup> El 27 de noviembre de 1930 se ejecutó el fallo anterior; se dio posesión provisional a los agraristas de Sahuayo, aparentemente a un gran número de agraristas, de hecho, a muy pocos porque los demás seguían temerosos de posibles castigos en este y en el otro mundo.<sup>99</sup>

Mientras algunos terrenos de Guaracha eran entregados a vecinos de las poblaciones aledañas de la hacienda, surgió un movimiento agrarista entre algunos habitantes de Guaracha, un movimiento extremadamente débil pero aún en el periodo gubernamental de Lázaro Cárdenas. Ante éste compareció el líder Canela y su pequeña escolta de secuaces con una solicitud fundada en la Ley del 6 de enero de 1915 y en la Ley de dotaciones y restitución de tierras de 21 de marzo de 1929 y en este argumento: por falta de tierra propia, los peones de Guaracha “nos vemos obligados a vender a bajo precio nuestro trabajo y a descuidar la educación de nuestros hijos”.<sup>100</sup> Pero esa solicitud de 1931 sólo fue firmada por cuatro solicitantes. Los de la hacienda no tuvieron un asesor tan eficaz como los de Sahuayo, entre otras cosas porque el protector de los agraristas de todo aquel rumbo, convertido en diputado federal, fue muerto a plomo, a comienzos de 1931,

<sup>97</sup> Luis González / Leopoldo Ochoa.

<sup>98</sup> Archivo particular de don Leopoldo Ochoa.

<sup>99</sup> Luis González / Leopoldo Ochoa.

<sup>100</sup> Heriberto Moreno García, *Guaracha; tiempos viejos y tiempos nuevos*, México, s.e., 1978, p. 122.

en la estación de Lechería.<sup>101</sup> Cuesta, el concesionario de la ciénega, le cobró a Picazo, el apóstol agrarista de la ciénega, sus afanes apostólicos en favor de los labriegos.

El gobernador Cárdenas en persona vino de visita y en plan de agitador a Guaracha. Lázaro Cárdenas se cansó de rogarles a los guaracheños que solicitaran el reparto pues si no lo hacían así se exponían a quedarse como la “Magnífica”, sin cosa alguna. Él hizo notar que numerosas comunidades de los pueblos vecinos solicitaban los terrenos de la hacienda y que seguramente a ellas se les entregarían si ellos, que eran los trabajadores de allí y los principales derechohabientes, no los solicitaban.<sup>102</sup> Con todo, los peones de la hacienda se mantuvieron reacios al agrarismo; nada ni nadie pudo sacarlos de una decisión que repetían incesantemente: “Nosotros no queremos tierras”. Según unas versiones, la peonada no la quería porque sus mayordomos les machacaban: “Ni le muevan. El patrón tiene mucho dinero para defender su latifundio”.<sup>103</sup> Según otras versiones, la fidelidad de los trabajadores a la hacienda indivisa provenía de la prédica machacona del capellán: “Las tierras del reparto son mal habidas; el agrarismo contraviene la ley de Dios”.<sup>104</sup> Según algunos de los informantes de Heriberto Moreno, “la gente no se negaba a recibir la tierra. Es que tenía miedo”. A los peones se les decía “que iban a estar excomulgados; que cómo iban a trabajar estas tierras; que no habría luego persona que viera por ellos; que el gobierno nada más prometía”.<sup>105</sup>

Comoquiera, el grupito agrarista no se detuvo. Hoy se juntaba aquí; mañana, allá; siempre fuera del pueblo. Aunque en 1932 casi se extinguió el movimiento agrario porque la gente no lo quería y porque entró a la gubernatura de Michoacán el general Benigno Serratos antiagrarista, Pablo Canela y Abel Prado no se dieron por vencidos. Este último, poco antes trabajador al norte del Bravo, dizque por sugerencia de don Dámaso Cárdenas, pretendió sindicalizar a los peones guaracheños y adherirlos a la CRMT, y aunque el sindicato sólo era él, obtuvo de los patronos una considerable alza de jornal para todos los trabajadores de la hacienda.<sup>106</sup>

<sup>101</sup> Gudiño, *op. cit.*, p. 104.

<sup>102</sup> Moreno García, *op. cit.*, pp. 125-126.

<sup>103</sup> *Guía*, Seminario Regional de Zamora, 26 de octubre de 1975.

<sup>104</sup> Moreno García, *op. cit.*, p. 126.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 133.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 127.

Luego, pasados los aires opuestos al agrarismo, se volvió a la cargada de la repartición. En 1934, el apóstol del ejido se trepó hasta la Presidencia de la República. Desde allí, como lo sabe todo mundo, desplegó una acción agraria sin precedentes; no hubo hacienda sobre la que no se manifestara su afán repartidor. Lo que faltaba de repartir de la hacienda de Guaracha ya no podría aguantar; por una parte, debido a la presión desde mero arriba, y por otra, por la presión creciente de los mismos guaracheños. En 1935, bien corrida la época de aguas, hubo este diálogo entre el maestro Abel, presidente del nuevo comité ejecutivo de agraristas de Guaracha, y el general Cárdenas, presidente de la República:

—General, venimos a solicitar...

—Estuve a ofrecerles toda la tierra para no agarrarles ni un metro y no quisieron...

—Esas gentes, como su ejército, General, les son fieles a su patrón...

Entonces el general le preguntó a un ingeniero:

—¿Cuántos habitantes son en Guaracha?

—Cerca de 800 padres de familia.

—Dales para 340 o 350.

Y dirigiéndose al maestro Abel, díjole:

—¡Vete; ya hay ejido!

“No hubo censo, no hubo política, no hubo nada; nada más una palabra de don Lázaro... y hubo ejido”.<sup>107</sup> El 29 de octubre se firma la resolución presidencial; el 8 de noviembre, el general Antolín Piña Soria gira la orden de afectar 3 320 hectáreas: 1 009 de riego y humedad; 531 de temporal, y 1 780 de agostadero; en diciembre aparece en el *Diario Oficial* la resolución del Presidente según la cual serían 316 los beneficiados.<sup>108</sup> Ya no alcanzaba para más. Las mejores tierras ya habían sido asignadas. Las tierras de “pa’llá”, desde Cotijarán hasta Sahuayo, fueron para otros; las tierras de “pa’cá”, las relativamente pobres, fueron las entregadas a 316 guaracheños en marzo de 1936. A unos les tocaron parcelas de cuatro hectáreas en las de temporal. A todos se les dio “la mulada que existía en la hacienda, con todo el equipo y avío de bueyes, arados, etcétera”.<sup>109</sup> Al nuevo ejido se le puso el nombre de Emiliano Zapata. Don Manuel Robledo, el administrador

<sup>107</sup> *Ibid.*, pp. 150-151.

<sup>108</sup> *Diario Oficial*, 19 de diciembre de 1935.

<sup>109</sup> Moreno García, *op. cit.*, pp. 157-159.

de la hacienda de Guaracha, se retiró sin firmar el acta de entrega. Luego vino, con una pachorra increíble, la entrega particular de las parcelas; luego, un préstamo de 78 000 pesos de parte del Banco Nacional de Crédito Agrícola; luego, la supeditación al Banco de Crédito Ejidal; el abuso en las solicitudes de crédito: la contrata de peones por parte de los ejidatarios; el desorden en la administración del ingenio, y otras corruptelas. A cambio de eso se estableció una Escuela Práctica de Agricultura; el capellán poco a poco comenzó “a vivir con todos los hijos del pueblo, fueran o no ejidatarios”; algunos de la comunidad agraria pudieron construir casas mejores y bien ajuareadas; al igual que en Jiquilpan y Sahuayo se metieron en Guaracha algunas novedades: cine, tocadiscos, radios, estufas de petróleo y camas de tambor.<sup>110</sup>

Las cinco medidas revolucionarias que recibieron Sahuayo y su contorno entre 1906 y 1935, en 30 años pusieron las bases del Sahuayo actual de un modo excesivamente violento. La primera revolución, el escurrimiento de la ciénega de Chapala, le resultó altamente costosa a los indios y a la gente de escasos recursos. La segunda revolución, propiciada por las visitas de los milites pedigüeños y saqueadores, empobreció a varios ricos y produjo la salida hacia las capitales de familias pudientes y de medio pelo. La tercera revolución, dirigida por Rafael Picazo, incorporó a la gente humilde a la vida política y económica del lugar a costa de altisonantes dimes, diretes y balazos. La cuarta revolución, obra de los cristeros, a cambio de numerosos difuntos, conquistó para todo México la libertad de creencias, de liturgia y moral que un señor Calles quiso restringir. La quinta revolución, auspiciada por el general Lázaro Cárdenas, introdujo al banquete de la propiedad de la tierra a la mayoría de quienes la trabajaban. Con mejores tierras, menos élites, más democracia, libertades en firme y muchos propietarios, Sahuayo pudo emprender la brillante marcha.

<sup>110</sup> *Ibid.*, pp. 161-163.

A FINALES DE SIGLO y a comienzos del

*obispado de Fernández*

tuvo lugar un magno acontecimiento que violó en forma rotunda a la enclaustrada y levítica Zamora. En 1899 llegó el ferrocarril. “La sociedad zamorana, toda entera, saludó con febril entusiasmo a la máquina de vapor... Las aclamaciones entusiastas de más de 8 mil personas agrupadas en las vías, los repiques a todo vuelo, las bandas militares y centenares de cohetes... formaban una armonía indescriptible”.<sup>1</sup>

Al año siguiente, la empresa del ferrocarril Jacona-Zamora unió sus rieles a los del Nacional.<sup>2</sup> Con el siglo también se fueron muchas cosas y personajes. Las primeras campanadas del reloj del Calvario fueron las últimas de un siglo XIX que trajo a Zamora al estricote, pero que antes de morir le legó sus dos máximos inventos: la luz eléctrica y el tren.

Una nueva generación de sotanas, que corresponde a la nacional de los “científicos”, se instauró en la rectoría de Zamora a partir de 1901. Al obispo le aconteció algo misterioso. “Debido a la intensidad de sus trabajos, el señor Cázares sufrió por algún tiempo debilidad cerebral... Sintiéndose bastante enfermo, renunció a la diócesis, pero no le fue admitida la renuncia... Más tarde solicitó y obtuvo que se le nombrara obispo coadjutor al señor José de Jesús Fernández”.<sup>3</sup>

El coadjutor, ni tardo ni perezoso, se puso a la tarea de construir templos, reglamentar a las Hermanas de los Pobres y Siervas del Sagrado Co-

\* Fragmento de *Zamora*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 3ª ed., 1994, pp. 126-144.

<sup>1</sup> *El Publicador*, Zamora, 18 de junio de 1899.

<sup>2</sup> Arturo Rodríguez Zetina, *Zamora. Ensayo histórico y repertorio documental*, México, Editorial Jus, 1952, p. 819.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 286.

razón, hacer visitas pastorales y promover mudanzas que les parecían muy peligrosas a los viejos. Por edad, estaba muy distante de su jefe, el obispo enfermo. Le quedaban más cerca otros dos prelados coterráneos: José Mora y del Río y Francisco Plancarte y Navarrete. Mora era originario de Pajacuarán, donde nació en 1854. Se hizo en el seminario de Zamora. Antes de cumplir ocho lustros partió para ser obispo de Tehuantepec. En 1901 fue trasladado a la diócesis de Tulancingo. Aquí, deseoso de poner en práctica la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, encíclica que abogaba por el salario justo, las asociaciones mutualistas, las cajas de ahorro, las medidas higiénicas, la subdivisión de la propiedad y demás cosas por el estilo, organizó los Congresos Agrícolas, de los que hubo un par (1904 y 1905) en la sede de su obispado y un tercero, que se verá después, en su tierra espiritual.<sup>4</sup>

Desde finales del siglo XIX, Francisco Plancarte y Navarrete se convirtió en el mejor ornamento de Zamora, en algo así como el sucesor del célebre Pelagio Antonio de Labastida. Como éste, había nacido allí, 40 años más tarde, en 1856. Gracias a su pariente don José Antonio, pasó del colegio jaconés a Roma, donde obtuvo los doctorados en filosofía, teología y recibió el sacerdocio. A su regreso, trabajó con su tío como director del Colegio de San Luis en Jacona. Su alumno Amado Nervo lo recordará como el “sabio geólogo, numismático y aztequista” que gustaba hablar de las maravillas de Roma. Más que hombre de acción fue hombre de ciencia. En plan de arqueólogo, estuvo en Madrid con motivo del IV centenario del descubrimiento de América. En 1896 un dedazo lo elevó a obispo de Campeche, y otro, dos años más tarde, a obispo de Cuernavaca. Aquí la construcción de la catedral, la apertura del seminario, la promoción de colegios, bibliotecas y casinos y las exploraciones arqueológicas lo hicieron famoso.<sup>5</sup>

Las inquietudes socialistas de Mora y las educacionales de Plancarte confluyeron en la vigorización de la Escuela de Artes y en un “centro cultural zamorano que giraba en torno a la librería de don Manuel Orozco. Allí concurrían los canónigos Rafael Carranza, Ignacio Aguilar, Alejandro Silva y Francisco Dávalos, profesores de literatura”. Allí también se tocaban los problemas sociales del día. De hecho toda la nueva élite zamorana,

<sup>4</sup> Jesús Romero Flores, *Diccionario michoacano de historia y geografía*, Morelia, Gobierno del Estado, 1960, p. 284.

<sup>5</sup> *Enciclopedia de México*, México, Enciclopedia de México, t. 10, pp. 374-375.

incluso el prefecto desde 1903, el duro don Francisco de P. Aguado, y varios ricachones (José y Rafael García, Epifanio Jiménez y Perfecto Méndez Garibay), era cada vez más sensible a los sufrimientos materiales de la sociedad de Zamora y estaba cada vez más dispuesta a obtener su alivio. En 1907 obtuvo el agua potable de los manantiales de Jacona. Entonces también se inició la hechura de un mercado municipal que se inauguraría con motivo de las fiestas del centenario. A la élite le había entrado la preocupación de que el pueblo comiera lo suficiente y no bebiese más que agua. Puso cuantos medios tuvo a su alcance para combatir la embriaguez que iba en aumento “con grave perjuicio para la moralidad y bienestar público”.<sup>6</sup> Propuso como remuda de la borrachera el saborear los helados que comenzaban a ofrecer dos fabriquetas locales (“Las Cataratas del Niágara” y “El Polo Norte”) o el asistir al salón de cine recién abierto por don Pedro García Urbizu. No se les podía recomendar como sucedáneo del alcohol la educación que empezaban a impartir para los adinerados, sores teresianas y hermanos maristas. Tampoco podían recomendárseles la asistencia a los festines de los hacendados: “Ocho días con músicas... Las famosas bandas de música de Sevina, Zacán, Paracho y Zamora... amenizando los suntuosos banquetes y los bailes cada noche”. Disfrute de unos cuantos de la paz, el orden y el progreso.

Todavía más, entre la élite clerintellectual zamorana se puso de moda el debatir el abismo cada vez mayor entre los hacendados (don José María Méndez, dueño de La Luz, hacienda de 6 119 hectáreas; don Arcadio Dávalos y sus 9 987 hectáreas de San Simón; Luis G. Plancarte, amo de La Saucedá y de Miraflores; doña Elena Martínez de García, señora de Tunas Agrías y La Cólera; don Ignacio Castellanos, dueño de las 4 793 hectáreas de Cumuato; don Luis Verduzco López, patrón de San Buenaventura; don Octaviano Igartúa, señor de Orandino; don Diego Moreno Jasso, propietario de la hacienda de Guaracha ya reducida a 50 kilómetros cuadrados; Antonio Méndez Padilla, amo de San José del Jaral; Perfecto Méndez Garibay, propietario de Tamándaro y El Platanal, y los muy bien reputados don Francisco G. García y don Epifanio Jiménez, señores respectivamente de Santiaguillo y Sanguijuela) y los labrantines acerca de los cuales se preguntaba Don Barbarito: “¿Qué puede hacer un infeliz gañán con 24 centavos de jornal, si tiene que recibir el maíz a 9 y 10 centavos el cuarterón y

<sup>6</sup> Archivo Municipal de Zamora (AMZ), Libro de cabildos, 1896-1897, f. 30.

además abonar 12 por el fiado de manta que recibió forzosamente...? ¿Con dos centavos diarios acaso podrá cubrir sus más imperiosas necesidades?”.<sup>7</sup> Uno de los debates acerca de la condición abatida de los pobres labriegos trascendió el ámbito local y produjo molestia en las autoridades porfirianas. Del 4 al 8 de septiembre de 1906 sesionó en Zamora el Tercer Congreso Agrícola Mexicano. De los concurrentes, 94 eran agricultores. Los demás ostentaban títulos profesionales: abogado, médico, ingeniero, farmacéutico o sacerdote. Entre todos aprobaron: 1] la lucha contra la embriaguez de los labriegos, que se haría en estrecha amistad con la Sociedad de Temperancia; 2] la extirpación del feo y costoso vicio del concubinato en la campiña mexicana; 3] la doble enseñanza del catecismo cristiano y la economía doméstica a la niñez campesina; 4] mejores salarios y cajas de crédito Raiffeisen para aliviar la vida miserable de los trabajadores del campo; 5] el servicio médico gratuito para los gañanes, y 6] el uso de técnicas adecuadas en agricultura como la de nitrificar los terrenos, no a fuerza de abonos químicos como lo hacían 20 años atrás europeos y yanquis, sino con el uso de microorganismos descubiertos por alemanes y ensayados en la República mexicana por don Zeferino Domínguez, el padre Juan Ortiz y el general Porfirio Díaz júnior.<sup>8</sup> En el tercero de los congresos agrícolas fomentados por el obispo Mora, los tiros de los congresistas hicieron blanco en la desmoralización, el pauperismo, las limitaciones técnicas y, un tanto solapadamente, en la apoliticidad de las mayorías.

En los pasillos, entre sesión y sesión del Congreso, en voz baja, se deslizaron los temas políticos. Las arrugas del porfirato ya eran percibidas hasta por los miopes. La intromisión de los extranjeros en la economía y las costumbres del país había llegado al límite tolerable. Los prefectos (naturalmente no el de Zamora) y otras autoridades de medio y bajo pelo abusaban de continuo. La necesidad de partidos y de elecciones se volvía cada vez más imperiosa, y así lo vislumbró el mismo don Porfi cuando le dijo al periodista Creelman: “me retiraré al concluir este periodo constitucional y no aceptaré otro... Yo acogeré gustoso un partido de oposición en México. Si aparece lo veré como una bendición”.<sup>9</sup> El incansable don

<sup>7</sup> Cf. Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 788-789, 798-799; Jesús Romero Flores, *Historia de Michoacán*, México, Claridad, 1946, t. III, pp. 112-115, 241 y 244.

<sup>8</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 833.

<sup>9</sup> Cf. Luis González, “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976, vol. 3, p. 251.

Porfirio comprendió que para detener “la procesión de los peros” en la amplitud del país, que para acallar a los criticones y malquerientes de los científicos, de los millonarios ostentosos, de los jefes políticos, de las rapiñas, arbitrariedades y abusos cometidos por doquier; que para reprimir las denuncias de los clubes liberales, de asociaciones obreras y de congresos agrícolas como el zamorano, el seguramente muy patriota don Porfirio supo que sólo había un camino honorable y seguro, una única salida sabia: la democratización de México que él no pudo conseguir.<sup>10</sup>

Muchos le tomaron la palabra al gran jefe, y organizaron partidos de oposición. Todos concordaban en el deseo de que Díaz siguiera en la silla presidencial y diferían en la persona *ad hoc* para el copilotaje o la vicepresidencia. Los del control político proclamaban la reelección de don Ramón Corral. Uno de los partidos opositores pedía la vice para el menudo e inteligente joven don Francisco Madero; otro para el también menudo, pero ya sazón y enérgico general Bernardo Reyes. En Zamora predominaban los del partido reyista, y el reyismo de uno de los zamoranos causó escándalo nacional. Eso fue en el mes de julio de 1909. Al concluir su sermón un sacerdote “vitoreó varias veces a la Santísima Virgen”. Entre los vivas del padre, se coló un ¡Viva Reyes! de alguien del público. Nada menos que *El Imparcial* le atribuyó el viva para Reyes al orador sagrado, y lo puso como al perico. Hasta la Virgen alcanzó algunos rozones de la furia periódica.<sup>11</sup> La sociedad zamorana, a punto de ser inmersa en el

### *pontificado de Othón*

Núñez y Zárate, aún nerviosa por la muerte del señor Cázares y por la llegada de un día para otro del nuevo señor obispo, se indignó sobremedera contra el diario cuasi oficial del régimen porfirico y contra los que le hicieron segunda. El semanario local *La Razón Católica* reprodujo numerosas protestas. Para colmo de males, el candidato atribuido al vecindario de Zamora, el ínclito general Reyes dijo ¡no! a quienes querían sentarlo junto a su amigo Porfirio Díaz y le dijo ¡sí! a éste, que lo comisionó para visitar las armerías de Europa. Con todo, los zamoranos pronto se rehicie-

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 250-256; Romero Flores, *Historia de Michoacán*, t. III, pp. 131-135.

<sup>11</sup> Rodríguez Zetina, *op cit.*, p. 835.

ron de los anteriores incidentes, muchos depositaron su simpatía en Madero, y todos se dieron a celebrar con regocijo las fiestas conmemorativas del primer centenario de la independencia, fastuosas fiestas en las que hubo veladas literario-musicales para ricos y cultos, comidas para pobres, desfile y juramento del patronato de la Virgen de Guadalupe para todos,<sup>12</sup> e inauguraciones por parte del famoso prefecto Francisco Aguado y el cabildo municipal: piso de mosaico en la plaza principal, fuente en el parque Juárez y otras bagatelas que no eran ya de buen tono para una ciudad que, según el censo de 1910, tenía 15 116 habitantes en mero Zamora, sin contar el cinturón de pueblos y rancherías que lo rodeaban: Santa Mónica Ario, 1 636 habitantes; Atacheo, 1 348; Atecucario, 914; El Llano, 1 022; La Sauceda, 574; La Rinconada; 565; Santiaguillo, 500.<sup>13</sup>

Zamora llegó a 1910 con un pueblo raso ligeramente mayor al de 100 años antes y una élite incomparablemente más numerosa que la de entonces. Sin contar egregios de la camada de los científicos, ya mencionados, la sociedad zamorana aportó y recibió a un buen porcentaje de la élite modernista, la de los nacidos entre 1858 y 1873. Fueron oriundos de Zamora el ilustre prelado Francisco Orozco y Jiménez, el popular músico don Fernando Méndez Velázquez y el exquisito poeta Atenógenes Segale; formados por Zamora, el siervo de Dios Leonardo Castellanos y el endiosado poeta Amado Nervo, y al servicio de Zamora el obispo Othón Núñez y Zárate; toda gente de sotana, salvo Méndez. Orozco y Jiménez, nacido en 1864, estudió en el colegio jaconés de Plancarte, en el Pío Latino Americano y en la Universidad Gregoriana de Roma. En 1888 celebró su primera misa en su terruño. Enseñó en los seminarios de aquí y de México. Fue secretario de la Universidad Pontificia, y participante distinguido del concilio nacional de 1895 y del Latinoamericano de 1899. En 1902, el papa León XIII lo preconizó obispo de Chiapas y en 1912, Pío X lo condujo a la arquidiócesis de Guadalajara donde se hizo famoso y popular en un santiamén por su guadalupanismo, sus investigaciones históricas, su mecenazgo a las letras y las artes, sus destierros y sus fugas.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 839.

<sup>13</sup> Dirección General de Estadística, *División territorial de los Estados Unidos Mexicanos correspondiente al censo de 1910. Estado de Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Secretaría de Fomento, 1917, pp. 101, 119, etc.

<sup>14</sup> Alfonso Méndez Plancarte, "Claros varones de Zamora", *Ábside*, diciembre de 1940, vol. IV, núm. 12, pp. 31-43.

En gracia a la brevedad, se omite la biografía del autor de *Ojos tapatíos* y apenas se puede decir de Atenógenes Segale que nació en Zamora en 1865 e hizo su carrera en los seminarios de Zamora y de México. En el último decenio del siglo XIX adquirió las famas de excelente catedrático del seminario, buen párroco de Los Remedios, “el orador de más nota en la capital”, el notable dramaturgo de *Aureliano*, *El príncipe de Viana* y *La púrpura del rey*, el gran poeta *Del fondo del alma*, *Miniaturas*, *Versos perdidos* y *Marinas*, el culto traductor de Horacio y el cuentista y novelista de “vívida descripción y profunda vena satírica” en *Flor de durazno*, *Estatua de Psiquis*, *Auras de abril* y *Del campo contrario*. El padre Atenógenes murió a los 38 años de edad, sin haber trascendido su condición de cura de barrio, de pico de oro local y de escritor de bandería.<sup>15</sup>

Muy distinta fue la suerte de Amado Nervo que, como todo mundo sabe, nació en Tepic en 1870; empezó a escribir siendo muy niño “en un caserón desgarrado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia”; conoció a una “abuela, nacida en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca”. que padecía la obsesión de los tesoros enterrados, tuvo tres hermanos y cinco hermanas y “un maestro de música ciego”. Antes de cumplir 14 años vino al colegio jaconés de don José Antonio Plancarte “donde aprendió, amén de parábolas y sentencias latinas, a cultivar sus ansias celosamente, en lo más sigiloso de su alma. Su sonrisa, hasta entonces solamente amable, comenzó a afinarse, como la del que trae un secreto bajo el manto”. En 1886, en la fecha de la llegada de las primeras diligencias, por el tiempo en que se inauguraba el primer casino, cuando se difundía el sistema de congregaciones marianas de jóvenes, con sólo 16 años encima, llegó al seminario de Zamora. “Pero las influencias del seminario sobre aquel misticismo en ascensión, que antes de llegar a la pureza tuvo que pasar por la selva oscura de los gustos sacrílegos y por las puerilidades del arrobamiento ante los meros oropeles del culto, exigiría un estudio aparte”.<sup>16</sup> Aquí baste decir que Nervo, hacia 1910, el poeta más gustado y más influyente en Zamora, recibió de ésta, en donde estuvo hasta 1892, inspiración para sus primeros poemas y para aquel par de novelitas: *El bachiller* (sobre el conflicto de un joven que educado para cura

<sup>15</sup> *Loc. cit.*

<sup>16</sup> Alfonso Reyes, *Tránsito de Amado Nervo*, en *Obras completas de A. R.*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, vol. VIII, pp. 33-38. Véase también Amado Nervo, *Mañanas del poeta*, México, Ediciones Botas, 1938.

sufre las tentaciones del amor físico y se castra) y *Pascual Aguilera* (acerca del hijo de un hacendado que se adjudica el derecho de gozar de la novia de un peón a la que no consigue seducir, y se desquita de la derrota con la violación de la madrastra).<sup>17</sup>

Pasado algún tiempo, el escandaloso autor del *Bachiller* y de *Pascual Aguilera*, llegó a la llanura de serenidad donde estaba instalado Atenógenes Segale, y poco antes de su muerte, ya escalaba la cumbre de la santidad en la que había vivido su otro coetáneo de Zamora, San Leonardo de Ecuandureo (1862-1912).<sup>18</sup> Cuando llegaba Nervo, se ordenó el padre Leonardo Castellanos, párroco de su tierra natal, canónigo catedralicio, rector del instituto donde estudió de 1905 a 1908, obispo de Tabasco y víctima del cólera en 1912.<sup>19</sup> Uno de sus subordinados lo ve practicante de “la pobreza y la humildad... No se enojaba nunca... Como exagerase las faltas al reprender... sus alumnos ridiculizaban a veces sus determinaciones... Era un varón justo... pobre... y aseado siempre”.<sup>20</sup> Castellanos dejó Zamora, aunque siguió influyendo en ella aun difunto, poco antes de la llegada del cuarto obispo don José Othón Núñez y Zárate, nativo de Oaxaca, ordenado en 1892 a los 25 años de edad, apóstol de la *Rerum novarum* de León XIII. Recién consagrado obispo promovió la organización de círculos de obreiros católicos zamoranos.<sup>21</sup>

Todos los líderes de sotana de la camada modernista reconocían la importancia de la educación católica que fomentó Cazares y el interés de unirse a los latifundistas que sostuvo Mora, para conseguir la implantación plena de la vida cristiana, pero no les parecía suficiente. Hacía falta un poco de presión revolucionaria sobre un gobierno dormido en sus laureles y un poco de presión laboral sobre unos amos que por hartura no

<sup>17</sup> John S. Brushwood, *Mexico in its Novel. A Nation's Search for Identity*, Austin, University of Texas Press, 1966.

<sup>18</sup> Reyes (*op. cit.*, pp. 29-30) transcribe estas palabras de Nervo: “He llegado a uno de los puntos difíciles y más elevados del alpinismo poético: a la planicie de la sencillez... Busco el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no detona... Ahora... dejen el borrador y el verso claro, y llamo al pan pan, y me entiende todo el mundo”. Poco después le escribe a Reyes: “Voy hacia el silencio”. De hecho ya “sólo sabía pensar en Dios”.

<sup>19</sup> Francisco Valencia Ayala, *El seminario de Zamora*, Morelia, Fímax, 1977, p. 43.

<sup>20</sup> Testimonio del M.I.S. deán Francisco Luna Pérez, citado por Valencia Ayala, *op. cit.*, p. 44.

<sup>21</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 313-338.

podían tener presentes a los hambrientos.<sup>22</sup> La nueva ola de clérigos zamoranos era probablemente menos antiporfriada o porfirista que las tres anteriores, pero también más deseosa de cambio y proclive a Madero desde que Reyes se retiró de la lucha.<sup>23</sup> La élite y la muchedumbre lugareñas festejaron la acción revolucionaria de Ireneo y Melesio Contreras quienes sin derramar sangre, con sólo gritar en plena serenata ¡Viva Madero!, pusieron en fuga a la guarnición de Zamora, y a Melesio en la posibilidad de escribir este telegrama: “Hónrome altamente señor Madero poniendo a su disposición esta plaza de Zamora y la de Jiquilpan... que han sido tomadas en el mayor orden, sin derramamiento de sangre y con satisfacción para todos...”<sup>24</sup> Más de 3 000 voces, “contándose en ella lo más granado de la ciudad”, vitorearon al David norteño que acababa de derrumbar al Goliath del sur.<sup>25</sup>

Acto seguido, la gente de Zamora se alistó en el Partido Católico que postulaba a Madero como presidente y a De la Barra como vicepresidente, al Lic. Primitivo Ortiz como gobernador de Michoacán, y al popular zamorano, don Perfecto Méndez Padilla, como diputado al Congreso de la Unión.<sup>26</sup> Aunque hubo “un temblor que ocasionó desperfectos en la torre de la catedral”, la alegría del estreno de presidente de la República y de un flamante diputado se sobrepuso a todo, menos a la “revolufia” desencadenada por huertistas y antihuertistas.<sup>27</sup> Francisco Madero acababa de cumplir 15 meses en la Presidencia de la República, el doctor Miguel Silva, cinco en la gubernatura del estado, y un poco menos don José Álvarez y Álvarez como prefecto de Zamora, cuando el general Victoriano Huerta se autonombró jefe nacional en sustitución de Madero y puso al mílite

<sup>22</sup> Jorge Adame Goddard, *El pensamiento político tradicional en el Estado liberal mexicano, 1867-1892* (mimeograma), México, 1977, pp. 200-206.

<sup>23</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 834-840

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 841-842.

<sup>25</sup> Carta de Ireneo Contreras dirigida desde Zamora a don Francisco I. Madero el 25 de mayo de 1911, “poco después de la entrada de éste, a la capital de la República, y de que en Zamora habían quedado constituidas las nuevas autoridades”, de que un grupo de vecinos “fue a Morelia con el fin de solicitar el cese del prefecto Francisco de P. Aguado, que se obtuvo”, citada por Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 841-844.

<sup>26</sup> José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Editorial Jus, 1962-1964, vol. III, pp. 196-198.

<sup>27</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 844.

Alberto Dorantes de jefe en Michoacán.<sup>28</sup> Como es bien sabido, contra la dictadura en el país se levantó don Venustiano Carranza y contra el huerismo en Michoacán, el brigadier José Rentería Luviano, que en la mañana del 30 de mayo de 1913 se apoderó de Zamora sin estruendo, les impuso un donativo forzoso a la Iglesia y a los principales de la ciudad y salió de allí nomás para ser hecho polvo por los huertistas en la hacienda de Guarachaca.<sup>29</sup> Comoquiera, el constitucionalismo contó con el brazo fuerte de otros ilustres michoacanos, dos de ellos ex seminaristas de Zamora: Francisco Múgica y Rafael Sánchez Tapia.<sup>30</sup> Otro que aprovechó la dictadura militarota para llevar adelante las reivindicaciones de sus coterráneos fue un hombre humilde, cantor y cabecilla de Atacheo, teniente coronel Miguel de la Trinidad Regalado que desde 1909 luchaba por la restitución de tierras a los campesinos, que en 1913 “se incorporó con 200 hombres a la columna del general García Aragón”<sup>31</sup> y poco después obtuvo el nombramiento de presidente de la Sociedad Unificadora de los Pueblos de la Raza Indígena de los Estados de la República, e hizo prosélitos en su tierra natal y en Santa Mónica Ario.<sup>32</sup>

La postura de los jóvenes cultos de la ciudad levítica no coincidía mayormente con la de los caudillos del norte, ni aun con la de Villa, ni con la del sombrero caudillo del sur. Unos le dicen reformismo pequeño-burgués; otros, utopismo cristiano y los próximos a esa postura, doctrina social de la Iglesia según la formuló León XIII.<sup>33</sup> Por lo que se vio en la llamada Dieta de Zamora, a la que asistió un tercio de los obispos de la República y una multitud de representantes de los círculos católicos obreros, lo que buscaban los revolucionarios al estilo zamorita era implantar el salario mínimo, proteger el trabajo de mujeres y criaturas, instituir el patrimonio de la familia, conquistar el seguro contra paro, accidentes, enfer-

<sup>28</sup> Romero Flores, *Historia de Michoacán*, t. III, pp. 261-263.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 283; Lázaro Cárdenas, *Apuntes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972-1974, vol. I, pp. 14-15.

<sup>30</sup> Valencia Ayala, *op. cit.*, p. 156.

<sup>31</sup> Cárdenas, *Apuntes*, vol. I, pp. 19-22.

<sup>32</sup> Salvador Sotelo Arévalo, *Miguel de la Trinidad Regalado, un luchador revolucionario por la causa agraria de Michoacán*, Morelia, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, 1975, pp. 6-49.

<sup>33</sup> Además de las encíclicas de León XIII, en Zamora se leían mucho los periódicos católicos de Victoriano Agüeros y de Trinidad Sánchez Santos.

medades y vejez, establecer el arbitraje obligatorio en conflictos obrero-patronales, conseguir participación en los beneficios de las empresas, aplicar la ley del descanso en domingo, proteger al pobre del agio, reunir a la clase media en asociaciones profesionales, moralizar a los campesinos, proteger las labores domésticas e instituir algunas medidas suaves de reforma agraria.<sup>34</sup>

Del gusto de la Dieta, la gente bien de Zamora pasó al susto de la llegada del veinteañero general Joaquín Amaro en 1914, quien convirtió en oficinas públicas el palacio del obispo; puso en chirona a este y aquel vecino; saqueó la catedral de la diócesis; cerró las escuelas y los asilos católicos y el seminario y el convento de Capuchinas; asustó con mil amenazas a los sacerdotes, e impuso préstamos a los principales.<sup>35</sup> El trauma del “general de la coqueta” fue tan intenso que consiguió opacar los estropicios causados por la epidemia de tifo de 1916, por las visitas de los tan tristemente famosos bandoleros don Jesús Síntora y don Inés García Chávez y por la gripe española de 1918.<sup>36</sup> Las cinco pruebas amargas (Amaro, Síntora, Chávez, el tifo y la influenza) causaron una cierta despoblación de Zamora. La ciudad que tenía 15 116 habitantes en 1910, en 11 años de trifulca quedó reducida a 13 863.<sup>37</sup> Las cinco calamidades, además, consiguieron empobrecer al vecindario, imbuirlo de actitudes poco revolucionarias y defender, ya sin ninguna mansedumbre cristiana, sus banderas católicas. A comienzos de 1919 los jóvenes se agruparon en la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), presidida en Zamora por los padres Ramón Martínez Silva y José Igartúa.<sup>38</sup> En 1920 empezó a salir semanariamente la *Hoja Social* que contrarrestaría, según sus editores, las prédicas del socialismo ateo.<sup>39</sup> En 1921, “al saberse que una bomba había explotado en el altar de la Guadalupana en el Tepeyac... se colgaron moños luctuosos en las casas de Zamora... El 18 de noviembre se guardó riguroso luto... y luego se organizó una peregrinación de desagravio a México”.

<sup>34</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 330-331. La Dieta de Zamora, tan ensalzada y tan vituperada, sigue en espera de un historiador que la comprenda y explique a fondo.

<sup>35</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 852.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 858.

<sup>37</sup> Departamento de Estadística Nacional, *Censo general de habitantes. 30 de noviembre de 1921. Estado de Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1925, p. 211.

<sup>38</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 335.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 860.

También, a propósito de las matanzas de católicos habidas en Morelia, el vecindario de Zamora protestó airadamente.<sup>40</sup> En 1922 fue recibido con grandes fiestas el

*pontificado de Fulcheri y Pietrasanta*

que vino a sustituir al de don Othón Núñez recién nombrado arzobispo de la arquidiócesis de Oaxaca.<sup>41</sup> Con Fulcheri entra a regir los destinos de Zamora la generación de hombres nacida entre 1873 y 1888, tan dividida en dos bandos irreconciliables. De un lado tronaban los chicharrones de don Francisco J. Múgica, a la sazón gobernador de Michoacán; de Rafael Sánchez Tapia, ex alumno comecuras del seminario de Zamora; de Luis Méndez, zamorano miembro de la Casa del Obrero Mundial y en 1923 jefe del Departamento de Trabajo en la Secretaría de Industria y Comercio; de José Álvarez, otro zamorano de la extrema izquierda, entonces jefe del Estado Mayor Presidencial.<sup>42</sup> En el otro extremo tronaban los chicharrones del nuevo obispo, gran parte de su clero y la gente de derecha.

El general Calles, recién sentado en la silla mayor, dispuso que se reglamentase el artículo 130 constitucional para meter a los sacerdotes, que eran su odio preferido, en cintura. Hecha la reglamentación solicitada por un Congreso que no aspiraba al título de desobediente, el general buscó y obtuvo colaboradores eficaces para su “operación antisotana”. Uno de ellos fue el zamorano Agustín Méndez Macías que hizo cumplir la prohibición de usar vestiduras eclesiásticas, prohibió el toque de las campanas, solicitó la reducción del número de sacerdotes, retiró las alcancías del santuario de Guadalupe y promovió el disgusto de sus paisanos de mil maneras.<sup>43</sup> Éstos se dirigieron a la presidencia municipal para hacerle ver la importancia del toque de campanas en la vida laboral de una Zamora sin suficientes relojes públicos y privados;<sup>44</sup> pusieron carteles en las puertas de sus casas con la solicitud de no limitar el número de sacerdotes,<sup>45</sup> y

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 861.

<sup>41</sup> Valencia Ayala, *op. cit.*, p. 131.

<sup>42</sup> Breves biografías de los mencionados figuran en la *Enciclopedia de México* y en el *Diccionario michoacano de historia y geografía* de Romero Flores.

<sup>43</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, pp. 352-353.

<sup>44</sup> AMZ, Libro de cabildo, 1926-1934.

<sup>45</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 353.

estaban como pólvora seca dispuestos a arder a la siguiente chispa cuando su obispo les impuso el siguiente freno:

Os recomendamos con el mayor encarecimiento que guardéis una actitud absolutamente pacífica, sin dejar de emplear dentro de esta fórmula todos los medios que estén a nuestro alcance hasta llegar a conseguir una completa libertad religiosa. El primero de estos medios debe ser la oración, y para esto acudid a los templos.<sup>46</sup>

El obispo que ahora recomendaba la paz, desde su llegada a Zamora anduvo metido en empresas poco gratas a las autoridades civiles: solemnes consagraciones de los prelados Francisco González Arias y José González Valencia ante un enorme público; fundación de una academia para señoritas, donde además de cursos de teneduría de libros, español, mecanografía, cocina, repostería, corte de ropa y bordado, se impartían clases de religión; apertura del Instituto Navarrete; establecimiento de la Asociación de Padres de Familia con las obligaciones de velar por la decencia y sabiduría de los maestros, el derrame y la cristianización de la enseñanza y el fomento de una educación extraescolar de corte cristiano.<sup>47</sup> Como si lo anterior no fuera suficientemente provocador, se funda el secretariado social diocesano y al padre Salvador Martínez Silva le da por organizar sindicatos. Por otra parte, entra a Zamora la organización de los Caballeros de Colón, aunque no fueron tales jinetes los prendedores de la chispa de la cruzada cristera en el rumbo. De hecho, la Cristiada tuvo que ver poco con catrines, fue un movimiento campesino que brotó independientemente del estira y afloja de autoridades civiles y eclesiásticas, una rebelión rústica precipitada por el cierre del culto religioso en 1926.

El general Claudio Fox fusila nomás porque sí a los franciscanos Junípero de la Vega y Humilde Martínez en el rancho del Sauz en febrero de 1927.<sup>48</sup> El presidente municipal sale de Zamora<sup>49</sup> al sentir la ciudad rodeada por un cinturón de fuego que amenazaba estrecharse. El general cristero Ramón Aguilar empezó a hostigar. “En septiembre de 1927 se encontraban cristeros en Santiago Tangamandapio, en Tingüindín... en Yurécuaro...

<sup>46</sup> *Loc. cit.*

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 344.

<sup>48</sup> *Enciclopedia de México*, t. 12, p. 553.

<sup>49</sup> *El Informador*, Guadalajara, 28 de agosto de 1927.

En noviembre tomaban Ixtlán de los Hervores”. Los generales Fox y Guerrero ya no espantaban a los rebeldes. En enero de 1928, Aguilar aniquiló al 11º Regimiento y a las defensas de Ixtlán y de Zamora en el cerro del Encinal.<sup>50</sup> En septiembre, se apoderaba de Ecuandureo, un tren descarrilaba en Yurécuaro y el telégrafo estaba cortado en toda la región. El general ex villista Fernando González, ahora metido a cristero, tras de hacerse de las plazas de San Ángel, Tarecuato, Tingüindín, Guaracha y Tangamandapio tuvo un bronco combate en el cerro del Chicol con los regimientos 49 y 50 procedentes de Zamora, combate en el que murió.<sup>51</sup> Comoquiera, el general Aguilar continuó zurrándoles “a las tropas del general Tranquilino Mendoza en los alrededores de Zamora”.<sup>52</sup>

En vísperas de los arreglos, en 1929, llega a Zamora de comandante “el pundonoroso don Manuel Ávila Camacho en plan de armonizador social”. Gracias al nuevo comandante de la plaza, el indulto de las fuerzas de la “cristiada” se hizo sin mayores sobresaltos. Con todo, no se restableció la confianza en un santiamén. Muchos cristeros no podían extirparse este temor: “una vez rendidos se aprovechará cualquier circunstancia para fusilarnos”. “En estas condiciones vivía la ciudad cuando una tarde se cateó el comercio de los hermanos Bautista y entre las cubiertas de los colchones se encontró parque y armas”.<sup>53</sup> Varias personas durmieron ese mismo día en la cárcel, pero ninguna pasó a inaugurar el cementerio que por esos días se estrenaba con los siguientes versos escritos en el pórtico:

Éste es, viador, la casa universal.  
La perpetua mansión, triste morada  
donde ha de reposar todo mortal  
tarde o temprano... al final de la jornada.

No salgas, no, de este modesto umbral  
sin que recuerdes que eres polvo y nada;  
porque un día, sin poderlo resistir  
has de volver a entrar y no salir.

<sup>50</sup> Jean Meyer, *La Cristiada*, México, Siglo XXI Editores, 1973, vol. 1, p. 229.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp. 276-278.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 279.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 365.

Descúbrete, mortal, tu frente inclina  
 ante este osario santo,  
 donde reina la paz, cesa el quebranto  
 y todo orgullo mundanal termina.<sup>54</sup>

De hecho, lo que terminó o se puso en camino de terminar en aquel año de 1930 fue la etapa levítica de Zamora que Adolfo Dollero definió así: “Zamora (20 000 habitantes)...”, dominada completamente por el clero. Son escasas las iniciativas públicas y particulares. No existen ni diversiones ni animación. “La sociedad más distinguida sale solamente para ir a la iglesia y encontráis sacerdotes y monjas a cada rato... Casi todas las señoras llevan el distintivo de alguna asociación religiosa; todas son hijas o siervas de María, de Jesús o de algún otro miembro de la corte celestial”. El comercio de Zamora ya no tiene la importancia que tuvo. “La agricultura es el ramo más importante de riqueza”.<sup>55</sup> De hecho, en 1930 la verdad comenzaba a ser distinta según se desprende de los recuerdos de René Enrique Villar.<sup>56</sup> El apellido Cázares seguía muy mentado pero ya más que junto al nombre de José María, obispo de Zamora, al de Josefina, La Bella de Zamora. Otro Manuel, apellidado Ávila Camacho, comenzaba a hacerle sombra a Manuel Fulcheri. En la sociedad más distinguida ya sonaban algunos nombres de gente poco o nada rezandera. El comercio de la ciudad levítica se rehacía. Las “Fábricas de México” se anunciaba como almacén de ropa y novedades. “La Palma” vendía ropa, sombreros, calzado, perfumes, máquinas para coser y artículos de peletería. Una botica recomendaba: “Para todos los dolores citro-cafeína Garibay”; otra: “Tome bombones Pinotepa y riase de la tos”. La ciudad levítica y agropecuaria comenzaba a ser ciudad industrial. “La Libertad” ya hacía los cigarrillos Luchadores y Quintos y “La Cigarrera Nacional” sus Aeroplanos. Zamora se apartaba del angosto camino de la pobreza de Cristo para seguir por la anchurosa ruta del enriquecimiento burgués; comenzaba a frecuentar menos a las imágenes y sacerdotes de los centros de culto religioso, y más los billares y la cantina del centro recreativo; acudía cada vez con mayor

<sup>54</sup> Cf. René Enrique Villar V., *Personajes de Zamora*, Puebla, Editorial José M. Cajica, 1960, p. 178.

<sup>55</sup> Adolfo Dollero, *México al día (Impresiones y notas de viaje)*, París-México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1911, pp. 451-452.

<sup>56</sup> Villar, *Personajes de Zamora*, pp. 14-18.

entusiasmo a los ejercicios físicos y con menos gusto a los ejercicios espirituales; ya abandonaba los sermones e iba tras las músicas de radio y de los discos Brunswick, y contra la tradición campanera cantada por Gabriel Méndez Plancarte:

Melodioso ritmo tienen tus campanas,  
cuando, en la serena pompa vespéral,  
desde las añosas torres provincianas  
sueltan su cascada de bronce y cristal.

Después de la rebelión cristera, la fe zamorana tiende a perder vigor, las costumbres tiran hacia el relajamiento y la liturgia pierde brillo. Durante 12 lustros, Zamora había sido Santa Zamora, labriega como San Isidro, fiel como Santo Tomás Moro, pura como la Purísima, caballerosa como San Martín. Por muchos años, según dice Alfonso Méndez Plancarte,

Gozó de paz y alegría,  
bien abundada de panes  
en sus doradas espigas,  
dulce de miel y de azúcar,  
fresca de aguas manantías,  
lozana en briosos corceles,  
melodiosa deavecillas,  
sabrosa de leche y frutas,  
florida en flores y niñas,  
clara de claros varones,  
fértil en santos levitas,  
fulgurante de crepúsculos  
que el ancho valle atavían,  
y en su vieja cristiandad  
gozosa, firme y pacífica.

Durante 60 años se pudo decir con Francisco Elizalde García:

Zamora de torres ágiles:  
avemarías que levantan  
armónicas oraciones

de virtudes legendarias;  
padrenuestros que murmuran  
su santidad provinciana  
y en cáliz de tradiciones  
que sus recatos desgranar  
ascienden por la Beatilla  
hasta la cruz de la Beata.

Por toda una vida, la hospitalidad zamorana no tuvo más límite que el anunciado en las puertas de casi todas las casas:

Nadie traspase este umbral  
sin afirmar con su vida  
que María fue concebida  
sin la culpa original.



## LA REVOLUCIÓN DE MADERO

En 1910, *El País* vino cargado de noticias. Como el presidente había dicho que el pueblo estaba preparado para la democracia, se constituyeron partidos políticos para contender en las próximas elecciones: el Democrático, el Antirreeleccionista, el Porfirista, el Científico y el Reyista. Cuatro de ellos concordaron en reelegir al general Díaz, y el más popular de todos propuso como candidatos a Francisco Madero y a su tocayo Vázquez Gómez para presidente y vicepresidente. Madero hizo su gira política; en Monterrey fue reducido a prisión. Hubo elecciones sin haberlas. Porfirio Díaz y Ramón Corral fueron declarados reelectos. Madero fue conducido a la cárcel de San Luis Potosí, de donde se fugó. Poco antes el periódico había descrito el esplendor de las fiestas del Centenario en la capital de la República; poco después empezó a describir una serie de complots descubiertos, a narrar la defensa heroica de los Serdán en Puebla y a traer diversas noticias sobre levantamientos en el Norte.

También llegaron rumores interesantes de Zamora, la capital eclesiástica de San José. Desde un año antes había nuevo obispo. El señor Othón Núñez dispuso la celebración de actos religiosos para conmemorar el Centenario de la Independencia. Las autoridades civiles organizaron carreras de bicicletas, desfiles de escolares, recitaciones, discursos, banquetes para los niños pobres, carros alegóricos, serenatas, fuegos artificiales y noche mexicana. “Recorrieron las calles 300 jinetes encabezados por el prefecto; llevaban teas en las manos y a los acordes del himno nacional se vitoreaba a nuestros héroes”.<sup>1</sup> De otros lugares también llegaron los “díceres” sobre

\* En *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 2ª ed., 1972, pp. 113-139.

<sup>1</sup> Arturo Rodríguez Zetina, *Zamora. Ensayo histórico y repertorio documental*, México, Editorial Jus, 1952, p. 839.

las fiestas del centenario y detrás de esos “díceres” vinieron las noticias sobre la revolución. En todas partes eran maderistas lo mismo las multitudes que la gente bien.

En San José no hubo fiestas del centenario, pero sí tres alarmas mayores durante 1910. En mayo se vio el cometa Halley. El periódico habló del peligro de que la cola del monstruo chocara con la Tierra. En el mismo mes la mortandad del ganado fue pavorosa. Llovió poco el año anterior, llovió menos en 1910. Muchas siembras de maíz se perdieron. Pero aunque la gente andaba muy preocupada por el cometa y la sequía, era también maderista. El padre Juan contagiaba de entusiasmo proMadero. Lo más de la gente no conocía a ciencia cierta las ventajas del maderismo. Unos decían que con Madero ya no se iban a pagar impuestos; otros, que era hombre de bien, y otros, que don Porfirio era muy viejo y ya debía dejarle la silla a un joven. De don Aristeo, su gobernador de Michoacán, decían que era un bueno para nada.

En 1911 se extiende la chamusca; se generalizan los levantamientos; cae Ciudad Juárez; Salvador Escalante lanza en el oriente de Michoacán su proclama maderista y es ovacionado en todos aquellos rumbos; Ireneo y Melesio Contreras, en Zamora, en medio de una concurrida serenata, dan el grito de ¡Viva Madero!, grito que es secundado en otros puntos de la región; don Ireneo le telegrafía al caudillo: “Hónrome altamente poniendo a su disposición esta plaza de Zamora y la de Jiquilpan, cabeceras de Distrito, con todas sus municipalidades. Todas han sido tomadas en el mayor orden, sin derramamiento de sangre y con satisfacción para todos sus habitantes.”<sup>2</sup>

En San José esperaban ansiosamente la entrada de los maderistas, pero no llegaron. Corrió el rumor de que iban a pasar cerca del pueblo. La gente joven salió a verlos. De vuelta en su casa, se regocijó con la noticia de la caída de don Porfirio; supo de la entrada de Madero a la capital. “La ciudad lucía adornos de gran día de fiesta... No se tiene memoria de un entusiasmo popular mayor”. Enseguida se desencadenó la lucha electoral. En San José de Gracia nunca había habido elecciones. Las primeras fueron en 1911. Mucha gente acudió a votar por Madero y Pino Suárez para la Presidencia y la Vicepresidencia de la República, respectivamente. Un vago sentimiento nacionalista se apoderó del pueblo.<sup>3</sup> Al votar por unas

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 841-845.

<sup>3</sup> Datos comunicados por Luis González Cárdenas.

autoridades lejanas reconocían tácitamente una supeditación a ellas. Hasta entonces San José fue casi independiente; había crecido sin estorbos ni apoyos forasteros. Se estaba haciendo un pueblo político desde hacía tres o cuatro años, desde que le dio por opinar acerca de la cosa pública. En fin, iban apareciendo síntomas de una nacionalización creciente.

El maderismo del padre Juan cundió en el pueblo, pero no duró mucho. El animador se volvió al Seminario de Zamora de donde era catedrático. Vino a sustituirlo el padre Trinidad Barragán, hijo de una rica familia de Sahuayo. Don Trinidad duró dos meses en el pueblo. Apenas le alcanzó ese breve tiempo para contar algunos chistes de su vasto repertorio y para atender a los padres misioneros que contaron cosas terroríficas. Su sustituto fue el padre Marcos Vega que era de aquí nomás de Los Corrales. Con él se entendió todo mundo. Llegó en marzo de 1910 haciendo lumbre. Sin demora organizó una fiesta para el santo patrono. Al padre Vega se le recordará por los festejos que organizó, aunque no sólo anduvo metido en fandangos. Estaba muy lejos de ser apolítico. Fue maderista y al último villista entusiasta. Además, como el padre Juan, trabajó por avecindar en San José a los terratenientes de la región. También creía que los ricos eran “gente de provecho”.

Las autoridades civiles de la localidad mantenían las mejores relaciones con el padre Vega. Los nombramientos de jefe y alcaldes de tenencia habían recaído en los vecinos más devotos del pueblo; la jefatura en don Gregorio González y las alcaldías en su hijo Luis, Matías Pulido y Juan Chávez.<sup>4</sup> En septiembre de 1911 entraron a sustituirlos dos hijos de don Gregorio (Manuel y Agapito) y don Vicente Martínez. Bajo la jefatura de Manuel González Cárdenas, el dinámico comerciante, se emprendió una obra de gran interés pueblerino: el arreglo de la plaza. Se empedró la parte exterior, se plantaron nuevos árboles, se acondicionó para lo que principalmente servían esos lugares, para el mercado y la serenata. Además, entonces o un poco después, se adquirieron cuatro lámparas de gasolina para colocarse en cada una de las cuatro esquinas de la plaza. Vinieron a sustituir, en medio de la admiración general, la lumbre roja de los hachones de ocote. La luz de las lámparas era luz como del día, y aparte, encandiladora y zumbadora. Muchos domingos se le vio y se le comentó, y se estuvo de acuerdo en que, fuera de verse uno como muerto, era la luz mejor de todas las co-

<sup>4</sup> Archivo de Notarías de Jiquilpan (ANJ), Correspondencia del juzgado.

nocidas hasta entonces. Con empedrado, con bancas y además con iluminación moderna, la plaza quedó a la altura de los centros de categoría.<sup>5</sup>

La plaza quedó lista para toda clase de fiestas dispuestas por el padre; para las del 19 de marzo y todo el novenario de san José que desde entonces se celebró con música ruidosa, abundantes cohetes, fuegos artificiales (toritos y castillos) y sobre todo castillos. Todavía se dice: “Nunca se prendieron tan buenos castillos como en tiempos del padre Vega”, “¡Cuánta pólvora se quemaba entonces!”. El joven sacerdote autorizó y recomendó las serenatas; propició que los domingos, al anochecer, se juntaran en la plaza los jóvenes de ambos sexos, y los del masculino en grupos de dos o tres, dieran vueltas al paseo en un sentido, y los del femenino, también en grupo, en el sentido opuesto, y que se requebraran al encontrarse mediante los símbolos de costumbre. Se podían intercambiar flores, pero el uso de otros pueblos recomendaba para los paseos y coloquios placeros el empleo de serpentinas y puños de confeti.

Don Marcos Vega manda otra vez por las religiosas de Zamora que no había querido el padre Castillo. Mujeres uniformadas vuelven a enseñar a párvulos y a niñas. Las madres forman un grupo teatral con las niñas. Presentan dramas, comedias y sainetes, además de las fiestas escolares. A las representaciones del “Asilo” acude todo el vecindario, viene gente de las rancherías y aun de otros pueblos. Aquel teatro es de adoctrinamiento y escasa valía, pero de gran trascendencia social; una especie de catequisis para adultos ampliamente aceptado.<sup>6</sup> El padre Vega promueve también la lectura. Funda una biblioteca con 300 libros entre devotos y agrotécnicos, comprados unos y los demás regalados por los jesuitas.

Y aparte de todo esto, en tiempos del padre Vega hubo peleas de gallos, célebres jaripeos y, en suma, todo lo que trueno y brilla. Las mujeres jóvenes volvieron a vestir de color, aunque siempre de largo. Todo fue alegre en vísperas del sobresalto de la guerra, poco antes de que la tronasca del verdadero fuego ahogara el esplendor de los fuegos artificiales. Como se presintiera que la revolución llegaría hasta San José tarde que temprano, muchos se dieron con más frecuencia que antes a las nobles tareas de divertirse y reproducirse, pero sin mayores aspavientos, sin romper el sosiego habitual de la población.

<sup>5</sup> Datos comunicados por Luis González Cárdenas.

<sup>6</sup> Datos comunicados por Agustina González Cárdenas.

La población seguía creciendo a gran prisa. Según los datos del censo levantado en 1910 el crecimiento no era espectacular, pero ese recuento fue deficiente. Cuando se hizo, ya se hablaba de revolución y no faltaron los suspicaces que temieron el uso de los datos censales para fines bélicos. No todos, pues, comparecieron ante los censores. En San José de Gracia se registraron 980 (454 hombres y 526 mujeres) y en las rancherías, 1 419 hombres y 1 200 mujeres.<sup>7</sup> El total de la tenencia fue de 3 599. Quizá no hubiera ocultaciones en los ranchos, pero es presumible que en San José se hayan ocultado al censo 250 personas, varones en su gran mayoría. Por lo tanto, sin temor a errores por exceso, la población de la tenencia había subido a 3 850 habitantes, o sea, 450 más que en 1900. El 30% se concentraba en el pueblo; esto es, una proporción mayor que en 1900. El incremento fue de 2.8% al año. La densidad de población había pasado de 15 a 17 habitantes por kilómetro cuadrado. No hubo cambios de nota en la distribución geográfica, fuera de la desaparición de Auchen y La Arena y el rápido poblamiento de Aguacaliente. El propietario de Auchen y La Arena no gustaba de tener vecinos en sus ranchos y se dice que cuando adquirió esos predios expulsó a sus habitantes. Por lo demás, la mayoría de los campesinos siguió prefiriendo habitar sobre la línea fronteriza entre los estados de Michoacán y Jalisco. El hecho de que haya aumentado el índice de masculinidad da la impresión de que esta zona ofrecía mejores condiciones de trabajo que las circundantes. No cabe duda de que vinieron fuereños de lugares próximos, aparte de los mencionados ricos, a vivir en la tenencia de Ornelas. Por lo que toca a la natalidad y a la mortalidad no hubo cambios apreciables. Seguían naciendo cerca de cuatro niños por cada 100 habitantes, y muriendo uno de cada 10 nacidos antes de cumplir el año. Había disminuido el número de víctimas de la viruela, por la generalización de la vacuna, pero se mantenía alta la mortandad producida por la neumonía y demás endemias regionales.<sup>8</sup>

Entretanto seguía llegando *El País* cargado de noticias, pero pasado el entusiasmo del primer momento esas noticias se oían como venidas de otro mundo y como si fueran asuntos sin importancia. Ya sin mucho fervor político se enteraron en el pueblo del ascenso de su candidato a la

<sup>7</sup> Dirección de Estadística, *División territorial de los EUM correspondiente al censo de 1910. Michoacán*, pp. 14-103.

<sup>8</sup> Archivo Parroquial de San José de Gracia (APSJ), Libros de bautismo y defunciones.

presidencia; del espiritismo del presidente, el grito de rebelión dado por Zapata desde el cerro de Las Tetillas, la toma de plazas y el saqueo de poblaciones por los zapatistas, el lanzamiento del Plan de Ayala, los crímenes de Juan Banderas, la vuelta de Bernardo Reyes, el proceso que se le sigue por el delito de rebelión, la insurrección orozquista en Ciudad Juárez, el levantamiento de Pascual Orozco, el avance de los orozquistas rumbo al sur, el suicidio del general González Salas a raíz de la derrota que le infligió Orozco, el discurso de Emiliano Zapata al entrar a Jojutla (“Muchachos, todo esto es de ustedes y debe volver a ustedes”), el regreso de Francisco León de la Barra, la derrota de los orozquistas, el nombre de Victoriano Huerta como general vencedor, la prisión de Francisco Villa el otro héroe en la lucha antiorozquista, elecciones para diputados y senadores, batalla de Bachimba, regreso del general Huerta a la capital de la República, asalto zapatista al reportero Ignacio Herrerías, protesta de periodistas y fotógrafos contra el asalto, rebelión de Félix Díaz en el puerto de Veracruz, caída de Veracruz en poder del ejército federal y muchas noticias más, mientras en San José y sus alrededores no pasaba nada, fuera de la tentativa de Elías Martínez para volverse pájaro.

Elías hizo una armazón con alas de petate; se la echó a la espalda; se trepó a un fresno; desde arriba le pidió a un amigo y observador que lo espantara; el amigo le arrojó una piedra y Elías se tiró a volar. Según unos, estuvo a punto de matarse porque se olvidó de ponerse cola y pico; según otros porque no fue azuzado con el suficiente vigor.<sup>9</sup>

Entonces don Alberto González Cárdenas era el hombre más fuerte de la comarca. Poseía una fuerza prodigiosa. Con los dedos de la mano doblaba varillas de buen grosor. Un día venció a uno de sus enemigos que venía armado con arma de fuego dándole un abrazo tan vigoroso que le dejó los costillares sonando como huesos metidos en un costal. Eso era cuando el mejor jinete era un primo de don Alberto, don Francisco González Cárdenas.

Otro año de ritmo tan rápido como el de 1910 fue el de 1913. Hubo noticias nacionales enormes que *El País* llevó hasta San José de Gracia: prisión de Félix Díaz; toma del Palacio Nacional por los cadetes; liberación de los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes; muerte de este último; caída de la Ciudadela en poder de los felicistas; el general Victoriano Huerta, días

<sup>9</sup> Datos comunicados por José Chávez Fonseca.

antes nombrado comandante militar de la plaza de México, desconoce al gobierno; el presidente y el vicepresidente de la República son aprehendidos y obligados a renunciar; a Pedro Lascuráin lo dejan sólo 55 minutos en la silla presidencial; Victoriano Huerta se autoproclama presidente y protesta ante el Congreso, “sin reserva alguna, guardar y hacer guardar la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos, con sus adiciones y reformas a las leyes, las demás que de ella emanan, y desempeñar leal y patrióticamente el cargo de presidente interino de la República... mirando en todo por el bien y prosperidad de la Unión”.<sup>10</sup> Terminada la ceremonia, Victoriano Huerta, después de prometer todo lo que no hará, se dirige al Palacio Nacional. Sentado en la ambicionada silla nombra su primer gabinete y dispone los asesinatos de don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez.

El gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, desconoce a Huerta; el gobernador de Sonora, don José María Maytorena, desconoce a Huerta; para prevenir otros desconocimientos, Huerta depone y pone gobernadores y no se abstiene de la tentación de matar al gobernador de Chihuahua, don Abraham González. Pancho Villa se vuelve a levantar; se acarrearán hacia la cárcel de México a varios gobernadores, políticos de nota y gente destacada; el general Félix Díaz y el licenciado Francisco León de la Barra les dicen “no” a sus postuladores y partidarios; dizque para establecer la paz, Huerta envía tropas a combatir a los revoltosos; Emiliano Zapata vuelve a levantarse; la revolución cunde y llega hasta Michoacán; aquí pelean contra el ejército federal Gertrudis Sánchez y Rentería Luviano; caen Zacatecas y Durango en poder de los antihuertistas; más asesinatos y nuevos cambios en el gobierno; el general Villa toma Torreón; el senador Belisario Domínguez afirma: “La situación actual de la República es infinitamente peor que antes”; el senador Belisario Domínguez es asesinado por orden de Huerta; se disuelve el Congreso; el Partido Católico postula a don Federico Gamboa para presidente de la República; Pancho Villa entra en Ciudad Juárez y Álvaro Obregón en Culiacán; nueva crisis ministerial; el gobierno consigue tropas por medio de la leva.

Los sucesos locales empiezan a ser varios, abundantes y de nota. El primer acontecimiento digno de recordación fue la erupción del volcán de Colima. Era pasado el mediodía. Una nutrida lluvia de cenizas que

<sup>10</sup> Luis González (ed.), *Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos*, México, Cámara de Diputados, 1966, vol. III, p. 51.

oscureció el ambiente al grado de no dejar ver nada, un estruendo general y relámpagos a diestra y siniestra no eran para que la gente se mantuviera serena. Con todo, en San José de Gracia la alarma no llegó a mayores. Los cultos se encargaron de explicarle a la gente que se trataba de un fenómeno natural y pasajero. En cambio en las ranherías ya se habían hecho el ánimo de que aquella ceniza y oscuridad y aquellos truenos y relámpagos que no pararon hasta las 10 de la noche fueran los preparativos para el juicio final. Los presagios habían comenzado desde 1910 con el cometa Halley, y seguido con la revolución, y la tembladera que se soltó a la entrada de Madero. Todo comenzaba a tambalearse. La revolución misma iba en vías de convertirse en una sangrienta rivalidad de caudillos.

Las cenizas arenosas arrojadas por el volcán de Colima estuvieron a punto de producir una catástrofe agropecuaria. La capa de arena subió algunos centímetros. El pasto quedó costroso. Ni siquiera el ramoneo se mantuvo. Las vacas desdeñaban las hojas cubiertas de cenizas. Al fin no sucedió nada. Cayó una tormenta fuerte, un aguacero que se tuvo por milagroso, que dejó limpios pastos y arbustos. La vida casi volvió a lo de siempre: la muerte de mucho ganado en el periodo de secas; la llegada del temporal lluvioso; las siembras de maíz y de frijol; las ordeñas de las aguas; el arribo del otoño y las cosechas; los escasos quehaceres de invierno y primavera, el ocio en esos meses desde que desapareció la costumbre de blanquear cera. La falta de trabajo en los varones, pues las mujeres en todo tiempo seguían hacendosas, con un quehacer ligeramente mermado por los molinitos de nixtamal y las máquinas de coser. Como las mujeres, los comerciantes y artesanos se mantenían activos todo el año. Se giraba en la ronda anual de las estaciones, pero ya no sólo en ella. Los acontecimientos irrepetibles aumentaron en número y gravedad a partir de 1913. Los inquietantes sucesos de la nación y de la vida moderna se entrometieron en San José y sus ranchos con más fuerza y frecuencia cada vez.

El volcán de Colima hizo erupción el 6 de febrero, cuando todavía se comentaba entre los cultos de San José lo oído en la Gran Dieta de la Confederación de Círculos Obreros Católicos, celebrada en Zamora al empezar el año de 1913. Estuvieron representados en la asamblea 50 agrupaciones con 15 539 socios,<sup>11</sup> aparte del concurso de arzobispos y obispos.

<sup>11</sup> Alicia Olivera, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, p. 40.

El señor Núñez, de Zamora, al dar la bienvenida a los asambleístas, dijo “que por fin veía satisfecho su gran anhelo de organizar a los obreros mexicanos en confederaciones semejantes a las existentes en Alemania y que naturalmente los círculos eran tan sólo noviciados del sindicalismo y cooperativismo”. El presidente de la confederación informó que algunos círculos “tenían ya establecidas escuelas nocturnas” y cajas de ahorro. Siguiéron días con misas solemnes, discursos declamatorios o de sustancia hasta llegar a las resoluciones: salario mínimo, reglamentación del trabajo de mujeres y niños, patrimonio familiar, seguros contra el paro involuntario, arbitraje obligatorio, “facultad de participar, en lo posible, de los beneficios y aun de la propiedad de las empresas”, protección contra el agiotaje, y “por lo que hace a la cuestión agraria [después de hacerse] cargo del respeto debido a los legítimos derechos de los terratenientes y propietarios”, los asambleístas ofrecieron “asegurar en lo posible al campesino laborioso y honrado, la posesión o el uso más estable de un terreno suficiente para el decoroso sostenimiento de la familia”. Los hacendados no tenían por qué alarmarse; tres de ellos, los García, ofrecieron un banquete en una de sus haciendas; los señores obispos bendijeron a los propietarios, y en ese comelitón se dio por terminada la Gran Dieta, el 23 de enero de 1913.<sup>12</sup>

Uno de los asistentes a la Gran Dieta fue un joven seminarista que ese mismo año de 1913 tomó las órdenes mayores. La fecha del 21 de noviembre será memorable por el celebrado cantamisa del padre Federico, y sobre todo porque ese padre, que encarnaría hasta cierto punto el espíritu de la Dieta, sería, a poco andar, el personaje sobresaliente, en las tres etapas de cambio y trastorno. A él le tocaría afrontar y conducir la creciente modernización, politización, nacionalización e inquietud social de los habitantes de San José de Gracia. Por lo pronto tuvo que enfrentarse, con su gran tino, a las partidas de militares extorsionadores que comenzaban a llegar al pueblo.

Don Gregorio González Pulido dejó de llevar los productos de la región a México. Las partidas revolucionarias habían vuelto intransitables los caminos. La zona de San José empezó el tornaviaje al autoconsumo. La actividad mercantil decayó. La meta del enriquecimiento alentada por el padre Juan, tomó la retirada. A partir de 1913 lo normal fue el empobrecimiento. Algunos se quedaron sin pizca en un abrir y cerrar los ojos; otros

<sup>12</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 415.

perdieron su fortuna lentamente, a medida que arreciaba la tormenta de la revolución. Al naciente nacionalismo se lo llevó Judas. Toda la vida de San José echó marcha atrás. La revolución no le hizo gracia al pueblo y las rancherías.

Don Manuel González Cárdenas, hijo de don Gregorio, se fue a Zamora en busca de comodidad y nuevos negocios. Allá tomó en arriendo dos vastas haciendas; allá dejó todas las ganancias obtenidas con anterioridad en actividades mercantiles. La gente revolucionaria arrasó las haciendas. Don Manuel volvió a San José deseoso de paz y nuevas oportunidades. El sosiego pueblerino se había roto. También a San José había llegado la trifulca. Las campanas del templo habían añadido un nuevo toque a su repertorio: “la queda” que invitaba a meterse en las casas a poco de oscurecer.

#### LOS AGENTES DE LA REVOLUCIÓN EN SAN JOSÉ

Las partidas revolucionarias visitaron con mucha frecuencia a sus amigos de San José, ya para obtener de ellos préstamos forzosos, ya para rescatar a las muchachas de la virginidad, ya para hacer un buen festín con los sabrosos quesos y carne de estos rumbos, ya para incorporar a su caballada los buenos caballos de la zona. Abrieron la lista de visitantes ilustres don Antonio y don Jesús Contreras, oriundos de Jiquilpan, que se levantaron con la bandera del maderismo. Pero la revolución maderista no satisfizo sus ansias revolucionarias. Fue muy breve. Ellos y su gente siguieron en pie de lucha, ora diciéndose seguidores de Félix Díaz, ora de Venustiano Carranza. En número de 25, llegaron a San José en junio de 1913, unos dicen que en plan de felicistas, otros opinan que ya eran carranclanes. Convocaron a los ricos de la localidad; les señalaron las monedas de oro con que cada uno iba a contribuir a la causa. Ante la presencia de los rifles nadie protestó. Todos estaban muy asustados y depusieron sus contribuciones en talegas de lona. Don Dolores Pulido no sólo se puso triste como los demás contribuyentes; enfermó de pena y previó su muerte próxima. Hizo testamento, donde se lee: “Mi enfermedad provino de la toma de esta plaza por los rebeldes”. Después de dejar esa constancia añade que fuera de una fracción del rancho de Las Cuevas para su sobrino, los demás de sus bienes los da para el sostenimiento de escuelas en San José, o sea

unas 250 hectáreas de agostadero, su casa y los 4 000 pesos en efectivo que eran, aparte de los 1 000 pesos dados a los rebeldes, lo ahorrado en medio siglo de trabajo rudo y tacañería. Don José Dolores Pulido murió más o menos por la misma fecha que don Antonio Contreras. A éste, el 25 de octubre un subalterno suyo “le echó una pesada piedra en la cabeza mientras dormía”.<sup>13</sup>

Con la visita de los Contreras el efecto de los josefinos a la revolución se enfrió, y con las entradas subsiguientes se volvió desafecto. Además, para rechazar en lo futuro nuevas agresiones, varios vecinos acordaron constituir una “defensa”. Los pudientes aportaron las armas y 12 jóvenes se ofrecieron como soldados. Para encabezar la “defensa” se designó a don Apolinar Partida que era valiente, diestro y decidido. Cualquier extraño en el pueblo podía ser espía. Por eso se le conducía al cementerio, se llamaba al padre para que lo confesara y se le proporcionaba el balazo indispensable para caer en una tumba previamente abierta. Pero a San José llegaban muy pocos extraños solos. La puntería y el valor de los de la defensa se ejercitaría en lances verdaderamente peligrosos.<sup>14</sup>

El ejército local no pudo impedir todas las visitas revolucionarias y extrarrevolucionarias. Un día llegaron los soldados de Huerta dizque en busca de gente para rechazar a los gringos invasores de Veracruz. Nadie se prestó voluntariamente para ir a esa lucha. Los de aquí eran patriotas neófitos. Todavía no se identificaban con el Estado. Los de Huerta acabaron con su incipiente patriotismo. Arrearon gente hacia la plaza; seleccionaron a 14 o 15, y bien atados, en cuerda, los condujeron a los cuarteles de la dictadura.<sup>15</sup> Ninguno murió ni peleó. Todos desertaron a la primera oportunidad. Huerta fue mal visto, tan mal querido como los carrancistas.

En plan de seguidor de Carranza se presentó, con un piquete de soldados, el capitán Villarreal que buscaba dinero y curas. El padre Vega se había ido en noviembre de 1913. Lo sustituyeron dos clérigos de Sahuayo, los padres Sánchez, predispuestos contra la revolución. Poco antes, en su tierra, el general Eugenio Zúñiga estuvo a punto de decapitar a todos los sacerdotes sahuayenses. Una fuerte cantidad aportada por el vecindario les

<sup>13</sup> ANJ, Protocolo del Lic. Zepeda, 1913. Sobre la muerte de Contreras, véase Esteban Chávez, *Quitupan, ensayo histórico y estadístico*, Morelia, Fímax, 1954, p. 45.

<sup>14</sup> Informante: Anatolio Partida Pulido, hijo del jefe de la defensa social y miembro de ella.

<sup>15</sup> Datos obtenidos de Luis González Cárdenas.

salvó la vida.<sup>16</sup> En San José, los padres Sánchez no contestaron a las preguntas del capitán Villarreal con el debido comedimiento y él cargó con ellos. La gente quedó azorada. Los carrancistas eran sin duda masones, a juzgar por ese y otros hechos sacrílegos. Desde el punto de vista josefino los carrancistas eran hombres del demonio, y sin embargo la región produjo una pequeña banda de carranclanes que encabezó Salvador Magaña.

Aunque se suspende *El País* y dejan de tenerse noticias periodísticas, se sabe que el antídoto contra el carrancismo es el villismo. En junio de 1914 el general Villa rompe la amistad con Carranza. Luego deslumbra al mundo con una serie de victorias relampagueantes. Se sitúa cerca de Aguascalientes, donde se celebraba la Convención Revolucionaria, con 11 000 hombres. El 17 de octubre hace su entrada al recinto de la Convención en medio de aplausos estruendosos. Como de costumbre, Villa llora y se suena. La Convención prosigue sus trabajos; Carranza la desconoce; mucha gente se declara convencionista, mucha más se adhiere al villismo; los levantamientos villistas menudean; un numeroso número de sahuayenses, que encabeza Gálvez Toscano, se pronuncia por el Centauro del Norte; el fervor villista se apodera de algunos josefinos, sobre todo de los propietarios pequeños, aunque ninguno toma las armas.

Partidas villistas entran al pueblo con frecuencia. Ahora son los sahuayenses de Gálvez Toscano; en seguida el grupito de Miguel Guízar Valencia, apodado “Mechitas”, por la cabellera y la barba que había jurado no cortarse. Después del cotijense entra David Zapién que hacía y “sellaba moneda sobre la montura de su caballo”.<sup>17</sup> Luego hace su visita una fracción del ejército del general Fierro. A los miembros de las demás parcialidades revolucionarias nunca se les vio bien. En cuanto se olfateaba la presencia de gente armada, los padres corrían a esconder a las hijas, los caballos, las monturas y todo lo que tuviera algún valor. Se sabía que los visitantes llegaban con el único negocio de robar lo que les agradaba: bienes y muchachas. A veces dejaban recibos firmados de sus hurtos, recibos que podían ser cobrados —decían— al triunfo de la causa. En plan de saqueadores entran los antivillistas Ignacio, Vidal y Mariano Cárdenas que impusieron préstamos, robaron caballos y armas, y todo lo que les

<sup>16</sup> Francisco García Urbizu, *Zamora y Sahuayo*, Zamora, Talleres Guía, 1963, p. 86, y Chávez, *op. cit.*, p. 46.

<sup>17</sup> Chávez, *op. cit.*, p. 47.

gustó. Poco después caen Aceves y don Luis Morales Ibarra. A fines de junio de 1915 llegó Camilo López al mando de 300 yaquis. Respetuosamente se quedó con su gente en las afueras de la población. Entretanto los de aquí se preguntaban por el plan que pelearían aquellos robustos indios. Don Camilo dio la respuesta: nosotros peleamos contra el clero pero respetamos a los padrecitos.<sup>18</sup>

El que sí se mostró verdaderamente anticlerical fue Francisco Murguía. Traía un ejército de miles de hombres que duró pasando tres días. Desde el primer día fue saqueado el templo, y los sacerdotes, que habían salido de estampida, fueron perseguidos a balazos por muchas leguas. La población atemorizada dejó que los de Murguía comieran y les dieran de comer a sus caballos. Fuera de hartarse y de robar el templo, no hicieron otros estropicios. Iban o venían de pelear contra Pancho Villa. La batalla fue en la cuesta de Sayula. Unos días antes Villa había hecho su entrada triunfal a Guadalajara. El 13 de febrero combate y destroza a Murguía en Sayula. Después del triunfo el general Villa comenta: “Otra victoria como ésta y se nos acaba la División del Norte”.<sup>19</sup> Dos meses después el Centauro del Norte, que todavía creía en las cargas de caballería, pierde varios combates en los llanos de Celaya. La facción de Carranza acaba por imperar en la mayor parte del país. Don Venustiano, en 1916, entra y se instala en la ciudad de México. Se convoca a un Congreso Constituyente. Las partidas villistas y zapatistas no se rinden. Algunos toman el camino del bandolerismo.

El bandolerismo no fue un fenómeno local. La revolución la había ganado una sola de las facciones revolucionarias, la menos necesitada del triunfo, la de los catrines carrancistas. Los pobres que se habían levantado en seguimiento de Villa o de Zapata, se convirtieron de la noche a la mañana en enemigos de la revolución. Se les puso el rubro de bandoleros; así les dijeron los carrancistas. No cabe duda que robaron, mataron e incendiaron al por mayor, como venían haciéndolo sin título de bandoleros y con menos entusiasmo, desde antes. También es cierto que muchos de los llamados bandoleros no habían militado anteriormente en las filas de la revolución. Muchos se metieron tarde a la “bola”, ya porque no tuvieron oportunidad de hacerlo al principio, ya porque comenzaron a sufrir los

<sup>18</sup> Datos proporcionados por Porfirio González Buenrostro, testigo presencial.

<sup>19</sup> Juan José Arreola, *La feria*, México, Joaquín Mortiz, 1963, p. 22.

rigores del hambre y de la injusticia cuando la revolución se acababa oficialmente, en 1915, 1916 y 1917, en los años de sequía intensa, malcomer y desmoralización.

La guerra dejaba tres saldos desfavorables: el relajamiento en la moral pública, el hambre y el bandolerismo. Los tres se sintieron en la vicaría de San José de Gracia. Los jóvenes de la región que no habían tomado parte en la lucha civil ya manifestaban hacia 1916 un desmedido culto a la fuerza física, desdén por la ley y el orden y amor por las diversiones antisociales. Seguido había desavenencias. Unas veces las provocaban los de la Media Luna; otras, los de San José. Llegó a ser costumbre la de amenizar las borracheras con tiros y muertitos. En 1914 murieron cinco a balazos; en 1915, tres; en 1916 y 1917 no se registraron los homicidios, pero fueron más.<sup>20</sup> Un domingo en La Custria ejercitó su puntería sobre la gente agolpada en el mercado, alrededor de los verduleros. En uno de los días del lustro 1915-1919 un hombre le clavó un puñal a otro. Las últimas palabras de la víctima fueron: “No seas desgraciado, sácame el puñal. No me dejes morir con él adentro”. El agresor repuso: “Quédate con él. Puede servirte de algo en la otra vida”.

Los juegos de azar, que el padre Othón había combatido tan eficazmente, retoñaron. También la embriaguez se recrudece. Por supuesto que no sólo la vicaría de San José se volvió bronca. En todos los pueblos circunvecinos los sacerdotes predicaban contra el homicidio y las apetencias de la carne. El párroco de La Manzanilla, don Mauro Calvario, les decía desde el púlpito a sus parroquianos: “Aprendan de los de San José. Ellos no matan, ni beben, ni son lujuriosos”. En ocasión de la fiesta de San José, el padre de La Manzanilla llevó un grupo de sus feligreses al pueblo virtuoso para que tomaran ejemplo. Con motivo de esas fiestas hubo en la comunidad con fama de pura, cuatro homicidios, un par de raptos y embriaguez generalizada.<sup>21</sup>

Mientras unos mataban otros fornicaban. Año con año crecía el número de hijos naturales. El 15% de los bautizados en 1918 nacieron fuera de matrimonio. El pueblo y las rancherías se llenaron de rumores y anónimos no siempre infundados. Que se vio a fulano saltar la barda o la cerca de la casa de zutana; que el donjuán del pueblo caía con mucha frecuencia a

<sup>20</sup> APSJ, Libro de defunciones, I.

<sup>21</sup> Datos comunicados por Sara Cárdenas.

diferentes alcobas, que prevenía a sus amantes con piedrecitas menudas arrojadas al techo, que varios maridos se habían vuelto cornudos, que el esposo de fulanita se asustó al ver que otro hombre se metía a su cama, y en lugar de golpearlo se metió debajo del lecho y allí estuvo tiritando hasta el final del combate. Se desató una cadena de chismes, unos chuscos y los más trágicos.

Naturalmente que también se recrudeció la animadversión contra Mazamitla. Se culpó a los de aquel pueblo de poner en mal a los de San José ante las banderías revolucionarias. Se intercambiaron versos ofensivos los habitantes de ambas poblaciones. Tampoco faltó la riña a pedradas entre muchachos. Juan Zavala, el hombre ocurrente de San José, hizo algunos buenos chistes sobre la conducta de los mazamitlecos.

#### LA PUNTADA, INÉS CHÁVEZ GARCÍA Y LA GRIPE ESPAÑOLA

Fueron aquellos años una sucesión de rapiñas, raptos, hurtos, epidemias y matanzas. El nuevo vicario, don Silvestre Novoa, no pudo contener la ola del vicio, predicó y amonestó en vano. Algunos opinaban que la escuela podía separar a los muchachos de la riña, la lujuria, el juego y la bebida.

Los varoncitos no asistían a la escuela de las madres donde sólo tenían cabida los párvulos y las mujeres jóvenes. En 1915 el cantor José María Ávalos instaló una escuela para varones en el curato, pero únicamente atendió y vapuleó a muy pocos. En 1916 volvió al pueblo Rafael Haro que había hecho estudios en Jiquilpan y ya tenía experiencia como profesor. Él tomó otro grupo de jóvenes a su cargo. Con inteligencia y con tenacidad les infundió letras y buen comportamiento.<sup>22</sup> Eso no quita que hayan quedado muchos sin escuela en el pueblo y en las rancherías.

Al de 1917 se le conoce con el nombre del año del hambre. Lo de menos fue la escasez de moneda fraccionaria, pues eso se suplió con fichas emitidas por los comerciantes de los pueblos mayores (Sahuayo, Jiquilpan y Cotija) y por los pequeños (Mazamitla, Tizapán, Quitupan y San José). A la escasez de dinero se agregó la merma de cosechas y ganados. La sequía intensa comenzó en 1915 y se prolongó hasta 1917. Las siembras de maíz se

<sup>22</sup> Datos proporcionados por Bernardo González Cárdenas, testigo.

perdieron por tres años consecutivos.<sup>23</sup> Los esqueletos y las calaveras de las reses blanqueaban en los campos. Los adinerados fueron hasta la región de Autlán en busca de maíz; allá les vendieron el hectolitro a 40 pesos, a un precio 15 veces mayor al de 1910, a más de lo que valía una vaca.<sup>24</sup> Hubo entonces mucha mortandad de niños. Algunas familias sin chistar iban abandonando el pueblo. Otras, de las rancherías cercanas, se trasladaban al pueblo en busca de protección. Los que no podían abandonar sus labores campestres, despachaban a San José a sus mujeres e hijos. Ciertamente en el campo se podían mantener mejor, pero tenían que optar entre el hambre y la seguridad. Los ranchos se convirtieron en pasto de los bandoleros. La desmoralización y el hambre habían atraído a muchos al terreno del robo y la violencia. Se formaron varias asociaciones de bandoleros que pelearon por su cuenta y riesgo.

Los de la Puntada fueron los bandidos más famosos. Eran oriundos de Cojumatlán, Sahuayo, Jiquilpan y la jurisdicción de San José. Su madriguera estuvo en la barranca de la Chicharra, a 20 kilómetros al oriente de San José de Gracia. Reconocían como jefe supremo al villista Eliseo Zepeda que incursionaba en la serranía del Tigre. Allá luchaba con otro villista muy afamado: el rústico y valiente Prudencio Mendoza. Aquí, los de la Puntada obedecían órdenes de José Corona, peón de la hacienda de El Sabino. Salían con frecuencia de su barranca. El mero Día de los Inocentes del año 17, ya oscuro, cayeron sobre San José, pero sólo pudieron robar y quemar algunas casas. Apolinar Partida y su docena de valientes los corrieron a balazos. Los de la Puntada eran más de 100. Todos se creían revolucionarios, y estaban convencidos de que no podían hacer su revolución sin el dinero de los ricos. Cuando vieron que no podían quitárselo a los de San José, tan bien defendidos por Apolinar Partida, empezaron a caer sobre los ricos de las rancherías que seguían viviendo en ellas. Una de esas veces mataron a don Vicente Martínez. También dieron en secuestrar a los viajeros adinerados y a exigir un rescate por su libertad.<sup>25</sup>

El coco principal de la Puntada fue la guarnición de San José. En muchas ocasiones los de Apolinar Partida fueron a hostigarla en su madriguera y le hicieron muertos. Otra guarnición que se distinguió en esa lucha

<sup>23</sup> Chávez, *op. cit.*, p. 152.

<sup>24</sup> Informante: Luis González Cárdenas.

<sup>25</sup> Informante: Anatolio Partida Pulido.

fue la del Valle, encabezada por Cenobio Partida. Cada una peleaba por su lado y alguna vez pelearon entre sí. En San José corrió el rumor de que algunos seguidores de Cenobio Partida ejercían el robo y la violencia. Se comprobó que algunos eran abigeos. Una vez los de Apolinar Partida se trenzaron a balazos con los de Cenobio, que arriaban gran parte del ganado de la hacienda de El Sabino. Comoquiera, éstos no fueron los peores redentores que tuvo la zona. Don Jerónimo Rubio los excedió a todos, incluso a los bandoleros declarados.

El terrible redentor don Jerónimo Rubio, más conocido con el apodo de “Mano Negra”, nunca fue el baluarte apropiado contra el bandidaje. Tenía su residencia oficial en Teocuitatlán donde no dejaba pasar semana sin ahorcar a alguien. Era un güero alto y borracho, de esos que nunca ven de frente a su interlocutor, que en una entrada que hizo a Mazamitla “sin más pretexto aparente que suponer enemiga a la población ordenó detener a todos los varones que se encontrasen”. Al otro día mandó que le sacasen de entre los detenidos “a diez de pantalón y a otros tantos de calzón” y los condujo a la horca. “La macabra tarea fue interrumpida” cuando ya había colgado a la mitad.<sup>26</sup> El capitán Jerónimo Rubio se presentó en San José investido de jurisdicción militar y al frente de 25 soldados. Apenas se enteró de que un rebelde solitario que se decía villista, un tal Ambrosio Magaña, recorría las rancherías del norte de la tenencia, salió al frente de sus tropas en persecución del insurrecto. Dio sobre él; Magaña iba a caballo canturreando; los de Rubio le vaciaron sus rifles; atravesaron el cadáver en la bestia; lo trajeron al pueblo; esculcaron minuciosamente su ropa; se le encontró una carta. Al día siguiente amanecieron tres cadáveres colgando en uno de los árboles de la plaza: Ambrosio y los destinatarios de la carta. En adelante, la imagen de los colgados con la lengua de fuera se volvió rutinaria.<sup>27</sup>

Se asegura que los valientes de “Mano Negra” ahuyentaron de Quitupan a las hordas de Inés Chávez García.<sup>28</sup> En San José no hicieron otro tanto, fueron los primeros en dar la estampida cuando se oyó el grito de “¡Ahí viene Chávez!” Siendo presidente de la República don Venustiano Carranza, gobernador del estado de Michoacán don Pascual Ortiz Rubio,

<sup>26</sup> Chávez, *op. cit.*, pp. 47-48.

<sup>27</sup> Informantes: Luis González Cárdenas y Ángel Torres.

<sup>28</sup> Chávez, *op. cit.*, p. 52.

jefe de la tenencia de Ornelas don Octaviano Plancarte, protector militar de San José de Gracia “Mano Negra” y jefe de la guarnición civil de este lugar don Apolinar Partida, hizo su entrada el más célebre bandolero del país, amparado bajo la bandera villista, y la táctica de “pega y vámonos”, y movido por el triple propósito de obtener botín, violar muchachas y prender fuego a las fincas.

Los antecedentes de Inés Chávez García eran muy sonados. Había nacido en el jacal de una familia india de la región de Puruándiro. Nunca creció. Sería por la miseria o por ser ése su natural. Fue bajito y malvado. Figuró en la guerra junto al general Pantoja, asesinado poco después.

Chávez García (mozo de veinte años) aprovechó la indignación que había provocado la muerte injusta de su jefe y organizó la primera partida de rebeldes e inició sus correrías bajo la bandera del villismo. Sus fuerzas engrosaron rápidamente con los campesinos de los pequeños poblados... En la extensa zona de sus correrías contaba con núcleos vigorosos de hombres... Pasado el combate volvían a su región; recuperaban el aspecto de campesinos inofensivos. Si necesitaba mucha gente para un golpe, reunía dos o tres mil hombres. Empezaba sus correrías cuando lo atacó el tifo exantemático. Cuando se levantó de esta enfermedad era otro. Antes llegaba a las poblaciones y pedía elementos sin cometer atropellos. Después su lema fue sangre y dinero.<sup>29</sup>

La gente de Chávez García era experta en la comisión de crímenes. En Tacámbaro, en La Piedad, en Pénjamo, en Degollado y Cotija la tropa chavista robó, mató, desvirgó, violó mujeres en presencia de sus maridos y cometió otros varios excesos. El jefe gozaba con el gozo de sus soldados. Otra de sus distracciones se la daba el manejo del caballo. Era un buen jinete, a pesar de ser gordo y de baja estatura. Lo adornaban muchas virtudes animales y algunos vicios humanos. Miles de hombres que el gobierno le opuso, muchos miles de hombres no pudieron contra el jefecillo que “dormía sobre su caballo y soportaba días enteros de hambre y sed”.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Oviedo Mota, *Memorias*, II, p. 38, cit., por José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Editorial Jus, 1962-1964, vol. III, pp. 213-214.

<sup>30</sup> Agustín V. Casasola, *Historia gráfica de la Revolución. 1890-1960*, México, Archivo Casasola, t. II, s.f.

En mayo de 1918 se esparció en Quitupan la voz de que Inés Chávez García “acababa de incendiar y tomar Cotija donde había cometido toda clase de excesos”. La población “se encontraba aterrada ante las noticias circulantes sobre las tropelías, vejaciones y arbitrariedades que la horda cometía en los pueblos que visitaba”.<sup>31</sup> La visita a Quitupan parecía inminente. Pero también podía ser a Jiquilpan o a Sahuayo. De hecho fue San José de Gracia el pueblo escogido por Chávez García para su visita siguiente, y aquí ni se lo sospechaban, cuando llegó una escueta noticia de Quitupan: “Chávez va para allá”.

Don Apolinar Partida repartió a sus muchachos en los lugares más a propósito del pueblo. Al mediodía la horda de García Chávez, a toda carrera, bajaba del cerro de Larios, mientras las familias huían despavoridas. Todo era correr, golpear de puertas, trepar a los caballos, huir sin volver la cara. La guarnición rompió el tiroteo. Los 800 de Chávez se abrieron para disponerse en forma de tenaza. El tiroteo arreció. Cayó Higinio Álvarez, uno de los valientes de la guarnición. Los atacantes habían rodeado el pueblo y empezaban a prender fuego a las fincas. El taca taca y el pum pum no cesó hasta las cuatro de la tarde, hasta que casi se acabaron los de la defensa, hasta que don Apolinar Partida salió de una casa en llamas y fue acribillado a balazos a media calle. La rabia del cabecilla había ido creciendo. En plena calle estimulaba a sus soldados con una sarta de malas palabras para que combatieran contra los defensores, y mientras se trababa el combate entre los empedrados de San José, y en tanto ardían con grandes llamaradas muchos hogares, el 90% de la gente corría por los montes, entraba a los pueblos vecinos de donde ya también salían las familias a toda carrera. En toda la región eran fugas precipitadas. Nadie confiaba en los pelotones que el gobierno tenía destacados en cada lugar. Todos sabían que los 25 soldados de línea que estaban de guarnición en San José fueron los primeros en huir.<sup>32</sup>

Uno solo de los hombres de Apolinar Partida sobrevivió al empuje de las fuerzas de Chávez; pero antes de morir habían matado de 70 a 100 enemigos. Los de Chávez cogían a sus difuntos y los echaban a las llamas. Las mujeres que no habían logrado escapar se apretujaban en casa de don Ber-

<sup>31</sup> Chávez, *op. cit.*, p. 51.

<sup>32</sup> Informantes: Anatolio Partida Pulido, sobreviviente de la defensa; Bernardo González Cárdenas, niño que se quedó en el pueblo; José Núñez, otro testigo presencial, y Josefina Cárdenas, por los que se fugaron.

nardo González Pulido. Cerca de 20 hombres fueron conducidos a la plaza. Allí, en fila y mudos acataron la orden de degüello que fue rubricada con sonoras piezas de música. De algún tiempo atrás Chávez había adquirido la costumbre de matar con acompañamiento de música. Entonces traía en calidad de prisionera a toda una banda caída en su poder cuando asaltó el tren tapatío. En un instante en que los músicos dejaron de tocar, el verdugo, un tal Chencho, se acercó al grupo de presos y les dijo: “Mi general Chávez les concede la gracia de que la banda le toque a cada uno, en el momento de ser degollado, la pieza que más le guste”. Luego empezó a arremangarse la camisa, agarró el puñal y preguntó: “¿Por qué lado empiezo?”. El zapatero don Juan González, que estaba en una punta, repuso: “Por la otra punta, señor”. Don Gumersindo Barrios, que estaba en el extremo opuesto, gritó: “Que me toquen la *Adelita*”. De aquella confusión, el padre Federico salió líder. Reconoció a dos chavistas. Ambos eran influyentes. El joven sacerdote los convenció de que no tomaran más represalias contra el pueblo. Ellos convencieron de lo mismo a Inés Chávez García, y sucedió lo increíble, se dejó con vida a los que estaban a punto de ser degollados y no se violó a ninguna mujer más. Al otro día Chávez se fue del pueblo a medio quemar y saqueado. Al otro día, a la semana o al mes estuvieron llegando las familias que habían huido ante la presencia del feroz cabecilla. Llegaron para ser víctimas de otra calamidad más: la influenza española.<sup>33</sup>

La gripe española recibió muy mal a los jóvenes que volvieron una vez pasado el susto de Chávez. La influenza se ensañó con la juventud. “Se amanecía con dolor de cabeza, venían la fiebre y las hemorragias, y había que cuidarse unos seis días porque si se levantaba antes de tiempo, recaía con neumonía, y de la recaída nadie se salvaba”. La gripe se llevó un número igual que los chavistas; mató a 14. En ese año de 1918, sin contar los chavistas muertos, en San José murieron 40 y en los ranchos 43. Aparte de la entrada de Chávez y la gripe española, hubo epidemias de viruela y tos ferina. Año peor que ése no había habido nunca. Hizo destrozos, e hizo huir a los vecinos. De los que corrieron cuando Chávez, uno de cada ocho ya no volvió; 20 familias perdió el pueblo en eso año por haberse ido sin ánimo de volver al montón de ruinas.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> Datos proporcionados por Porfirio González Buenrostro y el P. Federico González Cárdenas.

<sup>34</sup> APSJ, Libro de defunciones, I, y datos proporcionados por Luis González Cárdenas. Según Edwin Oakes Jordan, autor de *Epidemic Influenza*, a consecuencia de la gripe de 1918

Después de Chávez García y de la gripe española, San José se quedó sin guarnición propia y prácticamente desprotegido. Contaba, dizque para defenderse, con 15 soldados de línea a las órdenes de “Mano Negra”. Por su número no era una cantidad despreciable de gente. Los únicos enemigos que quedaban a la vista eran los bandoleros de la Puntada, muy pocos desde que perdieron a Eliseo Zepeda. Un día de noviembre de 1918, como a eso de las cinco de la tarde, los 29 sobrantes de la Puntada entraron a San José. San José ya casi no era pueblo por sus muchas fincas quemadas, tantos vecinos muertos o ausentes, las ollas y talegas donde se guardaban los ahorros vacías y la sensación general de que los golpes acabados de recibir podían ser mortales. “Mano Negra”, al ver a los hombres de la Puntada en las calles de la población, otra vez como cuando Chávez, dispuso la fuga. Sólo uno de sus soldados, debido a una hernia que le impidió correr, hizo frente a los bandoleros mientras tuvo parque. Luego intentó montar a su caballo, y lo hacía con mucho esfuerzo cuando fue conducido al pie de uno de los árboles de la plaza donde al anochecer se le vio subir jalado por una cuerda y se le vio mecerse al viento.

La etapa 1902-1919 fue sin duda inquietante, desasosegadora por la llegada al pueblo de las noticias periodísticas, los fotógrafos, el gusto por la técnica, el afán de lucro, los ricos, la elevación de San José a la categoría de cabecera de tenencia, las pasiones políticas, los sentimientos de nacionalidad, el cometa Halley, la sequía de 1910, el maderismo, la revolución, la caída de don Porfirio, el desaire de los maderistas a San José, las habilidades del padre Juan, las fiestas del padre Vega, las lámparas de gasolina, el temblor, las serenatas dominicales, el uso de la aspirina, los asesinatos de Madero y Pino Suárez, la erupción del volcán, el azufre y las cenizas del volcán, la Dieta de Zamora, las frecuentes visitas de los revolucionarios, los préstamos forzosos, las levas del general Huerta, los atentados contra personas de la Iglesia, el saqueo de los templos, el saqueo de todo, el abigeato, el robo de muchachas, las canciones y los corridos revolucionarios,

murieron 21 642 283 personas en el mundo. En España perdieron la vida 170 000; en Inglaterra, 200 000; en Japón, 250 000; en Italia, 350 000; en Rusia, 450 000; en México, medio millón; en los Estados Unidos, 550 000; en las colonias holandesas del suroeste de Asia, 750 000, y en la India, ocho millones y medio. Se llamó gripe española porque “algunos creyeron que provenía de España, país que había sufrido una seria epidemia de influenza en la primavera de ese año” (*Selecciones del Reader's Digest*, febrero de 1952, t. XXIII, núm. 135, pp. 51-54).

el paso de la espléndida tropa de Francisco Murguía, las tropelías de Salvador Magaña, los medialunos, la embriaguez, los tiroteos a deshora de la noche, los ejercicios de tiro al blanco de La Custria, la escasez de alimentos, el hambre, la fuga de pueblerinos hacia la ciudad, la fuga de rancheros hacia San José, los bandoleros de la Puntada, la redención de “Mano Negra”, los colgados, las historias de Inés Chávez García, el ataque de los chavistas a San José, la estampida, la muerte de los de la defensa civil, las casas en llamas y la mortandad de la gripe española.

Con todo, las incomodidades y zozobras de la época afectan diversamente a las diversas generaciones y a las diversas clases sociales en juego. Don Gregorio, don Andrés, don Juan y don Bernardo y casi todos los de la vieja generación fundadora adoptaron una actitud de resignación. Tenían vagos recuerdos del bandolerismo y la inquietud que se precipitó a raíz de las guerras de Reforma e Intervención. Recordaban también que después del aguacero vino una calma larga y fructífera. Confiaban tranquilamente en que pasada la nueva tormenta y podado el ambiente, se volvería a los buenos tiempos. Nunca creyeron que las presentes calamidades fueran el principio del fin; además ellos no estaban dispuestos a dejar la tierra, a moverse de la zona del peligro. En cambio los de la generación joven veían tronchadas sus ambiciones por la guerra, la peste y el robo, y observaron conductas de desesperación, hastío y disgusto. Algunos pudientes se marcharon; otros habían muerto; a los pobres les quedó el recurso de vociferar. De los jóvenes, los nacidos de 1878 a 1892 se crecieron al castigo, se manifestaron en disposición de jugarse el todo por el todo; no pocos por el camino de la delincuencia y la fuerza bruta, y los más de la manera que se relatará enseguida, nada mansa por cierto. A esta última generación le viene como anillo al dedo el nombre de “generación del volcán” y no sólo por haber aparecido en público cuando hizo erupción el de Colima. A ella le tocó teñir en sangre la siguiente etapa de la historia de San José.

#### TRAS TANTO ANDAR MURIENDO...

Desde 1920 los periódicos vuelven a San José. No llegan regularmente. De todos modos se sabe del desconocimiento de Obregón a Carranza; de la sublevación de los generales contra el presidente que al trasladarse a Veracruz es asesinado en Tlaxcalantongo, y del nombramiento de don Adolfo

de la Huerta como presidente provisional. Se sabe de la llegada de Obregón a la presidencia, de cómo apacigua a Villa, Murguía, Blanco y otros generales díscolos y se mete en líos con Estados Unidos e Inglaterra. Llegan rumores sobre la creación de una secretaría que no sólo difundirá cultura, como la porfiriana, entre la clase media de las ciudades. Vasconcelos hace cubrir los muros de los edificios públicos con pinturas que harían entrar por los ojos los nuevos ideales; erige escuelas campesinas, y funda bibliotecas en los pueblos más pequeños y apartados. Una de las bibliotecas de 100 libros se instala en San José de Gracia. La consigna obregonista de alfabeto, pan y jabón trasciende el terreno educativo. Aunque todavía no es posible aumentar la ración de pan, se empieza a repartirlo mejor mediante la reforma agraria. Los campesinos de los pueblos y ranchos próximos a San José, pero de la zona jalisciense, solicitan repartos de tierras. En el occidente de Michoacán no hay líos de tierras mientras los hay de varia índole en el centro del estado.

Un ex seminarista de Zamora que tiene amigos en San José asume la gubernatura de Michoacán. El general Francisco J. Múgica protege a los socialistas que celebran el Día del Trabajo con violentos discursos contra el clero, los católicos, los ricos, y producen una contramanifestación disuelta a balazos por la policía. El gobernador se malquista con el presidente y cae, pero al cabo de un año recobra el gobierno. La legislatura le achaca delitos contra la Constitución, y luego lo acusa de usurpación de poderes y lo encierra en la cárcel el 1 de diciembre de 1923.<sup>35</sup>

En San José de Gracia causan alarma los alardes socialistas de Múgica y los exabruptos anticlericales de Obregón, pero no pasa de ahí. Todavía quedan algunas partidas de bandoleros en la comarca, que no impiden la normalización de las actividades. Se pueden transitar los caminos con mayor seguridad que antes. Empiezan a soplar aires de paz y de bonanza.

Se prospera en las comunicaciones y los transportes. La Compañía de Fomento de Chapala pone en servicio una vía de ferrocarril entre Chapala y Guadalajara y fleta los vapores *Vicking* para pasajeros y los *Tapatía* para carga. Ambos recorren diariamente los principales puertos del lago.<sup>36</sup> Ambos son frecuentados por los vecinos menos arruinados de la vicaría de San José. Se utilizan para ir a Guadalajara. Se les aborda en Tizapán para tras-

<sup>35</sup> Bravo Ugarte, *op. cit.*, vol. III, pp. 215-218.

<sup>36</sup> Antonio de Alba, *Chapala*, Guadalajara, Banco Industrial de Jalisco, 1954, pp. 120-121.

poner el lago hasta Chapala, y en ese pueblo se toma el tren que conduce hasta la capital de Jalisco. También desde 1920 las cargas de queso vuelven a embarcarse en Tizapán; se llevan en canoa a Ocotlán y de ahí siguen por tren rumbo a México. A Jiquilpan van muy pocos y lo menos posible. Casi nadie tiene asuntos con el gobierno ni quiere tenerlos.<sup>37</sup>

Pocos hombres en sillas de montar y menos mujeres en albarda, la pierna derecha sobre el cuerno de la albarda y el pie izquierdo sobre el estribo de palo, trascienden los límites de la tenencia. La mayoría de las personas que recorren los caminos de herradura van a lugares cercanos, de una ranchería a otra dentro de la meseta, o de los ranchos al pueblo o viceversa. La mayor parte de las familias del pueblo vuelven a pasar el temporal de lluvias en los ranchos; en noviembre regresan a San José. En las secas muchos hombres se la pasan en el rancho mientras sus mujeres e hijos viven en el pueblo. Hay más garantías en San José que en las diversas rancherías. A eso se debe la gradual despoblación de los ranchos y el aumento, sobre todo de señoras y niños, en San José.

El censo nacional de 1921 registra 3 258 habitantes en la tenencia de Ornelas, 1 640 hombres y 1 618 mujeres; 1 024 como habitantes de San José de Gracia, y 2 234 como moradores de las rancherías de su jurisdicción. Según esto había 341 habitantes menos que en 1910; pero según nuestras estimaciones la disminución fue de 314. Como el de 1910, el censo de 1921 no logró registrar toda la población y no por culpa de los censores.<sup>38</sup> Disminuyó el número de gente en 8% a causa de los muertos por la trifulca, las epidemias y las endemias y sobre todo por la emigración. Muchos de los que salieron ahuyentados por el bandolerismo de los años 1916-1919 se quedaron fuera. Su pérdida no se compensó con los que vinieron como vecinos en 1920: Timoteo Magaña y familia, provenientes de Pueblo Nuevo, el padre Leopoldo Gálvez y hermanos, oriundos de Jiquilpan; algunos de los Sánchez de Méguaro. Los más de estos inmigrantes vinieron a San José en busca de paz. En sus lugares de origen el desorden no había cesado; seguían registrándose numerosos hechos de sangre. Tampoco San José era demasiado tranquilo, pero en tierra de ciegos el tuerto es rey. Aquí murieron a balazos tres en 1921, cuatro en 1922 y uno en 1923.

<sup>37</sup> Datos comunicados por Luis González Cárdenas.

<sup>38</sup> Departamento de la Estadística Nacional, *Censo general de habitantes. 30 de noviembre de 1921. Estado de Michoacán*, pp. 49-116 y 164-165.

Muy pocos si se compara con los muertos violentamente en los municipios circundantes.<sup>39</sup>

Las actividades agropecuarias se rehacen a partir de 1921. Pasado el vendaval revolucionario se reinstala la rutina de las siembras de temporal. Las ordeñas vuelven a operar normalmente. Además comienza a extenderse la costumbre de ordeñar las vacas en tiempo de secas. La necesidad obligó a esto, pero ni así se logró alcanzar el nivel de producción agropecuaria del periodo prerrevolucionario. Era difícil volver al número de vacas existentes en 1910. La rehabilitación económica marchaba lentamente a pesar de que los temporales iban siendo cada vez mejores. Quizá el desaliento de los terratenientes tuvo algo que ver en la lenta subida por la cuesta de la producción. En el origen de ese desaliento estaban los descalabros anteriores y la novedad de la reforma agraria. Se comenzaba a rumorar lo del reparto de las tierras. Ya en Jalisco había agraristas que solicitaban las tierras de sus amos. Aquí nomás los del Paso de Piedra, donde había 190 habitantes con más de 18 años, solicitaron en 1921 los terrenos de la hacienda de El Sabino.<sup>40</sup>

La propiedad de la tierra seguía tres caminos: el de la división por herencia, el del acaparamiento y el del agrarismo. Aumentó el número de propietarios individuales desde 1910 porque las propiedades de un par de terratenientes mayores se repartió entre una docena de sus descendientes. Pero frente al proceso de división se daba el del acaparamiento. Por lo menos un par de terratenientes seguía ensanchando sus tierras mediante compras. Con todo, la propiedad estaba aquí más dividida que en las otras regiones comarcanas. La hacienda de El Sabino, de la que ya era dueña María Ramírez, nieta de don Manuel Arias, se mantenía indivisa y con más de 4 000 hectáreas. Pero fuera de ese latifundio solamente había tres predios que medían entre 1 000 y 2 000 hectáreas, y los demás por lo regular no alcanzaban las 300 hectáreas, y muchas no llegaban a las 100. Sin embargo, aparte de unas 200 familias, las demás, que eran alrededor de 400, no poseían propiedades ni tenían un medio seguro para subsistir. El comercio mejor lo acaparaban los terratenientes. Ciertas industrias, como la del blanqueamiento de la cera, habían desaparecido.

<sup>39</sup> Archivo Judicial de Jiqualpan, Sentencias criminales, 1921-1923.

<sup>40</sup> Archivo del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (ADAAAC), exp. 1933.

El trabajo no sufrió mayores variaciones. Se mantienen los mismos sistemas, pero la disminución de las actividades agropecuarias aumenta la desocupación y el desempleo. Los que únicamente viven de su trabajo resienten la falta de él; advierten un decaimiento en su bienestar; se vuelven más pobres. La mayoría de los afectados ven como única salida a su miseria el hacerse terratenientes, pero todavía no se les ocurre el camino del agrarismo. Algunos saben que hay regiones de lucro aparentemente fácil; pero muy pocos se atreven a ir en su busca. Entre los jóvenes de San José se difunde otra atracción: oyen de la bonanza que siguió en los Estados Unidos al terminar la guerra mundial; se enteran de que miles de mexicanos abandonan las alborotadas regiones de su país para ir a ganar buenos dólares, y no se atreven a correr la aventura: Apolinar Partida, Porfirio González, Ramiro y Socorro Chávez, Pascual Barajas, Benjamín Martínez y otros cuatro van en busca de trabajo y lucro a los Estados Unidos; se emplean como obreros en la fundición Inland de Indiana. Al cabo de dos o tres años, siete de ellos, decepcionados, vuelven a su tierra, acaso con algún fonógrafo, un par de camisas exóticas, una docena de palabras inglesas y pocos dólares. Vuelven a la pobreza tranquila del pueblo.<sup>41</sup>

Por lo demás, la vida política y social de San José y sus rancherías recobra lentamente su rutina. El gobierno prácticamente autónomo de la tenencia está más pobre que de costumbre y casi imposibilitado para emprender mejoras. Con mucho sacrificio, Gaudencio González Cárdenas, uno de los jefes de la tenencia, pone piso de piedra laja en el paseo del jardín. Lo normal es que las autoridades se limiten a ser guardianes del orden público y a veces no logran buen éxito en su labor policial. Entre 1920 y 1924 hubo zafarranchos de nota.<sup>42</sup>

No todo mundo comía bien, pero era raro el que carecía de pistola. No era fácil desterrar rápidamente las actitudes y los hábitos del machismo heredado del periodo anterior. Se mantenía el culto a la fuerza, la costumbre de emborracharse y el exagerado sentido del honor. De otro lado no dejaban de acentuarse las diferencias de grupo social. Los ricos eran menos ricos, pero los pobres se habían vuelto mucho más pobres. Los muros de respeto entre patrones y trabajadores se agrietaban cada vez más. Con todo las aguas de la discordia social todavía estaban lejos de llegar al río.

<sup>41</sup> Datos comunicados por Porfirio González Buenrostro.

<sup>42</sup> Archivo de la Jefatura de la Tenencia de Ornelas (AJTO).

Las escuelas y la educación en general alcanzan cierto auge en el lustro 1920-1925. Vuelve don Rafael Haro a impartir una formación general a un grupo de niños y adolescentes. Rafael Haro, además de educar niños, emprende la reeducación de los mayores por medio del teatro. Compone y pone sainetes para satirizar algunas costumbres anormales que crecían en el pueblo. Ridiculiza en *El alcalde de Panzacola* la bravura y en *La zahorina* la ola de irracionalidad y superstición, la entrega de la gente a la charlatanería de curanderos y gitanos.<sup>43</sup> Ambas piezas, y sobre todo *El alcalde*, tuvieron mucha resonancia.

Las madres de Zamora reabren el asilo de niñas que también había estado cerrado desde 1918. El 9 de enero de 1922 firman el contrato de reapertura don Luis González Cárdenas por el pueblo y Lucía de Jesús por las religiosas.<sup>44</sup> El padre Marcos Vega atrae a su centro preparatorio para el seminario eclesiástico de Zamora a dos docenas de jóvenes. Imparte en los años de 1920 a 1922 la gramática latina y española y algunas nociones de aritmética.<sup>45</sup> No lejos de aquí, en Cojumatlán, el padre Federico González instaura y regentea otra escuela similar donde se inscriben cuatro de San José. De ambos planteles sale una veintena de aspirantes a sacerdotes que se trasladan al seminario de Zamora. Para 1924 hay en ese seminario 22 jóvenes de San José empeñados en el latín y la filosofía escolástica. Ningún otro pueblo de la diócesis tiene tantos seminaristas como San José.<sup>46</sup> Con todo, en el pueblo y las rancherías de su jurisdicción más de la mitad de los niños en edad de aprender vaga o trabaja, pero no asiste a ninguna escuela. En ninguna ranchería hubo centro escolar.

Por lo demás reinaba la calma. Sólo el padre Ávalos estaba intranquilo por las peligrosas novedades de la prensa periódica. Se molestó con Rafael Haro porque era suscriptor de *Revista de Revistas*, y no contento con autoenvenenarse él, prestaba la publicación a los jóvenes.

Vino el circo, un circo modesto como los que van a los pueblos, sin fieras, sólo con perritos amaestrados; sin grandes cómicos, con un simple payaso de cara encalada; sin trapeceistas de fama, pero con un par de deshuesados hechos para hacer maromas. El circo se llevó a Joselón (José Gómez) dizque porque medía dos metros 18 centímetros de altura.

<sup>43</sup> Datos comunicados por Rafael Haro.

<sup>44</sup> Archivo particular de Luis González Cárdenas.

<sup>45</sup> Datos comunicados por Daniel González Cárdenas.

<sup>46</sup> Datos comunicados por Honorato González Buenrostro.

Vino también el nuevo obispo de Zamora y su recepción fue espectacular. Doscientos jinetes, de los de la espuela sonora y el potro piafante, lo escoltaron en el recorrido desde arriba de Cojumatlán hasta San José. Aquí llegó en medio de la multitud y un aire de repique de campanas y música de mariachi.

En resumidas cuentas la calma que siguió a la tempestad revolucionaria tuvo sus pros y sus contras. El régimen de lluvias, secas y heladas fue en general favorable al desarrollo de la ganadería. La vida económica se vio favorecida por la costumbre de ordeñar las vacas en las secas y perjudicada por la desaparición total de la industria cerera. El bienestar de los pudientes no logra alcanzar el nivel de la primera década del siglo; el malestar de los pobres sobrepasa la altura del decenio revolucionario. Hay poco trabajo y malos sueldos.

Los precios suben incesantemente. De la propiedad de la tierra sólo goza 30% de la población. Los sin tierra aspiran a tenerla, pero no se han atrevido a solicitarla del gobierno por respeto a la propiedad y porque no creen en los ofrecimientos gubernamentales. Están acostumbrados a la idea de que la autoridad sólo propina golpes. Todos concuerdan en el juicio de que el gobierno es malo y los confirman en él sus guías espirituales.

El clero se siente perseguido. Nadie molesta al padre Timoteo López, encargado de la vicaría de San José en 1919-1920. Nadie estorba en sus funciones a su sucesor, el padre Emilio Ávalos. Los tiros anticlericales de Obregón y sus gobernadores se dirigen a las cabezas de la estructura eclesiástica mexicana, pero no dejan de molestar al pueblo creyente, y mucho al vecindario de San José, tan identificado con sus sacerdotes y seminaristas. Otro motivo de desazón lo provoca la rebelión delahuertista. El ejército se divide en dos facciones iguales cuando el presidente se empeña en imponer como sucesor suyo al general Calles. Se desata otra vez la guerra. Los de San José la ven acercarse. Hay una batalla grande, como nunca se había visto, en Ocotlán, al otro lado de la laguna de Chapala. Obregón la gana y se sale con la suya.

En San José la gente está como pólvora seca dispuesta a arder a la menor chispa. El horizonte se nubla poco a poco.

## UNOS MESES ANTES

El general Plutarco Elías Calles llega a la Presidencia de la República el 1 de diciembre de 1924 y no tarda en manifestar su odio contra los curas. La burocracia le hace coro. La agitación anticlerical prohija el nacimiento de una Iglesia Apostólica Mexicana que consigue un patriarca Pérez, el templo de La Soledad y casi ninguna clientela. Fracasado el cisma, se emprende la aplicación rigurosa de los artículos 3, 5, 24, 27, 32 y 130 de la Constitución General de la República. La reglamentación del artículo 130 dispone el registro y la reducción del número de sacerdotes. Poco antes de la llamada “ley Calles”, los oradores en el Congreso Eucarístico Nacional celebrado en México del 4 al 12 de octubre, el obispo de Huejutla, el historiador Mariano Cuevas, el abogado Miguel Palomar y otros hablan de “luchar por la Iglesia y de salvar a la Patria”.<sup>1</sup> A ese congreso asisten dos representantes de San José de Gracia. El anciano arzobispo de México manifiesta en entrevista periodística, su desafecto a varios de los artículos de la Constitución de 1917. La aptitud polémica del general Calles y su madera de caudillo se mantienen incólumes.<sup>2</sup> El régimen difunde la teoría de que el clero es traidor a la patria.

El general Calles no sólo es memorable por las disputas y las guerras sostenidas con el general Serrano, los yaquis, el clero y los cristeros. Además de remover obstáculos que se oponían a la práctica de la Constitución de 1917, puso los cimientos del desarrollo ulterior de México con la fundación de escuelas agrícolas y secundarias, el Banco de México, la creación del impuesto sobre la renta, el Banco de Crédito Agrícola y las comisiones

\* En *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 2ª ed., 1972, pp. 141-170.

<sup>1</sup> Jorge Gram, *Héctor. Novela histórica cristera*, México, Editorial Jus, 1953, pp. 80-82.

<sup>2</sup> *El Universal*, 27 de enero, 4 y 8 de febrero de 1926.

de Irrigación y Caminos.<sup>3</sup> Michoacán no conoció las actividades constructivas de don Plutarco y sí la amplia variedad de las destructivas: cierre de escuelas y conventos; trabas al culto, “aun al que los católicos celebraban privadamente en sus casas”; confiscación de asilos y clausura de los centros productores de sacerdotes que funcionaban en Morelia, Zamora y Tacámbaro.<sup>4</sup> El 8 de marzo de 1926 el gobierno ordenó la clausura del seminario conciliar de Zamora.<sup>5</sup> La veintena de jóvenes josefinos que estudiaban allí volvieron al pueblo a erigir la Acción Católica de la Juventud Mexicana local y emprender una sigilosa campaña de instigación. Llegó también a raudales la propaganda impresa de orientación antigubernista. Los discursos de Anacleto González Flores y otros líderes católicos se leyeron y difundieron y levantaron ámpula. Con todo, lo fundamental en aquel ambiente caldeado fue el regreso del padre Federico en 1924.

El padre Federico regresó a levantar la bandera del pueblo y especialmente la de la generación que se dio a conocer en público cuando el enojo del volcán de Colima y cuyos miembros habían nacido de 1877 a 1890. El joven sacerdote, de apariencia enclenque, nació en 1889. Tres fuerzas ambientales configuraron su personalidad: el rancho, la familia y el seminario. El incipiente pueblo de San José que era una ranchería en región ganadera y frutal, le proporcionó las primeras tareas dentro de la vida al aire libre: juego de canicas, caminatas a caballo, jineteo de becerros, castigos por desobediencia y algún quehacer campesino, no de mucha obligación, porque él era hijo de familia algo acomodada y vieja en la zona. Su padre, Bernardo González Pulido, el encargado del orden en San José de 1891 a 1900; su madre, Herminia Cárdenas Barragán, originaria de un rancho próximo a La Manzanilla, de temperamento apasionado, activo, emotivo e inquebrantable. El niño recibió en herencia el temperamento de su madre y los sentimientos de honor y fe en el porvenir común. La religiosidad, la charrería y el señorío los contrajo de su padre. A los 13 años de edad entró al seminario auxiliar de Sahuayo a estudiar latín, matemáticas y física. En Zamora, donde estudió filosofía escolástica y teología, adquirió la úlcera duodenal de

<sup>3</sup> Wigberto Jiménez Moreno y Alfonso García Ruíz, *Historia de México. Una síntesis*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962, p. 119.

<sup>4</sup> José Bravo Ugarte, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Editorial Jus, 1962-1964, vol. III, p. 223.

<sup>5</sup> Arturo Rodríguez Zetina, *Zamora. Ensayo histórico y repertorio documental*, México, Editorial Jus, 1952, p. 576.

toda su vida, el desafecto al curso seguido por la historia mexicana de la Reforma para acá y el gusto por el raciocinio. Después de recibir las órdenes mayores en 1913, estuvo de vicario cooperador en Tingüindín, trabajó para los indígenas y entró en relación con los guerrilleros revolucionarios. Permaneció en San José de 1916 a 1918 para paliar los golpes del bandolerismo. Ya se dijo que fue el héroe civil cuando la jornada de Chávez García. De su pueblo se fue a Cojumatlán con el doble carácter de vicario y director de una escuela auxiliar del Seminario. En 1922 estuvo en Vistahermosa para enderezar un asunto peliagudo, y al año siguiente asumió la vicerrectoría del seminario zamorano. Recrudecida su úlcera, vuelve a instalarse en San José a fines de 1924. Nervioso y de sueño ligero, activo y arriesgado, lúcido y de voluntad fuerte, las tenía todas para ser un líder excelente. Como tal metió a sus paisanos en dos empresas delicadas: la parcelación de la hacienda de El Sabino y la lucha contra la clerofobia del general Plutarco Elías Calles.<sup>6</sup>

En el origen de la parcelación de la hacienda de El Sabino estuvo el miedo de la dueña a la reforma agraria. Varios de sus latifundios estaban amenazados por los solicitadores de tierras que se amparaban en las leyes del 6 de enero de 1915, el artículo 27 constitucional y el reglamento agrario de 1922. Los vientos agraristas venían de Jalisco. En 1921 el comité agrarista del Paso de Piedra solicitó las tierras de El Sabino. El gobernador jalisciense encontró justa la solicitud: la pasó a la Comisión Local Agraria; ésta propuso que se dotara a los 190 vecinos del Paso mayores de 18 años con 1 042 hectáreas: 826 de El Sabino, 99 del Rancho Seco de Ignacio Sánchez y 117 de varios propietarios menores.<sup>7</sup> Entonces todavía no había adictos al agrarismo gubernamental en la tenencia de San José. Los de ésta sentían cierto desdoro en pedir regaladas las tierras ajenas. Tampoco el padre Federico alentaba esa forma de hacer propietarios.

El padre Federico aprovechó el miedo de la señorita María Ramírez Arias y de su abogado y tío don Mariano Ramírez para conseguir que aceptaran dividir y vender a largo plazo a los sin tierra de San José los terrenos de la hacienda de El Sabino. Obtenida la anuencia, se hizo venir a un ingeniero para que midiera, levantara planos y parcelara el vasto latifundio. Como el primer agrónomo durara meses en la tarea sin resultados

<sup>6</sup> Datos obtenidos de los familiares del biografiado, y especialmente de Rosa y Josefina González Cárdenas.

<sup>7</sup> Archivo del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (ADAAC), exp. 1933.

visibles, se contrató a otro. El ingeniero David Vázquez terminó pronto la obra. Unas 1 872 hectáreas de las 4 232 que medía El Sabino se dividieron en 206 parcelas de 7 a 15 hectáreas cada una. Las parcelas pequeñas eran parcialmente de labor, susceptibles de sembrarse en tiempo de aguas, y las mayores casi exclusivamente de agostadero. De las 2 350 hectáreas restantes, 950 se tomaron para formar 12 ranchos de 40 a 150 cada uno. La dueña se quedó con 1 400 hectáreas que sus parientes le impidieron vender en parcelas a los peones de El Sabino. De ese sobrante le fueron afectadas el mismo año de 1926, 672 para formar el ejido del Paso de Piedra.<sup>8</sup> Las parcelas y los ranchos se consiguieron a precios módicos, a un promedio de 50 pesos la hectárea para pagar en 10 años en abonos anuales que podían ser en dinero o en especie. Así se duplicó el número de terratenientes en la tenencia. Así se satisfizo el ansia de propiedad de todos los vecinos de San José y una de las rancherías. Así, sólo quedaron sin tierra unas 200 familias que habitaban en los ranchos. Entre éstas, 40 del mero Sabino que, en carta al padre Federico González, le piden que “usted que tanto se ha interesado por los pobres que no tenemos terreno... y que vivíamos en la hacienda sólo porque nos dejaban criar nuestros animales y un pedazo de tierra donde sembrar [y que ahora vendidas las partes del latifundio donde se localizaban los corrales y los ecuaros gratuitos] nos encontramos sin tener donde vivir ni agostar los animales ni sembrar... pedimos a usted que pueda remediarnos nuestra situación y nos venda de los mismos terrenos de la hacienda parcelas del mismo tamaño que a los parceleros de San José para nosotros y 42 individuos más de esta hacienda en las mismas condiciones de precio que a los de San José de Gracia”.

La solicitud de los peones de El Sabino llegó tarde. En julio de 1926 ya lo vendible se había vendido. Ni el padre ni don Guadalupe González ni ninguno de los que tuvieron que ver con el reparto pudieron remediar el mal. Los lotes se habían rifado. Ya estaban en posesión de 218 parcelas y ranchos otros tantos jefes de familia de San José y del Jarrero. El que nadie en el pueblo se haya quedado sin tierra propia fue celebrado con un suculento día de campo y otras escenas de regocijo y fiesta.<sup>9</sup>

Otro acontecimiento luminoso se debió a don David Sánchez, quien instaló entonces una pequeña “planta de luz y fuerza motriz”, suficiente para

<sup>8</sup> ADAAC, exp. 12558.

<sup>9</sup> *Huanimba*, núm. 1, y datos comunicados por Porfirio González Buenrostro.

iluminar con focos amarillos las noches del templo, la plaza y dos docenas de hogares, y también para mover un molino de nixtamal, el segundo en el pueblo. Pocos años antes la afición de don Juan Chávez a las mujeres se había manifestado también en la instalación de un molino. En 1926 dos molinos despertaban a las señoras desde antes de amanecer con sus resoplidos agudos, y el de don Juan, además, con los truenos del escape, que semejaban un tiroteo. El tercer suceso venturoso de 1926 fue la abundancia de lluvias, tan abundantes que rompieron los diques de defensa en la ciénaga de Chapala.<sup>10</sup>

Pero no todo fue bonanza. A varios políticos influyentes de la villa de Sahuayo no les pareció bien el reparto de El Sabino. Rafael Picazo lo declaró contrarrevolucionario e intentó deshacerlo.<sup>11</sup> Otros querían que se fraccionara en ranchos y se vendiera entre los sahuayenses. Tampoco los que se consideraban herederos de la solterona dueña vieron con buenos ojos la desmembración de la hacienda. Muchos, por una u otra razón, le declararon la guerra a los de San José. Nunca la población había sido víctima de tantos abusos. Se le molestó dizque por mocha. Se acudió a ese pretexto para conseguir apoyo oficial. Se dijo que en San José funcionaba un grupo de la ACJM. Y en efecto, todos los jóvenes solteros acudían desde 1925 a las juntas de la ACJM, igual que en muchos otros pueblos.<sup>12</sup> También la de San José, como gran parte de la población del país, firmó el memorial enviado al Congreso para protestar contra la “ley Calles”. Tampoco se desobedeció el decreto de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa que decía: “No compréis nada, por lo menos nada superfluo, y si tenéis que comprar, compradlo a los amigos de la causa”.<sup>13</sup> Y no menos respetada fue la orden episcopal de suspender el culto público. Se cumplió con todas las disposiciones y recomendaciones provenientes de organismos católicos, y se cumplió espontáneamente y con entusiasmo.

Se acató la orden episcopal de suspender el culto en el templo. El pueblo se queda mudo cuando las campanas dejan de tocar. El padre Federico sigue ejerciendo en privado su ministerio. La gente multiplica sus actividades religiosas: oye misa, se confiesa y comulga más frecuentemen-

<sup>10</sup> Germán Behn, “El lago de Chapala y su cuenca”, en *Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. x, núms. 1 y 2, septiembre-octubre de 1956, p. 25.

<sup>11</sup> Datos comunicados por Honorato González Buenrostro.

<sup>12</sup> Datos comunicados por el P. Federico González Cárdenas.

<sup>13</sup> Datos comunicados por Josefina González Cárdenas.

te. El pueblo siente cada vez más veneración por la Iglesia y el estado sacerdotal. Desde su fundación ha sido religioso y clerical y raro sería que no lo fuera. No tiene por qué mal sentir de los sacerdotes. El paternalismo y la intromisión de los sacerdotes en asuntos temporales han sido, por regla general, benéficos para el vecindario de San José. No hay quejas contra el clero; hay buenas evocaciones de los obispos de Zamora y de muchos vicarios de San José, especialmente de los padres Othón, Vega y Ávalos. Es además un sacerdote al que en ese momento acatan todos como caudillo. En cambio, a los funcionarios del gobierno civil nadie tiene nada que agradecerles. El afecto al movimiento maderista había sido la única muestra de identificación entre San José y las autoridades de la República. Hacia los gobiernos posteriores hubo un claro desafecto que se convirtió en odio a secas cuando Calles desde la presidencia y sus colaboradores desde distintos puestos, se dan a la tarea de perseguir curas y monjas y cerrar escuelas y templos.

Los cultos de San José discuten la postura que debe tomarse ante el hecho de la persecución religiosa. Casi todos son ex seminaristas. El profesor Rafael Haro no lo es. La mayoría sostiene el deber de recurrir a la fuerza contra el gobierno; cree en la pequeñez y debilidad del régimen callista y está segura que los dos millones de mexicanos que firmaron el memorial dirigido al Congreso para solicitar libertad religiosa están resueltos a tomar las armas, máxime que la Cámara de Diputados contestó al memorial con un violín. Se discute en un clima emotivo. El profesor Rafael Haro no cree que la catolicidad mexicana sea tan honda en otras partes como lo es aquí. Duda de que la persecución religiosa produzca en otras zonas la reacción que produce en San José y demás pueblos de la comarca. Algunos ven imposible ganarle la batalla al gobierno porque éste tiene armas y ejército, y la población carece de los medios de defensa y ataque. A esto responden los adictos a la violencia con varias razones. Se arguye entre otras cosas que los agraristas de los pueblos cercanos de Jalisco aportarán rifles. También se tiene la esperanza de que ayuden con dinero y útiles de guerra los católicos de Estados Unidos. Con todo, algunos siguen incrédulos, y con ellos un hombre de mucho peso en la opinión josefina, el padre Juan González. Éste muere de una enfermedad que pudo ser lepra, y se impone el punto de vista de la mayoría de la élite ilustrada y del padre Federico.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Datos comunicados por el profesor Rafael C. Haro.

Eufemio, el jefe de la “defensa social” de Sahuayo, tenía sus razones para estar resentido con los poderosos de su villa; era descendiente de los indios despojados de sus tierras por los colonos blancos. Pero su deseo de venganza no sólo lo sació en hijos de los culpables. Repetidas veces fue a molestar al vecindario de San José. Un día llegó dispuesto a aprehender al padre Federico y a varias personas allegadas a él. No encontró a ninguno y a manera de desquite saqueó algunas casas y la tienda de don Guadalupe González, la mejor del pueblo. La gente se enfureció, y no únicamente contra Eufemio, “La Chiscuaza”. Tenía motivos para creer que en esos atropellos andaba metida la mano del diputado federal del distrito, y en última instancia la del gobierno. Los robos del comandante sahuayense fueron la gota que derramó el vaso.<sup>15</sup>

#### EL LEVANTAMIENTO

El padre Federico elige el camino de la violencia. A pesar de ser un hombre de decisiones rápidas, en el caso presente vacila. Indaga antes la opinión de los obispos. Algunos son favorables al movimiento armado. Lee a los tratadistas sobre el asunto de la guerra justa. Se convence de que la guerra en esta ocasión es justa y necesaria. Se relaciona con dirigentes de la Unión Católica Mexicana. Se rodea de “un pequeño grupo de hombres en quienes confía plenamente”. Va en persona a hablar con los párrocos y presidentes de los pueblos circunvecinos. Consigue atraer a sus propósitos a los pueblos de Cojumatlán, Valle de Juárez, Cotija y otros puntos. Dondequiera la mayoría de las voluntades se inclinan por el movimiento armado. Las demás poblaciones no han sido tan castigadas como San José, pero también están en actitud levantisca. De común acuerdo se fija el 11 de julio de 1927 para iniciar la insurrección en San José. Allí se juntarían los grupos de media docena de pueblos que el padre Federico había alistado para tomar las armas. Para entonces numerosas partidas de cristeros ya peleaban en distintos y distantes rumbos del país.<sup>16</sup>

Luis Navarro Origel entra a Pénjamo el 29 de octubre de 1926. Fracasado, se retira a Michoacán.<sup>17</sup> Otro brote se produce en Chalchihuites,

<sup>15</sup> Datos comunicados por Honorato González Buenrostro.

<sup>16</sup> Datos comunicados por el P. Federico González Cárdenas.

<sup>17</sup> Bravo Ugarte, *op. cit.*, vol. III, p. 24.

Zacatecas, el 15 de agosto. Para el 22, la rebelión ha cundido, encabezada por Pedro Quintanar y Aurelio Acevedo.<sup>18</sup> La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa decide estimular y coordinar el movimiento armado. El 2 de enero de 1927 Miguel Hernández se levanta en Los Altos de Jalisco y tras él, El Catorce, Valadez, Rocha y los curas Vega y Pedroza.<sup>19</sup> Por las mismas fechas se alzan varios pueblos de la región del Bajío de Guanajuato.<sup>20</sup> En la zona de Colima no cesan de crecer los grupos insurrectos de Coquimatlán, Villa de Álvarez, Pihuamo y Zapotitlán.<sup>21</sup> Se prenden otras chispas en varios puntos de Michoacán, en las sierras del sureste, en Taji-maroa, Zamora y Yurécuaro, ya muy cerca de San José. También arden el sur de Coahuila, el norte de Zacatecas, San Luis Potosí, Tamaulipas y algunos pueblos cercanos a la capital.<sup>22</sup> Se rumora que el número de levantados pasa de los 20 000; que ya se combate en muchos sitios; que a los combatientes se les llama libertadores; que el gobierno está asustado. Se recibe también la noticia que decidirá a varios de los de San José. El admirado líder Anacleto González Flores cae preso, es torturado y muerto en abril de 1927. Poco antes, el 3 de marzo, don Prudencio Mendoza da el grito de rebelión a pocas leguas de San José, en El Calabozo y Cotija. “La casi totalidad de los habitantes de la sierra lo secundan”.<sup>23</sup>

En San José había medio millar de hombres en edad de tomar las armas e irse a la guerra, pero no todos se sintieron con ánimos de hacerlo, y no hubo fusiles ni siquiera para los bien dispuestos. Los que se alistaron fueron alrededor de 40 y sólo la mitad con armas largas: carabinas 30-30, rifles 44 y pocos máuseres. El nombramiento de general se le dio a León Sánchez, el de coronel a su hermano David, el de mayor a Anatolio Partida. A Rafael Pulido, jefe de la tenencia, se le otorgó el grado de capitán. Los 12 componentes de la defensa social se adhirieron al movimiento. Otros ha-

<sup>18</sup> Jesús Degollado Guízar, *Memorias de... último general en jefe del ejército cristero*, México, Editorial Jus, 1957, p. 26.

<sup>19</sup> Alicia Olivera, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1966, pp. 157-158.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 160-162.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 162-165.

<sup>22</sup> Cf. Olivera, *op. cit.*; Antonio Rius Facius, *México cristero. Historia de la ACJM*, México, Editorial Patria, 1950; Aquiles P. Moctezuma, *El conflicto religioso de 1926*, México, Editorial Jus, 1960.

<sup>23</sup> Esteban Chávez, *Quitupan, ensayo histórico y estadístico*, Morelia, Fímax, 1954, p. 56.

bían salido del Seminario de Zamora un año antes. Unos eran pequeños propietarios, otros hijos de pequeños propietarios y ganaderos y los demás parceleros o simples peones. Una tercera parte estaban casados y tenían hijos. Los más eran jóvenes en el verdor de la edad, de 16 a 30 años, con alguna destreza en el manejo de armas y caballos y sin disciplina militar.

No todos los integrantes del grupo de San José eran idealistas puros. Además del sentimiento religioso, movía a muchos el deseo de vengar las ofensas que por líos de tierras les inferían los politicastros de la región. Hubo también ambiciosos de fama, dinero y poder, gente deseosa de aventuras y hasta algún criminal del orden común. Los resortes básicos fueron la religiosidad herida, el sentimiento de humillación, el deseo de reparar las injusticias perpetradas en personas indefensas por los funcionarios del callismo, la protección de la pequeña propiedad amenazada y, en suma, el odio al gobierno, un antiguo odio recrudecido, una sensación de hostilidad que venía desde épocas inmemoriales. Desde muy atrás creían los de San José, y antes los del Llano de la Cruz, como los del pueblo de Luvina en la historia de Juan Rulfo, que el gobierno “sólo se acordaba de ellos cuando alguno de sus muchachos había hecho alguna fechoría” y a la hora de cobrar las “contribuciones”. Los pacifistas y sobre todo los ancianos lo veían como un mal imposible de vencer; pero el ejército cristero se levantó íntimamente convencido de que ese señor, el gobierno, era fácilmente derrotable.

Hay denuncias contra los conjurados. La rebelión se adelanta. Los grupos de otros pueblos se echan para atrás. El 8 de julio de 1927 se sabe en San José que Cojumatlán ya está en pie de lucha y que los rebeldes de aquel pueblo vienen hacia éste. El 9, los 40 de San José salen al encuentro de sus hermanos. Juntos hacen un ejército de 100 hombres a caballo. En columna de dos en fondo entran a San José a la caída del sol. En la plaza dan el grito de ¡Viva Cristo Rey!, hacen los primeros disparos y reciben las primeras ovaciones. Ya oscuro, a las ocho de la noche, los de Cojumatlán comandados por el teniente coronel Enrique Rodríguez, parten a Mazamitla. Los de San José, súbditos del general León Sánchez, toman el callejón de Auchen.<sup>24</sup> Durante 10 días andan de un lado para otro, siempre cerca del terruño. A veces se remontan a la sierra del Tigre. Le esconden la cara a los del gobierno; juntan provisiones, atraen a otros a “la causa”; consiguen más rifles; se entrevistan con los generales Jesús Degollado y Prudencio Mendoza en El Faisán,

<sup>24</sup> Bernardo González Cárdenas, “Diario manuscrito, 1927-1929”.

en plena sierra del municipio de Quitupan. De allá salen dispuestos al ataque, muchos todavía sin miedo, con el valor de la inexperiencia militar.<sup>25</sup>

El 30 de julio acometen la primera empresa. Caen a Cojumatlán en la madrugada. Durante cuatro horas se intercambian balazos 95 callistas y 30 cristeros. No logran quedarse en la plaza pero se van de ella con la satisfacción de haber abatido a 28 federales. Toman el camino del poniente. Cruzan cautelosamente, zigzagueando, las lomas y las barranquillas de su meseta. Al amanecer del 9 de agosto descienden al pueblo grande de Teocuitatlán. Vencen a la guarnición; repican las campanas; sacan del cuartel algunas cosas útiles para la guerra, y se ven obligados a salir antes del mediodía. Bernardo González Cárdenas, autor del “diario” de donde se han distribuido estas noticias, dice que vuelven a San José haciendo escalas en Pueblo Nuevo que es simpatizante, y en Toluquilla. De hecho en toda la meseta son bien recibidos, pero en ninguna parte con tantas muestras de entusiasmo como en San José.<sup>26</sup>

Han vuelto al terruño con la convicción de que las comunidades agraristas de Jalisco han tomado el partido del gobierno. El resto de la población es simpatizadora. Más o menos confiados salen de San José el 15 de agosto. Dan con cuatro agraristas en el camino a La Manzanilla y los cuelgan. Se enteran de que una partida de soldados los persigue. Toman la dirección de la sierra,<sup>27</sup> la vasta zona donde imperaba la ley de don Prudencio Mendoza, el hombre enjuto, trigueño, justo y ladino, en cuclillas, fumando. El reino del viejo Mendoza abarca lugares de cinco municipios (Quitupan, Santa María del Oro, Cotija, Tamazula y Jilotlán); es generalmente montañoso; tiene eminencias de respetable altura (Palo Verde, Cerro Blanco, La Cruz, El Cuascomate, El Faisán, El Montoso, Chinito) y barrancas profundas (Agua Fría, Agujas, Burra, Soledad). Hay ríos caudalosos (de las Huertas, Calóndrigo, Algodón, Santa María del Oro y el grande de Tepalcatepec). El feudo de Prudencio Mendoza tenía tierras frías y calientes, poco pobladas de hombres y muy abastecidas de plantas y animales comestibles; era un paraíso difícil donde los cristeros se reunirían con frecuencia.<sup>28</sup>

<sup>25</sup> Datos comunicados por Honorato González Buenrostro y Salvador Villanueva González.

<sup>26</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> Chávez, *op. cit.*, pp. 56-69, 187-193.

El 9 de septiembre se juntan varias partidas y atacan Tecalitlán por tres direcciones. El tiroteo no para durante siete horas. Los sitiados se dan por vencidos. Los sitiadores entran en tropel y con gran estruendo; se tropiezan con 74 federales difuntos. A ellos les matan seis. Poco después de la victoria huyen. Siempre les faltaba parque. Nunca podían sostenerse más de unas horas en una población tomada. En esa ocasión volvieron a las tierras seguras de Mendoza; cruzaron crecido el río de Santa María del Oro y fueron a celebrar el 16 de septiembre entre montañas. Hubo discursos del médico, de los coroneles Alberto Gutiérrez y David Sánchez y del general sahuayense don Ignacio Sánchez Ramírez. Un poco antes había sido la decisión de Anatolio Partida de apartarse con su gente; un poco después tuvo lugar la visita de Luis Navarro Origel, alias Fermín Gutiérrez, que pretendía ser comandante de la cristera michoacana, igual que Jesús Degollado Guízar.<sup>29</sup> Ambos traían nombramiento de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. La principal función de la Liga era fabricar y repartir grados. Los de general se los entregó a los acejotaemeros más piadosos, valientes, picos de oro e inexpertos. Señoritos de ciudad fueron al campo con la pretensión de que los rancheros los obedecieran. Algunos jefes locales se supeditaron; los demás no les hicieron el menor caso, y en primer lugar don Prudencio Mendoza. Antes de Gorostieta no hubo dirección militar entre los rebeldes. La dirección nacional de la Liga era invisible, impalpable y no acatada; los jefes locales nombrados por la Liga resultaron señores de vastas comarcas hasta fechas recientes, cuando escribieron sus memorias y cuando los publicistas de Acción Católica y la buena sociedad les confeccionaron biografías *ad hoc* para hacerlos hombres, santos y mártires. Así, Luis Navarro Origel que anduvo haciéndoles la rueda de pavo real a los cristeros reunidos con sus jefes auténticos, en la madriguera de Mendoza.

El 6 de octubre los insurgentes de San José de Gracia salieron de la sierra con el propósito de volver a su terruño. En la madrugada del 7 llegaron a él y recibieron la peor impresión de su vida “al verlo quemado, destruido y sin gente”. Como a Martín Fierro, a más de uno “dos lagrimones les rodaron por la cara”. El espectáculo de un pueblo sin ninguna voz, con paredones sin techo, escombros, cenizas, carbón, hierbajos, zacate verde en las calles y en las bardas, tizne en todas partes y aullidos de gatos hambrientos, los conmovió hasta la rabia.

<sup>29</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*

El responsable de la despoblación y la incineración de San José había sido el general Juan B. Izaguirre. El gobierno de la República lo había despachado al frente de 1 000 hombres con buenas armas, equipo y organización, a que venciera a los rebeldes. Entró al occidente de Michoacán con lentitud y con el azoro de quien no conoce la tierra que pisa. Al parecer no aniquiló a ningún grupo insurgente. Se ensañó con la población pacífica. A los 1 000 habitantes de San José, más de la mitad mujeres y niños, les ordenó que abandonaran su pueblo en un lapso de 27 horas. Tenían que irse a poblaciones de cierta importancia.

Se subió para la sierra  
a acabar con los cristeros;  
se bajó que peloteaba  
porque vio muy feos los cerros.

Nuestro plazo era muy corto  
para nuestra retirada.  
Todos decían ¿para dónde?,  
si está la lluvia cerrada.<sup>30</sup>

Quince familias más o menos pudientes fueron a refugiarse a Guadalajara y allá a fuerza de préstamos que sus propiedades avalaban pudieron sostenerse con privaciones y zozobras, pero sin los gruñidos del hambre. Alrededor de 25 familias, las más pobres, se fueron a Mazamitla en donde se encontraron con un letrero que decía: “Aquí no se admite gente de San José”. Con todo, don Refugio Reyes mandó borrar la frase y dio alojamiento a un centenar de desamparados.<sup>31</sup> Otras familias buscaron acogida en Jiquilpan, La Manzanilla, Sahuayo y Tizapán. Dondequiera los veían como apestados, y aun los que se compadecían de ellos estaban temerosos de proporcionarles trabajo; temían la represalia del gobierno.

Izaguirre dio la orden  
de que quemaran el templo,

<sup>30</sup> Este y los demás trozos de corridos compuestos entonces son según la versión de quienes me los comunicaron: Agustina y José González Martínez.

<sup>31</sup> Datos comunicados por Margarita Orozco.

y en el infierno arderá  
con todo su regimiento.

Año de mil novecientos  
el veintisiete al contar  
fue quemado San José  
por gobierno federal.

El general condujo combustible suficiente para achicharrar el pueblo. Quemó casas al por mayor. Amontonaba muebles; los bañaba de petróleo y les prendía fuego; las llamaradas subían hasta los techos. También practicó el deporte de colgar cristeros en los árboles. Los soldados y la gente paupérrima de los lugares próximos se dieron gusto saqueando los escombros del pueblo. Como final de fiesta, Izaguirre sembró sal sobre las ruinas y arreó miles de reses a no se sabe dónde. La gente maltratada se creció al castigo. Los que no se habían atrevido a levantarse antes lo hicieron ahora. El número de levantados subió a 300 en la tenencia de Ornelas o San José.

La chamusca se generalizó al grito de

¡Muera el Supremo Gobierno  
y viva el coronel Partida  
y viva siempre Cristo Rey!

#### DE TIZAPÁN EN ADELANTE

El 8 de octubre, las partidas de San José y Cojumatlán, más numerosas que al principio, asaltan Tizapán. A fuerza de balazos derriban de las torres del templo a muchos guaches. Pelean rudamente todo el día 8 y amanecen peleando el día 9. Los sitiados están a punto de rendirse cuando llega en su auxilio un refuerzo respetable. Los de la cristera salen precipitadamente, dejando 63 enemigos difuntos. Los cristeros pierden solamente a seis.<sup>32</sup>

En la batalla de Tizapán tomó parte el general de división y jefe de operaciones Luis Navarro Origel, alias Fermín Gutiérrez. En nombre de la Liga trató de imponerse a los insurrectos de San José y Cojumatlán, pero

<sup>32</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*

no fue obedecido. El 11 de octubre partió rumbo a Tierra Caliente. Era un hombre de palabra y pluma fáciles. Se atribuyó, en cartas emotivas, numerosos triunfos. Las derrotas las cargó a la cuenta de los campesinos (El Guarachudo, El Perro y otro) y a la falta de ayuda de los promotores catrínes de la cristera.<sup>33</sup>

Todavía menos ayuda que el flamante general Navarro recibían los jefes auténticos de los campesinos, tan despreciados por los cultos acejotaemeros de la capital. Comoquiera, contaban con el apoyo de sus coterreños que les servían de escuchas y les daban de comer. Los pertrechos de guerra se los arrebataban al enemigo. Después de Tizapán, se atrevieron con Jiquilpan.

El ataque a Jiquilpan se hizo en la noche del 23 al 24 de octubre. Los cristeros tomaron la plaza, pero antes de que comenzara a clarear se vieron comprometidos en otro combate. Los tiroteaban de todas partes; estaban sitiados; salieron corriendo a eso de las 9 de la mañana. Allí murieron 11 de la cristera. Gaudencio González, el hermano del padre Federico, cae prisionero. Los verdugos le tumban los dientes a culatazos; le pinchan el cuerpo con un verduguillo; lo cuelgan de un árbol y lo rematan con una puñalada en el pecho. Sus compañeros han salido a toda carrera en absoluto desorden, cada uno por su lado. No se vuelven a juntar hasta el 6 de noviembre al ir en auxilio del general Prudencio Mendoza que anda en apuros.<sup>34</sup> En Jiquilpan los cristeros quemaron los archivos.<sup>35</sup>

Los días 9 y 10 de noviembre se traba la pelea desde el Fresnal hasta la Cruz. Se combate día y medio sin parar. Si hubiera habido parque quizá no hubiesen tenido que huir, unos hasta Santa María del Oro y los demás a quién sabe dónde. En grupitos fueron llegando al montón de ruinas que era San José. Ganaron una escaramuza en Mazamitla. El padre Leopoldo Gálvez, el “Padre Chiquito”, quebró las ollas de las tamaleras y atoleras que no le quisieron dar de comer y beber. También quiso quemar el templo. La cercanía del general Domínguez cambió el rumbo de las cosas. La columna del general Juan Domínguez se componía de 1 200 hombres. Se internó en la sierra acaparada por Mendoza. Le hicieron el vacío; dejaron las rancherías abandonadas. Con dificultad dio con un hombre dispuesto

<sup>33</sup> Véase Martín Chowell (seudónimo de Alfonso Trueba), *Luis Navarro Origel, el primer cristero*, México, Editorial Jus, 1959.

<sup>34</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*

<sup>35</sup> Datos comunicados por don Jesús Mújica, de Jiquilpan.

a propalar proposiciones de amnistía. Varios cristeros se indultaron en esa ocasión, en particular los del Montoso, súbditos de don Prudencio Mendoza. También por los indultos del general y el coronel del grupo josefino, Anatolio Partida asumió la jefatura.<sup>36</sup>

En aquella ocasión el general Domínguez despachó a doña Amalia Díaz, mujer muy conocida en vasta zona bajo el apelativo de “La Generala”, a negociar el indulto de los cristeros de San José y su demarcación. La generala era de Concepción de Buenos Aires, lo que se dice Pueblo Nuevo; estaba emparentada con los Sánchez, y logró la rendición de sus parientes, pero de ninguno más.<sup>37</sup>

La Generala decía,  
para evitar más contiendas,  
que a todo el que se indultara  
una hija le daría.

“Ni que fuera gata inglesa”,  
le contesta el vale Othón.  
“¿De dónde agarra tanta hija  
para todo un batallón?”

Honorato le contesta  
“pa qué quiero zancarrones,  
si hay flores en mi tierra  
para cortar a montones”.

Otro incidente vino a cambiar la situación. El general Domínguez al pasar por el despoblado pueblo de San José encontró como único poblador a la anciana madre de don Federico. Decidió aprehenderla. Domínguez sabía del liderazgo que ejercía el hijo de la viejecita presa en los grupos cristeros del occidente de Michoacán, y supuso que su decisión acarrearía la rendición del padre Federico. Aunque no pasaron las cosas tal como las esperaba el general, de todos modos el sacerdote se separó de la gente de San José y con un hermano, un primo y un par de asistentes se fue en seguimien-

<sup>36</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*

<sup>37</sup> Datos comunicados por Honorato González Buenrostro.

to de su madre. La columna de Juan Domínguez abandonó la sierra el 31 de diciembre y luego se metió, por Santa María del Oro, a la Tierra Caliente, ya casi toda dominada por los cristeros. Hubo agarres en los que ninguno de los contendientes ganó. El ejército perdía hombres; los levantados, terreno. A la larga Domínguez, cansado, salió de la zona con una columna mermada y triste, y soltó a doña Herminia a los tres meses de haberla aprehendido.

En la primera mitad de 1928 los cristeros de San José, Sahuayo, Cotija, Tizapán, Pueblo Nuevo, Teocuitatlán y otros pueblos y rancherías andaban entremezclados y divididos en numerosos grupos de 10, 20 y hasta 30 hombres sin dirección militar unificada, sin plan ninguno, mal comidos y peor armados, escondiéndose en barrancas y breñas, ora movidos por el miedo, ora por el valor, haciéndole frente en breves escaramuzas ya a la tropa federal, ya a los agraristas y a las defensas sociales de los pueblos. Había días buenos y malos, ratos de diversión y momentos de angustia y rara vez una batalla en grande. Unos grupos tuvieron como teatro de operaciones la serranía de don Prudencio Mendoza, otros la meseta y otros el volcán y el estado de Colima.

Según el “diario” de Bernardo González Cárdenas, acompañante del padre Federico, lo mismo que Porfirio González Buenrostro y otros, hubo pocas novedades en la “Sierra” y en la Tierra Caliente. Los 10 primeros días del año de 1928 se los pasaron en Coalcomán en banquetes y serenatas, y el resto del primer mes caminando por el rumbo de Jilotlán y Chinicuila. Mientras el padre Federico recorría el distrito de Coalcomán para animar a los defensores, sus acompañantes fueron frecuentemente a cazar venados, y llegaron, después de largos recorridos, a las playas del mar. Casi no hubo incidentes militares, sólo las molestias propias de los trópicos (el pinolillo, las alimañas, las fiebres palúdicas, el sopor), y las sierras boscosas y laberínticas.<sup>38</sup>

Mientras tanto Honorato González Buenrostro, investido con el grado de mayor y con un grupo de ocho hombres, se desprendió de Santa María del Oro con el cometido de dirigir las operaciones en la meseta, donde andaban muchos cristeros de San José en desorden. El tránsito fue difícil. Entre mil peripecias, se cuenta la emboscada tendida por los indultados del Montoso que tomaron el partido anticristero. Comoquiera, las más fueron sorpresas gratas. Las insurrecciones de las rancherías estaban en pleno auge. Rafael Madrigal, de Ménguar, encabezaba a 80 hombres

<sup>38</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*

de la región de la sierra; Agustín Aguilar, de San Miguel, no traía menos de 30 seguidores. Los levantados de Cojumatlán eran ya 400. “El Chaparrero” comandaba a un buen número de sahuayenses. Los rebeldes que recorrían la meseta sumaban cerca de 1 000 y peleaban día a día con los “guaches” y las “defensas” adictas al bando gubernamental.

Por febrero de 1928 el mayor González Buenrostro convocó a una reunión de jefes. La junta se hizo en Cojumatlán. Mientras discutían planes de defensa y ataque, los atacaron tres columnas de tropa disciplinada y el aguerrido grupo de “La Chiscuaza” que era la pluma de vomitar de los de San José. Hubo combates cuerpo a cuerpo, de persona a persona. En uno de ellos cayó “La Chiscuaza”. Ésa fue la señal de la victoria. El ejército recogió a su difunto ilustre y tomó las de Villadiego.

“Ufemio”, por ti lo digo,  
 el gato se te durmió,  
 en ese Cojumatlán  
 un valiente te mató.

Toda la primera mitad de 1928 fue de continuas hazañas y percances para los cristeros de la meseta. En grupos de ocho a 30 individuos, todos diestros jinetes, se enfrentaban o le sacaban el bulto, según convenía, a las tropas montadas de los generales Anacleto Guerrero y Anselmo Macías Valenzuela. Había en promedio cuatro escaramuzas y combates minúsculos por semana. Dos o tres veces presentaron batalla formal que siempre quedaba indecisa y con más muertos en el bando antirrebelde, aunque los descalabros sufridos por la cristera eran también cuantiosos. En el combate que hubo el Viernes Santo en las cercanías de Cojumatlán quedaron tendidos más de 40 cristeros. Tampoco la batalla de La Sabinilla fue incruenta. Pero como aquello no era una guerra en toda forma, era una lucha de guerrillas, lo común era la escaramuza, el encuentro fugaz, la refriega poco lucidora que no se presta al lucimiento de los generales, pero sí al de los pequeños caudillos y soldados. Se podrían referir aquí las hazañosas proezas de los Pulido (Ramiro, José e Isidro), de los Ávila (Adolfo y Antonio), de los Villanueva (Faustino y Salvador), de los González (Luis Manuel, Honorato, etc.) y de Agustín Aguilar.<sup>39</sup>

<sup>39</sup> Datos comunicados por Salvador Villanueva González.

Otro grupo en plena lucha era el de Anatolio Partida. Traía unos 250 soldados. Muchos eran de San José y las rancherías cercanas; otros provenían de La Manzanilla, Pueblo Nuevo y sus jurisdicciones. En fin, traía rancheros de muchas partes con los que emprendió la hazaña mayor de tomar Manzanillo. La toma del puerto fue proyectada minuciosamente por el general Degollado Guízar. Se reunieron para ejecutarla ocho jefes cristeros y cerca de 1 000 hombres. El 22 de mayo se juntaron en Pueblo Nuevo; el 23 emprendieron la marcha repartidos en tres columnas (la del flanco izquierdo mandada por Anatolio Partida). El 24 entraron en Manzanillo y se echaron sobre la aduana. Momentos después un tren repleto de federales se introdujo hasta el puerto y los cristeros huyeron precipitadamente. Fue una acción de armas importante y sangrienta en la que murieron centenares de levantados.<sup>40</sup> El general afirma en sus *Memorias* recientemente publicadas, que en los combates de Manzanillo “se destacaron en forma extraordinaria los mayores don Anatolio Partida y don Rafael Covarrubias”.<sup>41</sup> Muchos viejos del sur de Jalisco y Colima también recuerdan a los cristeros, al conjunto y no únicamente a los de San José y zonas aledañas, por los empréstitos forzosos exigidos a terratenientes y comerciantes, y por la forma como se hacían de caballos, armamentos, municiones y muchachas. No se puede decir que sus fechorías les atrajeron la enemiga de los ricos porque nunca contaron con el favor de ellos, pero sí la de algunos sectores mayoritarios de la población.

Al comenzar el temporal de lluvias de 1928 la guerra se estancó. Hubo menos entradas de los federales a las zonas cristeras. Tampoco a los grupos de levantados, aunque más numerosos más pequeños y menos abastecidos, se les ocurrió salir de sus “bebederos”. En la zona de don Prudencio Mendoza, desde donde el padre Federico trataba de coordinar las operaciones de los cristeros del noroeste de Michoacán y porciones limítrofes de Jalisco, después del aguacero del 22 de mayo, se registran media docena de escaramuzas: subida de los callistas a la sierra e incendio de rancherías; ataque cristero, dos días después, el 15 de julio, al tren de Los Reyes; acciones de Gallineros, el día 18, y Lagunillas, el 12 de agosto, más combate de San Cristóbal, el día 15. La poca actividad bélica permitió a muchos serranos cultivar milpas y ordeñar vacas. Los que andaban, como muchos de

<sup>40</sup> Datos comunicados por Anatolio Partida Pulido.

<sup>41</sup> Degollado Guízar, *op. cit.*, pp. 138-149.

San José, alejados de su terruño, agotaron los días y las noches de aquel temporal de aguas resistiendo tormentas sobre el lomo de sus cabalgaduras, recibiendo noticias alentadoras como la de la muerte de Obregón, tomando parte en ejercicios religiosos presididos por el padre Federico o algún otro capellán de la cristera, escribiendo cartas a familiares y novias, y celebrando, un día aquí y otro allá, este o aquel acontecimiento, especialmente el de la repoblación de San José.<sup>42</sup>

Al comenzar el temporal de lluvias de 1928 San José era todavía una lástima: casas solas, chamuscadas y con techos desfundados, zacatonales, capitanejas, yerbamoras y tornalocos en las calles y entre los escombros, y algarabía de coyotes y gatos. Pero apenas habían entrado las aguas, quizá a la vista de lo contraproducente de la “concentración”, quizá conmovidos por la miseria que padecían los evacuados, las autoridades civiles y militares permitieron la repoblación de San José y las rancherías circunvecinas. Casi toda la gente, flaca y harapienta, volvió a juntarse en el pueblo y los ranchos. Las mujeres y los niños se dieron a la tarea de reacondicionar las casas para vivir, mientras los ancianos iban a rehacer milpas, buscar las vacas sobrantes y ordeñarlas. También volvieron a servirles de espías y de proveedores a los levantados en armas. Se intentó desterrarlos de nuevo pero ya no fue posible; ya sabían cómo defenderse del gobierno; cómo usar la política contra los políticos; cómo esgrimir las artes del disimulo. Entre junio y julio volvió más de la mitad de la gente.<sup>43</sup>

Otra buena noticia para las personas empeñadas en la revolución contra Calles fue el nombramiento, el 28 de octubre de 1928, del general Enrique Gorostieta como supremo jefe del movimiento libertador. Se rumora desde antes que era un militar con todas las de la ley y se supo poco después el contenido de su manifiesto donde dio a conocer en 15 puntos y 14 incisos el plan peleado por la cristeriada: todas las libertades de la Constitución de 1857 “sin las leyes de Reforma”; desconocimiento de los poderes; leyes nacidas de los anhelos y tradiciones populares; participación de la mujer en los plebiscitos; sindicalismo; convenios entre ejidatarios y propietarios para el pago de indemnizaciones; distribución “de propiedades rurales en forma justa y equitativa y previa indemnización”; propiedad

<sup>42</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*, y Federico González Cárdenas, “Diario, 1928-1929”.

<sup>43</sup> Noticias obtenidas de diversas personas que fueron testigos presenciales, ya como actores, ya como víctimas.

asequible al mayor número; bautizo de la lucha con el nombre de Guardia Nacional, y uso del lema “Dios, Patria y Libertad”. Conforme a esos principios el general Gorostieta reorganizaría la rebelión cristera contra el gobierno; daría unidad a la “acción libertadora” sin “retroceder ante la orden que le imponía la representación nacional”.<sup>44</sup> Mientras tanto se aplaudía la campaña de Vasconcelos para llegar a la Presidencia de la República y se lamentaba entre los directores intelectuales del movimiento cristero la penuria, el desorden y las fechorías de las tropas cristeras.

Al finalizar el año de 1928 la gente de San José de Gracia andaba desperdigada. El grupo mayor fue conducido por Anatolio Partida a Los Altos de Jalisco, donde se sintió en corral ajeno. Comoquiera, tomó parte en la batalla habida por el rumbo de Atotonilco y en diversas escaramuzas. Hizo buen papel ante el enemigo y discutible ante la propiedad y las mujeres.<sup>45</sup> Un alto jefe de aquella zona le llamó la atención a Partida por los desmanes amorosos de su tropa. Anatolio repuso: “Yo traigo hombres, no jotos”. Los numerosos grupos que permanecían en la meseta y la sierra agotaban los días de octubre y noviembre en caminatas, breves escaramuzas, cacería de venados, haciendo recuerdos de cuando eran pacíficos, durmiendo en un punto ahora y mañana en otro, afiebrados y tiritantes por el paludismo, casi sin municiones y con la ropa despedazada; con escasas ocasiones para el amor y menos para el trago. A Porfirio González lo iban a fusilar por haber bebido un poco de alcohol destinado a los heridos. Rara vez recibían noticias y siempre contradictorias sobre el curso de la guerra. Muy pocas veces se hicieron de parque y el 12 de noviembre les llegó una muda de ropa a cada uno, lo que les quitó los piojos por algún tiempo.<sup>46</sup>

Los piojos blancos eran los peores; producían una comezón incesante, ronchas y llagas. Anidaban especialmente en la mota del cordón de San Blas, en los escapularios y en las reliquias, en objetos de los que no podían desprenderse los defensores de Cristo Rey porque eran parte de su religiosidad, de tanto valor como las misas que les decía el padre Federico y las frecuentes confesiones y comuniones. La religiosidad de los cristeros de San José se mantenía tan compleja y combativa como al principio. Por otra parte, ya iban perdiendo el miedo. Ya nadie, ni siquiera “La Monedita”, se

<sup>44</sup> Olivera, *op. cit.*, pp. 193-195, 203-205.

<sup>45</sup> Datos comunicados por Anatolio Partida Pulido.

<sup>46</sup> B. González Cárdenas, *op. cit.*

ponía a vomitar al empezar los combates. En fin, no se daban indicios de desaliento. Cuando en los últimos días de 1928 y los primeros de 1929 se presentaron nuevas ocasiones de combatir, pelearon valerosamente; así en el Sauz como en la Cuesta de la Guerra.

El 22 de noviembre el padre Federico y el general Sánchez Ramírez acordaron reunir a los cristeros de la meseta, la sierra y los valles circundantes para enfrentarse a las tropas del gobierno que se acercaban por todos lados. Desde octubre corrían los rumores, los decires, los díceres de que eran muchos, muchísimos, muchisísimos. Venían de abajo, trepaban, reptaban, cascabeleaban y hacían sonar sus cornetas y clarines. La fiesta de la Virgen de Guadalupe, con velación del Santísimo, misas, confesiones, sermón y comuniones, se hizo a sabiendas de la cercanía del enemigo que la noche del 15 llegó al Sauz, “donde se encontraba reunida la gente”, y donde chamuscó casas al por mayor. Al romper el alba empezó el combate. Hubo una pausa de silencio a eso del mediodía, a la hora del rancho. A las tres de la tarde se reanudó la pelea, y así hasta el pardear, cuando el atacante, sintiéndose tiroteado por la retaguardia, se retiró a su cuartel donde disparó toda la noche para amedrentar a los defensores. Al otro día ahí estuvo de vuelta, pero sin provecho. Unos soldados atacaban por el lado de Aguacaliente, otros por el Agostadero. Y los defensores no se iban. Éstos, por lo ruin del parque, hacían fuego sólo cuando veían el blanco, o mejor dicho el verde, cerca, muy cerca. Los soldados andaban vestidos de color verde para que se les confundiera con los árboles, color que sirvió para distinguirlos de los compañeros. El mismo día 16 se retiraron furiosos, según lo dejaron ver por la matanza de animales que hicieron y por otros estropicios. No es que se fueran muy lejos; pensaban volver con mejores ánimos y mejores armas.<sup>47</sup>

Hasta entonces el aire de San José y alrededores había estado rigurosamente reservado para los verdaderos pájaros, pero a partir del día en que el general Bouquet (con más de 500 hombres a su mando) se reunió con Honorato González y su gente en la explanada de El Sabino, las cosas cambiaron. En plena madrugada se empezó a oír el runfido de los aviones. Luego se vio cómo las bombas arrojadas por ellos hacían arder el pasto. Los cristeros no esperaron más; huyeron a todo huir hacia el sur. Volvieron a juntarse 20 kilómetros más allá, en El Zapatero, en una cortísima llanura

<sup>47</sup> F. González Cárdenas, *op. cit.*

circundada por altas montañas y pinares. Allí se disponían a comer por primera vez en el día, a eso de las seis de la tarde, cuando advirtieron que estaban cercados por un titipuchal de gente y un círculo de fuego. Detrás del cerco de lumbre estaba el cinturón de los federales. Ambos cercos fueron traspasados, y muchos murieron en el empeño. Por semanas quedó, en lo que desde entonces se llamaría la Cuesta de la Guerra, un penetrante hedor a sangre.<sup>48</sup>

El mes de enero de 1929 es de desasosiego, sobresaltos y peleas. El padre Federico escribe en su diario: “Hace un año íbamos llegando a Coacomán con la esperanza de que en el año de 28 habría terminado todo y ahora creemos que podemos durar otro más”. Las noticias eran desalentadoras: “gobierno” en Los Reyes; ataque y caída de Santa Inés; delegado eclesiástico que trata de convencer al padre Federico de que se retire, pues “los trabajos de los defensores son inútiles y perjudiciales”; federales en Jiquilpan; noticia de que el valeroso jefe cristero Ramón Aguilar había perdido toda la caballada; rumores de arreglos; recibo de un periódico con la noticia de que el arzobispo De la Mora, en una pastoral, pedía la entrega de las armas. “No creímos que pudiera ser así”, escribe el padre Federico. “Nos desayunamos con chocolate y pan... Nos dijeron que de hoy a mañana nos atacaría el gobierno... Compramos un puerquito en diez pesos... Comí chicharrones. Hacía un año y medio que no los comía... Nos pusimos en marcha después del almuerzo... Ya noche supimos vagamente que Gorostieta había llegado... salimos a entrevistarle en medio de fuerte lluvia”.

El jefe supremo ponía en marcha su plan de reorganización. Escoltado por Anatolio Partida y su gente, el general Gorostieta venía en busca de los cristeros michoacanos. El 29 “se empezó el trabajo de organización de las tropas”. El 2 de febrero “se hizo la división del sector San José” y se le puso como general a Anatolio Partida. Algunos hicieron propaganda para que los de San José se supeditaran a los de Sahuayo. Eso trajo dificultades. Los sahuayenses se quedaron con el general Sánchez Ramírez y sus discursos. Gorostieta se hizo respetar y querer, ratificó y rectificó grados, discutió planes de combate, infundió coraje y contagió su esperanza en la proximidad del triunfo. El 5 de febrero empezó una nueva era. Se rompió una taza y cada quien se fue para su casa. Anatolio se fue para San José; el padre

<sup>48</sup> Testimonio de Honorato González.

Federico por el rumbo de don Prudencio. Gorostieta tampoco se retiró mucho. Los del gobierno olfatearon la cercanía del general en jefe. Se pusieron en actividad tropas de línea y defensas rurales. “Antes de amanecer”, mucho antes, a eso de las tres a.m., “nos sentimos rodeados. Procuramos salir...”. No había municiones.

A comienzos de marzo el padre Federico se traslada a su mera tierra. Entrevista a Anatolio Partida, a Rubén Guízár y a los cabecillas cristeros de Cojumatlán; corrige desavenencias. El 7 “después de cenar”, le dio un dolor muy fuerte; pasó toda la noche muriéndose. Todavía el día 9 estaba “imposibilitado para dar un paso”, pero ya el 12 se reanima con la llegada de Honorato González que volvía de Guadalajara con buen cargamento de cartuchos. A deshoras de la noche lo había pasado a través de la laguna de Chapala en una canoa. Corre la noticia. Se junta gente y se prepara una expedición. Anatolio Partida, ya convertido en flamante general de la División de San José, se apodera de Pueblo Nuevo y se hace de más armas. Delgadillo se incorpora a la lucha lo mismo que muchos de Pueblo Nuevo. El mayor Honorato González entra en la hacienda azucarera de Contla. Vuelve Gorostieta. Los de San José se juntan en su pueblo para celebrar la festividad de San José. Aquello fue muy alegre. Hubo música de fonógrafo, licores, comilonas y serenatas. El 21 llega el general Gorostieta. Todo el pueblo se reúne en la plaza. El general, en un discurso muy vitoreado, exhorta a seguir la lucha en defensa de la libertad y de la religión. Es el paréntesis de paz prohijado por la rebelión escobarista.<sup>49</sup>

El general José Gonzalo Escobar, inconforme con las maniobras políticas de Calles había promovido, el 9 de marzo, una serie de levantamientos en las zonas periféricas del país y había pactado con los cristeros. La rebelión escobarista ardió principalmente en el norte. Allí fue el general Calles al frente de las tropas fieles al gobierno y en un santiamén la aplastó.<sup>50</sup> En mayo se acabó el escobarismo, pero tomó fuerza la revolución cristera. Entonces se desbarató también la campaña vasconcelista, pero en el occidente de Michoacán los grupos cristeros participaron en dos encuentros memorables. Varios jefes y grupos reunidos, alrededor de 900 hombres, a fuerza de balacear y horadar muros se metieron a Tepalcatepec

<sup>49</sup> F. González Cárdenas, *op. cit.*

<sup>50</sup> Olivera, *op. cit.*, pp. 224-227.

el 4 de mayo de 1929.<sup>51</sup> No fue una victoria duradera, pero fue seguida de otras batallas importantes, como la del Talayote, a las orillas del lago de Chapala, y de varias escaramuzas que los rebeldes se anotaron a su favor. Con todo, eran los últimos resplandores de la chamusca. Empezaban a soplar vientos raros, a correr noticias de que los obispos se estaban entendiendo con el gobierno, a nacer la alarma y a morir el entusiasmo.

#### SAN JOSÉ DE GRACIA VUELVE A LEVANTAR CABEZA

Los periódicos propalaron la noticia de la muerte del general Gorostieta en una emboscada, el 2 de junio de 1929. Los dirigentes católicos que en aquel momento estaban negociando un *modus vivendi* con el gobierno, la encontraron providencial.<sup>52</sup> El 5 de junio, en el castillo de Chapultepec, don Emilio Portes Gil y los obispos Ruiz, delegado apostólico, y Díaz, arzobispo de México, conversaron largamente. Poco después se acordó la reanudación del culto, la devolución de templos y accesorios a la Iglesia, y la amnistía a los levantados en armas. Lo acordado se firmó el 21 de junio.<sup>53</sup> Las autoridades eclesiásticas urgieron a las partidas de rebeldes que cesaran la lucha; las militares hicieron igual con las tropas anticristeras. “El domingo 30 de junio de 1929 las iglesias de México volvieron a abrirse”. No la de San José ni la de otros varios pueblos porque estaban quemadas. En San José se reanudó el culto en la casa del cristero Juan Gudiño.<sup>54</sup> La gente acudió a los oficios religiosos con más fervor que nunca. Muy pocos celebraron el *modus vivendi*, y muchísimos lo lamentaron. Los cristeros, obedientes, acudieron de mala gana al indulto dictaminado por Pascual Díaz.

Se convino que los cristeros de San José se indultaran en su pueblo. Ya no quedaba más salida que el indulto. La sencilla ceremonia en el destruido portal del norte, frente al árbol churi, fue presidida por el general Félix Ireta. Uno por uno de los sublevados fue deponiendo las armas, cada uno la más vieja y malucona, porque todos se guardaron la mejor. “No crean que nos hacen tarugos” decía Rafael Picazo, representante de la autoridad

<sup>51</sup> Datos comunicados por Salvador Villanueva González.

<sup>52</sup> Olivera, *op cit.*, p. 233.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 235-237.

<sup>54</sup> Datos comunicados por Juan Gudiño.

civil en la ceremonia de indulto, “pero como se quiere la paz, les aceptamos la pedacera de fierros que nos entregan en vez de las armas con que pelearon”. La tropa se fue con aquellas mugres.<sup>55</sup> La gente del pueblo se dolió de los caídos: Agustín Aguilar, Demetrio Bautista, Salvador Buenrostro, Francisco y Román Cárdenas, José Gudiño, Manuel Chávez, Gaudencio y Jesús González, Luis Manjarrez, José Guadalupe Mancilla, Ramiro Pulido, Agustín Sánchez y otros. Casi todos ellos serían elevados a los altares privados, y muchos se dirigían a ellos como si fueran santos del calendario para pedirles favores, milagros y todo lo que se pide a los miembros de la corte celestial. En cambio los que no habían muerto peleando o los que ni siquiera habían peleado cayeron en el purgatorio en que se había convertido su tierra, purgatorio de pobreza, injusticia y malos sentimientos.

El ambiente natural pasó por un mal tiempo. El año de 1929 se abre con fuertes heladas. Las últimas, que perjudican muy seriamente los cultivos invernales y sobre todo la ganadería, caen los días 13 y 15 de marzo. Fríos y secos son los años de 1930 a 1933. Por ejemplo el de 1932 no puede ser peor con temblores y lluvias veraniegas sumamente raquílicas, con escasísimas lluvias seguidas de heladas fuertes y numerosas. Las milpas acaban secas y dobladas por la tierra dura y los ventarrones fríos de octubre. La producción de maíz y frijol no alcanza a cubrir el consumo local. Se tienen que comprar semillas a precios altísimos, a 110 pesos la tonelada de maíz y a 280 pesos la de frijol.<sup>56</sup> Y como si esto fuera poco, las vacas se mueren a montones. A las malas cosechas siguen las heladas y la sequía que se chupa a las reses. De los bovinos, ya menguados por los robos de la tropa federal y el consumo de la tropa cristera, los 3 000 o 4 000 sobrantes quedan reducidos a la mitad en aquella “seca” de 1932. La miseria sube a hogares de la medianía. El usurero de la población, pues en San José nunca ha faltado usurero, hinca el diente. La gente dice que “hay crisis”; come mal, viste peor y se abriga en las casas a medio rehacer, en reconstrucción. Milpas tristes, ordeñas menguadas y escasez de trabajo son los autores de un malestar generalizado.

Tampoco el ambiente político era alentador. El general Calles siguió gobernando a México por medio de presidentes, gobernadores y municipios peleles. El armisticio no fue respetado del todo y por toda la maquina-

<sup>55</sup> Datos comunicados por Salvador Villanueva González.

<sup>56</sup> Josefina González Cárdenas, Cuadernos de cuentas.

ría gubernamental. El presidente exigió la expatriación del arzobispo Orozco y Jiménez; el 27 de julio afirmó algo diferente a lo convenido con los prelados, y por último se negó a devolver muchos templos. Don Pascual Ortiz Rubio, el segundo presidente pelele, volvió a la idea de limitar el número de templos abiertos y a las expresiones anticlericales de la vieja marca callista. Los gobernadores de algunos estados continuaron la persecución religiosa. El general Lázaro Cárdenas, gobernador de Michoacán, toleró las quemas de santos emprendidas por grupos de “desfanatizadores”, aunque las metas de su gobierno se levantaban muy por encima de los desahogos de la “callada”. La tolerancia gubernamental fue tan grande en un principio para San José que el nombramiento de jefe de tenencia se le dio al ex seminarista y declarado procristero Daniel González Cárdenas. Hasta 1930 la autoridad local tuvo todo el mando, pero en adelante se vio obligada a supeditarse a un destacamento militar que venía mandado por el teniente “Ino”. Éste, fuera de declarar pública y solemnemente que la “canción que se llama *ino* no es una canción porque es un *ino*”, y de opinar sobre esto y aquello, no hizo destrozo ni beneficio alguno.<sup>57</sup>

El ambiente social en San José era otra cosa. Al terminar la revolución cristera muchos soldados de Cristo Rey habían dejado de ser amigos de algunos de sus compañeros y varios simpatizantes del movimiento en sus principios se enemistaron con él a los finales. No todas las voluntades de San José concordaban como en 1927. Había desavenencias y algunos políticos interesados en acabar con los ex cristeros las alentaban. Ciertamente los de aquí se dieron cuenta de la trampa, como no sucedió con los de Cojumatlán, pero eso no bastó para rehacer la concordia. Aparte de las desavenencias personales, se padecían las exhibiciones de la barbarie contraída durante la guerra: tiros al aire, fanfarronerías, insultos, riñas, acrobacias y borracheras. Tampoco faltó el grupo de bandoleros que sigue a toda revolución. “Manga Morada” fue el jefe de ese grupo. Uno de sus gustos era el de sentarse en los hombros de los colgados al momento de subirlos. Pero malquerencias personales, malas maneras y bandolerismo eran males menores al lado de ciertos sentimientos relacionados con la miseria y la injusticia.

El odio siguió siendo el sentimiento predominante. En vísperas de la rebelión fue el principal resorte de los futuros rebeldes; a lo largo de la lu-

<sup>57</sup> Datos comunicados por Porfirio González Buenrostro.

cha fue la razón de los módicos triunfos ganados al gobierno. Antes y durante la guerra la ira desempeñó un papel, si se quiere discutible, pero no inútil ni maléfico como el que produjo después. Objetivos de la ira posbélica fueron, además de la maquinaria gubernamental y de los agraristas, la jerarquía eclesiástica mexicana y todos los que no ayudaron al movimiento cristero o lo estorbaron. Entre los ingredientes de ese odio se encuentra la impotencia para ponerlo en marcha, la amargura de no poder agredir al enemigo y menos triturarlo, el deseo impotente de venganza y el furor incesante. La ira condujo a varios a la maldad pura, a convertirse en hombres de “mal corazón” dispuestos a dar palos de ciego. A los otros los arrastró al campo del resentimiento. No a los viejos ni los adultos mayores, pero sí a muchos de todas las demás edades. En ayuda del odio, detrás o adelante del odio, acompañándolo, estimulándolo, alimentándolo, rondaron por el pueblo las malas pasiones.

Otra vez como en los años de la preguerra el sentimiento de odio se basa, además de en la miseria y la injusticia, en el sentimiento de humillación. Los ex cristeros y sus simpatizadores se sienten doblemente humillados. Los han humillado las autoridades eclesiásticas. Tienen la sensación de que unas y otras se han reído de ellos y han despreciado su sacrificio. Quizá más que nada les duele la conducta de los obispos, de ese Pascual Díaz y de ese Ruiz y Flores que los entregaron atados de pies y manos a sus enemigos. El fogoso cristero don Leopoldo Gálvez, el “Padre Chiquito”, escribe su *Grande ofertorio de opiniones y esperanzas para un sacrificio*. Busca inútilmente una asociación católica que costee su publicación. Nadie quiere oír desahogos, escuchar frases como ésta: “el pueblo de México quedó, ahora sí, humillado”. “No sé cómo tuvieron corazón los Ilustrísimos contratantes para entregar así, sin contemplaciones de ningún género, a los hijos en manos de los verdugos”. “¿Por qué se suspendió el culto católico hace tres años... si había de reanudarse bajo las mismas condiciones inaceptables...?”. “¿Qué los esfuerzos heroicos de miles de humildísimos cristianos... con las armas en la mano, no significan nada?”. “¿O es que para el pueblo no se hicieron los higos y las manzanas, apenas las tunas y los magueyes?”. “Como no todos fueron lo suficientemente hombres para tomar las armas en nombre de Dios... Dios nos humilló hasta orillar-nos a aceptar el yugo”.<sup>58</sup> Y como el Padre Chiquito, todos sus coterráneos

<sup>58</sup> Leopoldo Gálvez, *Grande ofertorio de opiniones y esperanzas para un sacrificio*.

y compañeros de armas, “nomás que a escondidas”, manifestaron el sentimiento de humillación.

Miseria, humillación e injusticia producen miedo y desconfianza. Los ex cristeros se sienten acosados. “Muchos han sido muertos misteriosamente después del indulto”. “En Cojumatlán no han dejado vivo a ningún ex cristero”. “Acabarán con todos nosotros”. Cada uno de los sobrevivientes ve en cada esquina de la calle un peligro, un hombre agazapado que lo matará irremisiblemente. Presas del miedo, muchos dan la estampida. Ven como única solución el escapar de sus perseguidores y no encuentran mejor refugio que el de las ciudades. Allá van a México a esconderse entre las multitudes, en 1930, 1931 y 1932. Por supuesto que los peligros provocadores del miedo existen. Dondequiera matan a ex cristeros. Lo malo, lo verdaderamente malo es que los temores, además de producir fugas, hacen del confiado pueblo de San José un nido de desconfianza y telarañas de engaños.

Tanto los que se van como los que se quedan se vuelven desconfiados. Huelga decir que han perdido desde mucho antes la confianza en el gobierno. Pasada la cristera también dejan de confiar en los obispos: “pierden la fe que en ellos pusieron cuando el episcopado salió con una y un pedazo, con arreglos a medias”, al decir del Padre Chiquito.<sup>59</sup> De hecho la desconfianza se extiende a todos los prójimos. Tienen miedo de confiar en los demás. El gran pecado de la desconfianza se mete en el alma de la mayoría de los josefinos, quizá en los sitios ocupados antes por el amor, quizá en los casilleros donde anteriormente se cultivaban verdades. Las personas siguen diciendo que es muy bonito decir siempre la verdad, pero lo dicen para defenderse del engaño de los otros o para engañarlos dándoselas de veraces ante los demás. Se fabrica toda una atmósfera de engaño, una vasta telaraña de mentiras y, en el mejor de los casos, una conjuración de voces bajas. Si les preguntaran por las causas de las ridículas manías de perseguidos que han adoptado, contestarían: “Los hijos de la noche son más sagaces que los hijos de la luz”.

No es de pensar que el obispo Fulcheri y Pietrasanta fuera consciente de la madeja de sentimientos nocivos que estaban a punto de estrangular a los parroquianos de San José de Gracia. Quizá consideraba pecados menudos el dejarse arrastrar por los sentimientos de odio, humillación, miedo y desconfianza. Quizá no catalogara como pecado de orgullo la

<sup>59</sup> *Ibid.*

convicción de los ex luchadores de Cristo de que ellos eran, si no absolutamente justos, sí mejores que los demás. Se consolaban con la idea de que ellos sobresalían de entre una multitud de cobardes que huyeron en vez de tomar las armas contra el enemigo de Dios. Se dieron el lujo de despreciar a los que no habían peleado o a los que solicitaron el indulto antes del término de la guerra. No les cabía la menor duda de que ellos pertenecían a los elegidos y los del bando contrario a los réprobos.

Contra todo eso tuvo que combatir el padre Pablito. El obispo Fulcheri decidió elevar a la categoría de parroquia la vicaría de San José de Gracia y nombró como primer párroco a Pablo González, nativo de Cotija, quien ordenado en vísperas de la cristera, alcanzó a ser profesor del seminario durante algunos meses. Cuando todos los clérigos huyeron de Zamora por la persecución, el joven sacerdote vestido de obrero recorría la pequeña ciudad, “repartiendo la gracia de los sacramentos en casas particulares”.<sup>60</sup> En agosto de 1929 el padre Pablito entró a San José cargando las virtudes que se habían esfumado en el pueblo a donde llegó. El padre era misericordioso, manso, digno, apacible, con altas dosis de serenidad, confianza y celo apostólico. Fue una contrayerba para las pasiones venenosas de San José. No logró exterminarlas en dos años, pero evitó que exterminaran al pueblo.

El padre Pablito promovió la paz cristiana, la piedad, la vida conventual y la cultura. En los sermones predicó el amor, el perdón, la mansedumbre, la virtud y el decoro. Llamó a ejercicios religiosos a señores, señoras y señoritas. Obtuvo que muchos asistentes al acto cuaresmal dirigieran el odio contra sus propias personas. Cientos de ejercitantes en las tandas de 1930 a 1931, en el templo de paredes y piso ahumados, ennegrecidos por las llamas, recién cubierto de tejas y con altares todavía ruinosos, cientos de ejercitantes escucharon en silencio las palabras del señor cura sobre el pecado, la muerte, el juicio, el infierno, el hijo pródigo y la gloria, en la noche y en la oscuridad, por siete días y en dos ocasiones, escucharon, meditaron, se autodisciplinaron, lloraron y cantaron “Perdón ¡oh Dios mío! ¡Perdón e indulgencia!”; prometieron perdonar a los enemigos, ayudarse mutuamente, ser justos y limpios de corazón; lo prometieron con más fuerza que nunca, más convictos, más seguros. Habían hecho ejercicios todos los años, pero ningunos tan bien hechos como los dirigidos por el padre Pablito.

<sup>60</sup> Rodríguez Zetina, *op. cit.*, p. 365.

Fuera de los ejercicios hubo muchas otras ocasiones para encaminarse a la piedad y el ascetismo, aducidas por el confesionario, la misa y el rosario de todos los días y las juntas de las asociaciones religiosas. Aparte de Hijas de María y Vela Perpetua, el padre Pablito constituyó para los jóvenes de sexo masculino la congregación de San Luis Gonzaga que como su advocación lo indica era para contener los erotismos y mantenerse puro, y la congregación de Santa Teresita del Niño Jesús para las señoritas descontentas con la austeridad de las Hijas de María. A los señores casados se les dotó de la UCM (Unión Católica Mexicana) y a las mujeres de aquéllos de la UFCM (Unión Femenina Católica Mexicana). Una vez a la semana los miembros de cada club se reunían; escuchaban las instrucciones sobre ejercicios piadosos dadas por el comité directivo de Zamora, la lectura de obras pías y la explicación del señor cura; rezaban jaculatorias y por lo menos una estación de cinco padrenuestros y cinco avemarías, y meditaban...<sup>61</sup>

Para los párvulos y las niñas pequeñas se tuvo otra vez la escuela de las Hermanas de los Pobres y Siervas del Sagrado Corazón, más conocida como “escuela de las madres”, o “asilo”, que funcionó en una casa particular, pues la suya propia había quedado bien quemada y ruinosa. El gobierno también decidió poner escuela en San José. Nombró para que la atendieran a don Braulio Valdovinos, a don Francisco Melgoza, al alegre ex seminarista José González “El Gordo” y a la eficaz y bondadosa maestra, señorita Josefina Barragán. Por otra parte la autoridad decidió, allá por 1931, que con la escuela oficial, donde se podían atender hasta 150 niños, bastaba en una población que apenas llegaba a los 500 chamacos en edad escolar, y suprimió el plantel de las madres. Lo hizo porque entonces estaba de moda desfanatizar a la gente, y si en San José la desfanatización no surtió efecto, fue por falta de desfanatizadores, pues los tres maestros nombrados para sustituir a las religiosas eran fanáticos, devotos de misa diaria.<sup>62</sup>

Don Pablo siguió adelante. Una de sus actividades fue la de esparcir jóvenes josefinos en diversas órdenes religiosas. Mandó un puñado de señoritas a la orden de las Hermanas de los Pobres, o para abreviar, de las madres de Zamora; otro, de varones, para convertirse en Hermanos de las Escuelas Cristianas, y por último, cuando se fue a la capital con el fin de hacerse jesuita, en febrero de 1932, se llevó consigo a seis adolescentes que

<sup>61</sup> Archivo particular de Josefina González Cárdenas.

<sup>62</sup> Datos comunicados por Josefina Barragán y Daniel González Cárdenas.

depositó en el colegio capitalino de Santa Julia, regentado por los padres de San Juan Bosco. Tampoco se olvidó de su seminario de Zamora, a donde fueron enviados un trío de josefinos. En total, salieron hacia la santificación más de 15 jóvenes y los más remataron en el comercio.<sup>63</sup>

San José de Gracia tenía entonces para dar y prestar; tenía más gente que en ninguna fecha anterior. La destrucción fue una especie de poda. De no haber dejado ni personas ni casas en 1927, del cero se pasó en año y medio a una población de 1 600 personas (o de 1 485 según el censo nacional de 1930) repartidos en 200 escombros en proceso de reconstrucción. Al fin del destierro y de la cristera, los antes rancheros trataron de avecindarse en San José. En las rancherías se quedaron las dos terceras partes de los que había en 1921. La tenencia en su conjunto sufrió una merma considerable de 490 habitantes según los censos, y de poco más según otras estimaciones. Muchos ya no regresaron pasada la rebelión y a los demás faltantes los mató la guerra o la enfermedad. En suma, el pueblo creció 55%; las rancherías bajaron 42% y el conjunto sufrió una merma demográfica de 15% en los nueve años que van de 1921 a 1930. La tenencia volvió a la población de 1890 por lo que toca al número, no a la estructura.<sup>64</sup>

La población de 1930 es 53% femenina en toda la tenencia y casi 60% en el pueblo de San José. La mitad de la gente no llega a los 15 años, y alrededor de 7% pasa los 60. Hay escasez de jóvenes y adultos del sexo masculino; escasez que se refleja poco en las actividades agropecuarias, y nada en las eróticas. La natalidad, siempre al cuidado de doña Trina Lara, sube a un nivel de 44 por millar al año. Las parejas se entregan desenfrenadamente a la recuperación de los años perdidos en la trifulca.<sup>65</sup> Contra la mortalidad, aparte de don Juan Chávez, se dan de alta Anatolio Partida que vuelve de la cristera con el prestigio de cirujano especialista en extracción de balas y compostura de brazos y piernas rotos, y don David Sánchez que regresa de los Estados Unidos con facultades de médico general, que no con estudios de medicina. Ambos acaparan la mayoría de los enfermos; muy pocos pueden darse el lujo de traer al doctor Sahagún de Sahuayo, o al doctor Maciel de Jiquilpan, y muchos se resignan a untarse o beberse las yerbas que la tradición popular prescribe.

<sup>63</sup> Datos comunicados por José Castillo Mendoza.

<sup>64</sup> Dirección General de Estadística, *Quinto censo de población. 15 de mayo de 1930. Estado de Michoacán*, pp. 67-68.

<sup>65</sup> APSJ, Libro de bautismos, v.



## MICHUACÁN EN LA REVOLUCIÓN\*

## EL DOCTOR SILVA

Los michoacanos habían sido de los principales autores de las luchas por la Independencia y la Reforma. Ellos habían contribuido a separar México de España y a conducir al país independiente por la senda liberal. La michoacánía, en cambio, toma una participación de segundo orden en la parte violenta de la Revolución, encabezada por cinco hombres del Norte: Madero, Villa, Carranza, Obregón y Calles. Con todo, Michoacán vuelve a ser protagonista o primera figura en las etapas posteriores de la Revolución mexicana. Su poca ayuda en el movimiento armado compensó la destacada acción del general Cárdenas para hacer un México justo, tan liberal como lo había proclamado Ocampo y tan independiente como lo quiso Morelos, pero además sin injustas desigualdades de poderío y de conocimientos. En la presente revolución, la mayoría michoacana se abstuvo de tomar las armas, pero compareció en la hora en que había que construir un México nuevo.

Como en el resto de la República, en Michoacán, el reconocimiento al presidente Díaz como mantenedor de la paz, artífice de ferrocarriles y consolidador del nacionalismo, se había entibiado en todos los grupos sociales, menos en los que tenían el poder: los señores políticos, los amos de las haciendas y los patronos de fábricas y talleres. Al constituirse los partidos “antirreeleccionista”, “democrático” y “de Reyes” (los tres opuestos a los abusos de la dictadura de Díaz), numerosos michoacanos se inscribieron en alguno de los tres; los más, al principio, en el que quería para vicepresidente al ministro de la Guerra, general Bernardo Reyes, oriundo del estado de Nuevo León. Mas, al retirarse de la lucha, la mayoría michoacana se

\* Fragmento de *Michoacán, lagos azules y fuertes montañas*, México, Secretaría de Educación Pública (Monografías Estatales), 1981, pp. 172-191.

manifestó partidaria del coahuilense Francisco I. Madero que logró derrocar al dictador Díaz. Los michoacanos poco intervinieron en esta época, ya que sólo estallaron pequeños movimientos maderistas en el estado.

En mayo de 1911, en Santa Clara, Salvador Escalante, en compañía de algunos vecinos, se levantó en armas, sin que nadie se lo impidiera, se paseó triunfalmente por la ladera sur del Eje Volcánico, por la Meseta Tarasca y por los valles de Morelia. A la capital entró el 30 de mayo en medio de vallas populares.

También en el occidente del estado la insurrección contra Díaz se emprendió poco antes de la caída del dictador; la puso en obra Ireneo Contreras, quien reunió 4 000 maderistas que recorrieron las calles de Zamora sin que nadie los contradijera, y sin derramamiento de sangre y con satisfacción para (casi) todos, Michoacán quedó enrolado en la Revolución triunfante y dirigido, en lugar del viejo don Aristeo,\* por el doctor Miguel Silva, notable médico cirujano, sumamente popular por su actitud generosa hacia todos.

Bajo la presidencia interina de Francisco León de la Barra y la gubernatura de Primitivo Ortiz se hicieron elecciones en las que resultaron elegidos para presidente Francisco I. Madero y para gobernador Miguel Silva. El presidente Madero, poco tiempo después sucumbió ante la embestida de un general traicionero, Victoriano Huerta, que supo distinguirse en la silla presidencial por sus órdenes de fusilamiento, sus arengas populistas y su consumo de alcohol. El gobernador Silva, tan amigo de la paz y la justicia, fue malvisto por el general Huerta y tuvo que dejar la gubernatura. Lo sustituyeron tres generales: Alberto Dorantes, Alberto Yarza y Jesús Garza Galán. Pero ninguno de los tres, como se verá en la lección siguiente, duraron mucho como máxima autoridad del estado. El hombre de Michoacán no fue huertista, aunque tampoco se puso a combatirlo.

#### LOS FRONTERIZOS

El gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, desconoció el gobierno de Huerta mediante el Plan de Guadalupe que se firmó el 26 de marzo de 1913. En apoyo de Carranza vinieron muchos caudillos y tropas

\* Aristeo Mercado, gobernador de Michoacán (N. del antologador).

de los estados de la frontera norte: los sonorenses Obregón, Hill y Calles; el Centauro del Norte, Pancho Villa, y los noresteños Pablo González y Lucio Blanco. Junto a tales jefes de primera línea, el norte aportó otros muchos caudillos revolucionarios que combatieron a Huerta por todos los rumbos del país, con excepción de dos estados sureños que dominaban los zapatistas. Uno de éstos quiso entrar en tierras michoacanas para abolir el huertismo, pero fracasó. El que pelearía contra Huerta sería el general Gertrudis Sánchez y sus hombres, a los que el pueblo dio en llamar “los fronterizos”, por ser gente la mayoría del norte del país.

El general Sánchez era un saltillense de 30 años de edad, de origen humilde, con mínimos estudios, con voz oratoria, como si siempre estuviera diciendo discursos, con experiencias de trabajador de campo, amigo de Madero, y como éste, enemigo de Porfirio Díaz. En plan de maderista fue a México y durante el gobierno de su amigo y protector alcanzó el rango de comandante de rurales con destino al sur, donde peleó contra los zapatistas primero y enseguida contra la gente de Huerta. Según refiere don Jesús Romero Flores: “Se invitó a Sánchez a Huetamo con el pretexto de una tapada de gallos... Terminada ésta... debajo de un corpulento trueno... los señores Sánchez y Rentería Luviano [éste, huetameño] acordaron lanzarse o la Revolución” a principios de la primavera de 1913. Desde el cuartel general puesto en Tacámbaro, los fronterizos, en alianza con algunos oficiales de Michoacán, emprendieron la guerra contra el huertismo.

El general Sánchez limpió de huertismo la depresión del Balsas y los valles de la ladera sur. El general Francisco de la Hoya, con 300 hombres, se puso a liberar la región tarasca. Los jefes Rentería, Figueroa, Amaro, Anderson y González que se metieron con cosa de 2 000 combatientes a las regiones de Mil Cumbres y Morelia recibieron derrota tras derrota del general Rodrigo Paliza, quien también puso en fuga al general García Aragón, ex zapatista que había ganado para la causa revolucionaria el Plan de Tierra Caliente. Huetamo, cuna de la Revolución en Michoacán, fue reconquistada por los huertistas en octubre de 1913. Poco después salió Sánchez de tierras michoacanas, a las que quizá no hubiese vuelto si el huertismo no se hubiera debilitado en casi toda la República. De regreso en Michoacán, don Gertrudis vence en Cruz de Caminos y hace entrada triunfal a Morelia, y desde ahí tiene que enfrentarse a la división de los revolucionarios en carrancistas, villistas, zapatistas y convencionistas.

El general Sánchez se puso sucesivamente bajo las varias banderas revolucionarias. Fue carrancista, luego convencionista, después villista y todos los “istas” que hubo por aquellos días, dice el profesor Jesús Romero Flores. Quizá habría practicado más “ismos” de no haber sido muerto por los suyos en abril de 1915. Desde entonces Michoacán quedó a expensas de tropas que simpatizaban con diversos jefes revolucionarios enemigos entre sí. En un ambiente de hambre, proliferó y dejó a muchos tendidos la guerra llamada intestina. De los distintos amos de Michoacán en el bienio 1915-1916 sobresalió el carrancista, encabezado por el general Alfredo Elizondo, quien tomó algunas medidas que no le atrajeron popularidad al carrancismo, como la abolición en el estado de la enseñanza católica y de una manera especial los seminarios. Otras medidas, éstas sí de carácter popular, fueron tomadas por el Congreso Constituyente reunido en Querétaro desde finales de 1916, autor de la Constitución promulgada el 5 de febrero de 1917. La nueva Carta Magna de la República contenía algunos artículos francamente revolucionarios como el 3º, relativo a la educación, el 27 sobre la redistribución de las tierras y el 123 sobre relaciones obrero-patronales.

#### EL INGENIERO ORTIZ RUBIO

Al promulgarse la Constitución de 1917 Michoacán aún no podía salir del marasmo en el que lo sumieron el hambre generalizada de 1915-1916, la revolución y mil circunstancias más. Comoquiera, se pudo establecer sin mayores contratiempos el orden constitucional. En las elecciones para presidente de la República resultó elegido don Venustiano Carranza. Hubo elecciones para gobernador del estado donde contendieron el general Francisco J. Múgica por el Partido Socialista, el coronel Antonio Márquez de la Mora por grupos desprendidos del Partido Católico Nacional y el ingeniero Pascual Ortiz Rubio por el Partido Liberal. De una contienda electoral reñida salió triunfante el ingeniero, lo cual no dejaba de ser riesgoso en una época de gente bronca.

Pascual Ortiz Rubio, nacido en Morelia en 1877, tenía méritos para gobernar. En su ciudad hizo estudios primarios y preparatorios. En la Escuela de Minería de la ciudad de México siguió la carrera de ingeniería. Fue un alumno brillante titulado en 1902. Perteneció a numerosas asocia-

ciones científicas y literarias. Hizo versos con su nombre y con el seudónimo de Augusto Irma, versos que publicó la revista *Flor de Loto*. Perteneció también a sociedades de carácter político. Hizo política revolucionaria desde antes del derrumbe del dictador Porfirio Díaz. Fue diputado al Congreso de la Unión durante la presidencia de Madero. En los años de la contrarrevolución huertista sufrió cárceles y persecuciones. Adherido a las huestes de Carranza, anduvo de aquí para allá en el desempeño de cargos administrativos de importancia. Era hombre de mente lúcida, de raíces liberales, de maneras refinadas, bien informado y de espíritu conciliador.

De su gubernatura aún se recuerdan cuatro sucesos: la actual Constitución del estado, la fundación de la Universidad Michoacana, el bandolerismo del Chivo, de Chávez y de otros, y la gripe española. La vieja Constitución fue puesta de acuerdo con la general de la República que se había aprobado el 5 de febrero de 1917. La nueva Constitución estatal estatuyó que la enseñanza secundaria y superior sería coordinada por una universidad. En el decreto de fundación de ésta se le dio el nombre de Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Quedaron supeditadas al nuevo instituto las siguientes instituciones preestablecidas: Colegio de San Nicolás, escuelas normales, de Medicina, de Jurisprudencia, Industrial, de Oficios, de Bellas Artes, el Museo Michoacano y otros. El primer rector elegido fue don Agustín Aragón; el primer efectivo, el doctor Alberto Oviedo Mata.

El ingeniero Ortiz Rubio fue un dinámico y entusiasta protector de la cultura escrita y un acérrimo enemigo de la “barbarie” que durante su gubernatura tuvo cinco o seis líderes de nota: José Altamirano, merodeador de las regiones central y de Mil Cumbres; Jesús Cíntora, azote de la ladera sur, de la depresión del Balsas y del Plan de Tierra Caliente, y los menos localistas como El Chivo (ojos amarillentos, barba rubia y melena hasta el hombro), Mechitas, El Tejón y sobre todos Inés Chávez García, jefe de una tropa de 1 000 hombres que se reunía y disolvía a toda velocidad y se especializó en cinco órdenes de delitos: asesinato de hombres y mujeres, incendio de hogares, robo de bestias y orgías alcohólico-musicales. El ejército federal no hizo mayor mella en los grupos de bandoleros. Las defensas locales llegaron a propinarles derrotas de consideración, pero el tiro de gracia tuvo que dárselos la epidemia de gripe española de 1918.

La famosa gripe, que mató millones de personas en todo el mundo, se ensañó con la juventud. Se amanecía con dolor de cabeza, venían luego la

fiebre y la hemorragia, y por último, para quienes no se cuidaban bien una semana, la neumonía y la muerte. Inés Chávez García fue uno de los descuidados que se llevó la gripe española a muy buena edad, treintaero, cuando todavía estaba en aptitud de cometer muchos crímenes, en vísperas de otro año caótico como el que dio al traste con el gobierno de Carranza. La rebelión de Agua Prieta vino en ayuda de la gripe española; puso en la cúspide del poder nacional a los sonorenses Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles; se llevó de ministro de Comunicaciones y Obras Públicas y posteriormente de presidente de la República a Ortiz Rubio, y trajo al gobierno de Michoacán a un grupo de gente radical, que puso en pie de lucha a los tradicionalistas.

### LOS RADICALES Y LOS FANÁTICOS

En política se consideran radicales a los partidarios de reformas extremas, especialmente en sentido democrático. En el mismo terreno, se nombran fanáticos a los que defienden con pasión creencias u opiniones, sobre todo en materia religiosa. En los años veinte hubo muchos radicales y fanáticos, principalmente en tres regiones michoacanas: las dos del Norte y la Meseta Tarasca. El principal líder de los radicales fue el general Francisco J. Múgica, oriundo del Bajío zamorano, ex alumno del Seminario de Zamora, carrancista, constituyente del ala izquierda en el Congreso que hizo la Constitución, poeta a ratos y hombre de ideas muy firmes en puntos de religión, política y economía. El radical Múgica fue elegido gobernador de Michoacán en 1920. En 1921 cundió la noticia que el gobernador y sus colaboradores eran tan rojos como el fuego. A mediados del año, en una manifestación de trabajadores, los radicales expusieron sus creencias anticatólicas y socialistas. En otra manifestación, los fanáticos quisieron exponer su alianza con las tradiciones, cosa que no se pudo hacer porque la policía disolvió a balazos a los manifestantes enemigos. La refriega mató a dos fanáticos y dos radicales.

Las desavenencias entre fanáticos y radicales quizá habrían llegado a mayores si el presidente Álvaro Obregón no hubiese presionado la salida del gobernador Múgica, a quien se le dio licencia en 1922. En 1923, Múgica quiso volver a su gubernatura, pero fue aprehendido y en un tris se escapó de que le hiciesen realidad el famoso telegrama de Obregón: “Méxi-

co, diciembre 10, 1923. Suyo de hoy. Enterado que el general Francisco J. Múgica fue muerto al pretender ser libertado por sus partidarios. Lamento lo ocurrido y preséntese ud. [coronel Miguel Flores] en ésta a rendir parte circunstanciado”. Obregón no tuvo que lamentar ninguna ocurrencia; don Sidronio Sánchez se mantuvo como gobernador interino del Estado hasta que los rebeldes delahuertistas lo depusieron, y el pleito del partido radical con el partido fanático se pospuso tres años. Vencida la rebelión de don Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles obtuvo la Presidencia de la República desde donde manifestó la poca simpatía que le inspiraban los fanáticos defensores de la tradición.

La gubernatura del general Enrique Ramírez (1924-1928) no fue opuesta a la modernización que pretendía el general Calles en todo el país. En Michoacán, como en el resto de la República, se clausuraron los seminarios donde los jóvenes se preparaban para sacerdotes, se redujo el número de éstos y se mandó que sólo pudieran ejercer los clérigos registrados. A estas medidas que se tomaban conforme a la Ley Reglamentaria del Artículo 130 de la Constitución respondieron los fanáticos urbanos con la suspensión del culto en los templos, y miles de fanáticos campesinos con una rebelión que habría de durar tres años y que en el Bajío zamorano, en la Meseta Tarasca, en el Plan de Tierra Caliente y en la Sierra Madre del Sur fue ardua y sangrienta.

Desde 1926 comenzaron las rebeliones de fanáticos campesinos; todas pequeñas y muy localizadas; ninguna verdaderamente peligrosa para la estabilidad del régimen radical. Nadie las dirigía en su conjunto. Sólo eran nubarrones y truenos de principio de aguas transformados en tormenta en 1927. Entonces se produjo el levantamiento grande. La gente de numerosos pueblecitos y rancherías michoacanos, molestos por la suspensión del culto, salió a pelear contra los jefes modernizadores. Multitudes innumerables e inermes se lanzaron a la guerra y le proporcionaron un final difícil y deslucido al gobierno de Enrique Ramírez, y un principio nada cómodo a la gubernatura del general Lázaro Cárdenas.

#### EL GENERAL LÁZARO CÁRDENAS

En el seno de una familia de la burguesía rural y en pleno porfirismo, nace Lázaro Cárdenas en Jiquilpan de Juárez. Su padre, a veces campesino,

otras rebocero, finalmente comerciante; su madre, de clara extracción campesina; su pequeño mundo, además de los seres queridos, lo formaban los árboles, la escuela, el campo pedregoso y el quieto paisaje de la región. En un ambiente donde predominan las injusticias, de estrecheces familiares, recibe las enseñanzas de un eminente profesor liberal, don Hilario de Jesús Fajardo. Al mismo tiempo que comienza a conformarse su ideología, con profundas convicciones nacidas de la contradicción evidente entre los postulados políticos oficiales y la realidad, empieza también su conocimiento de los problemas agrarios y su arraigo a la tierra. En su adolescencia, casi niño, debe hacerse cargo de la casa y la familia. Trabaja entonces en la oficina de rentas de Jiquilpan y en la imprenta La Económica. Siente, comprende y cobra conciencia ahí su condición de trabajador.

Cuando la revolución llega hasta ese su mundo de joven, en Lázaro Cárdenas ya hay muchos elementos que lo predisponen para abrazar su causa con la serena y viril fuerza de sus 18 años. Después de meses de clara reflexión se une a la causa del pueblo encabezada por el constitucionalismo en contra de la usurpación de Victoriano Huerta. Lázaro Cárdenas dejó la tranquilidad y el hermoso paisaje de Jiquilpan, y en julio de 1913 se presenta al general García Aragón en la población de Buenavista, iniciando así un largo recorrer: primero por los rumbos de la Tierra Caliente, entre breñales, ríos de aguas broncas, llanadas de fuego, para después seguir a la capital federal, al centro del país, al noroeste, desiertos y sierras. Mucho aprende el joven Cárdenas en su diario contacto con los hombres y mujeres de las muchas y muy diversas regiones que recorre; mucho enriquecen su intelecto las experiencias cotidianas de aquellos años de la más alta crecida del violento río de la revolución.

Al finalizar la campaña de Sonora, logra que se le envíe a combatir, ya en su tierra natal, a las bandas depredadoras de Inés Chávez García, Cíntora y Altamirano. En 1920 es designado Gobernador Militar del Estado. En esos pocos meses legisla para establecer el salario mínimo, y le corresponde organizar el proceso electoral en el que resulta triunfante el general Francisco J. Múgica. Cárdenas queda como comandante de la zona militar y prosigue luego su recorrido por diversas partes del territorio nacional: el Bajío de Guanajuato, el istmo de Tehuantepec, las Huastecas con su petróleo y las compañías de entonces, y por fin, en 1928, Lázaro Cárdenas es elegido gobernador constitucional de Michoacán, sucediendo en el cargo

a un michoacano ilustre, probo y digno, su querido amigo de toda la vida, el general Enrique Ramírez.

El cuatrienio 1928-1932 es en la vida política de Cárdenas un laboratorio que le permite poner en práctica lo más esencial de su pensamiento político: inicia una etapa renovadora y pujante en materia agraria, desarrolla toda su energía en beneficio de la educación popular, y en materia de trabajo auspicia todo lo que conduzca a la superación del obrero. Entre 1928 y 1932, además de desempeñar la gubernatura constitucional de su estado, comanda la columna del noroeste que combate la sublevación militarista de 1929; cumple con la misión de pacificar a los rebeldes cristeros en el propio Michoacán; es presidente del Partido Nacional Revolucionario y designado secretario de Gobernación. El periodo 1928-1932 es el parteaguas entre la revolución destructiva y la revolución constructiva. A Lázaro Cárdenas, como gobernador de Michoacán, le tocó remover los últimos escombros del antiguo régimen, deshacerse de algunos aspectos pesados del pasado, e iniciar en su patria chica el quíntuple camino de la reforma agraria (reparto y riego de tierras), de la reforma laboral (organización de trabajadores y apertura de fuentes de trabajo), del fomento de comunicaciones modernas (cintas asfálticas y transportes de combustión interna), del impulso a la educación (escuelas para enseñar a leer y a trabajar) y poblacionismo consistente en mejorar, mediante medidas sanitarias y deportes, los recursos humanos.

Como Presidente de la República mexicana fue ejecutor de la Constitución de 1917, ayudó a los indígenas marginados; repartió la tierra y el agua a los campesinos; apoyó en sus derechos al obrero; fomentó la educación.

La expropiación petrolera efectuada el 18 de marzo de 1938 le dio al Presidente la solidaridad moral del pueblo y constituyó un apoyo básico al desarrollo nacional.

En su política internacional siguió una política amistosa hacia todos los países de la Tierra, especialmente a los de habla española. Se solidarizó con los oprimidos y perseguidos políticos de otras naciones. Así dio asilo a miles de republicanos españoles que no podían estar en su patria sin peligro de sus vidas.

En el caso de Abisinia, la delegación de México defendió ante las Naciones Unidas los derechos de los etíopes cuando fueron agredidos por Italia.

En 1937 concedió asilo en nuestro país a León Trotski.

## AGRARISMO: EJIDO Y RIEGO

Desde 1910 el Plan de San Luis Potosí había ofrecido devolver sus terrenos a las comunidades indígenas. Al año siguiente el Plan de Ayala prometió dar tierras y no sólo restituirlas. El Pacto de la Empacadora de 1912 propuso la repartición gratuita de baldíos y terrenos ociosos. En 1914, los firmantes del Pacto de Torreón ofrecieron distribuir equitativamente las tierras labrantías. En 1915, el carrancismo expidió la ley agrarista del 6 de enero. En 1916, la Convención de Aguascalientes superó las promesas de los carrancistas. En 1917, el artículo 27 constitucional dispuso la devolución de tierras a las comunidades, la hechura de ejidos y el fomento del patrimonio familiar. En años posteriores se promulgaron leyes iguales o parecidas: reglamento agrario de la Confederación Nacional Agraria; circular del 31 de octubre de 1922 sobre ejidos en común; Ley de Tierras Ociosas, de don Adolfo de la Huerta; reglamento sobre reparto de tierras y constitución del patrimonio parcelario; Ley de Dotaciones y Restituciones de Tierras y Aguas; Ley de Colonización y Código Agrario, y otras ordenanzas hechas con el propósito de ayudar a los trabajadores rurales haciéndolos propietarios de las tierras que trabajaban.

Desocupado de la rebelión cristera, el gobernador Lázaro Cárdenas puso especial empeño en la distribución de tierras a campesinos pobres. Siendo gobernador, repartió 400 000 hectáreas de buenos terrenos a 24 000 campesinos. Siendo presidente de la República, con el apoyo del gobernador Magaña, prosiguió el reparto de haciendas y de ranchos grandes: Chila, Junco, Los Bancos, Uspero, Capirio, Lombardía y Nueva Italia en el Plan de Tierra Caliente; El Devanador, La Tuba, San José en el bolsón del Balsas; Puruarán, Buenavista, San Antonio de las Huertas y San Sebastián en la ladera sur; San Simón, La Luz, Cumuato, Guaracha, Buenavista de Negrete y Rincón Grande en la región de Zamora, y Queréndaro, Jaripo, Salitrillo, La Huerta, Tepetongo, Chincua, Santa Ana Mancera y Villachuato en la región de Morelia. Todas las citadas y otras haciendas fueron convertidas en ejidos; la mayoría durante la presidencia de Cárdenas, y las restantes en las presidencias siguientes.

Aparte de repartir la tierra de Michoacán entre el mayor número, se fundaron instituciones especiales, como los bancos de Crédito Agrícola, de Crédito Ejidal, Rural y otros para que vinieran en auxilio de los nuevos propietarios. También se pusieron en marcha grandes obras de irrigación

que comenzaban con la hechura de enormes presas o embalses: La Villita próxima al litoral del Pacífico; El Infiernillo, Zicuirán y Los Olivos en el Plan de Tierra Caliente; El Pijo en la depresión del Balsas; El Bosque, Agostitlán y Pucuatón en Mil Cumbres; Aristeo Mercado, Cointzio, Malpaís, Tepuxtepec, Rosario, Langoné y Santa Teresa en los valles de Morelia, y Urepetiro, San Juanico, San Antonio Guaracha, Jaripo, Gonzalo, Capulín, Ibarra y Rincón de Ochoa en los valles de Zamora. Mediante presas y canales se hicieron varios emporios agrícolas: el del Tepalcatepec en el Plan de Tierra Caliente; los de Zacapu, Zamora, la Ciénega y Guaracha en el Bajío zamorano, y los distritos agrícolas que rodean la ciudad del cielo azul y la cantera blanca, es decir, Zamora.

En pocos años, el Plan de Tierra Caliente, gracias a la Comisión del Tepalcatepec, cuyo vocal ejecutivo fue don Lázaro Cárdenas, y gracias también a 1 600 kilómetros de carreteras y brechas, obras de grande y pequeña irrigación, plantas hidroeléctricas, hilos conductores de energía, estaciones experimentales y muchas obras más, la Tierra Caliente antes tan árida y malsana se transforma en vergel salubre. A partir de 1960 el desarrollo se acelera debido a cambios de cultivos, a nuevos mercados y a nuevas industrias. Desde 1960 se ampliaron hasta 43 000 hectáreas los cultivos de algodón; se mantuvieron en 12 000 los de arroz y ajonjolí, y las plantaciones de melón y sandía se ensancharon notablemente. Desde 1960 se transitó hacia los cultivos caros y rendidores. La prosperidad económica que los Cusi habían logrado en una parte de la Tierra Caliente, Tata Lázaro la extiende a casi toda la región. Aunque en menor escala, se dieron progresos en el valle azucarero de Los Reyes, en la zona fresera de Zamora, en los distritos cerealeros de la ciénega de Chapala, Zacapu y Queréndaro.



13  
DANIEL COSÍO VILLEGAS,  
CABALLERO ÁGUILA DE LA REVOLUCIÓN\*

*Un personaje ejemplar*

digno de ser imitado, llega a modelo de sus prójimos por muy diferentes veredas. En los siglos de la Colonia, el mejor modo de conseguir la ejemplaridad consistía en la práctica de las virtudes cristianas. Después de la Independencia, comenzaron a tenerse como ejemplares a los mártires de las luchas por la emancipación y a los conductores políticos que merecían la calificación de patriotas eminentes. En los tiempos que corren, se consideran dignos de imitación desde los deportistas calificados de ídolos por la multitud hasta los dioses mayores de la sabiduría mexicana. En este último rubro se distingue Daniel Cosío Villegas. En el campo de las ciencias sociales llega a ser un modelo sobresaliente, poco conocido y muy apropiado para seguirle algunas pisadas. Lo sé por experiencia propia. Tuve la oportunidad de tratarlo en su época de militancia como investigador de la vida mexicana, en la hora cumbre de su carrera intelectual.

Con todo, el hecho de haber contemplado el asunto de mi semblanza casi cotidianamente los últimos 25 años de su vida no me autoriza para proponer su imitación, porque lo más importante de mis recuerdos acerca de él ya está escrito, porque se trata de un caso difícil de precisar (complejo y cambiante) y porque lo mejor de Cosío: la reciedumbre, la valentía, la memoria, la inteligencia, la facilidad de mando, el dinamismo y la eficacia de aquel hombre no son atributos contagiosos, imitables. Sin embargo, poseyó virtudes susceptibles de apropiamiento o robo. De éstas, aunque se escribió mucho a raíz de su muerte, cuando se habla de las personas en términos elogiosos, todavía es posible escribir más de lo ya escrito.

\* Fragmento de *Daniel Cosío Villegas*, México, Terra Nova (Grandes maestros mexicanos 6), 1985, pp. 9-22.

Lo que puedo decir acerca de don Daniel está en parte declarado en varias publicaciones: en una *Memoria* de El Colegio Nacional, en reseñas periodísticas sobre sus libros, en una docena de discursos delante de su tumba con motivo de los aniversarios de su muerte, en una larga nota de Charles Hale, en el prólogo de Antonio Alatorre a los *Extremos de México*, en un artículo de Stanley Ross, en las automemorias y en el concienzudo análisis biográfico escrito por Enrique Krauze y en *Daniel Cosío Villegas: imprenta y vida pública*, de Gabriel Zaid. Las *Memorias* se publicaron inconclusas y sin que el memorioso les pasara el cepillo, sin la última mano que los autores acostumbran dar a sus textos. Comoquiera, y contra la opinión de algunos críticos, es una obra magistral, pese a que sólo esporádicamente es autobiográfica y en algunos pasajes, imprecisa. Por deseo del autor, refleja principalmente el ámbito académico y político vivido por Cosío, que no a Cosío mismo, nos enseña mucho acerca de los hombres del Ateneo, los Siete Sabios, la vida universitaria preautónoma, los presidentes y ministros mexicanos de Obregón a Echeverría, nuestra industria editorial y los intelectuales españoles transterrados, y relativamente poco de la vida, la obra y la personalidad del hombre que hizo célebres las siglas DCV. El libro de Enrique Krauze suple algún silencio de las *Memorias*; está hecho con amplia y muy bien cernida información, con cariño e inteligencia; es una hermosa biografía que se ocupa de las más nobles de las múltiples facetas de su personaje, principalmente del itinerario intelectual del deportista, hombre de lucha, político, polemista, sociólogo, literato, economista, traductor, ejecutivo, fundador, musicólogo, trotamundos, abogado, editor, diplomático, maestro, historiador, políglota, politólogo y mexicanólogo Daniel Cosío Villegas.

Posteriormente Enrique Krauze publicó una antología de la vasta producción histórica de Daniel Cosío Villegas, precedida de un prólogo iluminador de las aventuras de Cosío con Clío. Un año después, Gabriel Zaid comparece con otra antología que recoge otro aspecto de la fecundidad literaria de don Daniel. En este libro antológico se juntan los ensayos danielescos sobre “La industria editorial y la cultura”, “España contra América en la industria editorial”, “La Biblioteca Nacional”, “La prensa y la libertad responsable en México”, “El intelectual mexicano y la política”, un prólogo, algunos artículos sobre la libertad de prensa publicados en *Excelsior* y fragmentos de las *Memorias* de Cosío referentes a su faceta de repartidor de cultura. La antología de Zaid trae un prefacio que es mucho más que una mera presentación de los textos reunidos. Zaid muestra cómo

Cosío “trató de ser un servidor del público más que del Estado”. Soñó en un Estado sujeto a la luz pública. “Trató de usar el adentro para fortalecer el afuera: los recursos de las dependencias para fortalecer la independencia”. El prólogo de Zaid es imprescindible.

Como en las obras dichas está dicho bastante de lo que los jóvenes aprendices de sabios le pueden copiar a don Daniel, me debería ceñir, en esta ocasión, a proponer la lectura de las obras citadas. Además, el currículum vitae del maestro Cosío no es para seguirse a la manera como lo han sido los currículos de los misioneros novohispanos y los mártires de la Reforma y la Revolución. Quizá no sea del todo útil lo que cuente para los propósitos ejemplarizantes del Instituto de la Juventud, del CREA. La trayectoria del caballero águila Daniel Cosío, no siempre es digna de copia y es difícil de imitar en sus mejores momentos. No creo que los pedagogos de hoy declaren edificante la

### *niñez espartana y la juventud rumbosa*

de Daniel Cosío Villegas, pues se dio en un ambiente familiar y en un contorno geográfico muy fuera de los apetecidos ahora. El padre de aquella familia era un caballero antiguo, áspero, machista, burócrata, inflexible y de malas pulgas. La madre reunía las virtudes hoy repudiadas de hogareña, sin voz ni voto, sufrida y obediente. De las primeras nupcias de don Miguel Arcángel Cosío hubo cuatro hijos; de la recaída en el matrimonio, seis. Daniel fue de la segunda serie matrimonial. Nació el 23 de julio de 1898, en tiempos que hoy deploramos porque gobernaban el país Porfirio el chinaco y su escolta de científicos. Nació en una zona de la ciudad de México habitada por gente humilde y de clase media baja, y para el colmo de desventuras, en departamento contiguo a una pulquería. Entre los gritos del padre y de los borrachos transcurrieron las travesuras de su primera infancia.

En 1906, los Cosío se trasladaron a Colima, ciudad de cocos, alfajor, pericos, temblores, volcán, jinetes, fríos palúdicos y otras hombradas. En el trópico, patria de la vida, se diseña la suya. A imitación de los cocoteros, se forja su figura, delgada y prominente. Quizá para parecer ave tropical le crece la nariz tanto, y de tanto sol se le pone la piel color de rosa. Y eso que convivió poco con el paisaje. Sólo por la escuela pudo vivir algo y a escon-

didias, fuera del castillo de la pureza que era su casa. Estuvo sumiso a la autoridad de don Miguel Arcángel, en contacto con el papá inflexible, sin muchos roces con mocosos de su edad, casi sin malas ni buenas compañías, en un aislamiento capaz de hacer una criatura soberbia, introvertida, hosca y recta. El niño Daniel fue forjado en Colima, principalmente por la acción del papá ogro, y sólo en segundo término por las tibiezas tropicales.

La vida de Cosío se reparte en seis trecentos. Hasta ahora lo hemos visto en construcción física y temperamental, entre 1898 y 1910, esculpido por un padre severo y una naturaleza selvática y calurosa. Por razones familiares, su primer trecento de vida no puede ser aprobado por la pedagogía contemporánea que pide libertad de acción destructiva para los menores. En los tiempos porfirianos aún no se usaba que crianza y escuela fuese de “haz lo que te guste, niño”. A eso se debe que al niño aquel, las maestras lo trajeron al estricote, bien encarrilado; y no sólo a eso, lo duro de su ámbito familiar. Al hombrecito de este cuento le tocó una dosis de regaños superior a la de entonces, ya no se diga a la de ahora.

Sin autorización para retozos, retobos, caprichos infantiles y malcriadeces, se pasa el trecento infantil, archisumiso a un empleado del timbre que en 1910 se va de Colima a Toluca. En ésta sufre la familia de don Miguel Arcángel el estruendo revolucionario, la caída de don Porfirio y la conversión del chamaco de esta biografía en un joven multirumboso por causa del ambiente y quizá por culpa del padre. A partir de 1911 hay riñas en el hogar. Algunos de los hermanos huyen de la tiranía paterna mientras la circunstancia mexicana se tiñe de rojo. La escuela de Toluca, antes modelo, languidece; la vida callejera se vuelve bronca; a Madero no lo dejan tranquilo en su sillón presidencial. Hay insurrecciones a derecha e izquierda. Por el flanco derecho se levanta el general Victoriano Huerta, y por el izquierdo, el general Emiliano Zapata. Contra los antimaderistas, surgen maderistas armados. Muere Madero; sube Huerta; cae Huerta, y tratan de subir miles hasta el sillón del Palacio. El orden porfirico se deshace en un lodazal caótico. El país se hunde en un decenio de turbulencias.

La familia Cosío va de Toluca a Celaya y de ésta a la metrópoli, pero la lucha ya no respeta ni a la ciudad madre de México. En la metrópoli se producen cotidianamente balaceras, apagones, robos, sombrerudos de machete y rifle, irrupción de revolucionarios, fuga de maestros, pillaje, escuelas cerradas, llamadas del ilustre filósofo Caso a la cordura, pocos cursos en la preparatoria y en la Universidad, pase de año sin exámenes, autoeduca-

ción y, en suma, desorden y violencia. Las circunstancias doméstica, nacional y foránea son de franco desajuste. Más allá de México y principalmente en Europa retumba la primera Guerra Mundial. El bailoteo no podía dejar quietos o hacer ejemplares a los adolescentes de entonces.

A comienzos de la Gran Guerra y en lo más destructivo de la Revolución mexicana, Daniel Cosío cursa la preparatoria. Al salir de aquí se enfrenta a tres opciones profesionales: topógrafo, médico o abogado. Asiste a la Escuela de Ingeniería por corto tiempo y a la de Leyes por mucho. Mientras estudia las diferentes ramas del frondoso árbol jurídico, se convierte en maestro preparatoriano de ética, español, historia, problemas políticos y de otras materias, y como si eso fuera poco para impedirle ser un estudiante de tiempo completo, fue, alrededor de 1921, futbolista asiduo, robusto y de 1.85 de altura, hombre de café, presidente de la Federación Estudiantil Mexicana, organizador de un congreso de jóvenes universitarios y presidente de la Federación Internacional de Estudiantes. El año de la muerte de su Arcángel custodio, Cosío estudiaba, jugaba, enseñaba, lideraba y comenzaba a escribir a escondidas en la prensa periódica, concretamente en el diario *Excelsior*. Otro de sus gustos era la música.

La adolescencia y juventud de Daniel Cosío fue, no obstante haber transcurrido en una hora de tremendas penurias, dinámica, inteligente y vistosa. Para 1920 su personalidad estaba tejida de talento reflexivo, actividad y reactividad superiores a la norma y emoción común y corriente. Ya tenía mucha confianza en sus propias fuerzas y sin mayores esfuerzos se volvió corajudo y aun violento. Llegarían a ser sus vientos el desdén a los demás, el amor propio, el humor sarcástico, la acción dispersa y el pensar hondo, que no tranquilo ni persistente. Según el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, Cosío era un águila de índole dominante, un águila libre y de inteligencia mayúscula quien, pese a su juventud, ya rendía servicios aquilinos a su país con la pluma, con el pico y con las garras.

No fue un alumno ejemplar ni constante en el segundo trecento de su vida. Como se ha visto, cursó las materias preparatorias y universitarias con pena y sin gloria a causa del desquiciamiento de las instituciones educativas, de las pocas carreras profesionales que se podían escoger, de la escasez de maestros, de haberse convertido el alumno Cosío en ajonjolí de todos los moles. Se puso a transmitir antes de aprender y a ser líder en plena preparación universitaria. En sus tiempos fue un estudiante discutible, irregular, inteligente y sin orden, poco aplicado y receptivo. Como-

quiera, su nombre empezó a sonar tan recio como el de los Siete Sabios: Manuel Gómez Morín, Jesús Moreno Baca, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea, Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Alfonso Caso. Algunos lo confundieron con los siete, aunque ya entonces se negaba a pertenecer a capilla alguna. Solitario se mantuvo en el siguiente trecento de su vida, entre los 25 y los 38 años de edad, en su época de

*sabio todista,*

cuando anduvo metido en muchos oficios y su conducta intelectual se desplegó en varias direcciones. Ya sin padre a quien había que rendirle cuentas, Cosío se entregó al goce de la libertad. El ambiente del país se prestaba para eso. Todo fluía fuera de canales: la dirección de la República en poder de soldados caprichosos. Muchas secretarías y gubernaturas se daban a gente inexperta que pedía a gritos la ayuda de expertos para mil tareas diferentes. Con frecuencia, los jóvenes con formación y cacumen eran solicitados para ser consejeros y amanuenses de políticos. Circulaba la idea ambiental de que el hombre de letras debía servir a su nación no sólo con la pluma, también con la pala; no únicamente con el seso, también con la praxis política. El buen intelectual debía moverse entre el escritorio íntimo y la mesa de un despacho público.

En el cortísimo tramo de un trienio, entre 1923 y 1925, Cosío acometió una enormidad de obligaciones: tesis abogadil, viajes a provincia, coquetos políticos, desempeño de papeles de funcionario en las secretarías de Educación y de Relaciones, acción alfabetizadora, deportes, noviazgos, matrimonio, música, actividades literarias y actividades científicas. A lo único que le hizo el feo fue a la poesía y a los poetas. Una vez recibido de abogado oscuro, en vista de lo brillante de su actuación como maestro de sociología, obtuvo ayuda para proseguir aprendizajes en el extranjero. Estaba entonces recién casado con Emma Salinas, la veracruzana rubia e inteligente con quien viviría toda la vida. Entre 1926 y 1928 fue estudiante distinguido de economía en Harvard, estudiante despreocupado de economía agrícola en Wisconsin, estudiante desatento de avicultura en Cornell, estudiante irregular en la London School of Economics y estudiante oyente en la facultad de Sciences Politiques de París. Otra vez en México, en los tres años posteriores al de 1928, fue secretario general de la Univer-

sidad opuesto a la autonomía universitaria, economista prestigioso en plena crisis económica y acabó enemigo de Calles, el Jefe Máximo de la Revolución. Desde entonces proclamó la independencia del intelectual frente al político. Estuvo dispuesto a prestar sus luces a los gobernantes, no a ser cómplice de las trácalas de la gente de mando.

En el tercer trecento de su vida, Cosío lee mucho y escribe mucho. Lee de mala gana a los tratadistas del derecho; más por obligación que de grado, a los autores de libros de economía; por recomendación de su maestro Henríquez Ureña, al fecundísimo Azorín, y por gusto muy personal a Shaw, a Chesterton y a Ortega y Gasset. Escribe, para ejercitarse en la imitación de Azorín, *Miniaturas mexicanas*; por sentirse novelista, *Mi pobre amigo* y *Santamocha*; como fruto de su magisterio universitario, la *Sociología mexicana*; por encargo de su amigo y protector Pani, la *Cuestión arancelaria de México*; encomendado por la Secretaría de Relaciones, el estudio sobre la creación de un organismo económico y financiero para América; por diversas órdenes, varios memoranda, y por su gusto, artículos sobre música y sobre el amor, publicados en *El Universal*.

Entre 1923 y 1935 la figura de don Daniel crece, no por haber salido de pobre, pues sigue sin quinto, ni por haberse vuelto amable, pues se mantuvo autoritario, ni por fumar pipa, ni por sistemático y distante, ni tampoco por su pulcritud (*tweed* inglés, chaleco tejido y corbata de moño). Lo hizo alto, además de su estatura, el ser economista en un país de leguleyos y el hacerse al bando científico en una república de poetas. Como economista, nunca trató de guardarse para sí solo los secretos de la nueva ciencia. Él quiso compartir su oficio, entonces tan encopetado, entre muchos. Entre otras cosas puso en marcha la primera Escuela de Economía de México (obra de Cosío, no sólo de Bassols) y algunas revistas especializadas en asuntos económicos. Quienes conocieron a Cosío en la madrugada del sexenio presidencial de don Lázaro, podían asegurar que seguía al presidente repartidor de tierras, en el papel de

*repartidor de alta cultura*

o de empresario cultural como lo llama Enrique Krauze en su jugosa biografía. Gracias a ésta, a las *Memorias* de este Sarmiento mexicano, a las remembranzas de muchos intelectuales españoles y de la tierra (Moreno

Villa, Eduardo Villaseñor, Urquidi, Márquez, Gaos, Alatorre) es posible rescatar en toda su magnitud la vida, la obra, la personalidad y el influjo de Cosío Villegas durante los sexenios de Cárdenas y Ávila Camacho, en las horas de los mayores altibajos de la Revolución mexicana.

Con Cárdenas, la Revolución, en proceso de enfriamiento desde 1930, se recalienta hasta niveles insospechados por las prácticas del agrarismo, la escuela socialista, la expropiación de bienes a las compañías petroleras y el apoyo oficial a toda clase de colores rojos. El día cumbre fue el 18 de marzo de 1938. A partir de ese día se inicia el despinte de una Revolución que Ávila Camacho condujo hasta el rosa desleído. En vez de campañas contra los curas, los latifundistas y los imperialistas se emprenden campañas de alfabetización, industrialización y concordia internacional. Mientras la segunda Guerra enfurecía a millones de europeos, asiáticos y norteamericanos, los antes enfurecidos habitantes de México deponían sus odios, entraban a una revolución sin violencia.

En la cúspide de la Revolución, Cosío se da a la tarea de poner en marcha y rápido desarrollo grandiosas construcciones culturales: la revista *El Trimestre Económico*, la editorial Fondo de Cultura Económica, el transtierro a la Nueva España de cerebros de la Vieja España y la construcción, con tales acarreados, de un par de sucesivas instituciones: La Casa de España en México y El Colegio de México. Desde que le falló en 1935 la Secretaría de Relaciones Exteriores (Cosío estuvo a punto de ser el jefe de ese ministerio) y la embajada en Portugal (Cosío fue encargado de negocios allá en 1936) se consagró de tiempo completo a convertir *El Trimestre* en una estimable publicación periódica, a publicar en el Fondo entre 1935 y 1938, 389 libros de la mayor importancia, a poner en México dos centenares de sabios de la intelectualidad española y a construir con esa gente institutos de excelencia como El Colegio de México, tan altamente elitista que nace con el modesto propósito de ser el Olimpo de la República en el terreno de la ciencia social. De 1937 a 1949 fue caudillo de los intelectuales mexicanos pese a que en ese entonces escribió poco: el folleto contra el fascismo japonés; el artículo sobre “La crisis de México” o sobre lo que a México le pasaba y le podía pasar; 135 notas acerca de los Estados Unidos e Iberoamérica, y el ensayo en que desmentía una tesis tricentenaria, la tesis de la riqueza natural del territorio mexicano, el viejo mito que veía en México un cuerno de la abundancia.

Durante el cuarto trecenio de su vida, don Daniel desarrolló su cuerda de empresario eficaz, respetable, honesto, docto, trabajador, rotundo,

ahorrativo, inventivo, cerebral, tan práctico como idealista, tan riguroso como tolerante, tan complejo que dejó imágenes encontradas en quienes trabajaron con él: Antonio Alatorre dice: “Era grato tenerlo de jefe”; Javier Márquez lo recuerda “altanero, tosco, injusto y cruel”. No puede negarse que tuvo el don de mando. Nadie le dice ineficaz; nadie tampoco, enemigo del trabajo. Trabajaba 15 horas diarias y en lo requerido en cada momento. Hacía de todo: estar al día en publicaciones en otras lenguas cultas, corregir pruebas de imprenta, programar cursos, hablar con impresores y con altos funcionarios, hacer cuentas, comprar sillas, mesas, focos, papeles y plumas; volar de un extremo a otro de América, convenir con un autor sobre la publicación de su libro, escribir cartas e informes, violentarse, ponerse rojo de rabia, romper sin miramientos el manuscrito de una obra mal hecha o mal traducida.

Pese a sus frecuentes y remotos vuelos y a sus constantes oscilaciones entre la razón y la pasión, la soledad y la amistad, el silencio y el barullo, la prisa y el sosiego, el buen vivir y el ascetismo, siempre desde una posición de izquierda, liberal y proaliada, se impuso su sabiduría. No obstante su repudio del poder establecido, Cosío se volvió notablemente poderoso, muy respetado en sus papeles de líder del Fondo de Cultura Económica, director de Estudios Económicos del Banco de México, profesor universitario, mayordomo de El Colegio de México y responsable de aquel análisis de la crisis de su patria que produjo huracanes de cólera en políticos y sabios agachones y llevó a Cosío a una quinta etapa de su vida desde 1950, a la de

*historiador del porfiriato,*

del México moderno y liberal. Según llegó a creer, el estudio de ese México, tan olvidado por los historiadores, ayudaría a interpretar mejor al de ahora, y por lo mismo, a contribuir a su mejoría y buena marcha. Para reseñar la nueva jornada de Cosío me sirvo de mis propios recuerdos. En diciembre de 1952, cuando seguía estudios de posgrado en París, en un mes en que el frío se metía hasta la cocina, recibí la carta-invitación para incorporarme al Seminario de Historia Moderna de México, presidido por el sempiterno “todólogo” Daniel Cosío Villegas, entonces aspirante a salvar a su país por el conocimiento histórico. Aceptada la invitación, dejé los agridulces días de Europa, hice un viaje de dos semanas al través del

Atlántico, una travesía autobusera y sin apresuramientos de norte a sur de los Estados Unidos. Me incorporé al famoso seminario en la primavera de 1953, a poco del debut de don Adolfo Ruiz Cortines, el segundo civil presidente de la República en la era revolucionaria.

A la serie de caudillos adustos, militares, batalladores y solemnes siguió la serie, inaugurada por Miguel Alemán, de los ejecutivos risueños, civiles y no contaminados por rencillas revolucionarias. Alemán mantuvo en asta la bandera avilacamachista de la unidad nacional e izó la bandera de la industrialización. Como se manejaron millones de pesos en la hechura de presas, caminos carreteros, fábricas, palacetes de mármol y no sé cuántas construcciones archivistas, algunos opinantes de la prensa maldijeron al régimen de Alemán. La maledicencia condujo a Ruiz Cortines a su célebre etapa de abstención y de ahorro. El régimen “codo” del “vieji-to” produjo quietud en el interior de México. En el decenio de los cincuenta se vive sin mayores zozobras en todas partes. La guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética dejó de preocupar a la gente; la guerra de Corea no fue próxima ni de gran susto, y la lucha cubana todavía no daba color. Al momento de subir López Mateos a la Presidencia de la República, el color rosa y la tarde sin viento eran lo característico de estas y otras latitudes. La exhumación del pasado liberal de México se hizo en medio de una calma chicha.

Cosío, para poder consagrarse a sus investigaciones históricas, cede el Fondo a don Arnaldo Orfila y la secretaría de El Colegio al antropólogo Daniel Rubín de la Borbolla y al filólogo Antonio Alatorre. Don Alfonso Reyes le enmienda la plana, nombra secretario al poeta Manuel Calvillo. Al percatarse de la enormidad de la tarea de reconstruir la vida de México de la República Restaurada al presente, Cosío pide el auxilio de un buen número de jóvenes investigadores, funda el Seminario de Historia. Algunos integrantes de la empresa se ocuparían de la época liberal y otros de la época revolucionaria. Los investigadores contratados para examinar testimonios de la Revolución no pudieron seguir haciéndolo. Entonces don Daniel y sus fieles se constriñen a la época moderna, a la etapa 1867-1910. A principios de 1952 arranca el trabajo colectivo en un proyecto que fraccionaba la época liberal en dos periodos (República Restaurada y porfiriato) y cada uno de los periodos en tres secciones: vida política, vida económica y vida social. El director, con dos o tres ayudantes, toma la responsabilidad de las secciones de vida política en ambos periodos y responsabiliza a Fran-

cisco Calderón de la vida económica en la República Restaurada; a Luis González, en compañía de Emma Cosío y de Lupe Monroy, de la vida social en el mismo periodo; a Moisés González Navarro y ayudantes de igual vida del porfiriato, y a una cadena de distinguidos economistas, de la prosperidad porfiriana. En un enorme salón de la Secretaría de Hacienda se leían, de nueve de la mañana a dos de la tarde, libros, periódicos y un sinfín de documentos. Don Daniel, instalado en el fondo del salón, ponía uno de sus brillantes ojos al libro y el otro al equipo. Sólo la escritura fue a solas, ya en la casa de cada quien, ya en algún cuarto de El Colegio de México, entonces en un caserón colindante con un jardín. Los borradores fueron debatidos en reuniones del seminario. En 1955 apareció el volumen uno de la multivoluminosa *Historia moderna de México*.

Los tres primeros tomos, publicados entre 1955 y 1956, atraen amistades y enemistades, aplausos y rechiflas. Cosío es alabado por los legos y maldecido por algunos colegas. También recobró la buena voluntad de los poderosos y de las figuras sobresalientes de la opinión pública. Por esto, el caballero águila ya no pudo seguir su trabajo de tiempo completo en la *Historia*. Otra vez estuvo en el servicio oficial. Ente 1957 y 1963 repartió las horas disponibles entre el seminario, la presidencia de El Colegio de México, la presidencia del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, la supervisión de las revistas *Historia Mexicana*, fundada por él en 1951, y *Foro Internacional*, otra fundación suya de 1960; las visitas y halagos de sus admiradores, las conferencias en El Colegio Nacional, el aula magna de la República, a donde fue llamado en 1950. Desde entonces don Daniel, mientras volaba de un continente a otro, hacía mil cosas. Entretanto algunos historiadores se ensañaban con sus estudios históricos.

Algunos creyentes en la investigación histórica individual y no en equipo, desaprobaban la costumbre danielesca de hacer búsqueda colectiva. Otros historiadores tenían una fe ciega en los manuscritos como fuentes de verdad histórica, pero descreían de los impresos, utilizados mayoritariamente en la confección de la *Historia moderna*. No pocos investigadores de izquierda vieron con verdadera preocupación que Cosío explicara por las personas y sus intenciones, en vez de explicar por una ideología de moda, en vez de acudir a las fuerzas productivas, los modos de producción y de clases. Los rastreadores del pasado que se consideraban de vanguardia veían en Cosío Villegas a un historiador narrativo, que para colmo de males, usaba un idioma inteligible y ninguna de las jergas científicas. So-

bre su obra cayeron los dicterios contradictorios de idealista, positivista, amateur, tecnócrata, reaccionaria, revolucionaria, sin plan, demasiado planificada, sin unidad, sin diversidad, profusa, defectuosa. Pocos repararon en su mayor y real defecto: el ser inmanejable por el volumen colosal de sus numerosos volúmenes.

La diezvoluminosa *Historia moderna de México* fue la hazaña dirigida por un hombre que miraba desde muy alto, no por un patrono común y corriente; por alguien con sabiduría, no sólo con erudición. Los dirigidos trabajamos a nuestro entero gusto, con ideas previas, prejuicios y métodos aprendidos de Gaos, Zavala, Iglesia, Medina, Marrou, Braudel, Weber y alguno más. Cada quien vio aquella época desde su propio mirador. Cada quien puso al servicio de la búsqueda todo su tiempo, su interés y su ciencia, inspirado en el jefe a quien ninguno logró pisar los talones ni mucho menos adelantar. En el equipo, el maestro se llevaba los campeonatos de laboriosidad, inteligencia, acopio de materiales, número de páginas escritas, lucidez y eficacia en la exposición. Los que habíamos estudiado para historiadores hubimos de reconocer la superioridad de Cosío. Como superaba a los profesionales sin siquiera haber cursado ninguna materia del currículum de historia dimos en pensar que para ser buen clionauta lo de menos era una licenciatura, maestría o doctorado en historia y lo verdaderamente importante, un poco de seso, de sensibilidad y de otra cosita.

Por lo demás, la *Historia*, quizá por gorda y cara y no tanto por el repudio de los del gremio, jamás se vendió como pan caliente y probablemente fue poco leída. La influencia lograda por don Daniel mediante esa obra no admite los calificativos de vasta y profunda. Ha servido como cantera de datos, no como libro de lectura habitual y modelo a seguir. La popularidad alcanzada por Cosío se debe en una mínima parte a la *Historia*, en una parte mayor, a sus conferencias en El Colegio Nacional, pero sobre todo a su crítica de la actualidad palpitante, al

*politólogo y periodista*

que fue el último Cosío, el de los sexenios de Díaz Ordaz y Echeverría, del que estuve cerca gracias al cultivo de su amistad y a la lectura de sus obras. La amistad nació en las comidas de los lunes y en un trío de empresas editoriales donde fui, pese a mi inferioridad en edad y saber, su copiloto.

Cuando El Colegio de México se muda al edificio mondrianesco de las calles de Guanajuato, Cosío da en reunirse, lunes tras lunes, en La Lorraine o en El Gallego, para charla y cometunga, con un grupo de colmexianos constituido generalmente por Luis Medina, Lorenzo Meyer, Mario Ojeda, Rafael Segovia, Bernardo Sepúlveda, Samuel del Villar, Enrique Krauze y yo. Allí se debatía todo lo divino y lo humano, pero principalmente los sucesos políticos del día. También lo traté muy de cerca mientras se cocinaban las *Historia mínima*, *Historia general* e *Historia de la Revolución*, en las que él fue jefe y yo ayudante. Como era suscriptor del *Excelsior*, no me costó trabajo ser lector de sus artículos. En contra de su costumbre, recibí regaladas sus últimas obras y las leí de un tirón recién salidas de las prensas.

Lo rememoro cuando iba a las universidades de Columbia y de Austin, donde fue maestro en 1963. Recuerdo cuando le cedió la batuta del Colmex al doctor Silvio Zavala y él se subió a la Torre Latinoamericana para ponerle fin a la *Historia moderna*. Recuerdo cuando en 1967 coordina un seminario sobre la política exterior de México. Podría asegurar, sin ver nota alguna, que inicia sus colaboraciones en *Excelsior* en 1968, poco antes del conflicto estudiantil. Fui testigo del momento en que el presidente Echeverría le entrega el Premio Nacional de Letras en 1971. Veo nítidamente los instantes en que aceptó coordinar las tres historias (mínima, general y contemporánea); aquélla, para la televisión, en el desayuno del premio gordo; la segunda, en mi cubículo del Centro de Estudios Históricos del Colegio, y la tercera, en la casa de don Daniel, delante de Luis Echeverría, doña María Esther, Rosa Luz, Luis Vicente, las Lupe, las Emma, Armida y yo, después de un sencillo convite. Lo vi en mi tierra, en San José de Gracia, altamente dichoso y dicharachero. Todavía lo oigo cuando tramaba un viaje por Europa. El viaje iba a comenzar en Perpignan, con la visita al amigo Jean Meyer, pero no se hizo porque murió repentinamente, como soldado en guerra.

En el último trecentio, Cosío lee, oye, habla y escribe sin cesar; publica alrededor de 5 000 páginas: dos volúmenes de la *Historia moderna*; uno de *Ensayos y notas*; tres sobre la vida política mexicana reciente; uno sobre su *Labor periodística real e imaginaria*, y numerosos artículos no reunidos en volumen. En el último lustro, desde que le da por presentir su muerte, pone mano a la operación de sus *Memorias*, pues quería publicarlas en vida. En su tercera edad se dobla un poco, se llena de canas, ensordece y

camina con cierta lentitud, pero sigue laborioso y lúcido. Se dice que la gula es el pecado capital propio de los cincuentones. Don Daniel cometió ese pecado hasta el último día. Se dice que a los viejos todo les aburre. A don Daniel casi nunca se le vio aburrido. Con los años no sufre ni la brillantez de la mirada ni la agresividad de su razón ni la aptitud de interesarse en esto y aquello. Algunos rasgos juveniles de signo negativo, en la vejez se volvieron positivos. Así su humor que pasa del sarcasmo a la nota de burla leve. Comoquiera, nunca fue hombre de risa fácil. Con los años pierde pesimismo, pero no deja de ver a los farsantes y chanchulleros que dificultan la felicidad de los mexicanos. Sólo su voz, un tanto nasal y chillona, permanece igual de opuesta a su porte de caballero águila.

Ya tosijoso, pues nunca pudo deshacerse de la costumbre de fumar, da magistrales lecciones de buena conducta cívica. En sus últimas jornadas se da el gusto de prescindir de la aprobación del gobierno. Defiende con sus artículos, plenos de viveza, lógica y gracia, el derecho que tiene todo ciudadano de diferir del poder. Sin eufemismos y sin solemnidad señala las lacras de los gobernantes, incluso las del presidente de la República, a quien los escritores mexicanos consideran intocable. Gracias a su buen tino para reunir la información *ad hoc* y su capacidad para descubrir infundios y farsantes logra poner, en la mayoría de los casos, el dedo en la llaga. Con todo, no se limita a señalar embustes. Como dice Lorenzo Meyer, su deseo de “velar por la buena marcha del país”, lo hace también aducir remedios, soluciones concretas y de fácil aplicación para los escalofríos de la patria. Siempre fue un patriota lúcido en el diagnóstico del malestar y acertado en la prescripción de la pócima que podía hacer un México libre y feliz.

Comoquiera, el influjo del caballero águila en las altas esferas de la política va a menos cuando debió ir a más. Como escritor político disgusta a la casta gobernante e influye poco en la dirección del país. Con quienes sí hizo amistades entusiastas fue con los gobernados que, como es sabido, influyen poco en el gobierno. Si éstos influyeran más, la influencia de don Daniel habría sido visible y palpable en la buena marcha de la República. Los conocimientos de Daniel Cosío, por la estructura política de México y la sordera y testarudez de los mandamases, no pasaron de ser grito sin eco, semilla caída en roca, luz en tierra de ciegos. Daniel Cosío Villegas, con Lucas Alamán, José María Luis Mora, Melchor Ocampo, Ignacio Vallarta, Justo Sierra, Carlos Pereyra, Antonio Caso, José Vasconcelos,

Alfonso Reyes y Octavio Paz es uno de los profetas de la sociedad mexicana. Como la gran mayoría de los citados, predicó en el desierto. Como los grandes de este país, en los momentos de indiferencia del público goza del apapacho oficial, y en los momentos en que el público lo aplaude es rechazado por los señores del gran poder. Quizá éstos adivinaban que Cosío con pueblo podía volverse un competidor temible de los poderosos, un filósofo-rey. A su excelente biógrafo, a Enrique Krauze, le confesó poco antes de morir: “Lo que no es política me importa un carajo”. A la pregunta de Jean Meyer:

—¿Alguna vez quiso ser presidente de la República?

Daniel Cosío Villegas, a los 75 años de edad, repuso:

—¡Siempre! Nunca quise ser otra cosa.

Su presidenciado habría sido una fortuna mayor que la del petróleo, pero quizá no tan valioso como su obra escrita.



## NOTICIA DE SU MÉXICO

La nación comprendida entre las presidencias de los generales González y Cárdenas fue sucesivamente la cuna, el molde y el principal escenario de las andanzas y las obras de José Vasconcelos. Aunque nacido en Oaxaca, abrió los ojos al país grande en donde éste difería más, o por lo menos en forma más visible, de un vecino que se ensanchaba, se enriquecía y era crecientemente pacífico, poderoso y culto, que no confiable. Desde que fue “niño del norte”, Vasconcelos asumió a su país como ser débil, pobre, oscuro, con creciente proclividad a la tormenta y al desastre y en riesgo de convertirse en un proconsulado o colonia de Yanquilandia.

El niño y el adolescente José Vasconcelos que vivió en media docena de regiones distintas de la República tuvo la oportunidad de ver con sus propios ojos lo que el Nigromante decía: “No se puede confundir en una sola a cien naciones diferentes”. De hecho, 200 sociedades, en su gran mayoría rústicas, se alimentaban de la pesca, o de la caza, o del cultivo del maíz y el frijol, o de la ganadería, y más de alguna de las módicas industrias del ixtle y el pulque. Cada una en su valle, su meseta, su oasis o su costa comerciaban poco entre sí, vivían distantes y eran en la práctica reinos autónomos o casi. Quizá 60 poseían su propio idioma, pero ya se contaban con los dedos de las manos las que aún no eran plenamente católicas. La Iglesia había conseguido la unificación de cosmovisiones, cultos y prácticas morales. El gobierno de corte liberal, bajo la batuta de Porfirio Díaz y sus científicos, se proponía unir a las 200 naciones mexicanas en un mercado común, el idioma español y un gobierno central a fuerza de construir ferrocarriles y escuelas; imponer autoridades nacionalistas y liberaloides en cada estado y región de la República, y confeccionar leyes y códigos que

\* Prólogo a José Vasconcelos, *El desastre*, México, Trillas, 1998, pp. 5-48.

uniformaran y pusieran al día las costumbres que no hubiese uniformado o mantuviese arcaicas la moral católica.

Como es bien sabido, la dictadura de los liberales intentó imponer, además de un orden nacional, un progreso económico, una salida de la inopia sin forzamientos artificiales, al modo como se repartía el principal don de la naturaleza: la lluvia. Lo primero era procurarse nubes; es decir, aglomeraciones de negocios de acá y sobre todo fuereños capaces de descargar una lluvia de riquezas, que a partir de la cima de las montañas sociales, en un dos por tres, por la vía del escurrimiento, volvieran dinámicos y ricos a los pobladores de relieves y hondonadas, como sucedió en la gran nación vecina y en varios países de Europa. Según la esperanza de los liberales, México pasaría de nublado a lluvioso y de aquí a vergel floreciente.

Sin lugar a dudas el porfiriato consiguió que una gran parte de México se nublara con ese tipo de nubes que fueron las minas, los bancos, los latifundios prósperos, las grandes tiendas y las fábricas, pero no pudo, por lo menos en el corto plazo que se esperaba, hacer que las nubes de la economía moderna se deshicieran en lluvia fecundante de los bajos fondos. La gran mayoría de la población se mantuvo pobre y aun miserable. La dictadura porfiriana enriqueció a una minoría ostentosa, prepotente y humillante. Casi ninguno de sus programas de salvación pasaron del nivel de las buenas intenciones.

Las lluvias fertilizadoras que se esperaban sobrevinieron como tormentas destructivas. El club de los científicos se hizo bolas; no supo transmitir los mandos a los jóvenes liberales y éstos, con la ayuda de gente humilde y de algunas granizadas de plomo, montaron en el poder a Madero y a una juventud neoliberal, culta y modernizante. Los chubascos siguieron y el aparato militar del antiguo régimen retomó el poder. Entonces sobrevino, en casi toda la República, la peor de las tormentas que según la gente rasa consistió en ires y venires de tropas, batallas y combates sangrientos, rapiñas, robos sacrílegos, quemazón de santos, colgadura de prójimos, intrigas, pleitos por el sillón presidencial, debates y convenciones, discursos y la llegada de don Venustiano Carranza al pináculo del poder, a primer jefe de una nación más desunida que nunca, pobre y hambrienta, azotada por enfermedades, hurtos, raptos y matonería. La Constitución de 1917, tan ofrecedora de alivio para la gente trabajadora del campo y de la fábrica, no fue entonces alivio para nadie, ni cese del crimen y la destrucción.

Tras la corta y fulminante tormenta de 1920, el “atormentador” pudo imponer una breve paz que tuvo visos de aurora, aunque sólo se quedó en relámpago. Entonces, según dice Alejandro Gómez Arias, “vivimos una frenética actividad cultural y política”; entonces México se volvió refugio de distinguidos intelectuales hispanoamericanos y adalid de la cultura hispánica de tipo moderno. Pero aquella atmósfera se corrompió, más que por la tormenta delahuertista, por el desastre a que dieron lugar la persecución religiosa, la lucha cristera, el magnicidio de Obregón, las fraudulentas elecciones de 1929, la crisis internacional, el maximato de Calles y otros sucesos desastrosos.

#### NOTICIA DE SU VIDA

La mayor y mejor parte de la trayectoria vital de José Vasconcelos tuvo como estímulo, estigma y escenario un México para muy pocos épico y para la mayoría de su gente, nocturno, nublado, tormentoso y cruel, con poquísimas horas de júbilo y muchas de angustia, dolor y muerte. Quizá los que lo vieron nacer en Oaxaca el 27 de febrero de 1882 en hogar bien abastecido y de linaje ilustre, le auguraron un porvenir placentero, sin sobresaltos, prestigioso, rico y fuerte. Aunque su infancia y adolescencia, vividas en las poblaciones nórdicas de Sásabe y Piedras Negras, en la céntrica Toluca y en Campeche no fueron del todo felices, sí gozó los mimos de su madre, el buen nivel de vida permitido por la actividad aduanera de su padre, la enseñanza en inglés de la escuela de Eagle Pass; la lectura de Platón, Schopenhauer, Nietzsche, Kant, Hegel, Bergson, Boutroux, Cha-teaubriand y Menéndez y Pelayo; la escuela de Campeche; los estímulos intelectuales recibidos en la ciudad de México en la preparatoria, sobre todo con un profesor tan independiente como don Francisco Pascual García, el abogado indio, y con los jóvenes criollos antipositivistas que integraron el Ateneo de la Juventud.

El hecho de haber tenido la suerte de pasar su infancia en el seno de una familia normal, de no sufrir estrechez económica, de haber sido un estudiante aventajado de la Preparatoria Nacional y de la Escuela de Jurisprudencia, y de haberse convertido a los 25 años de edad en un abogado próspero, dará lugar a que sus malquerientes le llamen señorito, burgués desconocedor de los sufrimientos del proletariado, aspirante a convertirse

en ricachón ocioso para dar rienda suelta a sus aficiones literarias y filosóficas. De hecho fue un entusiasta seguidor de aquel chaparrito que le puso el cascabel al gato. Ayudó con palabras y hechos al derrumbe de don Porfirio. Cuando asesinaron a Madero se mantuvo adicto al grupo maderista. A la caída de Huerta, desempeñó un papel protagónico en el intento de salvar las metas revolucionarias mediante la Convención de Aguascalientes. Cuando vio que se imponían por las armas las fuerzas del desorden y la ambición, se fue a Estados Unidos.

Para el propósito de enmarcar el tercer volumen de las memorias de José Vasconcelos, el tramo más significativo de su vida transcurrió entre dos crímenes famosos, entre los magnicidios de Carranza y de Obregón.

Apenas llegado a la presidencia interina de la República, don Adolfo de la Huerta, el 4 de junio de 1920, hizo a Vasconcelos rector de la Universidad de México, que era el mayor cargo de índole educativa existente en el país. Con algunos compañeros de generación y dos o tres discípulos, emprendió una gira por las ciudades del interior en busca de apoyo para su proyecto de abrir una Secretaría de Educación Pública que fue puesta en marcha en el temporal lluvioso de 1921 y de la que fue José Vasconcelos su primer timonel. A partir del 11 de octubre el flamante ministro se olvidó de sus inclinaciones a la buena mesa y la cama muelle y se puso a perorar, hacer y escribir sin tregua ni descanso. Jaime Torres Bodet recuerda que “hablaba sin pausas” y que “la lentitud no tenía cabida” en su calendario de actividades. “Comenzaba mi día —escribe el ministro en este tomo de sus memorias— a las siete de la mañana; desayunaba frutas y café, y a las ocho ya estaba visitando las obras, trepando andamios, urgiendo prisa, tomando nota de lo que hacía falta para apresurar su entrega. A las nueve llegaba a la oficina... En acuerdo con los jefes de departamento me pasaba la mañana; tres taquígrafas despachaban la correspondencia y tomaban al dictado comunicaciones, declaraciones, discursos y órdenes. Al mediodía... se abrían las puertas para todo mundo...”. En otra parte de este mismo volumen afirma: “Con gran liberalidad Obregón me firmaba todo lo que le ponía delante”.

Pese a lo bien que iban las cosas, Vasconcelos renunció a la Secretaría ante el presidente de la República por el asesinato del senador Field Jurado, quien se había negado a firmar los convenios antipatrióticos de Bucareli. Enseguida hizo campaña de giras y discursos para obtener un puesto de elección popular: la gubernatura de Oaxaca. Como no se le reconoció el

triunfo, dio la espalda a la política para volver a las letras y el periodismo. Fundó *La Antorcha*, una revista cultural que luego entregó a Samuel Ramos. Mientras los ministros de Educación del régimen callista desbarataban lo hecho por Vasconcelos, éste era muy bien recibido por los grandes de la cultura española. Aunque sin la suficiente paz interior, gozó ampliamente la arquitectura, los museos, la mesa, el espectáculo femenino y la recepción amistosa en Madrid y otras muchas ciudades de España. También anduvo en Roma, Florencia, Nápoles, Marsella, París, Viena, Budapest, Atenas y muchos lugares más de Europa. Excursionó por ciudades clásicas y modernas de Egipto, Turquía y Tierra Santa. Desde fines de 1927 y todo 1928 anduvo de la seca a la meca, en plan de conferenciante y profesor universitario en Estados Unidos. Enseñó en Chicago, Nueva York, Boston y Los Ángeles.

En Berkeley se enteró del asesinato de Obregón. Vuelto a México, se arremolinaron en torno suyo multitudes de jóvenes y de gente madura dispuestas a enderezar el cauce de la Revolución. Como candidato a la Presidencia de la República recorrió el país de uno a otro confín y despertó el sentimiento cívico en la mayoría de los mexicanos. Aun los que no llegaban a entender su pensamiento, le extendían su cariño y admiración. Aquel hombre luminoso les parecía a los humildes un enviado del cielo para salvar a la patria, pero la camarilla en el poder, por medio de un vigoroso fraude electoral, le impidió poner en práctica su misión salvadora. Vasconcelos recayó en sus aficiones turísticas y literarias. Alfonso Taracena dice: “Desde España, durante su exilio de trotamundos, Vasconcelos me escribió que acababa de terminar... el *Ulises criollo* y que mirara si podían publicarlo en el folletón de la revista *Omega*”. Pedía “ocho pesos a la semana por ello pues se encontraba muy bruja”. En buena parte, para salir de pobre, se había enganchado en una de las tradiciones gloriosas de México.

#### EN LA TRADICIÓN DE LAS MEMORIAS

Don Francisco Monterde está en lo justo cuando afirma: “En México los libros de memorias no son abundantes”, pero se equivoca cuando dice que sólo tienen importancia en otras latitudes. “En México —asegura Emmanuel Carballo— los libros de memorias constituyen un género poco practicado, pese a que los lectores los solicitan con entusiasmo”. A

pesar de que en los inicios de la literatura mexicana se produjeron abundantes ensayos confesionales, muchas breves narraciones autobiográficas que ha salvado del olvido el digesto de Francisco A. de Icaza, el *Diccionario autobiográfico de conquistadores*, sólo se produjo un recuento mayor por muchos motivos excepcional, la obra clásica, verdaderamente fascinante, de Bernal Díaz del Castillo, que aunque se llame *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* pudo haberse llamado *Memorias del conquistador Bernal Díaz*.

Después de la revolución de independencia el género autobiográfico reapareció formalmente en las *Memorias* de un personaje, por más de un motivo, precursor de José Vasconcelos. Fray Servando Teresa de Mier fue trotamundos; se entregó en diversas ocasiones al servicio de México; fue de pluma fácil y filosa, pero seguramente menos lúcido y juicioso que don José. También el patriota Miguel Guridi y Alcocer hizo *Apuntes de la vida* que llevó de 1763 a 1802, donde narra, con lenguaje desvergonzado, lances y picardías. Ninguna de las dos memorias anteriores fue tan leída y aclamada como las obras de Guillermo Prieto, que llevan los nombres de *Memorias de mis tiempos* y *Viajes de orden suprema*. La primera, utilísima para enterarse de la vida metropolitana de México entre 1828 y 1853. La segunda exhibe ante los capitalinos la vida de los provincianos en tiempos de las guerras de Reforma e intervención. Tres hombres públicos porfirianos dejan a su vez memorias de sus proezas: Federico Gamboa, Victoriano Salado Álvarez y José Yves Limantour.

En medio del estrépito de las armas, en la época cruel que solemos llamar Revolución mexicana, surgieron vigorosamente, como en el siglo XVI, la autobiografía y el autobombo. Desde los días de Carranza, diarios y semanarios dieron en prodigar relaciones breves de méritos y servicios de los protagonistas de la Revolución. Algunos no se contentaron con dar a conocer sus proezas en las hojas efímeras de los periódicos. Álvaro Obregón produjo sus *Ocho mil kilómetros en campaña*. En los 20 años siguientes tomaron el camino autobiográfico una docena de militares y políticos, entre éstos José Vasconcelos, el más ilustre de todos.

A partir de 1935 empezaron a publicarse los libros autobiográficos de José Vasconcelos. En 1935 salió a la luz pública *Ulises criollo, la vida del autor escrita por él mismo*. En 1936, el *bestseller* de las librerías fue *La tormenta, segunda parte de Ulises criollo*. Ediciones Botas lanzó en 1937 *Qué es la revolución* del propio Vasconcelos, en vez de la esperada tercera parte del

*Ulises*. En 1938, el año de la máxima popularidad de un presidente que nuestro Ulises nunca quiso, en medio de la euforia suscitada por la expropiación petrolera, Botas publicó, en letras de molde, *El desastre*, un volumen de 828 páginas.

Como era costumbre en el autor, *El desastre* se escribió con prisas y sin orden. Alfonso Taracena, su fiel Boswell, dice que trabajaba desordenadamente. “Escribía a máquina, de cualquier manera... odiaba la meticulosa labor de releer sus escritos y ponerles comas y acentos... No tenía archivo alguno”. Todos los volúmenes autobiográficos fueron escritos de un tirón. Según don Pepe, escribía de prisa para no olvidar lo que estaba pensando. Le confesó a Emmanuel Carballo: “En el trance de la escritura actúo como un poseso” aunque “siempre he trazado minuciosamente el plan de mis libros”. Quizá su autobiografía fue hecha con más premura que sus otras publicaciones. Quizá las redacciones del *Ulises criollo* y *La tormenta* estuvieron más cuidadas que *El desastre* y *El proconsulado*. Los cuatro libros, como es de esperarse, están escritos en primera persona, pero no se escribieron para dar a conocer la vida secreta, ni siquiera la vida privada de José Vasconcelos. Y quizá la menos íntima de las cuatro obras autobiográficas sea *El desastre*. Aquí está muy lejos de ser egotista, de hacerse introspección, de recordar insomnios, diarreas, dolores de cabeza, sensaciones y sentimientos a la manera de los autores de diarios íntimos y de Marcel Proust. Aquí se habla más de otros que de él, más de la circunstancia que del yo, más de lo público que de lo privado.

Aunque escrito sin sosiego, a las volandas, como todos los libros de aquel autor itinerante, pasional y fogoso, *El desastre*, es menos íntimo que *Ulises* y *La tormenta*. La mayor parte del rechoncho volumen lo cubre un momento sobresaliente de su vida pública. En su prólogo se lee que la presente obra es una “narración que abarca [en el autor] un periodo de madurez en que apagada, amortiguada la flama erótica, el anhelo se concentra en la obra social”.

#### LA FELICIDAD EN EL DESASTRE

Pese al título, casi la mitad del voluminoso libro narra los momentos más felices y fecundos de José Vasconcelos y su brillante equipo de colaboradores, muy minuciosamente seleccionados. Dice que después de correr “a

todo el personal espurio” que vivía de la educación, rechazada la idea de introducir “centenares de profesores norteamericanos”, se rodeó de la crema y nata de México (Ezequiel Chávez, Roberto Medellín, Francisco Figueroa, Francisco Morales, el ingeniero Peralta, Jaime Torres Bodet, Gómez Robelo, Adolfo Best, Julián Carrillo) y de la América hispana (Gabriela Mistral, Pedro Henríquez Ureña y muchos más).

Muestra tanto orgullo de su personal como del presupuesto que le permitió ejercer el presidente de la República. Según lo cuenta aquí: el jefe de Estado “lo autorizó para pedir a las cámaras un presupuesto para el primer año de labores... una suma que era el doble de la destinada a educación por el gobierno de Madero y triple de la que se pusiera a disposición de Justo Sierra en la época porfirista”. Sólo se duele de que el ministro de la Guerra manejara un presupuesto mayor que el suyo.

La primera mitad de *El desastre* es el mejor informe que se haya dado hasta ahora en México de una etapa educativa. Sin actitudes presuntuosas, en lenguaje llano, se describen las hazañas de mil intensos días de la SEP. En forma eficaz y sucinta, se da cuenta de algunos proyectos que se echaron a volar en los años del águila: la campaña contra el analfabetismo, el ejército infantil de educadores, la apertura de 5 000 escuelas, la incorporación al sistema de enseñanza de 9 000 maestros, la matrícula de más de un millón de alumnos en un sistema que antes no recibía ni 500 000, la hechura de numerosas escuelas técnicas e industriales, el establecimiento de unidades de pequeñas industrias, el reparto de desayunos escolares; las construcciones del Instituto Tecnológico de México y una flamante Escuela de Ciencias Químicas; la fundación de centros pro-artistas que funcionaban al aire libre; la inauguración de bibliotecas aun en las más apartadas y minúsculas congregaciones; la constante prédica de los beneficios de la democracia; la exaltación del nacionalismo y de los valores de las culturas precortesianas; el edificio del palacio de la Secretaría de Educación Pública, donde pintaron a sus anchas los máximos artistas del momento, los que desde entonces corrieron con la fama de ser los tres grandes del muralismo mexicano: José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros.

“Mi plan —escribe— estableció un Ministerio con atribuciones en todo el país y dividido en tres grandes departamentos... Escuelas, Bibliotecas y Bellas Artes”. Bajo el rubro de escuelas se incluyó la educación de adultos, la enseñanza indígena y la de la mujer. Según José Joaquín Blanco: “En toda la historia de México no existe un proyecto oficial [feminista]

comparable al de Vasconcelos, ni más práctico”. Comoquiera, dedicó menos espacio a referir sus realizaciones y más a quejarse de que “tenía que sostener lucha diaria para defender al Ministerio de Educación de las intromisiones de los políticos de uno y otro bando”.

No se espere encontrar en *El desastre* la información, y menos aún el elogio, de los que algunos consideran la obra máxima del vasconcelismo, la obra editorial. En ningún momento se adorna con la edición de los clásicos, las Lecturas Clásicas para Niños, las Lecturas Clásicas para Mujeres y dos espléndidas revistas: *El Maestro* y *El Libro y el Pueblo*. En aquella, aunque en papel modesto, colaboraban los dioses mayores de la literatura mexicana y ofrecía abundante material didáctico a los maestros. En la segunda, mensual y bibliográfica, aparecida por primera vez en marzo de 1922, se tuvo el propósito de “cultivar el amor a la lectura” y de sugerir “qué debe leerse y en dónde puede leerse”.

*El desastre* pudo haberle dado más espacio a la obra educativa que animó Vasconcelos. En sus memorias fue parco al referirse a su mayor hazaña, quizá porque en obra anterior ya se había referido a ella: *De Robinsón a Odiseo: pedagogía estructurativa*. También cabe aventurar la hipótesis de que Vasconcelos tendía a menospreciar los aspectos felices de su vida y de su obra y a poner énfasis en los desgraciados. Aun al referirse a los meses luminosos de la Secretaría de Educación Pública se detuvo más en referir los prietos del arroz: el incidente con la dictadura de Venezuela, la celebración forzada del centenario de la consumación de la independencia, las difíciles relaciones con algunos periodistas, su distanciamiento de Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, la huelga de la Preparatoria, la rebelión delahuertista, la ruptura con Obregón y su testaferrero Calles, la desastrosa campaña electoral que le impidió ser gobernador de Oaxaca, el intento cismático y la persecución religiosa instrumentada por el presidente Calles. Lo que pudo haber sido sólo una justa autoalabanza se mezcló con reproches, narración de pleitos y entrada en escena de personajes cuchos y malévolos.

#### VIAJE POR EL VIEJO MUNDO

*El desastre* dedica más de 50 páginas a referir el viaje a la península ibérica, donde, según dice, fue “tratado fraternalmente” y se sintió “un poco en la situación del descendiente de aquellos que un día dejaron la patria penin-

sular en actitud más o menos rebelde y con el propósito de crear un mundo nuevo”. Habla de su estadía veraniega en Madrid, de sus paseos por la Castellana que “era una fiesta de mujeres bonitas”. Escribe: “nada está regimentado en España y ése es su encanto y su fuerza”. Cuenta cómo tuvo allí oportunidad de visitar espléndidos museos, asistir a tertulias, recorrer los caminos de España, solazarse con los monumentos y otros atractivos de Sevilla, Granada, Barcelona, Montserrat y Mallorca, y comer y beber espléndidamente a la usanza española.

Interrumpe aquí y allá la narración del viaje para hacerse preguntas como éstas: “¿Tenía algún sentido mi radicalismo? ¿Había algún odio, en verdad en el fondo de aquellos desplantes que han sido mi carga? ¿Qué extraño destino fracasado era el mío, que siempre me llevaba a posiciones de perseguido y de víctima y condenado a la mediocridad en lo material? ¿Salía alguien ganando en México con mi sacrificio?”. Pero antes de dar respuesta satisfactoria a sus preguntas y preocupaciones continúa su viaje; deja España; visita y describe Carasona, Arles, Nimes y Marsella; conversa en Niza con Manuel Ugarte que poco después le escribiría a uno de sus amigos: “Ya está aquí otro expulsado de América porque le quiso hacer el bien”.

En las 100 páginas siguientes nos habla con admiración de Génova, Florencia, Siena, Asís, Roma, el Vaticano, la campiña romana, Nápoles, Pompeya, Capri y Brindisi. Como de costumbre, entre sus descripciones de obras de arte, bellas damas, buenos platillos y escenarios campesinos, intercala reflexiones de este jaez: “La triste suerte del hombre de letras en México ha sido servir de amanuense a los caudillos primarios, dueños del albedrío de una nación explotada en lo grande por el extranjero, en lo pequeño por la porción salvaje” de su gente. Al toparse por allá con el general Arnulfo Gómez, suspirante a la presidencia de México, piensa: “¡Ay del intelectual que se niega a echar discursos de encomio a estos malhechores!”.

“El viaje a Grecia no lo emprendí como un devoto de la cultura ateniense, sino como paso lógico de mi ruta por el arte bizantino, paradigma de las futuras clasificaciones de mi *Estética*. Ni siquiera por lecturas recientes —prosigue Vasconcelos— estaba yo preparado para recibir las impresiones clásicas”. “Me proponía convencerme de que no es el Partenón el modelo supremo de la humana arquitectura, sino la basílica de Santa Sofía”. De todos modos tuvo que aceptar que la cultura clásica, testimoniada en el Partenón, “es mucho más nuestra... que la más auténtica antigüedad azteca y tolteca... Nunca se cansa la mirada de acariciar aquellos torsos y

perfiles...”. Comoquiera, dedica sus mejores páginas a Constantinopla y especialmente a Santa Sofía y Santa Irene.

El expreso Sud Oriente lo llevó a Budapest. En Viena fue muy bien recibido por Iso Brante, quien lo puso en contacto con la vida política y cotidiana y con una loca ardiente. Después de dar la vuelta por Venecia, se puso al habla, en París, con Chacón y con Reyes. Hizo migas con estudiantes latinoamericanos y declaró: “A mí me ha irritado siempre un derechismo” que busca “los desechos humanos de una dinastía desprestigiada. Igualmente me irritan los extremistas que endiosan a Stalin”. Cuenta enseguida su encuentro con Blasco Ibáñez a quien le reclamó el haberse ensañado, en su libro sobre México “en sus ataques al indio... Un español no debe hablar del indio en tono de imperialista *yankee*, porque lo más ilustre de la obra de España en América fue la absorción del indio”.

En eso lo invitaron a dar un cursillo muy bien pagado en la Universidad de Puerto Rico. Con desgana volvió a América donde, después de leídas, publicó las charlas que constituyen el volumen titulado *Indología*. Luego en Chicago disertó sobre *Aspects of Mexican Civilization*. También estuvo de maestro en la Universidad de Columbia y, según cuenta, a los siete meses de estar en Estados Unidos, en la primera mitad de 1928, ahorró cosa de 3 000 dólares.

Los últimos capitulillos de *El desastre* cuentan un enredo amoroso que tiraba a tragedia y terminó en boda; un viaje por Brujas, Gante y Ámsterdam; más viajes y un libro; excursión con Carlos Pellicer por Florencia, Roma, Nápoles, Palermo, Taormina, Alejandría, El Cairo, Keops y la Esfinge, Menfis, Luxor, Karnak, Jerusalén, la Tierra Santa. Otra vez en Estados Unidos expuso la legislación agraria de México desde la colonia e hizo un gordo *Tratado de metafísica* y un breve retrato del vecino del norte, incluido en este volumen con el nombre de “Panorama en *Yankeelandia*”. Cierra *El desastre* con un capítulo de reflexiones hechas a propósito de la muerte de Álvaro Obregón.

#### UN AUTOR UNIVERSITARIO LEÍDO POR EL PUEBLO

En 1937 el padre Federico volvía a su terruño después de cumplir con un destierro de ocho años que le impuso el gobernador de Michoacán. Traía en su maleta, aparte de su breviario, los dos primeros libros de las memo-

rias de aquel candidato a la Presidencia de la República que menospreciaba a los cristeros. Comoquiera, las memorias de Vasconcelos le habían gustado mucho al capellán de la Cristiada Federico González, quien las prestaba a sus coterráneos con la recomendación de que no fueran a caer en manos de jóvenes y de mujeres. En mi casa estuvieron sucesivamente el *Ulises criollo*, *La tormenta* y *El desastre* que mi padre leyó a escondidas de mí exactamente como lo hice yo a escondidas de él. Él con frecuencia comentaba su lectura con otros hombres de su edad e incluso les leía pasajes enteros de los mentados libros a quienes no sabían leer. La lectura de aquel único ejemplar, primero en dos, luego en tres y, por fin, en cuatro tomos de la vida de José Vasconcelos, llegó a una veintena de personas en un pueblo de 1 000 habitantes.

No sé qué pasaría con las confesiones del san Agustín Vasconcelos en otras comunidades de la República. Tampoco sabría decir si sólo fueron leídas por los “malos”, según el sentir de las izquierdas. Por lo que me tocó ver y experimentar me parece muy creíble la afirmación de Víctor Alba: “*Ulises criollo* fue uno de los tres únicos libros que han tenido en México un auténtico éxito de público. Los otros dos fueron *La sucesión presidencial* de Madero y *El verdadero Juárez* de Bulnes”. Quizá haya que agregar a los citados el trío de volúmenes que siguió al *Ulises*, pues no es creíble a la vista de las ediciones que se han hecho de *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado* que estos volúmenes hayan sido poco interesantes para el común de los lectores, como dicen algunos plumíferos envidiosos. Es ampliamente comprobable la afirmación de Emmanuel Carballo: “Cuando Vasconcelos da a la publicidad los cuatro tomos de sus memorias se produce una bomba en el mercado del libro. Los lectores toman partido: unos piden la cabeza del cínico (y a veces su tronco y extremidades) y otros solicitan para ese mexicano exhibicionista o sincero el reconocimiento y los parabienes de la patria. Se establece así la polémica, y casi tan curioso como extraño, los libros en cuestión se convierten en *bestsellers* y más que muy vendidos se vuelven muy leídos y comentados”.

En la Secretaría de Educación Pública y en la campaña de 1929 el prestigio de Vasconcelos, según lo recuerda Gómez Arias, “era enorme no sólo entre las capas intelectuales sino, también, entre las populares, quienes sentían por él una gran admiración y respeto”. Ciertamente no hubo sublevaciones en su favor después del fraude de 1929, pues no había charreteras que lo secundaran ni simpatizadores extranjeros que le dieran

fusiles. Ni como actor político ni como autor de libros Vasconcelos gozó de la simpatía de los hombres públicos y menos aún del cariño de los militares. Quien predicaba la democracia y la paz no tenía por qué exigir comprensión y afecto de los buscadores de poder y de los hacedores de trifulcas. En cambio, el hombre y la mujer sencillos, la gente distante del poder y amiga de la concordia se mantuvo fiel a las enseñanzas del maestro cuando éste, en vez de acciones y discursos, empezó a lanzar recuerdos en forma de libros.

Puede atribuirse a la popularidad alcanzada por los textos autobiográficos del caudillo del 29 la gran afluencia de obras del género memorioso en los dos últimos tercios del siglo xx y en este país que fue, por centurias, tan poco dado a las confesiones de los políticos. Casi todos los ex presidentes de la República, de Pascual Ortiz Rubio para acá, han escrito o dictado recuerdos, que quizá por demasiado autocelebratorios y prudentes, han tenido bastante éxito de ventas y poco de lectura. La excepción podrían ser las memorias de Díaz Ordaz que no se han publicado. Ya han sido excepcionales las autobiografías de algunos políticos de segundo orden. Ha sido bien acogida por los lectores la de Gonzalo N. Santos, el cacique de San Luis Potosí, que llega a extremos de cinismo que jamás se permitió la obra que quería imitar. Han tenido fortuna entre los cultos, que no entre el pueblo raso, las memorias de Jaime Torres Bodet y otros funcionarios de la misma especie. Por lo que se ve, Vasconcelos sigue siendo el rey de los memorialistas, el de más arrastre, renombre y lucidez.

#### UN AUTOR IMPROVISADO ANTE LOS DOCTORES

Es de esperar que un autor tan claridoso y con tanta capacidad de insulto como José Vasconcelos no sea unánimemente reconocido y agasajado por todos los gargantones que lo han leído. En vida nunca llegó a tener los reconocimientos oficiales que se tributaron a don Alfonso Reyes, Antonio Caso, Ignacio Chávez, José Clemente Orozco, Diego Rivera, Enrique González Martínez, Mariano Azuela y demás miembros fundadores de El Colegio Nacional. De los llamados maestros eméritos de la República mexicana ninguno recibió como él la repulsa de sus colegas en los dos últimos decenios de su vida. Vasconcelos solía decir: “He muerto para muchos porque ya no les puedo dar empleo”. Los intelect-

tuales, que murmuraban de él y le sacaban la vuelta, decían que su desamor era causado por las actitudes reaccionarias del último Vasconcelos. Según éstos era imperdonable que el ex ministro de Obregón hablara bien de Franco y otros dictadores y se hubiera hecho de la orden tercera de San Francisco.

Comoquiera, muy pocos de sus coetáneos, incluso los que recibieron golpes verbales de su recia y franca personalidad se atrevieron a disminuir, por escrito, su figura. Martín Luis Guzmán, que sufrió varias arremetidas de nuestro *Ulises*, le confiesa a Carballo: “Él era para nosotros el genio”. Fernández MacGregor escribe en *El río de mi sangre*: “Vasconcelos posee superior dosis de genio... Es el hombre que más ha influido en México después de Lucas Alamán. Sus memorias contienen trozos de magnífica prosa”. No se sabe qué diga Alfonso Reyes en su *Diario* de su camarada del Ateneo. Cuando lo entrevistó Carballo, dijo: “Fue el representante de la filosofía molesta. La mezclaba ingenuamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica”. Julio Torri afirmó: “Me gustan las primeras ediciones de sus memorias”.

Contra lo acostumbrado, la generación siguiente a la suya, la de los nacidos entre 1890 y 1906, la presuntuosa de los Siete Sabios o de 1915, trató con sumo respeto y signos de admiración a José Vasconcelos. Sirvan de botones de muestra los juicios tan benévolos de Salvador Novo, Carlos Pellicer, Max Aub, José Gaos, Alfonso Junco y Jaime Torres Bodet. La lengua venenosa de Novo reconoció en Vasconcelos a “un enorme pensador y un enorme prosista”. Pellicer solía decir: “Era un hombre de genio. Ninguno se podía comparar con Vasconcelos”. Max Aub dictaminó: “Vivió para contarlo. Esto en cuanto a su obra literaria. Para su obra educativa supo escoger a los mejores en el momento debido. Lo único que no podrá hacer es descansar en paz”. Gaos lo tuvo por el filósofo más original de los nacidos en la América hispánica. Alfonso Junco lo mimó por escrito y de palabra en la postrera edad. Para el poeta católico, “aquel hombre que escribía a puñetazos... era en lo personal lo más humilde, lo más afable, lo más natural, lo más bonachón que pueda darse”. Y según su ex secretario Torres Bodet: “De los tres grandes educadores de que se ufana nuestro país (Barreda, Sierra, Vasconcelos) el tercero habrá de quedar... como el más atrevido y contradictorio, el más impulsivo y el más fulgurante, el menos lógico y el más genial”.

El juicio de Jaime Torres Bodet ha tenido seguidores en la camada de los neocientíficos, de los miembros sobresalientes de la generación de 1929 o vasconcelista. Los que se jugaron la vida para llevar a la Presidencia de la República a Vasconcelos han producido un par de obras de primer orden: *Las palabras perdidas*, de Mauricio Magdaleno, y *La aventura vasconcelista*, de Salvador Azuela. El jesuita José Sánchez Villaseñor enjuició serenamente *El sistema filosófico de Vasconcelos*, pero quizá sea el dictamen de otro filósofo el que refleje mejor el sentir de la camada vasconcelista. Don Eduardo García Máynez ve en el universo vasconceliano “menosprecio del pensamiento conceptual o puramente abstracto; amor a la síntesis y desdén del análisis; irracionalismo; subordinación de la actitud teórica al enfoque artístico, y sobre todo, creencia de que en lo estético reside el principio metafísico del mundo”.

La personalidad extraordinariamente rica del político, pensador, enamorado y memorioso José Vasconcelos también atrae la atención de algunos intelectuales de la generación del Medio Siglo. Agustín Basave despacha desde Monterrey un profundo y vasto análisis de *La filosofía de José Vasconcelos*. Fedro Guillén le dedica su libro: *Vasconcelos, apresurado de Dios*. Algunos jóvenes norteamericanos aspirantes al título doctoral lo escogen como tema de tesis. Emmanuel Carballo, en 1985, escribe de *El desastre* que hoy se reedita: “Vasconcelos cuando acierta... ilumina lo que toca, devela el misterio de las cosas y formula acertados juicios de valor sobre ideas, hechos y personas. Algunas observaciones que recoge [en la sección turística de *El desastre*] son dignas del mejor Vasconcelos... En una literatura como la nuestra, en la que son escasas las obras que tratan de viajes... Vasconcelos, como sucede en otros campos, es uno de nuestros escritores sobresalientes”. El mismo año, en otro artículo sobre la hazaña cultural de Vasconcelos, asegura: “Vista desde la perspectiva de hoy, su labor sorprende por su realismo y audacia. Supo entender lo que el país necesitaba a corto y a largo plazos”.

Mientras otras figuras gigantes de la constelación revolucionaria de 1910 tiran al olvido o disminuyen su estatura ante las nuevas generaciones, pese a los actos celebratorios de la rutina oficial, José Vasconcelos, a quien rara vez se le conmemora en las cúpulas del poder, del dinero y de la universidad, es recordado y leído cada vez con mayor frecuencia por los intelectuales de la generación recién llegada al poder y por jóvenes que aún no llegan. Las disquisiciones vasconcelianas de José Joaquín Blanco, Alicia

Gómez Orozco, Enrique Krauze, Carlos Monsiváis, Margarita Vera y María de los Ángeles Yáñez indican que Vasconcelos va que vuela para clásico. Treinta años después de su muerte sigue vivo y suscita aún amores, odios y análisis serenos en gente joven de casa y de fuera. El treintañero José Joaquín Blanco ha escrito muchísimas palabras sobre Vasconcelos que terminan con éstas: “Como autor de variados contrastes, José Vasconcelos suscita demasiadas cosas, pone al lector a vivir abigarrada y convulsivamente; meses o años después de haberlo leído sigue bullendo en las mentes con tan extraordinaria amplitud que atrae y rechaza por igual a los más opuestos lectores”. Por lo que se ve, los mejores estudios vasconcelianos provienen hasta ahora de gente muy joven, de Skirius y de Fell, de un norteamericano y un francés.

Quizá la época y el México que le tocaron vivir no fueron el tiempo y la nación mejores para la personalidad creadora de Vasconcelos. Quizá todavía no sean los más a propósito para el gran hombre la hora y el país actuales. Comoquiera, hay indicios de que se aproximan la hora y el México al que él hubiera servido sin estorbos, al que de todos modos servirá con su obra escrita, por medio de sus libros de filosofía y de ficción, históricos y proféticos, místicos y lujuriosos, y especialmente con sus memorias, el *Ulises criollo*, *La tormenta*, *El proconsulado* y *El desastre*. Éste, el menos pesimista de sus libros autobiográficos, en su primer tercio, informe de una labor descomunal y gloriosa; en el segundo, un inteligente y sensible libro de viajes, y en el tercio restante reúne diatribas contra los políticos corruptos; es látigo de dictadores y milites; incluye relatos de aventuras eróticas vesperales, reflexiones moralistas, elogios e insultos y otros muchos temas de los que hacen pensar y sentir. Por lo voluminoso, no es un libro para leerse de pie, pero aun cuando se lea sentado o en la cama mantiene despierto incluso al más dormilón de los lectores.

15  
LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS  
REVOLUCIONADOS\*

LA REVOLUCIÓN MEXICANA es un conjunto de acciones, que arranca de 1910, al cual algunos intelectuales marxistas le niegan el carácter de revolución, y la *vox populi*, el carácter de mexicano. En este terreno, lo único indiscutido es la fecha inicial. Nadie califica de inexacta la celebración del septuagésimo quinto aniversario del inicio de la gran revuelta en este 1985. Se discute mucho el año del acabose. Según los voceros del grupo en el poder, el cierre de la Revolución no llega todavía y está aún lejano. Para los que ven el fenómeno con ojos de cineasta, la épica revolucionaria, emocionante por destructiva, se derrumba al promulgarse el texto constitucional de 1917. Quienes consideran como meollo del suceso las reformas agraria, laboral, eclesiástica y nacionalizadora, ven su muerte de cisne, su último grito, en la expropiación petrolera de 1938. Otros aseguran que la mató Alemán en 1946; otros, que el puntillazo se lo dio Díaz Ordaz en 1968. Para los fines de este ensayo se ha escogido 1940 como fecha terminal.

Quienes dicen que revoluciones sólo son la rusa, la china, la cubana y la nicaragüense, la de México no lo es ni pretendió serlo. En lo político, dispuso el traslado a París de un presidente de la República que no atinaba a bajarse por las buenas de la silla del poder supremo, pero no se deshizo de la estructura política imperante desde la Reforma liberal. En lo económico, propugnó por una economía mixta, pero nunca quiso convertirse en administradora única de empresas. Reformó el régimen de propiedad y las relaciones laborales sin desdoro de los parvifundistas y de las prácticas propias del capitalismo. No pretendió deshacer los usos liberales, que sí restringir abusos. En lo cultural no fue de ningún modo ruptura con el pasado inmediato. Se mantuvo firme en el propósito de modernizar a México en los sectores de la economía, la participación y la cultura. En lo

\* En *Independencia y Revolución mexicana*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, pp. 139-148.

tocante a valores éticos, estéticos, científicos, filosóficos y religiosos, la llamada oficialmente Revolución Mexicana no quiso romper con el porfiriato, y por lo mismo, mantuvo la política cultural de los científicos, por cierto hostil a las tradiciones culturales de México. Se opuso, como la Reforma, a entrar en componendas con los valores culturales del pueblo.

Si se llama mexicano el conjunto de usos y costumbres de la mayoría de los habitantes de México, la Revolución no puede recibir el mismo epíteto. Los caudillos de la Revolución, salvo Villa y Zapata, rehusaban compartir los valores culturales de la gran mayoría de la población y más aún el estilo de cultura de alguna de las 100 minorías étnicas. Los insurgentes de 1910 no pensaban como la parte mayoritaria del país. Indudablemente la insurrección a la que llama Madero se da en todos los estados de la República, pero únicamente en los del norte de modo claro. El grupo insurgente que derrumbó al dictador Díaz fue apenas el uno por millar del haber demográfico de México. El maderista fue un movimiento de algunos pequeños burgueses. Aunque fue mayor el número de personas que hicieron armas contra la dictadura de Huerta, no llegaron al cinco por millar. Por otra parte, la mayoría de la minoría sublevada fue súbdita de los dos caudillos que de ninguna manera representaban la ortodoxia de los gananciosos. Ni Villa ni Zapata, quienes podían ser aspirantes al título de líderes de Juan Pueblo, fueron los triunfadores de la rebelión. En resumidas cuentas, el grupo que se hizo del poder a partir de 1917, el de la pàrvula clase media, nunca fue verdaderamente revolucionario, sólo reformista, y jamás dejó de ser la voluntad de unos cuantos. Por tales razones, la Revolución es apenas revolucionaria y mexicana. Con todo, produjo el escándalo del siglo, y como tal sigue siendo argumento de muchas historias.

Sobre el complejo llamado Revolución mexicana existe un material histórico abundantísimo. Esto se ve muy a las claras en el *Handbook of Latin American Studies* en donde Stanley R. Ross estuvo informando de las publicaciones relativas a tal contienda durante varios años. También se puede advertir lo torrencial de tal literatura histórica en *Fuentes de la Revolución mexicana*, cuya serie sobre “artículos” es también obra de Ross. Un tercer testimonio del torrente historiográfico a que nos referimos lo da la *Bibliografía histórica mexicana* que desde 1956 publica El Colegio de México. No cabe duda de que el asunto de la Revolución mexicana es un manantial que no cesa en inspirar volúmenes, artículos, videocartuchos y películas, hechos, en su gran mayoría, desde

*el mirador de los revolucionarios*

que no desde el punto de vista de árbitros académicos, “contras” y gente común. Desde su nacimiento, las peripecias de la vida revolucionaria fueron difundidas por crónicas periodísticas que durante el primer lustro de la Revolución se mostraron desfavorables a la lucha maderista. El antiguo régimen mantuvo en pie su ejército y sus medios de información hasta 1914. Como es bien sabido, Madero no tuvo buena prensa mientras recorrería la República como candidato presidencial ni tampoco durante la lucha. No hizo nada por ganarse la venia de los periodistas cuando fue presidente, y sus seguidores no pudieron conquistar los periódicos durante la dictadura contrarrevolucionaria de Huerta.

En 1914, por los Tratados de Teoloyucan, se licencia al ejército de Porfirio Díaz y, sin ningún convenio, se esconde o se atenúa la información hostil al proceso revolucionario. De entonces para acá, la mayoría de las crónicas periodísticas toman el partido de la trifulca, y dentro de ella, el del constitucionalismo. El grupo intelectual de la élite revolucionaria irrumpe en la mayor parte de las páginas de la prensa periódica y no fue parco en piropos para los hombres y los hechos de la hora. Desde los días de Carranza, los diarios y las revistas semanales prodigan, además de reportajes de la acción cotidiana de signo oficial y revolucionario, relaciones breves de méritos y servicios de quienes capitaneaban la contienda.

Algunos no se contentaron con dar a conocer sus hazañas en las hojas efímeras de periódicos y revistas. El general Álvaro Obregón no quiso ser menos que Hernán Cortés y produjo sus *Ocho mil kilómetros en campaña*, equiparable a las *Cartas de relación* del extremeño del siglo XVI. Entre 1917 y 1940 tomaron el camino autobiográfico y autopanegírico del sonorenses, Pedro J. Almada, Félix Palavicini, Alberto Pani, José Rubén Romero y José Vasconcelos. De los autobiógrafos del cuarenta para acá, sobresalen Amado Aguirre, Alfredo Breceda, Lázaro Cárdenas, Federico Cervantes, Andrés Figueroa, Adolfo de la Huerta, Emilio Portes Gil, Jorge Prieto Laurens y Francisco L. Urquiza. Junto a esta manera autobiográfica de encomiar la lucha creció el modo biográfico de ver la caída del “pérfido” Díaz y sus “malvados” científicos y el ascenso al poder de los capitanes revolucionarios. Todavía no cesa el alud de biografías encomiásticas sobre los Flores Magón, Madero, Villa, Zapata, Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas, así como los héroes secundarios.

También forman legión dentro de esta historia recordada, memoria-lística y laudatoria los libros de sucesos militares e intrigas políticas, propiciados por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y otros órganos oficiales. Han sido difundidas las obras de Florencio Barrera Fuentes, Isidro Fabela, Juan Gualberto Amaya, Diego Arenas Guzmán, Alberto Calzadías, Eduardo Luquín, Miguel Sánchez Lamego, Alfonso Taracena, Juan Barragán, Juan Manuel Torrea, Jesús Romero Flores y José C. Valadés, el mayor de todos.

Las obras histórico-prorrevolucionarias que se basan en recuerdos de protagonistas y cuya objetividad nadie está dispuesto a defender, suman centenares.

Al irse desgranando la mazorca revolucionaria disminuye la cosecha de epopeyas escritas por veteranos de la Revolución, por adalides y la vez narradores de sucesos acaecidos en el periodo 1910-1940. Con todo, la historia reverencial, conmemorativa de los personajes difuntos, siguió dándose en los discursos del 20 de noviembre, en artículos de diario y revista y aun en volúmenes celebratorios de los aniversarios de las hazañas cumbres de la Revolución. En pos de los caídos vienen autores que no se apartan de la imagen oficial de la lucha. Personas ajenas a los tiroteos y las correrías de los años diez y a los acaeceres reformistas de los veinte a los cuarenta, gente que disfruta de lo establecido por los veteranos, produce abundantes historias apegadas al dogma oficial, historias con información poco creíble y mucho olor a incienso. Quizá la obra más representativa de la especie sea la que sale con el rótulo de *Cincuenta años de Revolución mexicana*, más conocida con el nombre irónico de *Cincuenta años de felicidad mexicana*.

Con todo, lo predominante en los últimos 25 años ha sido una nueva concepción revolucionaria, obra de propios y extraños, pero siempre de historiadores profesionales. Recuérdese que a partir de 1940, El Colegio de México y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM comenzaron a formar investigadores de la historia mexicana. Por las mismas fechas creció en Estados Unidos el interés por historiar profesionalmente lo que Ross llama la revolución preferida por el gobierno yanqui. La creciente preferencia externa y la creciente seriedad interna de los estudios históricos han conducido a un análisis múltiple del pasado inmediato de México desde

*el mirador de los científicos,*

de los practicantes de las ciencias del hombre que alardean de objetividad, paciencia y neutralidad y que viven encastillados en los institutos de investigación de universidades extranjeras y nacionales, o en institutos autónomos como los del sistema Colmex que, desde la fundación de El Colegio de Michoacán, tienden a ser muchos, muy profesionales y un poco heterodoxos. Lo cierto es que desde mediados del siglo se vigoriza una Clío académica de tres caras (la historicista, la positivista y la marxista), una historiografía monográfica, carente de vibraciones oratorias, que produce, entre otros, libros tan vastos como la *Historia de la Revolución mexicana*, en 23 volúmenes, con pie de imprenta de El Colegio de México, y numerosos artículos distribuidos por revistas tan serias como *Historia Mexicana*.

La historia nueva se ha apartado de los enfoques puramente políticos y biográficos de la Revolución. En los nuevos libros ha dejado de escucharse el fragor de las batallas; no se dice mayor cosa de las intrigas palaciegas, y en algunos de ellos se vuelven un número los hombres que la historia partidista esculpió en bronce. En las historizaciones de Héctor Aguilar Camín, Barry Carr, Arnaldo Córdova, Charles Cumberland, José Fuentes Mares, Moisés González Navarro, Friedrich Katz, Enrique Krauze, los tres Meyer (Jean, Lorenzo y Michael), Robert Quirk, Stanley Ross, Ramón Eduardo Ruiz, Peter D. Smith, Berta Ulloa y John Womack se diluyen las poses arrogantes de los héroes y los poderosos. La historia-batalla le cede el trono a la historia-cocina. La preocupación por lo económico amengua el interés en las historias militar y política. También se cuelan en la nueva historia los asuntos de índole social y cultural. Hoy la Revolución mexicana es vista por el lado de sus ideas por Octavio Paz, Abelardo Villegas, Luis Villoro y Leopoldo Zea; por el de la plástica, en las obras de Justino Fernández, Raquel Tibol y Luis Cardoza y Aragón; por el religioso, en algunos libros de José Bravo Ugarte, Jean Meyer y Alicia Olivera.

La historia de la Revolución que se autonombra sería rechaza lo más posible la retahíla de noticias, condena lo anecdótico, desprecia los hechos efímeros y relampagueantes y se complace en la consideración de las estructuras. Rehúye el chisme y la narración de acontecimientos. Pretende mirar el bosque del pasado inmediato de México sin dejar fuera ninguna clase de árbol o matorral, pero a bastante distancia, desde un divisadero

donde no es posible la contemplación placentera de las hojas y las flores, salvo un trío de excepciones.

Por lo demás, la historia de los profesionales no se queda en el cuento de estructuras. Casi siempre se enreda en explicaciones. Como instrumento explicativo se usa generalmente una filosofía especulativa de la historia. Por ejemplo, Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly, Pablo González Casanova y Juan Felipe Leal aclaran el proceso revolucionario de México con la doctrina del materialismo histórico. El enfoque marxista es sin duda el más persistente, pero no el único. En gracia a la brevedad, omito la mención de otros cuerpos teóricos al servicio de la historiografía que estudia el pasado reciente de México. Por otra parte, aquí importa poco averiguar las fuentes ideológicas de los historiadores de la Revolución de nivel universitario. Es más importante saber de dónde extraen sus noticias y sentires acerca de la vida mexicana del periodo 1910-1940.

Los científicos de la historia suelen, dicen, ver como al parpadear las biografías y autobiografías revolucionarias. Su formación los conduce a los manuscritos de los archivos y los impresos raros de las bibliotecas. Muchos de ellos se regodean con las estadísticas y toda clase de papeles pletóricos de números. Son pan cotidiano las quejas contra las anécdotas de la gente menuda y las alabanzas a las fuentes estadísticas, y en general a todo lo conservado en archivos, museos y bibliotecas. Junto a eso crece el interés por la llamada historia oral, por los testimonios de la lucha que se recogen en sonograbadora o en videocartucho. De hecho, se dan varias corrientes, opiniones encontradas, sobre la mejor manera de documentar nuestro conocimiento de la Revolución. Con todo, y pese a lo que se dice, la historia académica suele formular sus juicios acerca del primer tercio del siglo xx con base en los puntos de vista de los revolucionarios sin tomar mayormente en cuenta la historia de la Revolución vista desde

### *el mirador de los revolucionados*

que fueron la mayoría de los habitantes de México entre 1910 y 1940. Basta hojear las bibliografías finales de los libros de historia académica para percatarse de la utilización de un material que de dientes para afuera se maldice: las crónicas aparecidas en los periódicos de los hacedores de la Revolución y, sobre todo, las publicaciones biográficas y las memorias de

tales hombres. Todavía más: algunos investigadores van a ver y oír a muchos veteranos que no escribieron sus recuerdos para que los digan delante de una grabadora. En cambio es muy infrecuente el uso de pruebas y noticias oriundas de las personas sólo revolucionadas.

Ciertamente el testimonio popular sobre la etapa trepidante de México no es fácil de adquirir. Los periódicos rara vez le han permitido el acceso a sus páginas a los puntos de vista de la gente humilde. La historia recordada por el pueblo raso pocas veces atrae el interés de los reporteros. En esa línea, son excepción Jean Meyer y Víctor Ceja Reyes que han puesto por escrito y publicado muchos testimonios de insurgentes contra la dictadura anticatólica de Plutarco Elías Calles. Tampoco los eruditos que se dedican a la hechura de compilaciones documentales suelen aportar los testimonios que permitan reconstruir la visión de los vencidos. Sin embargo, aquí también se da lo insólito; en este caso, el Archivo de la Palabra del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

La historia sentida por los revolucionados está en oferta para los historiadores profesionales en algunas novelas y en un tipo de literatura que los académicos no suelen frecuentar: la historia pueblerina, que se produce con cierta abundancia, en lo que va del siglo, en todos los rincones de México. Salvo las excepciones en que esa Clío menuda trata de ser como la oficial o como la académica en su modalidad generalizadora, recoge la conciencia del pueblo, el sentir y el saber popular acerca de su pasado, las observaciones de cada comuna sobre lo acontecido allí y en el contorno. Ya sobrepasaron la cifra de 1 000 los volúmenes de microhistoria mexicana, la gran mayoría atestados de fallas técnicas. Acaba de agregarse a esa mole disímbola de relaciones pueblerinas un conjunto de respuestas a una incitación lanzada por el Museo de Culturas Populares. Éste invitó a todo mundo a escribir sobre el tema de “Mi pueblo durante la Revolución”, y propuso premio para los 30 trabajos mejores. Algunos de los textos concursantes contienen los recuerdos escritos o dictados por personas octogenarias que les tocó vivir la época violenta de la revolufia; otros la memoria de sesentones que vieron con sus ojos la etapa reformista de los veinte y los treinta, y otros, los resultados de la indagación de personas de aspecto juvenil sobre la presencia de hombres de armas y de teodolitos en su pueblo.

En suma, ya es posible leer testimonios válidos de la mayoría revolucionada que se puso las manos sobre la cabeza al producirse los estallidos bélicos y oratorios de la década de los diez. Ya no sólo se tienen disponibles

las memorias y alegatos de quienes encendieron la mecha. Ya se pueden aprovechar, si se manejan con sabiduría crítica, los sentires de quienes recibieron las quemaduras o de los que quedaron como estaban. Comoquiera, aún se requiere una larga tarea de barbecho para oír con nitidez la *vox populi* en el juicio que se sigue a la Revolución después de 75 años de haberse puesto en obra.

Hasta ahora lo que se entreoye de la confusa voz de algunos millones de revolucionados testigos de la acción de algunos millares de revolucionarios, se puede resumir en 10 puntos:

1] La gran mayoría del pueblo nunca logró una imagen global de la Revolución mexicana. El común de la gente percibe distintas acciones revolucionarias en el espacio y en el tiempo. Mejor dicho: por lo que se refiere al espacio, los más de los mexicanos —al fin y al cabo analfabetas y todavía muy lejos de los radios de transistores— supieron poco de lo que no pasó en su año y su terruño. Para casi toda la gente las diferencias regionales cuentan mucho. Se olvidan con frecuencia las andanzas de los grandes jefes; los más recuerdan las fechorías de cabecillas locales o de ejércitos numerosos que caían como mangas de langosta en su pequeño mundo. En Michoacán, un capitán de bandidos, Inés Chávez García, queda en el recuerdo colectivo como el hombre que tipifica la peor forma de conducta revolucionaria.

2] La memoria de la gente del pueblo municipal y confuso suele distinguir muchas “revoluciones” desde la de Madero. Se habla con mucha naturalidad de la revolución del chaparrito del norte, la revolución de los carranclanes, la revolución de Villa, la revolución de Zapata, la revolución de Chávez o su equivalente en otros puntos, la revolución obregonista, la revolución delahuertista, la revolución de Escobar, la revolución cristera, la revolución de Cedillo y no sé cuántas más. Comoquiera, no a todas se les tiene en el mismo grado de estima o desestima. La maderista dejó buenos recuerdos cuando no indiferencia.

3] La etapa que suscita rememoraciones más vivas y dolorosas es la de 1913-1917. Aquel lustro fue para los revolucionarios de grandes hazañas y heroicidades, y para los revolucionados, de crímenes atroces, robos, secuestros, difuntos colgantes, mujeres violadas e imágenes religiosas desposeídas de sus “milagros” y sus dijes. La gente que se autonoombra “pacífica”, la gran mayoría de la gente, tanto la rústica como la urbana, recuerda con

“chinitos” en el cuerpo los años cruciales de la Revolución. De aquel lustro de tantas revoluciones, quemazones, colgazonas, balaceras y sacrilegios, se rememora con subido horror el año de 1915, el año del hambre. El doctor Manuel Servín escribe: “si pudiera sintetizar en pocas palabras el recuerdo que la Revolución dejó para siempre en la mente de mi madre fue el del hambre y la muerte, tomados de la mano”.

4] La promulgación de la Carta Magna de 1917 no ocupa ningún espacio en la historia recordada por la mayoría de la gente, pero al personaje de Carranza y a sus corifeos se les evoca como “los carranclanes” y epónimos del verbo carrancear, que quiere decir algo así como sustraer lo ajeno. Para una población mayoritariamente católica, la actitud irreverente de algunos jefes carrancistas ante curas e imágenes de santos, produjo retortijones, hizo ver la presencia del Diantre, la introducción del Diablo en el cuerpo de los seguidores de Barbastenango.

5] Los zapatistas fueron especialmente mal recibidos en la ciudad de México. Comoquiera, un viejecito de la metrópoli se acordaba en 1984 que “los zapatistas abrían las tiendas a culatazos; tomaban una parte del maíz para sus necesidades y repartían el resto a la gente”. De los zapatistas quedó el recuerdo doble de ser bárbaros y al mismo tiempo generosos con los pobres. Además, tanto ellos como los villistas se encomendaban a Dios y a los santos y eran incapaces de cometer robos sacrílegos.

6] Quizá los únicos caudillos revolucionarios de los que se ha mantenido buena memoria en amplios círculos populares sean Madero y Villa. La fama de delincuente de Pancho Villa surge de la élite revolucionaria, no de la voz del pueblo, sobre todo del pueblo de la mitad sur de la República. Supongo que a los villistas se les recuerda con cariño por ser hostiles a los carranclanes, por haber vapseado a los güeros y por ser simpatizadores de los padrecitos y las prácticas religiosas.

7] La inquina contra la Iglesia católica de los gobiernos de Obregón, Calles y Portes Gil parece ser la causa mayor del poco aprecio popular para la época jacobina de nuestra lucha. Quienes ahora cumplen de 70 a 80 años de edad en los pueblos de Michoacán, Jalisco y Colima recuerdan que en los veinte los villanos fueron Obregón, Calles y el “gobierno”, y los héroes los mártires de Cristo Rey. Curiosamente el recuerdo popular ha borrado las brutalidades cometidas en nombre de Cristo por los cristeros. Desde el punto de vista de los revolucionados la Cristiada fue buena o por lo menos perdonable.

8] El agrarismo, que llegó a su plenitud en los días del presidente Cárdenas, dejó en general buenos recuerdos entre los campesinos pobres y malos entre los parvi y latifundistas. Estos últimos han querido dejar una imagen deformada del general Lázaro Cárdenas. Con todo, nadie ha podido despojar al último presidente de la Revolución del reconocimiento mayoritario del pueblo. La historia recordada por la gente del común se complace en el episodio de la expulsión del Jefe Máximo, conseguido sin derramamiento de sangre; en el reparto al por mayor de las haciendas; en la reapertura del culto católico; en los mítines multitudinarios, y sobre todo en las grandes manifestaciones con que se apoya la medida más popular del proceso revolucionario, la expropiación de los bienes de las compañías petroleras.

9] Los revolucionados nunca vieron con buenos ojos la etapa violenta de la Revolución, el decenio 1911-1920, dizque por

Haberse visto cosas muy duras  
en esas revoluciones:  
estropicios, quemazones,  
golpizas y colgaduras.

Tampoco le perdonarán a Obregón y Calles la persecución religiosa. El pueblo empezaba a tomarle gusto a la tan cacareada Revolución cuando se le puso un hasta aquí a raíz del conflicto petrolero de 1938. Por lo menos así se deduce de los fragmentos de la historia oral y de historia pueblerina de que se dispone, no obstante que se trata de una historia muy contaminada por la escuela y los medios oficiales de comunicación.

10] No podemos incurrir en la ingenuidad de creer que la historia recordada de los revolucionados, y en definitiva de la mayor parte de la gente de México que vivió las décadas de los diez, veinte y treinta, no se ha dejado influir por el concepto oficial de la Revolución que se enseña en los diversos niveles escolares, en la prensa periódica, en la radio y en la televisión. En algunos casos se fusionan el discurso histórico del gobierno y la memoria colectiva; en otros simplemente se yuxtaponen. Quizá en ningún momento la tesis oficial ha borrado la certidumbre del pueblo.

Aunque las anteriores notas son meramente provisionales, no invalidan la tesis de que la Revolución mexicana ha sido contemplada de manera muy diferente por el recuerdo histórico de los revolucionarios o la clase media

que asume el poder en México a partir de 1911, por la historia exquisita de los académicos o la crema universitaria y por la memoria de los revolucionados o el pueblo municipal y espeso. También se mantiene la afirmación de que la historiografía académica, árbitro en la contienda de los “perfumados” y la gente rasa, ha oído con atención el punto de vista de aquéllos y hasta ahora ha escuchado muy poco a la memoria colectiva. La historiografía culta se ha dejado conducir por el discurso histórico oficial. Hasta se ha aceptado la satanización hecha por los revolucionarios en el poder del recuerdo histórico de los revolucionados. Se dice de éste que carece de espontaneidad, que es simple reflejo de las tesis reaccionarias de curas y aristócratas. Se confunde bajo el mismo anatema la literatura histórico-conservadora y el recuerdo de las mayorías.

Con todo, es enorme la diferencia entre lo memorizado por las atribuladas familias decentes que noveló Mariano Azuela y los recuerdos de la gente beneficiada con las reformas de la propiedad de la tierra y del trabajo en talleres y fábricas. Sólo la mente confusa encierra en el mismo casillero las historias pueblerinas y los libros sobre la Revolución hechos por autores resentidos, por contrarrevolucionarios de las dos aristocracias y los dos cleros.



LOS HOMBRES DECISIVOS de la etapa destructiva de la Revolución mexicana no bajaron de 150; quizá se acercan más al número de 200. Son dos centenares los que conforman la élite de la generación revolucionaria o generación del centenario o generación de 1910 o generación de los nacidos entre 1873 y 1888, en la franja temporal que va de la muerte de Juárez a la segunda reelección de Díaz. Esta generación surgió en los tiempos en que salía del Palacio la pléyade de la Reforma y entraba al poder la hornada del orden, cuando ya habían concluido las atrocidades de la lucha de tres años y la Intervención, y don Porfirio empezaba a esculpirse el tratamiento de héroe de la paz mediante las guerras que auspició y ganó contra los pronunciados, bandoleros, apaches e indios rebeldes. Cuando estuvo de moda la palabra orden, nació la cría del desorden y la lucha revolucionaria, sólo comparable en furor destructivo a los reformistas de la época del Benemérito.

Entre 1873 y 1888, la población de la República era aproximadamente de 10 millones de habitantes. Un 12% vivía en los estados del sur (Oaxaca, Chiapas y Guerrero), de donde provino únicamente 3% de la élite revolucionaria. Un 26% de la gente de 1880 vivía en los estados occidentales (Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Nayarit, Colima y Aguascalientes). En el occidente nació también 26% de la pléyade revolucionaria. Sin contar la metrópoli, de los estados del centro, donde vivía la cuarta parte de los mexicanos, sólo salió la décima parte de las famas de la Revolución. Otro décimo fue oriundo del D.F.; un octavo, de la región media del Golfo; un trigésimo de la península de Yucatán. El sur y el sureste aportaron muy pocos próceres a la Revolución; el noreste, 4 %, pero el norte y el noroeste, poco menos de la mitad. En la zona denominada centro-norte, donde

\* En *La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984, pp. 66-80.

vivía la décima parte de la población de la República, nació 14% de la gruesa revolucionaria. El mero norte, donde moraba una vigésima parte de los mexicanos, dio 24 % de la élite de la Revolución. El noroeste, con sólo 2% de la gente del país, produjo 10% de los peces gordos de la generación responsable del México donde todavía vivimos.

Por primera vez en la historia de este país, fue mayor el número de protagonistas de la vida mexicana nacidos en la periferia y no en el núcleo de la República. Por vez primera, sólo un décimo de las notabilidades fue metropolitano. Más de la mitad de la hornada comenzó en sitios que distaban de 10 a 40 días de la capital a buen paso y en buen potro. La mitad de la élite revolucionaria fue oriunda de las estepas del norte y casi las tres cuartas partes de la misma élite criada allá, pues en los años ochenta se puso de moda la emigración al norte, atraída por el cuento del oro, de la plata y de las tierras baldías. El directorio revolucionario fue, en gran medida, norteño por nacimiento o por naturalización. Cuantitativamente fue también más rural que las minorías rectoras anteriores. La generación de la Reforma tuvo 25% de nacidos rústicos; la porfirica, 32%; la de los científicos, 20%; la modernista, 17%, y la revolucionaria, 38% de hombres de oriundez campesina y, cosa nunca vista antes, de crianza rural. La mayoría de los rudos eran del norte, y por eso, bastante desteñidos y altos. Con todo, el grueso de la gruesa revolucionaria no se distinguiría por su largura ni tampoco por su palidez, y eso quiere decir mestizaje.

Desde otro punto de vista, tal hornada difería apenas de las hacedoras de la etapa liberal de México. Escaseaban los de estirpe millonaria. No más de una docena nació en chozas campesinas o en vecindades obreras. Por lo que parece, 80 de cada 100 le llamaron papá, desde su más tierna infancia, a señores de chaqueta y barbita que asistían a dolientes, o enmarañaban pleitos, o removían hojas en una oficina pública, o estaban detrás de un mostrador o cuidaban un rancho. Los más, como en las hornadas anteriores, eran retoños de la clase media, hijos de padres ansiosos de tener hijos que fueran más que ellos, con más dinero, sabiduría y poder que sus progenitores.

Cosa de 20 de los futuros protagonistas de la Revolución no conocieron las aulas escolares, si bien algunos de esa veintena iletrada llegaron a escribir garabatos y a leer entrecortadamente. Otros 15 sólo estuvieron en escuelas de enseñanza elemental y quizá 15 más únicamente pudieron anteponer a su nombre el título de bachiller. En el instante de entrar a sus 15, a la

*edad de la diablura*

sólo siete de cada 10 siguieron calentando los pupitres de algún plantel educativo. De dos a tres docenas estudiaron en institutos para formar sacerdotes; una docena, en los colegios de religiosos reabiertos durante la paz porfirica; otra, en las escuelas normales de profesores hechas por el porfiriato, y lo gordo de la cantidad restante, en la aún famosa, pero ya no digna de su fama, Escuela Nacional Preparatoria, pues allí, la herencia de Barreda se había ido “secando en los mecanismos del método... No había nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella escuela por los días del centenario”. Alfonso Reyes escribe:

No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata [la modernista], o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. La mata del positivismo se había convertido en una rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Además, lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio.

Al final de los cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario.

El 28% de la pléyade revolucionaria llegó a tener patente de abogacía, y por ende, de orador. Sólo 7% terminó sus estudios en el seminario y fue ungido y conocido como sacerdote. Algunos obtuvieron su consagración sacerdotal en Europa o en Estados Unidos. Algunos también redondearon su destreza artística, su trato con las musas, en Europa. Por lo pronto los pintores Diego Rivera, Atl y Goitia, y los músicos Manuel Ponce y Julián Carrillo. También los ingenieros y otros profesionistas de alguna rama técnica estudiaron fuera, aunque ya no sólo en París, también en Alemania y muy a menudo en Estados Unidos: en la Universidad de Notre Dame, donde estudió Eduardo Hay, o en la de Columbia por la que pasó Manuel Gamio, o en los colegios de Baltimore y San Francisco, de los que fue alumno Pancho Madero. La parte

instruida de la generación del centenario fue bastante menos afrancesada y mucho más pocha que las generaciones anteriores, y no sólo por la vía de estudio; también por vía de destierros. Fue pocha y a la vez antiyanqui.

Un 66% de la pléyade revolucionaria obtuvo título. Como de costumbre, la mitad de abogado. Contra lo usual, abundan en la nueva cría los maestros de instrucción primaria. El 7% del conjunto de la generación lo constituyen profesores de escuela que, con el tiempo, serán consejeros de jefes militares o burócratas de alto nivel. Los casos más conocidos son los de Plutarco Elías Calles y Otilio Montaña, maestros en Guaymas y Cuautla, respectivamente. También abundan, si se compara con las generaciones de la era liberal, los ensotanados. La oncena de profesores y la oncena de curas estarán, en los inicios de la Revolución, en los polos opuestos de ésta, en plan de enemigos irreconciliables.

Muy pocos de los leguleyos llegan a tener bufete y a enredar pleitos judiciales. Los más se consagran desde su juventud al periodismo de combate: Miguel Ángel Menéndez, Flores Magón, los Luises Lara y Cabrera, los Rafaelés López, Sánchez y Martínez, y Rodolfo Reyes, el primogénito del secretario de Guerra, empeñado en llevar a su ilustre progenitor a la silla presidencial. No son menos los abogados metidos a poetas (Alfonso Cravioto, Julio Torri, Efrén Rebolledo, Antonio Mediz Bolio, Alfonso Reyes y López Velarde), o a novelistas (Carlos González Peña, Martín Luis Guzmán y Artemio de Valle-Arizpe) o a dramaturgos y comediógrafos (José Elizondo, el de *Chin-Chun-Chan*, y Joaquín Gamboa, el del drama de *La carne* y la zarzuela de *La soledad*).

Como los maestros de la centuria azul, los jóvenes del ala intelectual de la generación revolucionaria casi desde niños fueron muy sensibles a la opresión de la dictadura. Henríquez Ureña escribe:

Sentíamos la opresión intelectual junto con la opresión política y económica. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos... Tomamos en serio a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce... Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos a la literatura española. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte "pompié".

Con la exposición promovida por el Dr. Atl en 1906, donde por primera vez se exhibieron obras de Rivera, la pintura académica fue atajada de repente. Un año más tarde, en un ciclo de conferencias sobre temas helénicos, se discutieron asuntos escabrosos, de sabor democrático. En 1908, en una manifestación en memoria de Barreda, la juventud revolucionaria declaró su amor y solidaridad a la juventud de la Reforma. En 1909, los descendientes intelectuales de la pléyade reformista decidieron organizar su primera guerrilla desde el Ateneo de la Juventud, desde donde José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Isidro Fabela, Nemesio García Naranjo, Mariano Silva, y para no hacer un catálogo que pase de las dos docenas, casi todos los miembros de la generación de 1910 avecindados en la metrópoli, la emprendieron abiertamente contra esa cerrazón intelectual llamada positivismo, y también contra el magisterio único de Francia.

Mientras los jóvenes cultos combatían por la apertura cultural, los sin letras, los futuros héroes revolucionarios, peleaban entonces únicamente por ganarse el sustento. Treinta y seis de la futura minoría ilustre eran jovencitos que obtenían el pan a golpe de pala: 14 agricultores, en su mayoría pequeños e independientes; 10, comerciantes al menudeo; cinco, empleados en los ferrocarriles, y otros cinco, obreros de las minas. Los más no se trataban entre sí, vivían en terruños distintos y distantes pero próximos a la vida popular, especialmente a la vida del campo. Ellos conocieron *de visu* y experimentalmente los rigores de la condición vital de los de abajo, sabiduría que no les fue concedida a ninguna de las élites anteriores. Quizá, por lo mismo, llegan a ser sensibles al ideal de la justicia social, que no sólo al ideal de la libertad, a la literatura roja —y no únicamente a la literatura azul—, al principio del bien social como superior al bien individual.

Y mientras los exquisitos de la metrópoli trabajan con su mente y los broncos del norte laboran con sus manos, los semicultos de la misma cría, muy atraídos por el quehacer público, dieron en juntarse en clubes revolucionarios aspirantes a derrocar al dictador. Antonio Díaz Soto y Gama, Pascual Ortiz Rubio, Pablo González, Antonio Villarreal, Eulalio Gutiérrez, Manuel Diéguez, Enrique Estrada, Adolfo de la Huerta, Práxedes Guerrero y Pascual Orozco, se afilian desde antes de la crisis de 1908 a los clubes liberales promovidos desde San Luis Potosí por Camilo Arriaga. Algunos de ellos huyen a Estados Unidos antes de la fecha clave y allá se

ponen al habla con anarquistas, ideólogos de la revolución total, trabajadores violentos, fuerzas proletarias en pie de lucha y sindicatos. Desde San Luis Missouri, en julio de 1906, lanzan un programa de acción que admite los adjetivos de antirreeleccionista, antimilitarista, librepensador, xenófobo, anticlerical, laborista y agrarista. El plan del Partido Liberal exige 50 reformas, a cuya realización acuden los huelguistas mineros de Cananea en 1906, y a fines de ese mismo año y todo el siguiente, los trabajadores textiles de Puebla, Tlaxcala y Veracruz, mediante una explosión popular conocida con el nombre de huelga de Río Blanco.

Desde los años pintos de 1908 y 1909, cuando en algunos puntos llovió más de la cuenta y en otros menos de lo necesario, y la producción de maíz, ya de por sí deficiente, se redujo; desde que don Porfi le dijo a Creelman: “No aceptaré una nueva elección y vería con gusto la formación de un partido opositor en la República”; desde entonces se forman varios grupos políticos, con gente de la generación revolucionaria la cual por esos días llega a la

### *etapa de madurez juvenil*

unida como no lo había estado antes con algunos de sus mayores en la empresa común de tirar al tirano por las buenas o por las malas. “David” Madero, elegido por modernistas y revolucionarios para derrumbar a “Goliat” Díaz, antes de arrojarle la primera piedra le advierte: “Si usted permite el fraude electoral y quiere apoyar ese fraude con la fuerza... la fuerza será repelida por la fuerza, por el pueblo resuelto ya a hacer respetar su soberanía y ansioso de ser gobernado por la ley”.

El “gigante” quiso seguir con la batuta, y ansioso como estaba de que no le fuesen a aguar las fiestas conmemorativas del primer centenario de la Independencia, mete al bote al retador y a buen número de sus seguidores; preside, vestido de gala y entre cañonazos, discursos, marchas triunfales, verbenas, cohetes y luces de bengala, un sinnúmero de inauguraciones, desfiles, repiques campaneros, exposiciones y demás componentes de las fiestas en honor a los padres de la patria, y dispone que lo declaren presidente reelecto para el periodo 1910-1916. Por su lado, los del Partido Antirreeleccionista, hechura de la pléyade azul y sobre todo de la juventud que en esos días comenzaba a sonar, ganosos de deshacer los abusos del porfirato, que no todavía la organización liberal, expiden desde San Antonio

de Texas, adonde había ido Madero tras su encarcelamiento y fuga, el Plan de San Luis mediante el cual se le niega al orondo dictador el triunfo en las elecciones, se le acusa de abusivo y se le avisa que a partir de las seis de la tarde del 20 de noviembre de 1910 retumbará la Revolución.

Como todo el mundo sabe, los del poder se permiten el lujo, tan avisados como estaban, de perpetrar arrestos, detenciones y desapariciones de los bien conocidos secuaces cultos y semicultos del apóstol Madero, pues ya eran gente de nota, pero no pescan a los conjurados incultos que todavía no eran personas notables. Serán pues, los rancheros chihuahuenses Pancho Villa y Pascual Orozco, los de Coahuila, Eulalio Gutiérrez y Lucio Blanco, los ya sonorenses Benjamín Hill y Salvador Alvarado, los duranguenses Domingo Arrieta y Agustín Castro, el neoleonés Antonio Villarreal, el guerrerense Andrés Figueroa y el michoacano Rafael Sánchez Tapia, quienes con pobres ejércitos anhelantes de haber y de botín y armados con pistolas, con escopetas, con fusiles de otros tiempos, en menos de un semestre derrumban a don Porfirio y su corte de científicos y lo despachan con todo y corte al Viejo Mundo. Enseguida conducen a uno de los suyos, a Francisco Madero, a la primera magistratura del país, aún muy cuates entre sí, dispuestos a tocar en la nueva orquesta el instrumento que cada uno conoce. Los del Ateneo de la Juventud se apoderan de la Universidad recién fundada por el científico Sierra, y no contentos con esa única victoria, fundan la Universidad Popular en 1912 para ir en busca del “pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables” para cualquiera. Los más picados por la araña de la política repelan porque a Madero le da por gobernar con viejos reaccionarios de la camada científica y con hombres indecisos de la generación modernista. También los caudillos del rifle se sienten defraudados con el nuevo régimen, pues Madero se deshace de las tropas revolucionarias, desoye a los milites improvisados y se desentiende del cumplimiento de algunas promesas de reforma contenidas en el Plan de San Luis.

Varios de los incultos de la pléyade revolucionaria se insurgen acaudillados por Pascual Orozco o Emiliano Zapata contra sus coetáneos en el poder porque, según el Plan de Ayala, hechura del profesor Otilio Montañón, el pueblo “fue a derramar su sangre para reconquistar libertades... y no para que un hombre se adueñara del poder”; porque ese hombre eludía el cumplimiento de las promesas hechas a la nación en el Plan de San Luis

Potosí, y porque “ha hecho del sufragio efectivo una sangrienta burla”. Aunque las insurrecciones de los héroes no triunfan, le dan pretexto a un científico para deponer a Madero mediante un cuartelazo, para ponerse él como autoridad suprema y disponer el fusilamiento del apóstol de la democracia. Como reacción al asesinato de Madero y de Pino Suárez, los jóvenes rectores de la Revolución vuelven a unificarse para derruir al intruso, salvo pocas excepciones. Entre los que se dejan engatusar por Huerta están los picos de oro (Querido Moheno, Nemesio García, José María Lozano), un dúo de jefes populares (Pascual Orozco y Benjamín Argumedo) y un trío de políticos: Jorge Vera Estañol, Rodolfo Reyes y Eduardo Tamariz.

Huerta cae. Varios factores se confabulan contra él, que no sólo la intromisión de Estados Unidos. Los constitucionalistas, encabezados por Carranza, lo hacen salir del país con sus secuaces. A causa del huertismo la generación del centenario sufre: cinco mueren por órdenes del usurpador y 10 abandonan el país, culpables de complicidad con Huerta. En los restantes aparecen contradicciones y malos entendidos. Se rompe la unidad. Entran en conflicto el águila y la serpiente. El bienio 1915-1916 tiene un nombre justo: “La gran escisión revolucionaria”. Las denominaciones de carrancismo, villismo, zapatismo y bandolerismo aluden a la ausencia de mando unificado, al desbarajuste, a hordas, caos, cargas de caballería a lo Villa, voladura de trenes a lo Orozco, presidencias efímeras como las de Eulalio Gutiérrez, González Garza y Lagos Cházaro, jefatura nominal de Carranza, desconcierto, sangrienta restitución, por parte de los zapatistas, de tierras, montes y aguas a los pueblos; leyes carrancistas del municipio libre, el divorcio, las relaciones familiares, el reparto de tierras y la protección a los trabajadores; fusilamientos masivos desempeñados por la puntería de Fierro; incorporación revolucionaria de los del martillo organizados en batallones rojos; asesinato de algunas luminarias de la generación nomás porque sí. El profesor Berlanga, muerto por los villistas; el profesor Palafox, muerto por sus ex compañeros zapatistas; el profesor Montaña, también víctima de Zapata; Argumedo, “El León de la Laguna”, fusilado por los carrancistas, y Gertrudis Sánchez, herido en una acción de guerra y rematado por alguien de los suyos.

A la hora de hacer una nueva constitución, las claras cabezas de la camada estaban de profesores universitarios en Estados Unidos o en Europa, o habían sido muertos. Al Congreso Constituyente acudieron pocos de la espuma intelectual mexicana. Al revés de lo acontecido en la Refor-

ma, cuando la gente de más pensamiento hizo la Carta Magna de 1857, la Revolución estuvo mediocrementemente representada en la asamblea hacedora de la Constitución de 1917. Comoquiera, ese documento lleva la marca de la generación revolucionaria, es nacionalista y socializante. A la plataforma democrático-liberal de la carta de 1857 se añaden prolijas disposiciones (artículos 27 y 123) de sabor popular (reparto de tierras, ajuste de relaciones entre capital y trabajo mediante la vigilancia oficiosa de los contratos, los derechos de organización sindical, la huelga y las garantías sobre el salario y la jornada de trabajo) y del gusto de tales o cuales sectores medios (planificación económica por parte del Estado y exilio del clero de los ámbitos de la política, de la economía y de la distribución de la cultura).

Durante la etapa de noviciado 1908-1910, la élite revolucionaria realizó durísimas proezas corporales que cuando no se pagaron con la vida, valieron una extremidad como la del ilustre manco de Sonora, o un ojo de la cara como el del general Hay, o cicatrices como las de casi todos. En cambio, realizó pocas proezas culturales, o tal vez muchas, dado el adverso clima. Según Pedro Henríquez Ureña, las atrocidades revolucionarias “hubieran dado fin a toda vida intelectual a no ser por la persistencia en el amor de la cultura que es inherente a la tradición latina”. De hecho, no sólo no murió la vida del espíritu, antes bien, produjo una renovación intelectual de tipo nacionalista cuyas máximas manifestaciones fueron: en el orden artístico, las *Disertaciones* de Jesús T. Acevedo y *La patria y la arquitectura nacional* de Ignacio Mariscal en pro de una arquitectura nuestra, la colección de pinturas sobre la vida revolucionaria que expuso Orozco en 1916, la etapa cubista de Rivera, toda la obra de costumbres mexicanas del gran pintor y dibujante Saturnino Herrán, las numerosas “vistas” de la trifulca filmadas por Toscano, *El baile de la Revolución*, de Goitia, las finas transcripciones de música popular marca Ponce, y la tenacidad de Julián Carrillo, director de la Orquesta Sinfónica de México, para mantener el gusto por la buena música. En el orden de la literatura, la novela de la Revolución que inaugura Azuela con *Andrés Pérez, maderista* y *Los de abajo*, los poemas aún modernistas de Olaguíbel, Rebolledo y Rafael Cabrera y los ya francamente nuestros de López Velarde, los irónicos *Ensayos y poemas* de Torri, y la espléndida *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes; y en orden de la filosofía, dos libros de pensamiento innovador: *El monismo estético*, de José Vasconcelos, y *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, de Antonio Caso.

Algunas de estas frutas se producen en el exilio; otras en medio de una revolución a caballo, cruel, caótica, represiva, anticlerical, antiempresarial que no deja títere con cabeza, que se prolonga más allá de la Constitución de 1917, que aniquila a Zapata, que expide el Plan de Agua Prieta, que deja hecho un harnero a Carranza y que da el

*predominio*

total y absoluto, sin compartirlo con los modernistas, a una fracción del grupo revolucionario, pues otra continúa en el destierro, otra acaba de desterrarse por fidelidad al jefe caído y otra ya no vive. En 1921 queda en México la mitad de la élite revolucionaria, casi toda entregada al disfrute de los negocios públicos.

Si se compara el elenco de la Revolución con la pléyade de la Reforma no deja de advertirse un rasgo común (el gusto por el ejercicio del poder con un propósito nacionalista), y una diferencia, pues los revolucionarios no asumen el mando con un fin enteramente liberal, que sí socializante. Revolucionarios y reformistas difieren también en el cómo remodelar a México. Juárez y su gente apoyan la tesis del “borrón y cuenta nueva”, del desahije, de la ruptura con las raíces. La hornada revolucionaria, según dicho de Octavio Paz, no concibe a México “como un futuro que realizar, sino como un regreso a los orígenes”. Aquéllos y éstos concuerdan en la pasión y el irracionalismo como vías de hecho para rehacer a la patria, pero la filosofía romántica de los antiguos reformadores no es de la misma especie de las filosofías de la intuición y de la vida. Ambas promociones esgrimen filosofías beligerantes pero de signo diferente y aun opuesto. El protestantismo revolucionario fue “pasatista”. Del pretérito sólo se propuso remover el inmediato.

Entre 1921 y 1934, los cultos de la generación revolucionaria frecuentan seis caminos para devolvernos a nuestras tradiciones. Alfonso Reyes acaudilla, desde los países a que lo conduce su vida diplomática, el estudio del legado español que es “lo que más se nos parece”. En el movimiento de retorno a la cultura helénica figuran Vasconcelos, quien desde la Universidad difunde a los clásicos; el mismo Reyes, que estudia la sabiduría griega en toda su redondez, y el padre Escobedo, traductor de muchas *Flores del huerto clásico*. El antropólogo Gamio, presidente de una obra magna sobre la población del valle de Teotihuacán, el pintor Rivera y el poeta

Mediz Bolio —éste, autor de *La tierra del faisán y del venado*— encabezan la corriente indigenista. Desde que Cravioto descubre en 1921 *El alma nueva de las cosas viejas*, se impone la moda del desenterramiento del pasado colonial. Según Genaro Estrada, “desentiérranse prelados y monjas, cerámica de China, galeones españoles, oidores y virreyes, palacios y truhanes palanquines, tafetanes, juegos de cañas, quemadores inquisitoriales, hechiceras, cordobanes, escudos de armas”, gacetas de 1700, pendones, especiería, sillas de coro, marmajeras, retratos de cera y la tabla del “habedes”. Se distinguen como desenterradores de la Nueva España: el novelista Valle-Arizpe; los historiadores Castillo Ledón, Cuevas, Toro, Carreño y Romero de Terreros, y el poeta Genaro Estrada, quien descubre en sus incursiones por las colonias y los barrios pobres que la tradición de México es “realmente bella y profundamente humana”.

Azuela es también el principal responsable de la llamada “novela de la Revolución”... o ¿será Guzmán? Para José Luis Martínez ambos son poco menos que los fundadores de una auténtica literatura nacional que “adapta diferentes formas, ya el relato episódico que sigue la figura central de un caudillo, o bien la narración cuyo protagonista es el pueblo”, o la autobiografía, tal “*El águila y la serpiente*, o con menos frecuencia, los relatos objetivos y testimoniales”. Ambos producen un género en prosa tan sabroso y optimista como lo es el corrido en verso. Como lo dice Elsa Frost, el pueblo de Azuela y Guzmán es “un pueblo inculto, casi salvaje en su furia, que se lanza a la lucha movido por instintos turbios, aunque nobles” y no se trata, pues, de novelas de gente de mal corazón. Por otra parte, como el corrido, la novela revolucionaria es moralizadora; describe la injusticia social para ver si por allí se gana la justicia social. Se trata, por supuesto, de una descripción de ojos, muy próxima a esa arquitectura visual que no fue más allá de recubrir los muros de tezontle rojo oscuro o de chiluca gris o de azulejos, y a esa pintura conocida universalmente con el nombre de muralismo mexicano.

Leo en Villoro: “El Dr. Atl redescubre la luz y la amplitud del paisaje, Diego Rivera y José Clemente Orozco (en su primera época) reproducen la vida desbordante del pueblo... El drama que vive el país se percibe y describe con notas de júbilo”. Los frescos de Orozco y de Rivera traslucen “vitalidad y fuerza y sobre todo, una ingenua confianza en la vida”, y especialmente en la redención. En toda obra de esta latitud vital de la camada revolucionaria se aúna a la contemplación de la naturaleza y el hombre

concretos “un sentimiento de piedad, un llamado a la caridad real... Recordemos por ejemplo, los *Franciscanos* de Orozco, la *Muerte del peón* de Rivera, el *Tata Jesucristo* de Goitia...”. Se trata de una pintura plena de humanismo, patrocinada en sus comienzos por quien la vuelve hecho, por la máxima figura de la hornada, por José Vasconcelos, secretario de Educación Pública en quien se juntan todas las modalidades del equipo revolucionario mexicano: contemplación, pasión, acción; provincialismo, nacionalismo, hispanismo y universalismo; vuelta a los tatas indígenas y coloniales para partir desde el fondo, con la bendición paterna, al futuro de

*la raza cósmica.*

Vasconcelos, apoyado por el presidente Obregón, y secundado por una buena parte del grupo generacional, puso en marcha con espíritu incontenible y con pasión apostólica, la cruzada del nuevo orden. A partir de 1921, según dice Cosío Villegas, “la educación no se entendió ya como una educación para una clase media urbana, sino como una misión religiosa (apostólica), que se lanza y va a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que México se levanta de su letargo, se yergue”, y tras de equiparse con alfabeto, pan y jabón, camina hacia un futuro que la inteligencia revolucionaria vislumbra color de rosa y la semicurlura política simplemente como una nueva tierra que conquistar. Calles, el presidente enemigo de Vasconcelos y de la inteligencia en general, procura reducir la obra de éste a aquello que escupe sonoramente en Guadalajara: “Debemos entrar y apoderarnos de las conciencias de la juventud, porque la juventud y la niñez pertenecen a la Revolución”, y no al contrario como lo entendía don Pepe.

Calles no es, por supuesto, el único revolucionario que cae en la tentación fascista pero sí el que, en nombre de la Revolución, restaura el fraude electoral en 1929 para impedir a Vasconcelos el ejercicio de la presidencia, y desde 1926, por medio de comecuras, provoca una rebelión del sacerdocio y del campesinado occidentales, causante de la noche de 90 000 combatientes. De hecho, mientras gobernaron los de la generación revolucionaria no hubo paz. Como la reformista, fue una hornada henchida de agitación destructora. Combatió a dos manos contra los vetustos porfiricos y entre sí. ¿Quién no conoce la buena cantidad de héroes populares

que fueron suprimidos por orden de otros ídolos del pueblo y de la misma camada? Quizá ni Hill ni Flores murieron enyerbados, pero seguramente Villa sí fue muerto por orden suprema. Tampoco murieron de muerte natural los delahuertistas Alvarado y Diéguez ni el antidelahuertista Carrillo Puerto. Lucio Blanco fue sumergido en el río Grande del Norte y al compadre Serrano lo atravesó una bala en la ruta de Morelos a la capital. Los que no perecieron violentamente es porque se expatriaron antes de. Así los sacerdotes de la pléyade, De la Huerta y sus amigos, Vasconcelos y sus amigos, los periodistas Zubarán, Sánchez Azcona, Elguero, Barba Jacob y Cabrera. Es innegable que quienes gobernaron en los veinte hicieron mucho por remover los obstáculos que se oponían a la práctica de los preceptos innovadores de la Constitución de 1917, y también por remover a sus antiguos camaradas. En muy poco tiempo, la élite de 1910 se volvió muy débil a fuerza de rivalidades, defecciones, malacaras, pleitos, asesinatos y cismas. En 1934 ya era tan escasa y estaba tan dividida, que hubo de cederle la chamba suprema al joven Cárdenas, quien en un bienio, y antes de la hora, arregló, calladamente, el boleto de pase a la

*etapa descendente*

a la que todavía no era momiza revolucionaria, pues aún no cumplía en promedio los 60 años de edad. Según la ley de las generaciones, a Calles se le debió mandar a volar en 1940 y no en 1936. Hasta resulta ridículo que una pléyade tan bronca como fue la revolucionaria, haya sido arrojada del poder político tan pacíficamente, sin mayor estruendo, como quien barre basura, como quien se deshace de los zapatos que ya no le gustan, como quien tira colillas de cigarro o escupe o se quita un bicho o se sacude el polvo con los dedos.

Después de que Cárdenas se sacudió a Calles, sólo una docena de veteranos de la Revolución mantuvo puestos administrativos de nota. Cárdenas conservó en su gabinete a Múgica como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, a Hay como secretario de Relaciones Exteriores, a Sánchez Tapia como secretario de Economía y a Hinojosa en el gobierno del Distrito Federal. En ese mismo cuatrenio del sexenio cardenista, Siurob estuvo al frente del Departamento de Salubridad; Tejeda desempeñó embajadas de México en París y Madrid; Castillo Nájera, en Washington, y Fabela en la

Liga de las Naciones. En 1930, Múgica y Sánchez Tapia se levantaron de sus respectivas sillas ministeriales para ir en busca del sillón presidencial. Y se quedaron sin asiento. Comoquiera, Cárdenas no fue irrespetuoso con la minoría rectora revolucionaria. Es de recordarse, entre sus gestos de simpatía hacia sus mayores, la apertura de las puertas del país a los compatriotas revoltosos exiliados. En tiempos de Cárdenas, aunque algunos políticos no se repatriaron, la mayoría de los 100 protagonistas sobrevivientes de la Revolución volvieron a reunirse y a gruñirse en la capital mexicana.

A su regreso, los revolucionarios eran otros. Regresaron con las pistolas enfundadas y las plumas en ristre. Algunos de los expulsados de la política se pasaron a la cultura. Desde que fue consumado el fraude electoral de 1929, Vasconcelos no quiso saber más de politiquerías y produjo un trío de tratados filosóficos geniales (*Metafísica, Ética y Estética*); un cuarteto de estupendas obras autobiográficas (*Ulises criollo, La tormenta, El desastre y El proconsulado* y una *Breve historia de México*, *bestseller* en el decenio de los cuarenta. Desde que la política los abandona, Luis Lara y Roque Estrada se vuelven rememoradores de la Revolución “de entonces”, y García Naranjo, Menéndez, Soto y Gama y Elorduy, agrios comentaristas de la Revolución “de ahora”.

Valle-Arizpe sigue hasta su muerte en la órbita de *La Nueva España* y en tratos con *Gregorio López* y *La Güera Rodríguez*; el padre Escobedo continúa propinando poesía *Nova et vetera*; González Peña, el inevitable historiador de la literatura mexicana, evoca *El patio bajo la luna*; Torri no olvida lo que le tocó vivir *De fusilamientos* y reúne sus *Prosas dispersas*; Azuela rememora *Cien años de novela mexicana*; Quintana transita de los *Ensayos monetarios* y la *Economía social* a la historia de Puebla; Fernández MacGregor recoge la *Mies tardía*; Mediz Bolio incursiona como guionista en el cine y como autor teatral, y Alfonso Reyes sigue de príncipe de las letras mexicanas, galardón que confirma en 1941 con un lúcido análisis del *Pasado inmediato*; en 1944 con *El deslinde, prolegómenos a la teoría literaria*, y en 1948 con un buen resumen de las *Letras de la Nueva España*.

En cuanto a artes no fue menos fecunda la vejez de la generación del centenario. Diego Rivera, aparte de hacer viajes a la URSS y retratos al óleo de ricos, decora los muros del Palacio Nacional con indios bellos y buenos y conquistadores horribles y villanos; Clemente Orozco pinta contra todo; Julián Carrillo insiste en su “Sonido 13” y otras técnicas revolucionario-musicales.

Sesenta protagonistas de la Revolución sobrevivían aún en 1950; todos entre 65 y 80 años de edad; todos muy respetados; algunos, que no únicamente Vasconcelos, Soto y Cabrera, en plena crisis mística; muchos muy ricos; más de una docena todavía con puestos públicos de relieve; dos docenas entretenidísimos en hacer el recuento de sus virtudes, hazañas e influencias. Fueron autobiógrafos notables, además de Vasconcelos, Ocaranza, Ortiz Rubio, Fabela, Rodolfo y Alfonso Reyes, Pani, García Naranjo, Fernández MacGregor, Adolfo de la Huerta, Abelardo Rodríguez, Vera Estañol, Miguel Alessio Robles y Artemio de Valle-Arizpe.

Pero no se crea que por haber hecho su autopanegírico, los ilustres de la Revolución han gozado post mórtem de un prestigio que se empareja con el de insurgentes y reformistas. Tampoco se debe del todo al hecho de no haber habido ninguna ruptura mayor en lo establecido por la pléyade de 1910. Aquí interviene el culto mexicano a los mártires, a los destructores y a los broncos. Los tres poderes, presididos por el presidente López Mateos, llevaron a José Vasconcelos a su última morada. Badillo, Alfonso Reyes, Azuela, Caso, Ponce, Orozco, Rivera y algunos más reposan en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Unos nueve de cada 10 son epónimos de una calle por lo menos. La mayoría ya tiene estatua pública y cosa de un tercio es mentado en los discursos oficiales. En fin, pese a que fueron tan agresivos y varios corruptos, la gran mayoría obtuvo y mantiene prestigio. Un dúo, Villa y Zapata, siguen gozando de una enorme popularidad, siguen viviendo entre pecho y espalda de la gente menuda.

Seguramente por el carácter apasionado de sus miembros, las pléyades de la Reforma y la Revolución se emparientan. En otras cosas difieren algo. La pléyade revolucionaria tuvo mayor número de egregios de extracción rural y humilde; también acogió a un porcentaje mayor de incultos. Los reformistas emplearon la fuerza para destruir cosas y gentes de un pasado aborrecido. La destructividad de los revolucionarios se ejerció en forma de suicidio. El 15% de la minoría rectora de la Revolución fue mandada al otro mundo por el resto de la minoría rectora de la Revolución. En ninguna minoría del siglo XIX se dio tan alta dosis de lucha de unos contra otros como en el equipo revolucionario en sus etapas de gestación y gestión. Por otra parte, no hubo pléyade anterior tan cercana a las mayorías como la revolucionaria. Algunos de sus protagonistas eran puro pueblo como Villa y Zapata; otros, más o menos populistas, como Madero y Obregón, y aun los aristócratas de la cultura, como Vasconcelos y Caso tenían arrastre

popular. Fue una minoría humana, demasiado humana, con escasísimos ideólogos. Tuvo muchos personajes de novela y buenos novelistas. Tuvo mucha presencia y excelentes pintores capaces de conservarla. Le pertenece el primer cineasta habido en México, lo que permite volver a verla en ires y venires. Inaugura un nuevo talante de México, otra época que admite los adjetivos de nacionalista, modernizadora, algunas veces campesina, normalmente urbana. Dentro del nuevo clima, a la hornada de la Revolución le tocó jugar el papel de barbechadora.

## REVOLUCIONARIOS DE AHORA\*

LA GENERACIÓN DE 1915, bautizada así por Manuel Gómez Morín, o generación epirrevolucionaria, según Jiménez Moreno, o generación de los revolucionarios de ahora, conforme a la estimativa de Luis Cabrera, o generación de Cárdenas si nos atenemos a la voz popular, fue la minoría rectora de México desde 1934, año en que el apóstol del agrarismo asume la Presidencia de la República, hasta 1958 cuando Ruiz Cortines le pone la banda presidencial a López Mateos. El directorio revolucionario de la etapa constructiva de la Revolución estuvo formado por cosa de 300 individuos que se mantuvieron en el poder durante 24 años. Esa gente nació con el cine, el avión, la teoría de la relatividad y otros ruidos. Menos los 50 nacidos en Europa, todos comenzaron en el reino de la paz porfirica. Ninguno nació antes de 1889; ninguno, después de 1905.

Por primera vez en la historia del México independiente, en la generación epirrevolucionaria figura un buen número de nativos del país del que se independizó México. Algunos son transterrados de las universidades españolas a las mexicanas por las gestiones de Daniel Cosío Villegas, los cuales se suman a la rectoría intelectual de acá a partir de 1938. Otros, llegados en fechas anteriores, figurarán en el sector de los empresarios. De éstos, sólo seis son españoles; seis, yanquis; cuatro, franceses, un italiano, un libanés y un sueco. Alrededor de 50 nacieron y se formaron en otros países, pero los demás son oriundos de acá y de formación mexicana en su gran mayoría. De los nacidos mexicanos, dos tercios provenían de la faja central. Hubo muy poca gente del norte.

Al contrario de la élite revolucionaria, la de 1915 no acogió a muchos del medio rural. No obstante que las cuatro quintas partes de la sociedad mexicana del fin del siglo XIX vivía en ranchos y pueblos que no llegaban

\* En *La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984, pp. 81-99.

a los 2 500 habitantes, sólo un quinto de la minoría rectora de los treinta, cuarenta y cincuenta nació en el campo. Aunque en 1900 la capital sólo albergaba la trigésima parte de la población de la República, parió la cuarta parte de los directores de la segunda etapa del México revolucionario.

La gran mayoría de los 300 epirrevolucionarios provino de hogares más o menos felices. Muy pocos nacieron en ambientes incómodos o de zozobra. De los de oriundez mexicana, algunos tenían padres prófugos de la pobreza del Viejo Mundo. Por su apellido se pueden reconocer: Andreu, Bailleres, Best, Bodet, Foucher, Leduc, List, Lombardo, Maples, Maugard, Michel, Owen, Rosenblueth, Trouyet, Usigli, etc. Como de costumbre, en una sociedad donde nueve de cada 10 familias recibía el mote de humilde, sólo uno de cada 10 de los grandes de la generación cardenista provenía de familias humildes o pobretonas. Esto no quiere decir que los de 1915 hayan venido de la aristocracia o de hogares nadando en dinero. Los más reconocían orígenes pequeñoburgueses. Los más tuvieron una primera infancia relativamente dichosa, incluso el epónimo de la generación.

Casi todos los epirrevolucionarios aprendieron a leer y escribir en su terruño, no siempre sin sacrificios. Marte R. Gómez dice: “No había escuelas en Reynosa. Mi padre le encargó a mi madre que ella organizara una escuela particular... Después tuve ocasión de hacer mis estudios en diversas ciudades... Terminé mi instrucción primaria en la capital en la escuela anexa a la Normal de Maestros”. Manuel Gómez Morín recordaba: “Empecé a aprender las primeras letras de mi madre. Después, al llegar a Parral, asistí a una escuela llamada Progreso, protestante... Estuve en Chihuahua en el colegio Paltmore. Más tarde fuimos a vivir a León. Allí estudié el resto de la escuela primaria”. Jesús Silva Herzog rememora: “Aprendí primero en una escuela de párvulos, me pusieron enseguida en el seminario de San Luis Potosí... en él, terminé la instrucción primaria”. Según Vicente Lombardo Toledano, su aprendizaje de primeras letras lo hizo con una tía de su madre y el silabario de San Miguel. El líder de los obreros añadía: “cuando cumplí los seis años ingresé al Liceo Teziuteco”, donde se enseñaba al último grito de la moda.

La mayoría de los futuros dirigentes de la Revolución constructiva hizo los seis años de la primaria, que no el epónimo. Éste apunta: “A la edad de seis años ingresé a la escuela que atendía Merceditas Vargas. Concurríamos doce alumnos con cuota de dos pesos mensuales. Dos años después ingresé a la escuela oficial de don Hilario Jesús Fajardo, en la que

llegué al cuarto año”. Comoquiera, eso no fue lo común. Los compañeros de Cárdenas en la minoría rectora de 1915 se quemaron las pestañas en el estudio por un buen tiempo en las ciudades mayores de la República. La lucha desencadenada a partir de 1910 produjo fugas de familias de clase media y copetonas hacia las urbes más habitadas y sobre todo hacia la capital del país. Desde los inicios de la Revolución, la metrópoli, Guadalajara, Monterrey, Puebla y San Luis Potosí se volvieron ciudades de refugiados. A una de estas urbes vinieron a parar, antes del desahije, todavía niños o adolescentes, muchos de los directores de la futura patria.

Hacia 1914, lo más de la pléyade de 1915 se había juntado en la ciudad de México; la mayoría en plan de alumnos sedentes y no pocos en funciones de revoltosos andantes. Caso se acordaba de cómo sus maestros “tenían que festinar los exámenes de fin de curso porque se anunciaba la toma de México por alguno de los grupos revolucionarios”. Más de alguna vez, según decía Daniel Cosío Villegas, “el ruido y el estruendo fue de tal naturaleza” que los profesores se ausentaron de las aulas. Alguna vez se vieron en la necesidad de dar el pase al siguiente ciclo sin examen previo. “Fue la época —dice Manuel Gómez Morín— en que los salones servían de caballeriza; en que se disparaba sobre retratos de ilustres matronas y la disputa por la posesión de un piano quedaba resuelta con partirlo a hachazos entre los disputantes, lo más equitativamente posible”. Aun los que andaban metidos en la bola, como Lázaro Cárdenas, recordarían después con estremecimientos de desaprobación lo que pasaba en 1914 y 1915 en la capital: alegrías altamente alcohólicas, juergas prostibularias, aprehensiones injustas, plagios, fusilamientos y robos al por mayor. En el mismísimo carro del general Villa, del ilustre jefe de la División del Norte, la oficialidad se repartía los anillos, relojes y carteras de los fusilados la noche anterior. Para los futuros mandamases de México, aquello fue una dura y larga pesadilla; ninguno olvidaría el famoso

*año de 1915*

por haber sido un año de hambre y desorden extremos. Ese año los 300 componentes de lo que será a partir de 1934 la generación del 15 todavía no formaba cuerpo. Cosa de 30 eran revolucionarios. Un par se decía villista; un cuarteto, zapatista, y los demás, seguidores de Carranza. No obstante

que los tiempos no eran propicios para los negocios, unas 50 personas de las 300 consideradas aquí y ahora ya daban muestra de que serían empresarios notables. También apuntaba desde entonces el grupo de los 40 eclesiásticos de la generación. La mitad de los futuros curas ya estudiaba para eso.

El sector intelectual, un tercio de la élite epirrevolucionaria, pues por algo se le llamó “generación de los Siete Sabios”, todavía en 1915 tenía a la casi totalidad de sus miembros en la clausura de primarias, preparatorias y universidades. La mayoría del futuro pelotón intelectual estudiaba en la metrópoli, casi todos en la Escuela Nacional Preparatoria o en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Un tercio de los 100 intelectuales decisivos de 1915 obtuvo el diploma de abogado; 18, el de médico; 12, el de ingeniero. Unos 20 de los intelectuales de la generación sin título universitario porque entonces era difícil hacerse de un título. Enrique Krauze cuenta que muchos de los antiguos e ilustres maestros de la Universidad se habían ido del país, algunos por su fama de porfiristas, “otros por haber tenido puestos en el gabinete de Huerta, o por haberse sumado a una fracción derrotada de la Revolución”, y los demás simplemente porque le escabullían el cuerpo al hambre, los balazos y las cárceles. En 1915, los institutos de alta cultura retenían a muy pocos catedráticos de las generaciones científica, azul y de la revolucionaria. Esto priva a los jóvenes de la vista y la palabra de Justo Sierra y otros egregios y les permite ser pedagogos en plena inmadurez. La Universidad acude a chavales lúcidos como Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vázquez del Mercado, Lombardo y Cosío para mantener la docencia universitaria. De los grandes sólo enseñarán Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña. Los jóvenes suplen la falta de maestros con la lectura de Bernard Shaw, G.K. Chesterton, Bertrand Russell, Henri Bergson, Jacques Maritain, André Gide, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Azorín, Antonio Machado, John Dewey, William James, Karl Marx, Oswald Spengler, Sigmund Freud, Max Scheler, Edmund Husserl y Benedetto Croce, que les permitieron estar al día en los ismos filosóficos de los veinte (historicismo, materialismo, neotomismo, pragmatismo, raciovitalismo y otros), en las corrientes literarias y artísticas en boga y en algunas novedades de las ciencias sociales, especialmente en sociología y economía. Además, no pocos de aquellos alumnos-catedráticos llegaron a saber lenguas. Como de costumbre, el idioma francés, pero además la lengua inglesa y aun la alemana.

El sector político de la minoría rectora que nos ocupa superaría en cultura a sus predecesores. Los más de los grandes de la política mexicana entre 1934 y 1958 fueron alumnos universitarios. En esa generación hubo muchos “lics” en los principales puestos de la administración pública: Lic. Miguel Alemán, Lic. Agustín Arroyo Ch., Lic. Silvano Barba González, Lic. Ramón Beteta, Lic. Rodolfo Brito Foucher, Lic. José Ángel Ceniceiros, Lic. Ignacio García Téllez, Lic. Jesús González Gallo, Lic. Efraín González Luna, Lic. Tomás Garrido Canabal, Lic. Javier Rojo Gómez, Lic. Vicente Lombardo Toledano y algunas docenas más. Aunque no tuvieran la licenciatura en derecho, a muchos políticos de aquella camada generacional se les decía licenciados para no faltarles al respeto. Para la generación de 1915 fue más importante el título de licenciado que el de general aunque en

### *los pininos*

del grupo sonaron los nombres de algunos jefes militares. La mayoría de los milites de la generación de 1915 ya ostentaba en ese año grado de jefe: mayor, coronel o general. Así Francisco L. Urquizo, Matías Ramos, Pablo Macías, Celestino Gasca, Gustavo Baz, Francisco Carrera Torres, Marcelino García Barragán, Juan Andreu Almazán, Rubén García, Lázaro Cárdenas, los hermanos Ávila Camacho, Agustín Olachea, Miguel Henríquez, Roberto Gómez Maqueo y muchos otros. Cárdenas fue general a los 25 años y algunos de sus compañeros, antes de cumplir esa edad. Varios militares de 21 años o poco más desempeñaron puestos políticos de nota en los regímenes de Carranza y de la Convención. Con apenas la mayoría de los 21, inician su militancia política Tomás Garrido Canabal, desde muy joven gobernador de Tabasco; Antonio Villalobos, como diputado federal por Oaxaca; Ramón F. Iturbe, como gobernador de ese estado, y Alberto Salinas en plan de director del Departamento de Aeronáutica.

Al triunfo de la revolución de Agua Prieta, los jóvenes políticos y militares de 1915, todavía veinteañeros, desempeñaron altísimos puestos públicos: Aarón Sáenz (29 años), gobernador de Nuevo León; Lázaro Cárdenas (25 años), gobernador de Michoacán; Froylán Manjarrez (28 años), gobernador de Puebla; otra vez Tomás Garrido (25 años), gobernador de Tabasco; Vicente Lombardo Toledano (29 años), gobernador de Puebla;

José Parrés (30 años), gobernador de Morelos, y algún otro. Antes de su 35º cumpleaños, estuvieron en el gabinete presidencial Aarón Sáenz, Genaro Vázquez, Romeo Ortega, Francisco Serrano, Luis Montes de Oca y Gonzalo Vázquez Vela.

También los intelectuales de la generación comenzaron a pontificar y a hacerse oír desde muy jóvenes. Jaime Torres Bodet da a luz su primer *Fervor poético* a los 18 años; cumple los 21 como secretario particular del secretario de Educación Pública, y llega a los 30 con la fama de ser autor de nueve poemarios, dos novelas y dos libros de crítica. La fama de Gilberto Owen comenzó con *La llama fría*, encendida a los 20 años de edad. Desde esa edad, Salvador Novo se da a conocer como uno de los más fecundos y feroces críticos de México. Antes de cumplir cinco lustros, Carlos Gutiérrez Cruz versifica su *Sangre roja*; Carlos Pellicer da cuenta de los *Colores en el mar*; José Gorostiza compone *Canciones para cantar en las barcas*; Bernardo Ortiz de Montellano manifestó su *Avidez poética*, y Manuel Maples Arce, con sus *Andamios interiores*, dio lugar a que los enemigos de los estridentistas, como se autonombraron Maples Arce y compañía, dijeran de ellos: “andamos inferiores”. Desde muy chavales, Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda y Alfonso Junco recibieron burlas por su afán de escribir al modo de la Nueva España.

Los hombres de empresa de 1915 no fueron menos precoces, quizá porque el río revuelto de la Revolución se prestaba a buenas ganancias de toda clase de pescadores. También los ensotanados, cuya aparición en público suele ser tardía, asomaron la cabeza muy pronto, especialmente los jesuitas Agustín Pro, Jaime Castillo, Joaquín Sáenz, Julio Vértiz y Eduardo Iglesias, y los futuros obispos Manuel Pío López, Miguel Darío Miranda, Manuel Martín del Campo y Fernando Ruiz Solórzano.

En los veinte, la minoría rectora epirrevolucionaria asume perfiles propios que servirán para distinguirla de la minoría en el poder. En lo físico, los epi son de tez más clara que los revolucionarios. La nueva hornada procura vestir como en Europa y los Estados Unidos; es gente de chaqueta, chaleco y pantalones planchados. Esconde la pistola, pero no deja de portarla. Se cubren con sombreros de ala corta y ya muy pocos usan la texana. En la nueva minoría sobresalen los hombres de índole sanguínea: laboriosos, prácticos, extrovertidos, deportivos, observadores, conciliadores, vanidosos y golosos. Las pugnas existentes en la hornada de 1915 son una nadería al lado de los pleitos entre revolucionarios. Sus odios rara vez

llegan a la aniquilación del enemigo. Es gente juiciosa por “haber visto —según Margarito Ledesma— cosas muy duras en nuestras revoluciones, estropicios, quemazones, golpizas y colgaduras”. A los jóvenes del 15 les repugna el desorden revolucionario, la improvisación de la vida pública, el conocimiento superficial de las realidades de México, la poca consistencia de los propósitos y los métodos de salvación pública, y el ningún interés en los últimos gritos de la técnica.

La rama intelectual de la minoría rectora epirrevolucionaria asume plenamente el aforismo de Ortega: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Se sienten destinados a “hacer algo por México”, a “hacer una cosa mejor” que la hecha por los revolucionarios, a construir una sociedad habitable con la puesta en práctica de los principios de la razón, con apoyo en el conocimiento, de acuerdo con la técnica. Se aferran a “la decisión de convertirse en hacedores de un México nuevo”, pero con un espíritu tranquilo. La impaciencia por conquistar el paraíso los conduce a errores tácticos. Todos quieren hacerlo todo: conocer la realidad mexicana, diseñar planes salvadores, poner en práctica las soluciones halladas. Todos quieren hacerlo a la vez: el diagnóstico, la medicina y la aplicación del remedio. Al unísono tratan de asir simultáneamente el binocular, la pluma y la pala.

Los de 1915 elaboran desde muy jóvenes una nueva imagen de México hecha a las volandas y con poco trabajo de campo. Sus autores (Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Samuel Ramos, Manuel Gómez Morín, Gilberto Loyo, Xavier Icaza, Jorge Cuesta, Alfonso Teja Zabre, Luis Chávez Orozco, Lucio Mendieta y Núñez) no obraron, por los apuros del momento, tan minuciosa y científicamente como hubieran querido. Cosío publica en 1924 las versiones taquigráficas de algunas de sus lecciones en la Facultad de Jurisprudencia con el nombre de *Sociología mexicana*, donde rechaza “la idea de que México es país de extraordinaria riqueza natural”, y la sustituye con la tesis: “somos pobres no sólo económica sino naturalmente”. Gómez Morín da a luz en 1927 su ensayo *1915*, que es una autognosis de su propio grupo con algunas referencias a México en general. Cinco años más tarde, Ramos, con el aprovechamiento metódico de las teorías psicológicas de Adler, traza *El perfil del hombre y la cultura en México*, descubre un mexicano fantasioso, susceptible, apasionado, y con fuertes sentimientos de inferioridad. Ramos analiza tres tipos (el pelado, la clase media y el burgués), en los que encuentra rasgos psíquicos comu-

nes a los tres: inconsciencia de “la realidad de su vida, es decir, de las limitaciones que la historia, la raza, las condiciones biológicas imponen a su porvenir”; recelo “de cualquier gesto, de cualquier movimiento, de cualquier palabra”; impulsividad o naturaleza explosiva. Ramos ve, no sólo en la minoría rectora de la Revolución sino también en la mayoría dirigida, que la pasión ha llegado a convertirse en una necesidad. Esto obliga a todo el que quiere atraer la atención sobre lo que hace o lo que dice, a subir la voz, a extremar los gestos, a violentar las expresiones para impresionar al auditorio. Ramos asegura que los gestos apasionados, las susceptibilidades y las fantasías son “ardides instintivos”, máscaras disimuladoras del verdadero sentir del mexicano, de su sentimiento de inferioridad o de minusvalía que ha contraído en el curso de la historia a causa de una serie de reveses: la conquista española, la supeditación de los criollos a los peninsulares en el virreinato, la discordia social que siguió a la independencia, la derrota de 1848 infligida por los yanquis, la invasión francesa, el estereotipo que hicieron del mexicano las naciones extranjeras en el siglo XIX, y otras desventuras. Por ser el sentimiento de minusvalía producto de la historia, Ramos lo ve superable. Cuando el mexicano “escape del dominio de las fuerzas inconscientes... comenzará una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará el espíritu en libertad para la conquista de su destino”.

Aunque el cenáculo de 1915 se hizo una idea pesimista de México, nunca dejó de creer en la posibilidad de redimirlo. Cosío, después de adornar el territorio mexicano con las máximas limitaciones, propuso la superación de tal inconveniente mediante “el esfuerzo del trabajo y la educación del pueblo”. Xavier Icaza, en *Magnavoz 1926*, clasificó las ideas que se disputaban la salvación nacional en cuatro tendencias: mística, conservadora, comunista y nacionalista. Las soluciones propuestas por los hombres de negocios fueron de corte liberal, pero no libres de inquietudes sociales. Los Garza Sada creían que “el lucro no es renta para satisfacciones agiotistas, sino instrumento de reinversión para el progreso económico y social”. Por lo general, las soluciones propuestas entonces por intelectuales, soldados, políticos y aun hombres de negocios y gente de sotana eran de inspiración socialista. Los de la élite sacerdotal y algunos pensadores muy adictos a ella, como Alfonso Junco, bebieron en la *Rerum novarum* de León XIII y en diversas obras de Maritain. Las del sector intelectual laico, con no pocas excepciones, fueron deudoras cercanas del marxismo. Hubo un

momento en que la Revolución rusa atrajo la devoción de los jóvenes intelectuales de 1915. En 1919, Gómez Morín le confesó a un amigo que la “organización, tendencias y procedimientos de la República Federal Socialista de los Soviets le habían cautivado”. Durante los veinte, Arqueles Vela, José C. Valadés, Manuel Maples Arce, Rafael Ramos Pedrueza, José Mancisidor, Miguel Othón de Mendizábal, Juan de la Cabada y muchos más proponen caminos de renovación de tinte rojo y ruso. En general, los máximos líderes obreros, aunque no se suman a las filas del Partido Comunista e incluso las combaten, usan pensamiento de tinte socialista.

De hecho, el plan salvador más reiterado por la mayoría de los protagonistas de la generación de 1915 podría llamarse nacional socialista si ese nombre no tuviera, por culpa de los nazis, una nota infamante. Se trata de una fórmula hecha con fragmentos de varias ideologías aparentemente contradictorias, que acepta las tendencias liberales y socialistas de la Constitución de 1917, que hace caber en el mismo jarrito la libertad y la justicia social, la iniciativa privada y la intervención del Estado en la actividad económica, el nacionalismo económico y las inversiones extranjeras, el fundo colectivo y la pequeña propiedad privada, el fomento de la industrialización y de las organizaciones obreras, la democracia y la dictadura, la división de poderes y la supremacía del Poder Ejecutivo, el régimen federal y la centralización política, la integración racial y el indigenismo, la tolerancia religiosa y las restricciones al culto católico, la libre expresión y el control estatal de los planteles educativos, la mala y buena vecindad con el poderoso imperio de los Estados Unidos.

Pese a las divergencias en el diagnóstico y en los planes salvadores, todos los de 1915 coinciden en que la patria está enferma de una enfermedad curable y que el remedio requerido para conseguir la salud es fácilmente accesible y de fácil aplicación. También creen que la hornada revolucionaria, por su incultura, por sus disensiones internas, por su creciente impopularidad, por su falta de ideas, no es capaz de conducir a México por el buen camino. Esto no quiere decir que deploren todo lo hecho por la generación anterior ni se malquisten con ella. Los de 1915 se llevan muy bien aparentemente con sus predecesores. Los revolucionarios, violentos por naturaleza, no encuentran contrincantes en los epirrevolucionarios. Éstos, enemigos de toda ruptura, suceden en el poder a aquéllos, parcialmente a partir de la muerte de Obregón en 1928, y del todo en 1936, con motivo de la fuga aérea de Calles.

Desde 1928 se puso de moda el arribo a la cúspide del poder y de la influencia de personas de la generación de 1915 que apenas tenían en promedio una edad de 30 años, pues ninguna era mayor de 40 y no faltaba la de sólo 25. El presidente Emilio Portes Gil se rodea de un gabinete presidencial de treintañeros: Luis Montes de Oca, Marte R. Gómez, Ezequiel Padilla y José Aguilar y Maya. En 1929 sube a la presidencia Pascual Ortiz Rubio y escoge un ministerio de muy jóvenes: Carlos Riva Palacio, Juan Andreu Almazán, Lázaro Cárdenas, Narciso Bassols y otra vez Montes de Oca. Durante la jefatura del general Rodríguez (1932-1934) aumentó el número de secretarios, subsecretarios, oficiales mayores y gobernadores treintañeros. Sirvan de botón de muestra: los secretarios de Gobernación, Eduardo Vasconcelos; de Industria y Comercio, Primo Villa Michel; de Guerra, Lázaro Cárdenas; de Hacienda, Marte R. Gómez, y otros.

La mayoría de los políticos de 1915 navegaba entonces con la bandera roja. De hecho, casi todos eran partidarios del reparto de tierras en forma de ejidos. Quizá eran menos los aspirantes a una ejidización de las fábricas parecida a la de los latifundios, pero seguramente todos pugnaban por el alza de salarios fabriles, por la mejoría de condiciones de trabajo en talleres y fábricas y por la hechura de vigorosas confederaciones obreras. Al comenzar los treinta, los líderes obreros, salvo dos, eran de la generación epirrevolucionaria: Vicente Lombardo, artífice de la CROM depurada; Fidel Velázquez, Fernando Amilpa... También desde los días del maximato empiezan a sonar los nombres de un nuevo tipo de empresario laborioso, perseverante, ahorrador, enamorado de la técnica y el éxito, los nombres de Máximo Michel, promotor de las compañías de seguros; Ángel Urraza, rey del hule; Raúl Bailleres, banquero, lo mismo que Bernabé del Valle, Leopoldo Palazuelos y Eloy Vallina; los industriales Gunnar Hugo Beckman, Emilio Azcárraga, Carlos Prieto, José Domingo Lavín, Eugenio y Roberto Garza Sada, Miguel Elías Abed y tres docenas más. Pero el mayor ruido lo hizo el nombre de un hombre de la serie política que en 1934, con sólo 39 años encima, sube a la Presidencia de la República e instaura el

*imperio epirrevolucionario,*

la era de los lanzadores de la revolución institucionalizada, de quienes en el segundo lustro de los treinta, todos los cuarenta y los cincuenta, lanzan

montones de lemas: “Produzca lo que el país consume; consuma lo que el país produce”, “Unidad nacional”, “Concordia internacional”, “Máquinas y escuelas”, “Estabilidad y progreso”, etc. La élite epirrevolucionaria se entrega afanosamente a la tarea de construir moldes que permitan el desarrollo armónico de la nacionalidad. Se confeccionan cauces para los ríos de la política, la economía, el cambio social y la marcha de la cultura.

Por lo que mira a lo político, los de 1915 en el poder toman muy en serio lo del Estado “papá”. Los nuevos grandes rediseñan en 1935 y en 1946 un partido fundado en 1929 que jamás debía perder. Gómez Morín y González Luna inventan el PAN para los efectos a la oposición de derecha. Lombardo confecciona el PP para los proclives a la oposición de izquierda. Los tres poderes aprueban la hegemonía del Ejecutivo para no perder la forma de pirámide que nos legaran nuestros antepasados. El Poder Ejecutivo se entrega todopoderoso y paternal a la hechura de secretarías de Estado que hagan eficaces a la Marina Nacional, el Trabajo, el Patrimonio Nacional, los servicios de salud y los recursos hidráulicos. Se fundan también unas presecretarías llamadas departamentos autónomos, hechas con el fin de atender apetencias de agraristas, turistas y otras especies humanas de nueva creación. Se crean institutos del Seguro Social y de esto y aquello. Se inicia una etapa francamente institucional en la que cada quien toma su derecha para no interferir el tránsito a los demás. Al “instituto armado” se le constriñe a volver a sus funciones. Dejan de verse militares al frente de gubernaturas y ministerios. El gobierno policiaco es sustituido por el gobierno paternal, regulador de las actividades productivas, reglamentador de la higiene y la salud, árbitro de los grupos sociales antagónicos, generador y controlador de partidos políticos, educador, moralizador, enfermero, profiláctico y salutífero.

Para el logro del orden y el avance económico, que desde 1938 se vuelve la máxima meta nacional gracias a la élite de 1915, gobierno e iniciativa privada, a dúo y a solas, erigen instituciones muy fuertes y de toda índole: Nacional Financiera, Banco Nacional de Comercio Exterior, Banco Nacional de Crédito Ejidal. ANDSA, UNPASA, Finasa, BNC, BI, DAF, parques nacionales, ley forestal, ley de caza, leyes industriales, Departamento Técnico de Minería, Consejo de Recursos Naturales no Renovables, Comisión de Fomento Minero, Comisión Nacional de Energía Nuclear, Comisión Federal de Electricidad, Altos Hornos de México, Hojalata y Lámina, Petróleos Mexicanos, Comisión del Maíz, Comisión del Café, comisiones

de las cuencas de tal y cual, multitud de empresas del gobierno y de particulares emprendedores y pesudos: Palazuelos (Cámara Nacional de Comercio), Bailleres (Crédito Minero y Mercantil, Crédito Hipotecario y Crédito Afianzador), Sáenz (Azúcar, S.A.), Galas (negocios de litografía), Larín (industrias metálicas), Urraza (Goodrich Euzkadi), Vallina (Banco Comercial Mexicano), Rodolfo Elías Calles, Carlos Trouyet y tantos contratistas, constructores y fraccionadores. Políticos, empresarios y aun intelectuales utilizan la coyuntura de la Guerra Mundial para poner en acción el despegue y la modernización de México. Como en tiempos de don Porfirio, la meta del progreso (ahora con el nombre de desarrollo) se vuelve la obsesión de la élite de 1915. En los decenios de los años cuarenta y cincuenta todo fue búsqueda de modos para salir de pobres.

Con todo, el mayor vuelco se dio en asuntos religiosos. Los de 1915 lograron el pase de una campaña antirreligiosa dura y cruel a una tolerancia de credos no indigna de los países nórdicos de Occidente. La élite epirrevolucionaria fue más incrédula, incluso en su sector clerical, que ninguna de las anteriores. La indiferencia religiosa de los prohombres de 1915 es quizá su principal característica. La mayoría, desde la juventud dejó de creer, sentir y practicar la religión católica. Algunos siguieron confesándose católicos y más de alguno protestante, pero muy pocos, incluso los sacerdotes, son comparables por su intolerancia y fervor religioso a aquellos obispos tan beligerantes de la generación revolucionaria. Lo mismo puede decirse de los que abandonaron las prácticas religiosas. Ninguno padeció el virus antirreligioso de un Calles y de varios de sus compañeros de tanda. Habría que decir que ésta fue la primera minoría claramente inmanentista de la historia de México, lo que no excluye que las siguientes hayan sido aún menos trascendentalistas o más irreligiosas. Fue una hornada que por ser más proclive a la razón que a la fe, no obstante su actitud populista, nunca llegará a ser verdaderamente popular, siempre se mantendrá distante del pueblo. Ni la reforma agraria ni el fomento del sindicalismo conseguirán unir a las masas creyentes con su minoría rectora descreída.

No menos notable fue la acción estrictamente intelectual de los de 1915, reforzada por la pléyade de intelectuales españoles, sobre todo por los de la misma camada: Pedro Bosch-Gimpera, Manuel Martínez Pedroso, José Bergamín, Joaquín Xirau, Enrique Rioja, José María Gallegos Rocafull, Luis Buñuel, Juan Comas, José Gaos, Eugenio Ímaz, Pedro Garfias, Luis Cernuda, Max Aub, Wenceslao Roces, Faustino y José Miranda, Juan

Rejano, José Medina Echavarría y Ramón Iglesia. Con la ayuda de los transterrados españoles, los epirrevolucionarios de acá se dieron a la fundación de institutos culturales que debían profesionalizar la cultura mexicana, que debían sustraérsela a la intuición y dársela al método y a la técnica. Entre los muchos sabios de la generación de 1915, fundadores de albergues de sabiduría, se acostumbra citar a Jesús Silva Herzog (*Cuadernos Americanos*, Escuela de Economía), Lucio Mendieta (Instituto de Investigaciones Sociales), Ignacio Chávez (Instituto Nacional de Cardiología), Luis Enrique Erro (Observatorio Astronómico de Tonanzintla), Manuel Martínez Báez (Instituto de Enfermedades Tropicales), Ramón Martínez Silva (Universidad Iberoamericana), Jesús Guisa y Azevedo (*Lectura y Polis*), Vicente T. Mendoza (Sociedad Folklórica de México), Eugenio Garza Sada (Instituto Tecnológico de Monterrey), Antonio Castro Leal (Colección de Escritores Mexicanos), Gabriel Méndez Plancarte (*Ábside*), Manuel Gómez Morín (Jus), Alfonso Caso (INAH e INI), Lázaro Cárdenas (Instituto Politécnico Nacional), Manuel Ávila Camacho (Escuela Normal Superior), Daniel Cosío Villegas (Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, *Historia Mexicana*, *El Trimestre Económico* y *Foro Internacional*).

La autognosis de México sigue su marcha. Los indigenistas continúan asidos al prejuicio de que la esencia de la mexicanidad es la indianidad. Caso, con técnicas de arqueólogo y de historiador, recobra las civilizaciones de mixtecos y aztecas. Mendizábal da con los modos de producción de algunas comunidades del antiguo México. Barrera Vázquez descubre aspectos olvidados de la civilización maya. Garibay ahonda en la filosofía espiritual (*Historia de la literatura náhuatl*), mientras García Granados compila un *Diccionario biográfico de historia antigua de México*. Los mantenedores del prejuicio hispanista, de que los buenos y los malos modos nos vienen de la colonización española tricenaria, emprenden sesudas investigaciones acerca de un mexicano muy representativo por crepuscular como lo es *Juan Ruiz de Alarcón* visto por Castro Leal, o sobre *El arte colonial* y especialmente el barroco, donde don Manuel Toussaint encuentra el meollo de lo mexicano. Junco, colonialista desmesurado, hace una *Inquisición sobre la Inquisición* para demostrar que el león hispano fue menos fiero de como lo pintan. Chávez Orozco, hispanófobo hasta las cachas, inquiera acerca de la lucha de clases y los modos de producir de los españoles de la era colonial.

Los más de los epirrevolucionarios en busca del alma propia siguen pensando que no hace falta remontarse a la época de dominio de los hombres blancos y barbados, ni a la edad de los hombres morenos y lampiños para tomar el pulso y los demás signos vitales a su México. El abogado Martínez Báez descubre en la trama de la independencia la prefiguración del México actual. Valadés explora el siglo XIX al través de sus periodos y personas sobresalientes: etapa santánica, Alamán, Ocampo, Juárez, *El porfirismo*. Desde 1948 Cosío Villegas inicia la mayor hazaña intelectual de la generación: la *Historia moderna de México*, publicada en 10 altos y rechonchos volúmenes. Cosío, con la técnica de investigación mejor cotizada en el mercado científico de ahora y con el material más resistente de bibliotecas y archivos de aquí y de fuera, emprende una vasta imagen de la vida nacional moderna en la que retaca lo que puede sin ofensa para el arte y los lectores: lo capitalino y lo provinciano, la vida de ritmo lento y la relampagueante, las actividades encaminadas a conseguir el pan y las que dirigen sus pasos a la consecución del poder y del saber.

La generación de 1915, en su etapa de gestión, se esmeró en el inmediato y en el presente, en el conocimiento del siglo XIX y en lo que va de la actual centuria. El general Urquiza acaba en fácil y ameno cronista de la vida airada de los años 1910-1920. Taracena reúne en *La verdadera Revolución mexicana* las efemérides más vastas que se han hecho hasta ahora sobre cualquier época de la historia de México. Mancisidor, biógrafo de Marx y Lenin, aplica su enfoque marxista a la *Historia de la Revolución mexicana*, negocio en que lo precede Teja Zabre.

Merecen otro párrafo las aportaciones al conocimiento de nuestro pasado nacional debidas a transterrados españoles. Con rigor metódico y pasión nacionalista, Agustín Millares Carlo labra tres instrumentos indispensables para la investigación de lo mexicano: *Bibliografía de bibliografías mexicanas*, *Álbum de paleografía hispanoamericana* y *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos*; Ramón Iglesia revive a los *Cronistas e historiadores de la conquista*; José Miranda explora *El tributo indígena en Nueva España*, *España y Nueva España en la época de Felipe II* y *Las ideas e instituciones políticas* del mundo colonial, y José Gaos promueve la máxima revolución en el campo de los estudios históricos, con las exploraciones suyas y de sus alumnos acerca de la mentalidad mexicana desde que se vuelve nacionalista y moderna en el siglo de las luces.

Otros españoles incorporados a la generación reconstructora en 1940 prefirieron desde su llegada incorporarse al movimiento de investigación del presente nacional. Así Medina Echavarría, inteligente divulgador de Weber, Mannheim y Freyer, que enriquece las investigaciones sociales en las que ya estaban Mendieta y Núñez, Lombardo, Mendizábal, Silva Herzog, Caso y el folklorista Mendoza. Otros españoles coadyuvan a la investigación de los problemas económicos de México junto a los mexicanos por nacimiento Silva Herzog, Cosío Villegas, Bassols, Villaseñor, etc. Otros más, aunque de manera menos ostentosa, ayudan a la comprensión del sistema político mexicano, preocupación temprana de Gómez Morín, González Luna, Cosío y Lombardo. También españoles y mexicanos al unísono se ponen a estudiar las instituciones jurídicas contemporáneas de su patria. En suma, la generación epirrevolucionaria supera a la inmediatamente anterior en su afán de conocer a México en toda su redondez, desde las raíces hasta el copete y desde la cáscara hasta el hueso. Y además, pone un particular empeño en difundir la imagen del México nuevo y de sus proyecciones inmediatas.

El cine, desde que se vuelve sonoro en 1930 hasta mitad del siglo, propala, por obras de los directores Fernando de Fuentes, Juan Bustillo Oro, Arcady Boytler, el genial Luis Buñuel y varios más, las características de la emulsión revolucionaria: charrería, valor a toda prueba, uso inmoderado de la pistola, madrecitas santas, galimatías, amores eternos, prostitución, hacendados y capataces adictos al derecho de pernada y al azote, matrimonios rumbosos, esposas sumisas, machismo, religiosidad litúrgica, desigualdad social, miseria y riqueza, héroes revolucionarios, bandidos generosos, paisajes, como *El Tigre de Yautepec*, *El héroe de Nacozari*, *La mujer del puerto*, *El compadre Mendoza*, *Chucho el Roto*, *Rebelión*, *¡Viva México!*, *Janitzio*, *Vámonos con Pancho Villa*, *El tesoro de Pancho Villa*, *Juan Pistolas*, *El calvario de una esposa*, *Cielito lindo*, *Allá en el Rancho Grande*, *Las cuatro milpas*, *Bajo el cielo de México*, *Así es mi tierra*, *Huapango*, *La Adelita*, *Abnegación*, *Tierra brava*, *México lindo*, *Padre de más de cuatro*, *Hambre*, *El indio*, *A lo macho*, *Juan sin Miedo*, *Mujeres y toros*, *Los de abajo*, *El Charro Negro*, *Allá en el Rancho Chico*, *El Jefe Máximo*, *¡Ay Jalisco no te rajes!*, *Del rancho a la capital*, *Allá en el trópico*, *La abuelita*, *Soy puro mexicano*, *¡Qué lindo Michoacán!*, *La Virgen Morena*, *Santa*, *El Rayo del Sur*, *Allá en el Bajío*, *La china poblana*, *La vida inútil de Pito Pérez*, *Porfirio Díaz*, *El mexicano*, *Las abandonadas*, *Como México no hay dos*, *Hasta que perdió*

*Jalisco, ¡Ay qué rechula es Puebla!, Enamorada, Ahí está el detalle, Nosotros los pobres, Juan Charrasqueado, Ustedes los ricos, Sólo Veracruz es bello, Arriba el Norte, Los olvidados, El Siete Machos, Madre querida, El señor gobernador, Las mujeres de mi general, El gendarme desconocido, Tacos, joven, Acá las tortas, Subida al cielo, Si yo fuera diputado, Ni pobres ni ricos, De ranche-ro a empresario, Los orgullosos, Las cariñosas, Ella, Él, Nosotros, Memorias de un mexicano* y numerosos churros, típicos, violentos, dulces, nostálgicos, anhelantes, dramáticos, cómicos, chovinistas, malinchistas, rurales, urbanos, de izquierda, de derecha, con mensaje lopezvelardiano: “Patria, te doy de tu dicha la clave: sé siempre igual, fiel a tu espejo diario”.

La élite política e intelectual bautizada por Jiménez Moreno con el nombre de epirrevolucionaria, accede a los 40 años a la hegemonía y la cede a los 62; la disfruta por cuatro lustros y medio, por más tiempo que los científicos y con mejor ventura. En 1958 el epirrevolucionario Ruiz Cortines le pasa los trastos de la Presidencia a un hombre de la generación siguiente, al neocientífico López Mateos, y emprende de inmediato la

*retirada*

a los cuarteles del dominó. Y aunque no todos los inmiscuidos en la vida pública siguen el ejemplo de Ruiz Cortines, pues en los gobiernos de López Mateos y Díaz Ordaz más de algún sesentón consigue acomodo en el Congreso, o un sitio en la Suprema Corte, o las secretarías de la Defensa y de Educación, o una embajada, o un liderazgo en partido de oposición, la gran mayoría orgullosa por haber dejado institucionalizada la Revolución y en manos de gente tan pulcra y razonable como son los neocientíficos, se marcha de los negocios públicos, ya para disfrutar los ahorritos obtenidos mientras fueron servidores de la nación, ya para aplicar su experiencia en la dirección de negocios privados y casi siempre propios, ya para recibir homenajes de sus agradecidos sucesores, ya para ponerse a escribir su autopanégrico.

En 1958 vivían aún dos de cada tres epirrevolucionarios de la élite. Muy pocos habían muerto de muerte violenta; muy pocos por decisión de un homicida, y un número apreciable por accidente automovilístico. De los que se jubilaron con alma y cuerpo en buenas relaciones, cuatro murieron al otro día de la jubilación generacional. De los restantes, un quin-

to se vuelve ojo de hormiga; un tercio, noticia en la sección de sociales de los periódicos, y la mitad, elemento activo de la república de las letras o del gremio de los artistas. De los que dedican su agerasia a labores culturales, tres lo hacen en el coto de la reflexión filosófica; ocho en el de las ciencias exactas y naturales; siete en el de las ciencias sistemáticas del hombre y la cultura; 30 en el ámbito de las investigaciones históricas; siete en los múltiples recovecos de la comunicación masiva; cinco en la creación literaria, y otros tantos en el mundo de las bellas artes. Entre 1958 y 1970 los epirrevolucionarios producen dos docenas de obras memorables: cinco filosóficas (*De la filosofía, Del hombre e Historia de nuestra idea del mundo*, de Gaos, *Mente y cerebro, una filosofía de la ciencia*, de Rosenblueth, y *Estudios estéticos*, de Ramos); dos de ciencias humanas (*El problema educativo en México*, de García Téllez; *La reforma agraria de la América Latina*, de Mendieta y Núñez); numerosos artículos científicos; 12 obras historiográficas (*Historia sucinta de Michoacán*, de Bravo Ugarte; *Humboldt y México*, de Miranda; *Autobiografía de la Revolución mexicana*, de Portes Gil; *Siete años con Carranza*, de Urquizo; *Panorama literario de los pueblos nahuas*, de Garibay; *Ramón López Velarde*, de Monterde; *El tesoro de Monte Albán*, de Caso y de otros; *Camino a Tlaxcalantongo*, de Beteta; *Historia general de la Revolución*, de Silva Herzog; alguna de las biografías de Torres Bodet y la segunda mitad de la diezvoluminosa *Historia moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas); ocho libros de creaciones literarias (*La creación, La tierra pródiga y Las tierras flacas*, de Yáñez; *Fábulas y poemas*, de Renato Leduc; *El laurel de San Lorenzo*, de Castro Leal; *A la orilla de este río*, de Maples Arce; *Material poético*, de Pellicer, y *La patrona*, de Icaza); cinco películas de Buñuel (*Nazarín, El ángel exterminador, Viridiana, Simón del desierto, La Vía Láctea*); varias composiciones de Chávez, los carísimos lienzos de Tamayo, murales y más murales de Siqueiros, grabados de Méndez, caricaturas de Cabral y últimas canciones de Agustín Lara.

Doce años después, en 1970, aún vivían 75 de los prohombres de 1915; muchos ya entre signos de admiración: Chávez, Premio Nacional de Música; el poeta y museógrafo Pellicer, Premio Nacional de Literatura; el pintor Rufino Tamayo, Premio Nacional de Arte; el ex presidente Miguel Alemán, presidente del Consejo Nacional de Turismo; el músico poeta Agustín Lara, también premio nacional de algo; Garibi Rivera, primer cardenal mexicano; Luis Buñuel, con premios nacionales e internacionales; José Gorostiza, archiaplaudido; Monterde y Torres Bodet, premios

nacionales de Letras; Siqueiros, pintor del Polyforum; Rosenblueth, Premio Nacional de Ciencias; el todista Novo, chirrión de todos; el novelista Yáñez, presidente de la Academia de la Lengua y Premio Nacional de Letras; Padilla, ex canciller de América; Ruiz Cortines, ex presidente de México que por fin no resultó tan correoso como su colega Portes Gil; Silva Herzog, con varios homenajes multitudinarios pero de cultos; el doctor Chávez, el cardiólogo Chávez, premio nacional de esto y aquello; el sonriente Manuel Gómez Morín, sin premios nacionales, naturalmente, y para no seguir sin parar: Daniel Cosío Villegas, premio y *bestseller* con tres obras: *El sistema político mexicano*, *El estilo personal de gobernar* y *La sucesión presidencial*.

Aunque en el presente año de 1983 la décima parte de los constituyentes de la élite generacional de 1915 aún respira, piensa lúcidamente, quizá escriba aún obras memorables y haga cosas de fuste, es casi seguro que no modificará lo ya hecho. Ya se puede predicar sin temor a equivocarse que la minoría rectora epirrevolucionaria no sólo vistió mejor que la revolucionaria. Por principio de cuentas, sólo 11 % de ese grupo se puso uniforme militar, y en cambio, 15% fue famoso como empresario. El número de sacerdotes se reduce a 8% mientras el de intelectuales sube a 35%. Casi un tercio de epirrevolucionarios se hizo acreedor al título de estadista.

Ninguna de las anteriores minorías rectoras había contado con tanta gente oriunda de otros países, sobre todo en los cenáculos de la inteligencia y el negocio. Tampoco ninguna había tenido tan alta dosis de urbanidad. Fue una generación clasemediera de ciudadanos. La mayoría recibió la crianza de tipo autoritario y religioso que se estilaba en gente de tono medio. Padeció entre la infancia y la primera juventud los sustos, las carreras, las penurias por culpa de la bronca etapa de los años diez. Pocos pelearon; los más sólo fueron víctimas del desgarrate. Casi ninguno llegó a simpatizar con aquel caos de matanzas, violaciones, robos y discursos incendiarios de la gesta revolucionaria.

La minoría rectora de 1915 se distingue también de las anteriores por su mayor cultura. Como de costumbre, una tercera parte de los protagonistas de la Revolución institucionalizada estudió derecho, pero alrededor de una cuarta parte, lo que era inusitado, tomó rumbos más acordes con la modernidad, hizo carreras científico-técnicas. Un alto número estudió en universidades de Europa y Estados Unidos y manejó con soltura el inglés, el francés y el alemán. Su actitud, indudablemente nacionalista, se

combina con una clara recepción de los aires forasteros. En general, su gusto por el desarrollo productivo estuvo ligado con actitudes socializantes. Muy pocos permanecieron fieles a la tradición mexicana; quizá ninguno fue capitalista descarado; algunos entregaron todo su amor al marxismo-leninismo, pero los más asumieron una actitud ecléctica que ahora se le reconoce con el calificativo de populista. La mayoría de los 15 se dijo reivindicadora del pueblo, abanderada de la justicia social, muy atenta a la satisfacción de los anhelos populares.

Los protagonistas de la generación de 1915 se hacen una idea triste de su patria; destruyen el mito de la riqueza natural de México; ven los componentes poco agradados de la sociedad mexicana; consideran abatidos, aunque redimibles, a los hombres del campo y de las barriadas citadinas. No ocultan su nacionalismo pesimista ni tampoco su escasa dosis de xenofobia. Excluyen de su lista de odios a chinos, alemanes, rusos y aun a españoles. Comparten la yanquifobia popular pero sin el ímpetu de la época revolucionaria. Es un nacionalismo frecuentemente tomado por sentimientos cosmopolitas, aunque entre éstos no figuran los de la democracia al modo anglosajón. Los mandamases de la onda epirrevolucionaria nunca abjuraron del autoritarismo mexicano, siempre insistieron en las virtudes del régimen patriarcal. “Al Estado le corresponde el papel de principal promotor del bienestar material y moral de la nación”. Es clarísima su inclinación por el Estado activo, metiche, enfermero, profiláctico, salúfifero, reglamentador, moralizante, artífice de organizaciones populares y partidos políticos, prefecto de la gran mayoría de las escuelas, tutor de la vida nacional.

Según la caracterología de René Le Senne, la pléyade epirrevolucionaria de ahora, como la pléyade epirrevolucionaria de los tiempos de don Porfirio, se ajusta al tipo nervioso: esclavo del presente, impulsivo, de humor desigual, violento, susceptible, ni objetivo ni tesonero ni disciplinado, que sí vanidoso y cordial. También cabe decir que una y otra pléyade desempeñan una misión histórica análoga, aunque en distinto clima. A la élite porfirica le corresponde encauzar las aguas broncas de un nacionalismo liberal y romántico. A la élite de 1915 le toca reponer los platos rotos por un nacionalismo socializante y vitalista. Ambas impusieron la paz en sus respectivas épocas, que no la mesura, y el afán continuado que entonces se llamó progreso y ahora desarrollo. Por lo demás, aquélla fue una generación menos educada que ésta; aquélla usó desmedidamente el

machete para imponer el orden; ésta, la pluma y la pala. Quizá lo más sobresaliente de la fisonomía del elenco de 1915 sea su afán constructivo, su febril actividad a la hora de hacer instituciones. A lo largo de 23 años puso de moda ese modo de infelicidad que son las prisas, el atarearse, el ir al trote, el tomar muy en serio el despegue nacional.

## NACIÓN Y NIÑEZ

La generación de 1915, como la llamó Manuel Gómez Morín, o generación epirrevolucionaria, según bautizo de Wigberto Jiménez Moreno, o generación agrarista, de conformidad con el sentir campesino, o generación de Lázaro Cárdenas para la mayoría de la gente, fue la minoría rectora de México desde que Cárdenas asumió la Presidencia de la República hasta el final del sexenio de Adolfo Ruiz Cortines: desde 1934 hasta 1958. Esa élite, que se responsabilizó de la marcha de México por un periodo mayor que el de cualquiera otra élite, estuvo formada por 300 individuos a los que les tocó nacer con el cine, la radio, la quimioterapia, el automóvil, el avión, la teoría de la relatividad; en la *belle époque* europea, 50, y en la paz porfírica mexicana, los 250 restantes. El más viejo del grupo nació en 1889 y el menor en 1905.

Por primera vez en la historia del México independiente, la mayoría rectora de 1934-1958 tuvo un alto porcentaje de nacidos fuera del territorio nacional, un porcentaje superior al 10% de oriundos de otros países, en su gran mayoría españoles que vendrían a sentarse al lado de los dirigentes de acá, ya maduros ellos y ya dueños del poder los de la generación de 1915, a finales de los años treinta, transterrados por la guerra civil en la Península y una buena obra de don Daniel Cosío Villegas. Del medio centenar nacido en el extranjero, 31 de oriundez española, llegarán en plan de intelectuales alrededor de 1938. Los otros 19 habían llegado mucho antes para convertirse en hombres de empresa: seis procedentes de España; seis, de Estados Unidos; cuatro, de Francia, y uno de cada uno de los siguientes países: Italia, Líbano y Suecia.

Por lo que mira a los nacidos en México, y por si tal cosa tuviese algu-

\* En *Vuelta*, vol. 3, núm. 30, mayo de 1979, pp. 17-24.

na importancia, las dos terceras partes nacieron en la faja central, encima o en las proximidades del Eje Volcánico, en el espinazo sísmico que corre entre el volcán de Colima y el Pico de Orizaba. Al contrario de la élite revolucionaria, en la élite epirrevolucionaria hay pocos norteños. También al contrario de la minoría que la precedió, la minoría de 1915 fue muy poco rural por su origen. No obstante que 80% de la sociedad mexicana de fin del siglo XIX vivía en ranchos, rancherías y pueblos que no llegaban a los 2 500 habitantes, sólo 20% de los prohombres de la generación de Cárdenas nació rústica. Aunque en 1900 vivía nada más en la capital la trigésima parte de la población mexicana, allí brotó la cuarta parte de la minoría dirigente de 1915.

La gran mayoría de los 300 considerados aquí tuvo un origen feliz. Casi ninguno nació en ámbito incómodo o de zozobra. De los de oriundez mexicana, algunos fueron hijos de padres prófugos de la pobreza del Viejo Mundo, que no sólo de España. Por primera vez, en una de nuestras élites figuraron muchos hijos de inmigrantes no sólo españoles, como parecen indicarlo los apellidos de muchos de ellos: Andreu, Bailleres, Best, Bodet, Foucher, Herzog, Leduc, List, Lombardo, Maples, Maugard, Michel, Owen, Rosenblueth, Trouyet, Usigli, etc. Como de costumbre, pese a que se trata de una sociedad donde nueve de cada 10 familias son apodadas con el eufemismo de humildes y son indudablemente pobres, quizá sólo uno de cada 10 grandes de 1915 fue vástago de familia en aprietos, pobretona. Tampoco proviene la mayoría de esa élite de familias linajudas, aristocráticas o con abundancia de dinero. Los más proceden de casas de clase media, de hogar de medio pelo, o como se dice ahora, pequeñoburgués. Los más tuvieron una primera infancia dichosa, incluso Cárdenas, el epónimo de la generación.

En la pléyade de la revolución de 1915 no hubo analfabetas. Casi todos aprendieron a leer y escribir en su terruño, a veces con bastante dificultad. Marte R. Gómez le dice al entrevistador James Wilkie: al caer el siglo XIX “no había escuela en Reynosa. Mi padre le encargó a mi madre que ella organizara una escuela particular... Después tuve ocasión de hacer mis estudios en diversas ciudades... Terminé mi instrucción primaria en la capital, en la Escuela Anexa a la Normal de Maestros”. Manuel Gómez Morín refiere: “Empecé a aprender las primeras letras de mi madre... Después, al llegar a Parral, asistí a una escuela llamada Progreso, protestante por cierto. Más tarde estuve en Chihuahua algunos meses en el co-

legio Palmore. Más tarde fuimos a vivir a León. Allí estudié el resto de la escuela primaria”. Jesús Silva Herzog rememora: “Aprendí primero en una escuela de párvulos... Me pusieron enseguida en el Seminario de San Luis Potosí (y en él) en 1905, terminé la instrucción primaria”. Experiencia diferente fue la de Lombardo Toledano, quien anota: “Aprendí las primeras letras con una tía de mi madre que me enseñó a leer en el silabario de San Miguel... Cuando cumplí los seis años ingresé al Liceo Teziuteco”, donde se enseñaba conforme al último grito de la moda pedagógica.

La mayoría de los 300 epirrevolucionarios terminó su escuela primaria, aunque no el epónimo del grupo. Lázaro Cárdenas apunta: “A la edad de seis años ingresé a la escuela que atendía Mercedes Vargas. Concurríamos 12 alumnos con cuota de dos pesos mensuales... Dos años después ingresé a la escuela oficial de don Hilario Jesús Fajardo, en la que llegué al cuarto año”. Con todo, eso no fue lo común. Sus otros compañeros de equipo, salvo contadas excepciones, siguieron quemándose las pestañas en el estudio, aunque no en sus respectivas tierras si eran de lugares pequeños, porque allí no había dónde proseguir estudios y porque la lucha desencadenada por Madero en 1910 produjo fugas de familias de clase media y de la alta hacia las ciudades mayores del interior y hacia la capital de la República. Desde los inicios de la Revolución, México, Guadalajara, Monterrey, Puebla y San Luis Potosí, fueron usadas como ciudades de refugio, y a ellas vinieron a parar, todavía niños o adolescentes y antes del desahije, muchos de los que dirigirían al país desde 1934.

Hacia 1914 los más de la pléyade de 1915 se encontraban ya en la ciudad de México: la mayoría en plan de alumnos sedentes y otros en plan de revolucionarios andantes. Alfonso Caso recuerda que entonces los maestros, en una metrópoli supuestamente más tranquila que la provincia, “tenían que festinar los exámenes de fin de curso porque se anunciaba la toma de México por alguno de los grupos revolucionarios”. Más de alguna vez, según rememora don Daniel Cosío Villegas, “el ruido y el estruendo fue de tal naturaleza” que los profesores se vieron en la necesidad de suspender los cursos, “y acabaron por darnos el pase” al siguiente ciclo escolar sin examen previo. “Fue la época —añade Gómez Morín— en que los salones servían de caballeriza; en que se disparaba sobre retratos de ilustres damas y la disputa por la posesión de un piano quedaba resuelta con partirlo a hachazos lo más equitativamente posible”. Aun los que andaban metidos en la bola, como Lázaro Cárdenas, recordarían con estremecimiento de

desaprobación lo que pasaba entonces en la capital y que no era sino un eco de lo que acontecía en otras partes: alegrías altamente alcohólicas, juergas prostibularias, aprehensiones, plagios, fusilamientos de revolucionarios y contrarrevolucionarios y robos de muebles e inmuebles. En el mismísimo carro de Villa se repartían los anillos, los relojes, las carteras de los fusilados de la noche anterior. Para los futuros jefes de México, pese a su residencia capitalina, la revolufia no les supo a pera en dulce; fue para ellos una dura y larga pesadilla, según su propio testimonio.

#### LOS CINCO PELOTONES DE 1915

En 1915, año de hambre y desorden, le comenzó a cambiar la voz y a salirle el bozo al grueso de la élite que se autoapellidó de 1915. Ese mismo año ya se veía más o menos claramente por dónde seguirían cada uno de sus 300 componentes. A pesar de tratarse de un tiempo de combates, no más de la décima parte se hizo militar, se metió a la bola: Miguel Acosta, Ramón F. Iturbe. Francisco L. Urquizo, Roberto Gómez Maqueo, Matías Ramos, Pablo Macías, Jesús González Lugo, Alberto Salinas. Celestino Gasca, Agustín Olachea, Alberto Zuno, Gildardo Magaña, Juan Andreu Almazán, José Parrés, Wenceslao Labra, Gustavo Baz, Leobardo C. Ruiz, Francisco Carrera Torres, Marcelino García Barragán, Lázaro Cárdenas, Jesús Gutiérrez Cázares. José Mijares Palencia, Rodolfo Sánchez Taboada, Rubén García, Ignacio Otero, Miguel Henríquez Guzmán, Maximino y Manuel Ávila Camacho, Santiago Piña Soria, Antonio Cárdenas, Alfonso Corona del Rosal y Vicente González. Ninguno pudo ser maderista. Quizá sólo un par militó a las órdenes de Pancho Villa, y un cuarteto a los de Emiliano Zapata. Los más fueron carrancistas, militaron con la fracción triunfante.

No obstante que los tiempos no eran propicios para los negocios, un 16% de los 300 considerados aquí, ya se veía en 1915 que iban a ser empresarios de nota, aunque la mayoría aún estudiaban. Media docena se graduó. Iban para hombres de negocios Miguel Abed, Lorenzo Cue, Guillermo Richardson, Ernesto y Emilio Spitalier, Ángel de Velasco, Ángel Urraza, Eugenio Garza Sada, Federico Lachica, Mariano Suárez, Aarón Sáenz, Leopoldo Palazuelos, Fraine B. Rhuberry, Alfonso Díaz Garza, Raúl Bailleres, José María González Porto, José Domingo Lavín, Ignacio

Hernández del Castillo, Emilio Azcárraga, Antonio Signoret, Santiago Galas, Antonio Mancera, Ceferino Sainz Pardo, Rodrigo Gómez, Emilio Lanzagorta, Rómulo O'Farril, Antonio Algara, Fernando González, Alberto García Cantón, Carlos Prieto, Luis Novaro, Antonio Rodríguez, William Spratling, Raúl Arredondo, Jesús Grovas, Enrique Madero, Roberto Zúñiga, Mariano Soni, Guillermo Barroso, Laureano Carús, Bruno Pagliai, Antonio Fernández, Hans Lenz, Carlos Trouyet, Leo M. Roy y Francisco González Barragán.

También ya apuntaba en 1915 el 12% del pelotón eclesiástico de la generación de 1915. Por entonces estudiaban en seminarios no menos de media docena, aunque sólo tres recibieron las órdenes sagradas. Se ordenaron José Garibi, Ramón Martínez Silva, Ángel Garibay. Agustín Pro Juárez, Manuel Pío López, Julio Vértiz, Ramiro Camacho, Luis Cabrera Cruz, Eduardo Iglesias, Lucio Torreblanca, Alfredo Galindo, José Villalón, Lino Aguirre, Gregorio Aguilar, José Ignacio y Octaviano Márquez Toriz, Benjamín Pérez del Valle, Luis Guízar, Miguel Darío Miranda, José Gabriel Anaya, Roberto Cuéllar, Salvador Martínez Aguirre, Jaime Castiello, Joaquín Sáenz Arriaga, Xavier Escontría, José Pilar Quezada, José Bravo Ugarte, Daniel Olmedo, José Ruiz Medrano, Alfonso Espino, Arturo Vélez, Emilio Abascal, Francisco Javier Nuño y Gabriel Méndez Plancarte.

El sector intelectual que llegaría a ser un tercio del conjunto de la élite epirrevolucionaria, pues por algo se le llamó “generación de los Siete Sabios”, todavía en 1915 no era tan numeroso y tenía a la casi totalidad de sus miembros en la clausura de primarias, preparatorias y universidades. La mayoría del pelotón intelectual era estudiante en la metrópoli, y más concretamente, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Un tercio de los 70 intelectuales decisivos de 1915 obtuvo el diploma de abogado: Mariano Alcocer, Alfonso Coria, Francisco R. Almada, Xavier Icaza, Jesús Silva Herzog, José María González de Mendoza, Lucio Mendieta y Núñez, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Raúl Cordero, Julio Jiménez Rueda, Eduardo Villaseñor, Narciso Bassols, Alberto Bremauntz, Raúl Carrancá, Daniel Cosío Villegas, Jesús Guisa, Antonio Martínez Báez, José Gorostiza, Miguel N. Lira, Leopoldo Zincúnegui Tercero, Luis Garrido, Mario de la Cueva, Agustín Yáñez y Manuel Maples Arce. Doce de los sabios de 1915 nacidos en México tuvieron título de Medicina: Salvador González Herrejón, Manuel Martínez Báez, Ignacio Chávez, Ignacio González Guzmán, Salvador Zubirán, Leopoldo

Salazar Viniegra, Ismael Cosío Villegas, Salvador Aceves, José Aguilar Álvarez, Oswaldo Robles y Arturo Rosenbleuth. Ocho ganaron título de ingeniero, o uno afín: Rafael García Granados, Carlos Obregón Santacilia, Luis Enrique Erro, Alfonso Nápoles Gándara, César Martino, Rafael Illescas, Luis Barragán y Jorge Cuesta.

Antes de 1939, más de un tercio de los intelectuales de 1915 ejerció sin título universitario: Diego Arenas, Adolfo Best, Ermilo Abreu Gómez, Vicente T. Mendoza, Francisco Monterde, Augusto Novaro, Teodoro Torres, José Mancisidor, Fernando de Fuentes, David Alfaro Siqueiros, Alfonso Junco, Octavio G. Barreda, Gregorio López y Fuentes, Renato Leduc, Carlos Chávez, Rafael F. Muñoz, Bernardo Ortiz de Montellano, Silvestre Revueltas, Carlos Pellicer, Rufino Tamayo, Jaime Torres Bodet, Leopoldo Méndez, Armando y Germán List Arzubide, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, César Garizurieta y Rodolfo Usigli. Entonces no era tan fácil como ahora obtener un Lic. un Dr. o un Ing. porque había escasez de maestros universitarios. Enrique Krauze cuenta que muchos de los antiguos y reputados maestros se habían ido del país, algunos porque estaban tachados de porfiristas, otros “por haber tenido puesto en el gabinete de Huerta, o por haberse sumado a una fracción derrotada de la Revolución”, y los demás simplemente por escabullirle el cuerpo al hambre, a la inestabilidad política y a los balazos. Los institutos de alta cultura sólo habían conseguido retener a muy pocos profes de la generación científica, modernista o del centenario.

Como quiera, la élite epirrevolucionaria llegó a poseer más cultura formal que la élite revolucionaria. Esto sucedió aun en el sector político. La gran mayoría de los grandes de la política mexicana entre 1934 y 1958 fueron alumnos universitarios, casi todos de Leyes: Tomás Garrido, Manuel Herrera y Lasso, Adolfo Ruiz Cortines, Aarón Sáenz, Silvestre Guerrero, Agustín Arroyo Ch., José López Lira, Ezequiel Padilla, Carlos Riva Palacio, Hilario Medina, Primo Villa Michel, Vicente Lombardo Toledano, Eduardo Chávez, Silvano Barba González, Luis Mora Tovar, Luis Sánchez Pontón, Jorge Prieto Laurens, Marte R. Gómez, Javier Rojo Gómez, José Aguilar y Maya, José María Dávila, Manuel Gómez Morín, Ignacio García Téllez, José Guadalupe Zuno, Antonio Villalobos, Froylán Manjarrez, Genaro Vázquez, Francisco Xavier Gaxiola, Luis Padilla Nervo, Herminio Ahumada, Efraín González Luna, Rodolfo Brito Foucher, Manuel Tello, Agustín García López, Jesús González Gallo, Octavio Véjar

Vázquez, Ignacio Morones, José Ángel Cenicerros, Ramón Beteta, Francisco González de la Vega, Gilberto Loyo, Miguel Alemán, Luis I. Rodríguez, Víctor Manuel Villaseñor, Agustín Leñero, Gabriel Ramos Millán, Héctor Pérez Martínez, Carlos Franco Sodi.

Al parecer, varios de los 90 políticos de la generación epirrevolucionaria ya no estudiaban y ya hacían sus pininos como hombres de gobierno: Margarito Ramírez, Manlio Fabio Altamirano, Graciano Sánchez, Úrsulo Galván, León García, etc. Otros, por cuestión de edad, todavía no podían inmiscuirse en asuntos políticos: Efraín Buenrostro, Melchor Ortega, Fernando Amilpa, Rodolfo Piña Soria, Alfredo del Mazo, Jesús Yurén, Fidel Velázquez, Nazario Ortiz Garza, Agustín Guzmán Velasco. Por lo demás, muchos de los políticos de la hornada asomaron a la vida pública aún adolescentes.

#### ASOMO Y ASCENSO

Desde 1916 los milites de la generación de 1915 ya ostentaban grados de jefe: mayor, coronel o general. Cárdenas fue general a los 25 años y algunos de sus compañeros ganaron las águilas aún más jóvenes. Varios de los militares que apenas habían cumplido los 21 años ya desempeñaban en 1916 puestos políticos de nota en los regímenes de Carranza y de la Convención.

Con apenas mayoría de los 21, inician su militancia en el servicio público Tomás Garrido Canabal como gobernador de Tabasco, Antonio Villalobos como diputado federal de Oaxaca, Ramón F. Iturbe como gobernador de Oaxaca y Alberto Salinas como director del Departamento de Aeronáutica. Y en cuanto le dieron su Tlaxcalantongo a Carranza y se impuso la revolución de Agua Prieta, los jóvenes políticos y militares de 1915, todavía veinteañeros, desempeñaron altísimos puestos públicos: Aarón Sáenz (29 años), gobernador de Nuevo León; Lázaro Cárdenas (25 años), gobernador de Michoacán; Froylán Manjarrez (28 años), gobernador de Puebla; otra vez Tomás Garrido (25 años), gobernador de Tabasco y Vicente Lombardo Toledano (29 años), gobernador de Puebla. Antes de los 35 años fueron secretarios de Estado Aarón Sáenz, Genaro Vázquez, Romeo Ortega, Francisco Serrano y Luis Montes de Oca.

También los intelectuales comenzaron a pontificar y hacerse oír desde muy jóvenes. Jaime Torres Bodet da a luz su primer *Fervor* poético a los 18

años; cumple los 21 como secretario particular del secretario de Educación Pública, y llega a los 30 con la fama de ser autor de nueve poemarios, dos novelas y dos libros de crítica. La fama de Gilberto Owen comenzó con *La llama fría* que logró a los 20 años. Desde esa edad, Salvador Novo se instauró como uno de los más fecundos y feroces críticos de México. Entre los 21 y los 25 años de edad, Carlos Gutiérrez Cruz versificó su *Sangre roja*; Carlos Pellicer juntó los *Colores en el mar y otros poemas*; José Gorostiza compuso *Canciones para cantar en las barcas*; Bernardo Ortiz de Montellano manifestó su *Avidez* como poeta y Manuel Maples Arce los *Andamios interiores* de la corriente estridentista; Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda y Alfonso Junco ya eran muy discutidos por escribir a la manera de la Nueva España.

También algunos hombres de empresa de la hornada de 1915 dan señales de extrema precocidad, tal vez por aquello de que a río revuelto ganancia de pescadores. Incluso, entre los hombres de sotana cuya aparición pública suele ser tardía, hubo precoces, principalmente por el rumbo de la Compañía de Jesús. Pero algunos de los clérigos adelantados se abrieron cancha más que por sus actividades religiosas, por los frutos del cacumen. De hecho, la precocidad de los de 1915 fue sobre todo del cuello para arriba. Los jóvenes sabios se chupan de un sorbo el aforismo de Ortega: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Se sienten destinados a “hacer algo por México”, a “hacer una cosa mejor” que la hecha por los revolucionarios, a construir una sociedad más habitable con los principios de la razón, con apoyo en el conocimiento, de acuerdo con la técnica. Se aferran a “la decisión de convertirse en hacedores de un México nuevo”, pero no con un espíritu tranquilo. La impaciencia por conquistar el Edén los conduce a errores tácticos. Todos quieren hacerlo todo; conocer la realidad mexicana, diseñar planes salvadores, poner en práctica las soluciones halladas. Todo quieren hacerlo a la vez: el diagnóstico, la medicina y la aplicación del remedio. Todos al unísono tratan de asir simultáneamente el binocular, la pluma y la pala. El político se da de alta como sabio y éste como político.

Los de 1915 elaboran desde muy jóvenes una nueva imagen de México hecha a las volandas y casi sin trabajo de campo. Quienes la hicieron (Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Samuel Ramos, Gilberto Loyo, Jorge Cuesta, Alfonso Teja Zabre, Luis Chávez Orozco, Lucio Mendieta y Núñez) no obraron, por los apuros del momento, tan minuciosa y cien-

tíficamente como hubieran querido. Cosío publicó en 1924 las versiones taquigráficas de algunas de sus lecciones en la Facultad de Jurisprudencia con el nombre de *Sociología mexicana*. Allí rechaza “la idea de que México es país de extraordinaria riqueza natural”, y la sustituye con la opinión de que “somos pobres no sólo económica sino naturalmente”. Gómez Morín da a luz en 1927 su ensayo *1915*, que es una autognosis de su propio grupo con algunas referencias a México en general. Cinco años más tarde, Ramos, con el aprovechamiento metódico de las teorías psicológicas de Adler, traza *El perfil del hombre y la cultura en México*, descubre un mexicano fantasioso, susceptible, apasionado, y con fuertes sentimientos de inferioridad. Ramos analiza tres tipos (el pelado, la clase media y el burgués) en los que encuentra rasgos síquicos comunes a los tres: inconsciencia de “la realidad de su vida, es decir, de las limitaciones de la historia, la raza y las condiciones biológicas”; recelo “de cualquier gesto, de cualquier movimiento, de cualquier palabra”, de impulsividad o naturaleza explosiva. Ramos ve no sólo en la minoría rectora de la Revolución, que también en la mayoría dirigida, que “la pasión ha llegado a convertirse en una necesidad... que obliga a todo el que quiere atraer la atención sobre lo que hace o lo que dice, a subir la voz, a extremar los gestos, a violentar las expresiones para impresionar al auditorio”. Ramos asegura que los gestos apasionados, las susceptibilidades y las fantasías son “ardides instintivos”, máscaras disimuladoras del verdadero sentir del mexicano, de su sentimiento de inferioridad o de minusvalía que ha contraído en el curso de la historia a causa de una serie de reveses: la conquista española, la supeditación de los criollos a los peninsulares en el virreinato, la discordia social que siguió a la independencia, la derrota de 1848 infligida por los yanquis, la invasión francesa, el estereotipo que hicieron del mexicano las naciones extranjeras en el siglo XIX, y otras desventuras más. Por ser el sentimiento de minusvalía producto de la historia, Ramos lo ve superable. “Cuando el mexicano escape del dominio de las fuerzas inconscientes”, “comenzará una segunda independencia, tal vez más trascendente que la primera, porque dejará el espíritu en libertad para la conquista de su destino”.

Aunque el cenáculo de 1915 se hizo una idea pesimista de México, nunca dejó de creer en la posibilidad de redimirlo. Cosío, después de adornar al territorio mexicano con las máximas limitaciones, propuso la superación de tal inconveniente mediante “el esfuerzo del trabajo y la educación del pueblo”. Xavier Icaza, en *Magnavoz 1926*, clasificó las ideas que se

disputaban la salvación nacional en cuatro tendencias: mística, conservadora, comunista y nacionalista. Las soluciones aducidas por los hombres de negocios fueron de corte liberal, pero no exentas de inquietudes sociales. Ya los Garza Sada creían “que el lucro no es renta para satisfacciones agiotistas, sino instrumento de reinversión para el progreso económico y social”. Por lo general, las soluciones propuestas entonces por intelectuales, soldados, políticos y aun hombres de negocios y gente de sotana fueron de inspiración socialista. Las “salvaciones” de la élite sacerdotal y algunos pensadores muy adictos a ella, como Alfonso Junco, bebieron en la *Rerum novarum* de León XIII y en diversas obras de Maritain. Las del sector intelectual laico, con no pocas excepciones, fueron deudoras cercanas del marxismo. Hubo un momento en que la Revolución rusa atrajo la devoción de los jóvenes intelectuales de 1915. En 1919, Gómez Morín le confiesa a un amigo que la “organización, tendencias y procedimientos” de la “República Federal Socialista de los Soviets” le “habían cautivado”. Durante los veinte, Rafael Arqueles Vela, José C. Valadés, Manuel Maples Arce, Rafael Ramos Pedrueza, José Mancisidor, Miguel Othón de Mendizábal, Juan de la Cabada y muchos más proponen caminos de renovación de tinte rojo. En general, los máximos líderes obreros, aunque no se suman a las filas del Partido Comunista y aun las combaten, emiten lemas de sabor ruso.

De hecho, el plan salvador más reiterado por la mayoría de los protagonistas de la generación de 1915 podría llamarse nacional socialista si ese nombre no tuviera, por culpa de los nazis, una nota infamante. Se trata de una fórmula hecha con fragmentos de varias ideologías aparentemente contradictorias, que acepta las tendencias liberales y socialistas de la Constitución de 1917, que hace caber en el mismo jarrito la libertad y la justicia social, la iniciativa privada y la intervención del Estado en la actividad económica, el nacionalismo económico y las inversiones extranjeras, el fundo colectivo y la pequeña propiedad privada, el fomento de la industrialización y de las organizaciones obreras, la democracia y la dictadura, la división de poderes y la supremacía del Poder Ejecutivo, el régimen federal y la centralización política, la integración racial y el indigenismo, la tolerancia religiosa y las restricciones al culto católico, la libre expresión y el control estatal de los planteles educativos, la mala y buena vecindad con el poderoso imperio de los Estados Unidos.

Pese a las divergencias en la visión de México y en los planes para salvarlo, todos los de 1915 coinciden en los años veinte en que su patria está

enferma, que su enfermedad no es de muerte y que el remedio requerido para conseguir su salud es fácilmente accesible y de fácil aplicación. También creen que la hornada revolucionaria, por su incultura, por sus disensiones internas, por su creciente impopularidad, por su falta de ideas, no es capaz de conducir a México por el buen camino. Esto no quiere decir que deploren todo lo hecho por la generación anterior ni que se malquisten con ella. Los de 1915 se llevan muy bien aparentemente con sus predecesores. Los revolucionarios, violentos por naturaleza, no encuentran contrincante en los epirrevolucionarios. Éstos, enemigos de toda ruptura, suceden en el poder a aquéllos, parcialmente a partir de la muerte de Obregón en 1928, y del todo en 1936, con motivo de la salida aérea de Calles.

Desde 1928 se puso de moda el arribo a la cúspide del poder y de la influencia de hombres de la generación de 1915 que apenas tenían en promedio una edad de 30 años, pues ninguno era aún cuarentón y no faltaba el que ni siquiera cumplía los 25. El presidente Emilio Portes Portes Gil se rodea de un gabinete presidencial de la marca 1915. En 1929 sube a la presidencia Pascual Ortiz Rubio y escoge un ministerio donde hay tantos jóvenes epirrevolucionarios como en el de Portes Gil. Durante la jefatura del general Rodríguez (1932-1934) aumentó el número de secretarios, subsecretarios, oficiales mayores y gobernadores treintaañeros, y por lo mismo, de la tanda de 1915 que por esas fechas conquistó el mote de “agrarista”. En 1934, con sólo 39 años encima, sube a la Presidencia de la República el primer hombre de la Revolución constructiva, de la hornada dispuesta a pagar los platos rotos por la hornada anterior.

#### IMPERIO EPIRREVOLUCIONARIO

Con Cárdenas y su plan sexenal se vuelven rectores de México en todos los campos, con excepción del clerical, los de 1915, quienes a lo largo de los treinta, los cuarenta y los cincuenta lanza montones de lemas: “Produzca lo que el país consume; consuma lo que el país produce”, “Unidad nacional”, “Concordia internacional”, “Máquinas y escuelas”, “Estabilidad y progreso”, etc. La élite epirrevolucionaria se entrega afanosamente a la tarea de construir moldes que permitan el desarrollo armónico de la nacionalidad. Se confeccionan cauces para los ríos de la política, la economía, el cambio social y la marcha de la cultura.

Por lo que mira a lo político, los de 1915 en el poder, toman muy en serio lo del Estado “papá”. Rediseñan en 1935 y en 1946 un partido fundado en 1929 que jamás debía perder. Gómez Morín y González Luna inventan el PAN para los afectos a la oposición de derecha. Lombardo confecciona el PP para los proclives a la oposición de izquierda. Los tres poderes aprueban la hegemonía del Ejecutivo para no perder la forma de pirámide que nos legaron nuestros antepasados. El Poder Ejecutivo se entrega todopoderoso y paternal a la hechura de secretarías de Estado que hagan eficaces a la Marina, el Trabajo, el Patrimonio Nacional, los servicios de salud y los recursos hídricos. Se fundan también unas presecretarías llamadas departamentos autónomos, hechas con el fin de atender apetencias de agraristas, turistas y otras especies humanas de nueva creación. Se instituyen institutos del Seguro Social y de otros servicios. Se inicia una etapa francamente institucional en la que cada quien toma su derecha para no interferir el tránsito de los demás. Al “Instituto Armado” se le constriñe a volver a sus funciones. Dejan de verse militares al frente de gubernaturas y ministerios. El gobierno policiaco es sustituido por el gobierno paternal, regulador de las actividades productivas, reglamentador de la higiene y la cura, árbitro de los grupos sociales antagónicos, generador y controlador de partidos políticos, educador, moralizador, enfermero, profiláctico y salutífero.

Para la consecución del orden y el desarrollo económico, que desde 1938 se vuelve la máxima meta nacional gracias a la élite de 1915, gobierno e iniciativa privada a dúo y a solas, erige instituciones muy fuertes y de toda índole: Nacional Financiera, Banco Nacional de Comercio Exterior, Banco Nacional de Crédito Ejidal, ANDSA, UNPASA, Finasa, BNC, BNT, BI, DAF, parques nacionales, ley forestal, ley de caza, leyes industriales, Departamento Técnico de Minería, Consejo de Recursos Naturales no Renovables, Comisión de Fomento Minero, Comisión Nacional de Energía Nuclear, Comisión Federal de Electricidad, Altos Hornos de México, Hojalata y Lámina, Petróleos Mexicanos, Comisión del Maíz, Comisión del Café, comisiones de las cuencas de tal y cual, multitud de empresas del gobierno y de particulares emprendedores y pesudos: Palazuelos (Cámara Nacional de Comercio), Bailleres (Crédito Minero y Mercantil, Crédito Hipotecario y Crédito Afianzador), Sáenz (Azúcar, S. A.). Galas (negocios de litografía), Lavín (industrias metálicas), Urraza (Goodrich Euzkadi), Vallina (Banco Comercial Mexicano), Rodolfo Elías Calles, Carlos Trou-

yet y tantos contratistas, constructores y fraccionadores. Políticos, empresarios y aun intelectuales utilizan la coyuntura de la Guerra Mundial para poner en obra el despegue y la modernización de México. Como en tiempos de don Porfirio, la meta del progreso (ahora con el nombre de desarrollo) se vuelve la obsesión de la élite de 1915. En los decenios de los años cuarenta y cincuenta todo fue la búsqueda de métodos para salir de pobres.

Comoquiera, fue mayor el vuelco dado en asuntos religiosos. Los de 1915 lograron el pase de un fanatismo religioso campeón del mundo a una tolerancia religiosa no indigna de los países nórdicos de Occidente. Ciertamente la élite epirrevolucionaria fue más incrédula, incluso en su sector clerical, que ninguna de las anteriores. La indiferencia religiosa de los prohombres de 1915 es quizá su principal característica. La mayoría, desde la juventud dejó de creer, sentir y practicar la religión católica. Algunos siguieron confesándose católicos y más de alguno protestante, pero muy pocos, ni siquiera todos los sacerdotes, son comparables por su intolerancia y fervor religioso a aquellos obispos tan beligerantes de la generación revolucionaria. Lo mismo puede decirse de los que abandonaron las prácticas religiosas. Ninguno padeció el virus antirreligioso de un Calles y de varios de sus compañeros de tanda. Habría que decir que ésta fue la primera minoría claramente inmanentista de la historia de México, lo que no excluye que las siguientes hayan sido aún menos trascendentalistas o más irreligiosas. Fue una hornada que por ser más proclive a la razón que a la fe, no obstante su actitud populista, no llegó a ser verdaderamente popular, siempre se mantuvo distante del pueblo. Ni la reforma agraria ni el fomento del sindicalismo consiguieron unir a las masas creyentes con su minoría rectora descreída.

No menos notable fue la acción estrictamente intelectual de los de 1915, reforzada por la pléyade de intelectuales españoles, sobre todo por los de la misma camada: Pedro Bosch-Gimpera, Agustín Millares Carlo, Manuel Martínez Pedroso, José Bergamín, David García Bacca, Joaquín Xirau, Enrique Rioja, José María Gallegos Rocafull, Luis Buñuel, Juan Comas, José Gaos, Eugenio Ímaz, Pedro Garfias, Luis Cernuda, Max Aub, Wenceslao Roces, Faustino y José Miranda, Juan Rejano, José Medina Echavarría y Ramón Iglesia. Con la ayuda de los transterrados españoles los epirrevolucionarios de acá se dieron a la fundación de institutos culturales que debían profesionalizar la cultura mexicana, que debían sustraérsela a la intuición y dársela al método y a la técnica. Entre los muchos sabios

(1915) fundadores de albergues de sabiduría se acostumbra citar a Silva Herzog (*Cuadernos Americanos*, Escuela de Economía), Mendieta (Instituto de Investigaciones Sociales), Chávez (Instituto Nacional de Cardiología), Erro (Observatorio Astronómico de Tonanzintla), Manuel Martínez Báez (Instituto de Enfermedades Tropicales), Martínez Silva (Universidad Iberoamericana), Guisa (*Lectura y Polis*), Mendoza (Sociedad Folklórica de México), Garza Sada (Instituto Tecnológico de Monterrey), Castro Leal (Colección de Escritores Mexicanos), Méndez Plancarte (*Ábside*), Gómez Morín (Jus), Caso (INAH e INI), Cárdenas (Instituto Politécnico Nacional), Ávila Camacho (Escuela Normal Superior), Daniel Cosío Villegas (Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, *Historia Mexicana*, *El Trimestre Económico*, *Foro Internacional* y muchos otros).

También fue excepcionalmente notorio el despliegue que los de 1915 le dan a seis formas de comunicación masiva: la radio, la música, el cine, la novela y la pintura mural. Azcárraga aporta la XEW que será el punto de partida de un titipuchal de estaciones radiodifusoras; Carlos Chávez aduce la Orquesta Sinfónica de México, raíz de multitud de orquestas empeñadas en difundir la buena música; De Fuentes, Buñuel y otros directores hicieron un cine mexicano del gusto de las masas nacionales y de valía internacional; Muñoz, Mancisidor. López, Romero, Yáñez y otros novelistas hasta completar la docena popularizan los aspectos sobresalientes de la vida mexicana de antes y de ahora y de aquí y de allá, y además difunden problemas universales. También las pinturas de Rufino Tamayo oscilan entre lo nacional y lo universal.

La actitud nacionalista de la generación de 1915 parte del reconocimiento de que el país “tiene intereses y grupos propios” que en caso de conflicto, hay que “hacerlos prevalecer sobre los gustos e intereses extranjeros”. Se trata de un nacionalismo que no excluye el consumo de lo más que se pueda del otro, ni tampoco la aceptación del México feo. Los de 1915 se hacen una idea pesimista de su patria: destruyen el mito del cuerno de la abundancia, y miran con poca fe a los componentes de la sociedad (al indio, al ranchero, al pelado) no obstante los discursos patrióticos sobre las virtudes del indio, los filmes sobre la nobleza ranchera y las composiciones orquestales inspiradas en la música de los barrios bajos. Es un nacionalismo más pesimista y un poco menos xenófobo que el de la generación precedente. Elimina de su lista de odios a los chinos; recluye en los discurso del 16 de septiembre las injurias contra España, y casi únicamen-

te respeta la yanquifobia popular. Es un nacionalismo frecuentemente invadido por sentimientos cosmopolitas. Es un no saber decidirse, para casarse con ella, por la sajona Margarita o por Paloma, la típica mexicana. Es el conflicto planteado por Jaime Torres Bodet en *Margarita de niebla*. Como quiera, tal nacionalismo conflictivo produce, durante la etapa de gestión de la camada 1915, nuevos modos de investigación del pasado de México y muchos mamotretos de índole histórica: investigaciones económicas, sociológicas y antropológicas de la realidad mexicana sin antecedentes inmediatos en México. La generación epirrevolucionaria supera a la revolucionaria en su afán de conocer a México en toda su redondez, desde las raíces hasta el copete.

### RETIRADA

En 1958 el epirrevolucionario Ruiz Cortines le pasa los trastes de la Presidencia de la República a un hombre de la generación siguiente, al neocientífico López Mateos. Aunque en los gobiernos posteriores más de alguno de 1915 consiguió sitial en el Congreso o en la Suprema Corte de Justicia, o en las secretarías de Educación, Defensa y Relaciones, la gran mayoría del sector político de la élite epirrevolucionaria, orgullosa por haber dejado institucionalizada a la Revolución y en poder de gente tan pulcra y razonable como la neocientífica, se marcha de los negocios públicos, ya para atender los privados, ya para recibir homenajes de sus sucesores, ya para ponerse a escribir a gusto su autopanegírico. Es notable el número de memorias y autobiografías dejadas por los hombres de 1915. Muchos no han querido retirarse de la vida sin dar a conocer lo que quisieron hacer por su circunstancia nacional y sólo pudieron realizar en una mínima parte. Varios políticos de la generación se han convertido en escritores después de 1958.

Los miembros del sector cultural siguieron activos como los sacerdotes, aunque ya poco oídos y leídos. De los que ponen su agerasia al servicio de la cultura, tres lo hacen en el coto de la reflexión filosófica: ocho en el de las ciencias exactas y naturales; siete en el de las ciencias sistemáticas del hombre; 30 en el ámbito de la investigación histórica: siete en los múltiples recovecos de la comunicación masiva, cinco en la creación literaria y otros tantos en el mundo de las bellas artes. Entre 1958 y 1970, el filósofo José

Gaos escribe tres obras de la mayor importancia: *De la filosofía*, *Del hombre*, e *Historia de nuestra idea del mundo*. El fisiólogo Arturo Rosenblueth publica: *Mente y cerebro, una filosofía de la ciencia*. Los historiadores, que tienen la costumbre de dar lo mejor de sí en la vejez, producen a más y mejor: *Historia sucinta de Michoacán*, de José Bravo Ugarte; *Panorama literario de los pueblos nahuas*, de Ángel María Garibay; *El tesoro de Monte Albán*, de Alfonso Caso; la *Historia de la Revolución mexicana*, de Jesús Silva Herzog, y para no hacer el cuento largo, la diezvoluminosa *Historia moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas. También se creció después de 1958 y de los 55 años de edad de don Agustín Yáñez como lo atestiguan tres de sus novelas: *La creación*, *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas*. Otro tanto sucedió con Luis Buñuel, director en su primera vejez de *Nazarín*, *El ángel exterminador*, *Viridiana*, *Simón del desierto* y *La Vía Láctea*; con Rufino Tamayo, con David Alfaro Siqueiros y otros artistas.

En 1970, cuando asumen la rectoría del país los sucesores de los neocientíficos, los nietos intelectuales de los de 1915, todavía vive la mitad de éstos: los políticos y los milites en plena y total jubilación; algunos de los hombres de negocios todavía al frente de sus empresas; los obispos entregados a poner en marcha las reformas decretadas por el Concilio Vaticano II, y de la doble docena de intelectuales sobrevivientes, ya algunos sólo en disposición de recibir los múltiples premios que les han concedido y los más en plena producción. El imprevisible don Daniel Cosío Villegas nos salió, después de cumplir los 70 años de edad, con estruendosas novedades: tres libros *bestsellers* sobre la política mexicana actual, y numerosos artículos de periódico extraordinariamente lúcidos, risueños y buscados.

No obstante que la élite epirrevolucionaria ha dado muestras de ser correosa, o quizá sólo testimonio de la terapéutica más eficaz de ahora, se desgrana constantemente de 1970 para acá, al grado de ya no contar entre los vivos sino una quinta parte de su contingente original, de ya sólo vivir 60 de 300. Aunque los de 1915 han sido unos magos de la sorpresa, con enorme capacidad de renovación, es de suponerse que por mucho que se renueven de aquí en adelante no será tanto como para anular el siguiente epitafio: la élite mexicana de 1915 puso de moda en su país ese modo de infelicidad que es atarse, ir al trote, vivir el despegue.

19  
CÁRDENAS\*

COMO PORFIRIO DÍAZ, que gobernó México durante 30 años, Cárdenas, presidente durante seis, ha sido tema de muchas obras de tomo y lomo. Al contrario de Díaz, inspirador de abundantes y muy lisonjeros libros sobre él en los tiempos de su dictadura y de pocos y de censura después de ella, Cárdenas sirvió de asunto a dos o tres libros de reproche mientras fue presidente y a numerosos y elogiosos después de su presidenciado. La figura del dictador se achicó; la personalidad del gobernante y amigo del hombre común sigue creciendo. En vista de que los bonos de don Lázaro no han dejado de subir, en 1984 ya no es posible dibujar el conjunto de su obra sin caer en el pecado de culto a la personalidad. Ahora ningún habitante de México puede escribir sobre don Lázaro sin adjetivos calificativos.

Según consta en las enciclopedias, Lázaro Cárdenas nació en 1895. Su nacimiento se produce en el cénit del porfiriato pero muy lejos de la parte beneficiada por la dictadura de Díaz. Fue el primogénito en el hogar de una familia de clase media independiente, pero pueblerina y muy cercana a la porción más achacosa del país, la de los labradores del campo. Creció en un pueblo que ya había visto nacer un presidente de la República, al general Bustamante, y a un poeta ilustre, Diego José Abad, pero de cualquier modo pueblo corto y cercado por la hacienda de Guaracha, por un enorme latifundio chupasangre tan extenso como la provincia de Guipúzcoa.

En 1900, Jiquilpan era cabecera de distrito; sede de tres o cuatro oficinas gubernamentales, algunas rebocerías, una imprenta y un centro escolar. En éste cursó Lázaro Cárdenas parte de la educación primaria. Cuando enfermó su padre hubo que cerrar el pequeño negocio de reboquería y comercio, y conseguir para el primogénito un empleo en la oficina de rentas, y otro, en el taller de impresión. A la muerte de papá, una familia de 11 miembros subsiste con apreturas gracias a los dos salarios de Lázaro

\* En *Nexos*, año VII, vol. 7, núm. 74, febrero de 1984, pp. 17-23.

y a la máquina de coser de doña Felicitas. Comoquiera, Lázaro pudo arrear la afición de la lectura (fue afecto al género literario de moda, la novela) y seguir de oídas el deterioro del porfiriato (envejecimiento del dictador Porfirio Díaz, abusos de los colaboradores de la dictadura, crisis minera y agrícola, descontento de campesinos y obreros, críticas a Díaz y a su corte de parte de jóvenes maestros y estudiantes universitarios, campaña electoral del aspirante a presidente de la República Francisco I. Madero, aprehensión de éste, fraude en las urnas, Plan de San Luis, rebeliones en distintos rumbos a partir del 20 de noviembre de 1910, renuncia y exilio del dictador, corto presidenciado de Madero, Plan de Ayala que pide la reforma del régimen de propiedad de la tierra, caída de Madero y usurpación de Huerta).

Perseguidos por gente del usurpador, los trabajadores de la imprenta de Jiquilpan se incorporan al proceso revolucionario en 1913. A los 18 años de edad, Lázaro se alista en las fuerzas revolucionarias como oficial de caballería. Durante sus andanzas de combatiente en el centro y en el norte de la República ve cómo se producen cada vez más refriegas; voladuras de trenes; fusilamiento de hombres; sacrificio indiscriminado de vacunos; quemazón de casas y sembradíos. La guerra incesante desde 1914 hasta 1920, reduce a la mitad la producción agropecuaria y a casi nada las exportaciones de metales preciosos. Eso sí, aumenta la importación de artefactos para matar. En aquel desbarajuste, sólo la industria petrolera, que se encontraba fuera de la zona de lucha, pudo mantener su desarrollo, como lo constató Cárdenas en 1919, cuando estuvo por primera vez en Tuxpan, Veracruz.

Entonces adquiere conciencia de las servidumbres que le imponían a México y los mexicanos las compañías petroleras manejadas por ingleses, yanquis y otros extranjeros. También desde Veracruz ve cómo la serie de ascensos y caídas de jefes de Estado, de intromisiones en México de tropas norteamericanas y de planes subversivos culminan con el Plan de Agua Prieta, el asesinato del presidente constitucional Venustiano Carranza, el arribo al poder de los generales sonorenses y el desconocimiento de los nuevos mandatarios por parte de Estados Unidos. Sin embargo, el desenlace de 1920 no obstruye la carrera pública de Lázaro Cárdenas, quien recibe el águila de general antes de cumplir los 25 años de vida. Tampoco el asesinato de los líderes populares Zapata y Villa lo aparta de la línea agrarista de los difuntos. El Cárdenas que colabora con tres presidentes de la

República poco respetuosos de la constitución revolucionaria y de los caudillos populares, se mantiene adicto a la ley y a las causas de los ídolos del pueblo, especialmente a los ideales de Zapata.

Después de combatir contra algunos cuartelazos, recurre a la región petrolera como comandante militar. Estando allí, pese a su bien conocida aptitud para encubrir sus emociones, para no dejar entrever lo que pensaba, sentía y quería, algunos de sus amigos percibieron su devoción por los preceptos más revolucionarios de la Carta Magna de 1917, su inclinación a las labores constructivas y su deseo de desenvolverse ya no como milite y sí como político. En 1925 le confiesa a un compañero de armas: “Es tiempo de que las promesas de la Revolución se conviertan en realidades, en hechos tangibles. Todos nosotros... debemos dedicarnos con ahínco a que estos ideales se transmuten en acciones constructivas”.

Siendo jefe militar de la región petrolera, Lázaro Cárdenas se da de alta como

*gobernante y reformador social*

y junto a sus quehaceres militares pone en marcha la entrega de un fondo de su propiedad a los peones, y abre una Escuela para Hijos del Ejército, primera de una serie. Enseguida consigue un cargo político de importancia. A partir de 1928 es gobernador de su provincia natal, de un estado que ardía en la lucha cristera. Como es bien sabido, al presidente Calles le daba por perseguir a los católicos; es decir, a la gran mayoría de los mexicanos. De las ocho zonas en que se divide México, seis respondieron a la persecución sin salirse de la legalidad, pero la del occidente armó un levantamiento campesino de vastas proporciones.

En la gubernatura, Cárdenas demuestra ampliamente su respeto a las creencias populares. Sin prescindir de la actitud anticlerical propia del presidente, el gobernador actúa con indulgencia en el caso de los católicos militantes; abandona la costumbre de entregar los caseríos a las llamas; procura dialogar con los cabecillas de Michoacán y ganar el cariño de los pacificados. Uno de los modos de atraer a los campesinos a la vida de paz y de trabajo, consiste en el reparto de tierras. Contra la idea del general Calles, que en 1930 se declara enemigo de la redistribución de la tierra, el general-gobernador, sin ofender a su jefe, pone en marcha un amplio proyecto agrarista. También se mencionan entre sus buenas acciones como

governador la campaña contra el alcoholismo, la forja de la Confederación Michoacana del Trabajo, la apertura de más de 100 escuelas para obreros y campesinos, el rescate de los bosques de Michoacán de manos extranjeras y la construcción de embalses (allá presas) y caminos carreteros.

A 10 días del fin de la gubernatura michoacana, don Lázaro apunta en su Diario: “A las diez horas de hoy verifiqué mi enlace civil con Amalia, en su casa de Tacámbaro... Por la tarde seguimos a la Eréndira”, desde la que se contempla la laguna de Pátzcuaro, famosa por sus islas y sus colores. De allí pasa a cubrir un breve interinato como jefe de operaciones de Puebla y a ocupar el puesto entonces antesala de la Presidencia de la República. A comienzos de 1933 rinde la protesta como secretario de Guerra y Marina, donde sólo estuvo cuatro meses, pues por haberse “iniciado en distintos sectores del país un movimiento muy sensible de opinión en pro de su candidatura a la presidencia y en vista de que ese movimiento le exigía todo su tiempo”, renuncia a la secretaría y se convierte en candidato del Partido Nacional Revolucionario para la Presidencia de la República en el sexenio 1934-1940.

Para conocer los problemas del país y hacerse querible al hombre del pueblo, el joven general de 38 años recorre en siete meses 28 000 kilómetros: 12 000 en avión; 14 000 en tren y automóvil; 700 en barco y 500 a caballo. Por primera vez en una contienda presidencial, el candidato estuvo en poblaciones minúsculas y aisladas. No prescindió de los mítines masivos en las ciudades, de las peroratas pomposas frente a las muchedumbres, de los baños de confeti y demás adornos de este género de giras, pero añadió a esa liturgia los sonos del mariachi, el diálogo con gente humilde y apolítica, el conocimiento *de visu* de problemas locales y la prédica de un credo socialista que se apartaría de los abusos de la corriente liberal individualizadora y del comunismo del Estado.

El 30 de noviembre de 1934, el general Cárdenas recibió la banda tricolor que lo acreditaba como presidente de la República. Pasó a residir a la casa de Los Pinos, entonces todavía sin alfombras, sin cuadros, sin esculturas y con poco ajuar. El nuevo rector del país conservó la costumbre de levantarse al alba, nadar en una alberca de agua fría, montar a caballo y desayunarse con frutas, huevos y café. El joven y robusto presidente adoptó como nuevas costumbres la de leer los periódicos de prisa y marcharse al Palacio Nacional donde recibía, hora tras hora, comisiones de encopetados como era costumbre y, contra la costumbre, comisiones de gente

humilde. En la tarde, después de comer en la residencia presidencial con la esposa y el recién nacido Cuauhtémoc, volvía al Palacio y allí se quedaba hasta muy noche. Todo esto cuando estaba en la capital, cosa poco frecuente. El general Cárdenas fue un mandatario itinerante.

Estuvo sin salir de la metrópoli las primeras 10 semanas de su presidiado. Sus excursiones de acercamiento al pueblo raso fueron constantes. Casi todo lo dispuso en el tren olivo o mientras recorría a caballo los miles de lugares y lugarejos de la República. Cárdenas se enfrentó al marasmo económico dejado por la gran crisis de 1929-1933. Sobre la marcha propuso la Ley de Crédito Agrícola y las fundaciones del Banco de Crédito Ejidal, del departamento para proteger la fauna y la flora del país, de la Comisión Federal de Electricidad y de otras instituciones de interés económico. Estando de viaje, enfrentó la agitación religiosa promovida por los jacobinos de Calles y a Calles mismo, quien había dejado de ser presidente en 1928 pero no había perdido la costumbre de dar órdenes presidenciales. Como es bien sabido, Cárdenas se vio en la necesidad de proporcionar un *tour* por Estados Unidos a su viejo protector y amigo para conseguir que una sola fuerza política sobresaliera en México: “la del presidente de la República”.

Liberado de la tutela de Calles, el gobierno dejó de ser asustacuras y verdugo de católicos para convertirse, primero, en redentor de campesinos y trabajadores de la industria; enseguida, en líder del nacionalismo y las nacionalizaciones, y en el último tercio del presidiado, en renovador de la cultura mexicana por medio de un hispanismo de carne y hueso y de un intenso indigenismo.

De la labor social de Cárdenas destacan los siguientes episodios: la guerra a la embriaguez; el reparto de la hacienda de Guaracha, coco de su región de origen; el apoyo oficial a las huelgas y las manifestaciones multitudinarias; los 14 puntos leídos a los díscolos industriales de Monterrey donde se dice que el gobierno “es el árbitro y regulador de la vida social mexicana”; la hechura de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) que aspiraba a defender al gobierno, mejorar a la clase trabajadora y conseguir la instauración del régimen socialista; el reparto entre peones de las fértiles tierras de La Laguna, en Torreón; la forja de comunidades agrarias con la doble responsabilidad de conducir al campesino a su plena liberación y de proveer de alimentos a la República, y este apunte en su Diario: “El ejido hará que se cultiven más tierras con mayor éxito... En

1937 extenderemos la acción agraria a la región del Yaqui... Pasaremos a resolver integralmente el problema agrario de Yucatán para salvar de la miseria a la raza indígena. En este mismo año apresuraré el fraccionamiento del Valle de Mexicali". Y así fue.

Si el gobierno aquel hubiese cesado a fines de 1937 Cárdenas se habría hecho acreedor al mote de gobernante agrarista. Como a partir de 1938 se enfrentó a los enemigos de México, expropió negocios extranjeros y fomentó lo mexicano, cabe decirle también

*gobernante nacionalista,*

cuyas principales jornadas nacionalizadoras fueron la nacionalización de los ferrocarriles, del petróleo y de los latifundios en poder de personas con ciudadanía estadounidense, alemana e italiana. También fue de índole nacionalista la repatriación de mexicanos mal vistos por los ojiazules de Norteamérica. Del mismo carácter adoleció aquel lema inscrito en muchas paredes de México ("Produce lo que el país consume; consume lo que el país produce") y aquel párrafo de la "Declaración de principios" del Partido Nacional Revolucionario reorganizado en 1938 con el nombre de Partido de la Revolución Mexicana: "el PRM trabajará por la progresiva nacionalización de la gran industria, como base de la independencia integral de México y de la transformación del régimen social".

El mote de "Don Valor" conquistado por el torero Luis Freg y por el presidente Lázaro Cárdenas se debe, en lo que toca a Cárdenas, a la manera como se acercó a los pitones de imperios tan fuertes y agresivos como el yanqui y el británico. Aunque la nacionalización de los ferrocarriles la había iniciado Porfirio Díaz, fue Cárdenas quien le dio la puntilla. Todavía más: la compra de los ferrocarriles fue coronada con la administración obrera de los mismos, que no con el éxito de una medida tan audaz. Nadie ignora que los trenes mexicanos se volvieron los más "chocantes" del mundo a raíz de su obrerización.

Hay 10 u 11 temas difícilmente prescindibles para cualquier historiador mexicano. Al que me voy a referir, con ser tan reciente, ya ha seducido a mil y un autores. La nacionalización de los bienes de 16 compañías extranjeras explotadoras de petróleo en México es uno de los pocos combates ganados por la República mexicana en la arena internacional. La ex-

propiación petrolera, que saca por un momento a mis compatriotas de la actitud de “no puedo”, de la sensación de ser inferiores o ineficientes, estuvo a punto de conducirnos a delirios de grandeza. Fue de una temeridad increíble. Por conductas más tibias que la célebre de Cárdenas con las compañías petroleras, México había sufrido la acometida de los pescados grandes en diferentes ocasiones. Francia mandó a nuestros puertos una expedición punitiva para cobrarse unos pastelillos que le habían robado a un pastelero francés residente en México. Inglaterra estuvo en un tris de invadirnos por una deuda minúscula y aceptada. Estados Unidos se nos colaba a la menor provocación desde 1846, desde que se hizo de la mitad del territorio mexicano. En 1938 México no podía fiarse de la bien probada fórmula FIE, sigla salida de los nombres de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, dos de cuyos componentes eran dueños del petróleo mexicano por medio de compañías muy vigorosas y agresivas.

Aunque la lucha por sacudirse a las empresas petroleras había comenzado en 1912, no se hizo nada en serio antes de la huelga del Sindicato de Petroleros, que estalló en 1937 para obtener alza de salarios, y del laudo prohuelguista de la Suprema Corte de Justicia. El laudo de los jueces supremos no fue obedecido por los patronos. Entonces Cárdenas, durante un paseo campestre, reflexiona: “El conflicto que se avecina [la segunda Guerra Mundial] impedirá que Estados Unidos y la Gran Bretaña se metan en México si éste decide el camino de la expropiación”. Al regresar del paseo supo que el abogado de las petroleras había dicho: “Cárdenas no se atreverá a expropiarnos”. A las 10 de la noche de ese día 18 de marzo, en el salón amarillo del Palacio Nacional, radiodifunde las razones que lo obligan a decretar la nacionalización del petróleo. Enseguida asienta en su Diario: “Con un acto así, México contribuye con los demás países de Hispanoamérica para que se sacudan un tanto la dictadura económica del capitalismo imperialista”.

“Todo mexicano que haya vivido el año de 1938 —escribe José Fuentes Mares— recordará cómo la expropiación petrolera llegó a unificar moralmente al país. Las tumultuosas manifestaciones de apoyo al régimen, las emotivas colectas populares para el pago de la enorme deuda... comprobaban que el arrogante gesto del presidente nos había tocado algo dentro del pecho”. Las multitudes se lanzaron a las calles para aclamar a Cárdenas. Aun la gente muy pobre se apresuró a contribuir para el pago de la deuda que nos echábamos encima. “Vi —recuerda Rafael Solana—

las colas de mujeres pobres que se formaban para depositar el único oro que habían conocido en su vida, el de su anillo de bodas”. Enfaldadas de todas las clases sociales acudieron a doña Amalia Solórzano de Cárdenas a deponer joyas, billetes, alcancías de barro repletas de cobres y aun pollos y puercos.

La nacionalización del oro negro le atrajo a Cárdenas una popularidad entusiasta dentro de su país y una inquina colérica en las cimas sociales de los países poderosos. La enemistad internacional acarrea la fuga de capitales, el colapso de las exportaciones de petróleo y de plata, la devaluación del peso, la carestía de artículos de primera necesidad, pero no logra conseguir que Cárdenas dé marcha atrás y ni siquiera que pare en seco la política nacionalizadora. Aunque con menos vigor, se continúa el reparto entre peones de latifundios pertenecientes a compañías y personas extranjeras. Sin mayores miramientos se reparten fundos yanquis en el norte, italianos en Michoacán y alemanes en Soconusco. Comoquiera, las nuevas expropiaciones fueron noticia menor, noticia opacada por las aventuras internacionales de nuestro presidente, en especial por la noticia de que después de muchos años volvíamos a tener un

*gobernante hispanista*

soterrador de las campañas hispanóforas de oriundez norteamericana que venían apoderándose de la conciencia nacional de México desde los días del primer embajador estadounidense, del nefasto embajador Poinsett. Por supuesto, Cárdenas fue profundamente indigenista. Desde antes de asumir la presidencia, dijo: “Debemos de poner mucha atención” en los indígenas “que no hablan nuestro idioma”, dominados por el alcohol y el fanatismo, tan pobres como ignorantes y que constituyen un tercio del haber demográfico de la República. Con justa razón Townsend lo llama “primer presidente de los indios”. Él dispone en 1936 la fundación del Departamento de Asuntos Indígenas y trata de ofrecer servicios de comunicación, de educación y de salud a los pueblos aislados. Sobre las frecuentes incursiones de Cárdenas en tierras de indios corrieron toda clase de chistes. Unos afirmaban que el presidente había sustituido la indumentaria presidencial por el taparrabos; otros, que volvería de indolandia en plan de emperador azteca con penacho de plumas. El presidente de los

indios era capaz de quedarse horas escuchando las voces bajas, lentas, repetitivas y corteses de un indio. En muchas fotografías lo vemos en actitud de escucha incansable. Comoquiera, su indigenismo jamás se peleó con su hispanismo.

Pese al despotismo de algunos textos escolares contra una España esclavizadora de México, la mayoría mexicana y su presidente reconocían la maternidad española. Nadie ignora que el drama español de los años treinta penetró muy hondo en el ánimo de México y condujo a conductas presidenciales bien conocidas. El gobierno mexicano, después de surtir aquel pedido de armas y municiones hecho por la República, remite a España algo de lo poco que había en nuestra despensa nacional, y acoge con gusto el tránsito a México de una nueva planta de españoles legítimos. Arranca la rehispanización física de México con los famosos niños de Morelia. Algunas familias opulentas quieren adoptar criaturas de la península en llamas. Algunos líderes obreros se oponen a esa pretensión porque, según ellos, los huérfanos de la tragedia española debían ser educados proletariamente. Cárdenas decide que el gobierno tome “bajo su cuidado a estos niños”. Después del recibimiento en la capital con copia de confeti, flores, vítores, abrazos, discursos, fotografías, besos y músicas, fueron trasladados a Morelia. Todo mundo opinó como Novo: “Es una obra trascendente la realizada por el gobierno al incorporar a estos futuros padres de más de cuatro mestizos”. Algún conservador hasta llegó a proponer: “La importación de 500 infantes españoles debe multiplicarse por mil”.

Ciertamente la idea de transterrar temporalmente de España a México a ilustres profesores hispanos fue de don Daniel Cosío Villegas, pero la gloria de haber aceptado la sugestión y ponerla en obra corresponde al presidente Cárdenas, quien había fundado poco antes agencias promotoras de la alta cultura como el Consejo Nacional de Educación Superior e Investigación Científica y el Instituto Politécnico Nacional. Las lumbreras de la madre patria fueron llegando a la patria hija de uno en uno o en grupos pequeños. Quizá el primero en llegar haya sido el poeta José Moreno Villa y el segundo el filósofo y rector José Gaos. Enseguida un notable número de distinguidísimos hombres de ciencia, de científicos sociales, de humanistas, de poetas, de pintores y de arquitectos, traspuso el Atlántico. La pléyade de intelectuales españoles fue recibida con los brazos abiertos por una intelectualidad mexicana que venía sintiéndose urgida de

ayuda delante de una milicia demasiado gorda, una familia de políticos no menos floreciente y una élite económica cada día más robusta.

Para recibir a la intelectualidad española se fundó La Casa de España en México, presidida por Alfonso Reyes. La Casa distribuyó a la mayoría de los intelectuales entre los mayores centros universitarios de la República, pero mantuvo a no pocos científicos sociales y humanistas que serían los fundadores de El Colegio de México, donde tuve el honor de adquirir el oficio de historiar con maestros tan ilustres como José Gaos, José Miranda, Rafael Altamira, Adolfo Salazar, Agustín Millares Carlo, Francisco Barnés, Javier Malagón y Ramón Iglesia.

Para acoger a los 30 000 españoles que llegaron al final de la contienda se abrieron numerosas cafeterías en la ciudad de México, que no todas las necesarias. Don Lázaro quería españoles con sapiencia y gustos campesinos, pero los llegados prefirieron residir en la urbe grande. Casi todos se pusieron a trabajar poco después de su llegada. Con excepción de los viejos residentes españoles, la metrópoli les abrió sus brazos. Aunque se supo que lo que entraba a México era “un río español de sangre roja”, aun algunos ultraconservadores lo vieron venir esperanzados. Alfonso Junco escribe: “Ninguna inmigración mejor para México que la que traiga sangre y espíritu español. Ninguna de más fácil y profunda incorporación a nuestro medio. Ninguna que así fortifique lo nuestro, prosiga nuestra historia y tradición, ensanche la espontánea hermandad, prolongue el generoso mestizaje que vivifica nuestra cultura. La caudalosa inmigración española tiene fundamentalmente la simpatía mexicana (y más que ninguna); la gente de bien y trabajo que, restañando sus heridas, se ha puesto a trabajar a nuestro lado, ha fecundado nuestra tierra en el orden intelectual o material”.

Durante algunos meses, los españoles del exilio fueron las figuras sobresalientes en la vida nacional de México. Luego los desplazaron del sitio mayor los aspirantes a suceder a Cárdenas en el puesto de presidente de la República y los hombres de empresa que acudían al llamado del Presidente de poner en obra la revolución industrial mexicana que sólo podía producirse en una época tan cruel como la segunda Guerra Mundial. A un mes de haberse iniciado los horrores de la lucha en Europa, el gobierno de México reglamenta la exportación de materias de interés para la industrialización del país; para atraer inversores de fuera suprime el gravamen a la exportación de ganancias; cancela el impuesto del ausentismo, y promulga un decreto para fomentar industrias novedosas. Las huelgas, el coco

mayor de los industriales de casa, reciben un hasta aquí de los líderes. La dirección de la CTM dispone que los enfrentamientos obrero-patronales se resuelvan por conciliación. El vocabulario de la gente política deja de tener el color rojo tan común antes de la guerra. Se pone en práctica una industrialización a dúo, mixta, en la que el gobierno se comprometía a poner la infraestructura (medios de comunicación y transporte, energía eléctrica y obreros preparados) y los capitalistas a construir talleres y fábricas. Así se pone en órbita el capitalismo a la mexicana.

Se abrían carreteras hacia todos los rumbos del país, planteles escolares capacitadores de las masas, centros que promovieran el despegue científico-técnico, plantas generadoras de energía eléctrica cuando el general Lázaro Cárdenas le pasa el oficio de presidir México al general Manuel Ávila Camacho. Comoquiera, Cárdenas no abandona del todo la vida pública. Su sucesor le pide que se encargue de la Secretaría de la Defensa Nacional. Miguel Alemán, presidente de 1946 a 1952, lo hace vocal ejecutivo de la comisión que hizo fértiles las llanuras del Tepalcatepec. El presidente Adolfo López Mateos lo nombra vocal ejecutivo de la comisión del río Balsas. En 1969, en vísperas de la muerte, pone en marcha el proyecto siderúrgico de la costa de Michoacán conocido con el nombre de Las Truchas.

Seguramente después del sexenio presidencial de Cárdenas ha habido cambios notables en la vida de México. En vez de fomentarse el crecimiento de la población, se le ponen trabas. El reparto de latifundios y baldíos ha perdido intensidad. En lugar de atraer compatriotas que trabajen fuera, se despide día a día a un creciente número de compatriotas que se van con su música más allá de las fronteras nacionales. Con todo,

*el estilo cardenista,*

el viraje que le impuso a México el general Cárdenas en el sexenio 1934-1940 se ha mantenido en su mayor parte. La personalidad misma del presidente de la República reconoce como modelo a la persona de don Lázaro. Éste estatuye el perfil del presidente robusto, deportivo e itinerante. También pone el ejemplo del adalid silencioso, de pocas palabras, aunque no todos sus sucesores lo hayan seguido en esa costumbre. En la vida de Cárdenas, el círculo familiar tuvo un papel de primer orden, tan protagonizó-

nico como en los presidentes que vinieron después. Es obvio que los gobernantes de ahora se han bajado del caballo, pero ninguno ha vuelto a las vestiduras de etiqueta. La ropa común y corriente que adoptó Cárdenas para todas las ocasiones, ha mantenido su vigencia. También a partir del hombre que derrumba al Jefe Máximo de la Revolución, el presidente mexicano asume el perfil que todavía presenta ahora, el del gobernante muy poderoso. Desde entonces, ningún poder sobrepasa al presidencial.

No todos los historiadores han querido ver que la reciente industrialización de México recibe el “hágase” del mismo gobernante que regañó en 1936 a los industriales regiomontanos. No cabe duda de que fue promotor de movimientos laborales contra el capital, pero enseguida dio cuerda, con apoyos fiscales y otros estímulos, a los que anhelaban lanzar al país por la senda de la industrialización. También hizo costumbre el papel rector del Estado en la vida económica nacional, pero no se ha respetado suficientemente la recomendación escrita por Cárdenas el último día de su gobierno donde se lee: “Entretanto no haya una declaración categórica del gobierno de Norteamérica no deben aceptarse aquí a nuevos inversionistas de la nación vecina”. Comoquiera, los negocios nacionalizados por aquel gobierno no han recaído en manos extranjeras.

La reforma agraria no comenzó en el sexenio cardenista, aunque entonces obtuvo un desarrollo nunca visto y novedosas modalidades. El reparto de tierras se agilizó con la entrega de las mismas antes de concluir los trámites de ley. Así se pudieron distribuir alrededor de 20 millones de hectáreas. Con esa superficie laboral se formaron ejidos ya no transitorios, sino formas permanentes de usufructo agrícola. Desde entonces la propiedad ejidal de la tierra, según la justa observación de Arnaldo Córdova, se transforma en “palanca y continente del nuevo orden rural, brazo poderoso que garantiza la acción y la vigilancia en el campo, y fragua en la que se forjan la paz y la tranquilidad”.

La política indigenista tampoco ha cambiado mucho de Cárdenas para acá. Él restablece como uno de los fines primordiales del Estado mexicano la tutela del indio que quedó en desuso al sobrevenir el régimen liberal y ser considerada herencia del régimen español. Tata Lázaro, como fue conocido por los purépechas, puso como deber del gobierno la elevación del estado de las 100 etnias mexicanas en los órdenes económico, político y cultural sin menoscabo de las propias costumbres económicas, de los típicos modos de organización social y de los valores culturales de esas etnias.

En los años recientes y en los círculos de izquierda ha cundido la moda de criticar la organización obrera dejada por el sexenio de don Lázaro. Recuérdese que su gobierno se propuso sindicalizar a todos los trabajadores y unificarlos. El cardenismo acuña la Confederación de Trabajadores de México que en 1940 agrupaba un millón de obreros, y es hoy la central obrera más nutrida y poderosa de la República mexicana. De entonces provienen estas y otras costumbres laboristas: la actitud benévola del gobierno hacia el trabajador en los casos de conflicto obrero-patronal, los contratos laborales colectivos, las concentraciones obreras para apoyar acciones del gobierno, los mítines contra el imperialismo y el desfile interminable y multicolor del primero de mayo.

Se dice que en materia educativa el cardenismo no trascendió a su sexenio pues la enseñanza socialista fue suprimida en la Constitución de la República en el sexenio siguiente al de Cárdenas. Pero hay que tomar en cuenta que lo conocido por escuela socialista sólo fue un episodio breve y poco generalizado de la obra de Cárdenas. Lo típico de aquel régimen fue, por una parte, la educación rural que ahora ha renacido con gran éxito en las escuelas agropecuarias y, por otra, la enseñanza para capacitar trabajadores de la industria. Se fundaron numerosas escuelas de nivel medio que conducían al espléndido remate del IPN, escuelas que se han multiplicado recientemente. También se dio y se sigue dando gran impulso a la educación física y todo género de deportes.

La educación de índole humanística también inaugura entonces nuevos modos de abordar el tema del individuo y la sociedad. El broche de oro con que se clausura la política cultural del presidente Cárdenas fue El Colegio de México, hecho por profesores transterrados por la Guerra Civil española. El Colegio de México, que ha crecido mucho y que ya tiene imitadores en las provincias mexicanas, introdujo nuevas miras y métodos en la investigación del hombre que todavía se consideran válidos, que aún se emplean con éxito por nuestros filósofos, antropólogos, economistas, científicos sociales y políticos e historiadores.

Desde los días de Cárdenas la cultura de los agachados es vista con buenos ojos en las esferas oficiales. Con el pretexto de modernizar al pueblo se hacían periódicamente campañas antirreligiosas. Don Lázaro las paró. De entonces para acá se permite a todo mundo la creencia en Dios, los santos, los demonios y las ánimas; la observancia de la moral católica y la asistencia sin cortapisas a ejercicios religiosos, fiestas patronales, bodas

y demás golosinas del rito. Por lo demás se impuso el hábito oficial de proteger las artes plásticas, los bailes, la música, la cocina y demás creaciones del cacumen proletario. Desde aquel régimen la cultura llamada superior ha sido influida por la cultura plebeya. Ahora ya es un lugar común incluir en las antologías poéticas poemas populares; adobar con refranes y dichos del pueblo, relatos y conversaciones de salón; injertar en el texto gratuito, cuentos y fábulas del vulgo; poner al alcance de los universitarios el cancionero folclórico de México; oír en gente educada insultos verbales antes sólo permitidos a la plebe; ver a personas de buenas maneras que se ponen a bailar zandunga y jarabe; a aristócratas del saber, del poder y del dinero que se divierten como enanos en fiestas pueblerinas; a mujeres de las mejores familias que visten el huipil y el quechquémel y a los frequentadores de la alta gastronomía europea que comen con gusto tacos, pozole, moles, huitlacoche, chilaquiles y chiles en nogada.

En verdad y sin exageración, Lázaro Cárdenas es el padre del México moderno.

EL *MATCH* CÁRDENAS-CALLES O LA AFIRMACIÓN  
DEL PRESIDENCIALISMO MEXICANO\*

*Los truenos de junio*

de 1935 resultaron mucho más estrepitosos que los habituales del mes anterior, principalmente para la minoría rectora de México, formada por políticos encumbrados, militares del águila, hombres de negocios gordos, líderes obreros, caudillos de la intelectualidad y jefes eclesiásticos. Como de costumbre, la mayoría dirigida, sobre todo la de caseríos y pueblos, no se inmutó gran cosa con el primer rayo que lanzó Calles. Tampoco los trabajadores de la industria, aunque el rayo iba contra ellos, se hubieran conmovido mayormente si sus líderes no los hubieran puesto en obra. La primera tempestad de las muchas habidas en aquel verano se dio al principio en la cumbre de la montaña sociopolítica.

El 11 de junio de 1935 media docena de senadores fue al palacete del general Calles en Cuernavaca en busca de rumbos para su acción. Los rumbos que les fueron señalados a los congresistas visitantes por el gran jefe no dejaban lugar a dudas. Calles les habló largo y tendido de lo pernicioso de las huelgas que en ese momento paralizaban la poca industria nacional, y reservó sus mejores adjetivos condenatorios para un par de bulliciosos líderes obreristas. Después de una buena andanada de denuos, calló Calles. Mientras se despedían cinco de los senadores, el sexto ideó una entrevista iniciada con los siguientes o parecidos parlamentos:

—General —dijo Ezequiel Padilla— ¿no tendría inconveniente en dirigir a la prensa las declaraciones que nos acaba de hacer?

—No tengo objeción —repuso el general—. No hay secreto alguno en lo que acabo de decir.<sup>1</sup>

\* En *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. 1, núm. 1, El Colegio de Michoacán, invierno de 1980, pp. 5-33.

<sup>1</sup> John F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución, 1919-1936*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 851.

Entonces el entrevistador preparó un texto que fue aprobado por Calles. Cárdenas, que supo lo que Padilla traía entre manos, quiso conseguir una plática con él para evitar la publicación del texto, pero sólo fue posible eludir que se publicara en *El Nacional*.<sup>2</sup> Otros periódicos capitalinos sacaron a la luz con gran estruendo, es decir, con letras gordas en el título las “Patrióticas declaraciones del general Plutarco Elías Calles”, donde el Jefe Máximo le auguraba a Cárdenas el RIP, la clausura o el acabóse de su régimen presidencial, semejante al deparado a Ortiz Rubio en 1932.<sup>3</sup> El jefe dijo: “Está ocurriendo exactamente lo que sucedió en el periodo de marras. Un grupo se decía ortizrubista y otro callista”; ambos causaron “el desenlace de los acontecimientos”, que la opinión pública calificó como la caída del “Nopalito”, es decir, de Pascual Ortiz Rubio. “Actualmente —continuó el mandamás— en la Cámara de Diputados se ha hecho esa labor personalista de manera franca y abierta... La historia reciente... nos ha enseñado... que las divisiones personalistas sólo conducen al desastre final”. Según la sabiduría acumulada por el jefe, esas divisiones se iniciaban en el Congreso, proseguían en las gubernaturas y los ministerios y pasaban, por último, a ser cuestión de militares, quienes tendían a resolverlas conforme a su oficio, con el choque armado, y en la mejor de las situaciones con la sustitución pacífica, que no electoral, de un presidente por otro. Para evitar tan negros presagios había que “suprimir en las cámaras esas categorías injustificadas de callistas y cardenistas... Debieran saber los que prohíjan y realizan estas maniobras —agregaba el sonorenses— que no hay nada ni nadie que pueda separarnos al general Cárdenas y a mí”.

El Jefe Máximo reveló también a los senadores: “El país tiene necesidad de tranquilidad... Hace seis meses que la nación está sacudida por huelgas constantes... Las organizaciones obreras están ofreciendo en muchos casos ejemplos de ingratitud... Vamos para atrás, para atrás... ¿Qué se obtiene de esas ominosas agitaciones? Meses de holganza pagados, el desaliento del capital... Nada —concluyó— detiene el egoísmo de las organizaciones y de sus líderes...”.<sup>4</sup> Ese mismo día puso Cárdenas en su Diario: “Con sus declaraciones confirma el general Calles su propósito de

<sup>2</sup> Cárdenas ordenó personalmente que la entrevista no se publicara en *El Nacional*. La publicaron *Excelsior* y *El Universal* el 12 de junio.

<sup>3</sup> Fernando Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana*. III. *El cardenismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pp. 28-29.

<sup>4</sup> *Excelsior*, 12 de junio de 1935.

intervenir en la política del país, rompiendo así el ofrecimiento que me hizo en Baja California”.<sup>5</sup>

Al otro día que el Jefe Máximo señaló rumbos, la prensa periódica apareció empedrada de felicitaciones para Calles, firmadas por políticos y empresarios. Los periódicos se volvieron ramilletes de flores, nutridos aplausos, coro de alabanzas para don Plutarco. Éste, ni el día de su debut presidencial había recibido tantos telegramas de felicitación. La Comisión Permanente aprobó por unanimidad un voto de agradecimiento para el general de generales.<sup>6</sup> La jefatura de la CROM le reiteró su apoyo, y de paso, regañó a los comunistas.<sup>7</sup> Emilio Portes Gil fue testigo del río de funcionarios eminentes que fueron a deponer en Cuernavaca sus manojos de admiraciones delante del supermán.<sup>8</sup> La gente del común dio por descontado el descuento de Cárdenas. Calles había dicho que le pasaría lo que a Ortiz Rubio. Ni siquiera lo iban a dejar salir el año. A líderes agraristas y obreros se les fue el gozo al pozo. Aunque para las devotas de misa diaria igual era el pinto como el colorado, también se entristecieron. Sabían que la persecución religiosa era sobre todo obra del general Calles. Entrevistas actuales con supervivientes de entonces demuestran que el chisme de la caída de Lázaro cundió como la humedad por todo el país y produjo claras simpatías del pueblo para un presidente de la República que ya olía a quemado, a caído, a mártir.

Si hemos de creer a Townsend, el Presidente envió “por avión emisarios personales suyos para entrevistar a los gobernadores y a los jefes de zona”, quienes se presentaban a aquéllos y a éstos con un recado que decía: “El señor presidente de la República me ha enviado para hacer a usted patentes sus respetos. Al mismo tiempo desea saber cuál será su actitud con relación a la crítica que el general Calles ha hecho de su actual administración”. Los que no se declararon claramente anticallistas fueron sustituidos, en un parpadear, por personas fieles a Cárdenas.<sup>9</sup>

<sup>5</sup> Lázaro Cárdenas, *Obras*. I. *Apuntes 1913-1940*, México, UNAM, 1972, p. 320.

<sup>6</sup> Eduardo J. Correa, *El balance del cardenismo*, México, Acción, 1941, pp. 52-53; William C. Townsend, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, México, Biografías Gaudesa, 1959, p. 110.

<sup>7</sup> Rosendo Salazar, *Historia de las luchas proletarias de México, 1930-1936*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956, pp. 171-172.

<sup>8</sup> Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, México, Ediciones Botas, 1941, pp. 499-500.

<sup>9</sup> Townsend, *op. cit.*, pp. 113-114.

El día 14 de junio, en reunión con su gabinete, según rememora Raúl Castellano delante de Fernando Benítez, Cárdenas dijo en sordina y con su brevedad acostumbrada:

—Señores, como ustedes comprenderán fácilmente, las declaraciones del general Calles me obligan a pedirles sus renunciaciones para que yo quede en libertad de nombrar a nuevos colaboradores. Debo hacerles notar que el general Calles carece de razón al tratar los asuntos de mi gobierno del modo que lo hizo.

En medio del silencio de sus colegas se alzó la voz de Juan de Dios Bojórquez, el ministro de Gobernación:

—Lázaro, yo creo que la renuncia del gabinete tendrá como consecuencia el rompimiento de la unidad nacional, ¿no crees que convendría buscar un entendimiento que impida esta división?

—Si ustedes desean hablar con el general Calles para buscar alguna solución al problema —repuso el interpelado— no veo ningún inconveniente en que vayan...<sup>10</sup>

En la misma fecha, el presidente manifestó:

Ante la grave e injustificada agitación que se ha provocado en el país en los últimos días... creo de mi deber, en mi carácter de presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, dirigirme a mis conciudadanos... Elementos del mismo grupo revolucionario (dolidos, seguramente, porque no obtuvieron las posiciones que deseaban en el nuevo gobierno) se han dedicado con toda saña y sin ocultar sus perversas intenciones, desde que se inició la actual administración, a oponerle toda clase de dificultades... Los problemas de trabajo que se han planteado en los últimos meses, y que se han traducido en movimientos huelguísticos... son la consecuencia del acomodamiento de intereses presentados por los dos factores de la producción y que, si causan algún malestar y aun lesionan momentáneamente la economía del país, resueltos razonablemente y dentro de un espíritu de equidad y de justicia social, contribuirán con el tiempo a hacer más sólida la situación económica... Declaro que tengo plena confianza en las organizaciones obreras y campesinas. Creo tener derecho a que la nación tenga plena confianza en mí...<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Benítez, *op. cit.*, pp. 33-35.

<sup>11</sup> *El Universal*, 12 de junio de 1935.

Mientras Cárdenas enviaba sus emisarios personales, respondía a Calles y despedía a su gabinete que salió corriendo a Cuernavaca con el chisme de su despedida, los delegados de algunas organizaciones obreras se juntaban a puerta cerrada a tomar la decisión de la “huelga general en todo el país como único medio de defensa contra la posible implantación de un régimen fascista en México”.<sup>12</sup> Por su parte, la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, la de Lombardo, declaraba contra las maniobras de Calles encaminadas a establecer “una era de represión contra el proletariado de México”. En ese ínterin se organizó el Comité Nacional de Defensa Proletaria —“integrado por las organizaciones que desde el día 12 se estaban reuniendo—, y cuyos propósitos eran... poner a salvo los derechos laborales”, apoyar a Cárdenas contra Calles y unir en una central única de trabajadores a todos éstos.<sup>13</sup> Todo lo cual bastó para hacer del Jefe Máximo un

*remolino en fuga*

que el día 16 de junio manifestó: “me retiro definitivamente de la política”. Su retiro, según él, era para terminar con una situación no buscada. Dijo que cuando los senadores requirieron su opinión, él la dio con toda franqueza y claridad y sin ningún interés personalista. Lamentó que a unas declaraciones con “sello de la mejor buena fe, en bien del país y del gobierno, se les haya dado una interpretación torcida”. Les recomendó a sus amigos: “ayuden al presidente y procuren servir al país con toda lealtad”, y concluyó: “He tomado la determinación de ausentarme de la República”, y dicho y hecho, el 19 de junio lo despedían, al pie del avión Electra, los nada inmutables Portes Gil y Bojórquez, el hombre de una sola pieza Narciso Bassols, los fieles generales Quiroga, Amaro y Almada, algunos parientes y muchos periodistas a los que dejó sin noticia sensacional, pues sólo les dijo de mala manera: “No tengo nada que decir”. El embajador mexicano en Washington informó: “El retiro del general Calles es completo”.<sup>14</sup>

A partir del berrinche y fuga del jefe todo cambió en las cumbres del aparato gubernamental. Unos días antes, según una encuesta, 99 diputa-

<sup>12</sup> *Futuro*, julio de 1935.

<sup>13</sup> Eduardo Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*. 1. *Del porfiriato al cardenismo*, México, Grijalbo, 1976, p. 349.

<sup>14</sup> Dulles, *op. cit.*, p. 588.

dos y 45 senadores se habían dicho callistas hasta morir, y sólo 44 de la Cámara baja y nueve de la alta se habían atrevido a confesarse cardenistas. Unos días después, a raíz de la fuga del jefazo, “encuesta periodística reveló que ya sólo 17 diputados y cinco senadores seguían proclamándose callistas”.<sup>15</sup> En un santiamén los legisladores se fueron a “la cargada”, se hicieron cardenistas de hueso colorado. Y lo mismo aconteció, según indicios, entre gobernadores, presidentes municipales, gente de la alta administración, incluso encargados de aplicar justicia. Los poderosos de la política que llamaban a Calles patriota sin límites, fiel guardián de la Revolución, puro, honesto, sincero y perfecto, de la noche a la mañana dieron en decirle traidor a México, desleal a los principios revolucionarios, enemigo de las instituciones, impostor, bandido, cobarde, malo y feo. Mientras unos exigían que se investigara la fortuna de Calles para confiscarla, otros pedían la horca inminente, aparte de la confiscación.<sup>16</sup>

Todo cambió: el otrora nopal segundo se volvió el más bello y fecundo árbol. El general Cárdenas recibió mensajes cariñosos de distinguidos funcionarios, así como distintas e inmensas demostraciones de apoyo de políticos y pueblo. Pasa una generación, surge otra. El 18 de junio se difunden los nombres del nuevo gabinete: Gobernación (ni modo, hay que apechugar), Silvano Barba González; Relaciones (pero no quiso o no pudo), Fernando González Roa; Hacienda (¡qué bien!), Eduardo Suárez; Guerra (un amigo de la paz), el general Figueroa; Agricultura, el ambicioso rancharo Saturnino Cedillo; Economía (un paisano del general-presidente), Rafael Sánchez Tapia; Comunicaciones (otro michoacano ilustre y radical), Francisco J. Múgica; Educación (un gris de hueso colorado), Eduardo Vázquez Vela; Departamento Central, Cosme Hinojosa; Trabajo, Genaro Vázquez; Salubridad, el médico general Siurob; Forestal (el apóstol del árbol), Miguel Ángel de Quevedo. En lugar de González Roa iría a Relaciones, donde estuvo provisionalmente José Ángel Ceniceros, el general Eduardo Hay.<sup>17</sup> Cárdenas eliminó a los elementos callistas del

<sup>15</sup> *Contenido*, 1978, pp. 51-52.

<sup>16</sup> “Cuánta vileza: hoy que Plutarco Elías Calles parece caer, hasta los que ayer lo proclamaban estadista genial, puño de hierro y otras lindezas, hoy lo injurian a voz en cuello...”. Federico Gamboa, *Diario de... (1892-1939)*, México, Siglo XXI Editores, 1977, p. 266.

<sup>17</sup> Dulles (*op. cit.*, pp. 589-590) y otras fuentes. Por enfermedad, Fernando González Roa no pudo ser secretario de Relaciones. J.A. Ceniceros estuvo al frente de la Secretaría durante cinco meses, hasta el 30 de noviembre, fecha en que Eduardo Hay asumió el cargo.

gabinete (Rodolfo Elías Calles y Tomás Garrido), y puso en su lugar a personas de entera confianza.

En los siguientes días, el Presidente insistió ante multitudes que le lanzaban vivas a él y mueras a Calles que el elemento directivo y orientador de la República mexicana era por derecho propio el Presidente con mayúscula. Cárdenas dijo una y otra vez: el Presidente en México asume el encargo de “ser el único responsable de la marcha política y social de la nación”. Por encima del Presidente no podía estar ningún Jefe Máximo ni partido alguno.<sup>18</sup> A partir de entonces el Presidente de la República sería *de facto*, ya no sólo *de iure*, el patriarca sexenal. A partir del berrinche y fuga de Calles, en vísperas del verano de 1935, debía suprimirse la famosa cuarteta:

El que vive en esta casa  
es el señor presidente,  
pero el señor que aquí manda  
vive en la casa de enfrente.<sup>19</sup>

Cárdenas entonces le puso cerrojo a la costumbre de las inercias presidenciales, del caudillismo ex presidencial, de la presidencia compartida. Para asegurar el predominio de la presidencia sobre el Jefe Máximo utilizó a las masas mitineras que asustaban a Calles. En ningún momento pensó en echar mano de la pistola según la costumbre mexicana. En vez de la rebelión de los militares se utilizaría la rebelión de las masas. Desde entonces ya no se iba a luchar con pistolas, rifles y ejércitos sino con pancartas, discursos y muchedumbre. A los combates de pólvora de la vieja generación seguirían los mítines oratorios de la nueva.

Los mítines se volvieron hábito durante el otoño de 1935. Fue de mucho barullo el del 2 de octubre, organizado por el Frente Popular Antiimperialista frente al edificio de la Legación de Italia contra la invasión de Etiopía por las huestes de Mussolini.<sup>20</sup> Resultaron tragicómicos los del 20

<sup>18</sup> Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI Editores, 1972, p. 70.

<sup>19</sup> La cuarteta se le adjudicó a todos los presidentes llamados peleles de Calles: Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez y a Lázaro Cárdenas en el primer cuarto de su sexenio.

<sup>20</sup> Alfonso Taracena, *La revolución desvirtuada*, vol. III, México, Costa-Amic, 1965-1970, p. 311.

de noviembre. Como don Lázaro no quería que se impidieran las manifestaciones populares, se autorizó a la misma hora y en el mismo sitio un par de manifestaciones de grupos enemigos: la Alianza de Comunidades Agrarias y la Asociación Nacionalista. Aquélla, de tinte rojo, ya manifestaba frente al Palacio Nacional cuando intentó llegar ésta, de coloración fascista, montada a caballo, a querer manifestar lo suyo. Los de la Alianza recurrieron a bloquear la enorme plaza con automóviles, lo que no fue suficiente para impedir la entrada de los caballeros nacionalistas. Así principió un combate de media hora de caballos y reatas de unos, contra automóviles y cohetes de los otros. A resultas de esa singular batalla murieron tres y quedaron heridos cosa de 50.<sup>21</sup> Quizá también a resultas de eso mismo, las llamas de la lucha entre la revolución de entonces que hoy abandera el general Calles, y la revolución de ahora presidida por el presidente Cárdenas se reavivó, y puso al país al borde de la guerra por culpa de

*la vuelta del ciclón,*

del regreso del general Calles a quien, según decires, el general José María Tapia le venía preparando una revuelta que pondría otra vez al prófugo en el pináculo del poder. Según Tapia, “el pueblo estaba muy descontento con el programa social del gobierno”, y él iba a contentarlo con el regreso del “popularísimo” Calles, tan acorde con los sentimientos antirreligiosos, capitalistas, bélicos de la mayoría de la población mexicana. Como ya la gente rehuía los mítines multitudinarios tan molestos y apestosos había que retrotraerla al juego de la revolufia que sólo causaba difuntos, incendios, derrumbes, violaciones y robos.

Cuando la moda de los mítines se imponía en la mayoría de las ciudades del país y el grupo dirigente estaba en aptitud de dirigirlos contra esto o aquello, el general Calles tuvo la ocurrencia de volver a México. El 13 de diciembre, a las cuatro y media de la tarde, “el símbolo genial de la Revolución mexicana” descendió del bimotor X-AEBP en el aeropuerto de México, D.F. seguido por el líder Luis Napoleón.<sup>22</sup> El 14 fueron echados del

<sup>21</sup> Archivo General de la Nación, Sección Lázaro Cárdenas, paquete 492.

<sup>22</sup> Dulles (*op. cit.*, p. 602): “Esto sucedía mientras el presidente Cárdenas estaba enfermo de fiebre de Malta. Al mismo tiempo había una batalla tremenda en la Universidad Nacional”.

Congreso los últimos representantes de inclinación callista.<sup>23</sup> El 16, los senadores restantes desconocieron los poderes olorosos a callismo de Durango, Guanajuato, Sinaloa y Sonora.<sup>24</sup> El ilustre novelista Federico Gamboa apuntó en su Diario: “El gobierno ha comenzado a obrar, sin aspavientos ni retóricas, pero con puño masculino y prontitud defensiva. Se inician las cesantías y cambios de los callistas notorios”.<sup>25</sup>

También vuelven a comparecer los chaqueteros. Gamboa escribe: “Segunda sorpresa mayúscula: Puig Cassauranc, persona integral de Calles, le dispara a éste, desde su embajada en Buenos Aires un largo telegrama en que le aconseja que se marche de México”.<sup>26</sup> Calles responde con otro telegrama:

Sus juicios obedecen informaciones carácter oficial... y deseo acomodamiento... Por antecedentes, no tiene usted derecho juzgar mi personalidad... Ante seis meses de injurias injustificadas a mí y al régimen callista, que entre otros usted estaba obligado a defender porque injurias a este régimen son principalmente a usted, vine a ésta a hacer declaraciones, pues de otra manera sería cobardía e indignidad de mi parte, sumada a cobardía e indignidad de ustedes que formaron ese régimen siempre con alabanzas y sin ningún acto de protesta...<sup>27</sup>

Enseguida vienen las manifestaciones obreras en la capital de la República y en muchas capitales de los estados en contra del regreso del general Calles. La manifestación capitalina “de 80 000 a 100 000 trabajadores integrantes del Comité Nacional de Defensa Proletaria da el mejor

<sup>23</sup> *El Universal*, 15 de diciembre de 1935. Los senadores arrojados de sus curules (Manuel Riva Palacio, Francisco Terminel, Bernardo Bandala, Elías Pérez Gómez y Cristóbal Bustamante) fueron acusados de “incitación a la rebelión y maniobras sediciosas” por el ala izquierda del Senado.

<sup>24</sup> Dulles (*op. cit.*, p. 604): “Los gobernadores de estos estados (Jesús Yáñez Maya, Carlos Real, Manuel Páez y Ramón Ramos) fueron arrojados de sus despachos y acusados de diversos delitos”; Yáñez, de ser enemigo de los campesinos; Páez, de ser jugador irredimible; Ramos, de ser “hijo espiritual de Rodolfo Elías Calles”.

<sup>25</sup> Federico Gamboa, *op. cit.*, p. 266. Además, Gamboa confirma: “Calles no tiene el talentazo que le atribuyen amigos y enemigos, y lo que le sobra son refinada malicia y abundante viveza”.

<sup>26</sup> Gamboa, *op. cit.*, p. 267.

<sup>27</sup> Taracena, *op. cit.*, pp. 398-430. Como de costumbre, Taracena ofrece la información necesaria y objetiva sobre el regreso de Calles.

indicio —según *El Universal*— de que los grupos mayoritarios del obrerismo organizado están junto al Presidente en la lucha de posiciones”.<sup>28</sup> Los manifestantes, dispuestos en orden de desfile llenan el paseo de la Reforma y la avenida Juárez, forman una columna que cubre la distancia desde la estatua de la Independencia hasta San Juan de Letrán; una imponente columna que se recorre hacia la plaza de la Constitución o Zócalo; un río amenazante, precedido por Vicente Lombardo, Valentín Campa, Fernando Amilpa y Fidel Velázquez, que discurre frente al balcón del Palacio desde donde lo mira Lázaro Cárdenas, un río vuelto mar sobre la enorme plaza, un mar agitado por oradores que despotrican contra Calles, una multitud embravecida que pide la horca, o por lo menos el bote o el exilio para el Jefe Máximo, un mundo de gente al que Cárdenas arenga así:

Conviene que todo el pueblo de México sepa por qué ha venido esta acometida contra el gobierno de la Revolución. La administración que presido, cumpliendo con el deber de ser leal a la Revolución y dignificarla en todos sus actos, quiso ante todo exterminar los centros de explotación, los centros de vicio (y quienes los regenteaban)... Viene luego nuestra acción definitiva y concreta en el aspecto agrario; vamos a afectar las distintas propiedades del país de acuerdo con la ley. Sin salirnos de ella, se reparte la hacienda de Guaracha y anexas de los familiares del yerno del señor Calles. Viene también... el desplazamiento de la Beneficiencia Pública del señor general Tapia... porque nos dejó aquella institución en una situación completamente ruinosa... Hace una semana que visité los bosques de Ocotlán, que pertenecen a 18 pueblos y suspendí allí mismo la tala abusiva de los bosques, las explotaciones que tiene Agustín Riva Palacio... y es como todos esos individuos, sintiéndose afectados en sus intereses, no tienen otro camino más que el últimamente señalado...

Yo digo al pueblo mexicano... no hay por qué decretar la expulsión del país de ninguna persona; no hay por qué ir a pedir prisión a territorio extranjero: el general Calles y sus amigos no son un problema ni para el gobierno ni para las clases trabajadoras... Es aquí, en territorio nacional, donde deben quedar esos elementos, ya sean delincuentes o tráfugas de la Revolución, para que sientan vergüenza y el peso de sus responsabilidades históricas...<sup>29</sup>

<sup>28</sup> *El Universal*, 23 de diciembre de 1935.

<sup>29</sup> *El Universal* y *El Nacional*, 23 de diciembre de 1935.

¿Y la rebelión militar en puertas? ¿Acaso Cárdenas no le prestaba la suficiente atención al cuartelazo de los generales? Desde el 5 de diciembre sabía por su amigo Manuel Ávila Camacho que el general José María Tapia recorría el país y entrevistaba a jefes militares para hacer labor de engatusamiento, “labor subversiva” según “instrucciones del general Calles”.<sup>30</sup> Por lo mismo había que actuar como el viento. El 18, el Partido Nacional Revolucionario expulsó de sus filas al general subversivo, diputados y senadores, jueces, presidentes municipales y todo funcionario de cariz callista.<sup>31</sup> El 20, la declaración del ex jefe sobre su regreso en plan de paz fue desmentida por la policía.<sup>32</sup> El general Cárdenas anotó en su Diario: “Aunque el general Calles declaró que no viene a hacer labor sediciosa... la realidad es que ha venido desarrollando una labor subversiva”,<sup>33</sup> una estrategia de viejo estilo revolucionario que le valdría bonete contra las masas.

Quizá contra las maniobras del ex jefe no se pudiera erigir un ejército profesional, pero sí un ejército enorme, desarmado, vociferante, ensordecedor, que podía alzarse con la victoria a fuerza de gritos, sombrerozcos y huelgas. Quizá Cárdenas no podía esperar una rebelión campesina en su pro, pero tampoco iba a tener un campesinado en su contra, una gente tan injuriada como había sido en su fe religiosa por el callismo. Los campesinos, sin multitudes y protestas multitudinarias como los obreros, en algo podían ayudar, alguna gratitud debían tener por un gobierno que en su primer año dio 899 posesiones definitivas en otras tantas comunidades, que repartió cerca de millón y medio de hectáreas a casi 100 000 ejidatarios. Todavía más: los colaboradores de Cárdenas venían ocupándose desde la crisis de junio, muy activamente, en ampliar y consolidar las organizaciones campesinas. También favorecía al Presidente la bonanza relativa del 35. En ese año las exportaciones de productos minerales subieron de 535 a 610 millones de pesos, y las de frutos agropecuarios, de 91 a 116 millones. Para acabar pronto, el valor del producto interno bruto, como se dice en el lenguaje de los economistas, se incrementó en casi 12%.<sup>34</sup> Y como si todo eso fuera poco,

<sup>30</sup> Cárdenas, *op. cit.*, pp. 329-330.

<sup>31</sup> Dulles, *op. cit.*, p. 600. Los principales expulsados fueron Bartolomé Vargas Lugo, Melchor Ortega, J.M. Tapia, L. León, Fernando Torreblanca, Agustín y Manuel Riva Palacio.

<sup>32</sup> Taracena, *op. cit.*, p. 408.

<sup>33</sup> Cárdenas, *op. cit.*, p. 332.

<sup>34</sup> Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1974, p. 74.

el callismo tenía en su contra al grupo dirigente de la generación que Gómez Morín bautizó con el número de 1915, y Cárdenas lo sabía cuando el 22 de diciembre le dijo a la multitud concentrada en el Zócalo:

Los viejos revolucionarios, ahora metidos en perversa aventura son hombres que ya han cumplido su misión histórica. Ya el pueblo sabe lo que dieron de sí... son los hombres nuevos los que tienen que venir a desplazarlos de los puestos públicos... para que las masas puedan recibir el beneficio de otras orientaciones producidas por hombres que no están gastados...<sup>35</sup>

Aunque Cárdenas, en ese momento adalid de la generación que accedía al volante de la República, tenía la sartén por el mango, aún no podía gritar victoria. Le era necesario afilar el machete y mantener la espada en ejercicio. Las reiteradas afirmaciones de don Plutarco acerca de su desinterés por la política y su nueva afición por el golf no las creía nadie.<sup>36</sup> Tampoco era un hombre totalmente desarmado. Sabía que contaba con algunos militares; no ignoraba que, pese a la limpieza de callistas del aparato estatal, aún seguía habiéndolos en las diferentes dependencias gubernamentales; tampoco descartaba el auxilio que podría obtener de patronos adoloridos, y podía esperar, si convencía a los yanquis de que el gobierno de Cárdenas “empujaba al país por el camino del comunismo”, que el gobierno norteamericano le diera una manita. La lucha que se avecinaba no era ningún combate de flores. En los periódicos se hacían comentarios sobre “la rebelión que llama a nuestras puertas”.

De hecho, una segunda cristiada cundía ya en el oeste y el norte.<sup>37</sup> Como la persecución religiosa no parase y el número de sacerdotes se hubiese reducido a 300 en todo el país, algunos ex combatientes de la cristera volvieron a tomar las armas.<sup>38</sup> A finales de 1935 la insurrección abarcaba

<sup>35</sup> Nathaniel y Silvia Weyl, “La reconquista de México”, *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1955.

<sup>36</sup> Medin, *op. cit.*, pp. 72-73.

<sup>37</sup> Jean Meyer, *La Cristiada*. 1. *La guerra de los cristeros*, México, Siglo XXI Editores, 1973, pp. 343-383.

<sup>38</sup> “En 1935, mientras Cárdenas y Calles se disputaban ásperamente el ejercicio del poder presidencial, andaba suelto el desenfrenado anticlericalismo y el segundo movimiento cristero se hallaba en su apogeo... cerca de 500 iglesias y edificios religiosos fueron confiscados... y muchas iglesias, cerca de 400, retiradas del culto” (Meyer, *op. cit.*, p. 363).

ya 15 estados y tenía a sus órdenes a cosa de 8 000 rebeldes acaudillados por el Tallarín, Lauro Rocha, Ramón Aguilar, Florencio Estrada y otros.<sup>39</sup> El Presidente tuvo en 1935 una navidad nada envidiable, con grupos insurrectos que lo combatían a diestra y siniestra, con alzados y conspiradores a granel, y sobre todo con Calles, acostumbrado a mandar, y con la vieja ola revolucionaria, acostumbrada a destruir, acosándolo, queriendo volver a las andadas de la revolufia, de la zozobra, del latrocinio, de los balazos, del desgarrate en suma.

Sin embargo, a simple vista, las cosas no parecían tan mayores. La revuelta grande estaba aún en su etapa periodística y ni siquiera propalaba ya un plan revolucionario. El ingeniero Bartolomé Vargas Lugo lanzó *El Instante*, periódico que daría a conocer las opiniones del callismo. La prensa ordinaria se abstuvo de publicar las declaraciones de Calles y sus amigos.<sup>40</sup> Sólo *El Instante* propaló lo dicho por el ex Jefe Máximo a propósito de la expulsión de los legisladores callistas del Congreso y en defensa de lo que él llamó “torrente de injurias, falsedades y calumnias que durante seis meses se han desatado sobre mi persona y sobre el régimen callista”. *El Instante* publicó declaraciones del comité organizador de un nuevo partido político, del Partido Constitucionalista Revolucionario, del PCR. Al otro día *El Instante* fue obligado a hacer honor a su nombre. Un grupo de trabajadores irrumpió en los talleres del *Instante* y en un ídem los hizo trizas.<sup>41</sup>

Días después un grupo de policías llegaba atropelladamente a la casa de Luis Morones donde halló numerosas ametralladoras, rifles y balas. Como el líder de la CROM no tenía autorizado ningún negocio de armería, hubo de comparecer ante el juez para justificar tal abundancia de armas en su domicilio. El compareciente aseguró que las armas las tenía para defender y ga-

<sup>39</sup> “400 hombres en Sonora, en torno de Navojoa, agitaban de nuevo el espectro de la guerra de los indios; 2 500 en Nayarit, Sinaloa, Durango, Jalisco y Zacatecas formaban el gran reducto septentrional que habría de ser el último que dejara de resistir; 350 hombres seguían a José Velasco en Aguascalientes; 1 300 en el norte de Guanajuato y de Querétaro; 500 en Michoacán; 600 en Morelos, detrás de un jefe zapatista, Enrique Rodríguez ‘el Tallarín’; 300 en Oaxaca con David Rodríguez; 400 en Jalisco que seguían a Lauro Rocha, y 1 200 en la sierra de Puebla, Hidalgo y Veracruz... Se trataba de un movimiento desesperado que el ejército tardaría mucho en reducir y sobre el cual la Iglesia carecía de influencia” (Meyer, *op. cit.*, p. 375).

<sup>40</sup> Luis L. León, “Ignotes”. *El regreso del general Calles*, México, 1936, s.e.

<sup>41</sup> Pedro J. Almada, *Con mi cobija al hombro*, México, Alrededor de América, s.f., pp. 375-385.

rantizar la vida de nuestras instituciones. No eran armas rebeldes, sino a disposición de quien quisiera pelear contra los alteradores del orden público.<sup>42</sup> Por su parte, el amo y señor de Morones no dijo ni pío y por el resto del mes de diciembre del 35 no dio señales de vida. Con todo, “ni de día ni de noche apartóse del frente de su casa un automóvil tripulado por individuos con ametralladora”.<sup>43</sup> Calles permaneció encerrado a piedra y lodo.

Cárdenas también se encerró una vez pasado el brillante y sonoro desfile y mitin de 22 de diciembre. En el encierro dedujo: “El distanciamiento definitivo con el general Calles me ha deprimido; pero su actitud inconsecuente frente a mi responsabilidad me obliga a cumplir con mis deberes de representante de la Nación... Recuerdo que en 1918 decía: ‘Yo seré siempre un leal soldado de la Revolución... En la vida, el hombre persigue la vanidad, la riqueza o la satisfacción de haber cumplido honrada y lealmente con su deber’. Hay que seguir ‘ese último camino’”. Ahora Calles era otro. ¡“Cómo hace cambiar la adulación el pensamiento sano de los hombres!” , deduce Cárdenas.<sup>44</sup>

Lázaro resucita de pronto ante el público con unas espectaculares declaraciones procatólicas. Quizá porque no quería tener al clero hostil en un momento difícil, quizá por ausencia en él de “un sentido antirreligioso activo y virulento”, quizá para calmar la rebelión cristera número dos que iba en alza, quizá porque llegó a creer que la principal característica del callismo era la persecución religiosa y él no debía parecerse en nada al rival, estrenó el año de 1936 con manifestaciones de respeto a los creyentes en la gloria, el infierno, Dios, el diablo y los santos. En Tamaulipas dice: “No es atributo del gobierno ni está dentro de sus propósitos combatir las creencias ni el credo de cualquier religión”;<sup>45</sup> en Guadalajara agrega: “El gobierno no incurrirá en el error cometido ‘por administraciones anteriores, de considerar la cuestión religiosa como problema preeminente... No compete al gobierno promover campañas antirreligiosas’”,<sup>46</sup> y luego a un grupo de profesores quejosos por ataques de la reacción: “De aquí en adelante no

<sup>42</sup> Dulles, *op. cit.*, p. 610.

<sup>43</sup> Gamboa, *op. cit.*, pp. 267-268.

<sup>44</sup> Cárdenas, *op. cit.*, p. 333.

<sup>45</sup> *Excelsior*, 17 de febrero de 1936. El mismo día y desde el mismo balcón del Palacio Municipal de Ciudad Guerrero, aseguró: “Es mentira que haya en México persecución religiosa... Combatir el fanatismo no quiere decir que se combatan las creencias del pueblo”.

<sup>46</sup> Taracena, *op. cit.*, vol. IV, p. 135.

deberá existir propaganda antirreligiosa en las escuelas. Toda nuestra atención deberá de concentrarse sobre la gran causa de la reforma social únicamente”.<sup>47</sup>

Durante todo el invierno de 1935-1936, Cárdenas gana adeptos día tras día. La Ley del Salario Mínimo resulta un buen regalo de navidad para los asalariados pobres, y la fundación del Banco de Crédito Ejidal otro buen premio para los campesinos de huarache. Del antiguo Banco Nacional de Crédito Agrícola se desprendió el nuevo. En el futuro, aquél se encargaría de refaccionar a los agricultores privados, y éste de socorrer a los ejidos.<sup>48</sup> Por otra parte se le dan instrucciones al profesor Graciano Sánchez para que unifique a los campesinos. “Ninguna de las organizaciones surgidas durante los veinte años que siguieron al constituyente —dice Arnaldo Córdova— satisfacía las exigencias del Estado de la Revolución”.<sup>49</sup> Desde julio de 1935, el presidente Cárdenas le había sugerido al Comité Ejecutivo Nacional del PNR hacer, en cada una de las entidades federativas, convenciones de las que saliera una liga y sólo una de comunidades agrarias por cada entidad y luego que hubiese concluido el proceso de unificación en cada uno de los estados, el CEN del PNR procedería a reunir una asamblea nacional constituyente de la Confederación Campesina.<sup>50</sup> Con todo, las organizaciones nunca habían hecho felices a los campesinos. Lo que sí entusiasmó a los rústicos que se enteraban de lo que el presidente decía por ellos, fue la disposición de darles armas, de constituir una reserva rural bien provista de largos rifles para desterrar el temor ante los latifundistas, aunque según las malas lenguas para defender al gobierno de los aspirantes a derrocarlo.

Simultáneamente a la obra de impulso, organización y defensa de las masas campesinas, se ejecuta el plan de promover, agasajar y reunir a las broncas masas obreras. La coyuntura la dan los empresarios de Monterrey. “Tiempo atrás el sindicato único de la vidriera de Monterrey había obtenido una resolución favorable a un movimiento de huelga. El Centro Patronal organizó un paro los días 5 y 6 de febrero, en respuesta al movimiento de los trabajadores de la vidriera y lanzó una furibunda campaña

<sup>47</sup> Townsend, *op. cit.*, p. 135.

<sup>48</sup> Eduardo Villaseñor, *Memorias-testimonio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, pp. 109-110.

<sup>49</sup> Córdova, *op. cit.*, p. 48.

<sup>50</sup> Moisés González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina*, México, Costa-Amic, 1968, pp. 120-155.

anticomunista”.<sup>51</sup> En cuanto lo supo el Presidente, salió como bala rumbo a Monterrey. “El día 8 de febrero, por la tarde —escribe en sus *Apuntes*—, y reunido con los representantes de las empresas de Monterrey en el salón del Palacio de Gobierno, les hablé del problema... y los invité a encontrarle solución”.<sup>52</sup> La invitación presidencial consta en los muy mentados “catorce puntos del presidente Cárdenas”.<sup>53</sup> La solución del conflicto obrero-patronal fue encontrada con la hechura de una Confederación de Trabajadores de México.<sup>54</sup> En febrero de 1936 nació la CTM con una robustez nunca vista en recién nacido, con un amor a Cárdenas aparentemente más decidido que el de la confederación campesina, en plena hermandad con la oratoria archielocuente de Lombardo y al tiempo en que se cantaba con Cantinflas:

No hay derecho que tú digas que te dije  
 porque el detalle es, por ejemplo, “quesi’stá”.  
 Si te dijeron y supones no te fijas  
 supongando que el detalle no es verdad...<sup>55</sup>

Por los mismos días, el satírico Roberto Soto llenaba su teatrillo capitalino con representaciones de la revista “Calles y más Calles”, que bien pudo promover la carta del director de *El Nacional* a Cárdenas con el propósito de hacerlo poner “una taxativa a su generosidad” y hacer sentir a los instigadores callistas que pueden “ser sometidos a estricto juicio de responsabilidad” sobre todo desde que dieron en el deporte de la

### *voladura de trenes*

a partir del 25 de marzo. En tal fecha, un furgón lleno de dinamita explotó por el rumbo de Tultenango y dos docenas de personas salieron dispa-

<sup>51</sup> Además de noticias periodísticas, Arturo Anguiano (*El Estado y la política obrera del cardenismo*, México, Ediciones Era, 1975, p. 57); Anatoli Shulgovski (*México en la encrucijada de su historia*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972, p. 126); Townsend (*op. cit.*, p. 130).

<sup>52</sup> Cárdenas, *op. cit.*, p. 343.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 343-344.

<sup>54</sup> Shulgovski, *op. cit.*, pp. 273-286.

<sup>55</sup> Juan S. Garrido, *Historia de la música popular en México, 1896-1973*, México, Ex-temporáneos, 1974, pp. 78-79.

das a rendirle declaración a san Pedro. Dos semanas después, el 7 de abril, según refiere don Alfonso Taracena, “en la estación de Paso del Macho, cerca de Orizaba y Córdoba, el tren del ferrocarril que venía de Veracruz a México” voló a causa de la dinamita. La locomotora y algunos vagones cayeron al abismo. Dieciocho personas resultaron heridas y 13 muertas. Uno de los pasajeros, Eduardo Hernández Cházaro, dijo que él pronosticó, “en tiempos de Ortiz Rubio, que Calles no dejaría al presidente de la República gobernar pacíficamente”.<sup>56</sup> Simultáneamente llegaron a la mesa del general Cárdenas multitud de informes de jefes militares sobre una nueva campaña subversiva emprendida por los generales callistas, y él ordenó en el acto al general Múgica que se entrevistara con Calles y le hiciera saber que unos amigos suyos —tres generales y un civil— deberían salir de México “por conspiradores”.

El chaparrito Múgica fue corriendo con la noticia a Calles. Éste repuso:

—Me opongo a la salida de mis amigos, o yo saldré con ellos. Estoy en contra de la reforma agraria y de la agitación obrera del gobierno del señor general Cárdenas, y ése es el delito por el que se me persigue.

Múgica trató de persuadirlo sin ningún resultado. Calles, al día siguiente, a las ocho de la noche, preguntó:

—Quisiera saber, general Múgica, los nombres de mis amigos a quienes se les exilia injustamente.

Múgica dijo que ignoraba los apelativos de los condenados a expulsión. Entonces Calles propuso en voz fuerte:

—Pues bien, dígame usted al general Cárdenas que estoy resuelto a salir sin conocer los nombres de los generales.

—En ese caso —contestó el general Múgica— tengo instrucciones de que salga usted en compañía de los señores Luis N. Morones, Luis L. León y Melchor Ortega.<sup>57</sup>

El día 7, la CTM culpa de la voladura del tren en Paso del Macho a la reacción, a los políticos de la pelea pasada y a los líderes deshonestos.<sup>58</sup> El general Calles, según solía sucederle en momentos difíciles, se enfermó, empezó a estornudar estruendosamente, tuvo que guardar cama. Plutarco Elías Calles, desde su lecho de griposo, les aseguró a los periodistas que ni

<sup>56</sup> Taracena, *op. cit.*, vol IV, p. 154.

<sup>57</sup> Benítez, *op. cit.*, p. 43.

<sup>58</sup> Taracena, *op. cit.*, vol IV, p. 155.

él ni Morones tuvieron nada que ver con el tren dinamitado, y dispuso de la ocasión para maldecir a los católicos, y decir de los economistas que entre más lucubran más tarugos se volvían. Aconsejó a los intelectuales que se salieran de la política, pues en tal ambiente apestaban con mucha facilidad o, en el mejor de los casos, se hacían histéricos.<sup>59</sup> En ésas, el ala izquierda del Senado declaró traidor al general Calles, y un rato después se produjo la noticia mayor de aquella primavera, que Roberto Soto se apresuró a bautizar con el nombre de “la resurrección de Lázaro”.

El 9 de abril el jefe policiaco Vicente González dispuso, la aprehensión de Calles, Morones, León y Ortega.<sup>60</sup> El Presidente acababa de regresar de su viaje por 18 pueblos de Querétaro y Guanajuato, y ese día era esperado en Morelos para la ceremonia del siguiente en honor de Zapata.<sup>61</sup> A Luis Napoleón Morones le echaron el guante camino a su casa, a las dos de la tarde. Se empeñó inútilmente en que le dijeran qué iban a hacer con él. Como estaba tan preocupado por su destino, no pudo pegar los ojos en toda la noche. Melchor Ortega fue preso en Tehuacán. Mientras preguntaba: pero, ¿por qué me arrestan? fue conducido a la sexta comisaría de la capital donde ya estaba Morones. El ingeniero León fue arrestado a las seis de la tarde. El par de guaruras (entonces guardaespaldas) que lo protegían, en la hora suprema lo desprotegieron.<sup>62</sup>

El general Calles se cuidaba su gripe en su casona de Santa Bárbara cuando el general Rafael Navarro, sucesor de Medinaveytia en la comandancia de la metrópoli, tuvo a bien hacerle la visita de rigor. Eran las 10 de la noche. Ya casi no iban ni venían coches por el camino a Puebla. La oscuridad y el silencio eran de plomo. El Jefe Máximo, metido en una pijama azul y blanca, leía muy quitado de la pena, *Mi lucha*, de Adolfo Hitler. Sin previo saludo, Navarro dijo: “Por órdenes del señor presidente de la República, queda usted arrestado. Tengo instrucciones de informar a usted... de que abandone el país a las siete de la mañana”. El lector de *Mi lucha*, tal vez consciente de que las palabras de ese instante iban a ser recogidas por la historia, preguntó con serenidad de héroe yacente: “¿Puedo preguntar la razón de esa orden?” Navarro, también con aire de solemnidad, dijo: “La razón es que las condiciones del país lo exigen”. El Jefe Máximo dejó por

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 159-160.

<sup>60</sup> Benítez, *op. cit.*, p. 44.

<sup>61</sup> Townsend, *op. cit.*, p. 135.

<sup>62</sup> Dulles, *op. cit.*, pp. 618-619.

ahí la obra de Hitler, hizo a un lado las cobijas, se sentó en la cama, se calzó las pantuflas, se puso de pie, y en actitud de héroe erguido, habló: “Me considero su prisionero... Puede usted... ponerme delante de un pelotón...”<sup>63</sup> Únicamente lo pusieron a hacer la maleta para el viaje. Era casi medianoche. Todo tenía que quedar listo para la madrugada. Los hijos ayudaron al papá en la preparación del equipaje. Ahora el exilio no iba a ser breve. Cuando a la salida del sol despegó el aeroplano con Calles, un trío de sus amigos, un jefe y dos milites más, sólo quedaba por resolver un pequeño problema: el de la visa de USA que el embajador Daniels, mientras los viajeros volaban, “arregló cortésmente por teléfono”.<sup>64</sup>

El trimotor bajó en Brownsville donde “un gran número de representantes de los periódicos recibió a los viajeros” con un titipuchal de preguntas. Calles habló delante de los periodistas de la debilidad de Cárdenas y del caos de México como si hubiera sabido que mientras él decía tal cosa el general Cárdenas era conducido a un hospital donde lo despojaron de su apéndice. El general Calles voló enseguida al Oeste donde declaró a *Los Angeles Times*: “Yo no estoy de acuerdo con las presentes tendencias comunistas de México...”<sup>65</sup> Y aunque seguramente muchos mexicanos tampoco estaban de acuerdo con muchas de las tendencias cardenistas, la casi totalidad se puso a dar saltos de gusto por la expulsión del ogro. La alegría popular causada por el destierro del hombre fuerte de la revolufia duró días y meses sin que nadie lo atizara. Si el hombre débil de la Revolución lo hubiera permitido, millones de simpatizadores lo habrían paseado en hombros por la República entera. Además, por primera vez desde hacía muchos años la opinión pública coincidía con la del Congreso en el dicho de que la callista fue “la dictadura más odiosa e hipócrita que ha tenido México”. Pero mientras la mayoría de los mexicanos echaban las

<sup>63</sup> *Últimas Noticias de Excelsior*, 10 de abril de 1936. Según Dulles (*op. cit.*, p. 617), a la pregunta de Calles sobre el motivo de su expulsión, Navarro repuso: “Soy soldado y cumplo con órdenes”. A eso contestó Calles: “Si se tratara de mí propia elección no abandonaré el país, pero si es una orden del presidente no tengo otra cosa que hacer sino obedecer. Haré los preparativos para el viaje”. Enseguida hizo algunas llamadas telefónicas. Según Benítez (*op. cit.*, p. 44), Clark Lee, corresponsal de la AP que acudió a un telefonema de Calles, le preguntó a éste: “¿Se va de México?”. El ex jefe contestó: “No, no me voy, me van”.

<sup>64</sup> Townsend, *op. cit.*, p. 136.

<sup>65</sup> Hizo declaraciones parecidas en diversos lugares de Estados Unidos. En Dallas, según Benítez (*op. cit.*, p. 46), declaró: “Fui expulsado de México por combatir el comunismo. Dios mediante, las cosas cambiarán y podré regresar a mi país”.

para celebrar el fin de un viacrucis, el general victorioso se hacía las siguientes reflexiones de un hombre que supo resistir increíbles alabanzas a su persona e insultos desmedidos a los expulsados: “El general Calles forma parte importante de la historia revolucionaria de México... Quizá las causas de su actitud, pasados los años, no se tomarán como fallas, superarán sus actos afirmativos como estadista revolucionario y la historia lo volverá al sitio de donde lo sacaron sus falsos amigos...”. Los ex presidentes, pensó para sus adentros el general Cárdenas, “que no pretendan tener más autoridad política que el propio presidente en turno. Sin embargo, algunas veces supuestos amigos gritan: ‘Tú eres el rey’, ¡Y cuánta ceguera se produce en los así adulados! Así sucedió con el general Calles, pero eso no debe impedir el reconocimiento de ‘sus cualidades como político... y su sensibilidad como humanista’”.<sup>66</sup>

Las noticias llegadas de Europa aquí se volvían minúsculas. Parecía importar poco y a muy pocos la ocupación de la zona de Renania por las huestes de Hitler y la proclamación de Víctor Manuel III como emperador de los etíopes. Entretenidos en celebrar la victoria sobre Calles, ni siquiera los pleitos del presidente Sacasa de Nicaragua con Somoza nos hacían salir de las preocupaciones nacionales. Ahora sabemos que Cárdenas recibió un sos del doctor Sacasa, quien se enfrentaba a la rebelión de su sobrino Tacho Somoza, hecho con antelación por las fuerzas americanas invasoras jefe de la Guardia Nacional de Nicaragua, como premio por haber sido Tacho el causante de la muerte del patriota Augusto César Sandino. Cárdenas, al tanto de los antecedentes, instruyó al general Hay para que gestionara con los gobiernos de Norte y Centroamérica la formación de un frente común contra el sobrinazo.<sup>67</sup> En ésas, Somoza sacó a Sacasa y todo mundo hizo a lo hecho pecho. El presidente de México, con cara de triunfo, se fue de viaje; se pasó 62 días recorriendo 50 poblaciones de Hidalgo, San Luis Potosí, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, Jalisco y Guanajuato,<sup>68</sup> anduvo preparando el siguiente episodio de un sexenio en la vida de Mé-

<sup>66</sup> Cárdenas, *op. cit.*, p. 310.

<sup>67</sup> *Ibid.*, pp. 351-352.

<sup>68</sup> Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas, México*, Empresas Editoriales, 1964, pp. 472-473.

xico que se distinguió por lo sensacional de sus episodios, por la abundancia de momentos estelares.

Cárdenas acababa de cumplir con una de las promesas formuladas el día de su debut presidencial: “He sido electo presidente y seré presidente”. Con el simple apoyo de las multitudes, se salió con la suya; es decir, con la fórmula que ha prevalecido desde entonces: “En el gobierno una sola fuerza política debe sobresalir: la del presidente de la República”. En el primer cuarto del sexenio de Cárdenas se afirmó en forma definitiva el poder presidencial, en primer término, al librarlo de la dependencia del maximato de Calles; en segundo, al colocar bajo las inmediatas órdenes presidenciales a cada uno de los secretarios; en tercer lugar, al suprimir los restos de los cacicazgos estatales y no permitirles a los gobernadores praxis enemigas o debilitadoras de la institución presidencial, y por último, al conseguir estrecha colaboración del Legislativo con el Ejecutivo, ya que no necesariamente obediencia.

En año y medio Cárdenas acabó con las instituciones de los presidentes peleles, a la manera de Portes, Ortiz y Rodríguez; de los secretarios díscolos cuyo modelo fue Bassols; de los caciques estatales de la calaña de Tejeda y Garrido, y de los diputados y senadores que soñaban en un régimen parlamentario al estilo inglés. En año y medio, el silencioso Lázaro, la Esfinge de Jiquilpan, repuso la dignidad de la función presidencial sin demasiados aspavientos y ardidés, y sobre todo, sin tirazones de sangre, sin injusticias notorias. En año y medio, el Presidente se desembarazó del “mandamás” sin haber tenido que sacrificar cachos importantes de la ideología de la Revolución, quizá sólo mediante el sacrificio de la lucha desfatanizadora, de las campañas contra la arraigada religión del pueblo. En 18 meses se acabó la costumbre de arreglar las desavenencias graves con rifles y machetes. Cárdenas no sólo libró al país del corrupto Calles y su camarilla, sino que lo hizo sin paredón para el caudillo y sus cómplices. Don Lázaro le puso fin a la costumbre de volver cadáveres a los disidentes y opositores políticos de peso.

Al concluir el tercer semestre del presideciado de Cárdenas, la primera magistratura del país sintióse tan vigorosa que abrió las puertas a los viejos exiliados políticos, gracias a lo cual volvieron a su país Porfirio Díaz júnior, Adolfo de la Huerta, Enrique Estrada, José Gonzalo Escobar, Fausto Topete, Francisco Manzo, José Vasconcelos y otros ilustres ex rebeldes. La reconstitución del poder presidencial fue tan grande que desde el vera-

no de 1936 Cárdenas pudo emprender a galope la reforma agraria, a la que Calles y sus amigos le hacían el feo en público. Un presidente sin tutor, jefe indiscutible del partido oficial, facultado para escoger amigos y enemigos internacionales, miembros del gabinete, gobernadores, diputados de las cámaras legislativas, jefes de zonas militares y otros servidores públicos, podía ser lo que quisiera: apóstol del agrarismo, héroe de la expropiación petrolera, promotor de la industria, padre de los indios, padrino de los españoles, Señor del Gran Poder a quien se debe, según las escrituras de múltiples historiadores, el México de hoy.

## LOS BALANCES PERIÓDICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA\*

EL ORIGEN JURÍDICO inmediato de los informes presidenciales de los últimos 60 años son dos pares de preceptos, los artículos 62 y 63 de la Constitución de 1857: “El Congreso tendrá cada año dos periodos de sesiones ordinarias” y “A la apertura de sesiones del Congreso asistirá el Presidente de la Unión, y pronunciará un discurso que manifieste el estado que guarda el país...”, y los artículos 65 y 69 de la Constitución de 1917: “El Congreso se reunirá a partir del primero de septiembre de cada año para celebrar un primer periodo de sesiones ordinarias...” y “En la apertura de sesiones ordinarias del primer periodo de cada año de ejercicio del Congreso, el Presidente de la República presentará un informe por escrito, en el que manifieste el estado general que guarda la administración pública del país”.

En 1923 este artículo fue ampliado para imponerle una nueva tarea al presidente, la de exponer a la apertura de sesiones extraordinarias “las razones o causas que hicieron necesaria su convocación y el asunto o asuntos que ameriten una resolución perentoria”.

Para cumplir con lo dispuesto por la Carta de 1857, Madero y Huerta presentaron informes a la Legislatura los días primero de abril y 16 de septiembre, respectivamente. En acatamiento a lo mandado por la Constitución de 1917 todos los presidentes, de entonces acá, han rendido cuentas de su gestión los días primeros de septiembre, y los días (muy pocos por cierto) en que han juntado, en asamblea extraordinaria, a los legisladores.

Las fuentes próximas de las respuestas a los informes presidenciales son un precepto constitucional ya caduco y una disposición todavía vigente del reglamento interior de las cámaras. La última parte del artículo 69 de la Carta del 57, impuso como obligación al presidente en turno del Poder Le-

\* En Bernardo García Martínez *et al.*, *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda*, México, El Colegio de México, 1970, pp. 329-354.

gislativo el “contestar en términos generales” al informe del presidente del Poder Ejecutivo. La Constitución de 1917 liberó a los legisladores de ese compromiso, pero éstos tal vez por razones de cortesía se lo autoprorrogaron, según consta en el número 189 del reglamento que interiormente los rige.

Desde hace algunos años, por el mes de julio, los secretarios de Estado ordenan a sus secretarios y oficiales mayores, y éstos a jefes de departamento, directores y encargados de oficinas, que reúnan noticias, estadísticas, gráficas, ilustraciones y anexos, para componer, por un lado, las voluminosas memorias anuales de las secretarías, y por otro, para aportar datos al informe sintético que debe rendir el 1 de septiembre el primer magistrado. A comienzos de agosto la prensa periódica anuncia que el titular del Poder Ejecutivo suprime audiencias y se recluye en su oficina privada para afinar el balance de sus labores, tarea a la que, desde su fundación reciente, le ayuda la Secretaría de la Presidencia. La actividad vasta y multitudinaria que se emplea en la confección del informe, indica la gran importancia que el gobierno le concede.

Por su parte los legisladores, los gobernadores, las altas jerarquías militares, el cuerpo diplomático acreditado ante el país, los periodistas, los locutores, las asociaciones obreras, campesinas y patronales y aun los mexicanos sueltos, se preocupan y ocupan en ver, oír, leer, o cuando menos escuchar de interpósitas personas las palabras del presidente. Todo lo cual es indicativo de la trascendencia que, no sólo el que lo da, sino también los que lo reciben, otorgan al informe presidencial.

En fin, desde agosto comienzan los preparativos para la ceremonia solemne en que el primer magistrado hará entrega del mensaje. Se reclutan los contingentes militares y civiles que cubrirán las vallas de honor en los recorridos presidenciales del Palacio a la Cámara y de ésta al Palacio; se fabrican los cartelones que mostrarán la adhesión de los gremios a la obra gubernamental; se preparan todos los medios publicitarios y se desmenuzan hojas de papel verdes, blancas y rojas. El mero día hay multitudes agolpadas en las calles, ovaciones, lluvia de tiritas de papel, bandas de música, estaciones de radio y televisión encadenadas, locutores incansables y periódicos que glosan al unísono los conceptos gubernamentales. En suma, la rendición del informe es toda una fiesta que abre la temporada de fiestas nacionales: 16 de septiembre, cumpleaños de la República; 12 de octubre, cumpleaños de América; 20 de noviembre, cumpleaños de la Revolución, y 24 de diciembre, cumpleaños del hemisferio occidental.

Pasada la mera ceremonia, el informe aparece publicado en casi todos los periódicos; en forma de folleto va a oficinas, escuelas y agrupaciones de varia índole; se inserta en el *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*; desfila hacia hemerotecas, bibliotecas y archivos, y después de un periodo de olvido más o menos largo, vuelve a ser leído y saqueado por la erudición histórica, la enseñanza del civismo y la práctica política.

El informe es sin duda el máximo exponente de la literatura oficial de la Revolución. Cumple múltiples funciones. El gobierno, al elaborarlo, se ve compelido a encapsular en fórmulas lúcidas, breves y manejables, su propia exuberancia administrativa; el ver éstas en síntesis, le permite tomar conciencia de las realizaciones y frustraciones de una jornada; al transmitir la síntesis en ceremonia pública puede percatarse, en cierta forma, de la popularidad conquistada o perdida durante un año, y al ponerla a discusión de quien quiera discutirla, es posible que recoja buenas críticas de la opinión pública; todo lo cual le será útil para la planeación y ejecución del futuro próximo. La ciudadanía mexicana, gracias a los informes presidenciales, adquiere anualmente conocimiento de lo que se hace en su beneficio y de lo que se espera que ella haga para que aquél se acreciente y difunda más; puede también exhibir, por los medios publicitarios de que dispone, sus simpatías y diferencias con la idea y la práctica gubernamentales expuestas en la declaración presidencial, y convertirse en colaborador o enemigo consciente de sus guías.

Aparte de los de disfrute inmediato, los balances periódicos de la Revolución proporcionan frutos de utilización mediata a historiadores, pedagogos y políticos. Son una fuente muy importante para el estudio histórico de los últimos 60 años; valen también como lecciones de civismo, y constituyen una buena alacena de experiencias que no por más o menos distantes de la hora actual dejan de ser útiles, por lo mucho que tienen de duradero, para el ejercicio político de hoy y de mañana.

#### QUINCE PRESIDENCIAS

De los 20 presidentes que han gobernado México de 1912 a 1966, 15 han rendido informes a las cámaras. Dos no tuvieron la ocasión temporal de hacerlo: Pedro Lascuráin que gobernó 53 minutos, y Francisco Carbajal, 27 días. Tres no contaron con un congreso que los escuchara: Eulalio Gu-

tiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro. De los demás, Adolfo de la Huerta y Emilio Portes Gil sólo informaron una vez; Francisco I. Madero y Abelardo Rodríguez, dos; tres, Pascual Ortiz Rubio; Victoriano Huerta y Plutarco Elías Calles, cuatro; cinco Álvaro Obregón, y los restantes seis veces.

Aunque el titular del Poder Ejecutivo de la República, por lo voluminoso y diverso de sus quehaceres, no escriba de su puño y letra los balances periódicos de su gestión administrativa, no cabe duda de que es, en el peor de los casos, inspirador y sancionador de ellos, lo que basta para que se trasluzca en ellos, en su doble carácter de individuo y de gerente casi plenipotenciario de la vida mexicana. A su vez cada balance no es comprensible sin el conocimiento previo de quien lo inspiró y sancionó, y de las circunstancias en que se produjo. El círculo de la comprensión exige que los presidentes y sus periodos de gobierno se entiendan por lo que informan de sí mismos, y tales informes por la personalidad, la obra y el ambiente de sus informadores. No está, pues, por demás ofrecer algunos datos acerca de los presidentes y sus presidencias.

Vale la pena retener que la mitad de los presidentes del México contemporáneo han sido oriundos de la sociedad rural y la otra mitad de la incipientemente urbana. Ninguno ha nacido en alguna de las grandes ciudades del país. De los 15 presidentes considerados aquí, seis vinieron del México desértico (cuatro sonorenses y dos de Coahuila); tres de la fértil llanura del Golfo (uno de Tamaulipas y dos de Veracruz), y seis del Altiplano central: Michoacán, Puebla, Jalisco y el Estado de México. Fuera de Madero y Carranza, hijos de familias rústicas opulentas, los demás nacieron y se formaron en hogares de clase media.

En cuanto a educación hay sensibles diferencias entre los varios presidentes revolucionarios. Madero, Huerta y Carranza recibieron enseñanza escolar amplia sin llegar a profesional. Los gobernantes de 1920 a 1940, excepción hecha de Ortiz Rubio y de Portes Gil, aparte de estudios primarios adquirieron lo demás de su formación lejos de las aulas. De los cuatro últimos presidentes, tres han tenido la licenciatura en Derecho y Ruiz Cortines se movía cómodamente en los círculos intelectuales. Con todo, los universitarios de ahora, como los menos cultos de ayer, tuvieron vastas y variadas experiencias antes de ser presidentes. De Madero a Manuel Ávila Camacho, la mayoría, en su adolescencia y juventud, vivió la vida ranchera y militar. Madero y Obregón fueron agricultores. Éste y todos

los demás, militares, incluso Portes Gil, empleado en el ramo de Justicia Militar. Comoquiera, aparte de don Victoriano Huerta, ninguno fue mílite de oficio y casi nadie militarista. Los gobernantes de la Revolución mexicana, sin excluir a los cuatro últimos, han llegado a la primera magistratura después de haber servido en diferentes puestos, ya como legisladores (Carranza, Portes Gil, Ortiz Rubio, Alemán, Ruiz Cortines, López Mateos y Díaz Ordaz); ya en la diplomacia (De la Huerta y Ortiz Rubio); ya como gobernadores (Carranza, De la Huerta, Portes Gil, Ortiz Rubio, Rodríguez, Cárdenas, Alemán y Ruiz Cortines). Con la única excepción de Madero, todos fueron antes que presidentes secretarios de Estado, los más de las secretarías de Guerra y Gobernación.

La mayoría de los presidentes de la República han llegado a la presidencia en la plenitud de su vida, antes de los 50 años. Entre 1920 y 1940, el promedio de edad al asumir su cargo fue de 41 años. Sólo Ortiz Rubio llegó de 53; Calles de 47 y los otros entre los 37 y 40. De Ávila Camacho para acá la edad promedio presidencial ha sido de 50 años. Ruiz Cortines asumió la primera magistratura del país a los 61 años, Díaz Ordaz a los 53, López Mateos a los 48 y los dos restantes a los 44.

Los presidentes del periodo de la revolución armada se reparten en tres generaciones distintas. El viejo Huerta pertenece a la generación de los científicos y comparte con ella el anhelo de volver al régimen porfiriano. Madero y Carranza son de la generación que ataca los abusos del porfirato y pugna por la vuelta al liberalismo que encarnó Juárez. Los elegidos por la Convención, los cuatro sensiblemente más jóvenes que Madero y Carranza, se alinean en la generación revolucionaria *stricto sensu*, al igual que todos los presidentes del periodo 1920-1934. Ninguno de ellos se contentaba con abatir los abusos del pasado inmediato y restaurar los usos de la era liberal clásica; querían establecer un nuevo orden a costa de enterrar al antiguo. Se alojan en una aglomeración furiosamente constructiva los gobernantes de 1934 a 1952. Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz representan una nueva ola afecta al conocimiento científico, la planificación y las decisiones premeditadas.

Los periodos presidenciales fueron muy breves en la época en que se disputaban la dirección del país hombres de tres generaciones e ideologías diferentes. Entre 1911 y 1919 los periodos duraron 11 meses en promedio; de 1920 a 1934, tres años y medio, y de entonces hasta hoy ha regido, sin excepción alguna, el sistema métrico sexenal como expresión palpable del

equilibrio político alcanzado en el último trentenio. Cada uno de los periodos, los breves y los largos, han tenido su propio perfil.

En la década de la revolución airada los ejecutivos tenían que ocupar gran parte de su tiempo en abatir rebeliones contrarrevolucionarias como las de Huerta y Félix Díaz, y disidencias revolucionarias como las de Zapata, Orozco y Villa; en ponerse de acuerdo con un Poder Legislativo dividido en múltiples facciones, y en tratar de entenderse con gobernadores y caciques. Con todo, aquellos gobernantes se dieron maña para edificar, en medio de la destrucción y el caos, algunas de las instituciones anunciadoras del nuevo orden. Madero erige una Comisión Nacional Agraria y un Departamento del Trabajo; pone en actividad las escuelas de instrucción mínima y los comedores escolares, y auspicia un congreso científico nacional. Don Venustiano Carranza prefiere la teoría internacionalista de la Revolución y expide leyes agrarias y de relaciones familiares. En 1916, ya instalado en la ciudad de México, convoca a elecciones de diputados al congreso que se llamaría Constituyente; promulga la Constitución de la República que, en lo político, ratifica el orden democrático liberal establecido por la Constitución de 1857, pero que, en otros puntos, por la acción de la juventud revolucionaria, toma inspiración en algunas tendencias del socialismo moderno y en la realidad misma del país. Como presidente constitucional, Carranza promueve diversas reformas que continuarán sus sucesores.

Los presidentes de la etapa 1920-1934, los vencedores de Carranza, con una mano destruyen y con la otra construyen. Obregón apacigua a Villa, a Murguía, a Blanco, a De la Huerta y a otros generales díscolos; se mete en líos con Estados Unidos e Inglaterra, y disputa con clérigos y terratenientes. Simultáneamente crea una Secretaría de Educación Pública que ya no sólo difundirá cultura, como la porfiriana, entre la clase media de las ciudades. Vasconcelos erige escuelas campesinas, funda bibliotecas en los pueblos más pequeños y apartados y hace cubrir los muros de los edificios con pinturas que harán entrar por los ojos nuevos ideales. La consigna obregonista de alfabeto, pan y jabón, no se realizó únicamente en el terreno educativo. Si no fue posible aumentar la ración de pan, se consiguió repartirlo mejor mediante la reforma agraria y el apoyo dado al movimiento obrero.

El general Plutarco Elías Calles es memorable por las disputas y las guerras sostenidas con el clero, los cristeros, los yaquis, el general Serrano

y las compañías petroleras. Removió obstáculos que se oponían a la práctica de la Constitución de 1917 y puso los cimientos del desarrollo ulterior de México con la creación del Banco de México, el impuesto sobre la renta, el Banco de Crédito Agrícola, y las comisiones de Irrigación y de Caminos.

El licenciado Emilio Portes Gil se enfrenta con buen éxito a la insurrección escobarista; rompe relaciones con la URSS; emprende una enérgica campaña contra los alcohólicos. Por otra parte esculpe el Partido Nacional Revolucionario; soluciona las dificultades entre Iglesia y Estado; concede autonomía a la Universidad Nacional, y elabora el Código del Trabajo. Su sucesor, el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, promulga ese Código, expide la doctrina Estrada y reparte más de un millón de hectáreas entre campesinos pobres. El general Abelardo Rodríguez dobla la cifra en el reparto agrario, impone el salario mínimo y pone en marcha el plan sexenal.

El 30 de noviembre de 1934, Lázaro Cárdenas rinde la protesta como presidente. Empieza su gobierno desembarzándolo de la tutela del general Calles. Este y los demás miembros de su generación ya habían dejado inermes los baluartes del antiguo régimen, ya la Revolución no tenía por qué seguir encaramada en el caballo; ya podían enterrarse pistolas, rifles y piquetas; ya era tiempo de imponer plenamente las reformas revolucionarias en beneficio de los campesinos, los obreros y la población entera. Cárdenas frena los “antis” y pone en plena marcha los “ismos” de la Revolución: agrarismo, laborismo, indigenismo, nacionalismo. Hace propietaria a casi toda la gente del campo y crea Código y Departamento Agrarios. Apoya vigorosamente los intereses obreros. Su Departamento de Asuntos Indígenas emprende atropelladamente la transculturación de la cuarta parte de los habitantes de la República. Inicia una vasta política de nacionalización de los recursos económicos: expropia ferrocarriles y petróleo. Como si todo esto fuera poco, en el hospedaje concedido a los republicanos españoles revoluciona la cultura del país en sus altas esferas.

El general Ávila Camacho tiene que ser conciliador. Cumple con seis lemas. “Unidad nacional”: Calles y Garrido Canabal regresan al país, y se establece el delito de disolución social. “Batalla de la producción”: se abre calle a las inversiones extranjeras; se crea la Comisión Nacional de Planificación Económica; nacen Altos Hornos de México y Guanos y Fertilizantes; se hacen tratados comerciales con el exterior y se inaugura una gran

presa, la de El Palmito. “Ni vencedores ni vencidos”: se acoge a los inquietos almanistas y se olvidan agravios políticos. “Máquinas y escuelas”: Torres Bodet emprende la campaña alfabetizadora contra 50% de mexicanos que no sabían leer ni escribir, la de construcción de escuelas y la de capacitación del magisterio. “Concordia internacional”: condenación de las agresiones nazifascistas; entrevista con Roosevelt en Monterrey; acuerdo con los Estados Unidos sobre la indemnización petrolera; reanudación de relaciones con Gran Bretaña y la URSS; conferencias para poner fin a la contienda internacional que culminan en la de Chapultepec. “Gobierno para todos”: se funda el Seguro Social para los obreros; se conceden incentivos a los patrones; dotaciones agrarias y decretos sobre inafectabilidad; protección a los capitalistas de casa y luz verde a los de fuera. En fin, el régimen de Ávila Camacho consigue realizar el deseo que le costó la vida a Venustiano Carranza: el ascenso de un civil al poder.

Miguel Alemán, “primer cachorro de la revolución”, jovial, sonriente y entusiasta, todavía con bigotes, pero ya sin experiencia ecuestre ni militar, egresado de la UNAM, da un sensible impulso al desarrollo económico. Nutre la agricultura con una serie de comisiones irrigadoras (Papaloapan, Tepalcatepec, El Fuerte y El Grijalva) y propulsoras de los cultivos del maíz, el olivo y el café. Defiende el ganado de la fiebre aftosa; fomenta la generación de energía eléctrica; promueve la industrialización y amplía en grande la red de carreteras y de ferrocarriles. Da cima a su empeño constructivo con las ciudades universitaria y politécnica. En suma, imprime un estilo monumental y dinámico a la administración pública.

Don Adolfo Ruiz Cortines llega a la presidencia con antecedentes que le impedían desbocarse y desbocar al país. En su juventud de contador, pagador y burócrata, había aprendido a cuidar el dinero. Sin embargo, no deja de construir grandes presas y muchos kilómetros de caminos. A su origen portuario suele achacarse el empeño puesto en su programa de progreso marítimo. En lo social se preocupó más en la atención de necesidades inmediatas y modestas que en los planes de gran alcance. Organizó juntas locales de mejoramiento social, cívico y material, y empresas para llevar el bienestar a hogares campesinos y de barriada. Es el presidente de la familia. Concede el voto a la mujer, instituye aguinaldos, construye rastros para asegurar la limpieza de la comida cotidiana.

Otro universitario, don Adolfo López Mateos, reanuda las marchas vistosas. Crea un Congreso pluripartidista. Trae como colaboradores de

su régimen a siete ex presidentes. Participa con entusiasmo en la vida internacional. Habla de paz en sus recorridos por Norte y Sudamérica, Europa y el Extremo Oriente. Recibe en casa a una veintena de jefes de Estado. Puertas adentro, se ocupa en devolver a la nación los aspectos básicos de su economía. Se nacionaliza la industria eléctrica y se da un sensible empuje a la electrificación. Se construyen carreteras de doble ancho. Se procura que la meta del enriquecimiento nacional sea complementaria de las aspiraciones de bienestar y justicia. Va el Seguro Social al campo; el INPI reparte profusamente desayunos y medicinas; el Instituto Nacional de la Vivienda y otros construyen ciudades suntuosas y cómodas dentro de las grandes ciudades. La difusión de una cultura racional, técnica y nacionalista recibe impulsos de un programa para abatir en 11 años el analfabetismo, una comisión de libros de texto gratuito que los reparte a manos llenas, centros de capacitación para el trabajo, deslumbradores museos de arte e historia y celebraciones sesquicentenarias, centenarias y cincuentenarias de los momentos cumbres de las revoluciones de Independencia, Reforma y actual. La fuerza que va consiguiendo el país se traduce en un creciente sentimiento de seguridad en el mexicano. Por otra parte, el mexicano tiende a ser más consciente de su doble ciudadanía mexicana y universal. Comoquiera, en algunos círculos tendió a olvidarse que todavía somos pobres, que todavía grandes sectores de la población viven en malas condiciones materiales, que es urgente la aplicación de nuevas medidas para aumentar el pan y repartirlo mejor.

#### SESENTA INFORMES PRESIDENCIALES

Es comprensible que a los cadetes del Colegio Militar encargados de cubrir la guardia durante la lectura de los informes presidenciales, éstos les parezcan eternos, pero los instalados cómodamente pueden consumir de una vez y sin fatiga cada uno de ellos. Don Francisco I. Madero y don Victoriano Huerta rindieron informes semestrales que tenían entre 10 000 y 13 000 palabras. Don Venustiano Carranza estableció el récord de extensión: su primer informe, el de 1917, empezó a leerse a las seis de la tarde y se prolongó su lectura hasta la medianoche. Constó de 45 000 palabras y no fue el más largo de los que profirió. El de 1919 pasó de las 50 000. Tampoco los gobernantes sonorenses se distinguieron por su brevedad.

Adolfo de la Huerta informó de una gestión de tres meses en 24 050 palabras. Los mensajes de Obregón tienen un promedio de 34 500, casi igual que los de Calles. Ligeramente más prolijos fueron Portes Gil y Ortiz Rubio, y Rodríguez en su primer mensaje. Cárdenas osciló entre las 9 000 y las 25 000 palabras. Esta cifra superior fue el promedio observado por Ávila Camacho. Después de él los informes presidenciales constan de 20 000 palabras en promedio y se pueden leer o escuchar en dos o tres horas cada uno.

Como muy pocas cosas de la vida del México contemporáneo escapan a la actividad del Ejecutivo, los informes que la reflejan son necesariamente poligráficos. Además de política interior y exterior tratan temas referentes a la vida económica, social y cultural. No hay cuestión de interés común y de importancia que no aparezca por lo menos mencionada en ellos. Son auténticos balances del desarrollo del país en su conjunto.

De hecho, se han destinado más páginas a los asuntos de índole económica (finanzas públicas, agricultura, industria, comercio y comunicaciones) que a los de carácter político. Durante la etapa de violencia revolucionaria, entre 35 y 46% de la extensión de los informes trataron de temas económicos. En los años de 1920 a 1934, la regla fue que el informe reservara la mitad de su contenido a describir el estado de la economía nacional. A esta descripción los generales Cárdenas y Ávila Camacho le concedieron poco más de la tercera parte; Alemán más de la mitad; Ruiz Cortines y López Mateos entre 40 y 45%, y Díaz Ordaz, en su primer informe, 52 por ciento.

La política interior ocupa un segundo lugar. Entre la cuarta y la tercera parte de los informes de Madero, Huerta y Carranza se dedican a referir operaciones militares, conflictos entre la Federación y los gobiernos de los estados y diferencias entre los tres poderes. Obregón apenas reservó la sexta parte al análisis de la política interior. Calles y sus tres inmediatos sucesores le dedicaron de un quinto a un tercio; Cárdenas y los que lo siguieron de 10 a 20% del total de los informes; 20% sólo en los años correspondientes a campañas presidenciales, esto es en el quinto o sexto balance de cada sexenio.

A la política social (beneficencia, justicia, propiedad, trabajo y ocio) todos los gobiernos, de Madero a Rodríguez, le consagran entre 10 y 15% del contenido de los mensajes. En cambio, el general Cárdenas llegó a darle una beligerancia hasta de 35%; Ávila Camacho de 15 a 20%; poco

menos Alemán. En Ruiz Cortines y López Mateos, no menos de 5 000 de las 20 000 palabras de sus informes tocan los problemas sociales y su resolución.

La política exterior, poco menos que limitada al tema de las relaciones con los Estados Unidos, fue asunto ampliamente descrito en los informes de 1912 a 1925. Entre esta última fecha y 1937 se redujo su extensión a 4% del total. Las expropiaciones cardenistas y la Segunda Guerra la volvieron asunto de nota. Con Alemán, y sobre todo con Ruiz Cortines, vuelve a perder importancia. López Mateos, en cambio, analiza la vida exterior de México con amplitud y sin limitarla a los países en conflicto con el nuestro.

La política cultural, especialmente el problema de la educación, le tomaba la sexta parte de la lectura de sus informes al presidente Madero; apenas la doceava parte a sus sucesores inmediatos; la novena a Obregón y entre 5 y 10% a los restantes. Hubo informe en el que ni siquiera se tocó el tema. Ciertamente en los presupuestos gubernamentales la cultura ocupa una posición ligeramente menos modesta que en los informes. Cárdenas, que apenas hablaba de ella, le dedicó 15% del presupuesto, y otro tanto hizo Ávila Camacho. En el régimen de López Mateos llegó a concedérsele 20% del gasto público.

Los últimos presidentes nos han acostumbrado a una arquitectura de los informes que consta de las siguientes partes: 1] Introducción; 2] Política interior; 3] Política exterior; 4] Política económica; 5] Política social; 6] Obras nacionales; 7] Defensa nacional; 8] Mensaje. De Madero a Ávila Camacho, con excepción de Cárdenas, después del exordio, se destinaba un capítulo a cada una de las secretarías y departamentos de Estado, y se concluía con el epílogo de costumbre. Conforme a esa regla, los informes fueron aumentando el número de sus capítulos y disminuyendo el tamaño de cada uno. Si con Madero eran 10, con Ávila Camacho llegaron a 24 capítulos. Cárdenas prefirió, a partir de su tercer informe, una división por problemas. Su balance de 1939 se dividió en los siguientes apartados: Educación, Política económica, Petróleo, Política agraria, Repatriados, Refugiados, Marina nacional, Obras públicas, Legislación y Sucesión presidencial.

El exordio o introducción nunca se ha sujetado a reglas precisas. En la mayoría de los informes se reduce a un párrafo que dice: "Honorables miembros del Congreso de la Unión, vengo a informar al país, a través de la digna representación de ustedes, de la obra que ha realizado el Poder

Ejecutivo, durante el periodo comprendido entre el primero de septiembre del año anterior y el 31 de agosto del actual”.

Otras veces el presidente da cuenta en la introducción de los principios que han inspirado su labor administrativa. Alguna vez, en esta sección del mensaje, se hace historia de los antecedentes, como lo hizo Carranza el 15 de abril de 1917. De índole exhortativa fue el prólogo al informe de 1928. En pocos casos, el prólogo ha sido un resumen de lo que se explaya después. Así fue en un texto de Huerta, en dos de Ortiz Rubio y en uno de Rodríguez.

Por regla general los capítulos informativos dan cuenta de las realizaciones anuales de cada una de las dependencias mayores del Poder Ejecutivo. Cárdenas estableció el precedente de que el último informe del sexenio resumiera la obra de todo él, además de la del año anterior. Ávila Camacho se apartó de esa norma. Vuelven a ella Ruiz Cortines y López Mateos. En informes recientes se ha hecho costumbre iniciar cada capítulo con la mención de la doctrina que sustenta la obra relatada.

En los mensajes finales se han alojado diversas cosas, según gustos y circunstancias. Unos son peticiones de apoyo dirigidas al Congreso o a la opinión pública. Otras, una arenga para convencer al pueblo del camino seguido por el gobierno. Más de una vez se ha utilizado para exponer y discutir los aspectos problemáticos de la vida pública. En una ocasión fue una diatriba contra los enemigos del régimen; muchas veces ha sido un resumen de la información dada en los capítulos. Los presidentes Portes Gil y Ortiz Rubio alojaron en el epílogo un elogio a Calles. También ha servido esta parte para referirse a la sucesión presidencial. Ávila Camacho solía terminar sus informes con una síntesis de la doctrina en que se inspiraba, un catálogo de proyectos y una andanada de exhortaciones a la unidad, la concordia, el trabajo, etc. En los tres últimos periodos presidenciales el mensaje político ha venido a ser la sección medular del informe.

Por supuesto que la estructura de los informes extraordinarios, que son pocos, difiere notablemente de la descrita. Para ellos tampoco existe patrón común fuera del prescrito por el artículo 69 constitucional, modificado en 1932.

Hablar de un estilo típico de los informes del periodo revolucionario es una exageración. Algunos están hechos casi únicamente con proposiciones afirmativas. En otros se combinan éstas con las imperativas; son frecuentes también las de exhortación. Brillan por su ausencia las dubita-

tivas e interrogativas. Los textos preponderantemente descriptivos suelen ser de expresión clara, precisa y llana. No es raro que sean altisonantes los que mandan o exhortan. Los de Ávila Camacho se distinguieron por su tesura y claridad, no por su precisión. Los de Díaz Ordaz han sido precisos y claros.

En los informes de Madero tan llanos, tan descriptivos y siempre dispuestos por orden de secretarías, los temas constantes son las insurrecciones, la democratización del país, la escuela elemental, los ferrocarriles, las penurias de la hacienda pública, el petróleo y la pequeña propiedad. Son igualmente sobrios pero todavía menos conceptuosos los textos de Huerta, que más parecen partes militares que informes políticos. Con todo, fuera de las operaciones bélicas, les concede algunas palabras al conflicto con Estados Unidos, al deslinde y venta de baldíos, los ferrocarriles y la educación.

De los seis informes producidos por el minucioso don Venustiano Carranza, dos son extraordinarios. El del 1 de diciembre de 1918, rendido ante el Congreso de Querétaro, tras ponderar la importancia de la Constitución de 1857 y delatar las violaciones de que fue objeto, propone que se alojen en ella los principios de la pequeña propiedad, el trabajo libre, el sufragio universal, la educación de las masas, el municipio autónomo, etc. Pide, por otra parte, que se ponga coto al parlamentarismo y se suprima la vicepresidencia. El otro informe especial, del primero de mayo de 1919, solicita reformas para la Constitución de 1917; dice que la ciudad de México debe constituir una excepción dentro de la regla del municipio libre; propone que la elección de diputados se haga por cada 100 000 habitantes; exhorta a la supresión de aquellos mandatos constitucionales que disminuyen la libre conducta de cada estado; quiere una ley orgánica del petróleo y otra del artículo 123, y gestiona autorizaciones para fundar el banco único de emisión y construir algunos ferrocarriles.

Hay cuatro informes ordinarios de Carranza. El del 15 de abril de 1917 aloja un prólogo de más de 6 000 palabras que da cuenta, desde el punto de vista del constitucionalismo, de la caída de Madero, la usurpación de lahuertista, el Plan de Guadalupe, la organización del gobierno revolucionario, los Tratados de Teoloyucan, la Convención de México y Aguascalientes, las Leyes de Reforma de Veracruz, el Congreso Constituyente y la Constitución que promulga. En los capítulos se expone en las difíciles relaciones con los estados, los aprietos de la hacienda pública y la reorga-

nización de la justicia y el ejército. El mensaje final es un elogio a la democracia. Entre los siguientes informes ordinarios sobresale el del 1 de septiembre de 1918 donde da a conocer los principios de la política internacional de México. En el de 1919, aparte de los datos sobre administración pública, aporta una historia de las invasiones norteamericanas a México desde 1873; rechaza la doctrina Monroe; manifiesta las disputas sostenidas con las compañías petroleras, y reitera la necesidad de introducir reformas en la Constitución de 1917. Por supuesto que trata también de los pronunciamientos contra su régimen y la conducta que debe observarse en las elecciones por venir. Ni siquiera olvida la muerte de Amado Nervo. Y da noticias de las que suelen prescindir esos informes posteriores por considerarlas minúsculas.

El informe minucioso, casuístico y claro que leyó don Adolfo de la Huerta el 1 de septiembre de 1920, se ocupa de la sustitución de los gobernadores carrancistas por otros adictos al nuevo régimen, la inmigración china, las medidas militares tomadas contra diversos pronunciados, el fomento de la industria petrolera y los conflictos con las compañías, la labor agraria y agrícola y la reducción del contingente armado.

El licenciamiento paulatino de tropas también es tema central en los informes obregonistas. Otros asuntos ampliamente descritos son las vicisitudes que conducen al reconocimiento norteamericano, la dotación y restitución de tierras a los pueblos, el auge de la producción petrolera y la política oficial frente a las compañías, la cruzada educativa, los problemas hacendarios, la emigración de braceros y las rebeliones, en especial, la delahuertista. Por último, Obregón en discurso extraordinario del 7 de febrero de 1921, solicita a las cámaras la aprobación de las siguientes leyes: de bancos de emisión, del seguro obrero, de la Secretaría de Educación Pública, agraria, petrolera, de responsabilidades de funcionarios públicos, de tribunales, contra el juego y otras que figuran en la convocatoria a sesiones extraordinarias del Congreso.

La aptitud polémica del general Calles y su madera de caudillo se reflejan nítidamente en todas sus declaraciones al Congreso. Además de referir los progresos políticos, económicos, sociales y culturales de la nación, lanza reprimendas, hace críticas, exhorta, propone y dispone. El mensaje del 1 de septiembre de 1928 es particularmente representativo de su manera de ser. Se inicia con un discurso ampuloso que contiene un panegírico de Obregón, asesinado un mes antes; una arenga contra el

caudillismo, tumor de la historia de México; una exhortación a salir del estado de sociedad gobernada por caudillos a pueblo de instituciones y leyes; una propuesta para que se dé participio a la reacción en el gobierno y una excitativa a la familia revolucionaria para que se unifique en partido único.

El licenciado Emilio Portes Gil instaure la costumbre de exponer ante el Congreso, en la misma ceremonia en que protesta como presidente, el programa a que sujetará su gestión administrativa. Asegura entonces: “Si rompo la tradición del ceremonial establecido para la protesta no es por vanidoso y mezquino afán de singularizarme, sino porque pienso y creo de la manera más absoluta que el interinato que a mí me toca desempeñar se aparta diametralmente de todos los anteriores y amerita que se le analice”.

Nueve meses después, en su único informe ordinario, explica, entre otras cosas, la solución del conflicto religioso, el don de la autonomía a la Universidad, el proyecto de ley de trabajo y la lucha por la presidencia que desembocó en la exaltación de Ortiz Rubio.

Don Pascual, como Portes Gil, inicia su gestión leyendo un discurso donde delinea el programa que se propone seguir. Después produce tres informes detallados. Los dos últimos dobles: en una primera parte condensa lo que se dice en la segunda. En los primeros se revela callista. Elogia al Jefe Máximo y proclama que “el gobierno ha contado con la ayuda y el consejo del general Calles”. El primer largo informe de Abelardo Rodríguez resume otra vez en la introducción los temas tratados en los diversos capítulos. En el segundo se tocan brevemente asuntos que también aparecen en el primero: lenta salida de la depresión económica, agrarismo, salario mínimo, cierre de templos y nacionalización de bienes clericales.

En su primer informe, el general Cárdenas expresa la forma como se realiza, punto por punto, el plan sexenal. En los siguientes abandona esta confrontación. Menciona la construcción de ferrocarriles, caminos y presas; declara su amor al árbol; justifica y expone el proceso de la reforma agraria; hace la defensa de la República española y de los pueblos débiles que van siendo tragados por los poderosos; explica las nacionalizaciones del ferrocarril y del petróleo; exhorta al Congreso a conceder el voto a las mujeres; condena el futurismo; propone una ética revolucionaria; habla de la especial atención que ha merecido al gobierno la industria eléctrica; elogia la hospitalidad y ruega que se ejercite con niños y adultos españoles a los que Franco les hace la vida imposible; repite su fe en la democracia

y opina que no hay que alarmarse demasiado por la crisis económica. En el tercer mensaje emprende “un examen condensado del ambiente general que se ha creado en el país al influjo de la política del gobierno”. En el cuarto hace ver que la reforma agraria es el punto culminante de su gestión. En el último considera “conveniente incluir lo realizado durante el periodo de gobierno” que “le ha tocado el honor de presidir”. Por tanto, recoge “los datos generales que sirvan a caracterizar” su régimen radical patriarcal.

El estilo “tan terso, tan literario, de una construcción francesa, tan rico en verbos” de los informes de don Manuel Ávila Camacho tuvo un apologista en Salvador Novo. La arquitectura de esos mensajes también es de una armonía insólita, en la que se hospedan numerosas ideas y datos sobre la segunda Guerra Mundial y las conferencias internacionales para conjurarla; los braceros que van a los Estados Unidos; los mexicanos residentes allá que pelean por las democracias; la defensa de América; el desarrollo de la industria en México; la electrificación; las comunicaciones; la lucha contra los altos índices de enfermedad y muerte; el reparto de tierras afectables; la protección a los trabajadores; el estímulo a las escuelas privadas; el Seguro Social; el alza de precios; la campaña contra el analfabetismo. En el segundo informe explica, en 2 207 palabras, el motivo que le llevó a declararse en estado de guerra con el Eje; en el cuarto defiende a la Revolución de las acometidas de izquierdas y derechas; en el quinto hace recomendaciones para la posguerra, y en el sexto reflexiona sobre los comienzos en que ganó Alemán y condena el culto a la violencia.

Notas constantes de los informes nerviosos y estadísticos, sin dejar de ser oratorios, del licenciado Miguel Alemán fueron, en política interior, el voto a la mujer en los municipios y la campaña proestabilidad; en cuestiones internacionales, la cooperación interamericana; en el ramo económico, mecanización e irrigación del campo, lucha contra la fiebre aftosa, electrificación, industrialización, importación de capital y máquinas, financiamiento industrial, diversificación de mercados y productos exportables, y turismo; en política social, concordia obrero-patronal, fomento de ejidos y pequeñas propiedades y educación en todos los niveles; en obras nacionales, construcción de presas, viviendas, carreteras, ferrocarriles y ciudades politécnica y universitaria. En las arengas finales hay repetidos elogios a la libertad y condenación de las doctrinas exóticas.

Don Adolfo Ruiz Cortines reitera en sus declaraciones al Congreso su política municipal (agua potable, lucha contra inundaciones capitalinas, caminos vecinales, construcción de mercados y hospitales); su política familiar (guerra contra los precios altos, tutela del niño, emancipación de la mujer, aumento y mejoría de los bienes de consumo, etc.); su política fronteriza (marcha al mar, embellecimiento de puertos marítimos y terrestres); su política demográfica (redistribución de la gente), y su política historiográfica (celebración del sesquicentenario del Grito de Dolores, del centenario de Ayutla y la Carta de 1857 y culto a Hidalgo, Juárez y Carranza).

Con don Adolfo López Mateos el mensaje final de los informes adquiere una entidad mayúscula. Allí define su ideario, sus tesis sobre la autodeterminación y la no intervención en la vida de los pueblos, la paz, la democracia, el sentido de la Revolución mexicana, el riesgo de los extremismos, la reforma agraria integral, la “estabilidad y el progreso” y “la libertad y la justicia”. El cuerpo de sus informes, dividido en capítulos (política interior, acción sanitaria, acción educativa, mejor nivel de vida, seguridad social y política exterior) es rico en datos y cifras sobre la marcha de la República. El tercer informe es una “síntesis de las realizaciones logradas en los tres primeros años del gobierno”. En la introducción al cuarto se resume la doctrina del régimen lopezmateísta. En el sexto, engloba los logros de su último año dentro de los totales del sexenio, da la bienvenida a los diputados de partido, y apunta esta frase: “El hombre, el pueblo, no son un medio para cumplir los fines del Estado... es el Estado un medio para cumplir los altos fines del hombre y el pueblo”.

En los informes de don Gustavo Díaz Ordaz, el catálogo de datos y cifras referentes a las realizaciones del sector público ocupa un sitio modesto; en cambio se da buena acogida al diagnóstico de los males del país, y mejor aún, a la explicación y relato de los remedios escogidos para asegurarle un desarrollo rápido, rítmico y armónico y una salud permanente. Aloja también exhortaciones al pueblo con el propósito de que reconozca y asuma sus puntos débiles y ayude a vigorizarlos no rehusándose a la ingestión de las medicinas recetadas, tanto por el primer magistrado, como por la junta de expertos en achaques sociales, políticos y económicos que lo asesora. En el primer informe, tras un exordio brevísimo, comunica las notas, los métodos y los hechos para sus empresas. La segunda declaración no se aparta mucho del orden y de la jerarquía de la primera; se ocupa menos del pasado inmediato y más del futuro próximo.

## LOS INFORMES ANTE PÚBLICO

Los gobiernos de la Revolución han proseguido la costumbre de revestir la entrega del informe de gran solemnidad. El presidente Francisco I. Madero, tal como sus antecesores, desfiló desde el Palacio Nacional, en carruaje abierto, tirado por caballos, hasta la Cámara de Diputados. Hizo la travesía en medio de una valla de honor cubierta por el ejército y en medio de las ovaciones de la muchedumbre congregada en calles y bocacalles. A las seis de la tarde, al llegar, seguido de los miembros de su gabinete, al vestíbulo del ex teatro Iturbide, y mientras la banda militar tocaba el Himno, una comisión de diputados lo introducía al local de la asamblea parlamentaria. Los diputados en pleno aplaudían el recorrido del primer magistrado desde la puerta hasta la tribuna. El presidente, con expresión rápida y nerviosa, leía una parte del informe. Las partes restantes eran leídas por los secretarios de la Cámara. Al terminar la respuesta protocolaria del presidente del Congreso, el presidente de la República volvía, ya noche, y otra vez entre las aclamaciones de la multitud mojada, al Palacio.

El general Victoriano Huerta, con mayor solemnidad aún, informa en un recinto pletórico de diputados y senadores, diplomáticos y “familias distinguidas” que lo aplauden con entusiasmo al entrar y salir. En una ocasión, en la ceremonia de su primer informe, el día 1 de abril de 1913, pide excusas por no poder leerlo. A cambio de esa ausencia ofrece el espectáculo de un exordio y un epílogo improvisados en el que se autodefine como “indígena... el último de los hijos del pueblo... liberal y extraordinariamente religioso” y donde asegura que “sabrás, cueste lo que cueste, hacer la paz”.

La parte del informe que leía don Venustiano Carranza era pronunciada pausadamente. De vez en cuando apuraba un sorbo de agua. Su sucesor, don Adolfo de la Huerta, dispuso hacer el recorrido del Palacio a la Cámara en automóvil, lo que le valió numerosas críticas. También fue mal recibido el hecho de que, entre una mayoría de representantes de rigurosa etiqueta, no faltaron algunos vestidos de “democrática americana”. Y hubo quien llegó a la osadía de concurrir “ataviado de colores claros, con camisa y cuellos suaves”.

El presidente Álvaro Obregón volvió a trasladarse del Palacio a la Cámara en lujoso landó tirado por un tronco de caballos retintos, pero no todos los representantes volvieron a la costumbre de las casacas, las peche-

ras deslumbrantes y los chaqués. El presidente sostenía el pliego del exordio con su mano única, y un ayudante iba recogiendo la hoja acabada de leer. Luego venía la lectura de los secretarios, y al final el presidente de nuevo tomaba la palabra. Esto hasta 1923, pues el 1 de septiembre de 1924, después de la lectura del prólogo, los diversos capítulos del informe fueron leídos por cada uno de los miembros del gabinete. Cuando terminó el doctor Gastélum el último capítulo sobre salud, tornó a leer el presidente el final de su mensaje. La ceremonia, con respuesta y lectura del acta de la sesión, terminó a las 10 de la noche. *El Universal* del 1 de septiembre de 1924 informó: “Ayer en la tarde se hicieron las pruebas definitivas por la estación CZE de los aparatos instalados en la Cámara para que el Presidente pueda ser oído en todo el país y fuera de él”.

Esa tarde el general Calles y todo el gabinete emprendieron el desfile desde la plaza de la Constitución al edificio de la Cámara, en automóviles. Las viejas calesas fueron subastadas. Después del recorrido triunfal y los estruendosos aplausos dentro de la Cámara, el Presidente leyó ante el micrófono, clara, distinta y lentamente, la introducción de su informe. Como el año anterior, se turnaron en la lectura restante los secretarios de Estado. En 1928 no se siguió la práctica protocolaria de leer, a varias voces, el relato de la tarea administrativa. El primer magistrado dispuso que el informe impreso se repartiera entre los asistentes. El vigoroso general, según informaron los periódicos, “...sólo leyó un capítulo político... que impresionó vivamente tanto a los asistentes como a los millones de radioescuchas que se congregaron en torno de los magnavoces dispuestos en varios lugares de la ciudad”.

Algunas de las ceremonias anteriores resultaron deslucidas por la casi inevitable lluvia de las tardes de septiembre. Quizá con el propósito de eludir los aguaceros, en 1929, la sesión de la Cámara empezó a las 10 y media. A las 11 se abrió la sesión del Congreso general. A las 11:20, tras el desfile previo que se hacía otra vez como en los tiempos de Lerdo y los primeros de Díaz, a pleno sol, antes de la lluvia, el presidente Portes Gil y los secretarios de Estado fueron recibidos en la Cámara. El joven mandatario estuvo durante hora y media leyendo su informe que luego cedió a los secretarios. La lectura terminó a las 14:05 horas.

El presidente Pascual Ortiz Rubio volvió a la costumbre del informe vespéral y nocturno. Restableció por una vez más la práctica de que cada uno de los secretarios de Estado leyera la parte que les correspondía. En

las dos siguientes, como lo había hecho Calles en 1928, sólo se leyó el preámbulo y el epílogo.

En el régimen del general Cárdenas la ceremonia del informe pasa por muchos avatares. Otra vez se verifica en la mañana, y en 1937, después de la tempestad de aplausos, el Presidente lee de pie todo el informe. Además, dejan de engalanarse las grandes puertas enrejadas del edificio de Allende y Donceles con las cortinas de peluche carmesí y franjas de oro. El Presidente mismo abandona el chaqué y comparece vestido con traje oscuro de calle. Los diputados llevan trajes de diferentes colores. Se ordena, en 1936, que los miembros del gabinete, en lugar de acompañar al jefe del Estado desde la residencia presidencial, concurran separadamente a la Cámara. Dos años después, en 1938, se llenan las galerías de elementos obreros y campesinos. El Presidente llega en Cadillac en compañía de su secretario y de Margarito Ramírez. Al penetrar a la Cámara los aplausos duran 49 segundos. Al terminar la lectura de su comunicación es ovacionado de nuevo con delirante entusiasmo. Había informado sobre la expropiación petrolera.

El viernes 1 de septiembre de 1939 “la gente amanece con la atención disputada por dos acontecimientos: la segunda Guerra Mundial y el quinto informe de Cárdenas”. La radio anuncia: “El recinto del H. Congreso se encuentra ya pletórico de concurrencia”; y afirma enseguida: “Los aviones del Reich bombardean en estos momentos todo el territorio de Polonia”, para agregar después: “Los campesinos organizados de México respaldan a su líder”. Los automóviles van vaciando personajes a la entrada de la Cámara, mientras la radio prosigue: “Hitler ha manifestado...”. En eso aparece el general y se olvida la guerra por un par de horas.

Ciento setenta y ocho estaciones se encadenan a Radio Gobernación para difundir el primer mensaje del general Manuel Ávila Camacho. Además, la XEW, enlazada con la NBC y la MBS transmite una versión en inglés del documento. Fuera de haber cedido parte de la lectura a su secretario particular, el nuevo presidente observará a lo largo de su régimen las modalidades introducidas por el general Cárdenas, la democratización de la ceremonia.

Durante la administración del licenciado Miguel Alemán la fastuosidad y popularidad de la lectura del informe fue en ascenso. Las crónicas periodísticas del 2 de septiembre de 1950 informaban que numerosos obreros integraron la valla más nutrida de contingentes humanos que se recuer-

da. Los trabajadores se formaron detrás de los contingentes del ejército. Los grupos obreros portaban cartones alusivos, y numeroso público se apretujaba detrás de las vallas. La nota de color la dieron los pequeños escolares, quienes destacaron desde la residencia presidencial de Los Pinos hasta la avenida Juárez. Las flores y el confeti se arrojaron a manos llenas al pasar la comitiva. Horas después de haber sido inaugurada la primera estación mexicana de televisión, la gente acudía a los aparatos colocados por diversos rumbos de la ciudad para ver los principales incidentes del informe presidencial. Otro tanto ocurrió al año siguiente. Unas 200 000 personas se agruparon a lo largo de la ruta que siguió el Presidente desde la Diana Cazadora hasta el Palacio Nacional, y de aquí al Palacio de Bellas Artes que en esa ocasión fungió como recinto de la vigésima primera legislatura.

En 1952 se dijo: "...nunca como ayer se ha dado tal difusión al informe presidencial... En los lugares más apartados de la República se colocaron altoparlantes. En esta ciudad trabajaron los dos canales de televisión..."

Medio millón de mexicanos aplaudieron los breves recorridos de ida y vuelta del señor presidente. Carteles gigantescos colocados en la catedral aclamaban la obra del mandatario que se retiraría a la vida privada tres meses más tarde.

De entonces para acá la transmisión del informe presidencial ha ido creciendo en popularidad y fausto. La del 1 de septiembre de 1966 fue tan alegre como una noche del Grito, tanto o más concurrida que la parada militar del 16 de septiembre, tan llena de colorido como el desfile deportivo del 20 de noviembre, como consta en este breve reportaje, hecho desde la pantalla del televisor por Armida de la Vara:

...Siguiendo la tradición, el día primero de septiembre de 1966 el licenciado Gustavo Díaz Ordaz rinde al pueblo de México el segundo informe de su gestión administrativa. A las 10 de la mañana se abre en la Cámara la sesión solemne, presidida por primera vez en la historia de México por una mujer: la diputada Luz María Zaleta de Elsner. Mientras tanto, el presidente se trasladaba en su habitual automóvil de color negro desde su residencia al Palacio Nacional. Ya en este primer recorrido recibe numerosas saluciones.

En la Cámara hay poquísimos asientos desocupados. Los diputados y senadores, los miembros del gabinete y sus esposas, el cuerpo diplomá-

tico y los gobernadores han llegado ya o están bajándose, con una parsimonia que disimula el nerviosismo, de sus coches cerrados, silenciosos y eficaces. Dentro, mientras se pasa lista de presente, los locutores deambulan, micrófono en mano, para entrevistar a los secretarios y anticipar a los televidentes una noticia condensada del informe de sus ministerios.

Mientras tanto, la comisión de diputados que acompañará al señor presidente hasta la Cámara ha llegado a Palacio; penetra por la solemne puerta que se abre a su paso hasta el despacho presidencial; cada uno saluda de mano al licenciado Díaz Ordaz, y todos forman automáticamente un semicírculo que engloba al presidente, colocándolo en el centro. Así comienza ante las cámaras televisoras una charla informal y seguramente divertida, pues el equipo de sonido sólo capta las risas, francas las más, contenidas las menos, después de cada intervención de Díaz Ordaz. A la hora convenida, éste da señales de partir, y lo hace entre rumores de risas y voces de la comisión. Al bajar al patio, sobrio a fuerza de cantera y pilastras grises, suben al coche negro, abierto peligrosamente a los cuatro vientos. Se acomodan, todos sentados, con excepción del presidente que va de pie. Los cadetes del Colegio Militar abren y cierran la marcha, y Díaz Ordaz, brazos y sonrisa al aire, recibe las aclamaciones, el ruido de las bocinas, la música de bandas y orquestas, los saludos militares, los aplausos y el papel picado que llueve sobre su automóvil. Éste llega a las puertas de la Cámara a las 11 en punto y de él desciende el primer mandatario de la nación. Lo hace fácilmente, con agilidad que no estorban arreos militares ni vestimentas complicadas (del reborde del saco oscuro sobresalen los galones dorados de la banda tricolor), y penetra al recinto de la Cámara saludando sonriente a diestra y siniestra; sube al estrado y la ceremonia se inicia con el Himno Nacional que la banda toca estruendosamente. La diputada Zaleta concede la palabra al visitante y éste comienza desde luego la lectura de su segundo informe. Su voz segura puntualiza con precisión los problemas y cifras; su principal característica es la claridad. Cuando trata la posición de México frente al conflicto de Vietnam, hay una interrupción en los televisores. Más de 60 veces los aplausos premian la lectura (que dura tres horas) y la concurrencia en pleno se pone de pie frecuentemente en señal de adhesión entusiasta. Hacia el último tercio de su comunicación apenas si la voz del presidente se oye un tanto cansada y se interrumpe con más frecuencia para tomar un poco de agua.

La diputada Zaleta de Elsner se apercibe para contestar el informe; lo hace con plena conciencia de que ese acto tendrá, más adelante, proyección histórica. De cuando en cuando la emoción la traiciona y hace breves descansos —unos segundos apenas— para que su voz recobre seguridad y firmeza. Varias veces los aplausos le dan oportunidad de aclarar la garganta, y terminada su lectura, el presidente, el primero, le estrecha las manos mientras murmura algunas palabras. Se escucha de nuevo, retumbante de tambores y trompetas, el Himno Nacional. Inmediatamente arremolínanse alrededor de Díaz Ordaz los diputados Martínez Domínguez, Lombardo Toledano y Christlieb Ibarrola, que forman la comisión que lo devolverá hasta su despacho particular en Palacio. Enormes cartones que ocultan casi completamente las fachadas de catedral y de los edificios que bordean el Zócalo, aplausos, voces y tiritas de papel pregonan la adhesión de todos los organismos e instituciones a la política gubernamental.

Ya en su despacho, el presidente atiende al interminable desfile de salutación que inicia el gabinete en pleno; siguen los gobernadores, deportistas, representantes de agrupaciones de toda índole, y mujeres del pueblo con niños en brazos, niños paupérrimos, desnutridos, que el presidente acaricia con una especie de tierno remordimiento, mujeres a quienes escucha con atención comedida y discreta. A las cuatro de la tarde Telesistema Mexicano interrumpe la transmisión de la ceremonia, iniciada a las 10 de la mañana.

#### LOS PÚBLICOS DEL INFORME

Huelga decir que el presidente de la República, cuando transmite el balance anual de su gestión, no desea hablar *urbi et orbi*, pero tampoco se dirige nada más a los miembros de las cámaras. Se asegura que el público presente en la conciencia presidencial el día del informe sea todo el pueblo de México, pero quizá no sólo él, según lo indica la presencia de embajadores de diversos países y últimamente de periodistas extranjeros en el acto de la lectura, y el envío a empresas publicitarias de Norteamérica y Europa de ejemplares del documento y de videotapes de su transmisión solemne. No cabe duda de que por lo menos algunos párrafos del capítulo de política exterior se orientan al oído de gobiernos foráneos, y en especial

al del buen socio del Norte. Convengamos, pues, que nuestro presidente suele elegir como destinatarios de su mensaje a los legisladores, a los demás invitados al recinto de la Cámara baja, a todos los habitantes de la República, a los compatriotas residentes en el extranjero y a los gobiernos de aquellas naciones más directamente relacionadas con la nuestra.

Por supuesto que no todos los elegidos para consumir el informe están en posibilidad de hacerlo. Nunca ha llegado a una buena parte del público a que se destina. Siempre han existido tres barreras: la lingüística, la del analfabetismo y la de la publicidad insuficiente. Y podían señalarse otras de menor importancia, por ejemplo la de la incompreensión del lenguaje oficial en ciertos grupos sociales.

En la primera época revolucionaria, 13% de los mexicanos estaban impedidos para conocer el mensaje presidencial por razones lingüísticas. Ignoraban el español, y no todos ellos hablaban la misma lengua, sino 100 idiomas diferentes. Todavía hoy la frontera lingüística aísla del informe a 3% de los habitantes de la República. Además, entre 1912 y 1924 ningún presidente podía ser leído por las tres cuartas partes de la sociedad mexicana que no sabía leer, y aún hoy no puede comunicarse con un tercio de ella por igual razón.

Calles y sus sucesores quisieron horadar la barrera del analfabetismo difundiendo sus comunicaciones al Congreso por la radio, y de Alemán para acá, también por la televisión, lo que no significó la conquista inmediata de los grupos analfabetos. En 1925 poca gente, y menos la iletrada, poseía radiorreceptores; en 1950 prácticamente nadie tenía un televisor. Ahora son muchos los que pueden escuchar una radio, pero no todos aún. Hay en México un millón de televisores que no cubren todavía toda la extensión poblada del país. La radiodifusión, la televisión y el cine no han logrado eliminar totalmente la barrera de la ignorancia. El informe de 1966, que fue difundido a través de 451 estaciones de radio y 29 de televisión, a pesar de todo no pudo ponerse al alcance de todos los mexicanos. Quizá cubrió ya, por lo menos, a la población alfabetada: 3 500 periódicos reprodujeron, total o parcialmente, las palabras de Díaz Ordaz, y es difícil creer que haya algún lugar donde no sea posible adquirir un diario o una revista. Y como si esto fuera poco, la Cámara de Diputados distribuyó 50 000 folletos con el texto del informe.

En resumen, el público potencial de los informes del presidente ha sido menos numeroso que el elegido; pero se ha acertado mucho la distan-

cia entre ambos recientemente. En el primer quinquenio de la Revolución los mensajes presidenciales eran accesibles a muy poca gente: a un millar de asiduos al acto de la lectura y a unos cuantos miles que leían periódicos. Desde 1925 se han venido agregando al círculo de consumidores potenciales los radioescuchas, y a partir de 1950, los televidentes. Ha crecido también la cifra de alfabetos. No sería aventurado decir que ahora 90% de los mexicanos de más de seis años están en aptitud de conocer lo que dice el presidente el 1 de septiembre.

Es presumible que sea mucho menor el número de consumidores reales en comparación con los potenciales, aunque no sea posible cuantificar la distancia entre unos y otros. Seguramente ha ido disminuyendo en proporción directa a la mayor difusión de la cultura cívica, pero hay indicios de que amplios sectores de la sociedad en posibilidad de hacerlo se abstienen todavía de oír o leer el balance periódico de la vida mexicana. Se sabe con certeza que lo consumen los políticos prominentes que ocupan las butacas del recinto parlamentario donde se lee. Es casi seguro que lo escuchan o leen la mayoría de los burócratas. Es menos probable que sea lectura normal del gremio de los intelectuales, excepción hecha de los periodistas. En los círculos obreros parece tener más consumidores que entre los campesinos. Poco podría decirse, sin un estudio previo, de la resonancia que tenga en el exterior, aparte de la que tiene en el cuerpo diplomático que lo representa aquí.

Sea cual fuere el destinatario real del informe, una buena parte de él no es receptor pasivo. Entre el público interlocutor del primer magistrado cuentan la diputación y el Senado, la alta burocracia, los periodistas y los locutores, el cuerpo diplomático y algunos maestros y estudiosos de la economía, la política, la sociología, los problemas internacionales y la historia. También podrían llamarse comentaristas a quienes lo discuten en charlas informales de café y tertulias familiares; a los cómicos que lo distorsionan en carpas y teatros de revista y a aquellos niños a los que sus maestros les dejan como tarea a entregar el 2 de septiembre la glosa de lo que escucharon o vieron el día anterior.

Como es bien sabido, la legislatura es la primera en comentar por boca de su presidente en turno el mensaje del Poder Ejecutivo. Del triunfo de la Revolución hasta el día de hoy 59 diputados han contestado 60 informes de 15 presidentes. Eduardo Hay lo hizo dos veces: una con Madero y la otra con Carranza. Ningún informe se ha quedado sin su inmediata réplica.

No todas las respuestas dadas por los presidentes del Congreso a los 60 informes de los presidentes de la República se reducen a repetir los puntos principales de lo dicho por éste y a su concomitante elogio. A veces son un simple acuse de recibo. Así la de los diputados Tamariz y Ahumada cuando contestaron al general Victoriano Huerta el 20 de noviembre de 1913 y el 1 de abril de 1914. En otras ocasiones las respuestas trascienden la temática presidencial, aventuran ideas no tocadas por el primer orador. Algunas toman como asunto de fondo las virtudes personales del presidente de la República; otras, los vicios de la oposición; las hay desnudas de novedad y las hay excesivamente novedosas, incluso herejes como la de Herminio Ahumada, quien en 1944 se erigió en juez de la obra de todos los regímenes revolucionarios y en consejero espontáneo del general Ávila Camacho.

Tampoco es exacto que la respuesta sea un pretexto para lucir las dotes oratorias de los líderes parlamentarios. Muchas contestaciones han sido sobrias y aun entre las del género visiblemente oratorio, no faltan, al lado de las altisonantes y vacías, las buenas oraciones como la de Jesús Urueta en respuesta del informe del presidente Carranza del 1 de septiembre de 1917.

De 1912 a 1934 se observó la costumbre de las respuestas breves que rara vez pasaban de las 3 000 palabras. El general Cárdenas, en cambio, tuvo algunos contestadores tan entusiastas que necesitaban 10 000 palabras (o sea 60 minutos de lectura) para manifestarle su adhesión. Después, lentamente se han ido acortando las respuestas hasta llegar a la brevedad de las primeras etapas revolucionarias.

Al comentario del presidente del Congreso siguen las glosas, que de poco tiempo a esta parte emprenden los oradores en las cámaras una semana después de la lectura del informe. Otros comentarios infaltables en el último trentenio han sido los de los partidos políticos. Panegiristas asiduos son los gobernadores y los líderes sindicales que contestan a preguntas de los reporteros con lo mejor de su repertorio de vocablos calificativos. Tampoco los más altos magistrados de la administración de justicia prescinden de la glosa o el elogio. En suma, todos los prohombres de la vida política profieren un juicio, casi siempre favorable, no siempre superficial.

El periodismo, además de acoger en sus páginas la versión íntegra de los informes, o por lo menos los puntos sobresalientes de ellos, los glosa o los discute con amplitud. Desde 1917, una semana después del 1 de sep-

tiembre, se sigue escribiendo acerca del mensaje en las secciones informativas, editoriales y suplementarias de los diarios. También se analiza, critica, aprueba y desaprueba en semanarios y revistas mensuales. Desde que Salvador Novo inauguró en la revista *Hoy*, en 1937, sus vastas y agudas críticas a los informes de Cárdenas, han proliferado los periodistas minuciosos y hábiles que siguen haciéndolas año con año. Como a las palabras se las lleva el viento, las glosas de locutores de radio y televisión suelen ser prescindibles.

También deben contarse entre los glosadores del mensaje presidencial a los diplomáticos de diversos países acreditados ante el nuestro. Huelga decir que sus comentarios quedarán, por 50 o 100 años fuera del alcance de toda clase de lectores, en archivos y bibliotecas de ministerios del exterior y embajadas, pero que cumplida su larga condena de reclusión, se convertirán en comidilla de eruditos.

Quizá estén ausentes de la conciencia presidencial cuando elabora su mensaje los futuros consumidores de él, los que lo explotarán en busca de conocimiento histórico, de lección, de moral o de experiencia política. De este público interlocutor y venidero, el formado por el gremio de historiadores será el más exigente porque así se lo pide su método de trabajo, pero es previsible que esas exigencias no llegarán al grado de desechar por inútil el balance anual de la marcha de la Revolución. El investigador no podrá menos que considerarlo como la máxima expresión oficial del México de este siglo. No encontrará en esa literatura sintética recogidos todos los acontecimientos memorables de nuestra vida contemporánea, pero sí muchos de los básicos. Tampoco podrá prescindir de someterlos a las operaciones críticas porque nadie le asegura que el conjunto de las declaraciones septembrinas sean la pura verdad, si bien el hecho de haber sido proferidas ante un público con libertad de exhibir los errores de sus gobernantes, es una garantía de certidumbre.



*Luis González y González:*

*Independencia y Revolución*

se terminó de imprimir en noviembre de 2013  
en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.,  
Naranjo 96 bis, P.B., Col. Santa María la Ribera,  
06400 México, D.F.

Diseño de portada: Ezequiel de la Rosa.

Tipografía y formación:  
Socorro Gutiérrez y Eliud Monroy,  
en Redacta, S.A. de C.V.

Cuidó la edición Eugenia Huerta.

El Colegio de México conmemoró el 70 aniversario de su fundación en 2010, y quiso también con motivo de la celebración del bicentenario de la Independencia y centenario de la Revolución mexicana rendir homenaje a la notable tradición historiográfica de la institución fundada por Alfonso Reyes en 1940, que ya para 1941 había fundado su Centro de Estudios Históricos, cuyo primer director fue Silvio Zavala. La labor de Daniel Cosío Villegas, segundo presidente de la institución y pilar de sus esfuerzos por documentar y analizar desde diversas disciplinas y ópticas metodológicas el devenir de nuestro país, ha tenido una enorme influencia tanto dentro como fuera de El Colegio de México, pues muchos de los egresados del Centro de Estudios Históricos han continuado su labor en otros centros de estudios en México y en el extranjero.

Esta serie de Antologías busca ofrecer una muestra reducida pero representativa de los principales trabajos de algunos de los colegas de El Colegio dedicados, preferentemente, a los estudios sobre la Independencia o la Revolución. Los trabajos reimpressos en estas antologías fueron seleccionados por otros especialistas y en algunas ocasiones por ellos mismos. A más de setenta años de su fundación, El Colegio de México se siente orgulloso de su tradición y renueva su compromiso con el desarrollo de la historiografía mexicana.

ISBN: 978-607-462-535-6



 EL COLEGIO  
DE MÉXICO